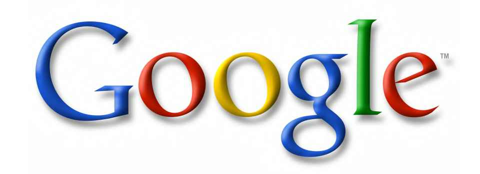
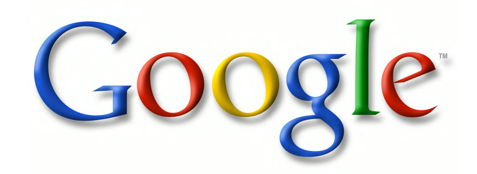



Google





HISTORIA

DE LOS PP. DOMINICOS

EN LAS ISLAS FILIPINAS

Y EN SUS MISIONES DEL JAPON, CHINA, TUNG-KIN Y FORMOSA.

HISTORIA
DE LOS PP. DOMINICOS
EN LAS ISLAS FILIPINAS
Y EN SUS MISIONES DEL JAPON, CHINA, TUNG-KIN Y FORMOSA,

QUE COMPRENDE

LOS SUCESOS PRINCIPALES DE LA HISTORIA GENERAL DE ESTE ARCHIPIÉLAGO,

DESDE EL

DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA DE ESTAS ISLAS POR LAS FLOTAS ESPAÑOLAS,

hasta el año de 1840.

OBRA ORIGINAL É INÉDITA DEL

M. R. P. Fr. JUAN FERRANDO,

RECTOR Y CANCELARIO QUE FUÉ DE LA UNIVERSIDAD DE SANTO TOMÁS DE MANILA,

Y CORREGIDA, VARIADA Y REFUNDIDA

EN SU PLAN, EN SUS FORMAS Y EN SU ESTILO

POR EL M. R. P. Fr. JOAQUIN FONSECA,

PROFESOR DE TEOLOGÍA, Y VICE-RECTOR DE LA MISMA UNIVERSIDAD,

CON UN APÉNDICE HASTA NUESTROS DIAS.

SE IMPRIME POR ORDEN DEL M. R. P. PROVINCIAL

Fr. PEDRO PAYO.

TOMO II.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

MADRID.—1870.

IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,

calle del Duque de Osuna, número 3.



de la Iglesia de Santo Domingo de Manila, construida despues del terremoto del 3 de Junio de 1863, bajo la
D. Félix Rojas.

HISTORIA

DE LA

PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO

DE FILIPINAS.

LIBRO TERCERO.

SÉTIMO PERÍODO.

COMPRENDE LA CONTINUACION DE LOS TRABAJOS Y DE LA PERSECUCION SIEMPRE CRECIENTE DEL CRISTIANISMO EN EL JAPON, HASTA LA SUBLEVACION DE LOS MANDAYAS POR LOS AÑOS DE 1625 EXCLUSIVE.

CAPÍTULO PRIMERO.

Se encrudelece la persecucion cristiana en el imperio del Japon.—Disensiones entre Toan y Feyzo, asociado de Gonrocu.—Prision de cuatro padres misioneros.—Se ofrecen premios á todos los delatores de sacerdotes y ministros del santuario.—Paz en el reino de Voxu.—Embajada de Masamune á las córtes de Roma y de Madrid, mediante la persona del venerable P. Fr. Luis Sotelo.—Es nombrado el venerable embajador obispo del Japon Oriental, y la política de Madrid se opone á su consagracion.—En Manila se le impide la prosecucion de su viaje á su mision, y por fin pasa á Nangasaqui.—Es delatado y conducido á la cárcel de Omura.—Trabajos y muerte del venerable P. Fr. Juan de Santo Domingo en el lugar de su prision.—Reseña de su vida.—Prision de los venerables Mena y Morales.—Viaje y prision de los venerables Flores y Zúñiga.—Sus padecimientos en Firando y su martirio en Nangasaqui.

1. Obligados con frecuencia á retrotraer la narracion para conducir á un tiempo todos los acontecimientos, y reanudar todas las series y todas las partes de la historia que el programa y la naturaleza de esta obra nos obliga á interrumpir alguna vez, volvemos á

continuar la relacion de los trabajos y de la sangrienta persecucion de los cristianos en los extensos dominios del Japon. Dejábamos en el libro precedente á la Iglesia de este imperio agitada y perseguida en todas partes por la crueldad de los tiranos. Cuantos ministros de Dios caian desgraciadamente en manos de sus perseguidores eran arrojados sin piedad en horrendos calabozos como reos de alta traicion, para entregarlos á su tiempo á todos los horrores y tormentos de una muerte ignominiosa. Muchos de estos sacerdotes, despues de haber sido desterrados del imperio, se habian podido conservar en Nangasaqui, confundidos con los europeos, sus paisanos, y protegidos por Toan, gobernador de la ciudad. Mas al fin se alteró tambien la paz en Nangasaqui, y vino á faltarles tristemente este último refugio y la débil seguridad de que gozaban. El orígen de los nuevos trabajos y miserias que sobrevinieron por desgracia á aquella perseguida cristiandad fueron las diferencias suscitadas entre aquel gobernador y su compañero Feyzo, que habia apostatado de la fe, y pretendia derribar á su rival para quedar sol en el gobierno. Este proyecto ambicioso, que no pud realizar miéntras vivió Safioye, lo gestionó despu aquel malvado con el mismo Emperador, acusan directamente á Toan de inobediente á sus mandat

2. Hase indicado anteriormente, en el discurso esta historia, que este fervoroso cristiano tenía un sacerdote del clero secular, el cual, expulsado co demas de aquel imperio, habia vuelto á él ocultam y muerto en el asalto de Osaca asistiendo á los cr nos que defendian el pabellon de Fideyori. Feyz

no ignoraba los detalles de todos estos precedentes, creyó, no sin fundamento, que denunciados y probados al hijo de Dayfusama serian un resorte poderoso para salir bien con su empresa. Al efecto se presentó personalmente en Meaco, acusó criminalmente al Gobernador de Nangasaqui, haciéndolo responsable de estos hechos, y añadió por corolario á su delacion infame que á la sombra de Toan habia muchos misioneros escondidos en el puerto. Entablada ya la causa, dispuso el Emperador que Toan respondiese desde luégo á los cargos que resultaban contra él, y dió comision al delator, asociado de Gonrocu, sobrino del finado Safioye, para prender á los PP. misioneros que se hallasen escondidos en la ciudad de Nangasaqui y sus comarcas. Toan defendió con dignidad la inocencia de su causa, sin que su rival pudiese replicarle á un solo extremo; pues probó con evidencia que su hijo y demas sacerdotes desterrados habian sido fielmente deportados, y que si habian regresado por ventura á las playas imperiales, él no podia ser responsable de estos hechos, pues todo se habia ejecutado sin su órden. De esta respuesta precisa, que le ponia perfectamente á cubierto de este cargo, se originó, finalmente, el martirio tormentoso de doce cristianos inocentes. Comprometido Teyso á probar su inicua acusacion, delató al Emperador á dos de ellos por haber desembarcado y hospedado ocultamente al hijo del Gobernador de Nangasaqui. Inmediatamente fueron presos con sus hijos y mujeres, y condenados al suplicio de la pira el dia 25 de Noviembre de 1618. El P. Fr. Francisco de Morales se informó de los detalles de esta causa, y de cuanto habia ocur-

rido en la historia de la prision y de la muerte de estos venerables campeones de la Cruz, y no temió asegurar que todos habian sido, por su dicha, mártires de Jesucristo, por haber sido inmolados en ódio de su religion y de su fe. Entre ellos habia un niño de once años de edad, una niña de cuatro, otra de dos y una de solos nueve meses. Murieron, en efecto, por su Dios, como los inocentes de Roma y de Israel.

3. Poco despues aparecieron en la ciudad de Nangasaqui, cual metéoros siniestros, aquellos dos perseguidores de la Cruz (Feyzo y Gonrocu) para dar cumplimiento á todo trance á las órdenes secretas del tirano. Al principio procedieron con un falaz disimulo; mas no tardó en traslucirse la sangrienta comision que se les habia confiado. Era en una orgía escandalosa, cuando la razon, turbada por libaciones repetidas, no sabe guardar reserva, ni esconder sus pensamientos. Con semejante noticia, que se divulgó al instante con la rapidez del pensamiento, salieron varios misioneros de aquel puerto, creyéndose afuera más seguros. Feyzo, que al principio áun no queria ser tenido por verdadero perseguidor de la religion de Jesucristo, al fin se quitó la máscara de su horrenda hipocresía, y fué áun más celoso en cumplir su detestable comision que su colega Gonrocu. No procedieron, sin embargo, á las pesquisas hasta estar bien seguros de encontrar las víctimas que buscaban. Así es como pudieron sorprender completamente á cuatro PP. misioneros, dos de los cuales eran de la Compañía de Jesus, y los otros dos de nuestra Órden. Eran estos últimos los PP. Fr. Angel Orsucci, ó de Ferrer, y Fr. Juan de Santo Do-

mingo, que cuidaban aquella cristiandad ocultamente. Con ellos prendieron tambien á sus huéspedes cristianos por darles albergue en sus hogares, á un sacristan muy piadoso, y á un criado que acompañaba á nuestros religiosos por doquier. Cuando éstos se vieron en las manos de aquellos esbirros miserables, se vistieron con sus hábitos, que siempre tenian prevenidos á este fin; pues ya no les era necesario su disfraz. Seguidamente se dejaron conducir como mansos corderos á la cárcel, muy alegres de verse tratados de aquel modo por el nombre del Señor, como si fueran el ludibrio y el peripsema de las gentes. Luégo fueron presentados al tribunal de Gonrocu, en donde confesaron su carácter religioso de verdaderos misioneros sin la menor excitacion ni aturdimiento. Tambien confesaron en esta misma ocasion el sacristan y el criado sus oficios respectivos, añadiendo ademas, sin preguntárselo, que habian servido á los PP. misioneros en el ministerio de las almas, sin embargo de que no ignoraban que esta circunstancia los podria conducir al último suplicio. ¿Qué ley, qué institucion ó qué doctrina ha podido convertir en héroes tan levantados á los hijos más oscuros de la plebe? Estaba reservado este secreto á la sola religion de Jesucristo. El juez, por compasion ó por afecto á estos jóvenes del pueblo, mostró deseos de salvarlos. Sólo exigia para ello que aparentasen ignorar que sus amos eran misioneros europeos. A este fin les preguntó si los tenian por seglares españoles, puesto que no podian discernirse por el traje; pero como los deseos y el espíritu de estos fervorosos cristianos eran muy diferentes de lo que podia imaginar un juez pa-

gano, le contestaron sin rodeos la verdad. Dijéronle entrambos á una voz que los habian tenido siempre y servido como á religiosos y PP. misioneros, añadiendo Tomas, uno de ellos, que en esto no podia alegar ignorancia por su parte, puesto que desde la edad de trece años se habia criado en el convento de Santo Domingo, y que, por consiguiente, conocia muy bien á todos los religiosos de la Órden. Con tan inequívocas respuestas, el juez no pudo ya librarlos legalmente, como hubiera deseado; y finalizado el exámen oportuno, ordenó que los cuatro misioneros fuesen conducidos á la cárcel de Omura, y los simples cristianos á la de la ciudad de Nangasaqui.

Gonrocu no permitió que en su viaje decretado á las prisiones de Omura llevasen públicamente el santo hábito, para no llamar de esta manera la atencion de los cristianos, cuya fervorosa exaltacion queria evitar. Mas no por esto pudo impedir el tirano que un gran número de fieles saliesen á los caminos para verlos y llorarlos, y pedir su santa bendicion con tiernas lágrimas. Luégo que estos venerables se vieron en frente de la cárcel, entonaron el salmo *Laudate, pueri, Dominum*, y los que estaban ya adentro lo prosiguieron hasta el fin. Al penetrar en la prision se abrazaron todos mutuamente con la mayor ternura y efusion imaginables, y en seguida entonaron el *Te Deum* alegremente, como para celebrar anticipadamente su victoria contra las potestades del infierno.

4. Despues de la prision acelerada de estos venerables misioneros, preparada de antemano en las sombras tenebrosas de la falsedad y del engaño, publicaron los

perseguidores otra órden, en la que, haciendo mencion de las leyes imperiales contra todos los adoradores de la Cruz, añadian la pena del fuego y de la pira contra los que albergasen misioneros en sus casas y solares, la que debia extenderse en todo caso á sus mujeres y familia. No habia medio ni resorte que no discurriese su impiedad para arrancar de aquel suelo la semilla celestial del Evangelio. En un país destituido de sentimientos religiosos, y sumergido para siempre en el fango de la tierra, el interes debia ser el gran secreto para consumar su obra de iniquidad y de exterminio. Existian á la sazon en la ciudad de Nangasaqui unos malhechores afamados, á quienes la justicia perseguia inútilmente de muchos años atras. Para facilitar su captura á los esbirros habíanse colocado en la gran plaza de aquel puerto treinta monedas de plata, con un cartel concebido en estos términos: «Esta plata se dará al que descubriere alguno de los ladrones.» Habiendo precedido este incidente á la publicacion de aquel decreto draconiano contra los elegidos de Israel, añadieron despues en el cartel «ladrones ó *religiosos*.» No fué de poca satisfaccion y poca honra para estos ministros del Señor al verse allí confundidos con aquellos criminales, y puestos á precio por los treinta dineros en que Júdas avaloró su traicion y la vida inapreciable del Redentor de los hombres. Entónces ocurrió una circunstancia singular, que hubo de confundir aquel prefecto ante la fe de un cristiano. Pablo Uroji, neófito excelente y muy honrado, tenía la comision de poner y quitar á ciertas horas el cartel de que se habla, y al ver que le habian añadido últimamente la palabra *reli-*

giosos, se presentó con valor al gobernador Gonrocu y le hizo dimision de su destino. El orgulloso prefecto quiso saber el motivo de aquella su resolucion, y el cristiano fervoroso, sin temer los resultados de aquel paso decisivo, contestó sencillamente: «Soy cristiano, y no puedo en manera alguna cooperar á la prision de los sacerdotes del Señor.» Gonrocu quiso reducirlo con blandura á que desistiese de su empeño: le dijo que se hallaba en el caso de acatar y obedecer los mandamientos imperiales, y que reflexionase bien lo que se hacia, porque se veria precisado, en otro caso, á proceder contra él criminalmente. No se acobardó el neófito con las amenazas del tirano; y para decirlo todo de una vez, añadió, en contestacion, que él estaba muy dispuesto á obedecer en todo aquello que no fuese contra la ley de Dios; pero que si le mandaba lo contrario, debia estar en la inteligencia que no sería obedecido, siquiera fuese preciso arrostrar todas las iras de los soberanos de la tierra. El Gobernador soberbio no pudo tolerar de modo alguno que le respondiese aquel cristiano con tanta libertad y valentía, y en un acceso de rabia cogió una daga homicida para matarlo en el acto. Acudieron á impedirlo muchos de los circunstantes, que para aplacar su enojo le aseguraron que Uroji era un insigne ignorante, de quien no habia de hacer caso, y que no faltarian muchos otros que quisiesen aquel cargo. Aplacóse con esto, finalmente, el irritado Gonrocu, pero mandó que Pablo Uroji fuese conducido á la cárcel desde luégo, y que allí aguardase el resultado de su causa. Estuvo allí detenido algunos meses el valiente campeon del cristianismo, aguardando por mo-

mentos la sentencia de su muerte; pero tuvo el sentimiento de ser puesto en libertad cuando ménos lo pensaba, sin poder conseguir la dulce dicha de morir por el amor de Jesucristo.

5. El extremado rigor que se desplegaba en Nangasaqui contra la verdadera religion y sus ministros, es un barómetro exacto, que puede darnos la medida de las grandes crueldades que ensangrentaban el imperio en otras partes. En todos los reinos del Japon eran los cristianos perseguidos con una saña implacable, á excepcion tan solamente de los habitantes de Voxu, donde se gozaba felizmente la más completa libertad, por la decidida proteccion dispensada al cristianismo por su Tono Mazamune. Era por el año de 1610, cuando el venerable P. Fr. Luis Sotelo, religioso Franciscano de ilustre familia sevillana, habia contraido casualmente relaciones amistosas con este Tono, muy honrado y altamente respetado por el mismo Dayfusama, á causa de su poder y gran valía. Hombre de carácter muy humano y bondadoso, é informado y convencido de la verdadera revelacion del cristianismo, publicó varios edictos en favor de su doctrina, y tomó várias medidas para desterrar de sus dominios el abominable culto de su antigua idolatría. Cuando el tirano Dayfusama empezó á declararse tan hostil á la religion de Jesucristo, y desterraba del imperio á los señores que la habian abrazado por su dicha, el reino de Voxu y sus estados eran el refugio y el amparo de todos los fieles perseguidos.

Enterado Mazamune de la grande autoridad del Papa en todo el orbe cristiano, y del excelso poder de Feli-

pe III, rey de España, envió á entrambas majestades una embajada importante, que desempeñó felizmente el mismo venerable Fr. Luis Sotelo, con Faxecura Kotuyemon, uno de los grandes dignatarios de la córte. Corrian entónces los años de 1613. La embajada fué honoríficamente recibida en la gran córte de Madrid, donde Faxecura recibió el santo sacramento del Bautismo, siendo padrino de pila el noble Duque de Lerma, con asistencia de los grandes y de los gentiles hombres que formaban el cortejo de la soberana majestad. El venerable Sotelo predicó, con tal motivo, en la capilla real en los idiomas español y japonés. Terminado felizmente aquel mensaje, se dirigió satisfecho á la capital del mundo cristiano.

6. Gobernaba la Iglesia la Santidad de Paulo V, quien recibió la embajada con las mayores demostraciones de alegría. Inspirado en el gran mérito de aquel mensajero venerable, le nombró obispo del Japon, en su region oriental, y trató de concederle los honores del capelo y de su Legado *à latere*. A estos títulos ilustres, que no se le dieron, finalmente, se opusieron desde luégo los ilustres cardenales de Zapata y Belarmino, alegando por razon que la cristiandad de aquellos reinos no estaba suficientemente cimentada todavía, para enviar allá un prelado de tan elevada jerarquía y de tan alta representacion por sus funciones. Habida por buena y poderosa esta razon, S. S. se concretó á despachar favorablemente la embajada, concediendo al honorable sacerdote otro género de gracias, y encargando su consagracion al Ilmo. Sr. Nuncio de Madrid. Al regresar á esta córte la embajada en el año de 1616,

se recibieron despachos de Manila con la noticia funesta de la persecucion á sangre y fuego que Dayfusama habia declarado á la religion de Jesucristo en todo el imperio del Japon. Bajo la profunda sensacion que tan infausta nueva debió producir en la capital de las Españas, surgió cierta diferencia en el Consejo de Castilla. Algunos de sus miembros respetables opinaban que durante la persecucion de Dayfusama no convenia fuesen más obispos á Japon; y otros sostenian, por el contrario, que habiendo en todo el imperio más de seiscientos mil cristianos, entónces más que nunca se debia procurar á todo trance que hubiese más pastores entre ellos, para sostenerlos y animarlos en las batallas sangrientas de la Cruz. Esta piadosa opinion la sostenia el mismo Nuncio, y la apoyó despues S. S. Los opositores, sin embargo, triunfaron en el Consejo. El venerable Sotelo se vió en la necesidad de abandonar la córte de Madrid sin haber recibido la consagracion episcopal. Le esperaba en Acapulco un bajel de Mazamune, que lo condujo á Manila felizmente. Mas aquí se suscitaron nuevos embarazos á su celo.

7. Durante aquella embajada, las autoridades de Manila habian recibido cartas del imperio, en que les suplicaban con empeño que miéntras durase la tormenta que se estaba atravesando en el Japon no permitiesen salir para aquel punto á ningun religioso misionero con el pretexto de ir á fortalecer á los cristianos en la barrera sangrienta de la lid. Con tan extraña novedad, el venerable Sotelo se encontró comprometido en su calidad de embajador; pues representaba un soberano que no dependia de España para nada. Al año

siguiente le envió Mazamune otro bajel para conducirlo á sus estados, y ni áun entónces pudo partir de Manila el honorable embajador. En la embarazosa situacion de no poderse restituir al imperio del Japon para dar á Mazamune la razon de aquella célebre embajada, ni de poder protestar en tal extremo por no hacer odioso á este gobierno, se presentó al ilustrísimo Sr. D. Juan Renteria, obispo de Nueva Segovia, pidiéndole en su demanda que, como delegado apostólico que era para tales circunstancias, lo amparase benignamente en la vejacion que padecia. Este prelado acogió su recurso extraordinario, por estimarlo conforme al bien de la religion y del Estado. No pudiendo, sin embargo, y á pesar del diocesano, embarcarse en ningun buque del comercio de Manila, se vió el santo embajador en la dura necesidad de embarcarse en 1622 en un champan de los sangleyes, que, en su calidad de infieles, lo denunciaron á Gonrocu al llegar á Nangasaqui; inmediatamente á la denuncia se siguió la prision del venerable, que fué remitido desde luégo á la cárcel de Omura, en donde estuvo padeciendo hasta el dia de su martirio en 25 de Agosto de 1624. El malogrado mensaje que nos ha dado ocasion á este episodio, y el resultado final de nuestra excursion histórica, nos restituye de nuevo á la Iglesia del Japon, para continuar la historia de su persecucion y sus dolores.

8. Despues de la prision de los cuatro venerables misioneros de que se hizo mencion anteriormente, Feyzo y Gonrocu determinaron pasar á la córte de Meaco para dar cuenta al Emperador de la fidelidad con que habian desempeñado su comision; pero ántes de salir

de Nangasaqui hubieron de publicar nuevos decretos, encaminados á imposibilitar la ocultacion y permanencia de todo sacerdote en el imperio. Hasta entónces sólo debia responder con la cabeza el que hospedase algun misionero en sus hogares, ó le diera asilo en su morada; mas ahora nadie debe permitir su ocultacion en ninguna otra vivienda de toda la vecindad. Esta excomunion social obligó á los misioneros á retirarse á los montes y á vivir en los desiertos y en parajes solitarios, á imitacion de los cristianos de la primitiva Iglesia. No faltaban, en verdad, almas cristianas, de un temple noble y hermoso, que les brindasen hospedaje con riesgo inminente de la vida. Mas estaba en la delicadeza y el deber de los ministros de Dios el no comprometer de esta manera á infinitos inocentes, que hubieran sido arruinados por su causa. En la soledad de aquellos yermos y lugares apartados, siquiera no se creyesen áun libres de todo peligro ó vejacion, hallaban, por lo ménos, el consuelo de la paz y de la gracia con que el Señor suele regalar en esta vida á los que padecen por su nombre. El sencillo labrador que, léjos de los negocios y del bullicio social, cultivaba sus campos paternales á la falda de los montes como en los dias antiguos, y el pastorcillo inocente, que apacentaba su rebaño á la orilla de los rios ó en las herbáceas vertientes del collado, les brindaban sus chozas á porfía, ó les fabricaban complacidos otros rústicos albergues en la espesura de los bosques. Allí vivian ocultos los sacerdotes del Señor, entregados totalmente á la oracion y á las lágrimas, como los antiguos anacoretas del Carmelo. Tampoco faltaban hombres nobles y ge-

nerosos cristianos, que sin temer las amenazas ni el furor de los tiranos, se ofrecian á acompañarles en sus peregrinaciones y en los viajes más arriesgados que quisiesen emprender. Por esto fué que, á pesar de las medidas rigorosas que adoptaban cada dia los perseguidores del santuario, la Iglesia edificante del Japon poseyó por mucho tiempo numerosos sacerdotes que conservaban el fervor de los cristianos perseguidos, y reducian otra vez al redil de Jesucristo á muchos que por temor de los tormentos y la muerte habian desertado de su aprisco.

9. Mas, en tanto que en la ciudad de Nangasagui padecian los cristianos y los PP. misioneros tantas pruebas y dolores, los venerables confesores de la cárcel de Omura vivian como extasiados en un paraíso de delicias. Es verdad que sus privaciones eran muchas, y sus alimentos malos y muy escasos á un tiempo; pero el Señor, que no desampara á los que padecen por la gloria de su nombre, los llenaba á todas horas de consuelos celestiales, proporcionándoles, con el auxilio de su gracia, aquella felicidad del corazon que el mundo no puede dar con todos sus halagos y placeres. Sólo el venerable padre Fr. Juan Martinez de Santo Domingo era el que padecia en aquel lugar un martirio prolongado, por el temor que le inspiraba la profunda desconfianza de sí mismo. Imploraba á todas horas la misericordia del Señor; se postraba humildemente á los piés de sus compañeros de prision, y les pedia que lo ayudasen con sus oraciones fervorosas. Existe todavía una de sus cartas, escrita desde la cárcel al prior del convento de Manila, cuyo tenor es el siguiente: «Pida V. R. á Ntro. Señor no se

olvide de mí en esta ocasion, y si ya me tiene olvidado por mis pecados, que se sirva reconciliarme por su misericordia infinita, porque realmente me veo muy necesitado y sin género de espíritu, ántes sí mucho temor; y si Dios no lo pone todo de su casa, ¿qué se puede esperar de esta tierra de mi carne maldita por su divina Majestad? V. R. le pida me dé su gracia y fuerzas para lo que viniere, y no permita que yo le ofenda, ni que sea yo tentado sobre lo que pueden mis fuerzas.» De lo dicho se deduce que todo el temor de este venerable confesor de Jesucristo nacia de su profunda humildad y del perfecto conocimiento de su nada; y en razon que iba en aumento la desconfianza de sí mismo, acrecia en su corazon el verdadero valor y el heroismo que deben venir al hombre de lo alto. Al fin este venerable confesor de Jesucristo fué asaltado en la prision de una grave enfermedad, que luégo se presentó mortal en todas sus fases, por falta de medicinas y alimentos adecuados á su estado y á su gran debilidad: un poco de arroz hediondo, y cocido con agua solamente, no era para reanimar la llama ya moribunda de su débil existencia. El venerable doliente conoció, por fin, que se acercaba el término feliz de su carrera. En tal concepto se confesó para morir, y el dia 19 de Marzo de 1619, despues de haber hecho una devota protesta de su fe, y de la disposicion en que se hallaba para hacer de su parte, en aquel trance, cuanto Dios exigiese de su alma, espiró plácidamente en el seno de su amor. Sus venerables compañeros, que presenciaron admirados aquella dichosa muerte, y estaban firmemente persuadidos de que su

alma gloriosa habia recibido en las alturas la corona del martirio (1), querian conservar su cuerpo para entregarlo ocultamente á los cristianos; pero no pudieron conseguirlo, por la vigilancia de los guardas, que se le arrebataron de las manos. Sólo pudieron conservar en su poder una mano y un pié del venerable. Los esbirros miserables trataron postreramente de reducirlo á cenizas, para privarlo tambien de los honores cristianos que se le hubieran tributado dignamente; pero no pudieron conseguirlo. Amontonaron al efecto mucha leña, y colocaron el cadáver sobre una elevada pira, para que fuese pasto de las llamas; pero el fuego se apagó, y todo fué reducido á pavesas finalmente, ménos el venerable cuerpo de aquel mártir, que se halló entre las cenizas sin lesion de ningun género. Al observar con extrañeza este fenómeno, formaron segunda pira; aumentaron más el combustible encima y debajo del cadáver, y por fin, todo fué devorado por el fuego ménos aquel cuerpo venerable. Mas, en vez de rendirse á este prodigio, y de abrir sus ojos tenebrosos á la luz de la verdad, brillaron en sus pupilas rayos siniestros de ira, y empuñando furiosos sus catanas, despedazaron su cuerpo en fracciones diminutas y las arrojaron á la mar.

Nació este venerable mártir cerca de Sanabria, en Castilla la Vieja; recibió el santo hábito en el convento de San Estéban de Salamanca, y pasó á la Provincia

---

(1) En efecto; fué beatificado como mártir, por Nuestro Santísimo Papa Pío IX, en 7 de Julio de 1867: *muerto por los padecimientos en la cárcel*, dice el catálogo ó serie cronológica de Roma de los beatificados en dicha fecha.

del *Santísimo Rosario* en 1601. Su primera mision y su destino se limitó en un principio al partido de Bataan, y más tarde se extendió á la provincia de Pangasinan, cuyos neófitos pudieron experimentar, por su ventura, el encanto seductor de su palabra y de su ejemplo. Enviado despues á Nangasaqui, para trasladarse despues á la Corea, segun dejamos indicado en nuestro libro anterior, acariciaba noche y dia el atrevido pensamiento de establecer en sus playas el reino de Jesucristo, sin que la mano del tiempo haya podido descorrer hasta el presente el velo tenebroso del misterio que nos oculta la causa que frustró aquel gran designio. Entónces se resolvió á quedarse en el imperio, deseoso de ayudar á sus hermanos en el ministerio de las almas; y miéntras se ocupaba en el estudio del idioma del país, fué preso y conducido desde luégo á la cárcel de Omura, de donde ya no salió sino para recibir allá en el cielo el premio de sus virtudes y trabajos.

10. Los pocos misioneros que habian podido ocultarse en Nangasaqui seguian arrostrando mil peligros, por socorrer espiritualmente á aquella afligida cristiandad, y muy particularmente á los enfermos. Muchos se disputaban el honor y la preferencia de albergarlos en el sagrado interior de sus hogares, despreciando los peligros y las amenazas del tirano. Con la salida de Gonrocu todos abrigaban la esperanza de que los hombres de Dios podrian quizá dedicarse con algun más desahogo al ministerio de las almas; mas éste habia dejado sus tenientes, que llenaban cumplidamente su mision exterminadora é impía. Fué entónces precisamente cuando prendieron al venerable P. Fr. Alonso de

Mena, uno de los primeros religiosos de la Órden que en 1602 fueron enviados por la Provincia al célebre reino de Satzuma. Un miserable traidor lo delató por dinero, y él mismo acompañó personalmente á los esbirros para prenderlo en la noche del dia 14 de Marzo de 1619. Así Júdas Iscariote acompañó en la oscuridad á los que iban á prender á su divino Maestro. Con este venerable misionero prendieron tambien al huésped de la casa, llamado Juan Xoum, con otros cuatro cristianos de la vecindad de Nangasaqui, porque no habian delatado á aquel santo religioso. Conducido al tribunal, sufrió un largo interrogatorio de su juez, contestando á todos los extremos con la imperturbabilidad de la inocencia. Mas sospechando el tribunal que no sería sólo el venerable P. Mena el que se habia ocultado en Nangasaqui y sus contornos, procedió á la averiguacion de la verdad, y al efecto examinó ante la barra á un jóven, tambien cristiano, que habia servido al venerable P. Mena. Lo que no pudo conseguir el juez inicuo por el exámen verbal, lo consiguió por la tortura. El infeliz no pudo resistir á los horrores del tormento, y declaró á su pesar que en la casa de Andres Tocuan, hijo del Gobernador de Nangasaqui, se hallaba tambien el P. Fr. Francisco de Morales, superior de los religiosos de la Órden. Inmediatamente se lanzaron los esbirros sobre la casa designada, y en ella sorprendieron al venerable misionero que buscaban, el cual se entregó en sus manos con toda la mansedumbre de un cordero. El jefe que mandaba la pandilla era un miserable renegado, llamado Yasuyemon, que saludó cortésmente al venerable, y le dijo con la más re-

finada hipocresía: «Mucho me pesa, padre mio, de ser yo el ejecutor de vuestra prision; pero soy mandado y no puedo dejar de obedecer: así, pues, os ruego me perdoneis por esta falta.» El venerable misionero no se turbó con esta nueva, ántes bien, revestido siempre del valor que inspira el heroismo, le contestó de esta manera: «Seais bien venido, Yasuyemon; no penseis que os quiera mal porque habeis venido á prenderme, mayormente siendo mandado, como decis; y dado que no lo fueseis, sabed que no podiais hacerme mayor bien que prenderme por amor de mi Señor Jesucristo. Así, pues, haced de mí lo que os pareciere; que aquí me teneis ya preparado.» La respuesta de este venerable misionero, tan conocido y respetado de toda aquella cristiandad, debiera haber desarmado y confundido á aquel apóstata; pero, más duro y obcecado en su maldad, no desistió de su propósito, si bien trató de paliarlo con la misma hipocresía. «Mandadme, padre, le dijo, que os prenda, y os lleve yo amarrado, segun es de estilo en estos casos.» Una indicacion tan necia ni siquiera merecia ser contestada; y sin embargo, el venerable confesor con su acostumbrada mansedumbre le dijo: «Sea en buena hora; pero entre tanto os suplico me permitais entrar en ese aposento, y luégo podréis cumplir á vuestro gusto el mandato que traeis.» Obtenido el permiso, entró el venerable en su cuarto, se vistió el santo hábito, y se entregó con ánimo tranquilo á sus aprehensores y verdugos.

El fervoroso Tocuan, dueño y huésped de la casa, no se hallaba presente á la sazon; pero María, su consorte, siquiera no ignorase el gran rigor de los

decretos imperiales y que le habria de caber la misma suerte que al venerable misionero, mandó llamar á su esposo, informándole á la vez de todo lo que ocurria. Bien pudiera haberse ocultado Tocuan, y eludir de esta manera la dura pena de la ley; mas habiendo sido siempre un ferviente adorador de Jesucristo, y deseando vivamente inmolarse por su amor, corrió presurosamente á su morada al recibir el aviso de su esposa, y se entregó como un cordero en manos de los esbirros. María, la buena y tierna María, deseaba tambien que la prendiesen, y viendo que nada le decian aquellos fieros sayones, les suplicó humildemente, con repetidas instancias, que la amarrasen tambien como á su esposo; pero tuvo el desconsuelo de que no escuchasen su demanda, porque no tenian órden para ello.

Como Tocuan era un caballero distinguido, que habia obtenido en el imperio los más elevados cargos, queria el renegado esbirro conducirlo en *olimon* (silla de mano), segun la usanza del país; pero ni él ni su devota mujer lo consintieron; pues «las afrentas sufridas por la gloria de Dios, decian entrambos, son más honrosas que todas las glorias del mundo.» Instábanle que á lo ménos se cubriese bien con el *dôbucu* (1); más ellos insistieron en que no: pues no querian ser más que el padre, cuyas fuertes ataduras estaban descubiertas y ostensibles, á pesar de su virtud y su carácter, que lo elevaban ciertamente muy por encima de los nobles y de los grandes del imperio. La pri-

(1) Especie de ropon ó capa de que usan los nobles.

sion de este caballero fué muy sensible y dolorosa para la afligida cristiandad de Nangasaqui. Desde que las autoridades del país se declararon contra la religion de Jesucristo, él habia sido el consuelo y el amparo de aquella Iglesia perseguida; habia procurado hospitalidad en todas partes á los PP. misioneros cuando fueron desterrados del imperio, y recogia las reliquias de los venerables mártires, que los verdugos infames procuraban ocultar á los cristianos. Su casa era el refugio conocido de todos los desgraciados, y muy particularmente del sacerdocio perseguido. Su virtud y su piedad sólo eran comparables á la fuerza poderosa de su fe. Profesaba, con María, una devocion especial á la Vírgen del Rosario, en cuya ilustre cofradía estaban inscritos juntamente, y procuraban merecer las bendiciones del cielo con obras de beneficencia y caridad. Sus ejercicios ordinarios eran la oracion y la lectura de libros santos, y de esta suerte se iban disponiendo interiormente aquellas dos hermosas almas, para que el Señor las hallase dignas de padecer algun dia por Jesucristo y por su amor (1).

Ya en marcha la muchedumbre con los dos ilustres campeones, se dirigieron al palacio del gobernador de la ciudad, donde se vieron rodeados de un pueblo alarmado y numeroso, que ya los estaba aguardando con

---

(1) «Las proezas y hazañosas virtudes del victoriosísimo mártir Tocuan, dice el autor del *Triunfo del Santo Rosario en Japon*, pedian una relacion de otro mártir glorioso, para que un santo hablase de otro santo...; mas no privó Dios de este bien al gran Andres Tocuan, pues todos los padres de Santo Domingo que en su casa moraron, y despues padecieron glorioso martirio... se previnieron escribiendo sus virtudes, celebrando su martirio y alabando su fortaleza.» Fué beatificado en 1867.

una inquietud creciente. Todos se lanzaron á porfia á besar el santo hábito de nuestro venerable misionero; y se lo repartieran á pedazos como preciosa reliquia, si los guardas de palacio no se lo estorbáran con violencia. El pueblo se agrupaba en grandes olas en derredor de aquellos sitios, y se desbordaba como un mar por todas las avenidas. Temeroso el Gobernador de algun tumulto, á vista de aquella ferviente muchedumbre, mandó asegurar, con disimulo, á los venerables confesores en la cárcel de su mismo tribunal, en donde estaba desde el dia anterior el P. Mena. Ocho dias estuvieron en aquella misma cárcel, hasta que se fueron aplacando los clamores populares. Entre tanto se les iba instruyendo su proceso, como reos justiciables por el mayor de los delitos. Miéntras el tribunal de Satanas se preparaba á pronunciar su fallo inicuo contra los siervos de Dios, éstos, revestidos santamente de una autoridad divina, perdonaban, como jueces, los pecados y miserias de los cristianos afligidos, que se tenian por dichosos de ser absueltos de sus culpas por los confesores de la fe. Los habitantes de la ciudad no consintieron que Tocuan estuviese en aquella cárcel ordinaria, confundido con los más abyectos malhechores. Alegaban su nobleza y los empleos distinguidos que habia desempeñado en el imperio. De este modo consiguieron que Tocuan fuese trasladado á una casa particular con harto sentimiento de su alma, y hasta por oposicion por parte suya. Los venerables misioneros fueron asimismo trasladados á la isla de Yuquinojima, en el reino de Firando, ínterin se daba cuenta al Emperador de su prision.

Era en la alborada silenciosa del Domingo de Ramos cuando fueron sacados de la cárcel y de la ciudad de Nangasaqui con el mayor sigilo y precaucion, para evitar la concurrencia y la conmocion universal de los cristianos. Mas no bastó cautela alguna, ni la exquisita prevision de llevarlos tendidos y cubiertos en una especie de andas, para conjurar la tempestad. Las cien trompas de la fama llevaron á todas partes la noticia con la velocidad del pensamiento, y los caminos y las avenidas y las playas se cubrieron de repente de innumerables muchedumbres, que lloraban sin consuelo la pérdida de sus amados padres y maestros. Al embarcarlos, se metian hasta el cuello por el agua, para besarlos con ánsia y recibir su bendicion por la postrimera vez, á pesar de la crueldad de los esbirros, que se oponian con las armas á sus conatos piadosos. Era, en verdad, un espectáculo sublime y tierno á la vez, el ver tanto amor hácia unos hombres desvalidos y extranjeros, llevados como malhechores á una cárcel, de donde sólo habian de salir para ser llevados como víctimas al altar del sacrificio.

Ya el venturoso bajel daba sus lonas al viento, y desaparecian á su vista las playas de Nangasaqui, cuando aparece por la proa una nave á toda vela, que iba siguiendo las aguas de la embarcacion fugaz. Los ministros de justicia que acompañaban á los ilustres confesores á su lejana prision (distaba treinta leguas de aquel punto) ignoraban los designios de aquella vela misteriosa, que parecia seguirles á la caza tenazmente. En su vergonzosa cobardía, temblaban á la vista de aquel buque, que, cual aparicion aterradora, se presentaba á sus ojos es-

pantados, para vengar los ultrajes de la santidad y la inocencia. Para mayor miedo y confusion de los esbirros, amainó el viento de repente, y se hizo inútil todo esfuerzo para huir de aquella vela, que se les echaba encima por momentos. Ya se preparaban los agentes del Gobierno para rechazar el abordaje, cuando ven enarbolarse en el bajel sospechoso una bandera de paz, y oyen la voz del piloto, que les interpelaba en estos términos: «Señores, yo no soy cristiano, ni teneis que recelaros; pero traigo algunos que lo son, y desean confesarse con los presos, porque creen que tienen facultad para perdonarles los pecados; permitidles esta gracia, pues ya no teneis por qué temer.» Entónces Dios, en cuyas manos están los corazones de los hombres, convirtió su fiereza en mansedumbre (á lo que pudo tambien contribuir algun resto de temor), y no hicieron resistencia á los cristianos, que invadieron su bajel para postrarse á los piés de los santos misioneros. Confesados y absueltos de sus culpas con extraordinario consuelo de sus almas, se despidieron con lágrimas de los venerables presos, los cuales, prosiguiendo su derrota, llegaron á su destino el dia de Juéves Santo.

Aquí hallaron á un gobernador cruel, que los trató indignamente. Pareciéndole demasiado cómoda la cárcel ordinaria para ellos, mandó fabricarles otra de extraña y nueva invencion. Era una especie de jaula hecha con estacas muy unidas, que podria tener á duras penas dos brazas de largo por una y media de ancho, con una ventana tan pequeña, que sólo se podia entrar una taza diminuta, con la cual les daban la comida. Para tenerlos allí más afligidos, mandó levantar en alto una tabla,

que decia en caractéres grandes y legibles: «Se prohibe, bajo pena de la vida, que nadie les provea de alimentos, ni vestidos, ni de otro socorro alguno.» La comida ordinaria que les daban era un poco de arroz sucio y mal cocido, sin ninguna clase de condimento. Con este duro tratamiento, el beato P. Fr. Alonso de Mena perdió luégo la salud; mas el Señor, que lo tenía predestinado para dar testimonio de su fe con una muerte extraordinaria y cruel, lo curó maravillosamente, sin los auxilios del arte. Sin embargo del rigor con que eran vigilados, lograron proporcionarse en aquel sitio los sagrados ornamentos y todo lo indispensable para celebrar allí el santo sacrificio de la misa, la que decian con frecuencia para suplir de algun modo con el manjar de los fuertes las privaciones y miserias que corporalmente padecian. Despues, en 13 de Agosto, fueron trasladados á la cárcel de Omura, en donde estaban todos los venerables misioneros que habian sido presos; y si bien con esta traslacion en nada disminuyeron sus duros padecimientos, tuvieron, sin embargo, el gran consuelo de pasar el resto de su vida acompañados de muchos venerables confesores.

11. Miéntras estos venerables padecian en aquella cárcel horrorosa, fueron martirizados los venerables padres Fr. Luis Flores, religioso de nuestra Orden, y fray Pedro Zúñiga, Agustino, procedente de la provincia del Santísimo Nombre de Jesus en estas islas. Estuvieron presos mucho tiempo en la cárcel detestable que los herejes de Holanda tenian en su factoría de Firando, y en su dia postrimero fueron arrojados á las llamas. El primero habia trabajado muchos años en dife-

rentes ministerios de las islas Filipinas; y sin embargo de la barrera sangrienta que se habia levantado en el Japon á los ministros del Señor, despues de haber consultado á quien debia los impulsos de su espíritu, suplicó á los superiores que lo enviasen al estadio de aquella lid generosa, resuelto á perder la vida en su empresa extraordinaria, si era voluntad de Dios. El otro habia sido expulsado ya de Nangasaqui en 1614, y habiendo perdido por entónces las últimas esperanzas de poder regresar á su mision, se habia quedado en Filipinas. Empero, como el Señor le tenía reservada la corona del martirio, se le abrieron nuevamente las ya cerradas puertas del imperio, sin diligencia alguna de su parte. Llegó en efecto á Manila una solicitud de los cristianos del puerto de Nangasaqui, dirigida al provincial de los PP. Agustinos, en que le suplicaban les enviase al expresado P. Zúñiga, ofreciéndole á su vez, como una expresion sentida de su profunda gratitud, las reliquias adorables del venerable P. Fr. Hernando de Ayala. No pudieron negarse los PP. Agustinos á una solicitud tan expresiva, muy conforme, de otra parte, al pensamiento constante del venerable P. Zúñiga, y la acogieron desde luégo sin la menor contradiccion. Por este incidente extraordinario, que coincidió precisamente con la salida tambien del P. Flores, tuvo éste, sin pensarlo, un digno compañero en aquel viaje, el cual lo fué tambien de todos sus trabajos ulteriores, y hasta de su prision y su martirio. No dejaba de ofrecer dificultades el hallar en Manila un armador que los quisiese conducir en sus bajeles al imperio del Japon; porque en el caso posible de ser descubiertos á su bordo

los sacerdotes de Dios, el conductor perdia el buque y las mercancías y la vida.

Residia en Manila á la sazon un cristiano japonés, muy fervoroso, llamado Joaquin Diaz. Se habia expatriado mucho ántes del imperio por motivos de religion y de piedad, y ahora deseaba regresar á su país, para favorecer con su presencia á los cristianos en la horrorosa persecucion que venía sufriendo aquella iglesia. A este fin empleó su capital en la compra y adquisicion de una fragata, la que equipó á sus expensas; y noticioso de que los dos PP. misioneros deseaban pasar á Nangasaqui, se ofreció á llevarlos muy gustoso, á condicion de disfrazarse con el traje español de aquellos tiempos. El dia 5 de Junio de 1620 zarpó la fragata de estas aguas, y navegó en los primeros dias con prosperidad y con bonanza. Mas luégo le sobrevino una tormenta espantosa, que la arrojó finalmente á las costas cochinchinas, despues de haber arrojado á los abismos una gran parte de su carga. Veinte dias estuvieron los afligidos navegantes en la mayor cuita y amargura; mas al fin se aplacó el viento, que les era tan contrario, y con otro más propicio volvieron á su derrota por la costa de la China hasta el puerto de Macao, en donde se repusieron de las grandes averías que habian padecido en la borrasca. Estaba todo dispuesto para marchar á su destino. El dia 2 de Julio salieron de este puerto con direccion á Nangasaqui, y de paso hicieron aguada en la Formosa. Mas, apénas se alejaron algun tanto de sus playas, cuando vieron por la proa una vela sospechosa, que les iba velozmente á los alcances. Era un buque de corsarios, erizado de cañones, y de traza formidable. El

espanto y el terror se apoderó por un momento de todos los corazones. Los japones se tranquilizaron al momento, cuando supieron que el corsario era procedente de la Holanda. No así pudieron aquietarse los dos PP. misioneros; pues sabian perfectamente que si llegaban á ser reconocidos como tales, se exponian á morir á mano airada. Persuadidos, en efecto, del inminente peligro que corrian, y sin embargo de que sólo el capitan sabía que eran sacerdotes, se ocultaron en el buque con otros dos españoles que iban de particulares, para evitar en todo caso las sospechas del corsario. Padecieron en esta reclusion las agonías de la muerte por espacio de veinte y cuatro horas, con motivo del mal olor que despedian los cueros mojados de venado, que componian una gran parte de la carga; pero al fin un marinero los libró, sin pensarlo, del trabajo que sufrian, delatándolos inocentemente (1) á los piratas. Por entónces sólo fueron considerados como prisioneros españoles, si bien esta sola circunstancia era más que suficiente para hacerles sentir á todas horas los efectos formidables de su bárbara venganza, por el ódio que tenian á su catolicismo y á su patria. Luégo fueron trasladados á su buque, sin permitirles tan sólo que sacasen cosa alguna de su mísero equipaje. Mas no tardaron mucho tiempo en verse asaltados á su vez por otro buque de piratas, holandeses como ellos, que como lobos sangrientos se disputaron la presa que tenian en sus manos. Los cuatro fueron tratados como enemigos habidos en guerra justa y legítima, y trasportados por fin á

(1) Hay quien supone tambien que esta delacion fué intencionada.

las playas de Firando, adonde llegaron el 4 de Agosto de aquel año, dia siempre memorable por la festividad aniversaria de nuestro santo Patriarca.

12. Apoyados los corsarios en las vehementes sospechas que tenian de que á lo ménos algunos de aquellos cuatro españoles debian de ser sacerdotes ó religiosos misioneros, cuya sola circunstancia les daba el derecho, segun ellos, para quedarse con la fragata y cargamento, los trataron con el mayor rigor en la jornada. Aportados á Firando, los encerraron sin piedad en una oscurísima prision, cargados bárbaramente de pesados grillos y cadenas. Entre tanto procedieron á las averiguaciones más severas, para encubrir sus infamias con las apariencias de un proceso. Un título de vicario provincial que hallaron en la balija del venerable Zúñiga, y una institucion de misionero en favor del venerable Flores, si bien escrita por cifra solamente, confirmaron al corsario en las sospechas de lo que deseaba descubrir. Ante todo los metieron en un calabozo horrible, que sólo tenía de cuatro brazas de largo y una de ancho, lleno de humedad y de inmundicias, sin luz ni ventilacion alguna. El alimento que les daban era un puñado de arroz muy mal cocido, sin sal ni otro condimento. A los tres dias los sacaron á la luz, no para aliviar sus penas, sino para atormentarlos de una manera espantable. Desnudos hasta la cintura, los colgaron de una viga con las manos atadas en las espaldas; seguidamente les amarraron dos pedreros muy pesados en las piernas, y en esta violenta posicion los bajaban y subian, preguntándoles si la nave que los conducia era de algun español, ó si eran acaso misioneros. Sufrieron los

venerables con valor por mucho tiempo la violencia del tormento sin confesar lo que deseaban saber sus enemigos, hasta que, cansados éstos de tan bárbara operacion para su mengua, los volvieron á la cárcel con las mismas privaciones. Compadecido un español de Nangasaqui al tener noticia de los hechos, y confiado en las buenas relaciones que tenía con el factor de los holandeses de Firando, le hizo una visita de amistad, y acabó por interesarse en el asunto y en la libertad deseada de los presos. Mas á pesar de su empeño y su valimiento poderoso, sólo pudo conseguir que los trasladasen á otro calabozo que tenía alguna luz, la precisa para ver las inmundicias que la humedad del sitio producia.

Cuando se hizo general en Nangasaqui la noticia detallada del horrible tratamiento que en Firando se daba á nuestros venerables misioneros, la cristiandad entera de aquel puerto se llenó de una santa indignacion contra los pérfidos corsarios, y trató de librarlos á todo trance de sus manos. Los PP. Fr. Jacinto Orfanell y Fr. Diego Collado, ambos religiosos de la Órden, no dejaban piedra por mover para lograrlo; pues consideraban que si los piratas conseguian el triunfo de su iniquidad en el asunto, los males de aquella cristiandad se agravarian sin medida. Pero desgraciadamente todos sus pasos cedieron en mayor perjuicio y mayor cuita de aquellos venerables confesores, cuando llegaron á sospecharlo los corsarios. El P. Fr. Ricardo de Santa Ana, religioso Franciscano y flamenco de nacion, consiguió adelantar más que otro alguno en tan difícil empresa; pues confundido por el color y el lenguaje con

los holandeses, sus paisanos, logró finalmente hablar con los venerables presos, y les proporcionó sus instrumentos para libertarse de la pesadumbre de sus grillos, y romper los cerrojos de la cárcel. La maniobra se llevó á efecto sin gran dificultad; pero el resultado de la ejecucion no correspondió, por desgracia, á sus deseos. El venerable Zúñiga y los españoles lograron escaparse por fin de la prision; mas, advertida su fuga por el centinela de la cárcel, dió parte inmediatamente al jefe de los piratas, y los prófugos fueron perseguidos desde luégo por los esbirros del pirata, dándoles alcance en su carrera. El venerable Flores, temiendo lo que no podia ménos de suceder, no quiso moverse de la prision en aquel trance; pero no por esto fué mejor tratado que los tres. A seguida los cargaron de grillos áun más pesados, les ataron fuertemente las manos á las espaldas, y los amarraron á un gran poste, en tanto se reforzaban las puertas y los cerrojos de aquella prision horrenda. Así estuvieron aherrojados por espacio de ocho dias, y aunque despues los desataron, tuvieron que arrastrar su enorme grillo por todo el tiempo que estuvieron en aquel infausto calabozo.

13. Entre tanto, el Tono de Firando y el Gobernador de Nangasaqui, habido que fué conocimiento de lo que pasaba á la sazon en aquella factoría, enviaron á ella sus secretarios, con el fin de averiguar si los presos eran religiosos, como los holandeses sospechaban. Practicadas en efecto por aquellos comisarios de justicia las más rigorosas diligencias, y tomadas declaraciones á los presos, que no se creian obligados á ser delatores de sí mismos, nada se pudo adelantar tampoco

en aquel negocio por parte de las autoridades japonesas. En esta ocasion aciaga, el venerable P. Flores', fiando demasiado en la conciencia de su juez comisionado, le elevó desde la cárcel una queja, con el fin de que los aliviáran de las vejaciones que de sus opresores padecian. Mas este mismo recurso, tan justificado de otra parte, les ocasionó mayores penas y trabajos; pues sabida su querella por sus crueles enemigos, desfogaron su despecho contra ellos, haciéndoles sufrir una especie de tormento tan bárbaro y tan cruel, que los puso á las puertas de la eternidad en breve tiempo. Sentados en un escaño, los ataron en él de piés y manos; luégo les amarraron un pañuelo en la garganta por dos puntas, y echando en él jarros de agua, los ahogaban sin piedad, haciéndoles sufrir bárbaramente todas las agonías de la muerte, hasta que perdian el sentido, víctimas de la asfixia y el desmayo. Satisfecha ya su rabia por tan horrible manera, los volvieron á la cárcel, en donde sufrieron y experimentaron muchos dias las resultas del tormento.

Impacientes los piratas de ver que no podian hacer buena legalmente aquella presa, que ya miraban como suya, movieron al Emperador para que conociese por sus jueces de la causa de los presos, tenidos con fundamento por religiosos españoles, que debian sufrir la pena capital, segun las disposiciones vigentes del imperio. Entónces acumularon en el proceso algunos incidentes y detalles para acrecentar las sospechas que tenian, y muy particularmente contra el venerable Zúñiga, que, en vista de los indicios, ya no pudo callar la calidad de su persona. Entre las pruebas que alegaban los corsa-

rios, presentaron el testimonio de un malvado portugues que terció en aquel asunto, haciendo suya la causa de la impiedad y del pirata. Testificaba aquel infame haber visto anteriormente en la ciudad de Nangasaqui al expresado misionero celebrando el santo sacrificio de la misa, oyendo en confesion á los cristianos, y añadia, en confirmacion, que él mismo habia sido en algun tiempo uno de sus penitentes. Tanta perversidad y tanta infamia sólo pueden anidar en un corazon ingrato. A esta declaracion tan terminante agregaron la de un indio de Manila, que decia haber sido él mismo dependiente de la Órden á que pertenecia el P. Zúñiga, en prueba de serle conocida su persona. Estas verdades innegables, si bien mezcladas con algunas falsedades; estos testimonios inequívocos, con los indicios que habian resultado desde el principio de la causa, pusieron á este misionero en el grave compromiso de declararse religioso. El venerable P. Fr. Francisco de Morales y el P. Cárlos Espinola, á quienes se consultó el caso, opinaron que así debia de hacerlo en su concepto, habida consideracion al estado de la causa. Este parecer decidió finalmente la cuestion, y el P. Zúñiga se vió precisado á confesar que era religioso de Manila. Tal era el desenlace á que aspiraban los corsarios holandeses en aquel drama terrible. Triunfó la iniquidad de la inocencia; el pleito se dió por concluido; se les adjudicó la fragata y el cargamento, que se habian apropiado de antemano, y prendieron al capitan y al piloto, dejando la tripulacion asegurada bajo fianza. El venerable Zúñiga fué entregado inmediatamente al Tono de Firando, que lo mandó desde allí á la cárcel públi-

ca, y despues lo trasladó á la de Yuquinojima. Quedaba aún en poder de los piratas el venerable Flores, con los dos españoles expresados, asociados á él por la desgracia. Considerando este venerable sacerdote que no resultaban en la causa más indicios contra él, que haber venido de Manila en compañía del P. Zúniga, creyó que podia callar aún su calidad de religioso, y que entre tanto quizá se podria presentar una ocasion de obtener su libertad.

Entónces el P. Fr. Diego Collado, al ver la gran necesidad que habia de religiosos en Japon, hizo algunas tentativas para libertar á su hermano del estado lastimoso en que se hallaba. Para realizar su pensamiento se valió de un fervoroso y decidido cristiano, llamado Luis Yaquichi; éste comprometió á un holandes de la factoría de Firando á que daria libertad á los presos por la suma de cincuenta duros. Estaba el asunto tan adelantado, y se daba tanto crédito á la palabra del holandes, que aquel venerable religioso escribió algunas cartas amistosas á ciertos cristianos de su especial conocimiento, para que le ayudasen á reunir la expresada cantidad. El mismo Luis Yaquichi debia ser el conductor de aquella correspondencia; mas entre tanto el holandes se negó á llevar adelante lo pactado. Aquellas cartas fatales, que, por carecer de objeto á la sazon, debieran de haber desparecido á todo trance, vinieron á complicar terriblemente aquella situacion trágica, y precipitaron finalmente el desenlace de aquel drama pavoroso.

Existia en la factoría holandesa una ventana, que daba á la mar precisamente, y servia para la limpia de

aquella inmunda cloaca. A esta operacion indigna estaban condenados tristemente los pobres encarcelados, que sólo salian de su prision para desempeñar este servicio. Era la hora precisa de la limpieza diaria, cuando una embarcacion desconocida vino á situarse de frente á aquella ventana misteriosa, y una cuerda preparada por una mano invisible apareció de repente á los piés del misionero, que se deslizó por ella para ganar la embarcacion. Mas ésta se habia desviado repentinamente de su sitio por la violenta accion de la resaca, y no hallando el misionero el punto de apoyo que esperaba, en vez de la embarcacion se halló el abismo, que lo hubiera tragado en el instante si no hubiese ganado la ribera, como diestro nadador. Mucho tiempo se perdió con este inopinado contratiempo; pero al fin pudo abordar aquella nave bienhechora. Ya los libertadores se hacian á la vela prestamente, muy contentos con su presa, cuando una nueva desgracia vino á interrumpir su marcha victoriosa. Se les habia roto la driza al izar presurosos toda vela, y se vieron precisados á echar mano de los remos. Los holandeses se apercibieron al fin de aquella fuga, y en su vista persiguieron aquella atrevida embarcacion con otra quilla ligera. Dijérase que volaba en alas de un huracan. El relámpago fugaz no era más veloz que su carrera. Perseguidos muy de cerca los fugitivos cristianos, dirigieron la proa hácia la playa, y áun lograron ganar tierra. Internados en un bosque que no distaba de la orilla, desaparecieron al pronto en la enramada, que ya no podia preservarlos del corsario. Éste los habia visto, por desgracia, ocultarse

en la espesura, y no le fué difícil darles caza en tan apurada situacion.

Aprehendidos en efecto nuevamente, los llevaron á la misma cárcel de donde habia salido el venerable Flores, despues de maltratarlos sin piedad de la manera más bárbara. En esta ocasion hallaron los holandeses las cartas del P. Collado, que tenía en su poder el desgraciado Luis Yaquichi. Éste era el libertador del P. Flores, que por un descuido involuntario no habia roto á su tiempo, por su mal, aquella fatal correspondencia, que despues dió tanto que sentir á sus autores, é influyó por desdicha en los sucesos ulteriores. Con efecto, los piratas entregaron estos datos á los que no podian dejar de utilizarlos á su tiempo, para cohonestar sus crueldades.

Entónces perdió el venerable P. Flores toda esperanza de salvarse de la persecucion y de la muerte. Supo que habia sido delatado por aquel mismo holandés que se habia ofrecido á libertarlo: considerando, ademas, que de manifestarse claramente ni la causa de la fe podria empeorar de situacion, ni su reserva podia ya salvar en tal extremo á sus inocentes conductores, juzgó por más conveniente el tomar este partido. A este fin se avistó personalmente con el Tono de Firando, y le confesó en secreto que él era tambien religioso, advirtiéndole de paso que habia callado en conciencia esta notable circunstancia hasta aquel postrer momento, porque no habia pruebas en contrario, y por otra parte peligraba la vida de muchos inocentes. Enterado ya aquel Tono de su espontánea confesion, le

dió muy buenas esperanzas; pero le hizo firmar su declaracion, y en seguida lo condujo á la cárcel de Yuquinojima, en donde estaba su venerable compañero el P. Zúñiga.

Todos los enemigos de la fe, infieles y corsarios, á una voz pedian que se terminase aquella causa ruidosa, para ver sacrificados cuanto ántes á aquellos venerables confesores. Con este objeto siniestro pasó Gonrocu á la córte, de donde regresó por Julio de 1622, competentemente autorizado para terminar la causa de los presos de Firando y demas confesores de la fe, y pronunciar su sentencia en conformidad con los decretos y las leyes vigentes del imperio. Instalado, finalmente, el tribunal de Gonrocu, mandó llamar desde luégo á todos los marineros cristianos de la fragata apresada por los corsarios holandeses, y les ofreció la libertad si renegaban de Cristo; pero nada pudo conseguir más que la abominacion de sus blasfemias. Al ver despreciada su proposicion impía, mandó asegurarlos en la cárcel y que esperasen allí el fallo definitivo de su causa. Habian faltado al llamamiento, por causas involuntarias, dos marineros cristianos, que al saber la prision inesperada de todos sus compañeros, se presentaron ante el juez para que los juzgase como á ellos. Los pocos religiosos de la Órden, que andaban disfrazados de paisanos para atender prestamente á todas las necesidades espirituales de aquella dolorida cristiandad, los visitaron várias veces en la cárcel, con el fin de animarlos á la perseverancia en los tormentos, y de consolar sus almas con la hermosa perspectiva de otra vida

más dichosa. Habria trascurrido un mes escasamente desde las primeras actuaciones de Gonrocu, cuando se divulgó por la comarca que todos estos venerables confesores iban á ser sentenciados á la postrimera pena. Con esta ruidosa novedad los misioneros de la Órden, que habian ido á Firando con motivo de aquella famosa ejecucion, se trasladaron otra vez á Nangasaqui, en donde se decia y suponia que debia ser la ejecucion de la sentencia. En este viaje penoso, que hicieron embarcados finalmente, quisieron anticiparse á la salida de los presos, y á una hora, ó poco más, de Nangasaqui, desembarcaron de paso para oir en confesion á los cristianos que se les presentaban al efecto. Estuvieron toda la noche ocupados en administrar á los devotos el santo sacramento de la penitencia, y al asomar la alborada de la mañana siguiente continuaron su viaje á Nangasaqui. Mas al doblar una punta que da vista á la ciudad, apareció por la proa una embarcacion siniestra, que les puso en espanto el corazon, al ver sobre su cubierta á los venerables confesores, con muchos ministros de justicia y esbirros del tribunal, que los conducian á Nangasaqui. Como la luz de la aurora no dejaba todavía divisar claramente los objetos, no fueron conocidos, por fortuna, de aquellos viles ministros del infierno. Mas ellos vieron y conocieron de pasada á los venerables misioneros y los hábitos sagrados de su respectiva religion. Los venerables confesores, que eran diez, á saber, los dos religiosos mencionados, el capitan de la fragata, el escribano, el contramaestre, y los cinco que habian tratado de librar al

venerable Flores de la cárcel de Firando, iban amarrados con cadenas clavadas á los costados de la malhadada embarcacion.

El 17 de Agosto llegaron á Nangasaqui, y de seguida Gonrocu mandó comparecer á su presencia á todos los cristianos comprendidos en la causa de Firando, y trató de inducirlos de uno á uno á que apostatasen de la fe. A este fin les habló con palabras halagüeñas; les prometió la libertad, preciosa siempre á los ojos y al corazon de todo hombre, y les brindó toda suerte de conveniencias temporales si se determinaban á obedecerle en aquel punto. ¡Vanas y pobres promesas! Ninguno tuvo la debilidad de acceder á sus deseos, y le contestaron con valor, que nada importaban los honores ni las riquezas y comodidades de la tierra, en comparacion del dón inestimable de la fe, que les aseguraba allá en el cielo la soberana posesion de todo bien. Oida por el Prefecto contestacion tan sublime, y conociendo por ella el temple de aquellas almas, creyó inútil insistir en su demanda, y para abreviar el desenlace de aquel horroroso drama, mandó formar desde aquel dia, á la salida del pueblo, una estacada espantable, para levantar en medio una pira colosal, donde iban á ser inmolados los predestinados de Israel. Mas oigamos al Ilmo. Aduarte sobre la dificultad que se ofreció á los enemigos de la Cruz para allegar á la pira el combustible necesario.

«Los que solian andar vendiendo leña por la ciudad, este dia la escondieron, y ellos no parecieron, porque no se la tomasen para tan cruel castigo. Un alguacil cristiano, habiéndole mandado un gobernador, llamado

Feyzo, hiciese cierta diligencia en órden á este mismo caso, se excusó diciendo que era cristiano, y que no habia de obedecer á persona de este mundo, en cosa que fuese en perjuicio de su profesion; y con castigarse en Japon estas tales rebeldías con pena de muerte á arbitrio del juez, más quisieron todos los dichos ponerse á riesgo de ella que concurrir en manera alguna á sentencia tan inicua: por no romper, pues, con tantos, buscaron otros que lo hiciesen, y dieron con una gente vil, infieles, que vivian en el barrio de las malas mujeres, de cuya vecindad no se les podia pegar sino toda vileza y maldad, y á éstos se lo encargaron y pagaron, y ellos lo hicieron y lo pusieron todo á punto aquella misma tarde.» (Aduarte, lib. II, cap. XIX.)

14. Amaneció el dia 18, y con él apareció en las cercanías de Nangasaqui una multitud inmensa de cristianos, que deseaban inspirarse en el valor con que los atletas de la fe debian de sufrir la muerte por su religion y por su Dios. Mas en este dia no fueron conducidos al martirio, como se habia dicho y se creia, porque el prefecto Gonrocu esperaba todavía seducirlos por medio de un instrumento miserable, que sólo podia inspirar á los cristianos compasion, horror y espanto. Era éste el infeliz Tomas Araqui, que habia estado en otro tiempo en la capital del mundo, en donde habia hecho sus estudios, para trabajar despues en beneficio de la cristiandad en su país; pero, vuelto ya á su patria, y sin valor para arrostrar con fuerte corazon y faz serena todos los horrores y tormentos que amenazaban doquier á los paladines del santuario, abandonó torpemente el nombre sacerdotal, y hasta la religion

de Jesucristo, que habia jurado defender contra las potestades del infierno. No contento el miserable con haber apostatado de la fe, era el instrumento vil de los tiranos para pervertir con sus palabras á los que debiera confirmar en la religion con su doctrina. Mas se habia hecho demasiado despreciable á los ojos de Dios y de los hombres, para que pudieran seducir á nadie sus discursos. Sólo escándalo y horror podian inspirar sus impiedades. Despues de perder inútilmente dos dias consecutivos en tentar á los cristianos, los dos venerables misioneros y el capitan de la fragata fueron presentados, finalmente, al tribunal del Prefecto. Nada preguntó este malvado á los dos venerables misioneros; ántes, por el contrario, sucedió que cambiándose la escena, los que fueron citados como reos se tornaron en actores, y le requirieron de injusticia con la más santa libertad, reprendiéndole en su faz los inicuos procederes que habia usado para pervertir á los cristianos, y todas las infamias cometidas para asegurar el triunfo de Satanás y de su obra. El capitan, al ver que el tirano se hacia sordo á las reconvenciones y querellas de aquellos venerables sacerdotes, tomó tambien la palabra y defendió con hidalguía á sus valientes marineros, diciéndole y demostrándole que no se les podia en manera alguna imputar la transgresion de una ley que sólo á él comprendia; pues ignoraban realmente que los pasajeros que llevaban pudieran ser sacerdotes, no estando éstos vestidos con sus hábitos, ni conociendo sus personas. No pudo Gonrocu contestar á una razon tan decisiva, y se contentó con repetir que estaba muy dispuesto por su parte á dar á todos libertad si

se determinaban á renegar de la religion proscrita. Todos los venerables confesores oyeron horrorizados la condicion detestable propuesta por el tirano, y sin aguardar que el capitan le replicase, dijeron todos en voz alta: «Que estaban prontos y dispuestos á dar mil vidas que tuviesen, ántes que manchar sus almas con tan cobarde apostasía.» Aquí faltaban aún los que habian intentado y protegido la fuga del P. Flores. Áun permanecian atados en la misma embarcacion, y citados esta vez para comparecer ante el tirano, contestaron muy serenos: «Que si era para martirizarlos, irian con toda presteza; pero si era para hacerles más preguntas, todo era tiempo perdido, porque se ratificaban en todo lo dicho anteriormente.» Así terminó Gonrocu, confuso y avergonzado, aquella audiencia, y todos fueron condenados á la pena capital.

Publicada la sentencia, se llevó el dia 20 (1) á ejecucion. Desde los primeros destellos de la aurora apareció en la barrera del suplicio y en sus campos inmediatos una muchedumbre inmensa de cristianos, que segun el testimonio de tres religiosos de la Órden que, andaban disfrazados entre ellos para animarlos á todos á la lid, no bajaba de diez mil, si bien no faltaban tampoco en aquel sitio muchos infieles del contorno. Viéronse despues los venerables acompañados de una procesion solemne y numerosa de cristianos, en la que iban muchas niñas cantando la letanía de la Vírgen,

(1) Veinte ponen algunos autores, áun contemporáneos, como el *Triunfo del Rosario*; pero la *Nómina* o serie cronológica de Roma, pone el martirio el dia 19.

como la deben cantar los ángeles en el cielo. Así llegaron al estadio los atletas del Señor, y el P. Flores fué el primero que pasó intrépidamente la barrera, y despues el P. Zúñiga, con el capitan Joaquin y otros doce compañeros. Los tres primeros debian ser arrojados á la pira, y en tal concepto fueron amarrados, segun costumbre, á unas estacas que ya estaban prevenidas al efecto. Los demas confesores venerables debian de ser degollados, puestos de rodillas en el suelo. En un montecillo alto y muy cercano al lugar horroroso del suplicio, estaban los jueces imperiales sentados con majestad en sus sillas gestatorias. A una señal convenida que hicieron los magistrados fueron los verdugos despachando con sus catanas sangrientas á los doce paladines de la fe, para recibir en el empíreo la guirnalda gloriosa de su triunfo. Sus cabezas fueron inmediatamente colocadas en escarpias, para amedrentar con su espectáculo á los espectadores de la lid. Mas al ver levantados á lo alto aquellos trofeos sangrientos de la Cruz, el venerable Joaquin Diaz, inspirado de repente por el espíritu de Dios, dirigió su palabra en alta voz á la inmensa muchedumbre, para dar testimonio de su fe, y animarlos á todos al combate. Su elocuente oracion se prolongó hasta que llegó el momento de ofrecer á Dios el sacrificio de su vida.

La acreditada fiereza de Gonrocu no se contentaba con quitar la vida simplemente á quienes odiaba desde antiguo; ántes bien, por el contrario, á manera de un tigre carnicero, que se complace por instinto en despedazar uno por uno los palpitantes miembros de sus víctimas, se propuso ver morir á aquellos varones justos

en medio de tormentos prolongados, para desahogar allí toda su saña. Aquellos venerables confesores habian sido amarrados flojamente por su órden, con la cruel idea de que fuesen más sensibles y durables sus dolores. ¡Tanto fué el refinamiento de su bárbara venganza! Habia mandado ademas colocar al rededor toda la leña á unas tres varas de distancia, para hacerlos morir á fuego lento, y para que al arder toda la pira, el humo los asfixiase, en tanto fuesen tostados con lentitud todos sus miembros. El venerable Zúñiga fué el primero que sintió los espantosos efectos de aquel bárbaro tormento. Desconfiando de sí mismo y de sus fuerzas naturales, invocaba en alta voz á su Patriarca glorioso en aquel trance supremo. Al oir el venerable Flores su plegaria lastimera, le animaba á confiar efectivamente en el santo Patriarca que invocaba y en los auxilios de la gracia, que no les habian de faltar en tal extremo. Con admiracion de los presentes permanecieron sin moverse en medio del humo y de las llamas, hasta que el venerable Flores entregó su alma acrisolada en las manos del Señor. A breve rato espiró con igual tranquilidad el venerable Diaz, y por último el venerable P. Zúñiga, triunfando gloriosamente del tirano, y terminando por fin aquella vida de dolores, que habia sido realmente un prolongado martirio.

Serian las doce del dia cuando los últimos atletas del Señor exhalaban su aliento postrimero en las aras de su fe, de su religion y de su amor. Aquel pueblo numeroso de cristianos reclamaba en són doliente los venerables cuerpos de los mártires; mas los guardias que los custodiaban noche y dia no permitieron que

persona alguna penetrase en la barrera, á fin de que los corsarios holandeses pudiesen cerciorarse por sí mismos de la ejecucion de la sentencia. La impiedad y la herejía eran solidarias esta vez en su guerra de exterminio contra el Santo de Israel. Cinco dias estuvieron aquellos cuerpos venerables tendidos en el lugar de su martirio, sin que el infame pirata osára aproximarse para nada al lugar del sacrificio, por no provocar con su presencia los enojos populares; pues era ya notorio en Nangasaqui el verdadero verdugo de estas víctimas. Nuestros santos religiosos lograron al fin la mayor parte del cuerpo, bastante bien conservado, del venerable padre Flores (1), y los cristianos se repartieron los demas como reliquias del cielo.

Era el venerable P. Fr. Luis Flores flamenco de nacion y natural de Gante (2). Habia pasado muy jóven con sus parientes á España, y de allí partiera á Méjico, donde tomó el santo hábito de la ilustre religion Dominicana. Concluida su carrera, é inspirado sin cesar en el grande pensamiento de pasar á las misiones de la provincia del *Santísimo Rosario*, consiguió, finalmente, sus deseos, y luégo fué destinado á Cagayan, donde compartió con gloria los trabajos apostólicos de los celosos misioneros, que evangelizaban incansables aquellas gentes indómitas. Mas, obedeciendo

---

(1) Entre várias reliquias de los mártires del Japon que se conservan en el relicario de Santo Domingo de esta capital, sólo las del Beato Flores pudieron ser reconocidas y declaradas auténticas por el Ordinario en 1867, con motivo de la beatificacion.

(2) Allí, por lo ménos, se habia educado: su apellido verdadero era Fraryn ó Froryn.

al fin á un grande presentimiento, consiguió retirarse al convento de Santo Domingo de Manila, para prepararse dignamente, por medio de la oracion y del ayuno, á las grandes batallas de la Cruz, que Dios le tenía reservadas en la jornada angustiosa del Japon. Allá fué para ser mártir, y ninguna otra mision tuvo que desempeñar en el imperio. Y para esto, ¡cuántos lances, cuánta adversidad, cuántos azares!..... Sería preciso escribir un libro entero para bosquejar tan sólo esta leccion admirable de la divina Providencia.

CAPÍTULO II.

Eleccion de provincial en la persona del P. Fr. Miguel Ruiz en 1621.—Se sublevan los indios de la Irraya.—El P. Fr. Pedro de Santo Tomas reduce á un gran número de ellos y funda el pueblo de Maquila.—Muere en la Nueva Segovia.—Prision de algunos misioneros en el Japon.—Descripcion de la cárcel de Omura, y trato que en ella se da á los venerables confesores.—Sus ejercicios piadosos.—Prenden los guardias á un cristiano que con ellos comunicaba.—Profesan en ella algunos japones, y hacen sus votos solemnes.—Valor y celo de María Quimura.—Martirio de varios venerables en Omura y Nangasaqui.—Lances extraordinarios ocurridos en la ejecucion.—Martirio de otros venerables.—Reseña de la vida de los venerables de Órden, que fueron martirizados por entónces.

15. En tanto que la Iglesia del Japon luchaba con la impiedad por la gloria de Dios y de su reino, la provincia del *Santísimo Rosario* celebraba su Capítulo de 1621, y nombraba provincial al P. Fr. Miguel Ruiz, hijo del convento de Segovia, que habia administrado en Binondo y en Bataan, y desempeñado por dos veces el priorato conventual. Las actas de este Capítulo dan una idea brillante del estado general de la Provin-

cia, y del espíritu de Dios que la animaba. El buen nombre de sus hijos era el objeto constante de su legislacion capitular, y sólo estaba á su altura el celo y la caridad con que atendia á la salvacion de toda carne. Las famosas misiones del Japon, y los numerosos ministerios de estas islas dan testimonio de ello.

Poco despues de este Capítulo provincial se terminaron felizmente las diligencias jurídicas, mandadas practicar y practicadas en esta curia eclesiástica, para averiguar el gran prodigio que Nuestra Señora del Rosario habia obrado en Mindanao, en favor de D. Francisco Lopez, á quien conservó la vida maravillosamente hasta que tuvo oportunidad de confesarse, como se ha dicho anteriormente en el libro primero de esta *Historia*. Con este fausto motivo celebró la Comunidad una fiesta muy solemne á Nuestra Señora del Rosario, en hacimiento de gracias por tan singular merced. Se pronunció una elocuente oracion sobre el prodigio, y el pincel se encargó espontáneamente de trasladarlo á los lienzos, para fomentar la devocion de los cristianos á la Reina de los cielos.

16. Por aquellos mismos tiempos tuvieron que deplorar amargamente nuestros religiosos misioneros una desgracia lamentable, que los llenó de sinsabores. Era el dia 6 de Noviembre de 1621, cuando se sublevaron fieramente los indios de Abuatan, y propagándose la rebelion por otros pueblos, quedó el partido de la Irraya casi del todo destruido. Era la tercera vez que levantaba el estandarte sangriento de sus iras aquella raza indomable, cuya evangelizacion costaba tanto á nuestros celosos misioneros. Habíase colocado feliz-

mente una cruz algo elevada en el patio de la iglesia, con mucho gozo y entusiasmo de los indios que asistieron á esta ceremonia religiosa. Mas, á los dos dias precisamente de aquella solemnidad, volvieron las espaldas á su Dios aquellos pueblos inconstantes, y se sublevaron neciamente contra el Cristo del Señor. Pusieron fuego á la iglesia y á la residencia inofensiva del venerable misionero, sin otro motivo ni pretexto que el deseo de gozar de su antigua libertad en la espesura impenetrable de sus bosques. Tan difícil es y ha sido siempre el despojar á los salvajes de la inclinacion á sus guaridas. Los moradores de este pueblo, con la mayoría de los que componian el de Pilitan, eran Gaddanes de nacion, gente de capacidad muy limitada, feroz y enemiga por instinto de toda sujecion y sociedad. Habian sostenido desde antiguo una tenaz oposicion contra los españoles y otras tribus, que intentaron subyugarlos. Al fin, las armas españolas y la constancia incansable de nuestros fervorosos misioneros habian conseguido reunir un gran número de ellos en los últimos pueblos de la Irraya; pero su estado social era siempre violento y reprimido, y no podia ser de larga duracion por esto mismo.

Era entónces misionero de Abuatan el P. Fr. Alonso Fernandez, el cual estaba tan ajeno de pensar en el desatino de sus indios, que no tuvo noticia del suceso hasta que lo realizaron. Triste y pesaroso por un hecho de tan fatales consecuencias, y lleno al mismo tiempo de valor, salió solo del convento, se metió intrépidamente en medio de la muchedumbre amotinada y les habló de esta manera: «¿Qué es esto, hijos mios? ¿Qué

os mueve á cometer tamaño desacierto? Considerad los daños que han de seguirse á vuestras almas y á vuestras mismas comodidades temporales. Cesará desde luégo vuestro trato con los españoles é indios amigos; y miéntras ahora sois los habitantes más ricos y felices de toda la provincia, seréis los más miserables y desgraciados de estos montes. Si yo ó alguno de mis hermanos os ha hecho algun agravio, aquí me teneis en vuestras manos sin defensa: vengad en mi persona vuestro enojo, quitadme la vida, si os parece; mas no querais perder la salud de vuestras almas.» Nada consiguió el misionero con tan tierna y amorosa exhortacion. Los rebeldes le protestaron que su resolucion no habia sido motivada por los padres, sino por algunos opresores, cuya sujecion y cuyas leyes estaban ya cansados de sufrir. En tal concepto, le suplicaron con respeto que los dejase y se marchase, porque podria suceder que alguno, tomado del vino, le matase. Al verlos el P. misionero tan obstinados y firmes en su resolucion disparatada, lloró, como buen pastor, la dispersion de sus ovejas, y se fué al pueblo inmediato de Pilitan, con el fin de preservarlo de la seduccion que se temia. Áun no habia ocurrido novedad cuando llegó el misionero á aquel distrito; pero no fué de mucha duracion aquel consuelo. Principiaban á irradiar los montes de Cagayan los primeros destellos de la aurora, cuando el domingo siguiente, despues de celebrar el P. Alonso el santo sacrificio de la misa, invadieron los gaddanes á Pilitan para arrastrarlo con las armas á su ruina. Los rebeldes estaban desnudos enteramente, y untados todos sus miembros, segun la bárbara costum-

bre de sus padres y de sus antepasados. Llevaban lanzas agudas y afilados campilanes, y los capitaneaba don Felipe Cupatay, actual *gobernadorcillo* (alcalde pedáneo) de Abuatan, cuya traicion y alevosía nadie podia sospechar á juzgar sencillamente por sus buenos precedentes. Cometido ya el atentado de sublevarse con el pueblo, todavía respetaba por entónces al P. misionero; pues le dió aviso de lo que meditaban en Pilitan, y le rogó que se fuese á otro pueblo, rio abajo, en una barquilla leve, tan veloz como los vientos, á fin de que nadie de los suyos pudiese molestarlo ni alcanzarlo. Su hermano, D. Gabriel Duyac, que mandaba otra partida de rebeldes, llegó á la sazon en que Felipe hablaba mansamente con el padre, sin cuidarse de los excesos que su gente cometia. En su vista, Cupatay le reprendió ásperamente, y él le contestó bravío que si los ánimos estaban divididos, y se principiaba aquella empresa con pláticas evangélicas, poco adelantarian en su designio. Todos se contuvieron, sin embargo, y respetaron al P. misionero, el cual, aprovechando aquel momento de aparente sumision, volvió á dirigirles la palabra con todo el amor y la ternura de un padre tan cariñoso. «¿Por qué, hijos mios, les decia, á quienes tanto he amado y protegido, habeis tomado un camino tan errado? ¿No conoceis que de esta suerte os vais precipitando por los derrumbaderos de vuestra perdicion? Si acaso habeis recibido algun daño de mí; si os tienen indignados mis imprudencias, aquí me teneis, repito, como ya os dije ántes: haced de mí lo que os plazca; pero no querais renunciar á vuestro Dios y perder miserablemente vuestras almas. Pague yo con la vida

el mal que hubieseis recibido; mas no abandoneis la fe ni la esperanza dichosa de vuestra eterna salvacion. Tened presente, por Dios, que de esta suerte os precipitais á una condenacion segura, y que pagaréis en el infierno vuestro gravísimo pecado y los que á él se seguirán por precision. ¿Qué vais á buscar en esos montes eternamente coronados de nieblas y de vapores, donde sólo anidan fieras y sólo se oye el triste canto de vuestras aves agoreras? Y si enfermais en la montaña, con las humedades y los frios; si el hambre llama á vuestras grutas, ó la epidemia terrible ataca á vuestras familias, ¿quién os asistirá con caridad, ó derramará por ventura en vuestras almas el bálsamo consolador de mi palabra? Y si la muerte os sorprende en ese estado de desesperacion y de demencia, ¿cuál será en la eternidad vuestro destino?» Escucharon los rebeldes en silencio tan patético discurso; mas era predicar en el desierto. Volvieron, no obstante, á protestarle que no se retiraban á los montes por él y sus hermanos, y añadieron, finalmente, que si queria ir con ellos, lo llevarian gustosos.

En tanto que el P. Alonso trataba de apaciguar á los rebeldes, y reducirlos á la sumision y á la obediencia que debian á entrambas Majestades, algunos, más atrevidos incendiaron una casa; y en su vista los demas levantaron una horrorosa gritería, dispuestos á consumar el atentado y reducir á cenizas todo el pueblo. Mas Cupatay se levantó indignado contra ellos, les afeó su proceder, y mandó inmediatamente apagar el fuego principiado, diciéndoles con imperio que miéntras el P. misionero estuviese entre ellos, se guardasen bien

de hacer cosa alguna que pudiese disgustarle. Prosiguió aún el P. Alonso con sus exhortaciones elocuentes, sin poder ablandar de modo alguno aquellos corazones insensibles. Hasta que al fin le dijeron que recogiese las alhajas y los ornamentos de la iglesia, y se fuese de aquel punto, facilitándole esquife y bogadores al efecto. Al dejar el P. Fernandez á Pilitan, los rebeldes pegaron fuego á sus casas, y maltrataron cruelmente á los cristianos indefensos que no querian seguirles á los montes, amenazando de muerte á los que trataban de oponerles alguna resistencia. Muchos no tuvieron valor para resistir á sus esfuerzos, y les siguieron con ánimo de abandonarlos despues, en la primera ocasion que se les ofreciese para ello; otros huyeron desde luégo y se ocultaron en la selva, para agregarse á los pueblos inmediatos, cuando se remontase á las alturas aquella horrorosa tempestad. Entre los leales se distinguieron con cierta especialidad D. Bernabé Lumabang y doña Agustina Pamma: aquél, aunque rico y de la clase principal, abandonó sus intereses y comodidades temporales para conservar la religion; y ésta, que tambien pertenecia á una familia distinguida, se metió en un lodazal para que los rebeldes no la viesen, lo que no pudo evitar postreramente, y descubierta por fin, la llevaron á los montes. Mas el Señor no tardó en consolarla felizmente, proporcionándola medios de poder restituirse á los pueblos cristianos, en donde vivió como verdadera hija de la Iglesia hasta la muerte.

Sublevados y destruidos los pueblos de Abuatan y Pilitan, trataron los rebeldes de alborotar los demas distritos y poblaciones de la Irraya, profanando y des-

truyendo lo que poco ántes veneraban. De esta suerte desgraciada se malogró en pocos dias el trabajo civilizador de muchos años. El encomendero que les cobraba el corto reconocimiento que pagaban, no dudó meterse entre la muchedumbre sublevada, fiado en el buen trato que les habia dado siempre; mas le engañó su confianza. Sin carácter religioso, y sin aquella influencia sobrehumana que suele ejercer el sacerdocio en los que han pertenecido al redil de Jesucristo, siquiera desoigan su consejo en momentos de exhaltacion y de demencia, el encomendero no debia prometerse los respetos que le dispensaron en su dia al P. Alonso, y vino á perder la vida á manos del pueblo airado.

17. Nuestros religiosos eran los que más sentian estos sucesos lamentables, porque sabian por experiencia la gran dificultad que habria despues para reparar aquellos daños. Uno de los que más se lastimaron fué el padre Fr. Pedro de Santo Tomas, que habia sido mucho tiempo ministro de aquellos pueblos, y como tal los amaba tiernamente, pues habia reengendrado espiritualmente con las aguas saludables del Bautismo á la mayor parte de sus hijos. Este mismo afecto cariñoso que les tenía le persuadió finalmente que armado de caridad y de paciencia podria quizá separarlos de aquel errado camino que habian emprendido tristemente. Animado interiormente de estos sentimientos generosos, se propuso á todo trance no perdonar al efecto ni fatigas ni trabajos hasta ver realizados sus deseos. Los sitios que los rebeldes habian escogido en la montaña eran los más seguros ciertamente. La naturaleza misma, en la fragosidad espantosa de sus riscos, les ofrecia

parapetos y castillos, en donde podian defenderse fácilmente de la tropa que tratase de castigar sus insolencias. Los caminos eran largos y quebrados, llenos en algunas partes de zarzas impenetrables, y en otras atravesados por barrancos muy profundos, que ofrecian á su paso los más peligrosos precipicios. Sin embargo de tantas dificultades y trabajos, aquel celoso misionero, trasportado á las alturas por las alas de su amor, y semejando propiamente al ángel de la caridad en su infatigable vuelo, penetraba sin tropiezo lo más interior de sus guaridas con el fin de reducirlos al redil del buen pastor. Pero tambien es preciso confesar que era tal el respeto y el amor que le tenian estos bárbaros, que lo escuchaban muy gustosos cuando les hablaba blandamente de su tan deseada reduccion. Al fin tuvo el consuelo inefable de ver cumplidos, en gran parte, sus deseos; porque al año de vivir en la montaña entre fieras y salvajes, ya tenía reducidas unas trescientas familias cristianas, que condujo triunfalmente á la embocadura del Maquila, cerca del gran Ibanag. Conseguido ya este triunfo, y cuando conoció que sus persuasiones y consejos ya no producian más resultado, entónces acompañó al alcalde mayor de la provincia, que con alguna gente armada trató de penetrar en el campo feroz de los rebeldes. Ántes de llegar la tropa se adelantó el misionero sin escolta, convidándoles con el perdon y la clemencia, y ofreciéndoles gustoso la más completa amnistía si bajaban á vivir como cristianos en sus antiguos hogares. Todavía estaba entre ellos D. Gabriel Duyac, que al ver el amor y la ternura de aquel padre cariñoso, no pudo disimular el

sentimiento de sus yerros: se acercó á él muy compungido, le besó el santo escapulario, y lo abrazó bañado en lágrimas. Empero, si bien le manifestó por esta vez los deseos que tenía de bajar, no pudo, sin embargo, resolverse, por vergüenza y miedo que tenía á la autoridad constituida, ante la cual se consideraba delincuente. El reconocimiento de la culpa ya era un paso favorable en la carrera del bien, y así bajó finalmente, á instancias del mismo religioso, y vivió como cristiano hasta la muerte. La entrevista que tuvo en esta ocasion este celoso misionero con los que persistian áun rebeldes, y la prudente precaucion de adelantarse el religioso indefenso fué tan útil á la tropa, que sin ella hubiera probablemente perecido por completo en las celadas horrendas que les tenian prevenidas al borde de gargantas pavorosas y de precipicios espantables.

18. La completa reduccion de los irrayas, tan deseada de nuestros religiosos, era, sin duda, obra del tiempo; y siendo el expresado P. Fr. Pedro de Santo Tomas el más apto para conseguirla, por ser tan conocedor de aquella raza, el Provincial lo destinó á este trabajoso ministerio, relevándolo al efecto del cargo de vicario provincial, que ejercia tan dignamente. Trabajó, en efecto, algunos meses sin descanso en la obra comenzada, hasta que las fuerzas naturales llegaron á faltarle en absoluto, y con ellas la salud, que llegó á perder completamente. Entónces, levantando la mano de su obra, se fué á la Nueva Segovia, con el fin de curarse, si era dable, de su grave enfermedad. Entónces se persuadió de todas véras que su hora era llegada, y procuró disponerse con la mayor devocion para

recibir en aquel trance los Santos Sacramentos. Víctima amorosa de su celo por la religion y por la patria, murió en la paz del Señor, con la pena de dejar aún á muchos hijos extraviados por la senda de la perdicion y del pecado. Su muerte aconteció el dia solemne de S. Pedro y S. Pablo, el mismo en que él habia venido al mundo, y recibido tambien el santo hábito en el convento de Villa-excusa, donde habia recibido en otro tiempo la primera educacion de la vida religiosa. El pueblo cristiano de Maquila, que él habia formado finalmente con las reliquias postreras de los sublevados de la Irraya, se recibió en el Capítulo de 1623, y en el mismo se hizo de este venerable misionero un honroso recuerdo en esta forma: «En el convento de Nuestro P. Santo Domingo de la Nueva Segovia acabó sus dias el M. R. P. Fr. Pedro de Santo Tomas, sacerdote y padre antiguo, amado de Dios y de los hombres; observantísimo de la religion; y aunque falto de salud, toleró grandes trabajos por la conversion de los infieles, y por su conservacion en la fe de Jesucristo.»

19. A los varones ilustres que iba perdiendo la Corporacion en estas islas en cumplimiento de su elevada mision y su destino, deben agregarse aquí las santas víctimas que se iban sucediendo sin interrupcion en las batallas y en la persecucion sangrienta del Japon. El ódio eterno é implacable de la Cruz iba en progresion creciente, y se tenía por un servicio muy importante á los dioses y á los intereses del imperio el prender á un misionero por cualquier medio posible. Como todos eran buenos y aceptables si conducian á este fin, el 17

de Agosto de 1621 pudieron conseguir calladamente la prision del venerable P. Fr. José de San Jacinto, cuya casa fué allanada por sorpresa cuando estaba descansando de las fatigas penosas de su laborioso apostolado. No creia el venerable que los que iban á prenderlo fuesen enemigos de la fe; de suerte que al verlos penetrar en su morada, habiéndolos por cristianos que deseaban confesarse, les dijo sencillamente: «Descansad unos instantes, hijos mios; pareceis muy fatigados; tomad un poco de aliento, y luégo podréis confesaros con toda tranquilidad.» Mas ellos, que no entendian aquel lenguaje amoroso, le intimaron la prision sin más rodeos, y el venerable se puso en sus manos mansamente despues de haberse vestido el santo hábito. Con él prendieron tambien al dueño de aquella casa, y despues á un catequista que acompañaba al misionero á todas partes. Finalmente, dispuso el Gobernador que se prendiese á varios cristianos, cuyos nombres designaba especialmente, y todos fueron encerrados en la cárcel para los efectos consiguientes. El venerable misionero y su venerable catequista inseparable fueron presentados los primeros ante el tribunal impío, en donde el juez les hizo várias preguntas sobre su edad, patria, religion y tiempo que habia estado en el imperio. A todo contestó el venerable religioso con una santa libertad, y añadió postreramente, por modo de corolario, que en sus largos años de misiones en diferentes estados del imperio, habia edificado várias iglesias al verdadero Dios del cielo, bautizado á muchos gentiles, administrado innumerables sacramentos á los fieles, y tenido relaciones amistosas con varios señores del imperio, de los cuales era bas-

tante conocido. Al oir el juez, confuso, más de lo que queria saber, hubo de dejar por imposibles á aquellos ilustres confesores, y de allí los llevaron á una embarcacion, que los condujo á la cárcel de Omura, receptáculo comun de todos los procesados destinados al último suplicio. No habian trascurrido muchos dias, cuando tuvo lugar precisamente la ruidosa prision del venerable P. Fr. Jacinto Orfanell, que por tantos años habia sido el consuelo universal de los cristianos. Su ordinaria residencia era en los montes y en la sombría espesura de las selvas solitarias, donde pasaba una vida de un verdadero anacoreta, alegrando con su presencia los parajes despoblados, donde sólo moraban los pastores y los cristianos sencillos de los campos, que velaban por su seguridad en todo tiempo. Mas, sin embargo de que ya estaba habituado á los trabajos, las privaciones de aquellas soledades lo rindieron, y cayó postrado finalmente de una peligrosa enfermedad. Entónces creyó que debia trasladarse á Nangasaqui y ponerse en manos de algun médico. Allí se hospedó por algun tiempo en casa de un portugues, la que dejó, ya aliviado, á los diez y nueve dias, sin convalecer bastantemente. Desde allí se trasladó al pueblo de Yugomi, en el reino de Safay, en donde lo prendieron por sorpresa. Era que, débil todavía y no bien convaleciente de su grave enfermedad, no pudo desentenderse de la necesidad que los fieles padecian de recurrir á las fuentes de la vida, y recibir de su mano los Santos Sacramentos. Hubo, pues, de consagrarse al ministerio de las almas, como el fiel dispensador de los misterios de Dios. Entre los muchos cristianos que suplicaban esta gracia, se

presentó una buena anciana que no se habia podido confesar en el dilatado tiempo de seis años, por falta de sacerdotes. Fué tal el consuelo que recibió la pobre anciana con esta medicina saludable, que al salir de la casa del P. misionero regaba sus mejillas tierno llanto, sin poder ocultar de modo alguno la dulce efusion de su piedad. Al retirarse llorosa á sus hogares, acertó á verla un renegado á quien ella conocia, aunque ignoraba hubiese apostatado de la fe cobardemente. Preguntada por la causa de su llanto, le contestó inocentemente que se sentia muy feliz, y que lloraba tan sólo de alegría por haber tenido la dicha de confesarse, como tanto deseaba, y por el consuelo íntimo que habia producido en su alma tan santo sacramento; todavía le añadió sencillamente, que se sentia tan animada en aquellas circunstancias, que diera mil vidas por su Dios. El apóstata traidor fingió que él tambien deseaba confesarse, y le suplicó le mostrase la casa ó residencia en donde el padre misionero se hospedaba. La inocente cristiana le dió gusto, y el perverso se presentó inmediatamente al Tono del distrito denunciando formalmente al venerable misionero. El Tono dió cuenta del suceso al Gobernador de Nangasaqui, quien ordenó desde luégo su prision, á cuyo efecto mandó alguna gente bien armada. El venerable fué sorprendido con su catequista en su misma residencia, y amarrado fuertemente como un malhechor famoso, fué conducido á Nangasaqui. Dió allí claro testimonio de su religion y su persona, y despues fué trasladado á las prisiones de Omura.

Como este venerable religioso era tan conocido en el imperio, lo acompañaron tristemente en la jornada

innumerables y llorosas muchedumbres, y formaba parte del cortejo un tierno coro de niñas, que cantaban dulcemente la letanía de la Vírgen. En Racami lo esperaba el mismo Tono de Omura, que mandó fuese conducido á su prision en un velero batel. Allí se despidieron tristemente de su amantísimo padre los fieles de Nangasaqui, y aparecieron en las aguas de Racami innumerables barquillas de los cristianos de Omura, que sabedores ya de su prision habian ido hasta allí para escoltarle. Aquello era una ovacion triunfal, inmensa, inaudita en el imperio. Las velas de los cristianos cubrian la vista del mar, y los esbirros cobardes temblaban despavoridos, al verse circunvalados de aquel cortejo formidable. Pero no habia que temer. Eran cristianos..... cristianos inofensivos, que obedecian solamente á las leyes de la caridad y del amor. Al acercarse á las prisiones de Omura aquel mar sin tempestades, y al oir los venerables confesores que ya estaban allí presos, el ruido exterior y sordo de tan innumerable muchedumbre, conocieron que les venía algun otro compañero, y entonaron el *Te Deum*, para celebrar su advenimiento. Luégo se abrazaron todos, y se dieron tiernamente el ósculo de paz y de alegría. Poco despues fueron conducidos á la misma otros siete venerables misioneros, todos hijos escogidos de San Francisco y San Ignacio. Entónces llegaron á reunirse en aquel estrechísimo recinto treinta y cuatro confesores de la fe.

Esta cárcel horrorosa, construida expresamente para retener á los PP. misioneros que sus perseguidores capturaban, estaba hecha de estacas clavadas en la tierra fuertemente, y sólo tenía tres brazas de largo por

dos de ancho, y una de alto ó poco más. No tenía más que una puerta muy estrecha, que sólo se abria á la luz para introducir un nuevo preso. Tenía ademas una ventana ó claraboya de muy reducidas dimensiones, para darles la comida. Apénas podia dar paso á una taza regular. El lugar más *necesario* estaba dentro de la misma, con una pequeña separacion de todo el resto por razon de la decencia. A una braza de distancia en derredor habia vallado de muy difícil acceso, y el espacio que le separaba de aquella especie de jaula estaba cubierto y erizado de punzadoras espinas. Pareciendo á los tiranos poco seguras aún todas estas precauciones, hicieron otro vallado á tres brazas del primero, que servia de antemural á la prision. Alzábanse allí las tiendas de los guardas que vigilaban á los presos. La comida que les daban consistia, como siempre, en una taza de arroz, cocido con agua salobre y de mal gusto. El agua de beber era caliente, y se les negaba todo refrigerio que de afuera les viniese. A este fin, prohibieron, con pena de la vida, que nadie les llevase de comer, y ni siquiera les permitian lavar la ropa para la limpieza necesaria de sus cuerpos. Allí pasaban sin abrigo el verano y el invierno, contando los dias y noches á las duras inclemencias de todas las estaciones. Ora el sol abrasador les heria con sus rayos, ora la nieve y los hielos invadian por todas partes sus venerables cuerpos ateridos. Ni las lluvias torrentales que descargaban á las veces sobre aquel grupo doliente, ni los desatados vientos que los azotaban con furor, nada pudo mover ni excitar la compasion en el corazon de los tiranos, para que mitigasen de algun modo el rigor de aquellas penas.

Mas, sin embargo, y á pesar de la vigilancia de los guardas, y del valladar impenetrable de penetrantes espinas, todavía los cristianos pudieron vencer alguna vez tantos obstáculos, y socorrer de algun modo á los venerables presos en lo que más necesitaban y podian. Esto era un recado y ornamentos para poder celebrar el santo sacrificio de la misa. De esta suerte pudieron regalarse con frecuencia con el manjar de los ángeles, y cobrar de esta manera nuevas fuerzas para sostener en la barrera las batallas sangrientas de la Cruz.

20. Su método de vida religiosa en aquella estrecha cárcel era á la letra como sigue. A media noche rezaban los maitines de la Vírgen, y de seguida tenian una hora de oracion mental, terminando el ejercicio con una rigorosa disciplina. Al amanecer cantaban el *Benedictus*, y despues celebraban el santo sacrificio de la misa. A la una de la tarde cantaban la *Salve* á coros, y al anochecer tenian otra hora de oracion. Lo restante del dia lo empleaban en conversaciones santas, en rezar privadamente sus devociones antiguas, ó escribir algunas cartas propias de su situacion. De este modo conservaban el espíritu de Dios, que infundia en su corazon una alegría inexplicable, en medio de sus tormentos y de sus dolores prolongados. Esto se echaba de ver en las diferentes cartas que desde esta cárcel escribieron á personas señaladas de su especial conexion, y en las que manifestaban una gran conformidad de espíritu con la voluntad de Dios, y una fortaleza de alma que á todos admiraba en gran manera. El venerable padre Fr. Francisco de Morales, en la correspondencia que sostuvo con los cristianos fervientes de la ciudad

de Nangasaqui, les decia, entre otras cosas: «La falta que hay de padres en esa ciudad me llega al alma; pero ya que el Señor me trajo aquí por extraordinarios caminos, le doy mil gracias, y lo tengo por tan gran merced suya, que no le sabré servir en mi vida, y le suplico no me saque de esta cárcel sino para dar mi vida por su santísimo nombre; aunque sobre todo hágase su voluntad. Cuanto es de mi gusto, no trocára este lugar, que tengo por paraíso, por cuanto hay en el mundo. Desde que entré aquí, recibí esta cárcel por esposa, y como tal la amo, y su contínua conversacion no me enfada, por el amor que la he cobrado, con que me parece muy hermosa y la estimo en mucho.» El venerable P. Fr. Alonso de Mena, sin embargo de ser á quien más impresionó en un principio aquella jaula horrorosa, no cesaba de elogiarla finalmente, llamándola en sus epístolas *paraíso de delicias*. No de otra suerte se expresaba el venerable P. Fr. Jacinto Orfanell. El venerable P. Fr. Angel Orsucci, en una que se ha conservado de su letra decia tambien de esta manera: «Estoy preso por amor de nuestro Señor Jesucristo, y con grandes esperanzas de dar la vida por él. ¿Cuándo merecí yo tanta honra? Confúndome y córrome de ver la gran merced que Dios me ha hecho, habiendo tantos deméritos de por medio; en fin, hace como quien es, y yo como quien soy. El Señor, que comenzó esta obra, la lleve tambien á perfeccion, y cuando él no fuere servido de que me quiten la vida por su amor, me daré por muy contento y honrado, y estoy con obligacion eterna, por sólo haber estado preso por su nombre.» Para hacer coro por fin á este armonioso

concierto, el venerable P. Fr. Tomas de Zumárraga, como el más antiguo de la cárcel y avezado á toda clase de tormentos, se explicaba todavía en términos, si caben, más precisos. «No se come, decia; hay flaqueza y muchos achaques; pero ninguna melancolía ni tristeza. La víspera de Nuestra Señora entendí tuviéramos la fiesta allá en el cielo; pero no fué así: sea cuando Nuestro Señor quisiese. Estamos muy contentos, esperando las misericordias del Señor, y harto más deseosos de salir para una cruz ó para el fuego que para ser cardenales ó pontífices.....» Tales eran los acentos de aquellos valerosos campeones de la fe, en medio de los horrores de aquella prision insoportable, para quienes no estuvieran poseidos del espíritu de Dios. Sólo este espíritu de Dios y de su gracia inefable puede explicar esta alegría, al libar la triste copa de todas las amarguras. En otras correspondencias recordaban á la grey de Nangasaqui lo que nuestro Redentor decia en otro tiempo á sus discípulos; es decir, que no temiesen á los que sólo podian quitarles la vida de sus cuerpos, sino al que, despues de muertos, tenía poder para castigar el cuerpo y el alma juntamente, arrojándolos al fuego sempiterno. Poníanles á la vista con frecuencia lo que por todos habia padecido el Redentor de los hombres, y los tormentos horribles que por su amor toleraron los antiguos mártires de Dios en los primeros siglos de la Iglesia. Eran todas estas cartas unos sermones enérgicos, muy oportunos entónces para conservar la fe y el fervor de los cristianos en aquel mar de sangre y de amargura, que se desbordaba bramador por todas partes.

21. Entre los pocos que se arriesgaban á estar en

comunicacion con los venerables confesores, es digno de memoria un fervoroso jóven llamado Tomas por los cristianos. Este arrojado adolescente, despreciando los temores y todos los horrores de la muerte, penetraba con audacia hasta el espantable calabozo salvando todas las vallas como un salteador nocturno. Aprovechaba, en efecto, aquellas horas en que los aburridos centinelas solian mecerse dulcemente en los brazos de Morfeo. Era el conductor ordinario de las cartas que los venerables escribian, y quien les servia tambien los ornamentos para el sacrificio de la misa. Más de un año duraron los servicios que aquel jóven apreciable dispensó por caridad con tanto peligro de su vida á los venerables confesores de la fe. Era una noche sombría y pavorosa, cuando al introducir unos melones que un devotísimo cristiano habia escogido en su huerto, y los quiso ofrecer en aquel trance á los ministros de Dios como primicias rurales de los frutos que debia á las bendiciones del Señor, vió Tomas deslizarse por su espalda un fantasma siniestro y silencioso, y una mano de hierro cayó repentinamente sobre su trémulo brazo, apretando su presa con violencia. Por fin habia sido sorprendido en su demanda. Tomas, al verse descubierto por el cabo de guardia que velaba, pudiera haberse escapado fácilmente si lo hubiese pretendido; pero deseoso de padecer por Jesucristo, se dejó prender como un cordero. Entónces le preguntaron el nombre del que le habia dado aquella comision tan arriesgada, y como sabia perfectamente que no habia de sentir lo descubriese, pues tambien deseaba padecer por Jesucristo, Tomas les manifestó su nombre, y lo fueron á

prender sobre la marcha. Comparecieron entrambos á la presencia del juez, el cual les preguntó sobre el cuerpo del delito, que de plano confesaron sin necesidad de ponerlo á cuestion de promesas ó tormentos. Oida su confesion, les ofreció el juez impío la vida y libertad si renegaban de la fe; mas ellos, que no deseaban estos bienes á tan elevado precio, se negaron prestamente con una indignacion santa, y en su consecuencia fueron despues decapitados. A la noticia veloz de su martirio se presentaron al tirano sus mujeres, alegando su derecho á la pena que habian sufrido sus maridos; pues tambien participaban de su culpabilidad. Mas el juez se contentó con privarlas por entónces de su libertad y sus haberes, declarándolas infames y verdaderas esclavas del estado. Sólo no pudo privarlas de la santa libertad de hijas de Dios, y de la honra infinita de padecer en este mundo por su nombre. La consecuencia natural de este incidente desgraciado, fué aumentarse el rigor y los trabajos de los ilustres encarcelados en Omura; mas no por esto perdieron el interior consuelo y la esperanza de verse pronto en el cielo, con sus generosos bienhechores.

22. Algunos cristianos fervorosos que habian servido anteriormente á los venerables misioneros en su glorioso apostolado, y padecian por esta causa en la misma cárcel de Omura, tuvieron el consuelo de ser incorporados allí mismo á las respectivas Órdenes que sus amos profesaban. Nuestros santos religiosos juzgaron por muy dignos de esta gracia á Tomas del Rosario, Mancio de Santo Tomas y Domingo Mangaruchi: á los dos primeros dieron el hábito de coro, y al tercero

de donado. Fr. Tomas del Rosario se habia criado desde niño entre nuestros religiosos en el convento de Nangasaqui: en la persecucion los acompañaba en todas sus correrías apostólicas, y el venerable P. Fr. Tomas de Zumarraga prendado de sus bellas disposiciones y circunstancias personales, lo amaba con predileccion y con ternura. Cuando los enemigos de la fe prendieron á este venerable, Tomas no estaba á la sazon en su compañía, con motivo de haber pasado á otra parte para restablecer su salud que se habia resentido con los trabajos, azares y vicisitudes de su vida; pues compartia gustosamente todas las tribulaciones y amarguras de aquella iglesia perseguida. Tan pronto como supo la prision de su amado padre y maestro, y se sintió algo aliviado, se presentó en Omura; saltó el valladar de espinas; burló la vigilancia de los guardas, y se acercó al calabozo para conversar con él y los demas encarcelados. No fué entónces descubierto; pero se sintió inspirado en presencia de tan valerosos campeones de la Cruz, y se presentó inmediatamente al gobernador, diciéndole: que él tambien debia de estar encarcelado con los venerables misioneros, por haber servido muchos años á los PP. Dominicos, y en particular al venerable P. Zumarraga á quien miraba como padre. El gobernador, compadecido de él por su poca edad, lo despidió sin oirlo, y viendo el jóven frustrados sus deseos, se acomodó con el venerable P. Ángel Orsucci, con quien fué preso despues y encerrado, finalmente, en la misma cárcel de Omura. Mancio de Santo Tomas habia sido catequista del mismo venerable Zumarraga, á quien acompañaba y ayudaba con toda solici-

tud en sus jornadas apostólicas. Dios premiaba en cierto modo aquella fidelidad, concediéndole la gracia de padecer por su nombre, y de acompañar hasta en la muerte á quien habia acompañado siempre en vida. Domingo Mangaruchi, que ántes se llamaba Juan, era criado del venerable P. Fr. Juan de Santo Domingo, con quien tambien fué preso y conducido á la cárcel de Omura, en donde se asoció á todas las penas y trabajos de los venerables misioneros. Admitidos al santo hábito, segun facultades que tenian nuestros venerables presos, pasaron en la misma cárcel el año de noviciado, segun las leyes de la Órden; y en este tiempo de prueba, á las privaciones y grandes padecimientos que experimentaban en la cárcel, añadian otras muchas penitencias, con el fin de merecer por este medio la profesion religiosa, y el Señor se dignó satisfacer benignamente sus deseos, concediéndoles el tiempo suficiente para llenar las formalidades de la ley, y pronunciar sus votos monacales segun las prescripciones de la iglesia. Profesaron con efecto despues del año de prueba en manos de nuestros venerables, y la Órden se gloría de contarlos tambien entre sus hijos; pues la honraron en su dia con la palma del martirio.

23. Entre tanto ocurrieron como es visto los últimos sucesos de Firando, promovidos por el ódio y la sordida avaricia de los corsarios holandeses. Por sus instancias dirigidas á la córte de Meaco, fué autorizado Gonrocu para terminar la causa de todos los venerables que estaban encerrados en diferentes partes del imperio. Este antiguo perseguidor de los cristianos mandó redoblar la guardia de la cárcel y del famoso

campamento de Omura, haciendo suponer con fundamento que todos los venerables misioneros y cristianos, detenidos hacia tiempo por la causa de la fe, serian conducidos muy en breve al suplicio postrimero. Los pocos misioneros de la Órden que gozaban áun de libertad, se apresuraron á suministrar los auxilios espirituales á todos los cristianos del imperio, que estaban aprisionados por su Dios. Con este motivo se presentaban en las cárceles; visitaban á los venerables confesores; les administraban el santo sacramento de la Penitencia y los animaban bravamente para el último combate. La solicitud de todos los misioneros, que, sin distincion de corporaciones ni de hábitos, arriesgaban su vida generosa por la salud y por el triunfo de los atletas de la Cruz, fué sin género de duda una singular providencia del Señor; pues de tantos confesores como luégo merecieron la púrpura del martirio, sólo dos ó tres quedaron privados de recibir los últimos sacramentos en los dias postreros de su vida.

Habian trascurrido dos semanas, despues del martirio sufrido con valor en Nangasaqui por los célebres encausados de Firando, cuando fueron citados á comparecer muchos cristianos, acusados de religion ante el tirano. El tribunal procedia como siempre, ofreciendo la vida y libertad á los apóstatas, y amenazando á los demas con tod[illegible] for[illegible] y tormentos de la muerte. Hubo déb[illegible] [illegible]ron á la prueba; pero fueron los m[illegible] [illegible]l mayor número puso en esp[illegible] [illegible], y los venció en la ba[illegible] [illegible] impiedad. El di[illegible] [illegible] de in-

coado aquel proceso, citaron segunda vez á los que habian permanecido confesores de la fe, y les intimaron desde luégo la muerte ó la apostasía. El tribunal detestable sufria por segunda vez una derrota, y los atletas de Dios triunfaron en el estadio de los jueces y potestades del infierno.

Esta vez fué citada tambien la grande heroína del Japon, la famosa María de Quimura, digna consorte del noble confesor de Jesucristo, el inmortal Tocuan. Esta mujer extraordinaria dió un brillante testimonio de su fe, y un trofeo más de gloria á la causa de la religion y de la iglesia. Al ser interrogada especialmente por el juez sobre su resolucion definitiva, acerca del solo medio de salvacion que le quedaba para libertar su vida, se sintió poseida de repente por el espíritu de Dios, y revestida de un valor enteramente sobrehumano contestó de esta manera: «No soy yo mujer á quien se deben hacer tales propuestas: no os canseis en llamarme, porque no he de venir á oir blasfemias contra la ley santa de mi Dios, á quien los cristianos adoramos. Tenedme por comprendida en la sentencia que los jueces pronunciaren contra todos los cristianos que han permanecido constantes en su fe, y fieles á su Dios y á su bautismo. Podeis vivir sin cuidado; y estad del todo seguros, que debiendo de ser tan pública su ejecucion, no faltaré yo á la cita en el dia de los combates. Más deseos tengo yo de dar la vida por mi Dios, que los jueces de quitármela.» Si la religion de Jesucristo careciera de otras pruebas y caractéres visibles de su divinidad y de su orígen, estas solas palabras como suenan, en boca de una débil mujer, y en tan extraor-

dinarias circunstancias que pudieran hacer temblar á los más firmes, llevarian su evidencia á la razon universal.

24. Despues de esta última actuacion, sentenciados definitivamente á la pena capital los ilustres confesores de Omura, fueron conducidos, finalmente, á la ciudad de Nangasaqui. El mismo dia 9 de Setiembre, en que habian sido condenados los campeones cristianos de este puerto, llegaron aquellos venerables á una aldea distante solamente media legua de aquella ciudad famosa. Eran veinte y cuatro los sostenedores de la fe que salian del calabazo de Omura, entre religiosos y seglares; habiendo quedado áun los otros ocho en la cárcel, que fueron tambien postreramente martirizados por Cristo. Entre los primeros habia siete religiosos de la Órden, los cinco sacerdotes y europeos y los tres restantes del país, que segun queda referido acababan de profesar en la prision. Los primeros eran los venerables PP. Fr. Francisco de Morales, Fr. Alonso de Mena, Fr. Ángel Orsucci ó Ferrer, Fr. Jacinto Orfanell y Fr. José de San Jacinto, y los segundos se llamaban Fr. Tomas del Rosario, Mancio de Santo Tomas y el hermano Juan Mangaruchi de Santo Domingo. El espectáculo que estos veinte y cuatro campeones de la Cruz ofrecian, era para sorprender á los hombres y á los ángeles. Iban los predestinados de Israel con las manos atadas fuertemente, escuálidos, mal vestidos y descalzos. Tenian el cuerpo estenuado; la barba y pelo muy crecidos; y el rostro grave y macilento. Notábase, sin embargo, en la expresion de sus ojos una dulcedumbre y alegría, que reflejaba viva-

mente el espíritu de Dios y el próximo advenimiento de su reino.

Era el 10 de Setiembre de 1622. Las últimas sombras de la noche luchaban en las alturas con los primeros rayos de la aurora, cuando las avenidas y los campos de la populosa ciudad de Nangasaqui se vieron invadidas por las olas silenciosas de innumerables muchedumbres, que se tendian mansamente como una mar en bonanza. Dijérase que se habian dado cita en aquel puerto todos los cristianos del imperio. Sobre la dichosa cumbre, en que habian sido crucificados por su Dios San Pedro Bautista y compañeros mártires por los años de 1597, alzábase ahora una estacada formidable, que servia de valladar á la gran pira que á tres brazas de distancia debia consumir á fuego lento aquellas ilustres víctimas. Estuvieron los venerables detenidos en la barrera del suplicio y á vista del aparato espantador de su tormento, por espacio de una hora, miéntras eran conducidos tambien al mismo estadio los venerables confesores del distrito, que debian ser sacrificados juntamente. La inmensa muchedumbre de cristianos que se apiñaba doquier para besarles las manos y la ropa, á pesar de los esbirros que los rechazaban con violencia, escuchaban enternecidos y llorosos los saludables documentos que les daban sus padres amantísimos, en su despedida para el cielo. El venerable padre Fr. José de San Jacinto que hablaba con gran perfeccion el idioma del país, les hizo una larga plática sobre la devocion del Santísimo Rosario, que siempre habia procurado propagar en el imperio. Les mostró la necesidad y la eficacia de tan santa devocion en aque-

llas angustiosas circunstancias, á fin de que jamas la abandonasen en las tribulaciones de la vida; «pues á falta de maestros, les decia, podria ser la verdadera y segura senda que los encaminase á la salvacion eterna, y conservase en la fe de Jesucristo.» Calló, cuando ya apénas podia hablar, atacado por la sed; y poco despues llegaron los venerables confesores que se estaban esperando para dar principio al sacrificio.

Treinta y tres eran las víctimas condenadas á morir en aquel trance, y entre ellas se veia á la famosa heroína, cuyo nombre conocemos (María Quimura) que no quiso faltar á su palabra. Estaba enteramente poseida del amor de Jesucristo. Su rostro alegre y sereno revelaba la alegría inexplicable que experimentaba interiormente, al ver cumplidos los deseos de toda su vida santa. El venerable Fr. Francisco de Morales la reconoció inmediatamente, y tuvo el consuelo de hablar con ella un breve rato en momentos tan solemnes, para animarla al combate con su autorizada voz. Todos los venerables confesores se daban mutuamente el parabien de la próxima victoria que esperaban alcanzar, y con estas disposiciones admirables entraron primero en la barrera los que debian ser degollados; pues sólo veinte y cinco eran las víctimas destinadas á la pira. Una breve oracion de un sólo instante, fué la señal que indicaba á los verdugos, que estaban dispuestos á morir. Su cuchilla ensangrentada segó rápidamente las cabezas de aquellos valientes defensores de la Cruz, que fueron puestas, finalmente, en escarpias levantadas para amedrantar á los fieles con su vista aterradora. Sólo la cabeza de la venerable mártir María

Quimura, fué exceptuada de esta ley, á solicitud de un tio poderoso que tenía, actual gobernador de la ciudad, que logró tambien con su influencia le fuese entregada con su cuerpo aquella santa cabeza, para darle honrosa sepultura, segun la calidad de su nobleza (1).

Luégo se dió principio á los combates y tormentos del fuego. Atados ya los atletas, segun era de costumbre en tales casos, prendieron fuego á la leña, que ardia con dificultad por una lluvia copiosa que habia caido poco ántes. Es la razon por qué el humo era lo que en un principio atormentaba más á los pacientes; pues se sentian casi ahogados y privados de respiracion por la asfixia más prolongada y más cruel. Esta vez se dejó ver el carácter feroz de los japones, comparable solamente al de los tigres y panteras. La vista de aquellos venerables era capaz de amansar á las fieras africanas, si no estuvieran destituidas de razon y de sentido moral. Flacas y estenuadas sombras del dolor por el prolongado martirio de la cárcel pavorosa que habian sufrido en Omura, en vez de improperar á sus tiranos por sus crueldades sin ejemplo, oraban á Dios por sus verdugos, para que les iluminase y perdonase en su ignorancia, á imitacion de Jesucristo en el martirio sangriento del calvario. En vano aquellos sayones llevaron el refinamiento de su bárbara fiereza hasta el extremo de amarrarlos á todos en tal forma, que todo el mundo pudiese ver las convulsiones que natural-

---

(1) Se cree por algunos que era Tercera de nuestra Órden, fundados en una carta que escribió al P. Fr. Juan de San Jacinto, Vicario Provincial de Pangasinan.

mente habian de hacer los pacientes, al sentir los terribles efectos de la pira y del humo juntamente: en vano fué que á este propósito colocasen la leña del sacrificio á tres varas de distancia, y les atasen las manos con una cuerda tirante sujeta en su extremidad á la punta de una caña por cima de su cabeza; su pensamiento infernal sólo sirvió para poner más de manifiesto la omnipotencia de aquel Dios, por cuyo nombre padecian. Y fué así, que, sin embargo de haberse prolongado por muy cerca de dos horas aquel martirio terrible, no mostraron los valientes campeones de Israel la señal más insignificante de flaqueza; á excepcion de dos japones que, al sentir toda la intensidad de aquel tormento, se apartaron de su sitio al quemarse sus amarras, y trataban de saltar por la barrera. Sin embargo de este movimiento instintivo é involuntario, cuando los gentiles trataron de aconsejarles que apostatasen de la fe, el uno de ellos contestó, que jamas, nunca en ningun tiempo haria traicion á su Dios, y se cree efectivamente que murió mártir tambien. Del otro puede dudarse con alguna razon y fundamento. Fué tan lento y horroroso el suplicio final de estos atletas, que sólo fueron espirando, cuando el fuego perdia ya su actividad: de suerte que los verdugos se vieron precisados á excitarlo, acercando á sus cuerpos hierba seca y palos de la estacada para acabarlos de matar. La pluma y la imaginacion del narrador retroceden con espanto ante pensamiento tan horrible.

25. En este inmortal combate mediaron algunas circunstancias prodigiosas, que la historia debe consignar con letras de oro en sus páginas eternas. La tra-

dicion y las crónicas están de acuerdo en afirmar que el venerable P. Fr. Ángel Orsucci fué visto elevado como dos codos sobre el suelo, entre el humo y las llamas de la pira. Tambien se tiene por cierto que los vestidos de algunos de aquellos paladines victoriosos fueron preservados de las llamas, habiendo sido sus cuerpos abrasados y carbonizados por el fuego. Otra circunstancia singular se observó particularmente en el citado venerable Orsucci. Los guardas aseguraron que le habian oido pronunciar los dulces nombres de Jesus y de María hácia la madrugada del dia siguiente; de cuyo dato sorprendente pudiéramos deducir que su martirio pasmoso fué de los más prolongados y terribles que se registran en la historia.

Todavía faltaban otros venerables confesores que no habian sido aún sacrificados, y lo fueron el dia 11, animándose mutuamente á perder la vida por la fe al ensangrentado filo de la catana enemiga. De esta suerte el número de mártires que en los dias 10 y 11 de Setiembre de 1622 murieron por la fe de Jesucristo fué de cincuenta y nueve exactamente (1), segun datos fidedignos; los veinte y cinco quemados á fuego lento, y los restantes degollados. Así lo atestiguaron, entre otros, dos testigos oculares de la mayor excepcion, los cuales dejaron de estos hechos una relacion escrita y firmada en 22 del mismo mes y año. Tales eran los PP. Fr. Domingo Castellet, que despues dió tambien

(1) *Cincuenta y dos* en el dia 10, y *tres* en el 11 pone el *Catálogo* de Roma de los beatificados en 1867.

la vida por la fe, y Fr. Diego Collado, que presenciaron disfrazados ejecucion tan espantosa.

Pareciera natural que con tanta sangre derramada se mitigára la saña de los enemigos de la fe; mas sabian por experiencia que la sangre de los mártires aumentaba el fervor de los cristianos, y era una lluvia fecunda, que fertilizaba en todas partes aquella viña del Señor. Esta experiencia, para ellos vergonzosa, exasperaba sus ánimos, y léjos de detenerse en su carrera sangrienta, marchaban siempre adelante en su obra de abominacion y de exterminio. Sabian tambien que la posesion de las reliquias adorables de los mártires era un tesoro inapreciable á los ojos de la fe, y es la razon porque trataron de privar á los cristianos de esta rica posesion y de esta herencia. Con este fin reunieron todos los cuerpos venerables de los mártires y los redujeron á cenizas. Despues recogieron éstas juntamente con la tierra empapada en la sangre de los justos, las metieron en talegos y las arrojaron á la mar. Todo lo preveian los malvados, y para que los conductores no se reservasen parte alguna de aquel precioso relicario, que podria llegar postreramente á ser posesion de los cristianos, los mandaron desnudar completamente, y los amenazaron con las penas más severas si dejaban de cumplir su cometido con toda fidelidad. Dispersos ya y sumergidos en el fondo de las aguas aquellos restos sangrientos, llevaron la precaucion hasta el extremo de lavar los talegos, la embarcacion y hasta los cuerpos tambien de aquellos miserables mandatarios, para que desapareciese hasta la última partícula de aquel polvo sacrosanto. ¡Tanta era su virtud y su eficacia para hacer brotar de

sus cenizas nuevos héroes! Por eso es que pretendian borrar todo recuerdo religioso que pudiera traerles á la memoria su derrota, y dejar á las generaciones venideras un ejemplo inaudito de sevicia, de ferocidad y de barbarie.

26. Quedaban aún algunas víctimas en la famosa cárcel de Omura, que habian sido aprendidas y encausadas por los tribunales de aquel reino, motivo por que no fueron conducidas al suplicio con la gloriosa legion de Nangasaqui. El mandamiento del tirano disponia que los adoradores de la Cruz fuesen allí ejecutados, donde habian sido aprendidos. No fué poco desconsuelo para estos venerables el ver á sus amados compañeros que iban contentos y gozosos á sufrir la muerte por la fe, ignorando todavía cual sería el fin de su carrera. Mas á los dos dias (1) salieron casi todos de la duda desconsoladora en que se hallaban; pues les notificaron igualmente la sentencia deseada de su muerte. Once eran los atletas que debian glorificar á Dios en aquel reino; á saber: el venerable P. Fr. Tomas de Zumarraga del Espíritu Santo y Fr. Mancio de Santo Tomas, de nuestra Órden; Fr. Apolinario Franco, de la religion seráfica; un corista, un lego y un donado de la misma, con otros cinco cristianos del país. El sitio destinado para la ejecucion de la sentencia distaba una legua, ó poco más, de la cárcel de Omura. Allí levantaron la barrera para el lugar del sacrificio, y prohibieron, bajo pena de la vida, que nadie osára

---

(1) El dia 12 padecieron martirio, segun la *Nómina* de Roma, en cuyo dia pone solamente *seis*.

acercarse á presenciar el suplicio de los venerables confesores. Este bando pavoroso atemorizó de tal manera á los fieles, que no pudieron dar siquiera á los venerables confesores el adios postrimero de la vida. Solos siete se lanzaron á la barrera del estadio, á pesar del mandamiento y de las amenazas del tirano; mas, su arrebato piadoso les proporcionó la corona del martirio. Aprendidos, en efecto, y tentados á la vista del suplicio para que apostatasen de la fe, rechazaron indignados tan infame cobardía, y fueron condenados inmediatamente á morir en la demanda. Arrojado en el acto uno de ellos á la hoguera tormentosa, los otros fueron decapitados sin piedad. ¡Dichosos espectadores, convertidos al fin en paladines de la Cruz! Con estos siete cristianos se aumentaron las coronas de los mártires gloriosos. Diez fueron los vencedores en el tormento de la pira, y ocho alcanzaron su lauro al filo de la catana.

27. Todos los religiosos de la Órden que lidiáran por la Cruz en esta serie sucesiva de combates, eran de la Provincia religiosa del *Santísimo Rosario*. El venerable P. Fr. Francisco de Morales era natural de la Real villa de Madrid, hijo de un famoso fiscal del Real Consejo, y habia profesado en el convento de San Pablo de Valladolid. Estudió la carrera de la Órden en el colegio de San Gregorio, de la misma capital, y siendo ya catedrático de filosofía, pasó á la provincia del *Santísimo Rosario* en estas islas, para consagrarse totalmente al ministerio de las almas. Circunstancias imperiosas le obligaron á aceptar la cátedra de teología en el convento de Manila, del cual fué prior postreramente. El año de 1602 fué definidor del Capítulo provincial;

del mismo en que se acordó la contestacion que debia darse al régulo de Satzuma, que pedia religiosos de la Órden. Los deseos que á la sazon manifestó de ir á predicar el Evangelio en las dilatadas regiones del Japon fueron acogidos desde luégo por el prelado superior de la Provincia; y cuando hubo llegado la ocasion de mandar algunos operarios á aquella apartada viña del Señor, fué nombrado superior de todos ellos. Si la historia supiese hablar como los ángeles y cantar como los cisnes, formaria una epopeya de su vida y de los grandes trabajos que sufriera en la carrera gloriosa de su glorioso apostolado. En tiempos de bonanza y de tormenta, de tribulacion y de esperanza, era siempre el primero en presentarse al frente de su mision y su destino, y volaba á todas partes en alas de la caridad y del deber. El martirio coronó dignamente tantos méritos.

El venerable P. Fr. Tomas de Zumarraga, que se llamó tambien por otro nombre Tomas del Espíritu Santo, nació en Vitoria y tomó el hábito de la Órden en el convento dominico de la misma capital. Concluida su carrera literaria en el famoso colegio de San Gregorio de Valladolid, se inspiró en el pensamiento de incorporarse á la provincia del *Santísimo Rosario*, animado del mismo corazon y el mismo espíritu. Despues de arrostrar las iras de los mares tempestuosos, aportó á Manila finalmente, que no habia de ser tampoco el teatro glorioso de su vida. Destinado, con efecto, el venerable Morales, su cariñoso amigo y compañero, á los reinos del Japon, y asociado á sus misiones con el mismo venerable amigo suyo, agonizó peleando en

todas partes por la justicia de Dios y de su reino, hasta que por fin vino á caer en manos de sus perseguidores. Estaba dotado de una humildad rara y profunda, que le hacia perder de vista su persona en los abismos de la nada. Completamente vacío de sí mismo, estaba lleno de Dios. Su pobreza era extremada, hasta el punto de no haber tenido nunca cama propia. Cuando el cansancio le rendia se acostaba en cualquier parte. El suelo y la dura tierra le ofrecian lecho doquier. Tampoco tuvo jamas otro vestido que el que llevaba puesto de ordinario. Fué constante en rehusar prelacías y dignidades, por el mísero concepto que tenía formado de sí mismo. Ocupado exclusivamente en cultivar la gran viña del padre celestial en el Japon, como obrero celoso é infatigable, no tenía más ambicion que anunciar y extender por todas partes el reino de Jesucristo. Preso al fin, y conducido á la terrible cárcel de Omura, padeció allí con alegría todos los horrores que ya es visto, por el dilatado tiempo de cinco años. Entónces sonó la hora de consumar su sacrificio, y aquel varon de dolores daba gracias á su Dios por la dicha de morir devorado por las llamas en testimonio de su amor.

El venerable P. Fr. Alonso de Mena era natutal de Logroño, y primo hermano del venerable P. Fr. Alonso Navarrete, cuyo martirio glorioso dejamos ya consignado en esta *Historia*. Inspirado en el deseo de consagrarse al servicio de Dios y de su reino, profesó solemnemente en el famoso convento de San Estéban de Salamanca. Empero su vocacion y su destino lo llamaban á otra parte. Las misiones más apartadas de la tierra ofrecian un vasto campo á su caridad inmensa, y á fin

de evangelizar á la muchedumbre de los mares y á la fortaleza de las gentes, se incorporó á esta Provincia, que despues de ocuparlo santamente en el ministerio de los chinos, lo destinó á las misiones del Japon, con los primeros religiosos de la Órden que aportaron á sus playas. Devorado sin cesar por el celo inextinguible de la gloria de Dios y de su templo, le sorprendió la tempestad sobre la brecha. Encarcelado por fin, se sentia más feliz y más alegre en la prision que cuando estaba en libertad. Allí esperaba el atleta el momento de presentarse en la arena del combate, hasta que fué devorado por las llamas crepitantes de la pira.

El venerable P. Fr. José de San Jacinto habia nacido en Villarejo de la Mancha (1), y tomó el hábito de la Órden en el antiguo convento de nuestro Padre Santo Domingo de Ocaña. Despues de concluir sus estudios con notas aventajadas en el convento de San Pedro Mártir de Toledo, pasó en 1608 á la Provincia del *Santísimo Rosario*, y sin pérdida de tiempo voló á las misiones del Japon, adonde le llamaba con urgencia su vocacion extraordinaria. Consagrado ahincadamente al idioma del país, llegó á poseerlo con tal perfeccion y acabamiento, que apénas se distinguia de los naturales y aborígenas. Tambien habia procurado traducir en sí mismo las usanzas y las maneras del Japon, con el fin de hacerse todo para todos, en expresion de S. Pablo, y ganarlos de este modo para

---

(1) Villarejo de Salvanés, y por esto se le llama en las historias Fr. José de San Jacinto de Salvanés, sin que se haya podido averiguar su verdadero apellido.

Dios. Sólo así se comprende cómo pudo permanecer y trabajar por tanto tiempo cerca de la misma capital, sin haber sido conocido ó descubierto por los enemigos de la fe, en el más fiero período de aquella persecucion. Pero Dios, que le tenía reservada la púrpura de los mártires, permitió al fin que fuese delatado y sorprendido por los enemigos de Israel, que lo inmolaron sin piedad á sus iras implacables. La llama sagrada de la fe y de la caridad, que ardia en su seno, triunfó postrimeramente del fuego atormentador, que devoró su existencia en las aras del amor.

Tambien hallamos, felizmente, en esta hermosa galería al venerable Fr. Jacinto Orfanell, natural de la ciudad que apellida la Iglesia en sus cantares madre fecunda de los santos. Nacido, pues, en Valencia, profesó en el célebre convento de Santa Catalina vírgen y mártir, de Barcelona, en donde aprendió profundamente la sublime ciencia de los santos. Noticioso en algun tiempo de la preciosa heredad que el Padre celestial tenía confiada á la Provincia del *Santísimo Rosario*, pasó á las islas Filipinas en 1608, con el fin de consagrarse al apostolado de las gentes. La obediencia, de acuerdo con su vocacion y sus deseos, lo destinó al imperio del Japon, en donde le hemos visto pelear bizarramente todas las batallas del Señor. Era muy modesto, paciente y compasivo; estaba dotada su alma bella de una inocencia tan rara y de una pureza tan celestial é inmaculada, que su confesor celoso apénas hallaba en él materia de absolucion. Así mereció añadir á la corona virginal de su inocencia la purpurina guirnalda del martirio. Murió predicando á Jesucristo,

en medio de los tormentos de la asfixia y de las llamas.

La última figura hermosa que por órden cronológico aparece en este cuadro es la del venerable P. Fr. Ángel Orsucci, que por su devocion tierna al glorioso S. Vicente se llamó despues Ferrer. Nació de padres muy nobles, en la ciudad de Luca, en el ducado de Toscana, y sintiéndose inclinado desde jóven á nuestro santo instituto, tomó finalmente el santo hábito en el convento romano que se llama hasta hoy de la Minerva. Guiado tan solamente por espíritu de Dios, se trasladó con licencia á los dominios de España, con ánimo de agregarse á esta Provincia de la Órden, como lo verificó, efectivamente, por los años de 1601. Destinado por de pronto á la provincia de Cagayan y á sus montañas, sombreadas eternamente con su bruma, viéronle los riscos y los valles atravesar fugazmente aquellos sitios, como una vision del cielo, que vuelve á desaparecer en las alturas. Enfermo de gravedad bajo el peso abrumador de aquellas nieblas, se retiró al convento de Manila para la cura formal de sus dolencias. A los primeros síntomas del mal fué enviado para convalecer completamente á la provincia de Bataan, de hermoso clima. Mas tampoco halló bajo su cielo la salud que deseaba. Estaba decretado de antemano en los consejos de Dios que sólo conseguiria postreramente su entera convalencia, prometiendo al Señor, en su conciencia, dedicar el resto de sus dias á la administracion espiritual de aquellas gentes, con el beneplácito y la aprobacion de los prelados. Sus votos fueron oidos ciertamente; pues logró, despues de todo, lo que tanto deseaba. Mas el prelado provincial lo creia más necesario en

otra parte, y lo nombró su vicario en el hospicio famoso de San Jacinto de Méjico. Entónces, libre de la cura de almas, se dedicó especialmente á la propia santificacion, cultivando sus virtudes y dándose á sí mismo en espectáculo de una verdadera penitencia, con sus austeridades y maceraciones corporales. Ávido, pues, de anunciar el reino de Jesucristo á la muchedumbre y á la fortaleza de las gentes, y concluido el tiempo de su cargo, el P. Fr. Diego Aduarte, en 1613, le confió la presidencia de una mision que él habia acompañado hasta aquel punto, y así se cumplieron sus deseos de volver, como operario, á esta viña predilecta del gran Padre de familias. Era tan superior el concepto que se tenía en la Provincia de este venerable misionero, que en 1616 se trató de nombrarle Provincial, lo que no llegó á verificarse por las razones que alegó el humilde candidato; y entónces fué, sin oirle, nombrado definidor capitular. Mas su vocacion divina lo llamaba sin cesar al apostolado del Japon, y sin embargo de tener bastante edad, pidió y obtuvo la gracia de marchar á la barrera de los valientes paladines y mantenedores de la fe en aquellos reinos. Breve fué su apostolado. En vano se consagró con afan al estudio de la lengua japonesa en la ciudad de Nangasaqui. Dios le habia llamado allí tan sólo para ceñirle la corona del martirio. Denunciado al poco tiempo, y aprehendido por los esbirros imperiales, confesó la fe con valentía delante de los tiranos, que lo mandaron encerrar en las prisiones de Omura, y á los cuatro años precisos de aquella reclusion espantadora acabó gloriosamente su carrera en los horribles tormentos de la pira.

Todavía se columbra en lontananza un grupo interesante y hermosísimo á los ojos de la historia. Vemos, en efecto, á los tres religiosos japoneses, que habiendo sido investidos en la cárcel con el hábito sagrado de la Órden, fueron despues decapitados en la famosa ejecucion de Nangasaqui, donde matizaron con su sangre el lauro de la victoria.

CAPÍTULO III.

El Gobernador de Filipinas envia una embajada á Japon, y no se le da audiencia.—Envia la Provincia cuatro religiosos á Nangasaqui.—Se opone el Gobierno á su salida, y luégo la permite.—Su viaje, y muere uno de ellos en la mar.—Prision del venerable Vazquez.—Sus trabajos en la cárcel, y su martirio.—Debates de los PP. portugueses con el P. Collado.—Pretensiones de aquéllos en Roma y Madrid, para hacer prevalecer su pretendido exclusivismo.—Sorprenden al Rey Católico.—Quedan sin efecto sus pretensiones.—Martirio de muchos cristianos en Yedo.—Trabajos espantosos que toleran los PP. misioneros para conservar la fe, agonizante en el imperio.

28. Cuando el tirano de Japon hostigaba de un modo tan cruel á los campeones de la Cruz, el Gobernador supremo de estas islas enviaba á Jogunsama una embajada, que este orgulloso monarca despreció soberbiamente, negando la entrada en su palacio al Embajador de Filipinas, y desechando sus regalos con desden. Bien merecian este desaire los que sólo trataban de los intereses de la tierra, sin pensar tan solamente en pedir una leve satisfaccion de los ultrajes cometidos contra la humanidad y los ministros de nuestra religion santa. El espíritu cristiano que habia presidido á la conquista de las ricas é inmensas posesiones que los monarcas piadosos de Castilla habian adquirido en ambos mundos,

habíase entibiado en gran manera, y aquellos dias de gloria para la religion, para la patria, sólo existian, finalmente en las tradiciones de la historia. Por esto faltaba ya alguna vez la proteccion de Dios en sus empresas, y un puñado de rebeldes (1) que habian abandonado la fe de sus mayores, tenía en alarma permanente á estos pueblos apartados, temiéndose con razon que llegase á despojar á las coronas de Portugal y de Castilla de los puntos más interesantes donde áun tremolaba su bandera como el símbolo imperial de la inmensa Oceanía.

29. Siete religiosos de la Órden habian sido sacrificados por la fe recientemente, y sólo dos campeones gozaban aún de libertad, expuestos á sufrir la misma suerte. La noticia de estos sucesos lamentables, y los ecos angustiosos de aquella cristiandad agonizante, que las alas de la fama llevaba por todas partes, no desanimaron en su empresa á los hijos esclarecidos de Domingo. Apénas caia una víctima en la barrera sangrienta, se presentaba otra en el estadio para continuar la lid con las potestades del infierno. Áun humeaba la sangre y las cenizas sagradas de los últimos atletas, cuando pasaron otros cuatro religiosos á la ciudad de Nangasaqui, para continuar allí la obra de Dios y su reinado. Aquella iglesia perseguida necesitaba nuevos y aguerridos paladines, que viniesen de refresco á substitutir en la brecha á los antiguos; y éstos eran los PP. Fr. Diego de Rivera, profesor de teología del colegio de Manila; Fr. Domingo de Erquicia, el orador más elocuen-

(1). Los holandeses.

te que se conocia á la sazon en Filipinas; Fr. Lúcas del Espíritu Santo, catedrático de filosofía del expresado colegio; y Fr. Luis Beltran, ó Exarch, gran ministro que habia sido de los chinos en Manila. La mayor dificultad áun quedaba por vencer, pues nadie se prestaba á conducirlos á las playas japonesas, en la horrorosa tormenta que atravesaban aquellas misiones afligidas. Por otra parte, las cartas que se habian recibido últimamente de los venerables mártires, escritas desde la cárcel de Omura, eran apremiadoras y tristísimas. Los que iban á morir por Jesucristo saludaban respetuosamente á sus prelados, y les recomendaban con ternura aquella herencia preciosa que ellos habian regado con su sangre, para que enviasen al Japon nuevos ministros que se encargasen de conservar aquellos restos de su corazon y de su vida. La situacion de los superiores era verdaderamente crítica. Mas, inspirados en la idea de que la causa de la religion estaba profundamente interesada en mandar á aquel imperio nuevos ministros de Dios, se resolvieron á comprar para el efecto con limosnas y otros medios que arbitró la caridad, un bajel, aunque mediano, que los pudiera conducir á Nangasaqui.

30. Ya estaba todo prevenido para zarpar de estas aguas aquella nave dichosa, cuando el Gobernador hizo presente al prelado provincial (era el P. Fr. Miguel Ruiz á la sazon) que se le ofrecian algunas observaciones sobre su arriesgada empresa. Mas este digno superior, hablando con religiosa libertad, justificó completamente su proyecto, y le hizo ver que los motivos que le obligaban á llevar adelante el pensamiento estaban

muy por encima de toda razon política. Cuando se atraviesa á nuestro paso la causa de Dios y de su templo, nada es posible oponer á la defensa de su nombre. Era que la multitud de los cristianos, que clamaban en Japon por sacerdotes, era innumerable, inmensa; muy grave el peligro en que se hallaban de abandonar toda enseña de salvacion y de vida; y heridos, finalmente, los pastores en todos los dominios del imperio, era lógico tambien que se dispersasen las ovejas y abandonasen para siempre el aprisco del Señor. A peroracion tan elocuente nada pudo oponer de razonable el Gobernador supremo; pues temia, como cristiano, cargar con la responsabilidad de tantos males; y consultado el Arzobispo en el asunto, que tambien apoyó á nuestro prelado, consintió el Gobernador en que se llevase á efecto la proyectada expedicion, encargando solamente que se guardasen las precauciones necesarias, á fin de que no se malograse la mision de tan excelentes operarios evangélicos.

31. Con los religiosos de la Órden anteriormente mencionados, se embarcaron tambien otros dos padres Agustinos y cuatro de San Francisco, y los diez se hicieron á la vela por Abril del mismo año. Sin embargo, y á pesar de ser la estacion propicia para navegar por estos mares, se vieron precisados á tocar en las islas Babuyanes; y un segundo temporal los llevó sobre sus alas á las islas de los Lequios, ó *Louchou*, de la dependencia del Japon. Reparados algun tanto de las pasadas averías, sufrieron aún despues, en esta tercera etapa de su viaje, una recia tempestad, que los arrojó á Sombor, en las costas de la China. Allí renovaron la aguada, que

ya escaseaba en el bajel, y se aprovecharon del casco y de la madera de una embarcacion abandonada, para la leña precisa, que ya se les habia acabado por completo. Provistos ya bastantemente de tan necesario avío, continuaron su derrota bordeando con vigilancia y con cuidado las numerosas islas de la China. En uno de sus estrechos ó canales vieron asomar sobre las aguas una vela misteriosa, que no llevaba, al parecer, ningun rumbo conocido. Despues divisaron otra, y al fin otras, que parecian salir como fantasmas de las profundidades del abismo. Era una escuadra formidable de piratas, que los atacó por todas partes, precedida del espanto y del terror. El viento los salvó por el pronto del peligro, poniéndolos prestamente fuera del alcance del corsario. Mas al internarse en el golfo, y fuera ya de las islas, fueron atacados nuevamente por los piratas infames, que les fueron dando caza á toda vela. Entónces se vieron precisados á hacer frente para defenderse con las armas. Reñida fuera la lid, á fe de narrador justo y sincero, si el corazon de los chinos se hubiese de medir siempre por sus apariencias bélicas. Mas el valor castellano, y la superioridad reconocida de las armas españolas, triunfaron completamente de la numérica mayoridad de los corsarios. Entre chinos y españoles nada significa el número. Entónces ocurrió á bordo una desgracia lamentable durante lo más encarnizado del naval combate. Un disparo perdido de mosquete hirió al P. Rivera en una pierna, que á las veinte y cuatro horas empezó á gangrenarse horriblemente. Para salvar la vida del herido en aquel trance no habia otro remedio conocido que hacerle la amputacion sobre la

marcha; mas como no habia en el buque ni cirujanos ni instrumentos para el caso, murió el paciente á breve tiempo, en medio de acerbísimos dolores.

Este varon eminente era natural de Ronda, en Andalucía, é hijo del convento de San Pablo de Córdoba. En 1613 pasó con una mision á la Provincia del *Santísimo Rosario*, y habida consideracion á sus talentos, la obediencia lo destinó al profesorado de una cátedra en el colegio de Manila, todavía recien fundado. Llegaban entónces á Manila los postrimeros acentos de los mártires, que llamaban á la brecha que ellos dejaban abierta á los valientes de Israel; no dudó entónces ofrecerse para ir al imperio del Japon, y prefiriendo agonizar por Jesucristo á los hermosos laureles de la ciencia, se unió á los demas campeones de la Cruz para presentarse en la barrera del estadio, como fiel mantenedor del cristianismo en aquella justa formidable. La muerte le salió al encuentro en su camino; empero Dios le tendria reservada otra corona á este varon de deseos, que sólo acariciaba la ambicion de morir por la gloria de su nombre.

Despues de este incidente desgraciado, y libres ya de los piratas, que huyeron de sus cañones y mosquetes, prosiguieron los demas muy desconsolados su derrota. Ya se destacaba ante sus ojos la famosa ciudad de Nangasaqui, y cuando saludaban ya de cerca aquellas playas sangrientas, donde palpitaban todavía los despedazados miembros de los mártires, cambió el viento de repente, y los arrojó segunda vez á las malhadadas islas que dejaban. Sólo á la destreza del piloto debieron el arribar postreramente á las costas de Satzuma el

dia 19 de Junio, despues de dos meses largos de navegacion tan malhadada. Tomando tierra el piloto con el P. Fr. Domingo de Erquicia, pensaron en visitar al Tono de aquella isla, y pedirle el permiso competente para carenar allí la nave bastante ruinosa y averiada por los pasados contratiempos; mas entónces estaba el régulo en la córte, y sus tenientes dispusieron que se fuesen á la ciudad de Nangasaqui. Insistió el piloto que su buque no podia hacer este viaje sin reparar sus averías, y entónces dispusieron los regentes que se quedase allí el casco, pero que la gente y cargamento fuesen trasportados á aquel punto en *funeas*, ó embarcaciones que pueden navegar á remo y vela. Les habian dado un despacho para el prefecto Gonrocu, que debió ser para ellos como la carta de Urías. Autorizados, en fin, para trasladarse á Nangasaqui, ó quedarse en Satzuma durante la carena del bajel, los que nada tenian que temer ni que hacer en aquel punto se embarcaron para su destino; mas el piloto y religiosos permanecieron en Congojima hasta el 24 de Setiembre, segun las instrucciones que les habia dado el venerable P. Fr. Domingo Castellet, misionero de la Órden que habia sobrevivido en el Japon á tan horrorosa tempestad. Entraron por fin en Nangasaqui el dia 14 de Octubre, y luégo salieron para una aldea vecina los PP. Fr. Lúcas del Espíritu Santo, Fr. Luis Beltran, con el venerable Castellet, para poderse dedicar con alguna más seguridad al estudio de la lengua japonesa, habiéndose quedado en Nangasaqui el P. Fr. Domingo de Erquicia, con las instrucciones especiales que las circunstancias reclamaban.

Coincidió precisamente con la llegada secreta de aquella nueva mision á Nangasaqui, un decreto imperial, en el que se ordenaba terminantemente que todos los españoles y portugueses que hasta entónces habian estado pacíficamente en Nangasaqui salieran cuanto ántes del Japon, y no se permitiese á los cristianos del país salir jamas de sus dominios sin haber apostatado ántes de la fe. Esta noticia fatal puso en el mayor conflicto á los pocos misioneros que existian en el país, porque habiendo vivido hasta aquel tiempo disfrazados y en cierto modo confundidos con los demas extranjeros, ya no les sería posible en adelante ocultar su permanencia en el imperio. Se piensa con fundamento que los holandeses gestionaron tan arbitrario decreto, con el sórdido designio de monopolizar el gran mercado del comercio japonés. Así el estado de las cosas y del cristianismo en el Japon, nuestros venerables misioneros, llegados postreramente á aquellas playas, simularon legalmente su marcha definitiva del imperio, fletando aparentemente una de las galeotas que debian salir para Macao. Embarcáronse en efecto con la mayor publicidad, y fueron registrados formalmente por la policía de Nangasaqui, dando sus nombres y apellidos, segun las usanzas admitidas en semejantes ocasiones. Acababa de sepultarse entre las ondas el disco fugaz del sol poniente cuando zarpaba de aquel puerto el misterioso bajel á todo trapo. Todo presagiaba un feliz viaje. El viento, la mar serena, la noche plácida y hermosa, todo parecia favorecer aquella navegacion afortunada. Las horas avanzaban velozmente, y las estrellas del cielo señalaban la mitad de su carrera, cuando el vigilante

anunciaba una vela á barlovento. La direccion de su rumbo era para inspirar serios temores. Se destacaba veloz de una ensenada, y parecia dirigirse á toda vela á cortar el rumbo del bajel, y ganar sus aguas con empeño. La salida simulada de los PP. misioneros; la vigilancia rigorosa de la policía imperial; el ódio y la ferocidad siempre creciente con que se perseguia á sol y á sombra á los ministros de Dios, todo hacia temer una traicion ó una celada, que viniera á sorprenderles su designio. Mas una luz que apareció en el bajel desconocido les tranquilizó completamente. Era la señal ya convenida con el venerable Castellet, que salió á recogerlos en la mar con una vela cristiana, y los condujo á una aldea de fervorosos creyentes, donde pudieran ocultarse con toda seguridad.

32. Muy poco ántes de aportar á aquellas playas los últimos misioneros, habia sido aprisionado por los perseguidores de la Cruz nuestro venerable P. Fr. Vazquez, y se libró de sus manos el venerable P. Castellet por una especial providencia del Señor. Su prision se verificó precisamente el dia 12 de Junio de 1623. En la semana anterior habian andado muy solícitos los esbirros de Gonrocu, buscando por todas partes á los sacerdotes del Señor, por haber averiguado que se hallaban por aquellas cercanías. Para precaverse, pues, los misioneros del riesgo inminente que corrian, se retiraron á unos montes no lejanos de la ciudad de Nangasaqui, bajo la tutela y el amparo de unos pobres labradores. Mas se acercaba la hora fatal para otra víctima. El venerable P. Castellet se habia puesto de acuerdo con una señora distinguida de la ciudad, llamada doña

Ines Correa, para dar honrosa sepultura á las reliquias sagradas del venerable P. Flores, que ella tenía en su poder. Cumplió la buena señora su palabra, y se presentó en donde estaba el venerable misionero, con el doble objeto de inhumar aquellos restos preciosos y cumplir al mismo tiempo con el precepto anual de confesion y comunion, llevando en su compañía una esclava, que ella amaba como hija, y cuatro bogadores de su entera confianza. Por aquellos mismos dias habia ido el P. Vazquez á despedirse del venerable Castellet, porque trataba de pasar al reino de Arima. Deseoso, empero, de asistir á la inhumacion de las reliquias que debia conducir á aquel lugar doña Ines Correa, se detuvo en aquel punto más de lo que convenia. Llegó por fin doña Ines, y con las precauciones convenientes depositaron piadosos en un sepulcro apartado aquel tesoro tan digno de veneracion y respeto. Habíase terminado felizmente la piadosa ceremonia, cuando hé aquí que se presentan dos alguaciles ó esbirros de la ciudad de Nangasaqui, que advertidos por los venerables ántes que pudieran asegurarlos con sus cuerdas, les dieron tiempo á esconderse en una selva inmediata. El venerable P. Castellet pudo evadirse efectivamente de sus manos; mas el venerable Vazquez quedó enredado con su ropa en una zarza, de la que no pudo desprenderse tan pronto como convenia para no ser habido y preso. Llevado, pues, á la casa donde estaba doña Ines, muy condolida del suceso, ofreció á los aprensores una buena cantidad por la libertad del venerable preso. Con este cebo tentador ya se ablandaba la fiereza de aquellos tigres hambrientos; mas el venerable Vazquez no qui-

so de ningun modo ser librado por la via del dinero, conformándose en el caso con la voluntad de Dios, que así se habia dignado disponer de su persona y de su vida. Con su oposicion tenaz, que les privaba del rescate, se enfurecieron sin medida aquellos esbirros miserables, y lo amarraron fuertemente con la misma cuerda memorable, que sujetaba reverente poco ántes la caja de las reliquias, llevándolo como en triunfo á Nangasaqui, para presentarlo ufanos al tribunal de Gonrocu.

El mismo venerable escribió desde la cárcel al venenerable Castellet las circunstancias y detalles de su prision voluntaria en los términos siguientes: «Hermano mio: Luégo que vuestra reverencia se salió al monte, me salí yo tambien; pero detúvome Dios, nuestro Señor, que queria pagase mis grandes pecados y flojedad con que he acudido á estos pobres cristianos; enredéme en un zarzal, sin poderme desasir en el espacio de una Ave-María, y acudieron sobre mí los dos falcones, y me echaron mano, atándome una soga al cuello fuertemente, y haciendo dos nudos con los cabos que colgaban de ella, me ataron ambas manos, causándome grandísimo dolor; y atándome así en un poste, quisieron ir á buscar otro pájaro en el monte; mas certificándoles yo que no lo hallarian seguramente, á la postre lo dejaron.» Refiere en seguida lo que le sucedió con sus verdugos hasta la ciudad de Nangasaqui; la confesion que hizo buena delante de los tiranos, y su prision en la cárcel, en donde permaneció nivelado y confundido con los malhechores más atroces por espacio de cincuenta dias, hasta que hubo bajado finalmente pro-

videncia de la córte, en la que se disponia fuese trasladado á la de Omura, en donde estaba todavía el venerable P. Fr. Luis Sotelo, cuya causa se habia prolongado hasta la fecha, por la circunstancia especialísima de haber vuelto á aquellos reinos en calidad de embajador.

33. La cárcel de Omura, en donde encerraron al venerable Vazquez, era distinta de la que ocuparon los venerables mártires que murieron el año anterior en Nangasaqui. Áun era más reducida. Tenía sólo siete palmos de ancho por otros tantos de altura, y su largo no llegaba á tres varas. El vallado que rodeaba aquella jaula era más alto, y las estacas de que estaba construido distaban una de otra tres pulgadas. En ella estaban encerrados cinco venerables confesores, que apénas tenian lugar para estar echados, sin que les fuese permitida la salida para sus necesidades naturales. La comida ordinaria era la de costumbre en tales casos, y la misma que se daba á los ilustres confesores que murieron despues en Nangasaqui por la fe de Jesucristo. El venerable P. Vazquez no pudo resistir á tantas privaciones y trabajos, y cayó enfermo de peligro, si bien luégo se alivió sin más medicinas ni regalos que la gracia de Dios y sus consuelos. Despues de muy poco tiempo volvió á enfermar de cuidado, en términos que temiendo los esbirros se les muriese en la cárcel, dieron cuenta inmediatamente al inhumano Gonrocu del estado peligroso en que se hallaba el venerable misionero. Así fué como se abreviaron sus trabajos y la carrera dolorosa de sus dias. Al enterarse Gonrocu del peligro que corria la vida del P. Vazquez, dispuso que lo sa-

casen con los demas confesores, y los llevasen sin pérdida de tiempo al último suplicio de la pira. Al oir el venerable confesor esta sentencia, como si le hubiesen dado la noticia más grata y lisonjera, sintió volver á su existencia la llama ya moribunda de la vida, y cobró repentinamente tales fuerzas, que pudo andar por sus piés hasta el lugar del sacrificio, que distaba por lo ménos una legua de la cárcel de Omura. No satisfechos, empero, los tiranos con las crueldades sin ejemplo que habian usado hasta entónces con los venerables confesores de la fe, todavía quisieron molestarles con preguntas importunas sobre la razon y el tiempo de su llegada al imperio, los buques que los habian conducido, y otras necedades de este género, tan impertinentes como impropias para aquellos hombres justos, ya condenados como reos. A nada de esto contestaron los venerables confesores, pues su juicio y su sentencia estaban ya terminados, y sus declaraciones ademas hubieran podido comprometer á muchos inocentes. Sus respuestas se limitaron, pues, á manifestar sencillamente que habian aportado en otro tiempo á las playas japonesas, movidos tan solamente por la inspiracion sublime de la caridad y del amor, y por la gran necesidad que tenian los cristianos de su ministerio santo; y que no siendo su designio el perturbar el órden público, y sólo sí el anunciar á todas las naciones de la tierra el reino de Dios y su justicia, su mision era divina, y estaba muy por encima de todas las potestades de la tierra. Entónces ordenaron á los verdugos que amarrasen fuertemente á los santos confesores y los hicieran perecer á fuego lento, colocando la leña en derredor á tres varas de

distancia, como lo habian hecho anteriormente con los mártires ilustres que glorificaron al Señor en la famosa ejecucion de Nangasaqui. Al prender fuego á la pira, los venerables atletas empezaron á cantar la letanía de la Vírgen, mostrando en el exterior la interior tranquilidad de que estaban poseidos. Cuando las llamas empezaban á tomar cuerpo, los venerables confesores espiraron, sofocados por el humo y el torbellino de fuego, que los envolvió rápidamente al impulso vertiginoso de los vientos. Tuvo lugar su martirio el dia 25 de Agosto de 1624. Con el venerable P. Vazquez padecieron el venerable P. Miguel Carballo, de la Compañía de Jesus; el venerable P. Fr. Luis Sotelo, obispo electo del Japon Oriental, y otros dos Franciscanos, naturales del país, el uno sacerdote y el otro lego. Sus venerables cuerpos fueron reducidos á cenizas con sus ropas y sagrados ornamentos, y arrojadas á la mar posteramente, para privar á los fieles del consuelo de poseer algun dia aquel riquísimo tesoro. Así fueron acabando en las islas del Japon los ministros del santuario, entrando de tiempo en tiempo algunos celosos misioneros, para morir sucesivamente en el estadio por la gloria de Dios y de su templo.

34. El venerable P. Fr. Pedro Vazquez era de Berin, en Galicia, y recibió el hábito de la Órden en el convento de Atocha. Hizo su carrera literaria en Ávila y en Segovia, y despues se incorporó á la Provincia del *Santísimo Rosario* en 1613, para ir á anunciar el Evangelio en los confines del mundo. Áun llevaba poco tiempo en estas islas, cuando fué destinado á Cagayan, donde compartió gustoso los trabajos y fatigas de aque-

lla mision gloriosa por espacio de seis años. La noticia del martirio del venerable Navarrete, y aquella pléyade hermosa de valientes campeones que rubricaron con sangre la verdad y la doctrina que anunciaban, inflamaron de entusiasmo su corazon generoso, y habida consideracion á la escasez de operarios evangélicos que debia sentir naturalmente la atribulada iglesia del Japon, pidió y obtuvo permiso para ir á morir en su defensa. Por los años de 1621 aportaba el venerable á las playas sangrientas del imperio, y se quedó por el pronto en Nangasaqui, disfrazado con el traje de comerciante español. Empero luégo que supo el idioma japonés, peregrinó con frecuencia por las aldeas y los pueblos de las comarcas inmediatas, confesando y adoctrinando á los cristianos, sin perdonar fatigas ni trabajos, ni dar apénas descanso á su quebrantado cuerpo. En una carta que escribiera, estando libre, al Prior del convento de Manila, se expresaba sencillamente en estos términos: «Aunque la persecucion es tanta, decia, y tan rigorosa, y desde que llegué á esta tierra más que nunca, con todo esto, y ser yo el que ménos he trabajado, desde Pascua de Flores hasta últimos de este mes de Agosto he hecho poco ménos de tres mil confesiones, y las más de cuatro años, y muchas de ocho, no por culpa de los penitentes, sino por falta de confesores». Así trabajaba por las almas este varon apostólico, y sin embargo, áun le parecia poco lo que hacia, porque sentia en su corazon hambre y sed de la justicia. Era de esperar que al fin Dios coronase sus obras con la aureola gloriosa del martirio.

35. Aun quedaban en los reinos del Japon cuatro

misioneros de la Órden, que no reparaban en peligros, y multiplicaban en cierto modo su existencia para atender en todas partes á las urgentes é inmensas necesidades de su iglesia. Las alas de su corazon y de su celo parecian extenderse sobre todas las cristiandades del imperio, huérfanas como se hallaban de sacerdotes y ministros. Y sin embargo, todavía insistieron por entónces los PP. portugueses en hacer valer á todo trance el exclusivo privilegio de predicar y administrar á los cristianos de aquella iglesia perseguida. Entónces ya no citaban, ni podian citar en puridad, el antiguo privilegio de Gregorio XIII, sin contrariar los decretos pontificios y disposiciones soberanas más explícitas; mas sus favorecedores pulsaban todas las cuerdas y todos los resortes del momento que podian serles favorables, siquiera se estrellasen sus gestiones contra la razon y la verdad. De buen grado renunciára el narrador á volver á ocuparse de este asunto, si no lo hallase atrevesado de nuevo en su camino, y reproducido en los anales de la historia inexorable. Áun hiciéramos todavía caso omiso de estos hechos, si autores poco enterados de la verdad y de sus causas no los hubiesen desfigurado á su sabor, en perjuicio del buen nombre de otras corporaciones respetables. Áun en los tiempos que alcanzamos, y despues de haberse aquilatado mil veces la evidencia de la verdad y de los hechos por testigos presenciales, que han autorizado su mision con el martirio, todavía se ha reimpreso en 1828 la *Historia del cristianismo en el Japon*, escrita por el P. Charlevoix, en la cual se hace aparecer al P. Fr. Diego Collado, misionero de la Órden en aquel imperio dilatado, como

un hombre inquieto y enemigo declarado de los padres portugueses, que les habia imputado mil calumnias en las córtes de Madrid y Roma. Es muy fácil escribir de esta manera, y hacer correr por el mundo estas historias, para hacerlas creibles por lo ménos donde no pueda averiguarse la verdad, ni ser desmentidas fácilmente con pruebas y testimonios de una autenticidad incontestable. Esas obras que circulan; esas historias, que se escriben, con buena intencion sin duda, pero faltadas de razon y de verdad, y faltando tambien á los respetos de corporaciones y personas de una reputacion inmaculada, son las que mueven nuestra pluma para defender la honra de institutos y personas respetables, y volver por los fueros y la causa de la verdad ofendida. Permítasenos rectificar esos errores con la misma buena fe que queremos suponer y suponemos en esos, por otra parte, apreciables escritores.

36. El P. Collado era un hombre eminente á toda luz; y celoso defensor del apostolado de las gentes, sentia naturalmente los obstáculos que los PP. portugueses pretendian oponer á las demas corporaciones religiosas en la administracion y en el cuidado de la cristiandad atribulada del Japon, con el plausible pretexto de que su permanencia exclusiva en el imperio podria conjurar acaso la tormenta suscitada. De aquí se originaban disensiones y disgustos, que si bien suponian de entrambas partes la mejor intencion y buena fe, pedian un eficaz remedio á todo trance; remedio que no podia encontrarse en un país en donde los PP. portugueses hacian las veces de juez y de parte á un mismo tiempo, por la inmensa distancia á que se encuentra de

la capital del mundo. En tal concepto no quedaba más arbitrio á los PP. misioneros que no eran portugueses, que abandonar aquella iglesia en situacion tan aflictiva, ó recurrir legalmente á la Silla de San Pedro por medio de sus gerentes. Con este fin salió el P. Collado de la ciudad de Nangasaqui, y pasando por Manila y por la India, se dirigió á Roma y al Papado en alas de su corazon y de su celo. Allí presentó sus memoriales, proponiendo algunos medios dirigidos á remediar las necesidades de la iglesia del Japon y males de que adolecia, y sin embargo de que nada decia que no fuese público y notorio en Nangasaqui, se consideró agraviada la otra parte, que no pudo contestar más que negando los hechos más bien fundados y de pública notoriedad en el Japon, por no estar bien enterados de muchísimos detalles los que tenian la mision de su defensa. Pero no era el P. Collado quien habia puesto en descubierto, y denunciado en cierto modo á la conciencia universal los sucesos y disgustos del Japon. Habia llegado ya entónces á la ciudad pontificial una carta del venerable P. Fr. Luis Sotelo, franciscano, cuyo objeto y contenido habia quitado, á la verdad, todos sus velos, y miraba la cuestion desde otro punto de vista.

Santa era, en efecto, la intencion, y me complazco en consignar la santidad final del pensamiento que guiaba el corazon de todos. Mas se hallaban colocados en diferentes perspectivas, y no podian ménos de apreciar las circunstancias y los hechos de muy diferente modo. Existe una relacion que escribió el P. Fr. Pedro Bautista, procurador general de la provincia de San

Gregorio de Filipinas, en la que al hablar especialmente de aquella carta famosa, firmada por el venerable P. Fr. Luis de Sotelo, se expresa claramente en estos términos: «Así como me mostraron la firma, me hubieran mostrado la carta toda, como la vi y leí en Madrid, dijera que la carta era suya; porque las razones que contenia eran propias suyas, comunicadas entre él y mí muchas veces; y el desconocer la firma pudo ser porque el santo, escribiendo á Su Santidad, pudo hacer la letra con más cuidado; pero todo lo que la carta contiene en sustancia, lo tengo por razones suyas, y en particular del modo de proceder de aquellos padres y el obispo.» Quizás el P. Collado llevó á Roma una copia de esta carta, motivo por el que se disgustaron con él en este asunto. Pero no fueron tan afortunados esta vez en sus gestiones. Conocida en Roma toda la verdad y la razon de aquel negocio bajo las diferentes fases que habia venido tomando desde su orígen primitivo hasta aquella fecha, y no pudiendo prometerse los ministros portugueses una solucion satisfactoria para ellos por parte de Su Santidad, se dirigieron por medio de su procurador de Portugal al rey Felipe IV, á quien aquel elevó un memorial en querella contra aquel celoso misionero; cuyos cargos fueron victoriosa y legalmente contestados por el procurador de la Provincia del *Santísimo Rosario* residente en la córte de Madrid.

Segun puede deducirse claramente de los documentos que áun existen relativos al asunto, el memorial del P. Collado, que tanto disgustó á los PP. portugueses y demas de su instituto, era en sustancia un verdadero facsímile del que presentó en la córte de

Madrid, y en él no aparecen ciertamente ni suposiciones ni calumnias contra aquellos padres, cuya religiosidad y cuyo celo nadie habia puesto en cuestion. Despues de manifestar en tan importante documento (el que elevó al Rey Católico) las revocaciones que la silla apostólica habia hecho del privilegio exclusivo, obtenido en un principio por los misioneros portugueses, para predicar el Evangelio en el Japon, procedia sábiamente á proponer los medios discrecionales que podian adoptarse, en su opinion, para remediar los males que afectaban á la perseguida iglesia del imperio. En primer lugar probaba con razones poderosas la imperiosa necesidad de que el Obispo de Japon residiese en su territorio, para confirmar á los neófitos, ordenar á los japones, y fortalecer en la fe y en la sana doctrina á sus ovejas, cuando tan necesitadas estaban de pastor: Que siendo tan difícil el recurrir á la silla apostólica por razon de la distancia, y para el caso en que surgiese alguna diferencia entre los religiosos y el Obispo, se dignase S. M. obtener del Santo Padre una delegacion para el Arzobispo de Manila, quien, acompañado de conjueces, podria sustanciarla y terminarla en casos de apelacion: Que durante la persecucion de aquellos tiempos no hubiese en aquellos reinos division alguna de provincias ni parroquias; sino que cada misionero procurase ejercer su ministerio en donde mejor pudiese, con ménos peligro suyo y más provecho de las almas: Que siendo tan extensas las islas del Japon, y cuando las circunstancias lo permitiesen, fuese nombrado otro obispo, para atender mejor á los deberes de su cargo pastoral en la extension dilatada de aque-

lla hermosa cristiandad: Que todos los misioneros se consagrasen exclusivamente á las funciones de su apostolado religioso, sin ocuparse de negocios ni otra cosa: Que, por último, los mismos prelados de las órdenes y corporaciones religiosas notificasen en su dia á sus respectivos súbditos lo que Su Santidad tuviese por conveniente disponer en órden á los puntos indicados. Tales eran las bases fundamentales que el P. Collado presentaba en sus famosos memoriales de Madrid y Roma, para venir á un arreglo conveniente, y cortar de raíz toda cuestion ulterior en este asunto.

Visto el célebre recurso de este sabio misionero, ordenó S. M. que se pasase á consulta de una junta de teólogos creada para el efecto, que se debia componer de individuos de todas las Corporaciones religiosas que podian considerarse como partes. En esta ilustre asamblea se trató del negocio con la mayor circunspeccion, y despues de largas discusiones elevó su dictámen á S. M. C., formulado en los términos siguientes: «Que convenia pasar á Su Santidad los dichos puntos, para que dispusiese lo que convenia hacer en la materia»; dictámen que aprobó el Rey, nuestro señor, el dia 8 de Diciembre de 1626. Suspendióse, sin embargo, por entónces el curso de este negocio, por haber parecido oportuno oir en la materia al Consejo de Portugal, por el derecho que esta corona pretendia al patronato sobre las islas del Japon. En tal concepto se ordenó que el dictámen de la junta y los memoriales que la habian motivado se presentasen á entrambos Consejos de las Indias, español y portugués, reunidos al efecto en uno sólo. En la primera sesion nada se pudo concluir, pues

sus presidentes discordaron acerca de la preferencia que les correspondia en sus asientos respectivos. Arreglado este punto, finalmente, se decidió lo que sigue: «Que todos los religiosos, de cualquier nacion y corporacion que procediesen, podian pasar á Japon, sin restriccion de ningun género; que para el beneficio de la paz se dividiesen aquellos reinos en provincias, y que los misioneros administrasen en las partes que se les designase préviamente.» La última de estas decisiones fué contestada por los procuradores de las provincias religiosas que tenian misioneros en Japon, exponiendo los inconvenientes que militaban en contrario, durante la persecucion de aquellos tiempos.

37. Con la resolucion de esta junta, que presidió el cardenal Trejo, quedaban desvanecidas las pretensiones de los ministros portugueses, que trataban de renovar su ya revocado privilegio sobre el apostolado exclusivo del Japon. No por esto perdieron, sin embargo, las esperanzas de ver realizados sus deseos. Desentendiéndose con maña de lo acordado en la junta, obtuvieron por medio del Consejo de Portugal una carta de S. M. para el Papa, en la que se contenian estas bases: 1.ª Que por quince ó veinte años, por lo ménos, hasta ver cómo las cosas de Japon se arreglaban, quedasen en sus islas sólo los ministros portugueses y demas de su instituto, y que los otros religiosos fuesen echados del imperio. 2.ª Que si las demas religiones querian ir y estar en las provincias vecinas al Japon, fuese repartiendo el Consejo de Portugal las dichas provincias entre ellas, señalando á cada una las que dicho Consejo juzgase convenir. 3.ª Que las licencias y despachos para

las dichas provincias fuesen expedidos por el mismo. 4.ª Que los dichos religiosos y ministros enviados á las provincias expresadas no pudiesen ir á ellas por las islas Filipinas ni Indias Occidentales. 5.ª Que si el Obispo del Japon, que era y habia sido hasta entónces de su instituto, no tuviese comodidad para pasar y estar en su obispado, se estuviese fuera, en la parte más cercana que pudiese. 6.ª y última. Que la iglesia de Macao, en China, fuese metrópoli de Japon, y obispo juez delegado de Su Santidad para las apelaciones.» Inspirado de esta suerte el católico monarca, se destruia por su base lo que con tanta detencion y madurez se habia establecido en contrario. Los demas representantes de las corporaciones religiosas, sabedores, finalmente, de estas gestiones secretas, representaron contra ellas, y es de suponer que serian atendidos, pues no se volvió á hablar sobre este asunto. Lo cierto es, que la Silla Apostólica nunca decidió aquellos puntos en el sentido que esperaban los ministros portugueses; y si lo hizo en efecto, su decision no llegó jamas á publicarse.

38. Los cuatro religiosos de la Órden que quedaban aún en el imperio trabajaban incansables en su santo ministerio, á pesar de las pesquisas rigorosas que se hacian en todas partes por los enemigos de la fe. Publicado ya el decreto de que hase hecho mencion, y por el cual debian salir de Nangasaqui todos los portugueses y españoles, fuesen ó no misioneros, ya no podian permanecer en el imperio, sino disfrazados de japones y en los lugares más ocultos, bajo la vigilancia cuidadosa de algunos fervorosos cristianos, que no temian exponer su propia vida para salvarlos. El P. Fr. Do-

mingo de Erquicia, que áun no poseia bien el idioma del país, tenía á su lado un catequista, que le servia de intérprete, y lo llevaba á todas partes para anunciar por su boca el reino de Jesucristo. Habia publicado el tirano de Figen unos edictos rigorosos, exigiendo á todo trance la apostasía universal; mas el celoso misionero, que se encontraba en todas partes con su inseparable catequista, los animaba al combate, como verdaderos campeones de la Cruz. Habia mandado aquel régulo á los pueblos de Safay algunos emisarios de confianza, para recoger las firmas de los que se resolvian, finalmente, á obedecer sus mandatos; mas cuando todo lo esperaban de este nuevo sistema seductivo, recibieron un manifiesto desengaño. Animados por el soplo del espíritu de Dios, que les hablaba en secreto por medio del P. Erquicia, todos contestaban muy resueltos, que ántes debian obedecer al Dios del cielo que á los hombres y potestades de la tierra. Escenas desgarradoras debian seguirse despues; pero nada pudo abatir el corazon ni la fe valerosa del cristiano. En vano les arrebataban á sus hijos y mujeres para hacerlos morir en su presencia si se negaban á obedecer los horribles mandamientos del tirano. Solos cuatro flaquearon, al ver arrancados de su seno á los pedazos más caros de su corazon y de su amor; lo que sabido por el venerable misionero, les envió inmediatamente un cristiano instruido y fervoroso, á fin de que los exhortára á reparar el escándalo que habia producido en todas partes su debilidad y su flaqueza. Dios bendecia las empresas del P. Domingo Erquicia y el espíritu de caridad que las guiaba. No habian trascurrido muchos

dias desde aquella aparente apostasía, cuando se presentaron á los jueces dos cristianos, para dar testimonio de su fe, de su religion y de su Dios. Eran los que habian sucumbido poco ántes á la mitad de su corazon y de su vida. Ahora venian á ofrecer toda entera su existencia en las aras sangrientas de la Cruz. Los otros dos miserables tambien conocieron su flaqueza, y se dispusieron igualmente para reparar aquel escándalo; pero se ignora del todo si llegaron á realizar su pensamiento. Al ver los emisarios del tirano la inutilidad de sus esfuerzos en Safay, se marcharon á otra parte, y se contentaron por entónces con escribir en sus carteras los nombres y las señales de los que se negaban con firmeza á renegar de Jesucristo.

39. Los cristianos que moraban en las cercanías de Yedo, córte á la sazon de Jogunsama, se mantenian invencibles en la brecha de la fe que defendian. El extraordinario valor de aquellos héroes dió mucho que pensar á los tiranos. Sabedores esta vez de la sentencia pronunciada contra dos PP. misioneros, se presentaron á los jueces con ánimo generoso, incitándolos á que les hiciesen sufrir la misma pena si no querian dar libertad á sus pastores queridos; «Supuesto, decian, que profesamos la misma religion y el mismo culto.» Entre ellos habia dos señores de alta alcurnia, que poseian grandes riquezas; circunstancia que sorprendió en gran manera á aquellos jueces inicuos, que no podian persuadirse hubiese uno solo entre los nobles que osára desobedecer sus mandamientos. En un acceso d[illegible]abia y de furor mandaron, para escarmiento, q[illegible] dichos señores fuese arrojado á las llamas, [illegible]

las leyes imperiales, que prohibian castigar las altas clases con esta muerte afrentosa. Cincuenta de sus criados sufrieron luégo igual pena, y más de treinta cristianos se presentaron á los jueces, deseosos de tener la misma dicha; mas éstos los arrojaron de su presencia enojosa á palos y bofetadas, porque veian que sus rigores tan sólo contribuian á excitar más su fervor. «Todo es fruto (decia el Ilmo. Aduarte) de la labor de algunos pocos religiosos de diferentes órdenes, que han acudido al Japon, y acuden á sus naturales en tiempo de tanto aprieto; y porque se vea que, si les hace mucho su labor, tambien les cuesta mucho, diré lo que en otra carta refiere el P. Fr. Domingo de Erquicia, su fecha en Nangasaqui, á 5 de Marzo de 1624: «Aquí se hacen mil diligencias cada dia para coger á alguno de nosotros, y así andamos siempre á sombra de tejado. El modo que aquí tenemos es éste: en anocheciendo, salimos de la casa en donde hemos estado de dia, para irnos á otra parte, porque en ninguna podemos estar más de una noche. Confesamos luégo á los enfermos que nos avisan; tras de esto, de camino, en alguna casa se juntan nuestros cristianos, y allí los confesamos, hasta que quieran cerrar las puertas de las calles, que será como á las diez de la noche. A esta hora nos recogemos adonde hemos de pasar la noche, y el dia siguiente allí confesamos á los que acuden para haber de comulgar, en que tardamos hasta más de las doce comunmente, y á veces más, y en algunas ocasiones ántes de acostarnos les decimos misa y comulgamos, por ser muy tarde, y cuando no, nos levantamos ántes de amanecer á hacer esto. Despues de

dia confesamos la gente de casa y algunos muy conocidos del casero; porque no se atreven á meter mucha gente en casa, por el rigor de la persecucion que anda entre ellos. En estas ocupaciones pasamos la noche y el dia, con mil sobresaltos de ser presos, porque no tenemos hora segura. La noche siguiente volvemos á salir á nuestra tarea, y á veces con muy grande frio y nieve; y en este año, como estaba hecho á los calores de Filipinas, lo he sentido mucho, y no es posible ménos; ántes en algunas ocasiones damos gracias á Dios cuando hace mal tiempo, porque entónces hacemos mayores lances, como pescadores á rio revuelto. Atrevémonos entónces á andar caminos de dia, porque no están ellos para que los anden otros; y así, ántes de la cuaresma que me vine á Nangasaqui, andaba cuatro leguas una tarde por el camino pasajero con nieves y granizos, pasando arroyos que estaban muy frios, y muchos malos pasos á pié y con harto trabajo.»

Con esta sola carta se puede formar alguna idea de los padecimientos que sufrian los PP. misioneros del Japon por aquel tiempo, y me ha parecido oportuno trasladarla fielmente, tal como se lee en la 1.ª parte de la *Historia* de la Provincia, para que se vea claramente el espíritu de caridad que les llevaba á una mision, donde tenian que apurar hasta sus heces el cáliz de la tribulacion y la amargura.

OCTAVO PERÍODO.

COMPRENDE LA NARRACION DE LOS SUCESOS DESDE 1625 Y SUBLEVACION DE LOS MANDAYAS, HASTA EL CAPÍTULO PROVINCIAL DE 1633 EXCLUSIVE.

CAPÍTULO IV.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Bartolomé Martinez en 1625.— Se sublevan los mandayas en Fotol y Capinatan.— Asesinan á dos religiosos de la Órden.— Se trata de reducirlos.— Isla Formosa.— Los japones y holandeses intentan conquistarla.— El gobierno de Manila se posesiona de una parte de ella.— Nuestros religiosos empiezan en la misma sus misiones.— Capítulo intermedio de 1627.— Muerte de algunos religiosos ejemplares.— Cabachidono persigue con furor á los cristianos en Japon.— Prision del venerable P. Exarch.— Mártires en Nangasaqui, Figen, Arima y Omura.— Martirio del venerable P. Exarch, y reseña de su vida.— Envia la provincia otros misioneros á Japon.

40. En tanto que la Iglesia del Japon lloraba su esclavitud bajo la bárbara opresion de los tiranos, la Provincia elegia para su prelado superior al P. Fr. Bartolomé Martinez, hijo del convento de Salamanca, que á la sazon era vicario de la casa del Parian, extramuros de Manila. Era el dia 19 de Abril de 1625. Constituido el Capítulo, se dividieron los votos en el primer escrutinio; mas á la segunda votacion tuvo todos los sufragios este varon venerable, con aprobacion de religiosos y seglares, que tenian bien conocidas su santidad y sus virtudes. Durante el breve período de su célebre gobierno, la Provincia extendia por todas partes sus frondosas ramas, y llevó el santo Evangelio á las naciones más bárbaras, que nunca hubieran tenido noticia de la religion cristiana; si bien tuvo la desgracia de perder á muchos de sus hijos, que habian hon-

rado altamente la enseña del sacerdocio y de la religion dominicana.

41. Por aquellos mismos tiempos tuvo lugar en Cagayan la sublevacion infausta de los pueblos de Fotol y Capinatan, que en los primeros momentos de su aberracion y efervescencia asesinaron cruelmente á dos venerables religiosos; primer ejemplo de esta especie que se habia visto hasta entónces en nuestras misiones de Luzon. Los agresores fueron los bárbaros mandayas, cuya raza montaraz habitaba en las altas cordilleras que unen esta provincia á la de Ilocos. Algunas tribus y familias de esta raza indómita habian bajado, finalmente, de sus riscos, y habian sido reducidas á vida social por los esfuerzos de nuestros celosos misioneros; y aunque muchos habian recibido el bautismo con la mayor espontaneidad, el nuevo tenor de vida los tenía disgustados y violentos, por no poder respirar los aires de sus montañas nebulosas ni la atmósfera sangrienta del salvaje. Dos veces lo habian intentado, y en ambas fueron detenidos por los ruegos y discursos elocuentes de nuestros santos religiosos, y el respeto natural á las armas españolas. Mas esta vez habian preparado en silencio sus proyectos, y nada se habia traspirado de su escondido y siniestro pensamiento. El dia 8 de Junio empezaron á inquietar á los antiguos habitantes del pueblo de Capinatan, y en seguida pasaron á Fotol. Muchos de éstos, sin embargo, no habian pensado en sublevarse; empero despues que fueron arrastrados por la corriente feroz de los mandayas, fueron los más sanguinarios y resueltos. Su primer atentado fué la muerte de los dos religiosos mencionados, que estaban á la

sazon en aquel pueblo, á saber: el P. Fr. Alonso García, y el hermano Fr. Onofre Palao, religioso de la obediencia, procedente del convento de Manila. Aquél habia celebrado el mismo dia el santo sacrificio de la misa en ambos pueblos, y no pudo prever la bárbara resolucion de los salvajes. Los autores execrables de aquel horrible atentado fueron Miguel Lanab y un indio principal, llamado Alababan vulgarmente, ambos caudillos infames de tan injustificada rebelion. Habian subido estos malvados á la sala del convento, en donde hallarón á aquellos buenos religiosos, muy ajenos ciertamente del siniestro pensamiento que abrigaban. Principiaron por anunciar su proyecto de volverse á la montaña y á sus antiguas rancherías, y pidiéndoles permiso para realizar aquel deseo. El P. García, que no era el misionero de aquel pueblo, les suplicó que aguardasen al Vicario, que á la sazon estaba en otro pueblo, á quien podrian dirigirse en todo caso; mas apénas acabó de proferir estas palabras, el pérfido Alababan levantó su cuchilla brilladora con la rapidez del pensamiento, y la descargó sobre el cuello del hermano Fr. Onofre, cuya cabeza quedó separada de los hombros y pendiente solamente de la piel. Vióse resplandecer al mismo tiempo otra cuchilla siniestra sobre la cabeza veneranda del P. Fr. Alonso García; mas éste, al ver el acero girar en torno de su cuello, hizo un movimiento instintivo para ampararse de aquel golpe con su mano temblorosa, que cayó al suelo al instante, ensangrentada y convulsiva, sin poder evitar al mismo tiempo una grave herida en la cabeza. Entónces se puso de rodi-

llas, encomendándose á Dios, y el bárbaro matador (1) descargó segunda vez sobre su cuello el instrumento homicida, dejándolo ya por muerto. Al ver los criados del convento tan horribles atentados, empezaron á gritar de una manera espantosa, y los asesinos se marcharon apresuradamente del convento, dejando semivivo al misionero. Los primeros indios que acudieron al lugar medroso del siniestro recogieron al moribundo padre Alonso, y lo llevaron á la casa de un indio principal del mismo pueblo, con intencion de curarle y salvar su vida si era dable. Mas, temerosos despues de que los sublevados, al saberlo, lo acabasen de matar, aparejaron en seguida una embarcacion ligera para llevarlo secretamente al pueblo de Abulug. Ya estaba el herido en su barquilla, cuando los fieros mandayas se apercibieron del caso, y sorprendieron á su víctima, obligándola á volver á la misma casa hospitalaria. Entónces, algo repuesto ya de sus heridas y temores, empezó á predicar á los rebeldes, afeándoles el hecho de haber vuelto las espaldas á su Dios, y maltratando de tal suerte á los que sólo trataban de su bien; pero los bárbaros mandayas, viéndose ya comprometidos por aquel horrendo crímen, léjos de retroceder ante los consejos amorosos de aquel ministro de Dios, lo acabaron de matar, despedazando su cuerpo, como lobos carniceros, y arrojando por los campos sus ensangrentados miembros palpitantes. ¡Tanta fué su ferocidad y su barbarie con aquella víctima inocente! Así acabó

(1) Era Miguel Lanab, el otro caudillo sublevado.

sus dias este celoso misionero, predicando á sus mortales enemigos palabras de amor y de piedad, de misericordia y de perdon. Con atrocidades tan horrendas, los bárbaros mandayas se acabaron de precipitar en el abismo de su desesperacion y su desgracia, envolviendo en su ruina á los dos pueblos que ya quedan mencionados. El incendio y el saqueo se disputaban en cierto modo aquella obra espantable de destruccion y de exterminio. Cuando los altares y los templos fueron no más que cenizas; cuando hubieron profanado los sagrados ornamentos, y no quedaron de su paso más que huellas de sangre y de fiereza, entónces se remontaron á la fragosa cumbre de sus riscos, digna guarida por cierto de aquella manada monstruosa de alimañas.

42. Olvidando, sin embargo, nuestros santos misioneros los agravios sin ejemplo que habian recibido en las personas de sus hermanos queridos, trataron desde luégo de reparar en lo posible tantos daños. Hay males de un momento que necesitan por ventura muchos años para alcanzar su remedio. Los antiguos habitantes de los pueblos, que habian sido arrastrados de mal grado por aquella tempestad asoladora, hubieran vuelto sin dificultad á sus hogares, habida consideracion á sus costumbres, y á los hábitos sociales que la religion cristiana desarrolla en todas partes al calor vivificante de su inspiracion divina; mas la complicidad de tantos crímenes los hacia recelosos, temiendo con razon y fundamento el castigo merecido por parte de la autoridad constituida. A pesar de estos obstáculos, aquellos celosos ministros del Señor con caridad y con paciencia consiguieron postreramente sus deseos. Pocos fueron

por fortuna los que pudieron resistir á la dulce fuerza del amor y de la caridad del misionero; mas estos pocos pertinaces fueron ejemplarmente castigados por la tropa que el gobierno de Manila envió despues á la Formosa, cuya posesion y cuya idea va á aparecer fugazmente en el panorama de esta historia.

43. Esta isla habia sido codiciada de cuantas naciones vecinas la rodean. Los chinos y los japones, los españoles y holandeses; todos anhelaban poseerla, porque en realidad ocupa la situacion marítima y mercantil más importante entre el grande imperio de la China, las numerosas islas de Japon y el archipiélago español de Filipinas. Feroz é inhospitalaria por instinto, estaba entónces poblada de bárbaros y asesinos, que tenian el placer de degollar á todo hombre y á todo navegante desgraciado, que por su destino infausto venía á naufragar, el mísero, en alguna de sus playas malhadadas. Vivian como los salvajes en una montaraz independencia, sin rey que los gobernase, y sin leyes conocidas de sociedad y de familia. Cada padre era el soberano de sí mismo y de sus hijos. Sin Dios y sin religion, se entregaban solamente á vanas supersticiones y observancias, dirigidos al efecto por el canto de los pájaros y otras manifestaciones agoreras. Las producciones naturales de la isla son muy ricas, variadas y abundantes. Muchas maderas preciosas; una flora inagotable; minerales de valor, y hasta la ulla más fina y de la mejor calidad ofrecen al comercio universal grandes venas de riqueza, que pudieran estimular en gran manera su demanda. Su temperatura, en fin, es la más dulce y benigna, y se distinguen allí perfectamente las cuatro

estaciones generales, con sus gradaciones apacibles y variaciones agradables.

Felipe II habia tratado ya de conquistar esta joya preciosa al cristianismo, para no tener tan cerca aquel padron de ignominia y de barbarie. Corrian los años del Señor de 1593, cuando el Gobernador de Filipinas recibia sus instrucciones al efecto. Mas entónces la proyectada expedicion se malogró ántes de salir de esta bahía; pues habiendo sido asaltada aquella flota de un furioso temporal en las mismas aguas de Manila, se desistió de la empresa por entónces, y quedó aplazada, finalmente, para otra oportunidad.

El tirano Dayfusama, despues de haber vencido á Fideyori, tambien tuvo sobre ella sus designios de conquista. El general de la expedicion para esta empresa debia ser el ilustre Tocuan; pero Safioye lo desconceptuó con sus intrigas en el ánimo del Emperador, imputándole la nota de haber sido muy afecto al partido y á la causa de su desgraciado yerno. La eleccion, sin embargo, en este caso no salió de su familia; pues recayó en Juan Chuan, hermano de Tocuan. La expedicion imperial se componia de un ejército bastante numeroso conducido por tres buques de alto bordo, y muchas quillas ligeras de treinta remos por banda, que pudieran ceñir las costas fácilmente. Salió de Nangasaqui el 14 de Mayo de 1616; pero no pudo llegar á la Formosa, por haber sobrevenido una borrasca, que la arrojó hasta los Lequios, en donde se vió precisada á invernar penosamente. Una gran parte de su gente regresó por fin á Nangasaqui, y no obstante por Noviembre de aquel año trataron de proseguir su jornada

belicosa. Entónces los contratiempos fueron áun más considerables, pues la armada japonesa tuvo que refugiarse, finalmente, en las costas de la China, y la nave capitana, con el general en jefe, fué lanzada por los vientos á las playas cochinchinas. Con tantos reveses imprevistos, y con motivo de la muerte del famoso Dayfusama, quedó paralizada la conquista, retrocediendo la escuadra á los puertos del Japon.

Los holandeses, que hacia tiempo tenian fija su mirada en las posesiones españolas de la grande Oceanía, creyeron que la Formosa era el punto más interesante y más propicio para dar principio á sus empresas. Desde allí podian hacer cómodamente sus excursiones marítimas; cortar el paso de los galeones españoles que hacian periódicamente la navegacion importante de Acapulco; apresar las de Fo-Kien, que llevaban sus mercancías valiosas á Manila; é impedir con sus corsarios la entrada de los misioneros en Japon. Era por los años del Señor de 1624, cuando inspirada la Holanda en este antiguo designio, se apoderó de una isla llamada *de los pescadores* comunmente, que se destaca á la vista del afanoso navegante entre las aguas de China y la Formosa. Mas el mandarin supremo de la provincia de Fo-Kien, á quien no agradó su vecindad, apercibió al holandés para que se alejase de sus playas. Sin desistir por eso los corsarios de sus proyectos de conquista, procuraron ganar á aquel magnate con regalos suntuosos, para que les permitiese hacerse fuertes en la isla de Tayquan, como lo consiguieron, finalmente. Desde aquel punto de apoyo, que les servia de base para sus operaciones y designios, hacian expedi-

ciones muy frecuentes, cruzando por estos mares en direcciones distintas, y se apoderaban á placer de cuantos buques mercantes tenian alguna relacion con los españoles de Manila. Desde entónces la posesion holandesa de esta isla se consideró como una amenaza permanente para todas las posesiones oceánicas de la nacion española, y la conquista de Formosa fué ya una necesidad de circunstancias, como punto avanzado y conveniente pora contener al enemigo, y para proteger al comercio y los intereses de estas islas, que los holandeses no dejaban de hostilizar de todos modos.

44. Decidido ya el Gobernador de Filipinas á llevar adelante sin demora su proyecto de conquista, habló con nuestro Prelado Provincial, Fr. Bartolomé Martinez (que mucho ántes la habia reconocido y tomado formalmente posesion de ella en nombre del gobierno español, segun hemos consignado en su lugar), y le consultó el proyecto que bullia en su pensamiento. Este Prelado venerable, que no deseaba ménos que el Gobierno la adquisicion de la Formosa, por ser conforme á sus miras de acercar el Evangelio á la gran China, y llevar desde aquel punto á los imperios del Catay y del Japon el reino de Jesucristo, aprobó su pensamiento y se mostró muy gustoso á cooperar á esta empresa con todo su corazon y sus esfuerzos. Convenidos en el plan y en los medios de llevarlo á feliz término, se hicieron en Manila, con sigilo, los preparativos necesarios para tan levantada y atrevida expedicion. Entre tanto nuestro P. Provincial salió de esta capital para girar la visita prelacial á todos los religiosos empleados en las misiones y administracion espiritual de los indígenas.

Estaba ya en Cagayan con este objeto, cuando recibió un despacho del Gobernador supremo de estas islas, rogándole que volviese cuanto ántes á Manila para los fines convenidos y acordados. No se detuvo por más tiempo el Prelado Provincial en la visita, y regresando á Manila con la rapidez del pensamiento, se halló todo prevenido para tan gloriosa empresa, de acuerdo y con aprobacion del Arzobispo y de la Real Audiencia. El Gobernador supremo habia manifestado sus deseos de que nuestro honorable Provincial asistiese personalmente á la conquista, y en tal concepto convocó el Consejo de provincia el dia 12 de Enero de 1626, para acordar lo conveniente en este asunto. La resolucion que se tomó estaba concebida en estos términos: «Que el muy R. P. Provincial debia ir á la dicha jornada, por ser de la importancia dicha, y su persona necesarísima, así para que se haga, como para que, hecha, tenga el debido efecto que deseamos; y los chinos, que tanto le aman, vayan de aquí de buena gana, para ser allí lenguas y mensajeros del Dios Santo; y los de China seguramente vengan con los españoles, y se entable el trato, que tanto importa para el sustento de esta tierra y la entrada del Evangelio en Japon y China.» Este importante documento, que se conserva todavía en el archivo de nuestro convento de Manila, es una prueba nada equívoca del celo y patriotismo de aquellos venerables religiosos, que no dudaban sacrificarse por los grandes intereses de la religion y de la patria.

Salió, en efecto, el Prelado, con cinco de sus religiosos, en los buques de la expedicion, cuyas fuerzas consistian en tres compañías de infantería solamente,

bajo la conducta del valiente D. Antonio Carreño de Valdés. La escuadra se reducia á doce champanes chinos y dos galeras perfectamente pertrechadas.

El dia 8 de Febrero se hicieron á la vela, y el 15 de Marzo fondearon en la barra del grande Ibanag, en Cagayan, viaje largo y pesado á toda prueba, que pudieran haber hecho en ocho dias. Era preciso esperar en aquel puerto el cambio de la monzon, que áun no se presentaba favorable, y entre tanto se organizó una expedicion militar á las montañas, en donde estaban guarecidos los mandayas sublevados, con el fin de castigar los grandes crímenes que habian perpetrado aquellos monstruos en Fotol y Capinatan. Despues de perseguirlos entre riscos y peñascos hasta sus últimas trincheras, los rindieron con sus armas, y les hicieron expiar, como era justo, sus atrocidades inauditas. Vengadas ya las cenizas sagradas de sus víctimas, y al regreso triunfal de aquella fuerza, fué preciso revelar, el objeto principal de la jornada que la gente ignoraba todavía. Esta extraña circunstancia produjo en la tropa tal efecto, que llamándose á engañada, se preparaba á resistir á mano armada las órdenes superiores del Gobierno. Mal fin hubiera tenido aquella rebelion escandalosa, si nuestro Prelado Provincial no hubiera conseguido apaciguarla con su palabra amorosa y elocuente. Era el dia 4 de Mayo cuando zarpaba la expedicion de aquellas aguas. A los tres dias precisos de una navegacion sin contratiempo, ofrecióse á la vista de la escuadra la grande isla de Formosa. El dia 10 tuvo lugar el desembarco de las tropas en una de sus radas, que llamaron de Santiago. El honorable Provincial, á

quien estaba confiada aquella empresa, no quiso adoptar de pronto ningun plan de operaciones sin ceñir y sondear toda la costa hasta la punta más al norte de la isla, para conocer sus puertos y demas condiciones especiales que pudieran favorecer y asegurar en todo caso su conquista. Descubrieron, en efecto, una ensenada con un puerto muy seguro, que les plugo llamar, en su fe ardiente, de la *Santísima Trinidad*, adonde trasladaron la escuadra finalmente, para estar allí muy más segura y resguardada de los vientos. Estacionada ya la flota, acordaron levantar una fortaleza formidable en una isleta cercana, llamada de San Salvador, que tiene tan solamente unas tres millas de bojeo. Allí alzaron un baluarte sobre un cerro de trescientos piés de alto, que hacia inexpugnable á todas armas aquel fuerte pavoroso. Sobre aquel negro fantasma, que se alzaba aterrador, dominando la mar por todas partes, como un gigante de las aguas, tremolaba con orgullo la bandera de Castilla, temida de las naciones. De esta suerte el gobierno español tomaba la efectiva posesion de la Formosa, sin haber perdido un solo hombre, bajo la direccion y la conducta de un Prelado venerable.

45. Fundada poco despues la primera ciudad española de Formosa, á la que dieron el nombre de la Isleta, levantaron nuestros religiosos á seguida un pequeño y muy piadoso templo al verdadero Dios de las naciones, bajo la poderosa advocacion de todos los santos. Desde entónces principiaron á ejercer su apostolado nuestros santos religiosos en aquella nueva viña del Señor. Cuando el honorable Provincial hubo arreglado los negocios de aquella nueva colonia, y fundado el

primer ministerio de la isla sobre sus bases orgánicas, regresó con el grueso de la expedicion á la capital de Filipinas, en donde fué recibido bajo una ovacion triunfal. Nada nos dice la historia de la resistencia que hubieran podido ofrecer aquellos tímidos isleños á sus conquistadores generosos. Sólo aseguran las crónicas que, espantados al estruendo de la artillería española, abandonaron sus hogares, y se retiraron á los montes, sin osar acercarse en mucho tiempo al alcance del cañon, que hacia estremecer la tierra bajo sus piés temblorosos. El espanto y el terror que les inspiró tan sólo un simple ejercicio de fuego inofensivo les bastó para rendirse á aquella raza de cíclopes, y les ahorró mucha sangre y muchas vidas preciosas. Los cinco religiosos dominicos que nuestro venerable Provincial habia dejado instalados en aquella mision célebre y por tanto tiempo deseada, lograron postreramente, con su caridad y mansedumbre, desimpresionarlos del terror que les causaba en un principio el estruendo fragoroso de las armas españolas. Así fué como pudieron recabar de aquellas razas que bajasen sin temor á la nueva poblacion, y se fuesen iniciando en la doctrina de nuestra religion santa, que ellos ignoraban hasta entónces, en su infidelidad y en su rudeza. Las primicias de la religion de Jesucristo en la Formosa fueron dos hijos de un chino cristiano, casado de mucho tiempo con una isleña pagana, el cual, huyendo tambien de las armas españolas, se habia retirado con los bárbaros á las nebulosas cumbres de los montes. Éste fué el primer morador de aquella isla que entró en relaciones de confianza con los ministros de Dios, é hizo bautizar á sus

dos hijos, con asombro y admiracion de los indígenas. Las ceremonias del bautismo fueron celebradas felizmente con la mayor solemnidad y con todo el aparato religioso que era dable en aquellas circunstancias. El jefe superior hizo el oficio de padrino, y dispuso que durante la celebracion del Santo Sacramento se disparasen algunos cañonazos para festejarlo dignamente y dar mayor importancia á aquel acto religioso. Los isleños observaron admirados aquella pompa sagrada, y desde entónces empezaron á inspirarse en los misterios de una religion tan bella, que los celosos misioneros procuraban glorificar ante sus ojos con el prestigio constante de su palabra y de su ejemplo. Los bautismos administrados á los párvulos desde aquel dia memorable fueron mucho más frecuentes, y los adultos, á su vez, se iban adoctrinando y disponiendo para ser reengendrados á su tiempo con las aguas saludables del Bautismo. Y aquella isla *Formosa* por su naturaleza y por su nombre empezó á serlo tambien por su religion y su destino. Este ministerio fué recibido por la Provincia en el Capítulo intermedio del P. Fr. Bartolomé Martinez, celebrado en 1627, por el cual fué tambien erigido en vicaría, con voz y sufragio en los Capítulos, recayendo estos cargos por entónces en la persona del P. Fr. Francisco Mola, que fué destinado á la mision de la Formosa, con cuatro sacerdotes y un hermano de esta Provincia religiosa.

46. Este Capítulo fué celebrado con una satisfaccion extraordinaria, por la circunstancia especialísima de haber llegado á Manila tan sólo dos dias ántes nuestro honorable Provincial, concluida felizmente la expe-

dicion á la Formosa, que le habia sido confiada con tan sábia cordura y providencia. El Gobernador supremo, que lo era á la sazon D. Juan Niño de Tabora, deseoso de obsequiar al ilustre prelado religioso que acababa de prestar tan importante servicio á su Dios, á su patria y á su rey, lo convidó al dia siguiente de su llegada á Manila, con todos los vocales del Capítulo, para comer en palacio, honrando de esta manera pública y extraordinaria á la Provincia del *Santísimo Rosario*, representada en sus personas. Bajo la grata impresion de estos acontecimientos continuó el definitorio sus tareas y sus prudentes acuerdos, adoptando sabiamente algunas disposiciones, encaminadas á robustecer y conservar la más perfecta armonía entre nuestros religiosos y las autoridades constituidas que por tiempo fuesen en las islas. Tambien se dispuso que ningun religioso, áun siendo prelado y superior, levantase ó construyese edificios de alguna consideracion sin la prévia aprobacion del Consejo provincial, segun el decreto de Sixto V, y que el empezado ya por uno fuese despues obligado el sucesor á continuarlo, sin quedar á su arbitrio el desistir de la obra comenzada para hacer otra á su placer. Las actas de este Capítulo, y demas disposiciones acordadas, todas respiran el celo y el espíritu religioso que presidia felizmente á sus deliberaciones.

47. Entónces se rindió justo homenaje á la memoria inmortal de algunos venerables religiosos, que habian honrado á la Órden y á esta Provincia regular con su santidad y sus talentos. En esta gloriosa pléyade de varones distinguidos ocupa un lugar muy elevado el P. Fr. Miguel de San Jacinto, de quien hacen

ya breve mencion las páginas anteriores de esta *Historia*. Era natural de Cáceres, en Extremadura, é hijo del convento de San Estéban de Salamanca, que le dió, para su dicha el hábito de la Órden. Incorporado despues á esta Provincia religiosa, pasó á las islas Filipinas por los años del Señor de 1594, habiendo sido destinado á Cagayan con los primeros misioneros que trabajaron con gloria en su conquista religiosa. Allí, en medio de aquella noche tenebrosa que envolvia por entónces aquellas razas feroces en las tinieblas de la infidelidad y el paganismo, alzábase esplendorosa aquella estrella de primera magnitud, derramando su claridad por todas partes, y disipando con sus rayos aquellas sombras palpables. Era austero en sus costumbres; observador rigoroso de las leyes y constituciones de la Órden, amante de la pobreza religiosa, y dotado de una prudencia singular, que le mereció los cargos y los más altos destinos de la Órden. La oracion era el secreto de toda su vida religiosa y la atmósfera constante de todos sus pensamientos. Una idea le dominaba sobre todo, y era el temor de morir bajo la terrible pesadumbre de algun cargo prelacial. Su voto y plegaria más constante era pedir á Dios que le librase de semejante desgracia. Y lo consiguió, en efecto; porque, despues de haber sido Vicario Provincial, mal de su grado, Prior del convento de Manila, y Provincial por dos veces, fué relevado por su gusto de toda responsabilidad y todo cargo, y entónces enfermó de gravedad en aquel pueblo de Massi que él mismo habia convertido y regado tantas veces con el sudor amoroso de su apostólica frente. Espiraba en Abulug el

dia 25 de Abril de 1625, miéntras se celebraba, como es visto, en la ciudad de Manila el Capítulo provincial del P. Fr. Bartolomé Martinez. Los indios de Cagayan lloraron por mucho tiempo la memoria preciosa de sus dias; pues era considerado en cierto modo como el patriarca querido de los pueblos de Abulug, de Massi, Patta y Camalanyugan, en donde habia especialmente trabajado por su conversion al cristianismo.

No fué ménos sentida en la Provincia la muerte del P. Fr. Alonso del Castillo, de quien hizo memoria y honrosa mencion dicho Capítulo. Era natural y procedente del reino de Andalucía, y recibiera á su tiempo el hábito de la Órden en el convento de Sanlúcar. Estaba administrando en las islas Babuyanes, y al hacer la pequeña travesía que hay desde allí á Cagayan, se pronunció de repente un huracan horroroso, que volcó la embarcacion y pereció con su gente en tan deshecha tempestad. Era muy devoto de nuestra Señora del Rosario, y dado continuamente á la contemplacion más elevada, que embargaba su corazon y sus potencias, desde la hora de maitines, que rezaba á media noche, hasta radiar en el templo la claridad de la aurora. Ayunaba estrictamente todos los viérnes y sábados del año, y observaba en estos dias una abstinencia tan rígida, que sólo se alimentaba de raíces y de hierbas mal cocidas. Estaba dotado al mismo tiempo de la humildad más profunda, y se podrá formar algun concepto de esta grande cualidad que le adornaba por el caso que se sigue. Estaba en las islas Babuyanes con el P. Fr. Antonio Bañizares, y acosado en cierto dia de escrúpulos é inquietudes, se presentó á su Vica-

rio, y fuera de confesion le descubrió cuanto pasaba en su interior, añadiendo en seguida estas palabras: «Esto se lo digo á V. R. como prelado, para que ponga el remedio necesario, y pueda yo, sin haberlo descubierto, vencer mejor al enemigo.» El Vicario que sabía los escrúpulos piadosos de su conciencia delicada, procuró consolarle en su afliccion, le aconsejó algunos medios para su tranquilidad y su gobierno, y al ver su grande humildad, ambos encomendaron el asunto á la bondad y á la misericordia del Señor. Hicieron fervorosas oraciones al efecto, y se dieron tambien ambos algunas disciplinas en secreto. A los pocos dias dijo el humilde religioso á su Vicario: «Ya, padre, no hay que temer; porque desde el dia en que le descubrí mi pecho me hallo libre de inquietudes, y siento la ayuda de Dios, que está toda de mi parte.»

Tambien habia fallecido en aquel bienio el venerable P. Fr. Ambrosio de la Madre de Dios, natural de Goatemala é hijo del convento de nuestro P. Santo Domingo de la ciudad de Méjico. Inspirado en el amor de Jesucristo, y obedeciendo á la ley de su vocacion y su destino, habíase incorporado á la mision del P. fray Miguel de San Jacinto, y con el mismo tambien fué destinado, en un principio, á la provincia de Cagayan y bravas gentes, que avezadas aún á sus montañas y á sus costumbres primitivas, se avenian con dificultad al suave yugo de la civilizacion y el cristianismo. Fué el primero que sujetó á método y sistema conveniente el arte y vocabulario del idioma llamado comunmente el Ibanag. Tradujo algunos evangelios y varios tratados religiosos de mucha utilidad para las almas. Ex-

plicó en el mismo idioma los misterios principales de nuestra religion santa y los artículos fundamentales de la santa fe católica, la narracion amorosa de la pasion y muerte de nuestro Redentor Jesus, y otros opúsculos místicos, que han sido siempre muy apreciados por la elegancia del estilo y la propiedad de la diccion, no ménos que por su elevada inspiracion y sentido religioso. El olor de santidad que exhalaban sus virtudes formaba en su alrededor una atmósfera divina, que inspiraba respeto y veneracion profunda á todos los que le trataban y conocian á fondo su conciencia. Entre varios prodigios que la historia y las tradiciones le atribuyen, oigamos lo que dice el P. Aduarte en la relacion que sigue:

«En aquel tiempo, en el pueblo de Abulug avisaron al P. Fr. Ambrosio que una mujer, moza infiel, se habia muerto en la sementera del campo; mandóla traer para certificarse de ello, y entre tanto cavaron la sepultura para echarla en ella; trajéronla amortajada ya, y muerta del dia ántes, segun referian; y movido á lástima de ver perdida aquella alma, recogido en su corazon la encomendó á nuestro Señor con particularísimo afecto, y al echarla en el hoyo se rebulló y meneó. Detuviéronse los que la arrojaban, y ella comenzó á hablar y cobrar fuerzas, y el religioso la catequizó y enseñó, y la bautizó y vivió.» (*Aduarte*, lib. II, cap. XXIX.) La sencillez de este relato es la prueba más exacta de su autenticidad incontestable.

Otros misioneros ejemplares y varones eminentes habia perdido por entónces la Provincia, que fueron reemplazados felizmente por una mision de veinte y

cuatro religiosos, que condujo desde Cádiz hasta la ciudad de Méjico el P. Jacinto Calvo, y de allí á Filipinas el P. Fr. Alonso Sanchez, Vicario que fuera poco ántes y superior de San Jacinto. Esta mision numerosa abundaba en el espíritu de esta Provincia de la Órden, y le dió dias de gloria, por las grandes eminencias y notabilidades remarcadas que atesoraba en su seno religioso.

48. Coincidió precisamente este advenimiento deseado con los postreros acentos que exhalaba la Iglesia ya agonizante del Japon, que nos obliga una vez más á fijar en ella la atencion, siquiera sea interrumpiendo el hilo de los sucesos que constituyen el fondo de esta historia. Ya dejamos indicada la situacion angustiosa de nuestros venerables misioneros en aquella cristiandad atribulada y doliente. Los esbirros miserables del imperio creian hacer un gran servicio á los tiranos cuando habian aprisionado algun padre misionero. En tal concepto no perdonaban diligencias ni pesquisas para sorprender por cualquier medio á los ministros de Dios. El que mostraba más ódio y aversion á los cristianos era el que se consideraba de más mérito para gobernar en Nangasaqui, donde la religion de Jesucristo estaba aún muy arraigada en el corazon del pueblo. Es la razon poderosa, porque el cruel Cabachidono fué nombrado primer gobernador de la ciudad. Mas en la conviccion íntima de que no era posible arrancar de la conciencia cristiana su revelacion divina, y reconociendo á la postre su impotencia para extinguir en el imperio la llama sagrada de la fe, renunció finalmente su destino, que Feyzo ambicionaba en su impiedad. Este mal-

vado intrigante, á pesar de su vil apostasía, y de la nota infamante que se habia granjeado ante la Iglesia de Dios, como perseguidor aborrecible de aquella misma religion que habia profesado y jurado profesar en el bautismo, fué desatendido de los suyos en sus ambiciosas pretensiones, por la precisa circunstancia de haber sido cristiano en algun tiempo, y de tener una madre y hermanos muy piadosos, que todavía profesaban felizmente la religion de Jesucristo. Áun hubo de tenerse por dichoso con haberse podido conservar en el segundo puesto de aquel cargo. Deseando, empero, sincerarse de su nota de cristiano, y rehabilitarse en la opinion del gran tirano, haciendo nuevos alardes de su horrenda apostasía, se aventajó á los deseos del emperador impío. Habiendo salido, en efecto, de la córte en compañía del feroz Cabachidono, quiso adelantarse á éste para prepararle ya el camino, y mostrar que su sistema sería conforme á los deseos del tirano Jogunsama. Al llegar á Nangasaqui aquel monstruo de la tierra, hermanando la perfidia infernal de los Julianos con la bárbara crueldad de los Nerones, dió comienzo escandaloso á la persecucion más inaudita de su religiosa madre y de todos sus hermanos, parientes, deudos y amigos. Ante todas cosas les dió cuenta de los cargos que le habian hecho en la córte por su religion y su piedad. Despues procedió á exigirles que apostatasen de su fe; «porque sólo así, decia, podré mantenerme en este puesto.» Su madre tierna y piadosa, que era ya de una edad octogenaria, estaba léjos de abrigar tan abominable idea, y animada de un espíritu varonil, le contestó de esta manera: «No te canses, hijo mio; por-

que yo estoy determinada á no abandonar la fe, y á dar mil vidas que tuviese ántes que cometer cobardemente la maldad que me propones.» En la respuesta de la madre se inspiraron tambien los sentimientos de sus hijos, y se negaron bizarros á las impías indicaciones del apóstata. No se atrevió Feyzo por entónces á manchar su mano impía con la sangre generosa de la que le diera el ser; mas se propuso vencer su constancia por el hambre, para hacerla morir de inanicion entre las sombras del misterio. Desde aquel dia le quitó el alimento cuotidiano que venía sosteniendo á duras penas aquella débil existencia, para que, rendido el cuerpo, se rindiesen igualmente su corazon y su valor. Mas ella toleró resignada todas las privaciones de la vida, y perseveró constante en la fe hasta los últimos momentos. El corazon se estremece y horroriza, la pluma se cae de la mano, y el narrador enmudece ante el crímen monstruoso de parricidio tan nefando. No habia trascurrido mucho tiempo despues de este suceso pavoroso, cuando aquel hombre satánico mandó prender á todo trance al P. Baltasar Torres, de la Compañía de Jesus, que habia sido su ayo y preceptor, su confesor ordinario y todo su amparo en sus ascensos, cuando la abominacion y la impiedad no eran su crímen. Mas olvidado aquel monstruo de tantos beneficios recibidos, lo encerró en un estrecho calabozo, en donde lo tuvo asegurado hasta que llegó Cabachidono, que lo condenó postreramente, con otros ocho compañeros, al suplicio afrentoso de la pira.

El primer acto de impiedad que ejecutó este nuevo perseguidor del cristianismo (que al fin hubo de acep-

tar su cargo infame), fué reducir á cenizas cuantos objetos sagrados y símbolos religiosos pudieron haber sus manos, proponiéndose borrar de la memoria y del corazon de los japones hasta el último recuerdo de la religion de Jesucristo. A seguida, incontinenti, fueron enviados á la córte, por una ley draconiana, dos regidores cristianos y once señores poderosos de la ciudad de Nangasaqui, que habian sido hasta entónces el amparo de los cristianos afligidos. Es inútil advertir que ántes de salir de sus hogares fueron despojados de sus bienes y separados de sus hijos. Todavía necesitaban los tiranos un desengaño más en este punto. El bárbaro y cruel Cabachidono habíase formado todavía la ilusion de que con estas violencias, y con las pruebas terribles á que los iba sometiendo, se rendiria finalmente su constancia, y los demas, amedrentados, imitarian su horrible ejemplo. Pero no sucedió así. Aquellos grandes señores, léjos de ceder cobardemente á la vergüenza y al miedo, y gloriándose de ser el ludibrio de las gentes y el peripsema de este mundo por amor de Jesucristo, se desnudaron humildes de sus vestidos preciosos; se quitaron el pelo y las catanas, distintivo y señal de su nobleza, y obedecieron sumisos el mandamiento judicial del magistrado. Así llegaron á la córte aquellos nuevos atletas del Señor, confiscadas sus haciendas, privados de sus hijos y mujeres, y hasta despojados de sus títulos y blasones nobiliarios. Todavía les esperaban en la ciudad imperial nuevas afrentas que sufrir y nuevos baldones que afrontar.

Atormentada la razon y el pensamiento del mísero magistrado en discurrir nuevas trazas cada dia para lo-

grar postreramente el exterminio completo de los adoradores de la Cruz, publicó un bando ominoso, en que mandaba estricta y rigorosamente que en el radio y jurisdiccion de Nangasaqui todos los cristianos deputados á la guardia de las puertas renegasen de la fe, y que los fieles á su Dios no pudiesen reunirse más de tres en toda la circunscripcion de aquel gobierno. Los que se resistieron como buenos á renegar de Jesucristo fueron reemplazados desde luégo por renegados ó gentiles, á quienes encargó severamente que hicieran apostatar á todo trance á los cristianos más firmes de sus cuarteles y departamentos respectivos. Al ver, empero, el tirano que medidas tan violentas no producian el efecto deseado, mandó que todos los fieles fuesen encerrados en sus casas, á fin de que allí muriesen de consuncion y de miseria, y prohibiendo al mismo tiempo, bajo pena de la vida, que ninguno ejerciese oficio alguno, ni se ocupase jamas en ninguna clase de trabajo que pudiera proporcionarle en su hogar el necesario sustento de la vida. Al fin, el nuevo Daciano, para abreviar en lo posible su obra de destruccion y de exterminio, ordenó que todos los cristianos de la plebe que no podian mantenerse de sus bienes, fuesen echados como bestias á unos montes solitarios y desiertos, situados á unas tres millas de la ciudad de Nangasaqui; prohibiéndoles rigorosamente levantar casas ni chozas en donde pudiesen guarecerse de las inclemencias de los tiempos. Para asegurar el cumplimiento de este bando, enviaba cada dos dias sus alguaciles y ministros para que reconociesen las guaridas de los míseros proscritos, y derribasen sus cabañas para privarlos de este modo de todos los

recursos de la vida. De esta suerte perecieron en los montes muchos hijos de Israel, consumidos por el hambre, el frio, la humedad y otras miserias, imposibles de remediar en muchos casos. Mas, á pesar de tanto rigor y tiranía, no faltaban muchas veces buenos y caritativos corazones, que, compadecidos de las penas é infortunios de aquellas sombras dolientes, procuraban su alivio y su consuelo, despreciando las amenazas del tirano. El P. Fr. Lúcas del Espíritu Santo solia visitarlos con frecuencia; los auxiliaba en lo posible; los confesaba y animaba con su palabra elocuente, hasta que, terminada su carrera en aquella especie de ostracismo horroroso y espantable á toda luz, pasaban á mejor vida, llenos de resignacion y de esperanzas. ¡Cuántas coronas, cuántas palmas estarian preparadas en el cielo para aquel martirio prolongado!

Sólo restaba al tirano, para consumar su obra, el reducir á cenizas las reliquias generosas de aquella espirante cristiandad. La pira fué desde entónces el suplicio ordinario y afrentoso que se aplicaba al cristiano en todas partes, sin distincion de calidad ni de personas. Esta medida cruel se generalizó despues en el imperio, porque estaba en los consèjos y en la voluntad de Jogunsama.

49. Gobernaba en Omura á la sazon, como tutor del Tono heredero de aquel reino, un renegado detestable, que cual inmundo reptil se arrastraba torpemente á las plantas del Monarca, adivinando fácilmente sus más horrorosos pensamientos, y adelantándose tal vez á sus deseos para ganar su privanza y su favor. No era difícil comprender que en semejantes circunstancias, y

cuando todas las autoridades del imperio se habian puesto en movimiento para dar la última batalla al glorioso pendon del cristianismo, el que más fieles inmolase, y más víctimas religiosas ofreciese á los dioses imperiales, sería el héroe más afortunado y distinguido de aquel horroroso drama. Allí estaba á la sazon el venerable padre Fr. Luis Exarch; y temeroso el superior de nuestros celosos misioneros de perder para siempre aquel varon de dolores y deseos, precisamente en un tiempo en que tan necesaria habria de ser su venerable persona, lo llamó cerca de sí para que se refugiase en Nangasaqui, en donde se creia que el peligro no era tan grave por entónces. Obedeció el humilde religioso; mas al considerar aquél la gran necesidad de sacerdotes que los cristianos de aquel reino padecian en situacion tan angustiosa, le permitió volver á aquellos pueblos con gran satisfaccion y gozo grande de aquel celoso ministro del Señor, á quien no arredraban los trabajos ni los mismos tormentos de la muerte, cuando la salud eterna de las almas reclamaba su presencia y se atravesaba al paso la gloria de Dios y de su reino. Hospedóse para mayor seguridad en casa de una leprosa; creyendo que los enemigos de la fe no podrian sospechar su residencia en un lugar tan asqueroso, del que todos se alejaban con horror. Allí pasaba los dias y las noches, confesando á los cristianos y animándolos sin tregua para el dia de los combates. Mas se acercaba, por desgracia, la hora postrimera de sus dias para aquella cristiandad acongojada. Vendido y denunciado por un Júdas, fué á muy poco tiempo preso con dos venerables catequistas, y entregado al fiero apóstata que tenía las riendas del go-

bierno. La señora de la casa donde se hospedaba el venerable, deseaba tener la misma suerte, y se presentó al tirano, confesándose culpada de haber ocultado al venerable misionero y de haber contravenido á los mandatos de su Tono. Por entónces no pudo conseguir esta piadosa mujer que la prendiesen; mas estaba decretado en los consejos de Dios que habia de recibir por esta causa la corona del martirio. El mismo venerable confesor escribió las circunstancias de su prision en una carta muy devota, que, con fecha 6 de Agosto de aquel año, dirigió al P. Fr. Antonio del Rosario, religioso de la Órden, y gobernador á la sazon del obispado de Macao.

El venerable Fr. Luis fué encerrado desde luégo en una cárcel espantosa, cual víctima destinada á los tormentos del fuego, y sin embargo de hallarse allí destituido de todo humano consuelo, los cristianos procuraban eludir la vigilancia de los guardias y lograron introducir en la mazmorra los ornamentos sagrados para celebrar el sacrificio de la misa. De esta suerte convirtió aquel calabozo inmundo en piadoso templo del Señor, que henchia su corazon de consuelos celestiales en medio de tan terribles privaciones. Allí permaneció aquel venerable con sus amados catequistas por espacio de un año harto cumplido. No en vano trascurrió todo este tiempo para Mancio de la Cruz y Pedro de Santa María (1), á quienes el venerable misionero plugo vestir el santo hábito, y al fin les recibió la profesion, por estimarlos muy dignos de esta gracia, habida conside-

(1) Eran los dos catequistas.

racion, como era justo, á sus grandes trabajos y virtudes. El dia 29 de aquel mes los sacaron de la cárcel, para conducirlos finalmente á la barrera espantosa del combate. El mismo dia habia celebrado el venerable Exarch el santo sacrificio de la misa, y dado la profesion á sus venerables catequistas, hallándose más animosos, de esta suerte, para pelear varonilmente las batallas del Señor. La leprosa venerable y otras dos mujeres generosas que lo habian servido anteriormente cuando estaba en libertad, afrontando sin temor las amenazas del tirano, lograron tambien en este dia aquella muerte dichosa que llenaba sus deseos y todas las aspiraciones de su vida. Arrojados á la hoguera aquellos seis mantenedores de la Cruz, triunfaron de sus verdugos, que vieron brotar de sus cenizas el florido laurel de la victoria.

50. El venerable P. Fr. Luis Exarch era natural de la ciudad de Barcelona, y pariente muy cercano de San Luis Beltran, cuyas virtudes sublimes se propusiera imitar desde la infancia. Llamado ya desde niño, como el profeta Samuel, para servir en justicia y santidad á la casa del Señor, ántes de cumplir tres lustros fué recibido en la Órden, é investido con el hábito de nuestro santo Patriarca en el famoso convento de Santa Catalina, que existia en otro tiempo en aquella capital; consumado el sacrificio de la solemne profesion, hizo su carrera y sus estudios en el colegio patriarcal de Orihuela, donde supo darse á los demas en espectáculo en los caminos profundos de la santidad y de la ciencia. Obedeciendo, empero, finalmente al espíritu de Dios y á su destino, se incorporó á la Provincia del *Santísimo Rosario* en 1618. Áun no era sacerdote cuando llegó

felizmente á las islas Filipinas. Destinado desde luégo á la provincia de Bataan, aprendió el tagalog fácilmente, y ejerció allí santamente el ministerio de las almas. Despues aprendió tambien la lengua china, y tuvo á su cargo un tiempo la administracion espiritual de los sangleyes, hasta el año del Señor de 1622. Entónces, probado ya en los combates y en las rudas batallas del Señor, le llamában en voz alta su vocacion y su conciencia á sostener la gran lucha que estaba empeñada en el Japon contra los enemigos del santuario. Él no podia desoir aquella voz interior, que resonaba noche y dia en el fondo de su alma, y obedeciendo, como siempre, á la corriente de Dios, se presentó en el estadio este nuevo paladin de Jesucristo. Despues de pelear á todas armas para defender en el imperio los pabellones de Israel, conoció perfectamente que sus dias eran contados, y que se acercaba finalmente la hora postrimera de su vida. Poco ántes, en efecto, de haber sido aprisionado en las cárceles de Omura, el Señor lo avisó de su fin próximo con una especie de prodigio, que ya no era raro en Japon. Era que un cristiano fervoroso habia descubierto en el corazon de un árbol una cruz trazada allí con la mayor perfeccion. El sencillo leñador, admirado de su hallazgo, y sin comprender aquel misterio, ofreció la hermosa cruz al venerable misionero, el cual sintió, á su simple vista, una emocion extraordinaria, que le presagiaba claramente la proximidad de su martirio. No tardó, efectivamente, en ver cumplidos sus pronósticos; pues á pesar de las muchas precauciones que tomaba para burlar la vigilancia de los perseguidores de la Cruz, fue preso, y encarcelado al

poco tiempo, y fué á recibir allá en el cielo, con sus compañeros, la gloriosa corona de los mártires.

Entre tanto Cabachidono poseido de un espíritu satánico minaba la tierra para sorprender en sus entrañas el vestigio más oculto de la religion, que se habia propuesto finalmente borrar con rios de sangre. No eran, empero, los gentiles los enemigos más temibles de la fe, sino los viles apóstatas que habian desertado de las filas y de la religion de Jesucristo. Éstos eran, por lo regular, los que delataban á los PP. misioneros y espiaban el momento de echarse sobre la presa para conducirla en triunfo á las plantas del tirano. Estos trabajos de zapa, que los traidores á Dios practicaban sin cesar, eran la clave secreta de los grandes movimientos que se dejaban sentir de tiempo en tiempo en la ciudad de Nangasaqui, y que á manera de huracanes se extendian á todas las partes del imperio, sin perdonar las cumbres y fragosidades de los montes, donde se ocultaban los cristianos para morir allí por Jesucristo, víctimas de su dolor y su miseria. Los PP. misioneros ya no podian conservarse en poblado desde entónces, y ni la oscuridad de la noche, ni el disfraz más estudiado, ni los bajeles del mar, ni áun los senos más profundos de la tierra, eran asilo seguro para el ministro del santuario. Los guarda-calles de aquel puerto, que hasta entónces habian mirado con indiferencia la entrada y la salida de las gentes, redoblaron con ojo avizor su vigilancia, y desde la puesta del sol hasta que las puertas se cerraban, reconocian individualmente á todos los transeuntes, para ver si entre ellos podrian descubrir por las facciones algun P. misionero ó cristiano,

especialmente proscrito y perseguido. De esta suerte, aquellos apostólicos varones se veian precisados á refugiarse en las grutas ó cabañas miserables de los pastores y mendigos, colocadas en la espesura de los bosques, sin poder hallar apénas hierbas con que sustentar su triste vida. El que hallaba algunas hojas de rábanos silvestres se tenía ya por muy dichoso. Nuestro venerable P. Fr. Lúcas del Espíritu Santo pasó cuarenta dias sin otra especie de alimento, sepultado y escondido en una selva sombría. Los cristianos de la ciudad de Nangasaqui ya no podian acudir en su socorro como ántes; pues la guerra declarada contra los hijos de Israel era general en el imperio, y haria bastante cada uno con poder librar su propia vida.

51. Irritado el cruel Cabachidono al ver que despues de haber agotado todos los recursos que pudo inspirarle su ódio eterno al nombre santo de Dios, áun existian muchos fieles y adoradores de la Cruz, que parecian nacer debajo de las piedras para insultar su impotencia y desafiar su cólera, más terrible y tempestuosa que todas las tormentas de los mares, concibió la negra idea de abreviar su plan lo más posible, recurriendo nuevamente al hierro exterminador y á las llamas devorantes. Aquí se presenta de nuevo á nuestra vista una galería sangrienta de valerosos paladines, cuyos nombres sólo constan en el libro de la vida. Principiaba el mes de Agosto de 1627 con el bárbaro degüello de un cristiano, que se resistió hasta la muerte á renegar de Jesucristo. El dia 14 del mismo moria otro á mano airada, por haber sido sorprendido en el acto de visitar por caridad á los venerables confesores que se

hallaban detenidos en la cárcel. Diez y ocho de estos atletas forman el tercer cuadro de esta línea, sufriendo poco despues la misma suerte (1). Un grupo separado de estos últimos los representa abrasados por las llamas. Tales eran un sacerdote y dos legos de la órden de nuestro padre San Francisco, tres individuos *terceros* de la misma, é igual número de *terceros* Dominicos, cuyos nombres aparecen en nuestras antiguas crónicas, que los llaman Francisco, Leon y Magdalena. El dia 7 de Setiembre morian tambien en la pira, por la fe de Jesucristo, un P. jesuita japonés y varios otros atletas del país, que forman otro cuadro interesante en esta hermosa exposicion del cristianismo.

El rugido de la tempestad dejábase oir tambien en el reino de Figen y sus comarcas, que se vieron inundadas por la sangre de sus mártires, que se derramaba generosa por doquier. Pero áun fué más cruel la persecucion en el de Arima. El tirano que regía sus destinos, más inhumano, si cabe, que el monstruo feroz de Nangasaqui, tenía el bárbaro placer de atormentar de mil modos á los que permanecian firmes en la barrera espantosa de la lid, ántes de entregar sus víctimas al suplicio postrimero. Su primer ensayo fué llamar á los cristianos de ambos sexos, y despues de tentar inútilmente su constancia con todas las seducciones de la carne pecadora, hubo de recurrir, en su impoten-

---

(1) Segun la *Nómina* de Roma de los beatificados en 1867, *quince* fueron martirizados en 17 de Agosto de 1627; por lo ménos, éstos son los beatificados: el primer martirio en dicho dia fué de dos *terceros* y dos *terceras* de nuestra Órden: beato Francisco Curobioye, beato Cayo Jemon, beata Magdalena Quiota, de sangre real; beata Francisca, viuda, llamada Pinzokere.

cia, al ensangrentado filo de su bárbara cuchilla. Los verdugos y lictores encargados de verter por todas partes la sangre de los cristianos, debian principiar su obra por cortar primeramente tres dedos de cada mano á sus inocentes víctimas, con algun intervalo penoso de preguntas detestables, para prolongar de esta manera aquel horrible tormento. A seguida les marcaban con una barra candente, señalando su rostro con el nombre de su misma profesion, y despues los desnudaban de sus ropas para pasearlos de este modo vergonzoso por los pueblos. Nadie estaba exento de la ley, siquiera fuese la vírgen más honesta y recatada, que prefiriera mil muertes á tan afrentosa prueba. El valor inenarrable de estos confesores de la fe, que fatigaban el brazo de todos los verdugos del imperio, y confundian á los tiranos con su fortaleza invicta, irritaba su furor hasta el extremo de mandar aplicar frecuentemente haces de leña encendida á aquellos cuerpos desnudos, que acababan por triunfar postreramente de aquellos nuevos Nerones, muriendo por Jesucristo en diferentes suplicios y tormentos. Ora se presenta á nuestra vista un anciano octogenario, que es arrojado al abismo de las aguas bajo la grave pesadumbre de una piedra colosal (como sucedió el dia 11 de Febrero); ora siguen á esta víctima otros diez y seis atletas, que sufren con heroismo el mismo género de muerte (como sucedió el dia 21); ora es otro venerable, anciano tambien de dias (tenía setenta y dos años), que despues de haber sufrido toda suerte de tormentos, fué sacado semivivo de las llamas, y murió, finalmente, á los diez dias, glorificando en su lecho el santo nombre de Dios.

Nada diré de aquella madre que fué inmolada en el Congu (del mismo reino de Arima) juntamente con su hijo el 26 de Febrero: la tierna esposa de éste quiso ser tambien de la partida, y sufrió la misma suerte, muriendo con ellos por su Dios en el estadio. Y ¿quién tendrá pincel y colorido conveniente para pintar aquel grupo de diez y seis campeones, que fueron arrojados juntamente, el dia 22 del dicho mes, en un estanque de agua hirviendo (llamado allí, por su excesivo calor, el infierno), que les abria las carnes y las deshacia á pedazos, que flotaban palpitantes por el férvido elemento? Y si por acaso alguno de constitucion más fuerte resistia por mucho tiempo á la descomposicion horrorosa de sus miembros, se los sajaba en el acto la cuchilla del verdugo, para que penetrase el agua hirviente por todas las incisiones. La pluma del narrador se resiste temblorosa á describir tantos horrores. El reino de Omura y sus comarcas rivalizaban tambien con el de Arima en crueldades sangrientas contra la Iglesia de Dios y de sus santos. Debemos al P. Castellet una relacion, firmada de su puño y letra, por la que consta fielmente que en una sola ocasion perecieron, en Agosto de aquel año, treinta y un atletas de la Cruz, de los cuales, diez y siete fueron devorados por las llamas, y los restantes degollados, ménos algunos, que al fin fueron enterrados vivos. La historia nos habla de una jóven que por espacio de un mes fué conducida, en estado de completa desnudez, por las ciudades y los campos, hasta que cansados los sayones de atormentar inútilmente su pudor, la arrojaron desesperados á las llamas.

52. La situacion del misionero en tan apuradas circunstancias era la más crítica y terrible. Desde el glorioso martirio del venerable Fr. Luis ya no quedaban sino tres religiosos de la Órden en aquel imperio dilatado. Estos celosos sacerdotes eran buscados por todas partes con las más exquisitas diligencias. Verdaderas figuras apostólicas, reflejaban en sí mismos todas las tribulaciones y trabajos de aquellos primeros tiempos de la Iglesia, que el Apóstol nos describe en su carta á los romanos. Perseguidos sin tregua y sin interrupcion por todas partes, no tenian hora ni lugar seguro, ni en la mar, ni en los montes, ni en los rios, ni áun en las entrañas de la tierra; pasaban de una á otra parte fugazmente; se hospedaban por algunos momentos en las casas conocidas, y se refugiaban en las chozas de los pobres labradores, viéndose aún precisados con frecuencia á escapar de estos asilos, para esconderse en las cavernas y en las sombrías profundidades de los montes. Viajaban á pié descalzo en todo tiempo; fatigados, mal vestidos y peor alimentados, toleraban con indecible paciencia los rigores de las estaciones y los tiempos, sin dar tregua jamas á los trabajos de su peligroso ministerio. Siendo toda aquella vida un martirio prolongado, fuera mil veces preferible cualquier género de muerte al contínuo padecer de su agitada existencia. Empero la caridad de Jesucristo, que los estrechaba sin cesar, en expresion de San Pablo, les obligaba á tomar las precauciones más prudentes, con el único fin de continuar aquella lucha hasta el postrimer aliento, y no dejar abandonada en este mundo aquella grey perseguida, que les confiaba de lo alto el buen Pas-

tor. Esperaban, sin duda, en sus deseos, que detras de la tormenta estaria escondida la bonanza; mas los consejos de Dios, siempre justos é insondables á la mirada del hombre, confunden frecuentemente sus débiles previsiones. Y sucedió, con efecto, que la situacion cristiana fué empeorando en el Japon, y aquella nueva Sion iba á quedar muy en breve como una viña desolada, sin sacerdotes y sin templo. Las corporaciones religiosas de Manila deseaban conjurar este peligro, enviando nuevos apóstoles á aquella Jerusalen desconsolada. Mas se atravesaban á su paso mil obstáculos, que no era dable vencer humanamente. Las rigorosas precauciones que habian tomado ademas los tiranos del imperio para impedir su entrada en el Japon, eran tan extremadas y terribles, que fuera de todo punto necesaria una especial providencia del Señor para vencerlas y eludirlas. Pudo, no obstante, más la caridad y el imperioso deber del sacerdocio que los más fuertes obstáculos y las reflexiones más fundadas. Fué por los años del Señor de 1628 cuando fletaron un buque para conducir á alguna playa desierta del Japon á veinte y cuatro misioneros de las diferentes corporaciones de Manila. Sólo pudieron hallar marineros y piloto para el caso, á condicion de conducirlos y dejarlos en alguna isla despoblada del imperio, de donde esperaban pasar á Nangasaqui. Más de diez mil pesos se gastaron en esta religiosa expedicion, sin haber producido resultado alguno favorable, por decretos inescrutables del Altísimo. A los dos dias precisos de navegacion infausta, falleció á bordo, por desgracia, uno de los seis religiosos de la Órden que se habian comprometido á

tan arriesgada empresa. Sólo habian trascurrido unos diez dias desde este primer siniestro, cuando, por impericia ó por descuido del piloto, se estrelló el buque en las costas que se extienden á lo largo del norte borrascoso de Luzon. Afortunadamente se salvaron las personas, y los más regresaron á Manila, haciendo el viaje por tierra. Pero nuestros religiosos, que no distaban de Cagayan muchas jornadas, tuvieron por más conveniente trasladarse á esta provincia, y aguardar allí las disposiciones del Prelado. Llegaron, en efecto, á aquellas playas al cabo de poco tiempo, pero tan estropeados por el hambre y por las fatigas de aquel viaje, que á pocos dias no más murieron otros dos en la provincia. Tal fué el desgraciado fin de tan arriesgada empresa, sin que tuviese tampoco otro mejor resultado la expedicion religiosa que para el año siguiente quisieron para sí solos emprender los fervorosos padres Franciscanos.

CAPÍTULO V.

Mision al reino de Camboja, con motivo de un mensaje al Provincial de nuestra Órden.—Edifican nuestros misioneros una pequeña iglesia en su córte, y los misioneros se ven precisados á retirarse sin ningun resultado positivo.—Cabuchidono hace nuevos esfuerzos para aniquilar la religion de Jesucristo.—Prision y martirio del venerable Castellet.—Reseña de su vida.—Progresos de la fe en la Formosa.—Muerte desgraciada del venerable P. Fr. Bartolomé Martinez.—Reseña de su vida.—Muerte dichosa y reseña de la vida del venerable P. Fr. Mateo de Cobisa.—Martirio del venerable P. Fr. Francisco de Santo Domingo en la misma isla.—Idem del venerable P. Fr. Luis Muro.

53. Frustrados, como ya es visto, los deseos de la Provincia, relativos al Japon, hizo por el mismo año

de 1628 los últimos esfuerzos generosos para llevar la esplendorosa luz del Evangelio al desgraciado reino de Camboja. Habia aportado á Manila un rico mercader chino, procedente de sus playas, diciendo por todas partes que la memoria de los PP. Dominicos de Luzon estaba muy viva aún y muy impresa en el corazon de los cambojas, y que si los misioneros de la Órden volviesen por ventura á dicho reino, serian recibidos triunfalmente sobre las palmas de las manos. Al saberse, con efecto, las buenas disposiciones que manifestaba aquel país para convertirse al cristianismo, el Consejo provincial acordó la conveniencia de dirigir un mensaje reservado al soberano de Camboja, para explorar su voluntad y las buenas disposiciones que abrigaba en órden á recibir en sus estados á los PP. misioneros que fuesen enviados á su reino. El mismo chino se encargó de llevar este despacho, que fué recibido en el país con un entusiasmo fervoroso, y contestado á su vez por el ministro en nombre del Soberano. Trascribiré á la letra este importante documento, que se ha conservado íntegro, y que interesa leer por su estilo singular. «El fiscal del rey de Camboja, Nongevlioc, envia y ofrece esta carta al religioso de Luzon. Digo, pues, que los reyes de este mundo deben hacer bien y tener buena correspondencia con los españoles de Luzon, que vienen á sus tratos, y á los cambojas que van á ese reino á lo mismo; y la amistad es muy grande entre nosotros; porque de la misma manera que los labios guardan los dientes pegándose el un labio con el otro, así ha de ser nuestra amistad; de suerte que los españoles, como tan juntos á nosotros como los labios y los dientes, nos

podamos en las ocasiones ayudar, y de mi parte me huelgo mucho de que haya esta amistad y correspondencia; y así, habiendo sabido que el P. de Luzon, como en su carta escribe, quiere venir á este reino humilde y de poca consideracion; luégo partí juntamente con el que la traia, y fuí á verme con el Rey, el cual, despues de haber oido lo que la carta contenia, se holgó en gran manera, y luégo al punto mandó que respondiese, y dijese que gustaba mucho que viniese á su reino, porque él tenía por hermanos á los españoles, y no se debia dudar de lo bien que serian recibidos. Oido esto, fuí por toda la ciudad á buscar sitio acomodado para que viniesen los padres, y me pareció despues aguardar á que viniesen, para que ellos vean el que mejor les parezca para vivir, y se haga entónces la casa á su gusto. Pido se me perdonen las faltas que en escribir ésta hubiese cometido.»

Coincidió la llegada de este despacho á Manila con el pensamiento que tenía el Gobernador supremo de estas islas de mandar á dicho reino algunos constructores navales de este puerto, para fabricar un galeon en los astilleros del país, por estar bien informado de que abundaban las maderas en sus montes. Ocupábase el Consejo provincial en el exámen y discusion de su proyecto, cuando el mismo Gobernador les suplicó que enviasen por esta vez algunos religiosos á Camboja, como capellanes de la gente que habia de construir el galeon en alguna de sus radas, y sólo así prevaleció por fin en el Consejo de provincia la opinion de los que estaban inclinados á mandar otra vez misioneros á aquel reino; pues las malogradas tentativas é inútiles

ensayos de otros tiempos hacian vacilar los pareceres en el seno respetable de la prudente asamblea. Mas, en vista de la indicacion y de la súplica del Gobernador de Filipinas, se designaron desde luégo para el caso cuatro sacerdotes y un hermano de la obediencia de la Órden. El superior de esta mision fué el célebre fray Juan Bautista de Morales, varon de grandes dotes y virtudes, y muy perito ademas en lengua sínica, que podia servirle mucho en el reino de Camboja. Rayaba el dia 21 de Diciembre de 1628, cuando zarpó de estas aguas aquella expedicion aventurada. Las crónicas nos hablan de los muchos peligros y trabajos que padecieron en el viaje; trabajos y peligros, de otra parte, demasiado comunes en un tiempo en que ni la construccion era tan sólida, ni tan conocidos estos mares del navegante europeo. Al fin pudieron saludar aquellas playas, en donde el P. Aduarte y un puñado de españoles acabáran hazañas inmortales; y sin embargo de haber hallado ya difunto al Monarca generoso que los llamára á sus estados, fueron bien recibidos por su hijo, que tambien tenía interes en conservar relaciones amistosas con los españoles de Manila, para la seguridad de su país y de su trono.

54. Al empezar los constructores sus trabajos, nuestros santos misioneros dieron principio tambien á la construccion de una capilla para establecer en ella el culto de nuestra religion santa, y predicar el Evangelio á toda raza de gentes. El dia 25 de Enero de 1629 estaba ya terminado el breve templo, y se celebraba en sus altares el primer sacrificio al Dios del cielo. Desde entónces principiaron tambien en aquel reino su apos-

tolado religioso. Otro desengaño más. Ni la santidad de los ministros, ni la pureza inmaculada de la religion que predicaban, pudieron recabar de aquellas gentes otra cosa que una curiosidad vana y estúpida, sin elevarse jamas á las regiones de la revelacion y sus destinos. Todo esto era indiferente para ellos. Algunos, sin embargo, más solícitos, solian presentarse al misionero para observar de cerca sus acciones. Admiraban, en efecto, la vida ejemplar y las costumbres de aquellos varones justos, pero sin tratar de seguir más adelante en sus investigaciones religiosas, ni mucho ménos de instruirse en la religion que les anunciaban de lo alto, con su voz evangelizadora y elocuente. Cuando los misioneros ya entendian y hablaban con más perfeccion y más pureza el idioma del país, acariciaron la esperanza de conseguir algun fruto con la palabra de Dios, que procuraban sembrar en tierra buena como la semilla celestial del Evangelio. Entónces ocurrieron diferencias entre los constructores y operarios que habian concluido ya la obra del célebre galeon, y habiendo de regresar postreramente á las aguas de Manila, habíanse enconado aquellos ánimos de un modo tan espantoso, que el P. Morales se vió precisado á acompañarlos en su viaje de regreso, para evitar algun desastre ó alguna escena sangrienta. El ascendiente moral y la respetabilidad extraordinaria de aquel varon admirable era el único poder que enfrenaba sus rencores, y merced á este prestigio, pudieron llegar á Manila sin desgracias. Empero la memoria fatal de aquel escándalo habia quedado grabada en el corazon de los cambojas, y neutralizaba en gran manera los esfuerzos apostólicos de

nuestros venerables misioneros, para acreditar una doctrina que no vieron practicada por aquellos perversos constructores, cristianos tan solamente por el armonioso sonido de su nombre. Dos años y medio de constancia no bastaron para que la luz del Evangelio disipase las tinieblas del paganismo y del error; y sin embargo, nuestros misioneros no hubieran desistido de la obra comenzada, si el prelado superior de la provincia no los llamára á Manila. La causa principal de esta disposicion inesperada fué el haberse averiguado, finalmente, que el Rey no permitia se bautizasen los cambojas, y que sólo tenian libertad para abrazar la religion de Jesucristo los chinos y japones que estaban radicados en su reino. Mas éstos, como entregados exclusivamente á los negocios de la tierra, miraban con harta indiferencia una religion divina, que sólo les prometia la bienaventuranza de los cielos. Entónces se comprendió perfectamente la verdadera razon por que tan dignos y celosos misioneros sólo tuvieron el consuelo de administrar el santo sacramento del Bautismo á una hija de un japon, que ya era cristiano desde niño.

55. Mas se aproxima el desenlace de otros acontecimientos importantes, que se imponen por sí mismos á la pluma y al deber del narrador. Dejábamos en el capítulo anterior á la iglesia del Japon hecha el blanco de las iras y del furor de los tiranos, que continuaban su obra de iniquidad y de exterminio con la infernal constancia de los réprobos. La tempestad arreciaba al mismo tiempo en todas las partes del imperio, y en aquella horrenda lucha, que tenía comprometidas altamente á todas las potestades de la tierra y del in-

fierno, hubo de caer sobre la brecha el venerable fray Domingo Castellet, firme sosten y columna de la mision Dominicana. Más de siete años, en efecto, se habia mantenido el grande atleta, afrontando los peligros de la mar y de la tierra, por acudir á todas partes para socorrer á sus ovejas. Mas, al fin, Dios, satisfecho de sus trabajos apostólicos y de sus empresas inmortales, permitió postreramente que los enemigos del santuario lo sorprendiesen al fin en la barrera de aquella lid pavorosa. Los cristianos que en la actualidad le acompañaban sintieron profundamente su prision, en tanto que el venerable se sentia poseido de una alegría inefable, que no le era dable resistir ni dominar. Sepultado desde luégo en las mazmorras profundas de la ciudad de Nangasaqui, se entregó exclusivamente á la contemplacion del sumo bien, y á pensar en aquel Dios á quien habia amado siempre, por quien tanto habia sufrido y trabajado en su desolada viña, y por cuyo santo nombre deseaba morir á todas horas. Formaban su cortejo y compañía en el calabozo inmundo otros muchos cristianos valerosos, que padecian bizarramente por la causa de la fe, y dispuestos, como él, á derramar toda su sangre por la gloria de Dios y de su nombre. Pertenecian á este número dos novicios legos de la Órden, á quienes dió la profesion ántes de salir para el suplicio. Llamábase el uno Fr. Tomas de San Jacinto, y el otro Fr. Antonio de Santo Domingo, y ambos tuvieron la dicha de morir por Jesucristo con su venerado padre y con el mismo género de muerte, para asemejarse en todo á su maestro querido. Siendo universalmente conocida por su fama la persona de este vene-

rable, su prision no debia ser ni fué muy larga; pues tenía sobrados méritos para morir á fuego lento, segun los decretos imperiales, y esto era bien sabido en Nangasaqui. Así fué que sólo estuvo en tan horrible mazmorra desde el 15 de Junio de aquel año (1628) hasta el 8 de Setiembre, dia señalado y memorable de su glorioso martirio, que consumó finalmente, devorado por las llamas, con los dos hermanos legos y un *tercero* de la Órden, que vino á completar tan bello grupo (1).

Faltaba probar aún la constancia del hermano Juan Tomachi, que era tambien otro atleta destinado á los tormentos de la pira. Era bien conocido del tirano el templo divino de su alma, y comprendiendo demasiado que los tormentos del cuerpo no podrian vencer su grande espíritu, arbitraron un recurso capaz de horrorizar hasta las fieras. Tenía el venerable confesor cuatro hijos varones muy queridos, que compartian en cierto modo su corazon y su existencia. Presos y encarcelados tristemente á la vista de su padre, pusieron al venerable confesor en la horrorosa alternativa de verlos morir en su presencia, ó de renegar para siempre de su fe. Sentia, como era natural, el venerable una disjuntiva tan horrible; empero, si Guzman el Bueno pudo inmolar á su hijo en las aras de la patria, este va-

---

(1) Diez y siete fueron los *terceros* de Santo Domingo que padecieron martirio en el dia 8 de Setiembre de 1628, segun la *Nómina* de Roma de los beatificados en 1867, inclusos los beatos Tomachi y Nifachi, con los hijos de ambos. Fuera de éstos, sin poner martirio el dia *diez* ni el *once*, pone en el dia *diez y seis* el martirio del beato Domingo Xobioye, con otros dos terceros.

ron de dolores estaba dispuesto á presenciar el sacrificio de los suyos en las aras sacrosantas de su religion y de su Dios. Por eso es que se negó rotundamente á ser traidor á su fe, prefiriendo soportar el horroroso tormento de ver morir á sus hijos devorados por las llamas, sufriendo él poco despues aquel suplicio tormentoso.

La misma prueba sufrió el venerable Luis Nifachi, *tercero* tambien de nuestra Órden, y consiguió el mismo triunfo de aquellos monstruos nefandos, presenciando la muerte de dos hijos, para ser despues él mismo degollado á su vez en la barrera.

56. Este mes fué muy señalado para la gloriosa historia de la Órden en los reinos del Japon. Ademas de los atletas que dejamos referidos, el dia 10 sufrió el suplicio y los tormentos de la pira el hermano Domingo Chiribioye ó Xobioye; el 11 le siguieron á la hoguera otros ocho campeones, é igual número de mártires tiñeron con su sangre sus laureles en el dia 16. De esta pléyada gloriosa debe considerarse como jefe y caudillo valeroso el venerable P. Castellet; pues muchos merecieron el martirio por haberle hospedado en sus hogares, ó bien por haberle acompañado y asistido en sus tareas apostólicas.

57. Era el venerable P. Fr. Domingo Castellet natural de Esparraguera, en Cataluña. Nació el dia 7 de Octubre de 1592, y tomó el hábito de la Órden por los años del Señor de 1608, en el convento de Santa Catalina de la ciudad de Barcelona. Despues de los primeros años de su carrera literaria, lo mandaron sus prelados al convento de Segovia, donde estaba continuan-

do sus estudios, cuando, inspirado felizmente en más altos pensamientos, se incorporó á la Provincia del *Santísimo Rosario* en 1613. Angel de la caridad, habia crecido con él esta virtud celestial, y era el secreto constante de su vida religiosa. Grabado en su corazon profundamente el precepto de San Pablo, que nos manda llevar en derredor de nuestros miembros la mortificacion de Jesucristo, atormentaba su cuerpo con maceraciones inauditas; se disciplinaba con frecuencia hasta derramar sangre copiosa; ayunaba á pan y agua con frecuencia, y se abstenia en todo tiempo de manjares delicados. Llevaba aún muy poco tiempo en estas islas cuando fué destinado á Cagayan, en donde trabajó sin tregua y sin descanso por acristianar aquellas gentes, hasta el año de 1621, en que la voz de su conciencia lo llamó á las playas del Japon. Disfrazado de mil modos, y trasformado con frecuencia bajo mil trajes distintos, pudo presenciar en Nangasaqui las grandes ejecuciones y los célebres martirios que tuvieron lugar en aquel puerto por los años del Señor de 1622. Desde entónces, sus tareas apostólicas, su actividad, su celo ardiente fueron la gran necesidad de su existencia. Al martirio inesperado del venerable P. Vazquez, quedaba él solo en el imperio, de todos los misioneros de la Órden. Empero la caridad multiplicaba su existencia, y se hallaba en todas partes, tendiendo á los afligidos las alas del corazon. Así vivió y trabajó por mucho tiempo este varon de deseos, hasta que, satisfecho el Señor de sus servicios, y cuando ya tenía á su lado otros compañeros de la Órden que lo sustituyesen en la brecha, fué preso y quemado vivo por la causa de Dios y

de su nombre. Mas, desviando nuestra vista con horror de aquel estadio sangriento, en que iban desapareciendo uno por uno los paladines del santuario, vamos á fijarla en otro punto que nos ofrezca una perspectiva ménos triste.

58. La Formosa empezaba entónces á dibujarse en el horizonte social del cristianismo. Hemos visto ya aparecer la isla de San Salvador en nuestra historia, y la razon especial de su conquista por las armas españolas, bajo los altos auspicios de la religion y de la patria. Ocupado ya aquel punto de la isla, que se hallaba al abrigo del baluarte, los españoles pasaron despues sus tiendas á Tanchui, puerto que ya los chinos frecuentaban con sus cambios, y distante treinta leguas de la provincia de Fo-Kien. Allí fundaron su ciudad, y los naturales se internaron en las selvas, abandonando por miedo sus hogares. Por de pronto se establecieron estos bárbaros en la aldea miserable de Senar, distante pocas leguas de Tanchui; rehusando el trato y comunicacion social de sus dominadores, cuyas armas fragorosas ponian en su corazon el espanto y el terror. En este nuevo establecimiento de Tanchui levantaron los españoles otra fortaleza formidable, que puso tambien espanto á los habitantes del contorno, al horroroso estampido del cañon, que los dispersó por todas partes. Este baluarte pavoroso reconocia por patron á Santo Domingo de Guzman, y lo bautizaron con su nombre. Empero la madre España no ha colocado jamas sus pabellones en medio de la infidelidad y la barbarie, sino á condicion de llevar á todas partes la civilizacion y el cristianismo. Es la razon poderosa, porque los mi-

sioneros de la isla trataron de buscar por los collados á sus ovejas dispersas, como el pastor amoroso de quien nos habla el Evangelio. Al ver aquellos salvajes á los ministros de Dios, que sólo tenian para ellos palabras de amor y de dulzura, depusieron finalmente sus temores, y se trató de erigirles una iglesia bajo la advocacion consoladora de Nuestra Señora del Rosario. Sobre una verde colina, no muy distante de Tanchui, que coronada de flores y de un arbolado hermoso, domina el pequeño pueblo y los campos de Senar, álzase un breve santuario á la Reina de los cielos, á cuyo abrigo se colocan los pabellones de Israel. El gobernador de la ciudad, que era D. Luis de Guzman, hombre celoso y amante de la gloria de Dios y de su templo, se puso de acuerdo entónces con los PP. misioneros para solemnizar con toda pompa la dedicacion de aquella iglesia, y cooperó con sus esfuerzos á organizar para el efecto una solemne procesion, en la que se llevase la imágen de la Vírgen á tomar posesion de su santuario. No podemos resistir al deseo de trascribir aquí literalmente el relato original del P. Aduarte sobre esta solemnidad extraordinaria; pues con la sencillez encantadora de su estilo nos da una idea detallada de esta funcion religiosa.

«Determinaron, dice, allí los tres misioneros, con el capitan Luis de Guzman, que lo era de aquella fuerza, y algunos soldados, de ir al pueblo de Senar á colocar en su iglesia una imágen de la Vírgen del Rosario, de talla, mediana y muy linda, que tenía allí para las procesiones de su cofradía. Era el camino largo, de legua y media, y estaba entónces muy mojado, que habia

llovido el dia ántes, y áun no habia cesado. El hermano Fr. Andres, como se ha dicho, estaba de sus piés impedido, y con todo eso, á devocion de la Vírgen quiso acompañarla, y lo hizo con la soltura que los demas, sin dificultad alguna, lo cual él y los demas atribuyeron á beneficio particular de la misma Vírgen, si no es que digamos á milagro. Iban todos con el lodo á media pierna, atascándose en partes, sin oirse de boca de soldado alguno lo que en semejantes ocasiones suele; ántes puestos del lodo se consolaban, diciendo: «Al fin vamos á fundar la fe»; y su capitan, Luis de Guzman (á quien debe mucho aquella tierra, por su valor y cristiandad, y buen trato con los naturales de ella), iba descalzo animándolos, y diciendo: «Ea, mis infantes, que sin duda hay aquí mucho bueno, pues se comienza con tanto trabajo.» Adelantáronse algunos para avisar á los indios, y con su ayuda enramaron las calles, y armaron un medio castillo de pólvora, para lo cual iban prevenidos, y ordenaron una graciosa danza de espadas. En llegando la imágen al pueblo (que la llevaban en sus andas con el ornato que pudieron), la colocaron en la iglesia. Serenó el cielo y salió el sol, parece que á regocijar la fiesta; y dicha una misa de la Vírgen del Rosario, la sacaron en procesion, disparando los soldados sus arcabuces, y el castillo hizo su salva, y la danza su figura, en señal de la posesion que se daba á la Reina del cielo de aquella tierra, y de que se quitaba la antigua, de tiempo inmemorable, que el diablo tenía en ella, tan á pesar suyo, como se deja entender de su malicia. Los indios dieron muestra de grande contento; convidó á comer el capitan á los principales, cosa que

ellos estimaron mucho, y en señal de regocijo, ordenaron ellos de repente un baile á su modo, que es muy desgraciado á nuestros ojos, no á los suyos, que los trae muy alegres; porque á cada vuelta que dan de dos en dos, beben un trago de un muy mal vino que tienen, y á fuerza de tragos sustentan el baile seis ú ocho horas, y á veces dias enteros sin cesar; sólo que los principales salen á ratos á echar retos contra los de otros pueblos, como lo hicieron entónces, que salieron por sus antigüedades, echando tajos y reveses en el aire, desafiando á todos los pueblos de la isla, diciendo que ninguno era como el suyo, que tenía españoles, padre, iglesia, y ellos no. Quisieron pagar el convite con otro á su usanza de ellos, que más parece de perros que de hombres, porque no gastan en ellos sino cosas podridas, que el mal olor de ellas les sirve de salsa para comerlas. Al fin hicieron en esta fiesta á su modo, lo que en las suyas muy grandes, y acabada, se volvieron los soldados con su capitan y el P. Fr. Jacinto Tanchui. Quedáronse allí el P. Fr. Francisco y el hermano Fr. Andres á hacer escolta á la Vírgen. Cuando el padre decia misa, acudian los indios á verla desde fuera; que podian, porque la iglesia era tal, que se traslucia toda, y más venian á las tardes á oirles cantar la salve, que lo hacian cada dia, con mucho gusto de ellos, y tanto, que rogaban los muchachos algunas veces al hermano que cantase, y él se iba con ellos á la ribera de un rio que está allí cerca, y cantaba allí sus devociones, estando ellos muy suspensos oyéndole.

Parecióle al P. Fr. Francisco, finalmente, que causaria soledad á los españoles la ausencia de su santa imá-

gen, y quiso volvérsela para el dia de la Purificacion, que poco ántes habia sido la fiesta que hemos dicho de su translacion, y así lo hizo, contra el voto de su compañero, que se quedó allí solo. Sintiéronlo mucho los indios, y más por parecerles se irian los religiosos con ella y los dejarian: escribió esto el hermano al capitan, y él, acabada la procesion dentro de su fortaleza, la hizo volver al mismo dia con algun acompañamiento de soldados, en compañía del mismo padre que la habia traido. Recibiéronla los indios con las mismas fiestas que la primera vez, habiéndole armado un altar en el campo, y la llevaron desde allí á su pobre iglesia en hombros, con mucha muestra de regocijo. (*Aduarte*, lib. II, cap. XXXV.) Allí estuvo la sagrada imágen algun tiempo, hasta que, amansados los indígenas, y perfectamente reconciliados con los españoles, cuya bella y sublime religion los cautivára, se trasladaron á un sitio distante media legua de Tanchui, en donde podian ser adoctrinados fácilmente por el mismo religioso que residia en la ciudad. A esta cristiandad naciente se fueron agrupando las aldeas de Camauri y de Taparri, que, á juzgar humanamente por sus disposiciones ostensibles, daban esperanzas muy fundadas de constituir en algun tiempo un pueblo cristiano y fervoroso.

59. Pagaron, no obstante, en esta isla el tributo de la vida con una muerte violenta algunos ilustres religiosos que la Corporacion allí mandára para cristianizar aquellas gentes. El primero fué el venerable padre Fr. Bartolomé Martinez, el grande apóstol de Dios y generoso conquistador de aquellos pueblos, donde asentó los pabellones de la religion y de la patria, sin ha-

ber sacrificado un solo hombre, ni haber permitido derramar una sola gota de su sangre. El designio primitivo de este hombre extraordinario habia sido tomar una punta de la isla que se pudiera conservar con poca gente; y á este fin habia dispuesto en un principio la construccion del baluarte de San Salvador en la isleta de este mismo nombre. Mas la ciudad de Tanchui era el puerto principal, y la llave poderosa del comercio de la China, y creyóse en tal concepto el punto más importante para la ordinaria residencia de la autoridad de la colonia. Ya se habia levantado en este puerto una imponente fortaleza, y nuestros religiosos habian edificado allí su iglesia; mas no bastaba todo esto para su seguridad, habida consideracion á la proximidad del holandés, de quien podia y debia temerse algun ataque. Aquel eminente religioso, que despues de haber terminado felizmente su cargo de Provincial habia vuelto á su conquista, para consolidar postreramente aquella obra de sus manos, habia comprendido aquel peligro, que no podia pasar desapercibido á su mirada de águila. Investido, pues, de atribuciones y de plena autoridad para el efecto, dispuso se reforzase el castillo de Tanchui, que dominaba la ciudad del mismo nombre. Esta medida previsora fué tan acertada y oportuna en aquellas circunstancias, que apénas se habian asestado los cañones y aprestado á la defensa todos los demas elementos militares del castillo, cuando aparecieron de improviso en las aguas de aquel puerto tres navíos de guerra formidables, erizados de cañones de un calibre pavoroso. Era una escuadra holandesa, que se presentaba en el estadio para disputar á nuestras armas

la posesion de la Formosa. Los primeros requerimientos y mensajes de aquella escuadra orgullosa fueron enviados á la plaza con la bala del cañon. Tronó el baluarte de Tanchui, contestando á la demanda; y aceptando con valor aquel reto formidable, abrió cien bocas de fuego para vomitar sobre la escuadra la muerte, la desolacion y el exterminio. Dos volcanes que revientan con erupcion simultánea; dos nubes que se desgajan y se precipitan de lo alto, chocándose con estruendo, y cruzando sus rayos encendidos en una atmósfera de fuego, son una pálida imágen de la tempestad atronadora que remedaba fielmente el empeñado combate. Al fin cesaron los fuegos de la escuadra, y sus cañones temibles dejaron de contestar á los fuegos del baluarte. Era que las naves holandesas no pudieron resistir tan rudo choque, y al disiparse, por fin, la densa nube de humo, que ocultaba en un principio los estragos de la lid, viéronse desparecer en el lejano horizonte las tres quillas averiadas del corsario. Pudieron salvarse á duras penas con la fuga, y fueron á ocultar su confusion y su vergüenza en la isla de Tanquian. Derrotado el enemigo, y asegurada la plaza de Tanchui, el jefe de nuestras fuerzas y el P. Bartolomé trataron de regresar con una pequeña parte de la tropa al puerto de San Salvador. Embarcáronse, en efecto, en un ligero batel á remo y vela, y cuando ya tenian vencida la mayor parte de aquella pequeña travesía, una ola malhadada vino á pasarles por ojo, y echó á pique su barquilla, pereciendo tres personas en aquel trance siniestro. Uno era el venerable P. Fr. Bartolomé Martinez, á quien no pudieron salvar de ningun modo sus compañeros

de viaje, por más que lo procuraron hasta con peligro de su vida. Así se convirtió en luto aquella grande victoria, y cuando la guarnicion de San Salvador se preparaba á recibirlos con una salva triunfal, se trocó aquella ovacion en una fúnebre pompa, acompañada solamente del dolor y de las lágrimas. Todos lamentaron tristemente la pérdida irreparable de aquel gran conquistador, que era el genio tutelar de la colonia naciente. Mas á quienes tocaba más de cerca esta desgracia, eran nuestros misioneros de la isla, que lloraron sin consuelo la memoria inmortal de su prelado. En Manila fué todavía más sentida la muerte de este grande hombre, cuya gran figura histórica pasará á la posteridad, como una gloria inmarcesible de la religion y de la patria.

60. El venerable P. Bartolomé Martinez era natural de Rasillo, pequeña poblacion de la Rioja, é hijo ilustre del convento de San Estéban de Salamanca. Distinguido allí por sus talentos, fué trasladado al colegio de Alcalá, y cuando se trató de confiarle una cátedra en la Órden, se incorporó á la Provincia del *Santísimo Rosario*, con el fin de consagrarse enteramente á la conversion de los infieles. Llegó á Manila en 1611, y en el Capítulo provincial que se celebró al año siguiente fué destinado á Macao, para fundar en el imperio de la China una mision dominicana, que no llegó á tener efecto por la oposicion que halló en las autoridades de este puerto, segun se ha indicado en su lugar. Asignado despues á la vicaría y convento de Binondo, se consagró especialmente al estudio prolijo y enredoso de la lengua sínica, que llegó á poseer perfectamente,

Por eso fué que instituido vicario de Parian trabajó con feliz éxito en la conversion de los sangleyes, reedificando su iglesia y adelantando su cristiandad de una manera asombrosa. Elevándose por grados aquel genio extraordinario en la conciencia del público, que rendia un justo homenaje á sus dotes eminentes, el gobierno de Manila lo nombró su embajador cerca de los vireyes de Canton y de Fo-Kien. Aceptó efectivamente esta mision diplomática; pero fué con la idea generosa de fundar una mision en el imperio, é irradiar sus negras sombras con la esplendorosa luz del Evangelio. Elevado á la prelacía provincial en el Capítulo de 1625, se resistia, por su humildad, á tan levantada dignidad, que al fin hubo de aceptar á pesar suyo. Su pensamiento dominante, la idea luminosa de su vida, que brillaba á todas horas en su conciencia inspirada, era llevar el estandarte de la Cruz al gran Catay, y lo consiguió hasta cierto punto, conquistando á la Formosa, como es visto, que era la escala directa para introducirse en el imperio.

Su vida mortificada y penitente era tan extraordinaria, que sólo pudiera compararse á la de los cenobitas y ermitaños de las lauras del Oriente. Azotaba sin piedad todo su cuerpo hasta derramar sangre copiosa, y llevaba ceñida á su carne interiormente una cadena de hierro de un grosor y pesadumbre formidable. El ayuno era una ley de su existencia, y á veces no comia nada en cuatro dias. Sus vigilias eran extraordinarias y contínuas: afirmaba un hermano de la Órden no haberle visto dormir, ni de dia ni de noche, por espacio de cuatro años que lo acompañó en sus viajes. Esto

prueba, por lo ménos, los breves instantes que dejaba al necesario descanso de la vida. En sus enfermedades y trabajos, jamas se le oyó quejarse, siquiera fuese tan sólo para dar algun desahogo á sus dolencias. ¡Tan elevado era el temple de su alma, que conservó inalterable en las más terribles situaciones de la vida! La caridad evangélica era el secreto profundo de toda su santidad. El menesteroso y el mendigo formaban en cierto modo una mitad de su existencia, y le parecia tenian derecho á la participacion de su comida y de su lecho. Su pobreza era de todos, como su corazon y su alma grande. La dulzura y el poder de su palabra ejercian en torno suyo un prestigio fascinador é irresistible. Bastará recordar, como un ejemplo, la circunstancia de haber sofocado con su acento la rebelion militar de Cagayan, al saberse que el objeto ulterior y principal de aquella arriesgada expedicion era la conquista definitiva de Formosa. Hase dicho en su lugar que se habia ocultado en un principio á esta fuerza expedicionaria el verdadero designio del Gobierno, y todos se persuadian á sí mismos que su mision era no más que castigar severamente á los mandayas por sus atrocidades inauditas. Sólo el Prelado honorable pudo calmar la tempestad que estalló inmediatamente entre los expedicionarios al saber el escondido pensamiento del Gobierno; y sin embargo de saber al mismo tiempo que el venerable Provincial era el iniciador de aquella idea, escucharon reverentes su palabra arrobadora, porque sabian demasiado que Dios estaba de su parte en todas las empresas de su vida. A él debió, efectivamente, el Monarca de Castilla aquella hermosa porcion de

sus conquistas, que al fin por negligencia y abandono hubo de perderla, finalmente, en la cuna de su prosperidad y desarrollo. Al mismo es tambien deudora la provincia de Fo-Kien de la salvacion de tantas almas, que ha enviado constantemente á las moradas del cielo por el dilatado espacio de mucho más de dos siglos; pues la posesion de la Formosa abrió las puertas del imperio á nuestros celosos misioneros, que no han cesado de trabajar hasta el presente en aquella viña inmensa del gran Padre de familias. El Capítulo provincial celebrado en 1631 hizo honrosa memoria y justo elogio de este varon incomparable, en los términos concisos de costumbre. «En la isla Formosa (dice el acta) falleció el P. Fr. Bartolomé Martinez, Provincial que fué de esta provincia, varon insigne en la austeridad de vida, preclaro en la penitencia, ayunos y vigilias, y muy solícito por la conversion del grande imperio de la China.»

61. En el mismo Capítulo y sus actas se hizo mencion igualmente del fallecimiento muy sentido de otro insigne misionero, que fué el segundo religioso que la Provincia del *Santísimo Rosario* perdió despues en la Formosa. Era el venerable P. Fr. Mateo de Cobiza, de cuya vida admirable habla muy difusamente el ilustrísimo Sr. D. Fr. Diego Aduarte. Era natural de Extremadura, é hijo del convento de Talavera de la Reina. Los hechos extraordinarios de su vida se supieron por una relacion que hizo el mismo venerable en los postrimeros dias de su precaria existencia, impelido á este deber por un mandato superior de su Prelado, que juzgó en su alto criterio no debian darse al olvido las

mercedes celestiales, que no dudaba ninguno le habia dispensado el Señor á manos llenas. Obedeciendo el enfermo humildemente al superior mandamiento, dividió los dias de su vida en tres épocas notables, á saber: desde los primeros albores de su razon infantil, hasta que tomó felizmente el hábito de la Órden; despues principia con la segunda etapa de sus años, y primera de su vida religiosa, hasta el año 1620; y finalmente, describe todo el resto de sus dias, hasta su postrera enfermedad. Respecto al primer período de su vida, confesó sinceramente que habia sido poco morigerado en sus costumbres. Tambien aseguró que en la otra serie, que es la segunda de sus años, no habia sido observante escrupuloso de las prácticas y leyes especiales de la Órden. Mas, pasando á la tercera, manifestó sencillamente que sólo desde este punto de vista debia comenzar rigorosamente la relacion de su vida, por haber sido en realidad muy diferente de los dos primeros tiempos que señalaron sus dias. El secreto profundo de este cambio se encerraba en una grave y peligrosa enfermedad, que le mandó el Señor para el efecto. Se figuraba el paciente que habia llegado por fin al término fatal de su carrera, y se consideraba como próximo á comparecer medroso ante el tribunal de Dios, para dar cuenta de sus años y de todos los instantes de su vida. Al revelarse á su alma tan terrible pensamiento, se acordó inmediatamente de las lágrimas del santo rey Ecequías, cuando hallándose en tal caso se le notificó por Isaías la proximidad aterradora de la muerte; y él entónces, animado de una santa confianza en el Señor, pidió plazo á su piedad para mejorar su vida y

hacer condigna penitencia de su pasado culpable. Y tomando como dichas para sí aquellas palabras temerosas del rey santo: «Dije en medio de mis dias: iré á las puertas del infierno», se le representó en confuso un tribunal pavoroso, en donde estaba sentado Jesucristo con toda la majestad de juez supremo, y á su lado se veia á su Santísima Madre, acompañada fielmente de todo el apostolado. Debajo de aquel trono formidable veia pasar muchas bestias, y luégo un enfermo moribundo, llevado en andas á la barra de aquel tribunal divino. Acusado allí severamente de mil cargos, sin poder contestar á solo uno, fué absuelto al fin de sus culpas, por la intercesion piadosa de la que es Madre de Dios y de los hombres. Esta vision espantable, ora fuese real y verdadera por un consejo de Dios, ora imaginaria solamente como efecto de la turbacion que le causaba la memoria de la muerte, obró en su alma religiosa una revolucion extraordinaria, y desde luégo se propuso hacer una confesion general de sus pecados, y consagrar el resto de sus dias á todas las austeridades de una penitencia sin ejemplo. Inspirado, sin embargo, en su profunda humildad, debió callar y calló muchísimas circunstancias y detalles que pudieran enaltecerle y ensalzarle, contentándose tan sólo con referir aquellas gracias que contrastaban más con sus defectos, para su mayor confusion y sentimiento. Empero los religiosos, que lo trataban de cerca y conocian su vida íntima, añadieron otras cosas bajo la fe del juramento, que nos dan una idea más completa de su vida santa y ejemplar.

El P. Fr. Ángel de San Antonio, vicario que fué

de la casa-residencia titulada de Todos los Santos, en el puerto de San Salvador de la Formosa, refiere *in verbis* lo siguiente: «Desde que llegó el P. Fr. Mateo de Cobiza á esta isla Formosa, que fué á 3 de Setiembre, domingo que era primero de aquel mes en el año de 1628, le he tratado y comunicado, y he sido su confesor, y como tal me descubrió muchas cosas que Dios obraba en él; y para que se supiese á gloria del mismo Señor, le pedí licencia para poderlas publicar en caso que muriese de esta enfermedad de que murió; y habiéndomela dado con efecto, digo que con profunda humildad y rendimiento comunicaba conmigo todos sus sueños, ó por mejor decir, sus profecías, sujetándolas á mis censuras..... El incendio que hubo en este pueblo, de una casa que estaba enfrente de nuestra iglesia, lo vió y dijo ántes que sucediese; lo mismo fué de un hurto grave que en esta isla se hizo, sacando muchas cosas de importancia de los almacenes reales. De una pesada diferencia que hubo entre el sargento mayor, Bartolomé Carreño de Valdés, y otra persona de cuenta, tuvo el santo varon aviso ántes que sucediese, y lo dijo. La venida del enemigo holandés sobre Tanchui (que es otro puerto de la isla Hermosa, una jornada del nuestro), aunque no vió al principio que venian claramente sobre él, pues sólo vió tres navíos holandeses que iban sobre una iglesia y fundacion nueva; pero el suceso lo declaró bastantemente. Una caida espiritual de una persona que lo era mucho, la vió ántes de suceder; y la muerte del P. Fr. Bartolomé Martinez, y la pérdida de la embarcacion en que yo salí de Tanchui para acá.

»Cada dia decia misa y oia otra. Fuera del rezo de la comunidad tenía él otro; de suerte que rezaba cada dia dos rezos enteros, uno de obligacion y otro de devocion; y en éste, aunque era de particulares santos, en lugar de los salmos de los comunes, rezaba los de la feria corriente..... Fuera de esto, rezaba todos los dias el oficio de difuntos entero, el oficio menor de la Vírgen, su *canticum graduum*, y todo su rosario entero, contemplando sus quince misterios, sin faltar por esto á ninguna de sus obligaciones de comunidad, de coro y de oracion. Guardaba los ayunos que manda nuestra sagrada constitucion al pié de la letra, añadiendo otros muchos ademas. Cuatro cuaresmas y advientos ayunó en España á pan y agua; en esta provincia, por irles los prelados á la mano, comia en estos tiempos algunos dias, pero pocos, y esos sólo hierbas. Jamas probaba la carne; su cama era una dura tabla, y su almohada más mullida un pedazo de madera, y se acostaba vestido y calzado, como andaba de dia. Sus disciplinas eran muchas, de sangre y secas, y yo vi parte de todo esto el poco tiempo que vivió en esta isla. Era hombre muy espiritual y muy humilde.»

El hermano de la Órden, Fr. Andres Jimenez, que habia tratado por más tiempo á este venerable religioso, por haber venido con él desde Cádiz á Manila y haber estado en su compañía casi siempre, confirma la anterior declaracion, y ademas añade algunas cosas que tal vez ignoraba el P. Ángel. «Cuando venía de camino para esta tierra, dice, anduvo desde Búrgos á Talavera, y de allí á Sevilla, á pié..... Por la mar dormia siempre vestido, como en tierra..... En Méjico ayunó

un adviento que allí estuvo, y otros muchos dias, á pan y agua, y desde allí vino á pié al puerto de Acapulco, que son ochenta leguas y de muy mal camino. En esta isla Formosa llevó adelante el rigor de la disciplina de sangre, como lo publican los oratorios de las casas-residencias. En los ayunos amansó algo de lo pasado, por mandarlo así los prelados; pero, con todo eso, comia poco, y eso lo peor y más mal guisado, que á veces le valiera más comer sólo pan y agua en más cantidad..... Estaba muy contento en esta santa provincia, y decia que con tres cosas lo estarian todos mucho en ella: *oracion*, que lo sea de véras; *mortificacion* y *rendimiento de la propia voluntad;* lo cual, cuánta verdad sea lo ha demostrado bien la experiencia en los que por su antojo la dejan y se van, que es lo ordinario, por faltar ellos primero á alguna de estas tres cosas.»

Lo dicho es ya muy suficiente para formar alguna idea de la santidad extraordinaria de este venerable misionero, que, sin embargo de no ser conocido en este mundo, por vivir escondido en Jesucristo, como el apóstol de las gentes, mereció en su muerte venturosa una veneracion grande y profunda, tanto de los españoles del presidio que guarnecian aquel puerto, como de los isleños y aborígenas, atraidos dulcemente á su sepulcro por un encanto inexplicable. En el Capítulo provincial que se celebró en Manila un año despues de su fallecimiento, se hizo de este venerable la necrología siguiente: «Tambien murió el P. Fr. Mateo de Cobiza, sacerdote y padre antiguo, el cual mereció la fama de una grande santidad, no sólo entre sus hermanos, sino tambien entre los seculares; pues habien-

do sido cimentado en la humildad, triunfó del enemigo por medio de una vida austera, en largas y contínuas vigilias, con disciplinas de sangre y frecuentes ayunos á pan y agua; por lo cual mereció ser adornado con espíritu profético, demostrándole el Señor en sueños, y más de una vez la Vírgen Santísima, lo que convenia, no sólo para la salud ajena, sino tambien para la propia. Finalmente durmió en el Señor con una plácida y suave muerte, que de antemano se la manifestó oportunamente.»

62. Habian trascurrido tres años escasamente despues de la muerte natural del venerable P. Fr. Mateo de Cobiza, cuando ocurrió en la Formosa el martirio del venerable P. Fr. Francisco de Santo Domingo, primera víctima inmolada por la ferocidad y la barbarie de sus habitantes sanguinarios. Hase dicho anteriormente que los isleños de Senar se habian agrupado, al fin, al amparo tutelar de Nuestra Señora del Rosario, y se presentaban, en efecto, á cada paso para oir atentamente la palabra del Señor, que les hablaba muy alto por la amorosa voz del misionero. Empero, deseando éste dilatar el horizonte cristiano de aquella mision naciente, y extender más todavía la esfera de su apostolado fervoroso, ensayó tambien la conversion de los habitantes de Pantao, pueblo enemistado desde antiguo con los moradores de Senar. Los pantaos se mostraron desde luégo muy dispuestos á recibir la religion de Jesucristo, que tan bella y tan divina se presentaba á sus ojos por la inspirada voz del sacerdote. Empero la hostilidad y animadversion de estos dos pueblos se interponia, como una sombra, á sus celestiales resplando-

res, y debia causar postreramente la muerte inesperada y sorprendente de aquel ministro de Dios. Y sucedió, con efecto, que despues de manifestar su pensamiento á los habitantes de Senar, éstos celebraron altamente su deseo de extender hasta Pantao el reino de Dios y su justicia. Mas, ántes de dar principio á aquella empresa, sintieron los de Senar renacer en sus entrañas el ódio eterno é implacable que los separaba de Pantao por un abismo de sangre, y resolvieron dar la muerte al venerable misionero, para privar de su presencia y de la luz del Evangelio á sus mortales enemigos. Y fué que en un exceso de embriaguez, y tomados del vino aquellos bárbaros, esperaron la salida de aquel varon venerable para la aldea enemiga, y atravesaron su cuerpo de saetas desde los vecinos bosques. A la primera de las flechas que partió silbando entre las ramas, y fué á herirle en el costado, comprendió perfectamente que era llegada su hora, y se puso de rodillas para ofrecer á Dios en aquel trance el sacrificio de su vida. Lo que más hubo de sorprender al venerable fué la vista de un malvado que él acababa de librar de un calabozo, donde el jefe de Tanchui lo habia encerrado poco ántes en castigo de sus crímenes. En pago de la libertad que habia obtenido por intercesion del misionero, ahora se presenta acaudillando una turba de asesinos para cebarse en la sangre de su amigo y protector. El venerable á su vista no pudo ménos de dirigirle la palabra, y decirle en voz sentida: «¿Es posible, Pila? (éste era su nombre). ¿No he venido á enseñaros la ley santa del Señor? ¿Por esto me matais?» Mas aquellos monstruos detestables, arrastrados por el cebo de su

sangre y de su vida, le cubrieron de saetas hasta que espiró rogando por aquellos homicidas.

Muerto el venerable sacerdote, se arrojaron los verdugos sobre su yerto cadáver, y le cortaron el brazo derecho y la cabeza por la mitad de la boca, dejándole la lengua y la mandíbula inferior tan solamente. Con estos despojos venerandos de su ferocidad aterradora se marcharon muy ufanos á los montes inmediatos, para celebrar danzas satánicas á usanza de sus mayores. Hubo rumores siniestros de que en medio de su fiesta y de su funcion sacrílega tembló la tierra en derredor de aquel horrible espectáculo, y se vió llorar copiosamente la cabeza venerable de aquel mártir. Publicó tambien la fama que los bárbaros Senarios fueron hondamente poseidos de un terror inexplicable; mas no por esto dieron muestras de arrepentimiento y de dolor. Los españoles de Tanchui, sabida la noticia del siniestro, fueron inmediatamente á recoger los restos ensangrentados del venerable Cobiza, que hallaron, con gran sorpresa, sin la menor señal de corrupcion, como si acabáran de inmolarle aquellos fieros trogloditas. Este prodigio continuó por todo el tiempo qne estuvo el cadáver insepulto; pues fué preciso complacer á los cristianos devotos, que no quisieron separarse por tres dias de aquellos restos queridos. Mas la incorruptibilidad de aquel cuerpo venerable debia descender tambien á la morada de los muertos. Año y medio transcurriera desde este acontecimiento, cuando, al abrir el sepulcro para trasladar á mejor sitio aquellos santos despojos de la muerte, notaron los circunstantes un aroma extraordinario, que perfumó toda la atmós-

tolado, castigaba su cuerpo con ayunos, disciplinas y cilicios, y otras maceraciones cuotidianas, para no hacerse réprobo á sí mismo, en tanto que procuraba la salvacion de los demas. Al fin estaba escrito allá en el cielo que su celo amoroso é infatigable debia abreviar en este mundo la carrera de sus dias, y murió rubricando con su sangre la verdad y la doctrina de la religion que predicaba.

63. Han trascurrido tres años desde estos acontecimientos, y vemos aparecer entre los bárbaros al venerable P. Fr. Luis Muro, predestinado tambien como una víctima al ensangrentado altar del sacrificio. Remontados, con efecto, las salvajes de Senar, habíanse dispersado y escondido en la espesura de las selvas, temerosos del castigo formidable que su horrible atentado merecia. El negro fantasma de su culpa les perseguia por todas partes como una vision aterradora, y el ruido más ligero de los bosques helaba en su corazon toda su sangre, creyendo oir á cada paso el estampido horroroso del cañon. El castillo de Tanchui era el eterno pensamiento, la pesadilla constante de sus almas, y temian ver hundirse la tierra á cada instante bajo la terrible explosion de aquel baluarte. Empero, los buenos padres, que sólo deseaban ganarlos para Dios, olvidando la injuria recibida en la persona de un hermano, procuraban reducirlos y amansarlos, y hacerlos deponer todo temor. Para conseguir sus altos fines, alcanzaron del gobernador de la ciudad un indulto general en favor de los que abandonasen finalmente sus riscos inaccesibles y volviesen otra vez á sus hogares. Este porte generoso de los ministros de Dios, y la ca-

ridad con que los trataba el P. Muro, los tranquilizó completamente respecto al temor que los alejaba en un principio, y volvieron á la postre muchas familias salvajes á su pueblo respectivo.

Ocupábase el venerable misionero en esta empresa de abnegacion y caridad, cuando se empezó á sentir en la Formosa una carestía de arroz extraordinaria, que obligó al Gobernador de la ciudad de San Salvador á mandar alguna gente por los pueblos que ya reconocian la autoridad de su gobierno, para recoger el grano que pudiesen, pagando fielmente su valor. Pareció muy oportuna esta ocasion al venerable misionero para llevar á feliz término su ya comenzada empresa, y acabar de reducir á los salvajes que áun se hallaban remontados y dispersos. Guiado por esta idea, quiso acompañar á los soldados con el pretexto de contener á los que tratasen de vejar á los inermes. Se hizo, en efecto, el acopio necesario del arroz, coincidiendo al mismo tiempo una órden de aquel jefe, que disponia se retirasen con lo que hubiesen recogido, por haber cesado ya la necesidad apremiadora de aquel grano, que habian traido en abundancia unos champanes de Fo-kien. En obedecimiento de esta órden los colectores regresaron con el arroz almacenado que pudieron conducir, quedándose cuatro solamente con el venerable misionero para custodiar el que restaba. Entre tanto los salvajes, que áun esquivaban el trato y la amistad generosa de todos los españoles, determinaron asesinar á todo trance á los pocos soldados que quedaron al lado del venerable misionero. La conspiracion, empero, no fué tan disimulada y tan secreta, que no llegase á noticia del go-

bernador de la ciudad. Sabedor, en efecto, del peligro que corrian el misionero y los soldados, despachó veinte soldados y cuarenta gastadores para la seguridad de sus personas, llegando felizmente este socorro cuando áun los enemigos no habian principiado á hostilizarles. Regresaban ya para el castillo, satisfechos de haber conjurado aquel peligro, cuando, al pasar agrupados por la falda de una loma, en donde estaban escondidos trescientos flecheros sanguinarios, recibieron de improviso una lluvia sorprendente de aquellas armas mortíferas, de la que resultaron muertos instantáneamente veinte y cuatro hombres de la escolta, dos mujeres y unos mozos de servicio; y finalmente, el venerable misionero, que al verse herido mortalmente, se arrodilló sobre el polvo, como otro San Estéban al morir, para rogar al Señor por sus mismos enemigos. La plegaria del perdon fué la que selló postreramente aquellos labios purísimos. Entre tanto los soldados que se libraron de la muerte llevaban desordenados la noticia del desastre al gobernador de la ciudad. Dueños los bárbaros del campo por aquella emboscada tenebrosa, cebaron su ferocidad en los difuntos, sin perdonar, en su coraje, al venerable misionero, á cuyo cadáver palpitante cortaron la cabeza con su alfanje, y los piés y las manos juntamente. Así pagaron los monstruos aquella caridad y aquel amor, que los habia librado tantas veces de las iras castellanas.

No se descubre, si se quiere, en este hecho de los bárbaros un ódio manifiesto y decidido á la causa de la religion y de la fe; mas está fuera de duda que el venerable misionero perdió la vida por su Dios; pues el

ardiente deseo de hacer adorar su santo nombre de aquellas razas salvajes fué el verdadero motivo de haber arriesgado su existencia, acompañando á los soldados con aquel santo designio. La verdad es, que plugo al Señor en este caso dar al mundo testimonio de la santidad y de la gloria de su siervo, conservando sin putrefaccion por muchos dias aquel cuerpo venerable, en tanto que los cadáveres de sus compañeros de infortunio experimentaron á su tiempo los efectos naturales de la corrupcion y de sus leyes. Con efecto, á los diez dias contados de tan terrible catástrofe, fueron los españoles de Tanchui á recoger los cadáveres, y hallaron áun incorrupto el del venerable misionero, que condujeron en triunfo á la ciudad, honrando su alta memoria al estampido del cañon. La memoria necrológica que los padres del Capítulo provincial celebrado en 1637 nos dejaron felizmente de este varon venerable, nos da en cierto modo la medida de su santidad y sus virtudes. Dice así: «En la isla Formosa padeció en manos de los impíos idólatras el venerable P. fray Luis Muro de San Miguel, verdaderamente pío entre los religiosos, y misericordioso entre los pobres. Era tan amante de la regular observancia, que desde los primeros años de su juventud mostró la santidad á que habia de llegar en algun tiempo; pues ya entónces brillaba en él la hermosura de las más sanas costumbres. Habiendo sujetado el cuerpo al espíritu desde jóven, se consagró al fin con ardiente y caritativo celo á la salud de los indios é infieles, sin olvidarse por esto de la propia. Llevaba una cadena de hierro á la raíz de las carnes, y celebró alianza con sus ojos para no ver ni pen-

sar en las mujeres. De aquí le provenia aquella gran pureza de alma y cuerpo, de la cual el sacerdote que lo confesó generalmente no dudó atestiguar que ni por pensamiento habia faltado jamas gravemente contra la virtud de la virginidad. No fué ménos perfecto y delicado en las demas virtudes evangélicas; pero siempre procurando, con humildad profunda, encubrir las buenas obras que hacia. Ocupado, finalmente, como padre tan piadoso, en la salud de las almas, y todo por amor de Jesucristo, sin perdonar fatigas ni trabajos por el bien espiritual de los indios, fué traspasado cruelmente por una multitud de flechas en medio del camino. Así acabó sus dias, laureado con la palma del martirio. Su cuerpo despues de algunos dias fué hallado sin mal olor y muy tratable, como cuando estaba vivo; cuya circunstancia extraordinaria provocaba á los demas á venerarlo.»

CAPÍTULO VI.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Francisco de Herrera en 1629.—Valle de Ituy, y visita de nuestros misioneros á sus naturales.—Los PP. Franciscanos tratan de fundar en él una mision, y hacen valer sus derechos al efecto.—Su dejacion y sus causas.—Empeño de los isinayes para tener religiosos de la Orden en sus pueblos, y al fin dan éstos principio á su reduccion.—Muere el P. Fr. Tomas Gutierrez, uno de ellos.—Reseña de su vida.—El P. Fr. Jerónimo de Zamora emprende la conversion de los mandayas.—Sus progresos.—Piérdese despues de algunos años la mision.

64. Era el dia 5 de Mayo de 1629, cuando el Capítulo provincial elegia por su prelado al P. Fr. Francisco Herrera, prior que era á la sazon de nuestro Pa-

dre Santo Domingo de Manila, y comisario tambien del Santo Oficio en todas las islas Filipinas. Uno de los definidores más notables del Capítulo era el célebre P. Fr. Diego de Aduarte, que poco ántes habia llegado por tercera vez á Filipinas, con una mision brillante de religiosos de la Órden, que él mismo habia reunido y organizado en la Península. Este varon extraordinario debia naturalmente interesarse por el lustre y la gloria de la Órden, y de esta Provincia especialmente, á quien tanto habia enaltecido con sus famosas empresas, y el brillante desempeño de sus cargos importantes. Nada de nuevo, sin embargo, se legisló ni ordenó particularmente en este definitorio; recomendándose tan sólo la más estrecha observancia de las ordenaciones primordiales, que los primeros fundadores habian establecido en la Provincia, «á las cuales, dicen los padres, nada queremos añadir, y creemos que sería pernicioso quitar de ellas cosa alguna; y por lo mismo las recibimos y confirmamos palabra por palabra así como suenan y se escriben.» Siempre se han considerado, con efecto, estas ordenaciones primitivas como el antemural más poderoso de la observancia regular.

65. Durante el gobierno del honorable Provincial Fr. Francisco Herrera se dió principio á una mision en las provincias del Norte, que ha dado dias de gloria á esta Provincia de la Órden, no sólo por la muchedumbre de paganos que se convirtieron á la fe, sí que tambien por la importancia de la comunicacion establecida en los departamentos centrales de Luzon. La raza antigua y belicosa de los pueblos isinayes, que se asientan en el valle y cordilleras de Ituy, habian sido

reconocidas muchas veces por los PP. misioneros de la Órden y por religiosos Franciscanos, que tambien habian pensado llevar la religion á aquellas gentes. Empero, si bien se habia procurado con empeño fundar una mision en aquel valle, nunca habia podido conseguirse hasta el presente, por el sostenido celo y el levantado carácter del P. Fr. Tomas Gutierrez. Las noticias que se tienen del descubrimiento primitivo de este valle son nebulosas y confusas, por la oscuridad que se derrama en derredor de su orígen, y la incertidumbre y contradiccion de las hipótesis que nos han legado con el tiempo los primeros historiadores de las islas. Se ha querido suponer que D. Luis Perez Dasmariñas, penetrando por el valle de los pueblos isinayes en 1592, llegó por el interior hasta la Nueva Segovia, atravesando montañas y salvando con audacia mil precipios horrendos. Mas parece muy probable que hizo la expedicion á Cagayan por la contra-costa de Valer, y que despues de haber doblado el cabo de Engaño felizmente, entró por la barra del gran rio, que ya se conoce en esta *Historia* con el nombre de Ibanag. Sólo es cosa averiguada que los antiguos habitantes de estos valles estaban en comunicacion con la provincia de Pangasinan, y ejercian algun tráfico en cierta época del año, atravesando los montes escarpados que los separan y alejan de las provincias limítrofes. Es fama y tradicion histórica que los conoció en Manaoag el padre Fr. Juan de San Jacinto, á quien manifestaron sus deseos de tener tambien en su país algunos padres misioneros que les enseñasen la religion de Jesucristo y les administrasen el Bautismo. Las buenas disposi-

ciones que observára en el trato y comunicacion de aquellas gentes lo movieron á presentarse en sus pueblos acompañado de dos indios solamente, con el fin de explorar prácticamente si sería fácil y hacedero el fundar en aquel valle una mision apostólica. Su blando y afable trato les inspiró el pensamiento de pedir concretamente misioneros de la Órden, y al efecto se presentaron en Manila cuando estaba reunido el Capítulo provincial precisamente. Ante todo recurrieron al Fiscal de S. M. en estas islas, protector nato de indios, para que les procurase los PP. misioneros que pedian. En vista de su peticion y su demanda, el Sr. Fiscal, que lo era entónces D. Juan de Balsamonte, presentó al definitorio la solicitud en toda forma, pidiendo que se enviasen, si era dable, algunos religiosos de la Órden para convertir aquellas gentes. La carencia absoluta de sacerdotes para el caso en aquellas circunstancias sólo permitió al definitorio dar esperanzas razonables. Despues de este primer paso, y cuando el honorable Provincial Fr. Baltasar Fort, electo en 1608, estaba girando su visita prelacial en la provincia de Pangasinan, se le presentaron de nuevo en la forma de costumbre unos treinta isinayes para reiterar la súplica, y deseoso el Prelado de satisfacer sus vivas ánsias, envió á aquel país infiel á los reverendos PP. Fr. Tomas Gutierrez y Fr. Luis Guete, como los primeros evangelizadores y ministros de aquellos pueblos apartados. Su recibimiento en aquel valle fué una verdadera ovacion grata y sincera. El símbolo de la Cruz tomó posesion pacífica de aquel delicioso valle, donde principiaba á respirarse un perfume religioso.

67. Desde que los PP. Franciscanos se vieron precisados á desistir de su empeño por las referidas causas, hasta el año de 1632, no dejaron los habitantes de aquel valle de continuar su comercio, como ántes, con la provincia de Pangasinan, insistiendo siempre en su demanda y reiterando sus gestiones para que fuesen á sus pueblos religiosos de la Órden, á fin de acristianarlos é instruirlos en los misterios de la religion y de la fe. Efectivamente, que ya consta en las actas del Capítulo provincial celebrado en 1619 la aceptacion de la casa-residencia de nuestro Padre Santo Domingo de Ituy, á cargo del Vicario de Manaoag, y en las del que se celebró en 1625 se aceptó igualmente la de San José del mismo Ituy, que se encargó, del mismo modo, al Vicario de aquel pueblo. Débese notar, empero, que en las primeras actas y sesiones del Capítulo citado no se da todavía por fundada, pues si bien los padres concedieron á su vicario sufragio capitular, añaden en las actas esta cláusula: «Si llega á realizarse.» Es probable, pues, en vista de esto, que las reducciones intentadas, á que parecen referirse las actas de este Capítulo, fuesen tal vez en los montes de Asingan, cerca de San Nicolas y de Tayug, que llegaron á fundar postreramente los reverendos PP. Agustinos. Existe, sin embargo, un documento fehaciente, que da alguna luz sobre este punto. Es una licencia ó facultad expedida en 1625 á favor de la Provincia del *Santísimo Rosario* por el Sr. Arzobispo de Manila, D. Fr. Miguel García Serrano, como gobernador que era á la sazon del obispado de Nueva Segovia, en *sede vacante*, por el que se le confió la administracion de la provincia de Ituy,

«por estar entónces, dice, destituida de ministros que les enseñen la ley del santo Evangelio.» Parece, no obstante este documento, que la Provincia no hizo uso por entónces de esta facultad, tal vez por falta de obreros para fundar una mision que áun no se habia podido cimentar sólidamente. Estaba reservada, con efecto, esta gloria de la Órden al venerable P. Fr. Tomas Gutierrez, quien, pasados los setenta años de edad, se ofreció gustoso y decidido á emprender la reduccion de aquel país, que habia rendido á los más celosos y valientes misioneros. Le acompañaba en esta empresa el P. Fr. Juan Arjona, hijo tambien esclarecido de esta Provincia religiosa.

68. Corria á su fin el año de 1632 cuando fueron, con efecto, designados los PP. Fr. Tomas Gutierrez y Fr. Juan de Arjona para dar principio á la mision por tanto tiempo deseada, esperando que el Señor bendeciria sus trabajos. El Ilmo. Aduarte, en el lib. II, capítulo XLIII de su primera parte, refiere el viaje penoso y los primeros ensayos apostólicos de estos santos misioneros, cuyas noticias extractó de una carta escrita por los mismos con fecha 21 de Junio de 1633. Su salida de Pangasinan fué el 6 de Diciembre del año anterior, y por abreviar el camino eligieron un atajo, que los extravió completamente, por la impericia de los guías. Segun su carta-relacion, pasaron por uno de los pueblos ó visitas de la administracion de los PP. Agustinos, que probablemente sería el de Lupao ó San José, que hoy pertenece á Nueva Écija, en donde bautizaron á dos niños y confesaron allí á muchas personas, y entre ellas á una anciana, que durmió en el Señor el mismo dia.

Despues de una etapa tan conforme á su mision y á su destino, y de haber atravesado montañas, valles y rios, precipicios y torrentes que se encontraban á su paso, llegaron postreramente á los pueblos isinayes, en donde fueron recibidos por sus sencillos habitantes con demostraciones extraordinarias de placer. Celebraron, en efecto, tan fausto acontecimiento con fiestas y danzas públicas, á usanza de aquellas gentes en las grandes solemnidades y manifestaciones de la vida. A los primeros rumores de tan grata novedad todos los moradores y habitantes de los once pueblecitos isinayes que se dibujan graciosos en la ribera de los rios, á lo largo de aquel valle encantador y delicioso, se ponen inmediatamente en movimiento y se preparan á visitarles en són de campestres romerías, como lo hicieron, en efecto, por espacio de ocho dias. Despues de un breve descanso, recorrieron á su vez los religiosos aquellas pintorescas poblaciones, donde pudieron admirar el aseo y limpieza de sus casas, y la policía de su gobierno, verdaderamente patriarcal, que no pudo ménos de llamar muy particularmente la atencion de nuestros celosos misioneros. Pero lo que más les consoló fué la facilidad y buen espíritu con que se prestaron desde luégo á recibir la doctrina y la inmaculada ley del Evangelio. Por el pronto, y hasta la iniciacion de los adultos en la doctrina cristiana, les entregaban á los niños para que los bautizasen; de suerte que en los tres meses que duró, para su dicha, esta visita apostólica, administraron las aguas saludables del Bautismo á unos cuatrocientos párvulos. Ardua y difícil empresa les quedaba que vencer á los ancianos venerables para cate-

quizar é instruir los adultos, cuando áun ignoraban por completo su idioma nativo y peculiar. Éste fué el mayor trabajo que aquellos celosos operarios tuvieron que vencer en la avanzada edad en que se hallaban; pero al fin lo consiguieron con el auxilio de la lengua pangasinana, que muchos isinayes entendian.

Entre tanto dieron principio á otra empresa laboriosa que era preciso acabar para que sus trabajos apostólicos dieran el resultado apetecido. Tal era la reduccion de varios pueblos y rancherías apartadas á muchas leguas de distancia, en la fragosidad inaccesible de los montes. No era posible atender á estas ovejas descarriadas, sin abandonar los pueblos situados en la llanura de los valles. ¡Cosa rara! Lo que todavía hoy se mira como un problema de solucion casi imposible, por los muchos obstáculos que ofrece la naturaleza misma de los hombres cuando se trata de abandonar el árbol, la peña, el bosque que nos ha visto nacer, lo consiguieron sin trabajo aquellos dos venerables religiosos con el poder de la palabra que Dios pusiera en sus labios. Supieron aprovecharse del fervor del catecúmeno y de los nuevos cristianos para iniciar su pensamiento, y vióse poco despues el fenómeno social de nuevos pueblos, que aparecieron de repente á las faldas pintorescas de los montes Caraballos y en las verdes orillas del Magat. ¡Tanta es la fuerza y el poder de la religion cristiana para civilizar razas bravías, cuando causas de otro órden no vienen á atravesarse en su camino!

Al ver aquellos prodigios que Dios obró desde un principio por su ministerio santo, los PP. misioneros trabajaban sin descanso en aquella hermosa viña, que

tan sazonados frutos prometia. Pero el P. Gutierrez ya tenía más de setenta años de edad, y si bien era robusto y estaba animado de un espíritu extraordinario para trabajar sin tregua en su glorioso apostolado, no eran aquellas fatigas proporcionadas á sus fuerzas naturales. Así fué que á los tres meses de haber principiado la mision, sufrió el anciano una caida en sus excursiones apostólicas, que lo condujo al sepulcro en breves dias. Murió en la paz del Señor, lleno de dias, como los antiguos patriarcas de Israel.

Era este venerable misionero natural de Orihuela, é hijo del colegio patriarcal que allí tenía la Provincia religiosa de Aragon. Concluidos sus estudios, pasó á la Provincia de Guaxaca, que acababa de fundarse en Nueva España, y despues, obedeciendo á una voz secreta de su alma, incorporóse á esta Provincia del *Santísimo Rosario* en la mision que condujo á Filipinas el Ilmo. Sr. D. Fr. Miguel de Benavides, por los años del Señor de 1598. Su primer destino fué de misionero en la provincia de Pangasinan, cuyo idioma aprendió en muy breve tiempo, y con tal perfeccion y propiedad, que áun el oido más delicado apénas podia distinguirlo de los indios. Despues fué trasladado á Ilocos y administró en Narbacan, habiendo aprendido con igual facilidad aquella lengua, y distinguiéndose allí y en todas partes por su celo inextinguible en procurar la salvacion de toda carne. Trasladado despues á Cagayan, donde reclamaba su presencia aquella mision gloriosa, llegó á poseer perfectamente el ibanag, y como obrero ya avezado á toda suerte de trabajos en la viña del Señor, se echó de ménos su presencia en la provin-

cia de Pangasinan, adonde volvió postreramente, por disposicion de los prelados, para acometer despues la grande empresa, que fué la postrimera de su vida. Dijérase tal vez que este grande hombre estaba dotado por Dios del dón de lenguas, pues áun en la edad más avanzada, jamas halló dificultad en aprender ningun idioma.

Fué muy observante de las constituciones de la Órden y ordenaciones primitivas de esta Provincia religiosa, y solia decir en són profético que jamas caeria el religioso que las observase con puntualidad en todo tiempo. Siendo, como era, tan bueno para sus prójimos y hermanos, era para sí muy rigoroso. Tomaba todas las noches una acerada disciplina, y no comió jamas carne en la Órden sin grave necesidad. Ademas de los ayunos que prescriben nuestras leyes, ayunaba despues de Pascua una cuaresma en honor del Espíritu Santo, y otra, por fin, en Agosto por devocion y por amor á nuestro Santo Patriarca; de suerte que todo el año era un continuado ayuno para aquel varon de dias, que conservó esta costumbre hasta la muerte. Empero no bastaba á su virtud ni á su vida penitente la forma ordinaria del ayuno; pues llevaba su rigor hasta el extremo de no alimentarse en muchos dias sino con pan y agua solamente. A esta mortificacion extraordinaria de la carne pecadora era tambien consiguiente una pureza inmaculada. El pudor y la modestia realzaban, en efecto, la hermosura de su alma. Mas se acercaba la hora de recibir el justo premio de sus virtudes y trabajos; y recibidos con fe viva los últimos sacramentos, murió la muerte del justo en la nueva mision de Ituy, el dia 30

de Marzo de 1633. El Capítulo provincial que se celebró en el mismo año rinde este breve tributo á la santidad de su memoria: «En la provincia de Ituy terminó sus dias el P. Fr. Tomas Gutierrez, sacerdote y padre antiguo, tan observante y severo para sí como manso y compasivo para todos los demas. Procuró el bien de las almas en esta provincia, por espacio de treinta y cinco años, con tanta diligencia y caridad, que áun los mismos indios lo tenian y respetaban como un santo; lo que llevando muy á mal el padre de la mentira y de la envidia, se le apareció una vez en la oracion, y si bien logró turbarlo, no consiguió dañar su alma, por hallarse muy asegurado con el Rosario de la Vírgen: creemos que, lleno de dias y de virtudes, voló al cielo.»

En el Capítulo provincial fueron asignados á la casa de San Miguel de Ituy dos sacerdotes y un lego, uno de los cuales era el mismo P. Arjona, compañero, como es visto, de aquel difunto anciano, y que al fin vino á morir postreramente en el convento de Manila, á los ochenta y cuatro años de su edad. Prosiguieron nuestros religiosos trabajando algunos años en aquella mision célebre; empero los resultados no correspondieron completamente á sus esperanzas y deseos. Los isinayes, como gente más pacata y de carácter más blando, eran siempre el juguete y el escarnio de otras razas más feroces, que circunvalaban sus montañas al oriente y poniente de sus pueblos. Los ilongotes y pampuyes, tribus guerreras é indómitas que habitaban en las alturas inmediatas, manifestaron su disgusto de que los pueblos isinayes recibiesen misioneros y una religion

desconocida, temerosos por ventura de no poderlos dominar á su placer, como lo habian hecho hasta entónces, prevalidos de la fuerza y del terror. Aquel país, sin embargo, se constituyó en provincia separada por los años del Señor de 1637, y la mision continuó hasta el de 1662, en que los PP. misioneros se vieron precisados á dejarla por insinuacion postrera de los mismos isinayes, que no pudieron resistir las amenazadoras exigencias de aquellas tribus belicosas.

69. En tanto que se echaban los cimientos de esta mision apostólica, que habia principiado felizmente bajo tan bellos auspicios, volvíase á emprender en Cagayan la reduccion de los mandayas, que permanecieron remontados despues de su rebelion. El P. Fr. Jerónimo de Zamora era el apóstol destinado á continuar aquella empresa, iniciada mucho ántes por nuestros venerables misioneros. Es verdad que por entónces ya solian bajar de sus montañas para cambiar sus productos con ropas y otros efectos, que los cristianos compraban á los comerciantes de Manila. El celoso misionero, cuyas miras elevadas se extendian más allá de aquella industria, comenzó por ganarles el afecto con demostraciones cariñosas y con especiales dádivas, que ellos habian en grande estima. Un año entero empleó en preparar el terreno para sus altos designios; y cuando le pareció que era llegado el oportuno momento de poner manos á la obra, se decidió á visitarlos en sus mismas rancherías, acompañado al efecto de otro religioso misionero. El recibimiento que le hicieron superó sus esperanzas; pues el monte nebuloso se coronó de banderas y de símbolos triunfales, y se prepararon danzas y

bailes estrepitosos en su obsequio. El movimiento y la alegría dejábanse sentir por todas partes, y mil vivas entusiastas hacian resonar de peña en peña los ecos de la montaña. Los PP. misioneros, por su parte, deseando dar otra direccion más conveniente á aquella espansion ruidosa, resolvieron celebrar una solemne fiesta en desagravio á la Vírgen del Rosario, ante cuyos pabellones encorvaron su rodilla aquellos rudos salvajes. Era de ver ciertamente aquel altar improvisado bajo la flotante copa de algun árbol secular; y postradas allí las muchedumbres bajo el amparo tutelar de su antigua Patrona y Abogada. El rocío de los cielos debia descender entónces sobre la montaña santa; pues extraviadas las ideas religiosas de aquellos pobres salvajes, volvieron á aprender el catecismo y la doctrina cristiana, iniciándose en los misterios de la fe los que no habian recibido todavía el sacramento del Bautismo. Fué tan extraordinario el primer fervor de aquellas gentes, que al cabo de poco tiempo tornóse aquel pueblo infiel en una cristiandad edificante. Entónces hicieron tambien los religiosos una subida oportuna á otras rancherías mandayas, que estaban áun más remontadas, y que los recibieron igualmente con extraordinarias demostraciones de alegría, dispuestos á convertirse y á recibir en su seno el gérmen civilizador del cristianismo. Fundada ya esta mision bajo tan gratos auspicios, se le dió por titular al glorioso San Antonino de Florencia, y luégo pensaron en regresar los religiosos al primer pueblo mandaya, con intento de bajar al distrito de Fotol en donde era necesaria su presencia.

Ya estaban para despedirse, con efecto, en un dia

señalado, de aquellos pueblos neófitos, cuando los mandayas principales celebraron una junta en que determinaron impedir la salida de los padres de su pueblo, y que si no querian quedarse con los ruegos se les detuviese por la fuerza. Los que ignoran el carácter de los indios extrañarán, á no dudarlo, esta especie de violencia; mas su proceder en este caso era un rasgo de fineza, estando muy léjos de pensar que esto pudiese ofender á unos misioneros cariñosos, á quienes habian cobrado tanto afecto. Así lo creyó el P. Zamora, y creyó tambien sencillamente que los dejaria satisfechos con sólo representarles la grave necesidad que le llamaba á los pueblos de Capinatan y Fotol, para cuidar como padre de los antiguos cristianos que estaban confiados á su cargo, ofreciéndoles volver á visitarlos cuanto ántes. Mas no habia razon plausible que pudiera convencerlos, ni desistieron por eso de su acuerdo, hasta que les ofreció sobre la marcha que se quedaria con ellos el amable compañero. Era este religioso el P. Fr. Luis de Oñate, recien llegado á las islas; y aunque bueno y muy celoso, no era conocedor de aquellos pueblos, para dejarle encargada una mision apostólica que acababa de fundarse. Esta razon poderosa hizo fluctuar algun tanto al P. Zamora en este asunto, y no se resolvió á dejarlo solo sino despues de haber consultado el negocio con su Dios. Antes de partir de aquellos montes, le dió algunas instrucciones muy prudentes, y con no poco sentimiento dejó á los tristes mandayas, harto desconsolados de su marcha.

70. El nuevo misionero llevó adelante la obra tan felizmente comenzada, y Dios bendecia sus trabajos

cada dia. Bautizó á infinitos párvulos, y daba la instruccion conveniente á los adultos para bañarlos tambien en la sagrada fuente del Bautismo.

Por Enero del año siguiente fueron tan numerosos los bautismos, que el dia 12 ya se contaban en el monte más de quinientos cristianos. Vióse entónces precisado el P. Oñate á dejar á los mandayas, con sentimiento universal de aquellas gentes, para bajar á los pueblos de la costa, donde se hacia necesaria su presencia, por la extremada escasez de religiosos para atender al ministerio de los antiguos cristianos. Dejo, sin embargo, encargada la instruccion de todos los catecúmenos y de los nuevos cristianos á unos indios principales, que le ayudaban mucho en esta parte de su laborioso apostolado. Hallábase entre éstos D. Francisco Tuliao, maestre de campo y jefe militar de la provincia, que habia acompañado por su gusto á los padres misioneros en aquella religiosa expedicion, deseoso de cooperar por su parte á la propagacion y desarrollo de la santa fe católica. Tenía ademas la comision de pacificar á várias tribus, algo remontadas por entónces en las alturas del Ison. Mas no fué larga su ausencia. A últimos de aquel mes volvieron los PP. Zamora y Oñate á su nueva mision de la montaña, y el dia de la Purificacion bautizaron á ochenta y tres adultos de los más principales de la tribu. En otras dos ocasiones, y poco tiempo despues, bautizaron á cuarenta, procurando solemnizar, si era posible, las festividades de la Vírgen, con las aguas bautismales de algun adulto ya instruido, para colocarlo al mismo tiempo bajo la tutela de María.

71. Era la miés tan abundante en esta mision de los

mandayas, que por Abril de aquel año escribia el padre Zamora lo que sigue: «La cristiandad de los mandayas va siempre á más y mejor. Ya son cerca de ochocientos cristianos, y muchos más para serlo, y todos generalmente están con deseos de bautizarse. Grande es el consuelo que tenemos los ministros, viéndolos tan quietos y tan sujetos á nuestros consejos, y con tantas y tan evidentes muestras de perseverancia, que ni áun rastro hay de poderse presumir de ellos lo contrario; cosa que no se esperaba de esta gente, que tenía fama de inconstante; y por estar metida entre montes, pueden muy bien á su salvo hacer lo que quisiesen. No son estos merecimientos suyos ni industria nuestra, sino favores de Nuestra Señora del Pilar, que se ha encargado de serlo suyo, para que á su arrimo estén firmes y constantes en el bautismo y ley que han profesado: sea esta Señora bendita por todos los siglos: Amén.»

Le engañaban sin duda á este santo hombre su buen corazon y sus deseos; pues habiendo principiado la mision bajo tan prósperos auspicios, no correspondieron los mandayas á aquella vocacion santa. Trascurrieron pocos años, y cansados ya del suave yugo de la ley santa del Señor, abandonaron miserables aquella mision gloriosa, retirándose en tropel á las quebradas más inaccesibles de los montes, sin más causa para ello que su inconstancia nativa y sus instintos salvajes. En vano ensayará posteriormente el venerable P. Fr. Pedro Jimenez restaurar esta mision en 1684; pues el resultado de su empresa tampoco habrá de llenar sus esperanzas, como verémos á su tiempo.

NOVENO PERÍODO.

COMPRENDE EL DESARROLLO Y RELACION DE LOS SUCESOS DESDE 1633 HASTA EL ACABAMIENTO DE LAS MISIONES DEL JAPON EN 1637, Y FIN DEL TERCER LIBRO.

CAPÍTULO VII.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Domingo Gonzalez en 1633: se suprimen los Capítulos intermedios.—Rigor de la persecucion en el Japon.—Martirio de muchos cristianos.—Muerte desgraciada del apóstata Feyzo.—Viaje del venerable P. Fr. Juan Rueda á los Lequios, y su martirio.—Envia la Provincia otros misioneros al Japon.—Prision del venerable P. Fr. Domingo de Erquicia.—Muerte del tirano Jogun-sama, y le sucede el To-Jogun-sama.—Martirio del venerable Erquicia.—Reseña de su vida.—Martirio del venerable Fr. Jacobo de Santa María.—Se sostiene en la córte la política cruel contra los cristianos.—Prision, martirio y reseña de la vida del venerable P. Fr. Lúcas del Espíritu Santo.—Vida y muerte del venerable P. Fr. Jacinto de Esquivel.

72. La actividad y la energía que la Corporacion desplegaba á la sazon en todas partes para llenar el grande objeto de su elevada mision y sus destinos, revelan desde luégo á toda luz aquella fuerza de vida que circulaba por sus venas, y rebosaba en cierto modo por todos sus poros y sentidos. Entre tanto se acercaba el 17 de Abril de 1633, dia señalado en los faustos capitulares de esta Provincia religiosa para la eleccion de su prelado, que recayó felizmente en la dignísima persona del P. Fr. Domingo Gonzalez, hijo del convento de Guadalajara, en la Península, y prior á la sazon del convento de Santo Domingo de Manila. En este santo Capítulo se acordó dar cumplimiento á lo dispuesto en el general romano de 1629, que ordenó la supresion de los Capítulos intermedios, que eran de dos en dos

años, por haber demostrado la experiencia que era muy gravosa á los vocales la asistencia personal á tan frecuentes comicios, teniendo que dejar abandonados los pueblos que estaban á su cargo, por no tener muchas veces personal que pudiera sustituirlos en su ausencia. Quedaron, sin embargo, en su lugar las congregaciones intermedias, que se componian de un número mucho menor de individuos, y los más cercanos de Manila. En ellas se disponia lo mismo que en los Capítulos provinciales, á excepcion del nombramiento de definidores, de procurador general y la resolucion de algunos puntos referentes al gobierno é interes general de la Provincia. En este mismo Capítulo se aceptaron tambien algunas nuevas fundaciones de las que se ha hecho mencion, á saber: la de Nuestra Señora del Pilar de los mandayas; la de San Juan Bautista en Cagayan, la de San Luis Beltran en Camauri, la de Nuestra Señora del Rosario de Tanchui, en la Formosa, y la de San Miguel de Ituy postreramente. Así se fué constituyendo paso á paso esta Provincia evangélica de la religion dominicana, que á manera de un árbol frondoso iba extendiendo sus ramas por diferentes climas y regiones, ora frescas y lozanas por la savia redundante de su vid, ora marchitas tal vez por el soplo devastador de la tormenta, como venía sucediendo tristemente á nuestra mision gloriosa del Japon. Áun se atraviesan, por desgracia, en el camino del narrador espantado aquellos rios de sangre, de los que habiamos apartado anteriormente nuestra vista con horror.

73. Para formar alguna idea del estado aterrador de aquella iglesia, basta leer con alguna detencion lo que

escribia el venerable P. Fr. Luis del Espíritu Santo en 28 de Setiembre de 1630. Los huesos se descoyuntan y estremecen á vista de su relato. «La persecucion, decia, ha sido y es tan rigorosa, que se echa bien de ver lo que le pesa al demonio que le saquen de las uñas las almas que él tiene tan cautivas..... Está la idolatría tan arraigada y extendida por esta parte, y hay tantos ídolos y ministros suyos, que con innumerables modos é invenciones los honran, que cuando yo lo quisiere escribir todo por menudo, no me atreveria, aunque lo he visto: y habiendo en este género de adoracion licencia para toda maldad y engaño, sólo para la ley verdadera de Cristo, que es la del desengaño de tantos embustes y bellaquerías, no la hay para predicarla ni para profesarla; ántes los ministros de ella son buscados con várias trazas y artes para darles muerte, hasta salir á caza de ellos, como de fieras á los montes, donde entienden que están escondidos, y si no dan con ellos, les pegan fuego, que es cierto los han de hallar ó abrasar..... Aunque ha habido renegados por medio de los tormentos, ha habido tambien muchos gloriosos mártires de mil géneros de martirios: degollados, crucificados, asados, cocidos en baños calidísimos, enterrados vivos, metidos en agua fria y helada, aserrados con sierras de caña, y tan despacio, que en una semana ó más no se acababan de morir, y otros modos que inventa el demonio.» Otro misionero de la Órden, que á la sazon se encontraba muy cerca de Nangasaqui, en una larga relacion que escribió desde el imperio, con fecha 18 de Octubre del mismo año, decia tambien, entre otras cosas, que «muchos eran remitidos á los baños, comenzando por los

que más firmes habian estado hasta entónces, y echándolos allí el agua hirviendo por la cabeza, poco á poco los iban atormentando, sin quererlos matar de propósito; ántes, cuando estaban ya medio muertos, habia allí médicos que los curaban, para volverlos á atormentar con nuevos modos. Uno de ellos, llamado Simon, mozo de veinte años, fué atormentado en aquellos baños por espacio de veinte dias, sin que en todos ellos hablase más palabra que *Jesus* y *María*. Pasados los veinte dias, lo volvieron á Nangasaqui, cubierto ya de gusanos todo su cuerpo, y por el camino lo amenazaban que si no renegaba, lo habian de curar y volverlo á los baños, y caldeándolo con el agua caliente, irle cortando todos los miembros uno á uno. Mas él entónces respondió: *Plegue á Dios que así sea*. Pero no permitió el Señor tanta crueldad, porque en llegando á la ciudad murió con rara paciencia y gozo grande.» En la misma relacion se dice tambien, en otros términos, que salieron en esta sazon de Nangasaqui más de mil familias cristianas para todas las comarcas y reinos circunvecinos; y que si no estuvieran atajadas las salidas, no quedára uno siquiera en la ciudad, prefiriendo expatriarse á sí mismos en la tierra, á renunciar la patria celestial y sus moradas eternas. Muchos se refugiaban en los montes, en donde los perseguidores los cazaban como alimañas venenosas, escapando pocos de sus manos; pues salian con frecuencia de la ciudad de Nangasaqui, de Omura y de Safay turbas de esbirros armados, en són de perseguir á sangre y fuego á los cristianos inofensivos é indefensos.

74. Como los venerables misioneros eran ya entón-

ces tan escasos, y habian aprendido á reservarse con cautela para el dia de los combates, ninguno de ellos habia caido en mucho tiempo bajo el poder de los tiranos. Era fama, sin embargo, que todavía los habia en el país, y en la imposibilidad de aniquilarlos con leyes aterradoras, se pusieron á precio sus cabezas, exigiendo solamente su delacion ó su captura. Por este medio corruptor y miserable consiguieron sorprender y encarcelar á dos PP. Recoletos, un sacerdote Jesuita, un misionero Agustino y un hermano lego Franciscano. Muy cerca de Nangasaqui aserraron por entónces á siete antiguos cristianos, y luégo atormentaron cruelmente á una sencilla mujer con tenazas encendidas, y porque no abria su boca para exhalar su dolor, se la llenaron de piedras muy menudas, segun relacion del venerable Erquicia, y luégo le rasparon los dientes con un canto hasta gastarlos y romperlos con el guijarro estridente.

Horrible por demas fuera el ensangrentado lienzo que hubiera de bosquejar las escenas horrorosas que tuvieron lugar en breve tiempo sobre la barrera del combate. Ramabara, Omura, Mongami, Arima, Yedo y Nangasaqui vieron pasar por delante grupos innumerables de sus hijos, que marchaban á morir por Jesucristo con firme y segura planta. Ni las llamas espantables, ni la catana siniestra, ni la sierra dentada y roedora pudieron detener en su carrera á las huestes valerosas de la Cruz, que se sucedian sin interrupcion sobre la brecha, como los antiguos gladiadores condenados á morir en el estadio. Desde el fondo de una nube donde aparecen mil figuras vaporosas, vestidas de

púrpura y de oro, y ostentando en el empíreo sus coronas florecientes, se desprende una imágen seductora, cuya frente ciñe en torno triple guirnalda gloriosa. Es un niño de diez años, puro, inocente, é inmolado en las aras de su Dios por no querer renegar de sus altares. Vese en la actitud hermosa de arrodillarse en la arena, separando con su mano toda la ropa de sus hombros, y presentando su cuello á la cuchilla del verdugo. ¿Qué pincel, qué colorido sería digno de este cuadro?

Empero lo que más afligia por entónces á la Iglesia militante del Japon era la escasez de sacerdotes, que se dejaba sentir profundamente en el imperio. De ella se lamentaba tristemente el venerable P. Erquicia en estos términos: «Esta ciudad de Nangasaqui (decia en una relacion) goza hoy de algun sosiego; yo ando en ella desde Junio pasado recogiendo las ovejas perdidas, pues no ha quedado otro que lo pueda hacer; y estoy tan sólo, que queriéndome confesar para morir (porque cada dia estoy en vísperas de eso), me fuí á la cárcel donde están presos los padres, que no está muy léjos de aquí, y por el camino de la plata negocié con los guardas que me dejasen entrar, y consolándome mucho de verlos, á los piés de uno arrojé todos los pecados de mi alma, con lo que quedé consolado y animado para lo que el Señor fuere servido hacer de mí.»

75. Miéntras el tirano feroz de Nangasaqui se inspiraba en las furias del infierno para arrancar de raíz el árbol de la fe en toda la circunscripcion de su gobierno, su digno asociado y colega, el abominable Feyzo, fué llamado finalmente ante el tribunal de Dios para dar cuenta rigorosa de sus maldades horrendas.

La impenitencia final vino á consumar, por fin, su reprobacion en esta vida; pues murió desesperado y rabioso de furor, sin haber dado prueba alguna de querer reconciliarse con el cielo. En su enfermedad horrible dió harto bien á entender que el Altísimo lo habia entregado ya en vida á las furias infernales, en castigo pavoroso de sus abominaciones é impiedades. Algunos creyeron de buen grado que habia perdido la razon completamente, pues decia tales absurdos, que llenaba de horror á los presentes; empero muchos opinaron que los demonios del infierno se habian apoderado de su cuerpo, y lo agitaban con espanto en horribles convulsiones. Los mismos bonzos del imperio eran tambien de esta opinion; de suerte que ya trataban de conjurarlo á su modo, si no los hubiera arrojado con desprecio de su presencia y de su hogar. Al poco tiempo espiraba en un exceso de furor aquel monstruo de la tierra, para ir á reclamar la recompensa de sus servicios infames á las potestades del abismo.

En la deshecha tempestad que venía azotando con furor por tanto tiempo la nave, ya desarbolada, de la Iglesia del Japon, la Corporacion tenía siempre fija su mirada en las necesidades y penurias de aquella mision gloriosa, que procuraba socorrer de todos modos. Ya se han visto anteriormente las dificultades invencibles que impedian á la Provincia el mandar desde estas playas una mision numerosa á las islas del Japon, y hase visto tambien el fin siniestro que hubo de tener, por su desgracia, la postrera mision que se embarcára para aquellos reinos apartados. En la imposibilidad, pues, de mandar por este tiempo un personal numeroso á dicha

Iglesia en la orfandad dolorosa en que yacia, sólo pudo disponerse á la sazon del P. Fr. Tomas de San Jacinto, que siendo ya entónces muy probado en el convento de Manila y natural de aquellas islas, pareció conveniente destinarlo á las misiones del Japon, dirigiendo su derrota por las islas de los Lequios. Es verdad que siendo natural de aquellos reinos, no corria tanto peligro su persona entrando por la ciudad de Nangasaqui; mas se tomó esta precaucion, no sin particular providencia del Señor; pues, no sólo llegó por esta via sin novedad ni tropiezo á la mision, sino que ademas tuvo ocasion de averiguar con certeza un hecho grande y glorioso, que fué de mucho consuelo para toda la Corporacion en estas islas.

Desde los primeros tiempos en que nuestros religiosos pasaron á los reinos del Japon y fundaron sus misiones en aquel imperio dilatado, hubo entre ellos un operario muy celoso, llamado Fr. Juan Rueda de los Angeles, del cual se ha hecho mencion más de una vez en el primer libro de esta *Historia*. Mas cuando fueron expulsos todos los misioneros del imperio en 1614, él fué uno de aquellos héroes que, despreciando bizarro todos los peligros de la vida, penetró calladamente en un puerto solitario para internarse de nuevo en el imperio, y continuar en sus dominios el apostolado de la Cruz. Desde aquella larga fecha hasta el año de 1619 permaneció en la barrera, venciendo en todas las lides con las potestades del infierno. Mas, afligido el grande hombre al ver el escaso número de operarios evangélicos que trabajaban incansables en aquella viña del Señor, hizo un viaje ex-profeso á esta Provincia en

demanda suplicante de algunos religiosos de la Órden. Empero la escasez del personal de que se resentia la Corporacion por una parte, y por otra la dificultad de conducirlos, privó á la Provincia por entónces de poder proporcionarle este consuelo, y hubo de volver él solo con un piloto español, que sólo se comprometia á conducirlo hasta las islas de los Lequios. Acariciaba el venerable la esperanza de que le sería muy fácil trasladarse despues á Nangasaqui desde aquel país infortunado. Mas no sucedió así, por su desgracia; pues habiendo aportado felizmente á aquellas playas, ya no le habia sido posible continuar más adelante. Esto era cuanto se sabía en Manila de este venerable religioso, hasta que llegó á este Capítulo una carta del venerable P. Fr. Tomas de San Jacinto, del 3 de Enero de 1630, en la que daba razon de su martirio.

Segun el contenido de esta carta, al llegar el venerable Rueda á los Lequios, se hospedó en casa de un principal, y habiendo entrado despues en un templo del demonio, dirigió un discurso al bonzo que lo cuidaba, sobre la falsedad y el torpe engaño de las adoraciones idolátricas. El ignorante ministro de los ídolos, que por ventura no se habria hallado hasta entónces en un apuro semejante, atajado por las razones y discursos de nuestro venerable misionero, no supo que contestar, y quedó á su vista confundido, mas sin querer renunciar á sus errores. Despues de arrojar al religioso con enfado de su templo, sospechando con razon que debia ser algun ministro de la ley de Jesucristo el que sabía manejar con tal destreza los argumentos más sabios contra la falsedad del paganismo, lo acusó al

Tono de Satzuma, á cuyo gobierno pertenecian aquellas islas, para que procediese contra él segun los edictos imperiales. Del proceso resultó la sentencia de destierro contra el venerable misionero á la isla de Abagani. Mas como el reino de Dios extiende su ley á todas partes, el venerable religioso ensayó la conversion de los isleños, estableciendo allí su apostolado. Tenian éstos en su isla un bosque infausto y sombrío, consagrado al demonio y á sus ídolos. Allí alzaba Lucifer el trono siempre funesto de su absoluto señorío, poblado de hidras horrendas y de medrosas fantasmas. Inspirado el religioso en el grande pensamiento de combatir frente á frente al padre de la mentira, para que aquellos infieles conociesen la debilidad de su poder, penetraba en el bosque á todas horas con firme y segura planta, despreciando los vestiglos y las amenazas espantables con que el espíritu del mal tenía subyugado el ánimo y el corazon de aquellas gentes. Horrorizados los isleños de tener cerca de sí á un hombre más poderoso que Satanas y sus legiones, le denunciaron al Tono de la isla, que sin forma de proceso lo condenó desde luégo á la pena capital, como profanador de sus creencias y de sus bosques sagrados. Esta sentencia ni siquiera le fué notificada; le dijeron solamente que se debia embarcar para otra isla algo más distante y apartada. Mas los conductores de la nave le quitaron la vida en alta mar, y arrojaron su cuerpo á los abismos, segun las instrucciones que tenian. Así murió aquel celoso y venerable misionero, por anunciar á extrañas gentes la gloria de Dios y de su Cristo. En el Capítulo provincial celebrado por los años de 1631, se hizo memoria de su

muerte por estas breves palabras, que forman su oracion fúnebre: «En el reino de Japon, ó isla de los Lequios, fué arrojado á la mar y llegó al puerto de la gloria el P. Fr. Juan de Rueda, despues de haber sufrido con mucha constancia infinitos trabajos por la conversion de los infieles.»

76. Habido conocimiento de la llegada del P. fray Tomas de San Jacinto á las playas imperiales, y luégo que la Corporacion pudo disponer de algun ministro, envió otros dos religiosos á aquella iglesia desolada. Eran éstos los venerables PP. Fr. Jordan de San Estéban, y Fr. Jacobo de Santa María; aquél siciliano de nacion, que hablaba perfectamente el idioma sínico, por haber administrado en el Parian de Manila, y éste natural de aquellos reinos, y como tal, más dispuesto para trabajar en su país por el bien de la religion y de las almas sin tanto peligro de ser conocido y descubierto por los esbirros del imperio. Agregáronse tambien á nuestros dos misioneros otros tres ó cuatro religiosos de las demas corporaciones, y todos llegaron felizmente á Nangasaqui, conducidos por unos chinos mercaderes bien pagados. El P. Fr. Jacobo iba vestido de japon, y el P. Fr. Jordan de chino, engañando su disfraz completamente á los muchos enemigos codiciosos de su sangre. Al entrar el P. Jordan en la populosa ciudad de Nangasaqui, estuvo en próximo peligro de ser habido y apresado, por una rara circunstancia. Segun las señas que tenía de la casa en donde estaba hospedado el P. Erquicia, entró por la puerta de su calle á la sazon en que iban á cerrarla por la noche. Preocupóse al pronto con la idea de que era el

mismo venerable el que tenía las llaves en su mano, y que le salia al encuentro para conducirlo á su morada. En tan candorosa inteligencia le saludó en español, y le puso con cariño la mano sobre los hombros. El japon, que era un infiel, al oir una lengua tan extraña, y al ver la llaneza y la confianza con que le trataba mano á mano un hombre desconocido, se alborotó de tal manera y produjo tal alarma, que el P. F. jordan, desengañado, aunque tarde, de su error, ya se tenía por perdido y descubierto. A las voces y á la gresca del Japon, acudió por fin el P. Erquicia, que habitaba, por fortuna, en una casa inmediata, y viendo al P. Jordan en tan grave compromiso, cerró con oro la boca del infiel desgañitado, y condujo á su morada al medroso misionero. Al amanecer del dia siguiente, no considerando aún seguro á su nuevo compañero, lo sacó de la ciudad y lo mandó bajo seguro á doscientas leguas de distancia. El otro misionero, como indígena, pudo fácilmente disfrazar el carácter religioso de que estaba revestido, y de esta suerte la mision pudo por algun tiempo aprovecharse de los buenos servicios que prestaron estos dos celosos operarios, hasta que merecieron alcanzar la corona del martirio. Cuando se habian ya tomado las precauciones convenientes, y parecia ya conjurado el primer peligro, uno de los chinos conductores, que se propuso explotar la situacion, exigió del capitan una suma de dinero, que éste no podia satisfacerle, y en tal concepto le acusó al Gobernador de la ciudad como conductor de algunos misioneros de Manila, sin considerar que su delacion comprometia á otros muchos inocentes. Esta denuncia villana bastó

para que el magistrado mandase degollar al capitan y á cuantos habian cooperado á aquella empresa. Es fama que los chinos conductores, en sus últimos momentos, pidieron que se les administrase por piedad el santo sacramento del Bautismo cuya tradicion nos probaria que murieron, por su dicha, cristianos en el deseo (no hubo proporcion de serlo por el bautismo real), y que por haber sufrido la pena capital, que les fué dada en ódio á la religion de Jesucristo, pudieran ser considerados como bautizados en tal caso con el bautismo de sangre.

77. Habiendo llegado el rumor de este suceso á la córte tumultuosa del imperio, el Gobierno se alarmó de tal manera, que despachó inmediatamente á dos pesquisidores imperiales para la ciudad de Nangasaqui, con el fin de capturar á los llegados, á todo trance y todo precio. Corrompiendo con el oro á los corazones débiles, pudieron averiguar los emisarios que, ademas de los nuevos misioneros, quedaban aún algunos de los antiguos atletas, y entre ellos el veterano paladin de aquel palenque, el venerable P. Erquicia. Su nombre era el terror de los impíos, y al saber los magistrados que áun permanecia oculto en el imperio, le mandaron retratar con las señales de su vestido y su persona, y mandaron el facsímile á todos los tribunales de los reinos para ser habido fácilmente. Este venerable misionero, avezado á variar frecuentemente de vestido y de disfraz para ocultarse al enemigo, que le hablaba tal vez sin conocerle, pudo burlar en mucho tiempo la vigilancia suspicaz de todos sus perseguidores. Mas estaba decretada allá en el cielo la proximidad y el fin cer-

cano de su hora postrimera. El corazon de un cristiano, que habia resistido firmemente á la tentacion del oro, no pudo resistir, por su desgracia, á la violencia del tormento, y hubo de manifestar, mal de su grado, la residencia invisible de aquel hombre extraordinario.

78. Desde los primeros síntomas de esta nueva tempestad, habia muerto Jogunsama lleno de años y de vicios, que descendiera á la tumba manchada su negra frente con el sello pavoroso de su reprobacion y sus maldades. ¡Cuántas vidas inmoladas! ¡cuánta inocencia corrompida! ¡cuánto ódio á la religion! ¡cuánto suplicio! ¡cuánta sangre! ¡cuánto horror! En su postrera enfermedad habia instituido y declarado heredero del imperio á un hijo suyo, lleno de piés á cabeza de una lepra corrosiva y asquerosa. Era feroz y sanguinario, y de limitado juicio á mayor abundamiento; pero tan orgulloso y presumido, que se impuso á sí mismo el sobrenombre de To-Jogunsama; esto es, soberano y gran señor de los Jogunsamas ascendientes, que le precedieron en el trono, como su padre y su abuelo. Los cristianos inofensivos é inocentes fueron las primeras víctimas inmoladas tristemente á su impiedad y á sus abominaciones; pues entregado con delirio á la disolucion más horrorosa, era consiguiente y lógico aborrecer profundamente á los profesores de una ley que condenaba abiertamente sus nefandas desvergüenzas. Por otra parte, los cortesanos de oficio, que habian servido y adulado á Jogunsama en las crueldades más horrendas de su ominoso reinado, familiarizados ya con la costumbre de ver correr por todas partes la sangre de los cristianos, estaban dispuestos á continuar su plan exterminador, ins-

pirándose en las furias y en todos los horrores del infierno. Secundado, pues, To-Jogunsama por tan viles servidores, convirtió todo el imperio en un sepulcro, y en los diez y siete años de su horrible tiranía se vertió más sangre cristiana en todas partes, que se habia derramado en el Japon desde el glorioso apostolado de San Francisco Javier. Le convenia, efectivamente, el nuevo blason de To-Jogunsama, por la crueldad y la fiereza de su abominable corazon.

79. Antes de dar principio al nuevo plan de batalla que se iba á emprender en breve contra los predestinados de Israel, se inventó un nuevo suplicio, que se llamó *de horca y pozo*, desconocido hasta entónces en el imperio del Japon. Era una pequeña horca perpendicular á un hoyo, de la que colgaban por las plantas á la víctima doliente, cuya cabeza y medio cuerpo quedaba dentro del pozo, donde depositaban préviamente toda clase de materias fétidas y corrompidas, que debia aspirar el paciente á su pesar. En actitud tan violenta estrechaban el vientre de la víctima entre dos gruesos tablones, que á manera de cepo formidable ceñia su cuerpo al rededor. Áun no se detenia aquí la gran sevicia de aquellos monstruos crueles. Sobre tan horrible cepo colocaban grandes piedras, que con su insoportable pesadumbre descoyuntaban el cuerpo, y precipitaban más la sangre á la cabeza de la víctima. Lo más atroz de este tormento era su misma duracion; pues vivian á las veces los pacientes muchos dias en actitud tan horrorosa.

Armados ya para la lid con esta máquina infernal, ponen en movimiento desde luégo todos los resortes

más nefandos para descubrir á un enemigo que se hallaba en todas partes. Entónces pudieron haber al padre Erquicia con otros siete campeones, de los cuales era el uno el venerable P. Bourges, de la Compañía de Jesus, y un hermano venerable de nuestra *tercera Órden*. Todos fueron condenados al suplicio *de horca y pozo*. El primero que habia sufrido este género de muerte era el venerable P. Nicolas Keyan, sacerdote jesuita del país, que habia sido martirizado poco ántes, y habia vivido cuatro dias en tan horrible tortura. A su martirio glorioso se siguió el de los venerables P. Erquicia y demas compañeros de prision. Éste vivió en el suplicio, ó más bien agonizó por espacio de treinta horas, habiendo espirado por la tarde del dia 19 de Agosto de 1633; el venerable Bourges y dos catequistas ademas sufrieron por tres dias aquel tormento espantable; y hubo tambien, de estos siete valerosos campeones, quien no espiró hasta el cuarto dia, por la mayor robustez de constitucion orgánica. Sus venerables cuerpos y vestidos fueron despues reducidos á cenizas (1).

80. El venerable P. Fr. Domingo de Erquicia era de San Sebastian y habia tomado el hábito de la Órden en el convento de San Telmo de aquella misma ciudad. Habiendo llegado á estas islas en 1611, fué destinado á las misiones del Japon por los años de 1623,

(1) Como solamente fueron beatificados en 7 de Julio de 1867, por la santidad de Pío IX, los martirizados de 22 de Mayo de 1617 á 3 de Setiembre de 1632, á los siguientes á esta fecha no se les han decretado todavía los honores públicos de mártires. El último sacerdote de la Órden beatificado es el beato Domingo Castellet, mártir en 8 de Setiembre de 1628.

cuando rugia con más furor la tempestad de la persecucion en el imperio. En su ardiente y fervoroso apostolado sólo tuvo por norte el pensamiento de ganar almas para Dios. Anunció el reino de Cristo en diferentes estados del Japon, y nombrado finalmente Vicario Provincial de la mision, hubo de trasladarse á la ciudad de Nangasaqui, donde residia ordinariamente el Superior. Su extraordinaria santidad y sus talentos le granjearon el amor hasta de los mismos enemigos de la fe, que trataron de ganarle á todo trance para la causa de Belial, ofreciéndole una renta de dos mil quinientos pesos anuales (1) y la amistad del Soberano si abandonaba la fe que habia predicado tanto tiempo y con tan asombroso resultado. Comprendian los magistrados que si lograban derribar esta gran columna de la fe, se derrumbaria todo el edificio fácilmente. ¡Tanto era el valor y la importancia que daban á este grande hombre los perseguidores del santuario! Proposicion tan insensata era un verdadero insulto para el caudillo de Israel, y sólo contestó con el desprecio á semejante necedad. El P. Fr. Antonio del Rosario, gobernador del obispado de Macao, de quien ya se ha hecho mencion en otra parte, hablando de este venerable misionero en una carta de 2 de Mayo de 1632, se expresaba en estos términos: «Es para alabar á Dios lo que dicen los portugueses que han venido este año de Japon, y lo que predican todos del P. Fr. Domingo de Erqui-

---

(1) «Diez mil taes de renta cada año (tiene cada tae diez reales fuertes)»; así la *Historia de la Provincia*. En otra parte se ha anotado que el valor del *peso* es de 72 céntimos de tael, aunque esto es variable.

cia, de su virtud, prudencia, religion, celo de la cristiandad y del fruto que allí hace; encarécenlo todos tanto, que afirman que él solo hace más en el Japon que todos los otros religiosos juntos de las demas religiones. Consérvelo Nuestro Señor para el bien de la cristiandad, y gloria de nuestra sagrada religion, que tanto la honra en aquella parte.» (*Aduarte*, lib. II, capítulo XLIII.)

Los trabajos que sufrió este celoso ministro del Señor en los diez años que vivió en medio de aquellos cristianos perseguidos, sólo podrán apreciarse justamente habiendo en consideracion la circunstancia de haber permanecido constantemente en la barrera, acudiendo siempre allí donde habia más necesidad de su presencia, para animar á los débiles en aquel duelo formidable. Multiplicándose á sí mismo por una especie de encanto, que le llevaba á todos lados con la rapidez del pensamiento, hallábase donde quiera frente á frente de los ministros del infierno, sin que nadie sospechase ni se apercibiese jamas de su presencia. Tanta era su habilidad y su talento para disfrazarse de mil modos, y tan singular la providencia con que Dios velaba por su vida. Verdadero Proteo religioso, tomaba mil formas cada dia, y se deslizaba de las manos de todos sus enemigos cuando mas asegurado lo creian. Mas al fin llegó la hora que Dios tenía señalada á su destino, y permitió su prision al poder de las tinieblas, á los cuarenta y seis años de su edad, para premiar sus trabajos con la bella corona del martirio.

81. En el mismo mes y año, y con igual género de muerte, fué tambien martirizado el venerable P. fray

Jacobo de Santa María. Habia sido educado este venerable religioso desde sus primeros años con los padres de la Compañía de Jesus. Su conducta moral y religiosa habia sido siempre ejemplarísima, y despues de haber predicado y confesado las verdades de nuestra santa fe en su país nativo, se trasladó á las islas Filipinas, con la esperanza de regresar á su patria para continuar su obra, luégo que se apaciguase la tormenta que se levantára en el imperio contra la religion de Jesucristo y sus ministros. El ruido de Manila y sus costumbres no se avenian fácilmente con la soledad del pensamiento, donde él buscaba siempre á Dios, y hubo de retirarse finalmente á un bosque apartado y silencioso, para vivir como ermitaño, solo con su corazon y sus virtudes. Mas inspirado en la oracion acerca de su vocacion y su destino, tomó el hábito á la postre en el convento de nuestro padre Santo Domingo de Manila, con otros varios japones, que tuvieron por su dicha aquel mismo pensamiento. Esto sucedió por los años de 1624. Por Agosto de 1626 se ordenó de sacerdote, y unos seis años más tarde fué destinado á la mision de Nangasaqui, para donde se embarcó con otros dos padres japones de la Compañía de Jesus. Su viaje fué desgraciado y azaroso. Las tormentas los pusieron muchas veces en el último conflicto, habiendo sido arrojados á las costas de Corea, de donde salieron finalmente, y aportaron á Satzuma. Fueron tales los trabajos, y tan espantosos los peligros, que los afligidos misioneros padecieron en navegacion tan tormentosa, que el P. fray Jacobo encaneció enteramente en este viaje, siendo que á su salida de Manila apénas tenía un pelo blanco. Des-

de el puerto de Satzuma se trasladó inmediatamente á Nangasaqui, para presentarse al venerable P. Erquicia, como superior de la mision, que lo destinó sin treguas al ministerio de las almas. Denunciado al fin por un doméstico, que no pudo resistir la violencia del tormento que le hicieron sufrir á este propósito, fué preso aquel venerable á los tres meses precisos de haber llegado á Nangasaqui, y conducido á la cárcel de Omura, de donde era natural. Su prision no fué muy larga; pues el 14 de Agosto lo volvieron á la ciudad de Nangasaqui, y el 15 fué ejecutado, con otros compañeros de martirio en el suplicio *de horca y hoyo*, en donde glorificó á Dios constantemente hasta el último suspiro. Tres dias estuvo agonizando en medio de los padecimientos más atroces, hasta que postreramente entregó su dichosa alma al Criador el dia 17 de aquel mes.

82. La muerte del tirano Jogunsama, que debia haber señalado una era de felicidad y de bonanza para la iglesia del imperio, vino á agravar aun más su terrible situacion. El furor y la venganza que los señores del imperio hubieran empleado en otro tiempo en sacudir aquel yugo usurpador, que tan injustamente gravitaba sobre todos sus vasallos desde el soberbio Taycosama, los convirtieron ahora contra aquella dolorida cristiandad, por adular servilmente al más asqueroso y vil de los tiranos. Así se desvanecieron las risueñas esperanzas de aquel pueblo inofensivo, que habia lidiado hasta entónces con todas las formas de la muerte; no pudiendo ya subsistir por largo tiempo, á no ser que la omnipotente mano del Altísimo se propusiera salvarlo por algun medio extraordinario y prodigioso. No hay ejem-

plo en los anales humanos de una persecucion tan prolongada ni tan constantemente sostenida. Hacia mas de cuarenta años que el bramido espantador de la tormenta ensordecia con sus ecos horrorosos los cuatro puntos cardinales del imperio. Era un diluvio de sangre que amenazaba exterminar á toda carne de la superficie fatal de aquellos reinos.

83. Rayó para el cristianismo el dia 19 de Octubre, y viéronse aparecer en el estadio á siete valerosos campeones para dar testimonio con su vida de su religion y de su fe. Cinco de estos paladines eran de la Compañía de Jesus, y los dos restantes Dominicos. Eran éstos el venerable P. Fr. Lúcas del Espíritu Santo y el hermano Fr. Francisco, natural de aquellos reinos, cuyo apellido glorioso no se revela en la historia. El venerable P. Lúcas escribió una larga relacion de sus viajes y prision tres dias ántes de su muerte. Segun este notable documento, habia recorrido el venerable desde Febrero de aquel año las regiones más apartadas del imperio. «Desde el Oriente (dice el mismo) hasta el Poniente he recorrido aquellos reinos, pues he estado en Izzuno, Inabo, Mino, Saca, Tacima, Yochu, Noto, Yechigo y Voxu; y sin embargo de que andaba por mesones y me embarcaba con otros muchos pasajeros del país, nunca he sido conocido. El 15 de Agosto llegué á la córte de Meaco, y luégo á Bosova, en donde estuve hasta el 6 de Setiembre, en que tuve noticia que me iban á prender. Con este rumor creciente salí de la posada con dos mozos, y me marché á otro pueblo, adonde me vino á encontrar el P. Antonio Sausa, de la Compañía de Jesus. Al ver que no nos era fácil esca-

parnos, porque atormentaban á los cristianos que podian saber el paradero, á fin de que nos delatasen, nos concertamos los dos de no separarnos por entónces, marchando inmediatamente á Osaca, en donde nos prendieron el 8 de aquel mes, con algunos mozos, que no quisieron en manera alguna abandonarnos.» Mas estractarémos su relato, para ceñirnos más á nuestro objeto. Nuestro venerable P. Lúcas se puso entónces el hábito de la Órden, que ya tenía prevenido, y arrodillado ante Dios, se dejó amarrar cual mansa oveja, entonando el *Te Deum* solemnemente, en tanto los conducian á su reclusion provisional. Preguntáronles despues por el P. Fr. Tomas de San Jacinto; pero les contestaron ¡francamente que no les habian de decir una palabra sobre lo que pudiese redundar en perjuicio de tercero, aunque lo supiesen ciertamente. Por la noche los llevaron á una embarcacion ligera, y de allí á la cárcel del distrito, en donde se lavaron y besaron sus plantas mutuamente, en memoria del mandato que el Salvador de los hombres dejára recomendado á sus discípulos. Miéntras los estaban registrando los esbirros, entonaron el *Magnificat*, y lo cantaron, alternando con los PP. Franciscanos, que ya estaban encerrados en aquella misma cárcel. Despues procedieron los verdugos á dar tormento cruel á los cristianos, para que les descubriesen la ignorada residencia del P. Fr. Tomas de San Jacinto, y el 14 torturaron tambien al P. Sausa con este mismo designio. Despues los volvieron á la cárcel, y dice, hablando el venerable de este hecho: «No sé para qué se necesita más grandeza de corazon y de espíritu, si para sufrir el tormento ó

para contener el gozo que de todo esto nos queda.»

A principios de Octubre ensayaron atormentar á los criados con el fin de que delatasen á sus amos, en la suposicion de ser cristianos, y ofreciéndoles al mismo tiempo el perdon de la pena capital y mucha plata si renegaban de Dios. Era pensar en lo imposible. Nada pudieron conseguir sino una pesadumbre insoportable de confusion y de vergüenza. Mas era preciso conducir todos aquellos atletas á la ciudad de Nangasaqui, y salieron entonando el cántico de María con la mayor efusion y entusiasmo de su espíritu. En este viaje penoso predicaron todos ellos con la mayor libertad la ley santa del Señor, y asegura nuestro venerable en su relato «que en veinte años atras no se habia publicado tanto la fe á la gentilidad del Japon.» Hasta los ministros y soldados que los conducian á su destino, no dudaban afirmar «que eran inocentes todos y que en muriendo serian santos.» Desde el puerto de Cocura los llevaron ya por tierra, atravesando los distritos de Bujen y Sicuchen, y de Figen y Safay, predicando de pasada en todas partes y á todas horas, sin cansarse, la doctrina inmaculada de nuestra santa religion, hasta el dia 24, que llegaron por fin á Nangasaqui. En medio del consuelo y la alegría de que nuestro venerable se hallaba profundamente poseido, no pudo ménos de afectarle en gran manera la vista desgarradora de algunos malos cristianos que ántes le habian hospedado en sus casas dispuestos á perder la vida por su causa, y ahora se presentaban como agentes de la policía imperial para conducirle á su prision. Esta consideracion hizo derramar al venerable muchas y sentidas lágri-

mas, al contemplar de pasada aquellos pueblos en donde él ántes habia ejercido el ministerio de las almas; pues no podia ménos de inferir, al ver su actual situacion, que la religion se iba acabando en donde tan floreciente habia estado en otro tiempo.

El dia 18 de Octubre fué sometido al suplicio de *horca* y *hoya* el venerable P. Lúcas con otros tres hermanos de la Órden naturales del país; mas no habiendo espirado aún en la noche de aquel dia, los volvieron á la cárcel, é hicieron propalar por la ciudad que habian renegado de la fe. Un comerciante español, que estaba á la sazon en Nangasaqui, al oir esta noticia, desde luégo aseguró que era una impostura infame, y con el fin de poderla desvanecer más fácilmente, se fué con algunos portugueses á la cárcel, en donde el mismo venerable les aseguró la verdad en estos términos: «Que siempre habia estado firme en la fe, y esperaba en el Señor lo estaria en adelante, y que la voz que habian echado los gentiles era falsa, dirigida únicamente á desanimar á los cristianos fervorosos.» En seguida fué á verse el venerable con los guardas, les confesó y predicó la verdad de nuestra santa religion, les hizo ver la falsedad y la calumnia que habian hecho circular en Nangasaqui, y en vista de todo esto lo volvieron al patíbulo al amanecer del dia siguiente, en donde terminó gloriosamente su carrera, sin apartar de sus labios el santo nombre de Dios, que espiró en su boca dulcemente con el postrimer aliento.

Era este venerable natural de Benavente, é hijo del convento de Nuestro P. Santo Domingo de la misma ciudad. Estudió en el convento de Trianos, y en San

Gregorio de Valladolid. En 1618 pasó á la Provincia del *Santísimo Rosario*, obedeciendo á la voz de su conciencia, que le revelaba su mision. Destinado en un principio á regentar una cátedra de teología en el colegio de Santo Tomas, fué enviado posteriormente, con otros celosos compañeros, á las misiones del Japon. Trabajó por espacio de diez años con un celo infatigable, levantando valeroso el estandarte de la Cruz en todas las provincias del imperio. Era, pues, digno de encontrar, al despedirse de la vida, la corona venturosa que Dios tiene prometida á los que mueren por su amor. Fué mártir á los treinta y nueve años de su edad.

84. En Agosto del mismo año habia perdido la Provincia al P. Fr. Jacinto Esquivel, llamado del Rosario, asesinado con un P. Franciscano por unos chinos infames que los conducian de la Formosa á los puertos del Japon. Nacido en la capital de Álava, corria por sus venas sangre noble, y sus blasones de familia abrian á su paso un porvenir esplendoroso y brillante, si Dios no le hubiese llamado con voz fuerte á un estado más perfecto de abnegacion y de heroismo. Admitido al hábito de la Órden en la misma capital, hizo de su corazon una morada para vivir allí solo con su Dios. Sus distinguidos talentos le merecieron la honra de ocupar una cátedra de filosofía en el célebre colegio de San Gregorio de Valladolid. El espíritu de Dios que lo animaba le habló allá en su corazon, y hubo de trasladarse á esta Provincia, á la que llegó en 1626. En tanto que regentó sucesivamente las cátedras de filosofía y teología en la Universidad de Santo Tomas, se dedi-

caba al mismo tiempo al estudio del idioma japonés, con la esperanza de poder consagrarse en algun tiempo á la predicacion del Evangelio en los extensos dominios de aquel imperio desgraciado. Miéntras esperaba siempre una ocasion oportuna para trasladarse finalmente á la tierra deseada, arregló é imprimió un vocabulario en japonés y español, con el auxilio del padre Fr. Jacobo de Santa María, que á la sazon estudiaba en el colegio de Santo Tomas, en cuya obra apreciable consumió trabajo y tiempo sin medida, con una perseverancia á toda prueba.

Enviado postreramente á la Formosa, con órden de trasladarse al imperio de Japon tan pronto como se presentase alguna coyuntura favorable, se dedicó al estudio de la lengua del país, que utilizó despues, con gran provecho, en aquella mision edificante. Levantó una bella iglesia en el pueblo de Taparri, y ganó de tal manera el afecto de los bárbaros, que no podian separarse de su amable compañía. Solian preguntarle, en su rudeza, por su mujer y por sus hijos, y al asegurarles él sencillamente que los religiosos eran célibes, quedaron sorprendidos y admirados, pues no comprendian siquiera la posibilidad de tal estado. La actividad y la energía de aquel hombre extraordinario no conocian límite alguno. Concluido el hermoso templo de Taparri, erigió á seguida otro en Camauri, que dedicó al patriarca S. José, de quien era muy devoto. Para estas bellas construcciones halló una cooperacion y un fuerte apoyo en el gobernador de la colonia, don Juan de Alcarazo, su paisano y muy amigo.

Era sencillo y natural que este celoso operario de-

seára ejercer su apostolado en los pueblos donde habia edificado las iglesias; mas obedeció gustoso al Superior de la mision, que lo destinó despues á la iglesia de Tanchui, para atender al ministerio espiritual de la guarnicion de su castillo y demas españoles residentes en la capital de la Formosa. Aunque su corazon y pensamiento se hallaban en la iglesia del Japon, adonde estaba destinado, y por más que su permanencia en dicha isla fuese accidental tan solamente, fué, sin embargo, tan eficaz su estudio y su aplicacion al idioma del país, que llegó á formar un arte, un vocabulario muy copioso y una traduccion muy feliz del catecismo. Luégo se dedicó á instruir á los isleños infieles en la doctrina cristiana, que ya podian leer y estudiar en su nativa lengua, para prepararlos de este modo á recibir, en su dia, el santo sacramento del Bautismo. Oyeron al religioso con atencion y con respeto; empero, su respuesta y resolucion definitiva no hubo de ser tan favorable como el celoso misionero deseaba. Vamos á decir la causa, y cómo Dios se vale alguna vez de las mismas supersticiones de los pueblos para sacar del mal el bien, haciendo brotar la luz de las tinieblas.

Habia en la isla cierto pájaro, cuyo canto tenian aquellos bárbaros por agorero y adivinador de lo futuro. Tenian una fe supersticiosa en su graznido fatídico, segun las reglas y señales que hubieran por tradicion de sus abuelos. Estas prácticas absurdas los tenian tan preocupados y adheridos, que no emprendian ningun negocio ni acometian ninguna empresa sin consultarlo ántes con su pájaro. Con esta disposicion de ánimo, y hondamente poseidos de su idea, contes-

taron al P. Esquivel sobre el asunto, que harian inmediatamente lo que el pájaro les anunciase con su canto ó con su vuelo. Esto equivalia á confiar la resolucion de este negocio á la contingencia de la suerte, dado que no fuese una negativa disfrazada, que ellos quisieran cohonestar con sus vanas observancias. El misionero procuró desvanecer aquel error, y probarles de mil modos que los instintos y propiedades naturales de los seres, no podian ser para el hombre una señal infalible de su porvenir moral y sus destinos. Nada pudo convencerles de su engaño, y en tal concepto, el misionero confió á Dios su propia causa. Retirado, con efecto, á su capilla, dirigió al cielo una plegaria para que hiciera servir, siquiera por esta vez, la supersticion á la verdad, obligando á la naturaleza y á sus leyes á concurrir, en este trance, como causa ó motivo ocasional de sus designios. Y sucedió que la avecilla se vino á las manos de los bárbaros, lo que ellos miraron por entónces como agüero favorable. Aquel santo misionero pudo ya levantar, sin desconfianza por parte de los infieles, una iglesia preciosa y aseada, como él sabía hacerlas en la isla, y dar principio de este modo á su mision apostólica en aquellas rancherías. El templo de Tanchui fué dedicado á Nuestra Señora del Rosario, para poner á sus neófitos bajo de su proteccion y de su amparo. Desde entónces fué propagándose la doctrina de la religion y de la fe en derredor de aquel santuario, y á la sombra tutelar de sus hermosos pabellones, se fueron agrupando largas tiendas de pueblos incircuncisos, que se fueron asociando á los elegidos de Israel. Echados ya los cimientos de esta bella cristian-

dad, el P. Esquivel se trasladó á la ciudad de San Salvador, y avergonzado y confuso por las extraordinarias distinciones con qùe era de todos tan honrado, consiguió del Superior el permiso competente para poder retirarse á su primera residencia de Taparri, adonde solian ir de vez en cuando los españoles del presidio, para cultivar su trato y amistad encantadora. Aquí prosiguió su apostolado con el celo y fervor que en todas partes. Hondamente poseido de su elevada mision en la colonia, abrió una escuela cristiana al pié de una hermosa cruz, y se hizo niño con los niños por ganarlos á todos para Dios.

Empero sus miras religiosas eran áun más elevadas. Su celo no se limitaba á predicar personalmente el Evangelio con la uncion irresistible que Dios habia dado á su palabra. Él aspiraba á perpetuar su mismo celo, y aquella fuerza de vida que rebosaba sin cesar de su corazon y de su alma, en un plantel de ministros destinados á llevar el estandarte de la religion y de la fe á los imperios populosos de la China y del Japon. Inspirado el venerable en tan levantado pensamiento, fundó una obra pía, que llamó de la Misericordia, por haberla establecido sobre las bases orgánicas que tuvo desde un principio la del colegio de Santa Isabel en la capital de Filipinas. Don Juan Alcarazo dió cuatro mil pesos para dar principio desde luégo á las operaciones de la mesa, y él añadió otros dos mil, que habia recogido en Manila para invertirlo en obras pías. Luégo se nombraron diputados y un hermano mayor, que lo fué el mismo Alcarazo, debiendo de intervenir en todo el Superior de la mision que por tiempo fuere

en la colonia. Sus estatutos fueron enviados á Manila para la aprobacion del superior Gobierno y del señor Arzobispo, á cuya metropolitana pertenecia la Formosa. Una de sus principales cláusulas disponia que á su tiempo se fundase, con sus productos, un seminario para educar en él jóvenes chinos y japones, que despues de instruidos y ordenados debian regresar á sus países respectivos, para propagar en ellos la luz del Evangelio. Mas hubieron de frustrarse tan lisonjeras esperanzas con la pérdida fatal de la colonia, que poco despues acaeciera.

Su vida íntima y privada era la de un cenobita del desierto. A los ayunos de ley añadia él otros muchos de su devocion particular. Se azotaba diariamente con disciplina de sangre, y á la dureza acostumbrada de la cama añadia una cruz tosca y nudosa, sobre la cual se acostaba reverente, más que á dormir, á padecer. La mortificacion de Jesucristo, que llevaba, en efecto, á todas partes en derredor de su cuerpo, como el Apóstol de las gentes, le habia merecido la aureola de una castidad inmaculada.

Ocupado, como es visto, en sus tareas apostólicas, á la par que en el negocio de su propia santificacion y sus virtudes, habia sonado la hora para él, tan deseada, de trasladarse por fin á las islas del Japon con la grata compañía de un misionero Franciscano. Mas Dios habia escrito con su mano en el libro inescrutable de sus consejos eternos que aquel imperio satánico no poseeria aquel tesoro. La próxima salida de un champan, que por Agosto de 1633 debia salir de la Formosa para la ciudad de Nangasaqui, pareció á todos una ocasion

muy oportuna para realizar el pensamiento de toda su vida religiosa. Sabedor el capitan de sus deseos, se ofreció á conducirlos por cierta suma de dinero. Llevaban algunos dias de navegacion feliz, muy ajenos de pensar la negra perfidia de los chinos, cuando estos mercaderes fementidos les quitaron la vida en alta mar para robarles su pobreza, arrojando sus cuerpos al abismo. Antes les habian cortado las orejas y narices para presentarlas en Japon á los tiranos, y recoger allí el premio de su horrible villanía. El capitan de la nave, autor principal del atentado, recibió, en efecto, en Nangasaqui el dinero maldito de su infamia; empero no lo disfrutó por mucho tiempo; pues murió poco despues, si no ahorcado como Júdas, á lo ménos ahogado de una hemorragia de sangre, que lo llevó á los infiernos como réprobo. Él mismo reconoció que su fin era un castigo con que Dios habia vengado aquella muerte alevosa de los dos inocentes religiosos.

Las actas de la congregacion intermedia, celebrada en 1635, hacen de nuestro venerable una memoria gloriosa en estos términos: «El P. Fr. Jacinto del Rosario, ó Esquivel, fué degollado cruelmente por los infieles, estando todavía en la mar, en su viaje para los reinos de Japon, yendo á predicar el Evangelio á aquella Iglesia afligida. Era, ciertamente, varon muy religioso, ejemplar de penitencia, amante de la humildad, muy celoso por la salud de las almas, y muy deseoso de derramar su sangre por el amor de Jesucristo. Cortadas orejas y nariz, para servir de testimonio de la maldad delante de otros infieles, su cuerpo fué arrojado á la mar.»

CAPÍTULO VIII.

Prision y tormentos espantosos que sufrieron los venerables PP. Fr. Tomas de San Jacinto y Fr. Jordan de San Estéban.—Su martirio.—Reseña de su vida.—Martirio de la venerable Marina, tercera de la Órden.—Idem de otra venerable, tambien tercera de la Órden, llamada Magdalena.—Primera congregacion intermedia, celebrada en 1635.—Llega á Manila D. Sebastian Hurtado de Corcuera.—Llega tambien á la misma capital el P. Fr. Diego Collado con la mision de los barbones, para fundar la congregacion de San Pablo.—Se funda la congregacion con el auxilio de Corcuera.—Disturbios que con este motivo suceden en la Provincia, y la congregacion es luégo disuelta.

85. A pesar de la tormenta que cernia sus negras alas sobre todos los reinos del Japon, existian aún ocultos en la ciudad de Nangasaqui algunos celosos misioneros, que con toda suerte de cautelas asistian con los auxilios oportunos á los fieles perseguidos y los animaban al combate hasta morir por su fe, por su religion y por su Dios. Allí estaban los valientes campeones de la Cruz, el P. Jordan de San Estéban y el padre Tomas de San Jacinto, que á pesar de la vigilancia y los cuidados de los hijos de Israel, que formaban en su torno un valladar impenetrable, vinieron á ser presa, finalmente, de los agentes imperiales. Era entónces cuando entrambos disponian su jornada para el reino de Omura, en donde eran más urgentes y premiosas las necesidades del santuario. Empero la devocion de algunos cristianos fervorosos que deseaban comulgar en la fiesta de nuestro Santo Patriarca, los habia detenido un dia más, y eso bastó precisamente para ser habidos, sin pensarlo, por la policía imperial, cuyos esbirros buscaban á un misionero Agustino. Ha-

Hállabanse los venerables por entónces en una casa vecina á la ciudad de Nangasaqui, cuando vieron de improviso á los perseguidores de la Cruz, que se arrojaron sobre ellos como tigres sanguinarios. Cargados de grillos y cadenas, como grandes malhechores, los introdujeron tumultuariamente en la ciudad, para presentar su presa al tribunal de la muerte. El venerable Jordan no quiso hacer á los tiranos la profunda reverencia que es usanza de los presos en el imperio del Japon, inclinándose y bajando la cabeza hasta el polvo en su presencia. Requerido de esta falta el venerable confesor, satisfizo á este cargo muy tranquilo, diciéndoles con franqueza que no debian exigir de un sacerdote aquellas demostraciones de veneracion y de respeto, los que se negaban á ofrecerlas al verdadero Dios del cielo y tierra, persiguiendo cruelmente á sus adoradores y ministros.

Desentendiéndose, al fin, de sus razones aquellos jueces inicuos, cuya conciencia temblaba ante la razon y la inocencia, lo dejaron por entónces, y pusieron toda su atencion y su conato en hacer apostatar, en su presencia, á su venerable compañero, á quien, como indígena y japon, suponian más débil é inconstante. Comprendia el interrogatorio varios extremos peligrosos, á que el venerable contestaba solamente *sí* ó *no*, por no comprometer á los cristianos, y afirmando con valor que era religioso dominico, dispuesto á derramar toda su sangre por su Dios crucificado. En vano ensayaron tambien interrogar al venerable Jordan que bajel lo habia traido á las playas del Japon, en dónde habia residido, quiénes le habian hospedado en sus hogares, con otros pormenores de este género, que podian

redundar en perjuicio de otros muchos. Mas él á todo contestaba con la mayor intrepidez y bizarría, sin descubrirles jamas el secreto de su aparicion y permanencia en el imperio. Decia, y decia la verdad, que su mision era de Dios que habia ido á aquellos reinos á predicar su santo nombre; que no habia tenido jamas morada alguna permanente en este mundo, y que tenía su mansion allá en el cielo, hermosamente fabricada por la mano del Altísimo. Aquellos magistrados miserables, que no estaban en el caso de comprender su contestacion divina, se contentaron con decirle estas palabras: «Ya se sabe que eres uno de los espías que ha mandado el rey de España para apoderarse del imperio.» Esta miserable necedad no merecia ser contestada; mas el venerable creyó que no debia dejarla pasar desapercibida en este caso; pues era la idea infame que los fementidos holandeses habian hecho circular por el imperio, para deshonrar á un tiempo al catolicismo y á la España. «Estás muy engañado, le dijo, pues mi ánimo y el de mi rey no es otro que de hacer cristiano á vuestro reino, y no apoderarnos de él contra las máximas de la religion que predicamos.» Luégo los volvieron á la cárcel, en donde les aguardaba un prolongado martirio.

Este calabozo se habia hecho para los PP. misioneros solamente, á imitacion de la jaula de Omura, y se componia, como aquélla, de estacas clavadas en el suelo, sin division interior, para que todos los venerables confesores estuviesen á la vista de los guardas. Los simplemente cristianos, sin el carácter sagrado de ministros, estaban separados de los venerables misioneros

para hacerles apostatar más fácilmente sin el auxilio y ministerio espiritual del sacerdote. Sobre los grandes sufrimientos y miserias que se padecian en estas jaulas horrorosas, y que ya se han descrito en otra parte de esta *Historia*, habia que añadir ahora la más sensible y penosa de todas las privaciones, que era el no poder celebrar el santo sacrificio de la misa, para dar y recibir el pan del cielo que es la vida y el alimento espiritual de los cristianos.

Por tres veces combatieron la constancia de nuestros venerables misioneros, y por tres veces triunfaron de la impiedad de los tiranos. Riquezas, libertad, goces; cuanto puede ofrecer de seductor la concupiscencia de los ojos, la concupiscencia de la carne y la soberbia de la vida, todo fué objeto y promesa de esta primera tentativa, si renunciando para siempre del verdadero Dios del cielo y tierra, encorvaban su rodilla á las torpes deidades del imperio. Los venerables contestaron con la sonrisa del desprecio á proposicion tan insensata, y añadieron con desden: «Que no eran niños, ni mucho ménos mentecatos, para dejarse alucinar con aquellas golosinas.» En este primer ensayo examinaron los tiranos á unos míseros infieles que habian servido de intérpretes en algunos buques portugueses, y sin embargo de confesar rotundamente que jamas fueron cristianos, ni ménos pensaban serlo, para prueba les pusieron los tiranos en el suelo la imágen de nuestro divino Redentor (1), á fin de que la conculcasen é insultasen. Al ver el P. Jordan aquella impiedad hor-

(1) Una imágen de la Vírgen, pone la *Historia* antigua.

renda, lleno su corazon de un santo celo, se puso devotamente sobre ella para cubrirla con su cuerpo y evitar por su parte aquel sacrílego atentado, ya que no podia hacer uso de las manos para apartar la santa imágen, por tenerlas amarradas fuertemente. Esta protestacion sincera de su fe le mereció ser apaleado por la turba despreciable de verdugos, que se disputaban el honor de hacerle pagar su atrevimiento. El venerable confesor sufrió aquel bárbaro castigo con la mansedumbre de un cordero, sin abrir la boca más que para querellarse de la impiedad de los tiranos y ceguedad de los gentiles, que despreciaban la imágen de su buen Dios humanado.

Por segunda vez fueron citados á la barra de aquel tribunal inicuo; y omitiendo los tiranos esta vez toda suerte de promesas por inútiles, trataron de amedrentarlos con los tormentos más atroces y con la vista de instrumentos espantables, preparados de antemano para los que no renegasen de la Cruz. Se trataba de tostarlos en parrillas ó freirlos en sartenes, si no adoraban sumisos á las risibles divinidades del imperio; y para que se convenciesen de la realidad de la sentencia, mandaron encender una hoguera en su presencia, y poner en ella unas parrillas para asarlos lentamente, y prolongar de esta manera su tormento. Empero nada consiguieron con todo esto, más que dar ocasion á tantas víctimas para hacer más glorioso el testimonio de su religion y de su fe. La pluma se escapa de la mano por no dar á estas escenas el horrible colorido de sus cuadros. Es preferible citar las palabras literales de un narrador fidedigno, trazadas sobre la misma historia de

.r-
ian
ando
a sen-
aseñado
imperia-
naudita, y
honor que
ael. La ronca
n cuando, para
y de la muerte.
enerables estaban
uerte de tormento,
rosos levantados en
en donde debian ser
espanto á la inmensa
el era el monte santo,
ro tiempo la palma glo-
an invictos campeones de
in, de Nangasaqui. Veíase
o patíbulo erizada en derre-
acinados confusamente en el
estacas, horcas, pozos y cata-
dugos dispuestos á ejecutar ra-
niento final de los tiranos. Los
léjos de estremecerse ni temblar
spantador, miraban con alegría
le, donde se alzaba la muerte como

vinidad de nuestra religion, si no los cegára su malicia y su satánica impiedad; mas haciéndose sordos á la voz de la naturaleza, discurrieron otra clase de tormento todavía más cruel, de cuya ejecucion se avergonzáran los salvajes más brutales. Mandaron, pues, á los verdugos ¡oh inaudita crueldad! que les introdujeran una caña aguzada por los órganos sexuales, para que de esta suerte fuesen atormentados en la parte más sensible y en el pudor. El tormento cruel se llevó á efecto á la faz de todo el mundo, y sólo así quedó de algun modo satisfecha la brutal venganza de aquellos jueces inhumanos. Despues los volvieron á la cárcel, de donde ya no volvieron á sacarlos sino para el último suplicio. El tormento de las cañas era tan horroroso, que su noticia hacia estremecer á los más esforzados cristianos. Así lo entendieron los mismos venerables, los cuales, con el fin de evitar la ruina de los flacos, pusieron especial cuidado en no mostrar las manos á los que de propósito iban á visitarlos.»

86. El corazon se acongoja, la vista se empaña y se oscurece á la simple perspectiva de escenas tan estremecedoras y horroríficas. Avergonzados los jueces de verse al fin derrotados en todas las posiciones del combate, pronunciaron á la postre su fallo definitivo, condenándolos al suplicio *de horca y hoyo*. Amaneció el 11 de Noviembre de 1634, y apareciendo velado el sol naciente, dijérase que ocultaba su faz encendida al mundo para no ver los horrores de tan terrible espectáculo. Setenta y siete cristianos formaban la comitiva de los venerables misioneros, y saliendo todos, por su órden, de sus jaulas respectivas, vinieron á reunirse fi-

nalmente, para marchar todos juntos á los últimos combates. Aterrador en extremo y sorprendente era el aspecto que ofrecia aquel escuadron glorioso de la milicia cristiana. Iban todos á caballo, con los brazos amarrados á la espalda y una soga en la garganta. Rompian la marcha fúnebre los dos hijos de Guzman, llevando levantada una bandera, en la cual estaba escrita la sentencia de su muerte: «Por haber profesado y enseñado la religion de Jesucristo.» Los mismos jueces imperiales presidian de toda gala aquella pompa inaudita, y una legion del ejército era la escolta de honor que acompañaba al estadio á los atletas de Israel. La ronca voz del pregon dejábase oir de cuando en cuando, para anunciar la sentencia de la ejecucion y de la muerte. Empero, como no todos aquellos venerables estaban condenados á morir con la misma suerte de tormento, la diversidad de instrumentos pavorosos levantados en lo alto de una colina inmediata, en donde debian ser sacrificados, llenaba de horror y espanto á la inmensa multitud que los miraba. Aquél era el monte santo, donde habian alcanzado en otro tiempo la palma gloriosa del martirio tantos y tan invictos campeones de Israel. Era el calvario, en fin, de Nangasaqui. Veíase la barrera de aquel inmenso patíbulo erizada en derredor de agudas cañas, y hacinados confusamente en el estadio leña, tablones, estacas, horcas, pozos y catanas, y una turba de verdugos dispuestos á ejecutar rabiosamente el mandamiento final de los tiranos. Los venerables confesores, léjos de estremecerse ni temblar ante aquel aparato espantador, miraban con alegría aquel cerro formidable, donde se alzaba la muerte como

en un trono siniestro, esparcidos á sus plantas todos sus blasones y trofeos. Era de ver ciertamente por los mismos ángeles del cielo cómo los ilustres campeones fueron besando uno por uno los instrumentos del martirio y la tierra bienhadada en donde iban á verter toda su sangre por la fe de Jesucristo. Daban gracias al Señor por haberse dignado concederles morir por su santo nombre, y por aquella doctrina que ellos habian anunciado en medio de tantos peligros y amarguras. Preparado ya el patíbulo, y colocados dentro de la barrera los verdugos y las víctimas, se oye un sonido siniestro en lo alto de la colina, que era la señal fatídica de dar comienzo al combate. En tan supremo momento, se agitan todas las manos de los horrendos sayones, y van cortando los lazos de tan preciosas existencias con los instrumentos señalados á cada atleta cristiano. Quedaban ya solamente en la barrera nuestros venerables confesores Fr. Jordan y Fr. Tomas, cuyo terrible martirio refiere Aduarte en estos términos:

«Estaban aprestadas dos cuevas ú hoyos, de una vara de ancho cada uno, y sobre ellos estaban dos horcas algo bajas, y viendo los santos mártires que los ministros de justicia se apercibian para dar principio á su martirio y fin á sus trabajos, dispusiéronse ellos tambien, y despidiéndose en voz alta, protestaron la fe por que morian, y la que habian enseñado, advirtiendo á todos los oyentes, que sin ella ninguno podia salvarse; condenaban el inhumano rigor de los que la perseguian, y ensalzaban el altísimo valor de los que por ella allí estaban para padecer, y dijeran mucho más, si no les atajáran sus razones, echándoles en el

suelo, donde los ataron fuertemente por los piés, y de ellos los colgaron á cada uno en su horca, quedando las cabezas y la mitad de sus cuerpos hasta la cintura metidos en los hoyos. Pusiéronles luégo unas tablas con su muezca, como el cepo la tiene para los piés ó cabeza, pero de anchura bastante para tapar todo el hoyo, y sobre estas tablas cargaron gran peso de piedras (todo invencion de crueldad) para con el peso causar mayor tormento, y así los dejaron padecer, saliéndoles la sangre por boca, ojos, narices y oidos, que es uno de los más terribles tormentos que el demonio les ha enseñado para atormentar los santos, que él tanto aborrece. En esta forma y con estos trabajos perseveraron con vida el P. Fr. Jordan siete dias, y el padre Fr. Tomas poco ménos, sin comer ni beber, con gran confusion de los infieles, y nobilísimo ejemplo de valor, paciencia y fe á los cristianos, con que acabando felizmente sus dias, acabaron tambien sus penas, y comenzó, para nunca acabarse, su gloria.» (*Aduarte*, libro II, cap. LI.)

Esta duracion no podia ser en manera alguna na[illegible]ral: la falta absoluta de alimento en tantos dias [illegible] sí suficiente para quitarles la vida mucho ánte[illegible] prescindiendo enteramente de la violencia hor[illegible] del tormento. Era otro milagro más, que ven[illegible] testimonio de la divinidad de la religion por [illegible] rian, y los mismos infieles y paganos que pr[illegible] estos hechos no podian ménos de recono[illegible] esto una virtud s[illegible] al poder de la natu[illegible] sus leyes.

[illegible] estaba bi[illegible]

nes que se habian inspirado para siempre en pensamientos divinos, de lo que daban testimonio en todo tiempo su santidad y sus virtudes. Era el venerable P. Fr. Jordan natural de un pueblo de Sicilia, diócesis agrigentina, llamado San Estéban, cuyo nombre adoptó al recibir el hábito de la Órden en el convento del mismo glorioso proto-mártir; pues el propio de la familia era Ansalon, como es constante. Guiado de un espíritu superior, abandonó su patria y su familia por el deseo de compartir los trabajos y las lides del apostolado del Japon con los misioneros españoles, que peleaban con tanto ardimiento y bizarría las batallas del Señor en el Oriente. Incorporado en tal concepto á la provincia del *Santísimo Rosario* en 1625, y habiendo llegado á Filipinas en 1626, fué destinado por el pronto al ministerio de los chinos, y halló en su genio el secreto de un dón extraordinario para el èstudio de las lenguas. Al poco tiempo poseia perfectamente el difícil idioma de los chinos, y sabía innumerables caractéres sínicos, que es el gran problema filológico y la parte sábia de la lengua. Ejerció despues su apostolado en la antigua mision de Cagayan, que tantos y tantos mártires ha dado á la iglesia del Japon, y tuvo á la vista á todas horas aquellas huellas de sangre que señalaron su paso y su peregrinacion sobre la tierra. Inspirado, como ellos, en el deseo de afianzar el reino de Jesucristo sobre la fortaleza de las gentes y sobre la muchedumbre de los mares, pasó á las playas remotas de aquel dilatado imperio en traje de un chino mercader. Esto sucedia por los años de 1632. Desde la ciudad de Nangasaqui y sus comarcas, en

donde ensayó primeramente su ministerio apostólico, pasó al reino de Omura, y aquella grey desolada lo recibió como un ángel que Dios le enviára de lo alto para su consuelo y alegría en aquel mar borrascoso de amarguras. Cristianos muy fervorosos que hacia ya más de veinte años que no habian podido recibir los sacramentos de la vida por falta de sacerdotes y ministros, pudieron aliviar postreramente sus conciencias prosternados á sus plantas. Martirizados ya los venerables campeones de la Cruz Fr. Domingo de Erquicia y Fr. Lúcas del Espíritu Santo, fué el único europeo de la Órden que quedaba vivo en el imperio, asociado en sus trabajos al venerable P. Fr. Tomas de San Jacinto, su compañero constante de persecucion y de martirio.

Era este venerable natural de Firando, capital del reino de este nombre, y se llamaba en el siglo Rocusayemon. Dotado de un ingenio y virtud sobresaliente, los PP. de la Compañía de Jesus lo escogieron por uno de sus dóxicos ó catequistas superiores; y de esta suerte, sin ser aún sacerdote, ya compartia en cierto modo los trabajos apostólicos de los PP. misioneros. Desterrados éstos del imperio, y deseoso de seguir la carrera eclesiástica en alguna de las órdenes religiosas de Manila, se trasladó á esta capital, y fué admitido en el colegio de Santo Tomas de esta ciudad, en donde cursó las facultades de filosofía y teología con aprovechamiento muy notable. Habia pretendido desde ántes el santo hábito en el convento de Santo Domingo; mas como era recien llegado, y áun no bastante conocido, habia sido necesario experimentar su vocacion ántes de

contraer el compromiso. El tiempo que empleó posteriormente en la carrera literaria bastó para conocer sus grandes dotes, y en tal concepto fué admitido al hábito de la Órden en 1624, habiendo profesado en el siguiente, á los treinta y cinco de su edad. Acompañó al gran prelado conquistador de la Formosa, con la idea de pasar despues á su país con la aprobacion de sus prelados. Así lo verificó, efectivamente, por los años del Señor de 1629, con escala y sin descanso en las islas de los Lequios. Con fecha 9 de Mayo, y ántes de salir de la Formosa, escribia á un religioso de Manila lo siguiente: «El P. Provincial vino aquí en persona y me trajo de intérprete, y de aquí me envia á Japon. Por ser yo de nacion japona no habia dificultad en pasar adelante: yo no soy digno de tan alto ministerio; pero, por ser cosa de obediencia, soy muy contento. Yo me quedo aquí hasta el principio de Junio, y pasaré al Lequio grande..... Despues, habiendo ocasion, pasaré más adelante. Por cierto que por una parte será grande desconsuelo estar mucho tiempo entre infieles, sin confesion ni decir misa, y áun no sé si habrá lugar para poder rezar; por otra parte me consuelo al ser cosa del servicio de Dios. Ya en esta vida no nos podemos ver; con el favor de Dios, espero nos veremos en el cielo.» Despues de sufrir muchas privaciones y trabajos en las islas de los Lequios, Dios le deparó ocasion de poder trasladarse á Nangasaqui, para presentarse en el estadio como un nuevo paladin del cristianismo. Su celo y actividad le dieron pronto á conocer en el imperio, y los enemigos de la fe, sabedores, finalmente, de su aparicion sobre la brecha, pusieron en

juego sus pasiones y los resortes más indignos para sorprenderlo y apresarlo. Cuatro años le persiguieron á sol y á sombra en todas partes, y sólo consiguieron aprehenderlo, cuando Dios lo hubo otorgado al poder de las tinieblas. Ya hemos asistido al espectáculo terrible, y á la vez consolador, de su martirio.

88. Entre los setenta y nueve mártires que dieron la vida por la fe el dia 11 de Noviembre, se distinguió especialmente una cristiana fervorosa, llamada Marina, que profesaba la regla de la Órden *tercera* de nuestro Santo Patriarca. Era natural del reino de Omura, y sus piés no conocieron los caminos de la iniquidad y del pecado. Su casa habia sido siempre el refugio y el amparo de los misioneros perseguidos, afrontando con valor los peligros espantosos de su caridad hospitalaria. El venerable P. Luis Exarch era su principal maestro y el director espiritual de su conciencia, y él le recibió tambien la profesion de *tercera* Dominica, con el voto de perpétua castidad. El venerable P. Fr. Jordan de San Estéban escribió que tenía hecha una relacion verídica de su vida cristiana y religiosa, que hubiera podido ser de grande utilidad para los fieles del Japon, sino hubiesen desaparecido sus papeles en el furor de la persecucion de aquella iglesia. Llamábala este venerable en su carta la más santa y valerosa de todas la mujeres del Japon, y lo confirmaron con su dicho unos comerciantes portugueses que la conocieron y trataron muy de cerca. Sabian demasiado los infieles que su casa en Nangasaqui era la comun hospedería de los PP. misioneros; sabian tambien que su vida era un dechado perfecto de santidad y de virtud; y sin embargo, no

osaron por mucho tiempo llevarla á los tribunales como cristiana y fautora del apostolado religioso que venía luchando frente á frente con todas las potestades del imperio. Al fin Dios habia dispuesto coronar gloriosamente tantos méritos, y permitió á Satanas y á sus ministros poner sus manos impías en aquella víctima inocente. Aprisionada y requerida delante de los tiranos, confesó de plano ser culpable de lesa gentilidad y paganismo, por haber recibido en su casa á muchos PP. misioneros; añadió ademas que habia obtenido la merced de ser incorporada á la ilustre religion dominicana. La última declaracion causó grande impresion y novedad en aquel tribunal abominable. Mas para que no extrañasen tanto aquella revelacion, y para atenuar de algun modo el mal efecto que les hizo aquella santa franqueza y libertad, les fué añadiendo despues, por via de explicacion y corolario, que por su nueva profesion, ademas de las obligaciones que la religion impone á todo cristiano, debia tambien obedecer á sus prelados, practicar algunas austeridades y observar perpétua castidad, con algunas otras pequeñeces de mal tono para los ídolos y sus adoradores, como frecuencia de sacramentos y otras cosas á este tenor. Esta valiente confesion de sus deberes cubrió de vergüenza y confusion á aquellos jueces corrompidos, y les movió á renovar en ella una especie de suplicio, que, por ser tan afrentoso al honor nacional, se habia abandonado para siempre en el imperio. Dispusieron al efecto que los verdugos la desnudasen y la paseasen públicamente por las calles de la ciudad de Nangasaqui y por todos los pueblos y ciudades del reino de Omura. Toleró la

vírgen pudorosa esta afrentosa disposicion de los tiranos con harto rubor y sentimiento, pero siempre muy conforme con la voluntad de Dios, que así se dignaba permitirlo para su mayor corona. En peregrinacion tan vergonzosa, la casta vírgen no sentia ni los trabajos y fatigas del cansancio, ni la fragosidad de los caminos, ni el rigor de la estacion, ni la ferocidad de aquellos monstruos, deshonra y baldon eterno de la humanidad y de sus leyes. Sólo sentia profundamente el verse imposibilitada para cubrir su honestidad, amarradas ambas manos á su espalda fuertemente.

Atravesaban un dia un desierto pavoroso. El sol lanzaba sus rayos desde su carro de fuego sobre la santa doncella, y la tierra en derredor despedia por todas partes emanaciones abrasadoras y encendidas, que hicieron hervir toda su sangre al respirar aquel horno tormentoso. Esto le debia producir naturalmente una sed devoradora. Por su ademan suplicante conocieron los verdugos el peligro que corria su existencia si no lograban humedecer y refrescar sus fauces secas y encendidas; mas la aridez del desierto no permitia siquiera suponer la posibilidad de algun arroyo que pudiera refrigerarla en aquel trance. Casi asfixiada y exánime en un yermo solitario, cuyo fin no conocia, hizo una señal á los sayones en direccion determinada, señalándoles el punto donde hallarian el agua milagrosa. Y sucedió, con efecto, que saltaba de la tierra en aquel sitio una corriente cristalina, que la salvó del peligro de una manera prodigiosa. Desde entónces los verdugos trataron con más respeto á la vírgen de Israel, y presentándola de nuevo ante sus jueces despues de aquella peregrina-

cion ignominiosa, que pudiera considerarse como un paseo triunfal á los ojos de la fe, fué condenada á morir á fuego lento, suplicio que le pareció ya leve á la amazona cristiana en comparacion de los tormentos de la vergüenza y del pudor. Arrojada finalmente, con otros venerables atletas á la pira, fué á recibir en el cielo la doble guirnalda hermosa de la virginidad y del martirio, y sus cenizas fueron arrojadas á la mar.

89. Si retrocedemos unos dias, verémos un poco ántes á otra vírgen y novicia de la misma Órden *tercera* inmolar tambien su vida en las aras celestiales de su amor. Llamábase Magdalena, era natural de un pueblo próximo á la ciudad de Nangasaqui, é hija de padres cristianos, que tambien habian perdido la vida en el combate por la fe de Jesucristo. Habiendo quedado huérfana en el mundo á la edad de veinte años, se puso la desvalida bajo el amparo y tutela de la que es Madre de todos, y arrodillada humildemente ante una imágen devota de Nuestra Señora del Rosario, se ofreció á su servicio para siempre, y le prometió conservar perpetuamente su pureza virginal. Entónces se resolvió á buscar un asilo á su inocencia en las soledades de un desierto, donde, libre de peligros y de ruidos mundanales, pudiera cumplir sus votos con mayor facilidad. Retirada, con efecto, á una selva solitaria, vivia sola con su Dios, con su corazon y su inocencia. El ayuno y la oracion eran la ocupacion constante de su vida. Sólo abandonaba su retiro para fortalecer su hermosa alma con los santos sacramentos de la confesion y comunion. El venerable Jordan era el director espiritual de su conciencia. Empero, deseosa todavía de mayor perfeccion

y santidad, suplicó al mismo religioso le vistiese el santo hábito de *tercera* de la Órden, si bien no llegó á profesar postreramente, porque ántes de terminar el año preciso de novicia, fué encarcelada y conducida á la barrera del suplicio.

Y fué así efectivamente, que al saber Magdalena la prision del venerable P. Fr. Jordan, se presentó con valor á los tiranos, y les dijo de esta suerte: «Soy hija espiritual del venerable que acaban de encarcelar impiamente. Profeso la misma religion y el mismo culto que ese varon apostólico; debo sufrir la misma suerte.» Los verdugos despreciaron su demanda, con decir que era muy jóven, y que no podria resistir los trabajos y suplicios que estaban reservados solamente á los padres misioneros. No se dió por satisfecha con esta respuesta Magdalena, y desde la cárcel misma se fué directamente al tribunal de los magistrados superiores, para producir ante la barra de la ley su peticion, como infiel á las divinidades del imperio y pública defensora de la religion cristiana. El tribunal abominable accedió gustoso á sus deseos, y la mandó encarcelar al tenor de su demanda. Entónces debia principiar un plan de ataque, sostenido sin tregua y sin descanso, para derribar el noble alcázar de su corazon y de su fe. Lisonjas, goces, riquezas, todo se le prodigó sin fin ni límites, si renegaba de la fe que habia prometido en el Bautismo á su esposo celestial. Ella contestaba á todo con la sonrisa desdeñosa del desprecio. Sus labios se desplegaban solamente para repetir estas palabras: «Quiero morir por Jesucristo.» En vista de su insistencia, y desesperado el tribunal por no poder vencer en sus estrados á

aquella vírgen cristiana, dejaron aparte los halagos y les pareció que debian recurrir á los tormentos. Empero fácilmente persuadidos de que podrian vencer á la doncella con un ligero ensayo de tortura, en atencion á la gran delicadeza de su complexion orgánica, la mandaron colgar de los brazos y muñeca en un madero muy alto, donde estuvo algunas horas glorificando al Señor, hasta que con el peso natural se aflojaron las amarraduras y los lazos, y por fin se vino al suelo. Entónces volvieron á tentarla, pintando á su vista los encantos y los placeres de la vida. Mas viéndola inexpugnable en su alcázar virginal, la amenazaron otra vez con horrorosos tormentos, creyendo asustarla de este modo y hacerla vacilar en la barrera. Y sucedió que revistiéndose la vírgen de un carácter imponente, les dirigió la palabra en estos términos: «Mucho siento, señores, que me trateis como á una niña, haciéndome sufrir tan leves penas. Tened, pues, entendido que ni por lo pasado, ni por cualquiera otra clase de tormentos, abandonaré la religion de mi Dios y mi Señor.» Indignado el tribunal con esta respuesta generosa, mandaron inmediatamente á los verdugos que la clavasen puas de caña bien agudas entre la carne y las uñas de sus dedos, y que despues le hiciesen arañar la tierra fuertemente. Se cumplió el cruel mandato; pero la vírgen permaneció firme y constante, dando testimonio de su fe. Todos los espectadores temblaban horrorizados al ver aquella jóven delicada sometida á aquella prueba tan profundamente dolorosa. Sólo Magdalena estaba inmóvil y tranquila, con los ojos clavados en el cielo, de donde le venía el auxilio; pues de otra suerte era im-

posible que la delicadeza de sus carnes pudiera tolerar aquel tormento, sin exhalar de su pecho el más ligero suspiro, ni abrir sus labios purísimos para proferir una palabra. Bramaban de furor los magistrados, al mirarse derrotados en la barra misma de su cólera por una vírgen cristiana, más fuerte y más poderosa que un ejército puesto en órden de batalla.

Vencidos en este punto de su trinchera formidable, cambiaron de posicion, y recurrieron á otro género de tormento áun más horrible, si cabe más todavía en la perversidad y en la fiereza del humano corazon. Colgada la doncella por los piés, y metida de cabeza en una gran tina de agua, la hicieron experimentar por mucho tiempo las agonías de la muerte, y de una asfixia tormentosa. Cuando la doliente víctima estaba ya para espirar, la sacaban con violencia, para preguntarla nuevamente si áun persistia en la confesion de la religion cristiana. Esta pregunta insensata, tantas veces repetida, sólo obtenia una respuesta: la de recibir mil muertes ántes que renunciar á Jesucristo. Entónces repetian el tormento con mil imprecauciones y denuestos, por no poder rendir la fortaleza de aquella vírgen cristiana. Empero viendo, á su pesar, que no adelantaban un paso con tan horrible tortura, la llenaron de agua hasta la boca, como á los venerables Fr. Jordan de San Estéban y Fr. Tomas de San Jacinto, y despues se la hicieron arrojar los verdugos con violencia por todas las vias naturales, de la manera horrorosa con que se acostumbraba á ejecutar este castigo. Cansados, en fin, de atormentarla de tantos modos y maneras, y perdidas ya las esperanzas de vencerla en el estadio, la

volvieron á la cárcel, de donde ya no salió sino para el martirio y para el cielo. Allí permaneció la venerable, soportando el triste peso de sus miembros dislocados y de su cuerpo doliente, hasta principios de Octubre, que la sacaron para el suplicio *de horca y hoyo.*

Allí esperaba Dios á los verdugos, para confundir con un prodigio su impiedad y su impotencia. Colgada la vírgen venerable de los piés en la horca, preparada sobre el hoyo en la forma ya descrita anteriormente, y ceñida horriblemente su delicada cintura con tablones y con piedras de espantable pesadumbre, quedó el resto de su cuerpo sepultado de cabeza en la cavidad del hoyo, viviendo en esta actitud por el dilatado espacio de trece dias mortales, dirigiendo siempre á Dios cánticos de alabanza y de alegría desde el fondo de su pecho y de su alma dichosa. La fama llevó fugaz por todas partes la noticia del suceso, y no pudiendo los tiranos darse cuenta del prodigio, sospecharon que los guardas le suministraban alimentos, y aliviaban á la jóven en su bárbara tortura. Inspirados, finalmente, en esta falsa sospecha, prohibieron esto mismo, bajo pena de la vida, á todos los espectadores que se acercasen á la víctima. Empero despues de un largo plazo, fueron personalmente á visitarla, y la vieron con sus ojos llena de serenidad y de alegría. Confundidos y admirados de lo que no podian dudar ni comprender, le preguntaron al fin los magistrados por la verdadera causa que la conservaba así por tanto tiempo, sin sentir en su cuerpo los efectos de un suplicio tan atroz. No se negó la venerable vírgen á una pregunta semejante, cuya solucion divina debia ser un testimonio de la verdad in-

contestable de nuestra religion santa. Tomando, pues, la palabra, les habló de esta manera: «No os canseis, oh jueces y señores, en tenerme colgada de esta horca; no he de morir de este modo, porque el Señor á quien adoro me sustenta y me da vida, y siento una mano suave en mi rostro, que me alivia y aligera el peso natural de este mi cuerpo.» Esta confesion y este prodigio obrado en favor de una doctrina tan perseguida en el imperio por el espíritu pagano, constituian por sí solos un motivo y una prueba de su credibilidad, que hubieran debido aprovechar las potestades de la tierra, á no querer presentarse en abierta lucha con el cielo. Mas, cerrando sus ojos á la luz, y prefiriendo á la verdad las tinieblas palpables del error, mereció su obstinacion que Dios les abandonase, en cierto modo, á su réprobo sentido. Temiendo, pues, que se divulgase una victoria tan completa de la religion que perseguian para su vergüenza y confusion, creyeron sepultar entre las sombras aquella prueba vergonzosa de su debilidad y su impotencia, soltando á la venerable vírgen de cabeza en el fondo de la hoya, en donde murió ahogada por una lluvia copiosa que llenára de agua la cisterna. De esta suerte, la venerable Magdalena no espiró en el suplicio de la horca, como habia profetizado, y triunfó de todos modos de la impiedad de sus tiranos, consumando uno de los sacrificios más gloriosos que registran los anales y la historia de los mártires.

90. La corporacion que habia escrito con su sangre estas páginas divinas en el imperio del Japon, iba asimilando al mismo tiempo su constitucion orgánica á las nuevas condiciones de sus comicios periódicos. Hase

dicho anteriormente que las congregaciones intermedias vinieron á sustituir en cierto modo á los Capítulos de este carácter parcial, por las razones que entónces hemos dejado consignadas. La primera asamblea de este género se celebró en 16 de Abril de 1635, bajo la presidencia del Prelado Provincial Fr. Domingo Gonzalez, y aceptó como casa de la órden la de Santiago de Formosa. Se acordó tambien en sus sesiones que ningun Vicario recibiese más de cincuenta misas *pro una vice*, ni más de treinta los ministros ó simplemente sacerdotes. Tambien se consignaron en sus actas prudentes disposiciones referentes á la forma como debian cumplirse en la Provincia las últimas voluntades en punto á funerales y sufragios, aunque su legislacion en esta parte ha tenido por norma en todo tiempo la intencion y la voluntad del testador.

Acababa de disolverse esta asamblea religiosa, cuando llegó á Manila su nuevo gobernador D. Sebastian Hurtado de Corcuera, que tomó posesion de su destino el dia 25 de Junio, con el ceremonial de estilo en aquel tiempo. Estaba condecorado con el hábito de la Órden militar de San Pedro Alcántara, y habia desempeñado el mismo cargo en Panamá. Era hombre de talento y de grandes prendas militares, cuya relevante circunstancia hiciera concebir de su gobierno las más lisonjeras esperanzas. Las victorias que las armas españolas alcanzaron en su tiempo, y bajo la alta gestion de su gobierno, contra los moros de Joló y Mindanao, lo hicieron memorable para siempre en los fastos filipinos. Desgraciadamente, empero, más militar que político, los actos de su gobierno no revelan ciertamente

al grande hombre de estado, que debe estar á la altura de su posicion y su destino. Su proceder inconveniente con el arzobispo de Manila, D. Fr. Hernando Guerrero, lo colocó muy debajo de sí mismo á los ojos de la historia.

91. Tambien estuvo en desacuerdo con la Provincia del *Santísimo Rosario*, favoreciendo el proyecto del padre Diego Collado, que trataba de fundar en su mismo seno una congregacion independiente, titulada *de San Pablo*. Este sabio y eminente religioso habia estado en el Japon algunos años, y armado de todas armas habia luchado frente á frente con las potestades del abismo en el período más terrible de la persecucion del cristianismo. Forzado, empero, y compelido por circunstancias imperiosas, se vió en la necesidad de trasladarse á la capital del mundo para la decision definitiva de algunas controversias importantes, segun dejamos indicado en el capítulo tercero de este libro. Una vez aproximado á las gradas del poder, recordó la gran penuria de ministros evangélicos en la cristiandad perseguida del Japon, y la gran dificultad que hallaba siempre la Provincia para poder proveer á aquella mision famosa de celosos operarios, que pudieran sostenerla y ampararla en su orfandad. Obedeciendo á esta idea, creyó que podria hacer algo para ocurrir á este mal, fundando una congregacion especial con este objeto, que no tuviera solidaridad, en su destino ni en su organizacion, con la Provincia. Alto era su pensamiento y santa la intencion que le guiaba; pues se proponia por este medio aliviar á la Provincia de aquel peso abrumador, que le arrebataba tantos hijos, para poder aten-

der con desahogo á las infinitas atenciones de otro género que gravitaban sobre ella. Esta gestion, sin embargo, no mereció la aprobacion del reverendísimo Serafino Sicco Papiense, Maestro General de la Órden, porque sabía demasiado que la Provincia del *Santísimo Rosario* respondia cumplidamente á la razon elevada de su institucion y su destino, y que no podia subsistir de modo alguno una congregacion independiente en el seno de la misma.

Entablada en Roma su demanda, pasó á la córte de Madrid, en donde, despues de trabajar en la solucion favorable del problema que los PP. portugueses agitaban desde antiguo sobre las misiones del Japon, ayudó con eficacia al procurador de la Provincia para reunir una mision de religiosos con destino á este país, sin manifestarle el pensamiento de su proyectada fundacion; y luégo regresó á Roma para terminar este negocio, que habia principiado ya á torcerse desde su primera iniciativa. Pero desgraciadamente habia fallecido poco ántes el reverendísimo Sicco, que ya estaba instruido y disgustado de su inconveniente pretension; y aprovechando el gestor la oportunidad de este incidente, trató de repetirla y elevarla al reverendísimo Rodulfo, Maestro General recien electo. No era fácil resistir al prestigio poderoso de aquel hombre extraordinario, que, testigo presencial y órgano autorizado de la gran necesidad de sacerdotes que se dejaba sentir en la iglesia del Japon, se presentaba, al parecer, con justos títulos para iniciar este negocio. Su religiosidad, por otra parte, y la gran reputacion de su talento abonaban altamente el celo y la caridad en que se inspiraba este gran ge-

nio. Así pudo conseguir sin gran trabajo del nuevo Prelado General una patente en toda forma para fundar dicha congregacion en la Provincia, con destino especial á las misiones, y á propagar la fe cristiana en el Japon, China, Formosa y regiones circunvecinas á estos centros. Logró ademas, con sus gestiones cerca del reverendísimo Rodulfo, que le fuesen entregadas algunas casas de la Provincia del *Santísimo Rosario* para cimentar la fundacion, y darle una base conveniente en el mismo corazon de la Provincia, pero con entera independencia de su Prelado superior, y con propia autonomía en su manera de ser. Vuelto ya el P. Collado á la córte de Madrid, ni áun manifestó sus letras al Procurador de la Provincia para una fundacion tan importante, que afectaba en alto grado su constitucion orgánica, tanto en su vida interior como en sus relaciones exteriores. Agregado despues á la mision que aquél enviaba por entónces á Manila, le escribió desde Sevilla, estando ya próximo á embarcarse, y le daba cuenta, al despedirse, de aquellos graves despachos. Acompañaba á esta noticia con un precepto formal y excomunion mayor, en nombre del reverendísimo Rodulfo, para que en manera alguna se opusiese á la grande institucion que él tenía el encargo de fundar en la Provincia.

Dados estos precedentes, era natural que aprovechase aquella navegacion para iniciar en el secreto é inspirar su pensamiento á los religiosos misioneros que venian á Filipinas, estimulando su celo con las grandes esperanzas de convertir algun dia á toda la China y al Japon. Como hombre conocedor de aquellas gentes, y

con el prestigio irresistible de su santidad y sus talentos, era para él fácil negocio hacerlos entrar en sus ideas. Resueltos á inscribirse, con efecto, en la congregacion de que se hablaba, formaron sus estatutos, y se dejaron crecer toda la barba, segun usanza de los pueblos que pensaban evangelizar con su palabra. En esta conformidad aportaron á Manila el dia 25 de Agosto de 1635, con el mencionado gobernador general Don Sebastian Hurtado de Corcuera. No descuidó el Padre Collado el prevenir en favor de su proyecto la voluntad de este gobernador en aquel viaje; pues se le alcanzaban demasiado las grandes dificultades que hallaria en la corporacion de esta Provincia para implantar en su seno tan extraña novedad.

Desde el primer dia que desembarcára en estas playas la célebre mision de los *barbones*, que así se denominó por la circunstancia sobredicha, el P. Collado, como Vicario General, notificó su carácter y sus letras oficiales al honorable Provincial, quien, al verlas, protestó de ellas al momento, porque fueron consideradas subrepticias, siendo perjudiciales al objeto é institucion primitiva de esta Provincia religiosa, y afectándola tambien en su existencia legal y carácter exterior, por no haberlas presentado al Consejo de Castilla. Despues de algunos debates sobre la manera de ver y de apreciar esta cuestion, salva siempre la buena fe de entrambas partes, se avino, por fin, el P. Collado á que se suplicase de sus letras al general de la Órden, y entre tanto que nada se innovase en la materia, quedando suspensa por entónces la proyectada fundacion hasta que llegase la contestacion á este recurso. Despues de

este advenimiento razonable, quedó tranquila la Corporacion y altamente confiada en la justicia de su causa; pues, á juicio de los padres más graves de la misma, el General de la Órden no podria ménos de revocar aquellas letras, despues de oir á la Provincia en este asunto. Desde entónces, todos los religiosos que se habian inscrito ya en la nómina de dicha congregacion se rasuraron la barba y quedaron asignados á diferentes casas de la Provincia, incorporados á ella definitivamente los más cuerdos, luégo que entendieron la ligereza con que se habia procedido en el asunto, á pesar de su buen celo y de la rectitud de su intencion.

92. Ni el saber, ni el celo, ni el fin santo podian negarse ciertamente al grande hombre que se inspiraba noche y dia en tan levantado pensamiento. El célebre P. Collado estaba adornado ricamente por la mano del Altísimo de dotes extraordinarias y de un genio superior, siendo al mismo tiempo irreprensible en su conducta religiosa. Mas, preocupado de su idea, se le hacia largo esperar por tanto tiempo la respuesta del Maestro general á la reverente súplica que se habia interpuesto en este asunto. Por esto, y sin considerar las consecuencias que sus gestiones premiosas podrian producir en todo evento, aprovechó la favorable acogida que halló en el Gobernador para llevar á su término la proyectada institucion sin esperar el resultado de la súplica interpuesta. Obedeciendo á esta idea, se presentó el P. Collado á esta Superioridad, y le pidió en toda forma se sirviese impartirle el auxilio de su brazo y apoyarle en su gestion, para poder proceder á la ejecucion libre y expedita de las letras ge-

neralicias, con que decia estar competentemente autorizado para fundar en la Provincia la congregacion denominada de *San Pablo.* Sin más informes ni preámbulos, y sin oir á la Provincia en un asunto tan grave y de trascendencia tan vital, accedió el Sr. Corcuera á su demanda, y acompañado aquél de alguna fuerza tomó inmediatamente posesion de las casas de Binondo, Parian, San Gabriel, Cavite, Nueva Segovia y de la de Todos los Santos de Formosa, fundadas y sostenidas todas ellas por la Provincia del *Santísimo Rosario*, que era la vida y la razon de su existencia. El honorable Provincial protestó como era justo contra tamaña violencia; hizo presente el convenio que existia entre la provincia de su cargo y el Vicario General de la congregacion, y, finalmente, la falta de requisitos legales que se notaba en este asunto desde el orígen primordial de su gestion. El Gobernador, empero, con abstraccion de todo esto, dijo: «Que no habia procedido como juez en la materia, ni le incumbia entender si se habian de seguir ó no los inconvenientes que suponia se habian de seguir de la ejecucion de las letras del Maestro de la Órden; ni si estos despachos estaban ó no legalmente autorizados.» En su consecuencia, la congregacion de *San Pablo* quedó instalada por entónces, y el P. Collado posesionado en su nombre de las casas ya citadas, con el auxilio del brazo secular.

93. Muy pronto se dejaron sentir los resultados que era natural y lógico suponer en este caso, dada la perturbacion que este hecho anómalo habia de producir por necesidad en la vida interior y áun exterior de la Provincia. Y sucedió, en efecto, que la nueva congre-

gacion no podia avenirse fácilmente, por su índole especial, con la disciplina particular de esta Provincia religiosa, y de aquí la falta de regularidad y de armonía, condicion tan esencial á todo instituto religioso. Los más sensatos y prudentes de los nuevos asociados, que desde un principio se habian incorporado *motu proprio* á la antigua corporacion de esta Provincia, se felicitaron á sí mismos de tan cuerdo proceder, al ver por sus ojos el absurdo que implicaba una congregacion dentro de otra, sin lazos de ningun género, y sin leyes de existencia que pudieran uniformar su vida íntima. De esta manera lograron los que se habian unido á la Provincia los altos fines de su celo en las misiones del Japon, adonde fueron enviados finalmente por su honorable Prelado, en tanto que la congregacion famosa de *San Pablo* se disolvia para siempre por sí misma y por la fuerza nativa de las cosas.

Para resolver ciertos asuntos, en que se atravesaba la cuestion de competencia, que ya no debia existir despues del convenio arriba dicho, se nombró un juez conservador, segun los privilegios de la Orden. La Real Audiencia, el Arzobispo y el mismo Gobernador reconocieron la legalidad del nombramiento del conservador, hecho en la persona del P. Fr. Andres del Espíritu Santo, prior de Recoletos. Áun se suscitaron algunas dificultades respecto á este nombramiento por parte del P. Collado; pero la decidida proteccion del Arzobispo y del Obispo de Nueva Segovia, D. Fr. Diego Aduarte, en favor de la Provincia, fué disipando la nube, y el Provincial pidió en forma, al nombrado juez conservador, que decretase la devolucion á la Pro-

vincia de las casas que le habian sido tomadas por la fuerza, y su sentencia fué en un todo favorable á la razon de sus deseos. Esta decision hubiera sido ilusoria, sin el auxilio de la autoridad, que habia apoyado á mano armada su violenta posesion; mas entónces ya habia mudado de parecer el Gobernador supremo. El hecho fué, que al suplicarle el Provincial el auxilio de la fuerza para la ejecucion de la sentencia pronunciada por el juez conservador en favor de la Provincia, le fué, sin dificultad alguna, concedido. Por su medio, el P. Collado se habia posesionado de las casas el dia 6 de Mayo de 1636, y por el mismo fué de ellas arrojado el dia 6 de Enero del siguiente, con satisfaccion del pueblo, particularmente de los chinos ya cristianos de Binondo y del Parian, que celebraron el triunfo de la Provincia, en este caso, con públicos regocijos y festejos, porque no estaban satisfechos con las grandes novedades que aquellos extraños congregantes iban introduciendo paso á paso en su gobierno espiritual.

La Corporacion se reconoció deudora del triunfo que en este gravísimo negocio consiguió postreramente, á la proteccion de su patrona, la Santísima Vírgen del Rosario. Desde el dia del despojo, que tuvo lugar con fuerza armada, no cesó de dirigirle sus plegarias, rezándole por las noches de comunidad su letanía, con otras oraciones adaptadas al objeto, que no pudo desoir la Madre de las misericordias; pues desde luégo se notó su proteccion poderosa, mudando los corazones de los que ántes le eran tan contrarios, y terminando el asunto felizmente, mucho ántes que llegasen al país las decisiones de la córte y del Maestro general.

CAPÍTULO IX.

Competencias entre el gobernador Corcuera y el Arzobispo Guerrero.—Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Clemente Gan en 1637.—Muerte y reseña de la vida del venerable Sr. D. Fr. Diego Aduarte.—Envia la Provincia algunos misioneros al Japon, y son presos en los Lequios.—Son atrozmente atormentados los venerables Cortet y Ozaraza.—Se levanta de su caida el venerable Fr. Vicente de la Cruz.—Llegan los restantes confesores á Nangasaqui, y son tambien atormentados.—Se levanta otro lapso, y el venerable Gonzalez muere en la cárcel de resultas de los tormentos sufridos por la fe.—Martirio de los otros confesores.—Reseña biográfica de estos venerables misioneros.

94. No tan sólo sufria esta Provincia las arbitrariedades y el histórico despotismo de Corcuera, sino todos los estados y todas las demas autoridades de las islas, á excepcion tan solamente de un instituto religioso que siempre miró con deferencia, y cuyos altos consejos eran para él inviolables é imperiosos mandamientos. Ya es visto, efectivamente, cómo, sin haber oido á la Provincia del *Santísimo Rosario*, y sin haber exigido al fundador de la congregacion de *San Pablo* la exhibicion de sus despachos al Consejo de las Indias, impartió el auxilio de la fuerza para la violenta posesion de sus mejores ministerios. Y si bien despues reparó, como era justo, un proceder tan agresivo, todavía hoy es el dia en que es citado, con razon, ante la barra de la *Historia*, por los actos repetidos de hostilidad gubernativa contra el metropolitano de estas islas, cuya culpa consistia exclusivamente en defender legalmente las inmunidades eclesiásticas, que tambien eran ley del reino. No penetramos jamas en el terreno de las buenas ó malas intenciones: salvos son á cada uno

los fueros de su razon ante el tribunal de Dios, ni ménos incumbe al narrador el invadir, con su pluma, el alcázar interior de la conciencia. La *Historia* consigna hechos, y prescinde del resorte que haya podido impulsarlos. Mas los actos de gobierno de Corcuera, sus abusos de autoridad, y sus atropellos con el Arzobispo de Manila son de tal naturaleza, que jamas podrán justificarse á los ojos de la posteridad, y preferimos relegarlos á la historia general, en cuyo campo dilatado todo cabe, á disgustar al lector con episodios que le serian poco agradables, y que distan demasiado del objeto á que obedece nuestra *Historia*.

En medio de las turbulencias que se dejaban sentir en la ciudad de Manila en aquella época infausta, celebraba esta Corporacion su asamblea capitular, que dió principio el 2 de Mayo de 1637. Resultó electo Prelado superior de la Provincia el P. Fr. Clemente Gan, del convento de Predicadores de Zaragoza; varon de grande virtud, prudencia y sabiduría, que poseia al propio tiempo grandes dotes de gobierno, como lo habia acreditado en los diferentes cargos que habia desempeñado en estas islas de una manera brillante.

En este Capítulo Provincial se publicó y aceptó la bula de Urbano VIII, expedida en 22 de Febrero de 1633. Esta bula fué posteriormente confirmada y extendida á todas las personas eclesiásticas por otra de Clemente IX, expedida en 17 de Junio de 1669, y mandada publicar por Real cédula de 27 de Junio de 1670 en todos los dominios de las Indias.

95. Las actas de este Capítulo hacen honorífica memoria del Ilmo. Sr. Fr. Diego Aduarte, obispo de

Nueva Segovia, columna firmísima de aquella iglesia, amoroso pastor de aquella grey y padre amantísimo de la Provincia del *Santísimo Rosario*, á quien diera dias de gloria, realzando á inmensa altura sus antiguos timbres religiosos. Era natural de Zaragoza é hijo de un noble corregidor de aquella capital. Habia tomado el hábito de la Órden en el convento de Alcalá de Henares, el dia 29 de Abril de 1585, á la sazon en que uno de los PP. misioneros que debian ir á Filipinas para fundar la Provincia del *Santísimo Rosario* estaba allí accidentalmente, de paso y con direccion á su destino. Hasta entónces no habia sentido vibrar en su corazon aquella cuerda misteriosa que sólo Dios sabe pulsar con su mano omnipotente; mas habia herido vivamente su hermosa imaginacion el ver aquel varon santo, que abandonaba para siempre las afecciones más caras del hogar y de la patria, por llevar en sus labios amorosos el santo nombre de Dios hasta los últimos remates de la tierra. Esta idea levantada fecundó al fin su corazon, y sintió penetrar en su existencia y en su vida religiosa la verdadera luz de su destino. Comprendió, efectivamente, que Dios le llamaba, como á Abrahan, para salir de su tierra y parentela, y concluida su carrera literaria, pidió su incorporacion á esta Provincia de la Órden, y se agregó á una mision que el P. Alonso Delgado habia reunido en la Península.

Habian aportado apénas á las playas de la América, cuando fueron acometidos, por desgracia, de una especie de epidemia, de la que fallecieron varios de sus individuos, y áun él mismo fué atacado, salvándose, al fin, de aquel peligro por una providencia singular.

Dios le conservó la vida, porque lo habia destinado para llevar á cabo grandes cosas por la gloria de su nombre. Su primer cargo en la Provincia fué el ministerio de los chinos, cuyo idioma aprendió con tal facilidad y perfeccion, que á los pocos meses ya pudo confesarles y predicarles en su lengua. Ya hemos visto en el primer libro de esta *Historia* su famosa expedicion al reino de Camboja, y los grandes hechos y trabajos que inmortalizaron su jornada. Hanse visto tambien las diferentes é importantes comisiones que desempeñó posteriormente, sus viajes, sus peripecias y peligros, y la dilatada serie de sacrificios y dolores que la obediencia religiosa, acompañada de su mision y su destino, le obligára á afrontar con bizarría por la gloria de Dios y de su nombre. Hallábase en Malaca, finalmente, de regreso para esta capital, despues de haber dado cima á una de sus muchas comisiones, cuando recibió una órden de su Prelado provincial para que continuase desde allí su viaje á la Península, con el exquisito y delicado cometido de reunir una mision para esta provincia ultramarina, que se resentia altamente de falta de personal y de operarios.

Inspirado, como siempre, en su obediencia religiosa, se embarcó en un buque portugués, que lo condujo hasta Vigo, y despues de una breve peregrinacion á Compostela para visitar el sepulcro de Santiago, se trasladó á la córte finalmente, donde obtuvo desde luégo los despachos que necesitaba para la gran gestion que le incumbia. Investido ya de sus poderes, visitó personalmente los conventos principales de las provincias de España, y reunió fácilmente una mision nu-

merosa, que se embarcó para Manila en el mes de Julio de 1605, y él mismo la acompañó en calidad de superior y presidente. Por entónces se quedó en el convento de esta capital, ocupado en los ejercicios y observancias de la vida religiosa. Mas no pudo disfrutar por mucho tiempo de la soledad y del retiro, tan caro á su corazon; pues fué nombrado á pocos dias Procurador general de la Provincia en las córtes de Madrid y Roma. Durante este segundo viaje á la Península, falleció en la navegacion un portugués que dejó, en su testamento, sesenta mil pesos por lo ménos, y era tal el concepto que le habia merecido el P. Aduarte en el poco tiempo que habia cultivado su trato y amistad, que le nombró su albacea y testamentario universal, con la cláusula más favorable que podia tener lugar; pues le confió cuanto tenía, con encargo de distribuirlo á su arbitrio, sin responsabilidad alguna, ni obligacion de rendir cuentas sobre tan delicado cometido: le advirtió tan solamente que tenía parientes pobres, de los cuales deseaba se acordase. Este cargo de conciencia, que no pudo rehusar sin peligro de exponer aquel cuantioso capital á grandes riesgos, le obligó, en su delicadeza, á hacer un viaje ex-profeso á Portugal, en dónde buscó con exquisitas diligencias á los parientes del difunto, y los dejó perfectamente acomodados. Despues distribuyó el remanente en obras de caridad y de institucion benéfica, sin reservarse un solo céntimo. A seguida continuó su viaje á España, y habiéndose embarcado en Lisboa, sufrió un temporal tan horroroso, que estuvo á pique de perderse. Exhibidos sus poderes en la córte de Madrid, pasó á la capital del

mundo para presentarse reverente al General de la Órden, á quien dió cuenta detallada del estado brillantisimo de esta Provincia religiosa. Obtenidas, finalmente, las letras generalicias para organizar una mision, deseaba vivamente regresar á la Península para dar comienzo á aquella empresa; la proximidad, empero, del Capítulo general que debia celebrarse á breve tiempo, y que reclamaba su asistencia en calidad de definidor, le detuvo aún algunos meses en la ciudad pontificia.

Diez años desempeñó con brillantez la honorífica mision de gestor general de la Provincia en las córtes de Madrid y Roma, sin que la grave y complicada expedicion de los negocios lo distrajese de los ejercicios íntimos de su vida religiosa. La primera mision que organizó en esta segunda etapa de su vuelta á la Península, la confió al cuidado del P. Fr. Alonso Navarrete, que despues murió gloriosamente, como es visto en esta *Historia*, por confesar y predicar á Jesucristo en el imperio del Japon. Posteriormente mandó otra bajo la direccion y presidencia del P. Fr. Jacinto Calvo, y cuando trataba de regresar él mismo á Filipinas con la tercera remesa religiosa, le salió al encuentro, en Méjico, una carta del Provincial de Manila, en la que le explicaba sus deseos de que volviese á Madrid con su destino, por la dificultad que tenía la Corporacion de enviar otro religioso por entónces para sustituirle en aquel cargo. El P. Aduarte, avezado á respetar profundamente la voluntad del Señor en la de sus prelados superiores, confió á otro religioso la presidencia y el mando de la mision, regresando obediente á la Península. El bullicio de la córte, sin embargo, y las graví-

simas gestiones de su elevado cometido no se avenian ya con el retiro y la soledad del pensamiento, que reclamaba su edad y su existencia trabajada. En tal concepto suplicó, humildemente á su prelado que le mandase un sucesor. Aquella humilde demanda no podia ser más justa y razonable, habida consideracion á tantos años de servicios y de méritos. Entónces se le envió inmediatamente al P. Fr. Mateo de la Villa para sucederle en aquel cargo, y él regresó á Filipinas, con ánimo de entregarse á la sosegada contemplacion de los años eternos en su mente, como el antiguo profeta de Israel. Áun fué necesario, sin embargo, que la Corporacion utilizase el riquísimo caudal de sus virtudes, y lo nombró poco despues Prior de Santo Domingo de Manila.

Miéntras se estaba disponiendo en este cargo para emprender la carrera de la eternidad y de la gloria, fué promovido á la silla episcopal de Nueva Segovia; y si bien aceptó con pesadumbre esta nueva dignidad por el bien de la Iglesia y de las almas, como así le aconsejaron, no pudo sobrevivir por mucho tiempo á su promocion episcopal. Una circunstancia singular acredita, sobre todo, su profunda humildad y abnegacion, áun despues de tantas pruebas. Él habia sido electo Obispo el año de 1632, y recibió las bulas de confirmacion en el siguiente; y, sin embargo, despues de su dignidad altísima, se reputó como simple religioso hasta el año de 1635. En efecto, el Capítulo provincial que se celebró postreramente en este año, todavía le asignaba en sus actas religiosas, al convento de Manila. Consagrado, finalmente, poco despues del Capítulo, se tras-

ladó por precision á su silla episcopal, cuando hubo tomado posesion de la metropolitana de Manila el ilustrísimo Guerrero, su digno antecesor en la de Nueva Segovia. No habia trascurrido mucho tiempo desde su primera visita diocesana, cuando se vió precisado á presentarse en Manila, para auxiliar á la Provincia en la ruidosa tormenta que habia estallado sobre ella, con motivo de la gran perturbacion que produjera en su seno la desgraciada congregacion de que se ha hablado. Restituido á su silla, despues de dar á la Corporacion de esta Provincia esta nueva prueba de su amor, enfermó de gravedad al poco tiempo, y luégo entregó plácidamente su dichosa alma al Criador. Es de creer que allá en el cielo influyó tambien eficazmente en los consejos de Dios para restituir á la Provincia la tranquilidad que deseaba, y que no se dejó esperar por mucho tiempo.

La elevacion de su rango no alteró en nada el sistema de su vida religiosa. Su amor á la pobreza era tan grande, que cuando se embarcára para España con el cargo de Procurador general de la Provincia, iba enteramente desprovisto. Elevado despues á la dignidad episcopal, no fué por eso ménos pobre que cuando era no más que un simple sacerdote religioso. Su renta era el patrimonio de los pobres, y nada gastó jamas en las insignias y adornos pontificales. Su pectoral era de palo, y devolvió uno de diamantes que le habian regalado, diciendo que era demasiado rico para un obispo muy pobre. No tenía más ropa en la cama que una manta, ni más almohada que un atado de vejucos poco ménos duro que un madero. La oracion era, en cierto modo,

la ocupacion constante de su vida. Era su humildad tan grande, que jamas consintió á su confesor reconciliarle en su palacio; pues considerándolo superior en aquel acto, preferia ir al convento donde residia su director el P. Clemente Gan.

A los setenta años de edad, aquel varon venerable, que tantas páginas de gloria habia añadido á los fastos de esta Provincia religiosa, murió la muerte del justo, y pasó á vivir con Jesucristo allá en el reino de Dios, que le estaba preparado desde la constitucion del mundo. Su cadáver venerable parecia estar animado, atendida la expresion y la suave naturalidad de sus facciones, y parecia despedir cierto perfume divino, que nada tenía de natural ni cadavérico. Se celebró su funeral con extraordinaria pompa en la iglesia de Santo Domingo de Manila. Ofició de pontifical el Arzobispo, y el mismo Gobernador, que tan pocas consideraciones le tuviera en la última etapa de su vida, quiso rendirle un tributo de veneracion y de respeto sobre las mismas aras de la muerte. Asistió, en efecto, oficialmente á la pompa funeral. Asistieron igualmente la Real Audiencia en cuerpo, el cabildo y clero secular, y finalmente, todas las corporaciones religiosas de las islas. Su oracion fúnebre fué propiamente hablando, el verdadero panegírico de un santo, y sin embargo áun no quedó satisfecho el auditorio, por el gran concepto que gozaba aquel hombre extraordinario. Uno de sus amigos más afectos le hizo celebrar segundas honras, y luégo se las celebró tambien el cabildo eclesiástico, en las que volvió á oficiar de pontifical el Arzobispo, y predicó el P. Guardian de San Francisco. El mismo honor dis-

pensaron á su sentida memoria los reverendos padres Franciscanos y Agustinos Recoletos, rivalizando á porfía en tributar este último homenaje á las cenizas gloriosas de aquel Prelado inmortal.

Dejó escrita la primera parte de la crónica de esta Provincia religiosa, que se imprimió en Zaragoza el año de 1639. Su diccion y su lenguaje llevan en su misma sencillez el sello de la verdad, y se conoce desde luégo que hizo cuestion de conciencia el no separarse un ápice de las fuentes y datos originales, que tuvo siempre á la vista al confeccionar su crónica. Los defectos de su estilo no son suyos; son de su siglo y su tiempo. Por lo demas, no se nota en toda ella una palabra descortés, áun hablando de personas y de cosas que contrariaron más de una vez á la Provincia, si bien las ha juzgado ya la historia.

Habia trascurrido un año desde su llorada muerte, cuando fué reconocido su cuerpo venerable y se le halló completamente incorrupto, á pesar de haber estado en lugar húmedo y haberse llenado de agua el féretro. Hasta las vestiduras pontificales que llevaba fueron tambien preservadas de la corrupcion en el sepulcro, fenómeno inexplicable segun el curso ordinario de la naturaleza y de sus leyes, habida consideracion á las circunstancias especiales de la localidad y del país. Las actas del Capítulo provincial que se celebró en 1637 honraron la alta memoria de este varon extraordinario con el elogio siguiente: «Murió en la ciudad de la Nueva Segovia el Sr. D. Fr. Diego Aduarte, de nuestra Órden; el cual, despues de haber sufrido muchos trabajos por esta santa Provincia del *Santísimo Rosario*,

y sido el conductor de muchos predicadores, hermoseó por espacio de largos años esta viña del Señor. Mas á fin de que el esplendor de este apostólico varon no quedase sepultado en el silencio de su profunda humildad, y encerrado en la cárcel de su propio abatimiento, fué promovido á la silla de la Nueva Segovia, por la providencia de Dios tan solamente y gracia de la Silla Apostólica, sin haber intervenido el auxilio de persona alguna, ni cuidado de agentes en la córte. Vivió poco despues de su promocion, pero llenó en breve mucho tiempo. Deseando ser anatema por el bien de sus hermanos, se le vieron más de una vez las mejillas bañadas en lágrimas por sus penas, y no cesaba de rogar al Señor por su paz y su consuelo. Honró el oficio episcopal con el contínuo ejercicio de la oracion, lo rigió con la prudencia, y lo cubrió con la pobreza; lo soportó por el celo de las almas, y lo coronó con la misericordia; mas, para no ver por mucho tiempo los males que padecia su gente, salió de la cárcel de su cuerpo lleno de años, envejecido en los trabajos y muy perfecto en la virtud.»

96. En las actas del último Capítulo citado, 1637, aparecen asignados otra vez para el imperio del Japon algunos religiosos que ya en el año anterior habian sido enviados á los Lequios, donde fueron presos desde luégo por confesar á Jesucristo, y conducidos, finalmente, á Nangasaqui para sufrir el último suplicio. El martirio de los venerables PP. Fr. Jordan de San Estéban y Fr. Tomas de San Jacinto habia coronado allá en el cielo los últimos religiosos de la Órden que residian en el imperio, y la Corporacion se hizo un deber

de mandar algunos operarios á aquella grey desolada, para continuar allí la grande empresa y el glorioso apostolado de sus hijos. Pero las dificultades que se atravesaban á su paso dentro y fuera de Manila, eran tales, que parecia imposible desviarlas de su derecho camino. El gobernador Corcuera, para hacer más infausta la memoria fatal de su gobierno, adoptó el mal pensamiento de favorecer las pretensiones de los PP. portugueses, que ya habian sido desechadas en la córte por los Consejos supremos de Portugal y de Castilla, prohibiendo de su propia autoridad, y contra las disposiciones soberanas, que ningun otro instituto religioso pudiese mandar en ningun tiempo misioneros al Japon, y amenazando con gravísimas penas á todos los armadores que los osasen conducir furtivamente. Por otra parte los Tonos y los magistrados imperiales ejercian una vigilancia aterradora, dispuestos á quitar la vida á todas horas con atrocísimos tormentos al infeliz misionero que cayese en sus manos homicidas. Empero, ni la noticia de estas medidas rigorosas podia detener el vuelo de la caridad en su carrera, ni las amenazas de Corcuera impedir se organizase una nueva expedicion á su pesar. Los héroes que ahora aparecen en la escena son los PP. Fr. Antonio Gonzalez, profesor de teología de la Universidad de Santo Tomas; Fr. Miguel de Ozaraza, Fr. Guillermo Cortet (que tambien habia explicado la misma facultad en Europa) y fray Vicente de la Cruz, natural de los reinos del Japon, con un cristiano tambien de aquellos reinos, y un mestizo de Binondo, llamado Lorenzo Ruiz. El P. Vicente de la Cruz era entónces todavía sacerdote del clero

secular, quien se comprometió á conducir á los primeros por la via de los Lequios, esperando hallar una ocasion para llevarlos despues á tierra firme. Constante la Corporacion en su designio, mandó fabricar á sus expensas una embarcacion ligera al estilo japonés; mas, á pesar del sigilo con que se iba conduciendo este proyecto, no pudo ser tan oculto, que no llegase á noticia del formidable Corcuera, quien dispuso desde luégo se quemasen las maderas y las obras comenzadas, y prohibió con graves penas que ningun piloto de Manila fuera osado á conducirlos; si bien varió despues de pensamiento, como solia acontecerle con frecuencia, pasado el primer impulso de su genio arrebatado. Era el dia 10 de Julio de 1636, cuando llegó esta mision á las islas de los Lequios, en donde permanecieron hasta principios de Setiembre de 1637, que fueron reducidos á prision y conducidos á Satzuma, para ser trasladados, finalmente, á la ciudad de Nangasaqui, donde les esperaba felizmente la corona del martirio. En efecto, el dia 13 de este mes se vieron entrar en este puerto, y atravesar por sus calles á los venerables padres Fr. Miguel de Ozaraza, Fr. Guillermo de Cortet y Fr. Vicente de la Cruz, que ya habia recibido por entónces el hábito de la Órden. Vestidos los tres atletas con sus trajes japoneses, y con los brazos atados fuertemente á las espaldas como grandes malhechores, condenados por sus crímenes á la pena capital, fueron conducidos y escoltados al tribunal superior de la ciudad, que ya los esperaba en sus estrados para la terminacion de su proceso. Preguntados ante todo si eran religiosos misioneros, y si sabian que estaba prohibida estricta-

mente su entrada y su predicacion en el imperio, contestaron que lo eran, y de la ínclita Órden de Santo Domingo de Guzman; que respecto á lo demas, lo sabian perfectamente; pero que su mision era de Dios, á cuyo nombre adorable deben doblar su rodilla las potestades del cielo, de la tierra y del infierno. Temblaron los jueces en su asiento al escuchar, espantados, de sus labios tan levantada respuesta. Mas continuando el tribunal su necio interrogatorio, les dijeron de esta manera: «¿Cómo os habeis atrevido á entrar en un país extraño, en donde las prohibiciones son tan rigorosas, y ninguno el fruto que podiais esperar? Pues debiais presumir que en llegando seriais inmediatamente presos, como ha sucedido con efecto.» «Sin embargo, y á pesar de rigor tan extremado, contestaron los atletas, la caridad, que es benigna y que todo lo sufre dulcemente, nos trajo sobre sus alas á este imperio desgraciado, para anunciarle una vez más el reino de Dios y su justicia, é inmolarnos tambien, si caso fuera, por la salud de las gentes, que es el testimonio más glorioso que podemos ofreceros de nuestra mision divina.» Les interrogaron ademas «si por ventura los enviaba el Gobernador de Filipinas; qué bajel les condujera, qué gente les acompañára, y si los habia llamado alguna persona del imperio ó algun comerciante portugués.» A todo contestaron los venerables lo más conveniente y razonable, sin perjuicio de tercero y sin faltar á la verdad. Entónces dirigieron la palabra al venerable Cortet tan solamente; pues aunque era frances de nacimiento, lo creyeron holandés por el color. Excitada su curiosidad por esta circunstancia singular, le pre-

guntaron al mismo «si era holandés en efecto; si habia venido á juntarse con los demas compatriotas que residian en el imperio, y si habia estudiado teología, como éstos.» Contestó el venerable á lo primero: «que ni era holandés de nacion, ni seguia su doctrina; y que, muy por el contrario, detestaba de corazon sus abominables sectas.» Al otro extremo les dijo: «que no sólo habia estudiado aquella facultad, sino que la habia enseñado ya por mucho tiempo.» Preguntáronle por fin: «si era verdad que en Manila se habia fundado un seminario para enseñar lengua japona, é instruir algunos jóvenes que despues habian de entrar en el imperio para enseñar y predicar la religion de Jesucristo.» El venerable confesor hubo de manifestarles sobre este particular: «que si bien era muy cierto que se habia iniciado el pensamiento; pero que tambien lo era el no haber tenido efecto alguno la proyectada fundacion.»

97. Estaba á la sazon en Nangasaqui aquel mal sacerdote é infiel apóstata, llamado Tomas de Araqui, de quien ya se ha hecho mencion en otra parte de esta *Historia*. Los magistrados estúpidos tenian tal confianza en su saber, que llegaron á persuadirse, finalmente, de que sus grandes talentos y el prestigio irresistible de su ciencia podrian seducir del todo á nuestros venerables confesores, y convencerlos de error en el estadio. ¡Ridícula persuasion! Habló, con efecto, el miserable ministro del infierno, y dirigiendo tembloroso su palabra al venerable Ozaraza, pudo apénas balbucear unas blasfemias que constituian todo el caudal de su alta sabiduría. Mirándolo entónces de hito en hito el venerable confesor, y poseido de una santa indignacion, le

dijo de esta manera: «Usted sin duda entiende el latin, supuesto que lo habla. El idioma con que me dirige la palabra es muy bueno, pero muy mala la doctrina que trata de persuadirme. Esto me induce á creer que usted será, á no dudarlo, algun apóstata de la misma fe cristiana, que me persuade abandonar en este instante.» Al oir esta respuesta, quedó tan avergonzado y tan confuso el apóstata sacrílego, que desapareció de la presencia de los venerables confesores para no volver á verlos, por no poder soportar ante sus ojos el peso de su ignominia.

98. Desesperanzado el tribunal de poder vencer á los atletas por medio de la persuasion y la palabra, recurrió al uso y proceder de los tormentos. Tan faltos de dignidad y de decoro como llenos de inhumanidad y de sevicia, los sometieron ante el mismo tribunal á la tortura del agua, que les hacian introducir con abundancia por diferentes vias naturales, y luégo se la hacian arrojar con gran violencia por medio de los procedimientos más atroces. Repetida esta tormentosa operacion hasta los últimos síntomas de la existencia y de la vida, los volvieron á la cárcel para someterlos otra vez á aquella bárbara suerte de tormento, despues de una breve tregua á su dolor. Cansados ya los verdugos de hollar con su planta impía á sus venerables víctimas, para lanzar el agua de sus cuerpos, procedieron despues en su fiereza al tormento de las púas. Al efecto colocaron á los venerables confesores en un banco; los ataron fuertemente, y con las manos cruzadas en el pecho, les introdujeron unas puntas de alambre entre la carne y las uñas hasta la falange misma de los

dedos. Al ver el venerable Ozaraza los cinco chorros de sangre que como cinco hilos de oro corrian de cada una de sus manos, se sintió poseido de repente de una alegría celestial, y exclamó de esta manera: «¡Oh qué lindos claveles! ¡Oh qué bellas rosas derramadas, mi Dios, por vuestro amor! Pero todo esto es nada en comparacion de los dolores que por mí pecador Vos padecisteis.» Estas amorosas expresiones, que cayeron de sus labios como un rocío del cielo, conmovieron hondamente el corazon de sus verdugos, que, bañado el rostro en lágrimas, le reconvenian tiernamente en estos términos: «¿Por qué, varones invictos, por qué venís aquí afanados, para sufrir tales tormentos?» Entónces el venerable Cortet, esforzando la voz con pecho fuerte: «Óiganme, dijo sereno, óiganme con atencion lo que voy á decir en este instante, y sépanlo así los magistrados. No venimos al Japon para morir, sino para predicar la fe de Jesucristo, Dios y hombre verdadero; enseñar el camino de la salvacion á toda carne, y dirigir á los hombres á su reino, hasta morir si es preciso por su amor: así han de entender nuestra venida.» Sin duda este venerable creyó era llegado el caso de dar esta explicacion á los tiranos, para que no creyesen jamas que su mision era inspirada tan sólo por un instinto extraviado de supersticion y fanatismo.

La fortaleza inexpugnable de estos invictos campeones hacia un contraste sorprendente con la desgraciada debilidad de Fr. Vicente de la Cruz. Este infeliz, que, amenazado, se habia rendido desde el principio á discrecion de los tiranos, y que, sin embargo, áun era atormentado para que revelase otros secretos que de-

seaban saber estos malvados, gemia, lloraba, levantaba el grito hasta los cielos, y eran necesarios muchos hombres para que pudiesen introducirle los alambres en los dedos; siendo así que bastaba uno solo para clavarlos hondamente en los de aquellos venerables. Terminada, finalmente, la cruel operacion, y viendo los tiranos la serenidad y alegría que manifestaban en sus rostros los dos caudillos de Israel, mandaron á los verdugos que les picasen con un palo en los clavados alambres, y les hicieran tocar unos con otros al traves, para hacerlos resurtir en los artejos con violencia. Terrible es la mision del narrador que se ve obligado á referir detalles tan horrorosos, capaces de romper todas las cuerdas del corazon y del sentimiento. Mas nada adelantaron los sayones con aquel monstruoso refinamiento de su horrenda crueldad. Firmes siempre los atletas en la defensa y gloriosa confesion de su fe santa, fué preciso conducirlos á la cárcel nuevamente sobre los hombros del verdugo, pues la sangre derramada los habia dejado exánimes.

99. Lo que más dolor causaba á los dos caudillos santos era la triste caida de su hermano. Los tres estaban encerrados en un mismo calabozo, pero en diferentes aposentos, separados solamente por un delgado tabique de madera, que no les impedia conversar y entenderse con claridad de entrambas partes. Las miras de aquellos venerables, luégo que los dejaron solos en la cárcel, se encaminaron á ensayar su conversion. Despues de pedir á Dios misericordia para aquel hombre desgraciado, le hicieron con caridad algunas sentidas reflexiones, que le penetráran hondamente el co-

razon y la conciencia; pues á la postre su falta no era una apostasía interior del alma, sino una denegacion tan sólo externa de su fe, arrancada únicamente por la fuerza del dolor. Arrepentido, pues, de su pecado, lloró como San Pedro su caida, y haciendo una confesion llena de lágrimas, fué absuelto postreramente de su culpa en el tribunal sagrado de la penitencia y del perdon. Sólo así pudo hallar fuerzas en el fondo de su alma para los grandes combates que habia de sufrir al dia siguiente. Entónces convertido en otro hombre, y revistiendo su persona de una actitud imponente, se presentó con valor á los tiranos, y les dijo en són doliente: «Señores magistrados de este imperio: vengo á reparar mi falta. He pecado contra los cielos y la tierra: he sido traidor á Dios, y mi conciencia atormentada se conjura contra mí. Es verdad que no he negado á Jesucristo en el fondo de mi alma; pero lo he negado exteriormente por mi debilidad escandalosa, y vengo ahora á confesar su santo nombre en el mismo lugar de mi flaqueza, dispuesto á arrostrar vuestra venganza y todas las formas del dolor y de la muerte, ántes que volver á renegar de mi Dios y de mí mismo.»

Espantado el tribunal ante la grandeza de alma que revelaba aquel hombre en su confesion gloriosa, lo conducen finalmente con los otros venerables al bárbaro tormento de la asfixia, por medio del agua misma sucesivamente introducida y arrojada con violencia. Mas hubo de placer al tribunal probar más especialmente al arrepentido lapso, metiéndolo de cabeza en una cuba de agua, como lo hicieron un tiempo con la venerable Magdalena, hasta que lo sacaron medio ahogado, para

dar firme y constante testimonio de su fe. Várias veces repitieron los esbirros esta prueba, y siempre fueron vencidos en la lucha por el inmortal atleta. Entónces, cansados ya de lidiar con aquellos invictos campeones de la Cruz, los condujeron á la cárcel nuevamente, y los cargaron de grillos con horrorosa pesadumbre de cadenas: ellos, que de ningun modo podian mover pié ni mano, en el estado lastimoso en que se hallaban en fuerza de los tormentos!!!

100. Entónces apareció otra embarcacion en Nangasaqui, procedente de Satzuma, que conducia á los restantes confesores de aquella fraccionada expedicion. Eran éstos el P. Fr. Antonio Gonzalez, el paisano japonés y el mestizo de Binondo. Salió el primer campeon con mucha gravedad de la alta nave; levantó al cielo sus ojos, y se santiguó con majestad á imitacion verdadera de los antiguos atletas, cuando estaban para entrar en el combate, como lo observa Baronio en sus anales. Llevaba encima del vestido de seglar el escapulario de la Órden, que le llegaba á las rodillas, y le seguian reverentes sus dos excelentes compañeros, que fueron conducidos como él al tribunal superior de Nangasaqui. Algunos portugueses, que observaron en el puerto la entrada de este venerable misionero, no pudieron ménos de admirar los efectos extraordinarios de la gracia que brillaba en su semblante, y formaba en torno suyo una aureola gloriosa. Asistieron al tribunal varios apóstatas, como espectadores de la escena, y se distinguia particularmente entre aquellos miserables el infortunado y triste Cristóbal Ferreira, cuya horrenda y escandalosa apostasía habia hecho tanto

daño á la iglesia del Japon, como lo confesaron con dolor los mismos sacerdotes portugueses, á cuyo santo instituto habia pertenecido el desgraciado.

Interrogado en su presencia el venerable Gonzalez si era religioso verdadero; si sabía que las leyes prohibian estrictamente la entrada de misioneros en el imperio del Japon, con las demas preguntas de estilo en tales casos, á todo respondió felizmente el venerable con aquel valor divino que el Espíritu Santo suele inspirar á los suyos en semejantes circunstancias, ahorrándoles el trabajo de pensar y discurrir estudiadas locuciones. Hizo una bizarra y valiente confesion de sus creencias en presencia del tribunal y los apóstatas, para que el nombre del Señor fuese más glorificado á la faz de sus enemigos y traidores. Impusiéronle silencio los magistrados inicuos, porque la sublimidad de sus palabras y la arrebatadora elocuencia de su voz daban alto testimonio de la divinidad de su doctrina, y los cubria para siempre de confusion y de vergüenza. Áun era más vergonzosa la horrible situacion de los apóstatas, á quienes recordaba su maldad, y el sacrílego atentado de haber maldecido impíamente de su Dios y de sí mismos. Preguntáronle, por último, acerca de unas cartas reservadas que sabian tenía dispuestas para ellos y para el mísero apóstata de triste celebridad, en que les manifestaba la iniquidad que cometian en perseguir una religion tan santa, y en atormentar á sus ministros. El apóstata Ferreira sufria en aquel instante todos los tormentos del infierno. Devorado por sí mismo y por el remordimiento torcedor de su conciencia, sentia su vista ofuscada por un velo tenebroso, y tembla-

ba azogado en la presencia de aquel campeon de Dios. Dijérase que aquel reo se habia convertido en un juez inexorable para el tribunal y los apóstatas, y con majestuoso continente y voz sonora pronunció un discurso apologético sobre la divinidad incontestable de la religion cristiana. Enmudeció el tribunal ante el copioso raudal de su inspirada elocuencia, y cerrando sus ojos á la luz, cuyo resplandor les ofuscaba, le mandaron conducir con los otros campeones á la barra del suplicio, para someterlos al tormento del agua y de la asfixia, en la forma acostumbrada con los demas atletas del santuario. Al henchir de agua los verdugos al venerable Gonzalez, el Japon amedrentado abandonó la fe de Jesucristo. Lorenzo Ruiz, el filipino, vaciló tambien por un momento; mas al ver el heroismo y la fortaleza invicta con que el venerable religioso toleraba sosegado aquel horrible tormento, se alentó su corazon, y sufrió con repeticion la misma prueba, siempre constante en la fe y en la religion que profesaba. Mas dando á los tormentos una tregua para mayor prolongacion de su martirio, los llevaron á la cárcel para ocupar la misma pieza en donde estaban los primeros confesores, bien que separados, como ellos, en sus respectivos aposentos.

101. Entre tanto el Señor de las misericordias se habia apiadado finalmente de aquel miserable lapso, que sólo por temor, y no el alma, le habia negado exteriormente. Una luz celestial bañó su espíritu con sus divinos resplandores, y le hizo ver palpablemente toda la enormidad de su delito. Ahogado por su dolor y por sus lágrimas, obtuvo del misionero la absolucion de su

pecado, que hubo de confesar todo lloroso con un corazon contrito y humillado. Esta conversion extraordinaria llenó de gozo y de alegría á todos aquellos campeones de la Cruz; pues se veian al fin unidos en una misma confesion y un alma misma, los que habian salido juntos de estas playas para glorificar á Dios en el Japon. No habia trascurrido mucho tiempo, cuando volvieron á sacarlos de la cárcel para atormentarlos otra vez. El venerable Gonzalez contestó con franqneza al llamamiento. «Yo estoy enfermo, señores, y con grande calentura, pero nada vale todo esto; marchemos á padecer por Jesucristo, en quien tan sólo se halla nuestra resurreccion y nuestra vida.» Empezaron los verdugos el tormento por el venerable Gonzalez, cuyo cuerpo destrozado ya no era capaz de recibir el agua que le introducian con violencia, volviendo á arrojarla desde luégo, envuelta en sangre cuajada. Conociendo los tiranos que si repetian el tormento moriria el venerable en aquel acto, lo volvieron á la cárcel, sin proceder por entónces á ulteriores pruebas y tormentos. Mas era ya inútil el pensar que áun podria someterse, en tal estado, á otra suerte de suplicios. La vida le era ya imposible, despues de tantos dolores y de torturas tan violentas. Con efecto, al dia siguiente volaba su grande alma al seno del Criador, para recibir allá en el cielo la púrpura y la corona del martirio. Era el dia 24 de Setiembre de 1637. Reducido á cenizas, finalmente, aquel cuerpo venerable, fueron éstas arrojadas en el abismo de la mar, salva una porcion muy breve que pudo rescatarse finalmente.

102. Áun quedaban en la cárcel los otros cinco con-

fesores, aguardando el fin ansiado de su carrera gloriosa. Desde el fondo de sus almas se elevaba una oracion al firmamento. Era una plegaria hermosa que dirigian con fe viva á su venerable compañero de martirio, que se les habia adelantado en la carrera de la gloria, para ir á interponer sus oraciones en la presencia del Altísimo, en favor del triunfo de sus colegas. La sentencia postrimera de los demas confesores no se hizo esperar por mucho tiempo; despues, desesperanzado el tribunal de vencer su fortaleza en tan gigantesca lucha, los mandó conducir sin más demora á la arena del martirio. En cada ejecucion y en cada víctima, siempre se descubria alguna nueva suerte de tormento, que no se conociera en un principio. Esta vez iban los atletas con mordazas afrentosas, para que no pudiesen predicar en el trayecto la ley santa del Señor, por cuya causa padecian, y triunfaban del poder de las tinieblas. Mas oigamos la sencilla y devota narracion del P. Aduarte sobre la descripcion de estos martirios.

«Salieron, dice, de la cárcel los tres religiosos y sus dos compañeros seglares, con mucho acompañamiento de ministros de justicia, y grande alarido del pueblo, no como los años pasados en devota alabanza de los mártires, sino escarneciéndolos, como infieles que son ya casi todos los de aquella ciudad, que pocos años ántes era tan católica. Llevaban á los siervos de Dios á caballo, y era el primero de todos el japon leproso, natural de Macao, que habia ido por guía de los padres en Japon, y ahora los guiaba al lugar del martirio, no ya por práctico en la tierra, sino como devoto y animoso cristiano, que por el martirio caminaba al cielo.

Seguíase luégo el mestizo Lorenzo Ruiz, honrando su nacion y su pueblo de Binondo, iba luégo el P. fray Vicente de la Cruz, confesando animosamente con el hecho al Señor, por quien valerosamente iba á padecer, no con palabras, porque para que no predicasen, los habian puesto á todos ellos mordazas. El cuarto lugar llevaba el P. Fr. Guillermo, ya muy flaco y tan debilitado en el cuerpo, que no se podia tener en el caballo, pero tan vivo y fuerte en el espíritu, que clavados los ojos en el cielo, donde tenía todo su corazon y deseos, iba como en éxtasis arrebatado sobre sí y todo lo visible, como quien ya estaba tan cerca de la gloria, y menospreciaba todo lo de acá abajo. El último iba el P. Fr. Miguel con rostro muy gozoso y risueño, alegrando y maravillando á cuantos le miraban, y llegando al puesto donde viven los portugueses (que desde sus casas miraban esta alegre procesion y devotísimo espectáculo), puestos en ellos sus alegres ojos, los saludó con tres corteses y benévolas inclinaciones, no pudiéndolos hablar, por la mordaza que llevaba él y los demas, para que ni pudiesen hablar al pueblo, ni decir defectos de sus falsos dioses. Respondieron los portugueses con otras tres inclinaciones y muchas lágrimas de devocion, y algunos le cantaron el sálmo primero de David: *Beatus vir*, que no poco consuelo sería para los santos. Por escarnio los habian hecho rapar la media cabeza y teñírsela de almagre con el medio rostro de la parte izquierda, con que daban más ocasion á que burlasen de ellos más de doscientos muchachos, que los iban escarneciendo y dando contra ellos gritos y voces, en contraposicion de lo que en la misma ciudad, cuando ha-

bitada de católicos, solian hacer los niños y niñas, que en procesiones muy ordenadas solian acompañar á los santos mártires con grande consuelo suyo, oyéndoles cantar letanías cuando los perseguidores tiranos blasfemaban el nombre de Dios, y le martirizaban sus siervos; pero ahora, como casi todos los que la habitan son gentiles ó renegados, van por el camino contrario, como gente descaminada y sin Dios.

«Llevaron así á los santos por las calles principales hasta el monte santo, que está dedicado para semejantes sacrificios; consagrado ya con tanta sangre de valerosísimos santos, que puede ser contado entre los insignes lugares de devocion de la Iglesia. Metiéronlos allí en las cuevas que estaban preparadas, como otras veces se ha dicho, hasta el medio cuerpo, colgados los piés arriba de una pequeña horca, y puestas en la cintura unas tablas que encajaban en ella, para sobre estas tablas ponerles mucho peso de piedras, que sobre el natural del cuerpo los atormentase más, y bajase más sangre á la cabeza, y así muriese con más pena, que es el último y más grave tormento que contra los santos mártires há pocos años que han inventado estos crueles jueces, enseñados del enemigo comun de los hombres, á quien sirven y obedecen; y como han visto y ven que los cristianos japones, no temiendo ser asados vivos por la fe, aunque sea á fuego lento, tiemblan de este terrible género de muerte, hanle hecho ya comun los tiranos para espantar á los católicos. Tuvieron de esta suerte ahorcados á los santos de los piés, y metidos hasta el medio cuerpo cada uno en su hoyo, tapados con aquellas tablas los hoyos para que no pudiesen ver luz, y así los

dejaron aquel dia y el siguiente, echando sangre por la boca y las narices, con excesivo tormento; pero muy consolados del cielo, especialmente los tres religiosos, que en tan grande afliccion corporal estuvieron siempre orando y cantando alabanzas á Dios en voces altas, oyéndose unos á otros, y animándose á padecer por tan buen Dios, que tanto favorece y consuela á los que así padecen por su gloria. Oian las guardias las voces, y como eran en latin y en español, no las entendian; y fueron á dar aviso á los jueces, que allí cerca asistian, los cuales le enviaron un intérprete para preguntarles que querian, deseando que retrocediendo pidiesen perdon y la vida. Mas estaban los santos muy léjos de tan vano y dañoso pensamiento, y así respondieron que nada querian, como los que tenian todo lo que muchos años habia que deseaban, y pedian á Dios y á sus prelados; y añadieron que sólo les pedian perdon á él y á los demas ministros de justicia del trabajo que por ocasion suya habian tomado y tomaban, así allí como en la cárcel, el tiempo que los tuvieron en ella. Respuesta con que quedaron admirados, y alabaron la paciencia y gran valor con que padecian tan terrible tormento; y perdiendo las esperanzas de que retrocediesen, mandaron los jueces que los quitasen del tormento y les cortasen las cabezas, porque querian ir á casa. Sacáronlos, y hallaron á los dos seglares ya muertos, pero los tres religiosos vivos. Al sacarlos de las cuevas les dijeron que era para cortarles las cabezas, de lo cual se alegraron mucho y dieron al Señor devotas gracias. El P. Fr. Vicente estaba ya tan descaecido con la fuerza del tormento, que aunque se quiso hincar de rodi-

llas, no se pudo tener, y así caido en el suelo le cortaron la cabeza. Los otros dos PP., Fr. Guillermo y fray Miguel, pudieron esperar el deseado golpe de la catana hincados de rodillas, las manos puestas sobre el pecho y los ojos levantados al cielo; y estando así se volvió el P. Fr. Miguel al P. Fr. Guillermo, y le dijo que lo que no le podia hablar en aquella última despedida, lo guardaba para cuando presto se viesen en la divina presencia, para donde estaban de partida; con esto les cortaron las cabezas, con que libres ya de las miserias de esta vida, entraron en la gloria victoriosos. Los cuerpos de estos cinco santos mártires fueron luégo quemados, y las cenizas y tierra santificada con sus reliquias fueron echadas en la mar, tres leguas del puerto de Nangasaqui, el mismo dia 29 de Setiembre de 1637.» (Aduarte, *Historia de la Provincia*, libro II, capítulo LX.)

103. Éstos fueron los últimos religiosos de la Órden y Provincia del *Santísimo Rosario*, que perdieron la vida valerosos por la fe de Jesucristo en el imperio del Japon, en donde la habian propagado y sostenido por espacio de treinta y cuatro años, sellándola con la sangre de sus venas generosas. Ahora vamos á dar algunos apuntes biográficos de estos postreros paladines, tomados de buenas fuentes y de datos fidedignos.

La antigua ciudad de Leon habia visto mecerse en buena cuna al venerable Gonzalez, que educado desde niño en el seminario conciliar de aquella diócesis, recibió postreramente el hábito de la Órden en el convento de PP. Dominicos de la misma capital. La elevacion intelectual de sus talentos sólo era comparable á

la superioridad y perfeccion de sus virtudes. El espíritu de Dios, que henchia su corazon y su alma pura, le arrancaba alguna vez gemidos inenarrables, que se traducian en suspiros y deseos de morir por Jesucristo. Con este fin pasó á la Provincia del *Santísimo Rosario* en 1632, y destinado por el pronto á regentar una cátedra de teología en la universidad de Santo Tomas, fué enviado posteriormente, como es visto, á reedificar el templo de Dios en el Japon. Su vida íntima y privada era mística y austera. Entregado en todo tiempo á la penitencia y la oracion, era igualmente solícito en el cumplimiento exterior de sus deberes. La devocion especial que profesaba al glorioso San Pedro Mártir, á quien se habia propuesto siempre como modelo de su vida, le mereció la especial gracia de imitarle tambien hasta en la muerte, inmolándose por Dios sobre las aras de su Religion y de su amor.

El segundo cuadro hermoso que figura en esta galería biográfica es el del venerable P. Fr. Guillermo de Cortet ó Courtet, llamado tambien Fr. Tomas de Santo Domingo, hijo de una familia distinguida de la ciudad de Visiers (en Francia), que renunció desde jóven, por amor de Jesucristo, todas las grandezas de este mundo y todas las vanidades de la tierra. Inspirado de lo alto en el sublime pensamiento de compartir los trabajos y la gloria de nuestros misioneros del Japon, recibió por fin la investidura del hábito de la Órden en el convento de Albi, con la grata esperanza de poder realizar á su tiempo sus deseos. Desde los primeros años de su vida religiosa se puso bajo la direccion del célebre religioso dominico Fr. Sebastian de Micaelis, que

á la sazon regía los destinos de la congregacion reformada de la Francia; é inspirado en la sabiduría de sus consejos, hizo progresos admirables en la carrera de la virtud y de las letras. Promovido, finalmente, al profesorado de la sagrada facultad de teología, formó una juventud brillante, trasladándose despues á la ciudad de Aviñon por disposicion de sus prelados, para que reformase con su prudencia y con su ejemplo el convento de la Órden que habia en la dicha ciudad. Esta sola circunstancia revela la importancia de aquel hombre y su estimacion moral en la conciencia de la Órden, que le confiára en su país tan delicadas comisiones. Empero, como el móvil principal, el verdadero resorte de su alma que le impulsára á suplicar el hábito de la Órden, era el alto pensamiento de tomar parte algun dia en las sangrientas batallas de la Cruz que los misioneros españoles venian sosteniendo con tanto valor y bizarría en los reinos apartados del Japon, al fin logró incorporarse á la Provincia del *Santísimo Rosario*, y luégo se agregó á la mision de los *barbones*, de que ya se hizo mencion en el capítulo anterior. Con la buena fe que le guiaba y era la norma constante de su vida, habia entrado en los designios del P. Diego Collado; mas al verse en estas islas, y al comprender palpablemente el absurdo pensamiento de aquella congregacion desconcertada, se separó inmediatamente de aquella pléyade errante con otros religiosos respetables de aquella mision famosa, y prestó su obediencia desde luégo al superior de la Provincia; siendo despues destinado por el honorable Provincial á las misiones del Japon, que era la aspiracion santa y el pensamiento do-

minante de su vida religiosa. Semejante su alma pura al ángel de la oracion, cernia sin cesar sus alas en la presencia de Dios, plegándolas reverente en sus collados eternos. Ceñida siempre á su cuerpo la mortificacion de Jesucristo, atormentaba sus miembros con acerados cilicios, y traia guerra declarada con los apetitos de la carne. Humilde como la tierra, se ponia siempre por debajo hasta de sus mismos inferiores. Mas el rigor y la aspereza era sólo para sí; la dulzura y la suavidad para sus prójimos. Y si la caridad tiene laureles para los elegidos de Israel, bien merecieron sus sienes el lauro inmortal de su martirio.

La figura que aparece en tercer término es la del P. Fr. Miguel de Ozaraza (que se llamó tambien de Santo Domingo), tipo de toda virtud y santidad, y una de las glorias más brillantes de esta Provincia religiosa. Era natural de Oñate, en la provincia de Vizcaya, é hijo del convento de Nuestro P. Santo Domingo de Vitoria. Pasó la primera etapa de su vida religiosa en Santo Tomas de Madrid, donde conoció postreramente que Dios le predestinaba á predicar el reino de los cielos en las regiones más apartadas de la tierra. Lleno de este pensamiento, quiso tambien, en su dia, pertenecer á esta Provincia, y se incorporó igualmente á la mision de los *barbones*. Separado, en fin, de la fraccion que el célebre P. Collado pretendia establecer en la Provincia con su memorable fundacion, se agregó á la corporacion antigua de estas islas, y consiguió postreramente que el Prelado provincial lo nombrase misionero del Japon, donde le esperaba la corona y la púrpura de mártir.

En último término aparecen el venerable Lorenzo Ruiz, natural, como se ha dicho, del mismo pueblo de Binondo, y el P. Fr. Vicente de la Cruz, llamado ántes Xivozzuca, oriundo de aquellos reinos, como tambien hemos visto, é hijo de padres cristianos muy devotos, que lo ofrecieron á Dios áun ántes de nacer. Recibida su primera educacion en el seno de su madre cariñosa, lo entregaron á su tiempo, en cumplimiento de su voto, á los PP. Jesuitas residentes en la ciudad de Nangasaqui. Terminada ya su educacion, fué destinado desde luégo para coadyuvar á los PP. misioneros, hasta que, desterrados éstos del imperio en 1614, abandonó tambien su triste patria y se vino con ellos á Manila. Áun volvió á ensayar su celo en aquella cristiandad acrisolada; mas no pudiendo fijarse en parte alguna, ni desplegar por ningun lado las alas de su caridad consoladora, se embarcó segunda vez para Manila, en donde se ordenó de sacerdote. Desde entónces se consagró al catequismo é instruccion de sus paisanos, que residian en esta capital y sus contornos. No habiendo podido regresar á su país, como pensaba, con el venerable P. Fr. Luis Sotelo, á causa de una grave enfermedad que le sobrevino de repente, al fin, hubo de permanecer por mucho tiempo en estas islas, consagrado enteramente al ministerio de las almas, como fiel dispensador de los misterios de Dios. Mas, al andar de los tiempos, ofreció su compañía á los venerables Gonzalez, Courtet y Ozaraza, que se preparaban á partir para los reinos del Japon, y de quien él recibió la investidura del hábito de la Órden en el mismo bajel afortunado que los conducia á su destino. Mas,

preso postreramente con los demas venerables, y sucumbiendo al principio, como frágil, á la intensidad de los tormentos, lloró, por fin, su caida y volvió al redil de Jesucristo, confesando despues su santo nombre con extraordinario valor y fortaleza. Por eso le hemos visto, finalmente, recibir en el estadio la palma gloriosa de su triunfo.

Aquí termina la historia de nuestro glorioso apostolado en las islas del Japon. Los héroes cuyo martirio se acaba de referir fueron los últimos atletas de la Órden que pelearon allí las batallas inmortales de la Cruz, y que regaron con su sangre aquella viña dilatada del Señor. Y si bien esta Provincia de la Órden áun ensayó posteriormente, y en repetidas ocasiones, la posibilidad de conservar las reliquias de la fe en aquellos reinos, siquiera fuera inmolándose en las aras sangrientas del amor por aquella cristiandad agonizante, todos sus esfuerzos fracasaron en los consejos inescrutables del Altísimo, que al fin la cerró todas las puertas de aquel desgraciado imperio, que tan mal correspondiera á su poderoso llamamiento.

CAPÍTULO X.

Resúmen de la *Historia del Japon*.—Tentativas infructuosas de la Provincia para enviar otros misioneros de la Órden al imperio.—General persecucion en todos sus dominios.—Los cristianos de Arima se rebelan contra su Tono.—Son degollados por la fe en Nangasaqui, unos embajadores de Macao.—Noticias vagas que se han podido adquirir del estado del cristianismo en el Japon hasta fines del siglo XVII.—Entra en el imperio un extraordinario misionero, llamado Mr. Sidolti.—Tentativa verificada en 1844 para fundar una mision en Lonchon, y Su Santidad confiere el nombramiento de Vicario Apostólico del Japon á Mr. Agustin Forcade.

104. Acabáronse, en efecto, los mártires de la Provincia del *Santísimo Rosario* en los reinos del Japon, no por haberse resfriado la caridad de sus hijos, sino porque se hizo imposible la entrada de los PP. misioneros en las islas numerosas de aquel imperio malhadado. Treinta y dos fueron los héroes de esta Provincia religiosa que fueron inmolados por la fe y por su mision divina en aquella lucha sin ejemplo, que durára desde el año de 1614 hasta el de 1637. De esta falange religiosa los veinte eran europeos, y de ellos uno fué martirizado en las islas de los Lequios, y otro asesinado por los enemigos de la fe en aquel infausto viaje desde la Formosa á Nangasaqui. Los demas eran japones; tres de ellos eran sacerdotes ya profesos, y los restantes, coristas, legos ó donados. Murieron ademas por la causa de Dios y de su nombre, diez y seis *terceros* de la Órden, que tambien honraron con el sacrificio de la vida la Provincia, siempre ilustre, del *Santísimo Rosario*. Tanta sangre derramada, tantos sacrificios, tantas víctimas y la muchedumbre numerosa de cristianos que permanecian aún fieles á su Dios cru-

cificado, sin aras, sin sacerdotes y sin templos, no podian ménos de conmover profundamente el corazon de esta Provincia, y de interesarla vivamente en su socorro. Dos veces trató de rehacer aquella mision gloriosa, y de mandar operarios á aquella viña desolada; mas las dos veces se frustraron sus poderosos esfuerzos, porque la ira de Dios se habia encendido, finalmente, sobre aquel país ingrato, verdugo por tanto tiempo de su religion y sus profetas. La primera tentativa que hizo la Corporacion posteriormente, fué por los años del Señor de 1648, gobernando la Provincia, como Vicario general, el M. R. P. Fr. Rafael de la Cárcel, Prior del convento de Manila, por muerte del Prelado Provincial Fr. Domingo Gonzalez. Este honorable Prelado habia ya concebido el pensamiento; mas la muerte le salió al encuentro en su camino, y le impidió la ejecucion de su atrevido proyecto. Poseido, sin embargo, de tan gloriosa inspiracion, la dejó, como en herencia, al que debia sucederle en aquel cargo, que le prometió secundarle en su designio, como lo verificó cumplidamente. Compró, en efecto, á este fin una embarcacion segura, sin que se pudiese trascender su pensamiento, y la mandó á Cagayan, en donde debian embarcarse cinco excelentes misioneros, designados préviamente para restauradores del santuario en el imperio del Japon. La estacion era contraria á aquel viaje por entónces, y esta sola circunstancia malogró la expedicion; pues entre tanto que esperaba el cambio de la monzon, fué elegido superior de la Provincia otro Prelado, que no estimó prudente aquella empresa, de la que no esperaba resultado alguno favorable en aque-

llas circunstancias. Todavía hizo esta Corporacion una segunda tentativa por los años de 1655, siendo su Prelado provincial el P. Fr. Pedro Ledos. Este honorable y celoso superior convidó personalmente á tres fervorosos misioneros para acometer la empresa de renovar, con su celo, el apostolado glorioso del Japon, ofreciéndose él mismo á acompañarles en tan arriesgada expedicion. Obedeciendo á esta idea, que le poseia profundamente, se proporcionó un champan y compró ademas algunos géneros, simulando diestramente que eran para Cagayan, en donde debian hacerse á la vela para aquellos reinos apartados. Cuando ya estaba todo preparado para partir de las costas cagayanas, sobrevinieron igualmente accidentes imprevistos, que tampoco permitieron llevar á cabo la jornada.

105. Desde el año de 1634 la persecucion ya no era sólo contra los ministros del Señor, como ha podido observarse en el discurso de esta *Historia*. Los edictos imperiales comprendian á toda clase de personas, y los Tonos del imperio eran amenazados con la pérdida de su vida y señoríos por la menor frialdad ó poco celo en la sangrienta persecucion de aquella iglesia. Las leyes, las pasiones, los instintos, todos los elementos que constituyen la vida y el carácter social de cada pueblo, sólo obedecian á un pensamiento, sólo convergian á un punto: la abolicion del cristianismo en el imperio. Y esto por una serie no interrumpida de emperadores y de régulos, que se iban adicionando con el tiempo sus odios hereditarios á la religion de Jesucristo, sólo porque condenaba sus abominaciones y torpezas. Si la persecucion cristiana en el Japon hu-

biera, á lo ménos, tenido los intervalos que tuvo en los tres primeros siglos de la Iglesia, hoy es el dia en que el cristianismo hubiera triunfado para siempre de los tiranos japones como triunfó de los romanos, y la religion de Jesucristo, que sabe civilizar todos los pueblos, sería hoy el elemento de vida y el gérmen civilizador más poderoso de aquel país desventurado. Mas no ha sonado aún la hora en el reloj de los cielos, que ha de señalar el paso de ese pueblo oriental al cristianismo. La sangre de tantas víctimas no ha podido aún ablandar sus pechos empedernidos, y dijérase que pesa sobre su réproba frente alguna maldicion desconocida. Pero continuemos reseñando las tristes postrimerías del cristianismo en el Japon, y los últimos esfuerzos de las potestades del infierno para sostener su trono en el imperio sobre las ruinas sangrientas de aquella Iglesia cristiana.

Convencidos los tiranos del Japon de que áun existian en aquellos reinos muchos cristianos ocultos, discurrieron un medio seguro para discernirlos fácilmente, y mandaron por edicto que todos los habitantes del imperio llevasen públicamente sobre el pecho la imágen visible de algun ídolo conocido en el Japon, ú otra señal equivalente, que simbolizase á toda luz la profesion de la secta religiosa á que pertenecian por sus creencias. De esta suerte los cristianos debian de ser descubiertos al momento, ó abandonar para siempre la religion de Jesucristo con aquella señal protestativa del gentilismo y sus errores. Esta situacion terrible é indeclinable en que se colocaba á los cristianos, les ponia en una alternativa tan funesta, que no pu-

diendo aceptar en su conciencia ninguno de sus extremos, preferian expatriarse y renunciar para siempre á sus hogares queridos. Empero, como no á todos era dable este ostracismo voluntario por amor de Jesucristo, se pronunciaron, al fin, contra las potestades del imperio en el año de 1638, y atrajeron á su causa treinta y siete mil soldados, que con las armas en la mano procuraron sacudir aquel yugo insoportable, que les venía oprimiendo sin respiro.

106. Este hecho sólo se explica por la ausencia de sacerdotes y ministros que animasen al cristiano á sufrir con resignacion y con paciencia la persecucion que padecian por la religion y por la fe. Así se vinieron á desvanecer enteramente las tenues esperanzas que quedaban respecto al restablecimiento de la paz. Los rebeldes reconocian por jefe á un jóven descendiente de los antiguos reyes de Arima, y despues de rendirle, en tal concepto, el pleito homenaje del vasallo, se apoderaron en seguida de la plaza de Jimabara, en donde se hicieron fuertes. El Tono miserable de aquel reino, que no se hallaba en estado de conjurar la tempestad, dió cuenta al Emperador de aquella rebelion espantadora, que amenazaba extenderse á otros puntos del Japon, y desbordarse doquier, á manera de torrente, en todos los estados del imperio. Al apercibirse el soberano de aquella formidable insurreccion, vaciló sobre su trono, y dispuso que se reuniesen desde luégo todas las fuerzas del imperio para atacar á los rebeldes y reconquistar su plaza. Los cristianos vencedores, que habian enarbolado su estandarte sobre los muros de Jimabara, viéronse luégo sitiados por todas las legiones imperia-

les, y reducidos al hambre por un asedio pavoroso. Hicieron salidas temerarias contra las huestes sitiadoras, y quedó sepultada una gran parte del ejército imperial bajo los muros de la plaza. Mas el hambre y la penuria que sufrian en aquel sitio los redujo, finalmente, á un estado lastimoso, y en trance tan apurado, se determinaron á pelear en campo raso. En los primeros encuentros perecieron al filo de su espada más de veinte mil soldados imperiales; pero al fin el hambre y el cansancio los detuvieron desde luégo en su marcha victoriosa, y murieron todos ellos con las armas en las manos sin haber sido vencidos.

107. Los holandeses infames, que expiaban con cuidado todas las ocasiones oportunas que pudieran favorecer el privilegio exclusivo de su comercio en el Japon, resolvieron acusar, segun se dijo, á los pocos portugueses que áun habian quedado en Nangasaqui, como autores principales de la rebelion de los cristianos en los estados de Arima; renovando á este propósito aquella fábula ridícula «de que los reyes de España y Portugal enviaban misioneros para preparar la conquista de los reinos extranjeros.» Estas groseras calumnias hallaron eco, por desgracia, en el palacio imperial, y sin audiencia de parte, ni ménos informarse del orígen de tan grave acusacion, se prohibió desde luégo, bajo pena de la vida, que ningun vasallo de Castilla, español ó portugués, pisase jamas aquellas islas, ni los pavorosos reinos del Japon. Este edicto draconiano consternó profundamente á los habitantes de Macao, cuya principal riqueza era entónces el comercio que hacian con la ciudad de Nangasaqui. Al efecto

de arreglar este negocio, y demostrar á toda luz la falsedad y vil orígen de aquellas miserables imposturas, se ofrecieron de su grado cuatro principales personajes de la ciudad portuguesa á llevar una embajada al emperador To-Jogun-sama, y aportaron á sus playas el dia 6 de Julio de 1640. Apénas habian fondeado en el puerto imperial de Nangasaqui, el gobernador de la ciudad mandó á bordo de su nave un emisario para requerirles del motivo y verdadero fin de su venida, querellándose altamente de su proceder osado, que no habia sabido respetar los edictos imperiales. Los portugueses contestaron que llevaban un mensaje para el emperador de aquellas islas, y que en su calidad de embajadores, sus personas inviolables debian ser respetadas por el derecho de gentes. Añadieron, finalmente, que el motivo principal de su mision diplomática era desvanecer las calumnias que los villanos holandeses habian propalado contra ellos, y procurar restablecer los tratados y relaciones mercantiles que los habian ligado siempre con los intereses del imperio. El Gobernador hubo de manifestarse satisfecho con las explicaciones del mensaje, y áun se ofreció á acompañar á los embajadores portugueses hasta la córte imperial; pero esto sin perjuicio de enviar su nave á remolque, sin arboladura ni timon, á la playa solitaria de la pequeña isla de Kisma, muy cercana á la ciudad, y de mandar custodiarla, circunvalando su quilla con un cerco formidable de embarcaciones armadas. Al dia siguiente de estos hechos mandó desembarcar el equipaje, y dispuso que los embajadores, con la tripulacion de aquella nave, bajasen á la isla, en donde los tuvo arrestados

hasta que llegó la respuesta de la córte. Eran portadores de la contestacion imperial que se esperaba, dos grandes dignatarios del Estado, que habian de examinar y requerir á los embajadores macanenses.

El dia 2 de Agosto tuvo lugar la primera audiencia celebrada sobre aquel ruidoso asunto, y en ella hicieron leer delante de los cuatro embajadores y tripulacion de su bajel (que se componia de sesenta y cuatro hombres, entre españoles, portugueses, canarines, indios y chinos) el edicto soberano, en que se prohibia, bajo pena de la vida, á todos los comerciantes portugueses y españoles entrar por ningun concepto en los puertos del imperio. Contestó la embajada portuguesa á tan hostil é inconveniente notificacion, que el edicto no hablaba con ellos en tal caso; pues ni habian ido al imperio en calidad de comerciantes, ni habian conducido á Nangasaqui mercancías de ningun género. La observacion era muy justa; empero trataban con una gente destituida de todo sentimiento de pudor y de justicia, que despreciaba insolente los derechos más sagrados. El resultado final fué notificarles la sentencia de pena capital, que habian pronunciado contra ellos, comprendiendo en aquel fallo á los cuatro embajadores y á la tripulacion de su bajel, á excepcion de trece hombres, á quienes tuvieron la impudencia de regalar la vida en aquel trance, para que llevasen á Macao la noticia y la contestacion definitiva que daba el Emperador á su mensaje. Notificada que les fué dicha sentencia, se les declaró despues que el Emperador tenía á bien el perdonar á los que se resolviesen á dejar la religion de Jesucristo, y rendir humilde culto

á las divinidades del imperio. Una proposicion tan miserable merecia sólo el desprecio, y nadie tuvo la debilidad de comprar su vida á tanto precio. En tal concepto, como fieles y fervorosos cristianos, fueron conducidos á la loma llamada *del Monte Santo*, y besaron los venerables confesores aquella tierra sagrada, regada mil y mil veces con la sangre de los mártires. Allí, puestos de rodillas ante Dios, y despues de haberles protestado los magistrados imperiales que la religion que profesaban era el único motivo que los conducia al suplicio, fueron todos degollados cruelmente. Citados poco despues á la barra de la audiencia los trece marineros que habian librado la vida, les dirigió la palabra el jefe del tribunal en estos términos: «Volved cuanto ántes á Macao, y diréis á sus vecinos que no tendrán más seguridad que los decapitados los que vuelvan al imperio. Podréis tambien dar por testimonio de que vuestros compañeros han muerto por la fe.»

108. Desde entónces han sido muy escasas las noticias y los datos fehacientes que puede admitir la historia acerca de las misiones y del estado del cristianismo en el Japon. Cinco PP. Franciscanos, que áun habian quedado en el imperio, perecieron, finalmente, en aquel país maldito, sin haberse tenido noticia alguna de su muerte. Podemos suponer piadosamente que sus nombres están escritos en el libro de la vida al lado de los atletas y de los vencedores de Israel. Sábese, empero, de cierto, y ha pasado al criterio de la historia, que dos PP. Jesuitas fueron martirizados, finalmente, por querer penetrar en el imperio para reducir al redil santo al apóstata Ferreira. No es posible

seguir de paso á paso la historia de los dolores que sufrieron los cristianos hasta la muerte espantable del tirano To-Jogun-sama. Sólo fué permitido desde entónces á los codiciosos holandeses el comercio general de Nangasaqui, con las más degradantes condiciones. Era fama por entónces que un horrible terremoto habia abierto una montaña en los estados de Omura, y que se hallaron en su seno los cuerpos preciosos de dos mártires con una inscripcion latina, cuyos restos venerables fueron reducidos á cenizas por disposicion de los tiranos. Díjose tambien por aquel tiempo que en la noche de aquel dia en que tuvo lugar aquel fenómeno, se oyó al Emperador, en sus insomnios, que llamaba furioso á los combates, y que preguntado por la causa, contestó de esta manera: «Veo delante de mis ojos una armada de cristianos que vienen á quitarme la corona.» Murió, por fin, el tirano el año de 1650, embriagado con la sangre de sus víctimas y respirando ódio eterno contra el Cristo del Señor. Sucedióle en el imperio un príncipe de poca edad, á quien se nombraron dos tutores, y por de pronto la persecucion de los cristianos cesó repentinamente. Entónces se concibieron esperanzas de poderse restablecer la religion en aquellos reinos apartados; pero la preocupacion y el fanatismo de los que tenian en su mano las riendas y los destinos del imperio pudieron más en su ánimo que la humanidad y la justicia. Los holandeses han continuado solos en Japon con sus ignominiosos tratos, y los cristianos, siempre perseguidos, conservaron largos años el depósito sagrado de la fe.

Por los años del Señor de 1660 fué arrojada por los

vientos, á las hospitalarias costas de Luzon, una barca japonesa, cuya tripulacion, conducida despues á su país por unos chinos, fué inmediatamente degollada por la bárbara impiedad de aquella raza. La misma suerte sufrió la de otro buque japonés que arribó al puerto de Macao. Es imposible llevar más léjos el delirio y la fiebre devorante del fanatismo pagano.

En las actas de la junta Provincial que celebró esta Corporacion en 1667 se decia, en otros términos: «Que, sin embargo de que en los reinos de Japon ya no habia sacerdotes ni ministro alguno del santo Evangelio, no faltaba aún la fe; pues aquellos cristianos, de un modo especial y por la providencia del Señor, defendian la fe católica, derramando su sangre por ella, y perdiendo la vida en medio de los tormentos más atroces.» Habiendo en consideracion este favorable precedente, se trató entónces en Manila de la manera mejor y más segura con que podria organizarse una mision para animar y sostener á aquellos fieles en la santa religion que áun conservaban; mas no fué posible realizar tan generoso pensamiento, por las grandes dificultades que ofrecia su ejecucion por todas partes. Dijérase que el Señor habia cerrado para siempre todas las puertas del imperio á sus ministros, porque habia repudiado allá en su enojo aquella raza precita, sobre la cual gravitaba todo el peso de una reprobacion definitiva. Empero, si grande era la ceguedad y obstinacion de los tiranos en rechazar la luz del Evangelio, que ofuscaba tristemente la pupila de sus ojos, grande era tambien y extraordinaria la constancia del

cristiano en continuar sobre la brecha aquella lucha sin ejemplo en los anales del mundo.

Eran ya los años del Señor de 1671, cuando fueron martirizados todavía en la ciudad de Nangasaqui doce cristianos fervorosos, por no haber querido abandonar su religion y sus creencias, segun aseguraron unos chinos del comercio del Japon que habian presenciado aquella escena. Por aquel mismo tiempo se recibió una carta de un religioso de la Órden, que administraba en Babuyanes, en la que aseguraba haber sabido que en las costas inmediatas de las islas Batanes habia naufragado, por Abril del mismo año, un buque de cristianos japoneses, que llevaban en sus cuellos el rosario de la Vírgen, cuya devocion piadosa rezaban constantemente, por todo el tiempo que duró la construccion de un bajel que hicieron, con gran trabajo, para regresar á su país.

Otro barco japonés fué arrojado tambien por las tormentas á las playas de Macao, por los años de 1683. Los portugueses de aquel puerto recibieron y trataron con la mayor humanidad á los tripulantes de este buque, los auxiliaron en sus necesidades durante su permanencia en la ciudad, y despues de haber aceptado aquellos náufragos la oferta que les hicieron de conducirlos en un buque portugués al puerto de Nangasaqui, cumplieron fielmente su palabra. El gobernador de esta ciudad los examinó con gran cuidado, y enterado de las circunstancias del suceso, agradeció á los portugueses los auxilios prestados á los náufragos; pero les advirtió prudentemente, que si en alguna otra ocasion acaeciese otro caso semejante, no se tomasen la molestia de acercarse á aquellos reinos.

Existe una carta escrita en China hácia el año de 1702, que da noticias detalladas de las precauciones que tomaban las autoridades de Japon para impedir la entrada sigilosa de los PP. misioneros, que espiaban el momento de penetrar en sus dominios. Todos los puertos del imperio estaban cerrados á los extranjeros, á excepcion de Nangasaqui, donde sólo eran admitidos los holandeses y los chinos. Luégo que los vigías de los puertos descubrian á lo léjos alguna embarcacion desconocida, la salian al encuentro para reconocerla y visitarla. Nada se ocultaba nunca, ni podia ocultarse, á su registro: hasta las credenciales y los títulos de los que iban en calidad de embajadores eran cuidadosamente examinados. El vestigio más remoto, la menor señal que descubrian de la religion de Jesucristo, era motivo suficiente para impedirles la entrada en los puertos del imperio; y si llevaban á bordo algun ministro de Dios, perdian por de pronto el cargamento, sin perjuicio de atenerse á ulteriores consecuencias. Al dar fondo alguna nave en cualquiera de sus puertos, arrojaban los japones encima de la cubierta alguna imágen adorable de nuestro divino Redentor, y todos los que venian á bordo de estos bajeles debian conculcarla con sus plantas si querian ser bien recibidos. Despues se les leia un escrito lleno de invectivas y de insultos contra nuestra santa religion, y si resultaba de estas pruebas que no eran cristianos ni verdaderos adoradores de la cruz, se les permitia el desembarque, y eran hospedados juntos en unos cuarteles inmediatos á la ciudad de Nangasaqui. No se decia por entónces si los holandeses eran obligados á pisar el Crucifijo; pero no es de

presumir estuvieran exentos de una ley establecida quizá por sus inspiraciones y consejos. Por otra parte, se sabe que no se trataba á estos extranjeros con más consideraciones que á los chinos; pues sólo podian bajar á tierra los oficiales de sus buques. (Charlavoix, tomo II, lib. XII, *al fin.*) Es constante, sin embargo, por una relacion que escribia en 1690 el padre Fr. Agustin de San Pascual, antiguo misionero de China, á su Prelado Provincial de Filipinas, que ya no habia por aquel tiempo crucifijos en la ciudad de Nangasaqui, y que habian sido sustituidas las efigies por una cabeza (sería sin duda de algun mártir), que hacian rodar por la cubierta.

109. Con el Legado Tournon, enviado por la Santa Sede para visitar la cristiandad y las misiones de China, se embarcó un hombre extraordinario, que llegó con él á Filipinas para trasladarse de estas playas al imperio del Japon, y predicar en sus dominios el reino de Jesucristo. Llamábase Mr. Sidoti, sacerdote muy edificante y ejemplar, procedente, por su clase, del sabio clero de Roma. Permaneció en Manila por espacio de dos años, consagrado al estudio de la lengua japonesa, y vivió con grande opinion de santidad. Recogió aquí muchas limosnas para la fundacion de un seminario con destino á las misiones del Japon, y se embarcó postreramente en un bajel español, á cargo de D. Miguel de Cloriola, que lo condujo con felicidad á Nangasaqui. Ántes de saltar en tierra, tomó informes del país por medio de unos pescadores muy sencillos, y resuelto á quedarse solo en el imperio, bajó de noche á la playa. Todo su equipaje consistia en el Breviario Romano,

algunos libros devotos, un rosario, un crucifijo, una imágen devota de la Vírgen y algunas estampas religiosas. El capitan español le hizo tomar á viva fuerza algunas piezas de oro, y despues de haber besado con ternura aquellas playas famosas, por las que habia suspirado tanto tiempo, se internó en aquella isla, sin que se haya llegado á saber de positivo el fin postrimero de sus dias. Se dijo, sin embargo, en són de historia, «que fué preso y llevado á Nangasaqui; que sufrió allí un interrogatorio rigoroso, y que remitido á Yedo, en donde estuvo preso algunos años, se ocupaba con frecuencia en predicar el Evangelio.» Se dijo ademas «que bautizára á várias personas del imperio, que iban á visitarlo en su prision, y que sabido todo esto por el gobernador de la ciudad, le metió al fin en un hoyo, en donde le suministraban el necesario sustento por un pequeño agujero, hasta que murió consumido por la putrefaccion.» (Charlavoix, en el prefacio.)

110. Las últimas noticias que se saben del Japon, en órden á las tradiciones religiosas y á la fe de Jesucristo, son muy pocas. Se asegura, sin embargo, que áun está muy arraigada la antigua preocupacion de su gobierno contra la Iglesia de Dios, y que, no obstante, hay todavía en el imperio quien la sigue, si se ha de creer á los que dicen que en 1824 reclamó el Emperador á seis ú ocho hombres, que él llamaba *adoradores de Jesus*, que se habian refugiado en la Corea. Sea de esto lo que se quiera, existia una probabilidad de que la mision de la Corea pudiese mandar algunos de sus celosos ministros á los reinos del Japon, y esta circunstancia tan propicia movió á la sagrada Congrega-

cion *De Propaganda fide* á encargar al Sr. Vicario apostólico de aquella mision ilustre que procurase tambien extender el reino de Jesucristo á las regiones más cercanas, y reedificar su templo en los estados del Japon. Se pasaron, empero, muchos años sin que el prelado honorable pudiera satisfacer cumplidamente los deseos de la sagrada Congregacion en esta parte, y le pareció más fácil llevar á cabo esta empresa desde el puerto de Macao. En tal concepto, subdelegó la comision al Procurador de las misiones extranjeras que á la sazon residia en aquel punto, y en 1844 iba ya destinado Mr. Agustin Forcade á las islas de los Lequios (ó *Louchon*, como llaman los franceses á su isla principal), y conducido á aquellas playas por una vela francesa. El gobernador del puerto se resistia á recibir al misionero; mas, temeroso por fin de que el comandante de aquel buque apoyase su demanda con algunas balas de cañon, accedió mal de su grado á que Mr. de Forcade se quedase en aquel puerto con un chino que llevaba, y se le dió conocimiento de que en el caso de morir aquel señor, el chino presentaria al comandante frances un certificado de haber fallecido de muerte natural, ó de otro modo, para los efectos consiguientes.

Mr. Forcade fué hospedado con su criado en una casa de bonzos, pero siempre vigilado con guardias de vista en todas partes, que á los pocos dias se relevaban sin turno, para que no pudiesen contraer con él relacion de ningun género. No se le permitia hablar con persona alguna del país, á fin de que no pudiese aprender el idioma de los Lequios, que era el principal motivo que habia pretextado el comandante, para tener

un intérprete de su nacion en aquel puerto. Permaneció de esta suerte por espacio de dos años, esperando con ánsia algun auxilio ó algun buque de la Francia, que lo sacase de aquel estado verdaderamente lastimoso. Finalmente tuvo el gusto de ver cumplidos sus deseos por Julio de 1846; pues llegó á Louchon el almirante Mr. Cecile con tres fragatas de guerra, y le dejó por compañero al P. Leturdu, misionero destinado por entónces para coadyuvar en aquella empresa á Mr. de Forcade, á quien la Silla Apostólica acababa de nombrar Obispo de Samos y Vicario apostólico del Japon. El almirante frances creyó que se hallaba en el caso de poder hacerse respetar con sus cañones y pedir la libertad de los PP. misioneros, para que pudieran comunicarse con los habitantes de la isla. Todo cuanto pidió le fué otorgado sin la menor dificultad; pero aquel gobernador sólo dió cumplimiento á lo pactado miéntras estuvieron garantidas sus promesas por la presencia de la escuadra.

Luégo Mr. Cecile recibió á bordo de la «Cleopatra» á Mr. de Forcade, y zarpando, finalmente, de Louchon, quiso tener una entrevista con el gobernador de Nangasaqui. Con este fin se presentó en este puerto con su escuadra respetable, y vióse al punto rodeado de embarcaciones del país, que lo pusieron en un evidente compromiso. Conociendo, finalmente, que nada hubiera podido conseguir sin ametrallar aquellos puertos, para lo cual no habia órdenes ni autorizacion de su gobierno, tuvo por más prudente retirarse. El Sr. Forcade salió con él para Manila, guiado por el deseo de consagrarse en estas islas, dado el caso verosímil de ha-

berle llegado ya las bulas. Mas aquí supo, por fin, que se hallaban en Hong-Kong, en donde se consagró posteramente con la idea de regresar inmediatamente á su mision. A pesar de las estipulaciones oficiales con Mr. de Cecile, tanto el P. Leturdu como el P. Ademet, que llegó tambien á Louchon por Setiembre del mismo año, estuvieron en la misma incomunicacion con el país que Mr. de Forcade. Hacia poco tiempo que habia fallecido el P. Ademet en aquel puerto, cuando aportó á aquellas playas otra fragata francesa para recoger al P. Leturdu, que quedaba sólo ya en los Lequios, y á fines de 1848 lo conducia muy enfermo á la ciudad de Hong-Kong, para manifestar allí al Obispo el estado de las cosas. Tal fué el fin y el resultado de la mision de Louchon, sin que aquellos celosos misioneros hubiesen adelantado un solo paso en los cuatro años penosos de frustradas esperanzas. El Obispo de Samos, al ver que nada se habia hecho despues de tanto ruido y aparato, y que su mision final cada vez se presentaba más difícil, procuró el nombramiento de Prefecto Apostólico de la iglesia de Hong-Kong en su persona, ínterin se ofreciese por acaso una ocasion favorable para poder dar principio al gran proyecto de su apostolado del Japon. Allí permaneció con aquel cargo hasta el año de 1851, en que regresó á Francia, finalmente, despues de haberse definitivamente separado de las misiones *ad exteros*, que tenian á su cargo el restablecimiento deseado de la religion cristiana en el Japon.

El narrador se despide con lágrimas en los ojos y la tristeza en el alma de aquel imperio sombrío, que cerró

todas sus puertas á la verdadera luz del mundo, y á quien no pudo aplacar la bárbara inmolacion de tantas víctimas. ¡Adios, pueblo desgraciado, que llevas sobre tu frente el sello de tu reprobacion y tu destino! ¡Adios, ciudad de Nangasaqui! ¡Adios, adios, *Monte Santo*, que regado tantas veces por la sangre de tus mártires, te dibujas á lo léjos como una bella esperanza que cubre su airoso talle con una gasa de púrpura! ¡No, tierra santa y bendita! Tú no puedes permanecer eternamente velada por esas sombras que anublan tu hermoso cielo y se ciernen sobre tí como fantasmas siniestros. Y si la Europa cristiana debió su civilizacion y sus destinos á la sangre de sus mártires, que nunca fué estéril en la tierra, tambien tú has sido bañada por la sangre de mil víctimas, que al andar presuroso de los siglos hará fecunda en tu seno la semilla celestial del Evangelio. ¡Plegue á Dios que el narrador pueda ver algun dia realizados los vaticinios del Profeta, y dar testimonio de los hechos que hoy son no más que esperanzas! (1).

---

(1) Como en esta *Historia* no volverá á figurar más el Japon, al que dejamos con las puertas cerradas para el cristianismo, creemos conveniente advertir á los piadosos lectores que en la actualidad principia á resplandecer sobre aquel reino la aurora de un nuevo dia para nuestra santa religion.

En los diversos tratados celebrados con naciones cristianas, señaladamente en el celebrado con Holanda, de fecha 23 de Agosto de 1856, y ratificado en 16 de Octubre de 1857, se compromete el gobierno japonés á abolir ó á dejar sin vigor la costumbre de hacer pisar la imágen de la cruz al saltar en tierra en los puertos del imperio.

Aunque el gobierno japonés, firme en su tradicional ódio á la religion cristiana, no admite en sus tratados, puramente comerciales, ninguna garantía para nuestra santa religion; no obstante, quitado el obstáculo de tener que pisar la cruz, no podian los celosos ministros del Evangelio dejar de intentar su nueva reconquista espiritual.

En efecto, á la sombra de la embajada francesa se dijo, despues de más de doscientos años, la primera misa en Nangasaqui, en un islote llamado «Décima», en el primer domingo de Cuaresma de 1863.

Se ha establecido una mision francesa de la congregacion *ad exteros;* aunque es tristemente verdadero que la religion no vuelve á florecer sino en medio de nuevas persecuciones.

Mr. Bernardo Petitjean, obispo de Miriafita, es el Obispo moderno del Japon. Nombrado Vicario Apostólico en 1866, su consagracion, verificada en Hon-Kong, sabida por el gobierno japonés, infundió tanta sospecha en aquel gobierno, que en 1869 creyó oportuno salir temporalmente para aquietar los ánimos, lo que en parte felizmente consiguió.

Tuvimos el gusto de tenerlo aquí en Manila en Junio del dicho año 69, y por relacion suya supimos que habia encontrado en Japon reliquias del cristianismo, y raíces de la fe en los corazones de muchísimos japones, que se conservaban vivas por medio de libros que guardaban como un sagrado depósito, y por medio de prácticas piadosas que se trasmitian en las familias de generacion en generacion. La devocion al Santísimo Rosario la conservaban con toda integridad, rezando perfectamente sus sagrados misterios.

En vista de esto, no es extraño que el piadoso autor dominicano del librito escrito en frances, *Le triomphe du Saint Rosaire, ou les Martyrs Dominicains du Japon*, impreso en 1868, al referir que una familia conservaba una imágen que representaba los quince misterios del Rosario, la que iban á venerar la gente de la poblacion y de sus contornos, añada: «¿Este piadoso tesoro no parece indicar que María, por su Rosario, preparaba aún en Japon nuevos triunfos?»

Por lo demas, teniendo el Japon abiertas várias puertas al comercio europeo y americano; habiendo ya admitido en su seno varios establecimientos de europeos y anglo-americanos, quienes van estableciendo allí los adelantos de su civilizacion, sus vapores, sus telégrafos, el ferro-carril, etc., de esperar es que aquel gobierno vaya dejando las preocupaciones y el encono que todavía le anima contra el cristianismo, y que la sangre de sus mártires sea fecunda semilla de nuevos y fervorosos católicos.

LIBRO CUARTO.

DÉCIMO PERÍODO.

COMPRENDE DESDE EL ORÍGEN DEL CRISTIANISMO EN EL IMPERIO DE LA CHINA HASTA LA FUNDACION Y APERTURA DEFINITIVA DEL COLEGIO DE LETRAN EN 1640.

CAPÍTULO PRIMERO.

Tradiciones que prueban haber sido predicada la religion de Jesucristo en el imperio de China desde los primeros siglos de la Iglesia.—El P. Fr. Gaspar de la Cruz, de la Órden de Santo Domingo, fué el primero que predicó la fe católica en las partes del Sur del imperio en los tiempos modernos.—Los PP. Jesuitas entran en Canton en 1582.—Fracasan várias tentativas que hacen los PP. Franciscanos y los de la Órden hasta el año de 1630.—Entran éstos en Fo-Kien por la Formosa en 1631.—Contradicciones que padece el P. Fr. Ángel Coqui para quedarse en Fo-Kien.—Son castigados los piratas que lo habian robado y tratado de matarlo.—Se queda oculto en Fo-Kien, y pasa á Fo-gan.—Da principio á sus tareas apostólicas.—Envia la provincia al P. Fr. Juan Bautista de Morales á la nueva mision, y lo acompaña un P. Franciscano.—Sus viajes á la Formosa y á las provincias de Fo-Kien y de Fo-gan.—Suceso desgraciado.—Primeros disgustos con los PP. portugueses.—Muerte y reseña de la vida del venerable P. Fr. Ángel Coqui.

1. En los últimos confines del Asia existe un país inmenso, que ha permanecido oculto durante muchos siglos á la vista perspicaz del mundo sabio y de los conquistadores europeos. Tal es el famoso imperio de la China, llamado así por los primeros navegantes portugueses que aportaron á sus costas á principios del siglo diez y seis; pero conocido ya dos siglos ántes con

el nombre nebuloso del *Catay*, si bien el propio, en idioma del país, es Chung-Kue. Imperio extraordinario y populoso, cuyos usos y costumbres, cuya legislacion, cuyo organismo es un fenómeno social, que presenta caractéres originales y distintos de todos los demas pueblos de la tierra.

Es cosa ya averiguada que la religion de Jesucristo habia sido publicada en este país misterioso mucho ántes de haber visitado sus inhospitalarias costas los navegantes referidos. Existen testimonios innegables de dos épocas distintas muy remotas, en que los misioneros evangélicos predicaron la religion del Crucificado en el imperio de la China. Éstas se remontan á los años de 635 la primera, y á los de 1271 la segunda; y no faltan gravísimos autores que afirman haber sido el apóstol Santo Tomas el primero que difundió la luz del Evangelio en dicho imperio. El P. Fr. Victorio Ricci, afiliado á la Provincia del *Santísimo Rosario* y antiguo misionero de Fo-Kien, acaricia este sentir en su historia manuscrita sobre los hechos de nuestros religiosos en la China (lib. I, cap. III), y dice haber observado que la imágen venerada por los chinos bajo el nombre de *Tamó*, tiene una gran semejanza, en la forma peculiar de su vestido, con las pinturas más antiguas de los apóstoles que habia visto él mismo en Roma; con la circunstancia singular de que los primeros misioneros de la Órden que predicaron en Fo-Kien el Evangelio, hallaron una imágen de esta clase con una cruz muy hermosa en su derecha mano, y la adoptaron desde luégo como propia del apóstol, dedicándola un altar en su iglesia de Fo-gan.

Sien-sung, escritor gentil de China, asegura igualmente que en Lu-ling, pueblo de la provincia de Kiang-si, habia en su tiempo una cruz antiquísima de hierro, con una inscripcion particular del emperador Vi-chien-u, que gobernaba el gran Catay á los doscientos años justos de nuestra era cristiana. Otra cruz se descubrió en el siglo octavo, cuando se estaban levantando las murallas de la ciudad de Ziuen-cheu, en la provincia de Fo-Kien, la cual fué colocada con respeto en el lienzo que miraba hácia el Oriente, á la altura de seis piés. Era tal la veneracion y áun la fe tradicional que la tenian los habitantes del país, que, al decir de aquellas gentes, la ciudad no podia ser destruida miéntras existiese en ella aquel símbolo precioso de la salvacion y de la vida. El mismo P. Ricci tuvo la satisfaccion de colocar en su iglesia otra cruz de bellísima figura, esculpida en una piedra, que los infieles de aquella misma ciudad habian hallado enterrada en un cercano monte, llamado Say-sou, ignorándose la época en que fué fabricada y enterrada. Por estos y otros indicios, todo induce á suponer que la religion de Jesucristo fué predicada en el imperio desde los primeros tiempos de su institucion divina.

El testimonio más brillante que suministra la historia en confirmacion de esta verdad, es una inscripcion grabada en una lápida de diez piés de largo y cinco de ancho, que se halló por los años de 1626 en la ciudad de Sigan-fu, capital que fuera del imperio en edades más remotas. Los caractéres de esta inscripcion extraordinaria son parte nacionales y parte extranjeros, y sobre ellos aparece una cruz esculpida y hermosamen-

te cincelada, que no puede ménos de llamar la atencion del anticuario. Enterado el prefecto de la ciudad de aquel hallazgo, mandó depositar aquesta lápida en algun templo cercano. Lleva la fecha de 781, y se lee con claridad: «Que en el año de 635, bajo el reinado de Say-sung, fundador de la 13.ª dinastía del imperio, habia llegado á Sang-ugan (hoy Sigan-fu) un hombre desconocido, de extraordinaria virtud, llamado Olopen en aquel tiempo; que era sacerdote del Sasin (1), y llevaba las divinas escrituras al imperio; y que Say-sung ordenó fuese anunciada su doctrina á los pueblos, y se edificase una iglesia á la nueva religion; que bajo los sucesores de aquel emperador la fe se propagó rápidamente en el Catay; que las ciudades se llenaron de templos, y que la prosperidad floreció en el Estado con la paz del Evangelio, gozando las familias de una ventura sin igual; y que los bonzos y letrados, protegidos por la emperatriz Vu-cheun, calumniaron al nuevo culto, y la Cruz retrocedia, y que sostenida, sin embargo por Lo-han, jefe de los sacerdotes cristianos, quedó asegurada; que despues, en 744, apareció en la misma ciudad de Sigan-fu, otro pontífice del Sasin, que obtuvo grandes favores, y se llegó á celebrar el santo sacrificio en el palacio, habiendo colocado el mismo Emperador un letrero en la puerta de la iglesia en honor del verdadero Dios.» Áun siguen otros caractéres que atestiguan en este monumento religioso que la verdadera fe de Jesucristo floreció en China en aquel

---

(1) Occidente.

tiempo, si bien desapareció posteriormente, quizá al matador aliento de las herejías orientales, que invadieron la India y la Tartaria hácia el fin del siglo VIII.

Muchas centurias despues, y cuando en el siglo trece el desbordamiento de los tártaros asolaba el Norte de la Europa, y hacia estremecer de espanto á los reyes más poderosos de la tierra, suscitó la divina Providencia muchos varones apostólicos en las dos ínclitas órdenes de Santo Domingo y San Francisco, que invitados por la santidad de Inocencio IV en el primer Concilio de Lion, penetraron sin temor por medio de aquellos bárbaros y enarbolaron el estandarte de la Cruz sobre sus tiendas formidables. Los religiosos Dominicos hicieron sus misiones en los confines de la Europa y provincias tártaras del Norte, y los padres Franciscanos llegaron hasta la córte del gran Can, desempeñando comisiones pontificias y anunciando el reino de Dios por todas partes.

Una carta original del P. Franciscano Montcorvin, que lleva la fecha de 8 de Enero de 1305, y dirigida por el mismo al General de su Órden, hace la pintura más brillante de las misiones cristianas del Catay. Aseguraba ya entónces aquel ilustre misionero, «que despues de haber recorrido la Persia y la India, habia llegado al reino del Emperador de los mogoles, á quien presentó inmediatamente las cartas de su Santidad, y lo invitó á abrazar la religion de Jesucristo; lo que no pudo conseguir, por estar demasiado endurecido en la idolatría.» Añadia, sin embargo, «que á pesar de esto, hacia el gran Can mucho bien á sus hermanos; que él estaba habitando dos años ya en el palacio; que habia

edificado una iglesia en Cambahí (córte del Norte ó Pe-kin), y que ya tenía más de seis mil personas bautizadas.» Decia ademas «que su rebaño no se limitaba á Cambahí; pues que tambien se extendia á los estados de un rey llamado Jorge, distante veinte jornadas de aquel punto, que habia abrazado la religion de Jesucristo con muchos de los suyos, para quienes habia edificado una iglesia con el nombre de *Romana.*» Estos y otros documentos innegables, relativos á las misiones del extremo Oriente, y á negociaciones que existian entre el Pontífice romano y el Emperador de los mogoles, que tenía la córte en Cambahí, prueban que la fe progresaba ya por aquel tiempo en el Norte de la China, adonde se extendia por entónces el imperio de los Canes. Mas todas las esperanzas que habia derecho á fundar en tan favorables precedentes, para ver cristianizadas, finalmente, aquellas remotísimas naciones, se desvanecieron como el humo cuando aquellos guerreros tan temibles fueron arrojados de la China. El nuevo gobierno del Catay, reconcentrado en lo interior de su muralla, miraba con desconfianza todas las creencias religiosas que se habian propagado por el Norte á la sombra tutelar de aquella nacion temible, cuyos grandes caractéres amenazaban absorber á la gran China. Habian pasado dos siglos desde estos acontecimientos, y el imperio del Catay vió deslizarse su existencia en el silencioso olvido de la Europa, casi ignorado del mundo, que lo consideraba como un mito en la historia general de las naciones.

Empero el siglo XVI, que estaba predestinado á extender el cristianismo por toda la superficie de la

tierra, fué la época tambien en que los navegantes portugueses llevaron por vez primera á las naciones civilizadas de Europa las noticias más extrañas del imperio celeste. Se daba al Catay entónces un nombre desconocido en Occidente, y la pintura que se hacia de sus artes, sus riquezas, y su legislacion y sus costumbres, arrebataba la admiracion del mundo sabio, ávido de maravillas y grandezas. La religion, que toma parte en todos los grandes cambios de la humanidad y de los pueblos, para animarlos con el soplo de su celestial aliento y dirigir hácia Dios sus elevados destinos, suscitó muchos varones de corazon apostólico, que deseaban llevar la verdadera luz del mundo hasta los últimos confines de la tierra. Entusiasmado su espíritu con las grandes conquistas religiosas que la iglesia de los santos acababa de conseguir en el Nuevo Mundo, en la India, en el Japon y en la grande Oceanía, suspiraban por la conversion del grande imperio, cuyos umbrales visitára San Francisco Javier, y se consideraban muy dichosos sólo de verse elegidos para establecer en el Catay el apostolado de las gentes.

Los primeros misioneros que pensaron acometer tamaña empresa fueron cuatro religiosos Agustinos, en 1547, con motivo de haberse desgraciado, finalmente, la expedicion ya indicada en su lugar, que algunos años más ántes habia despachado el Virey de Nueva España, D. Antonio de Mendoza, para fundar colonias españolas en las islas del Poniente. Hallábanse en Malaca, disgustados de su malograda expedicion, cuando concibieron dichos padres el atrevido pensamiento de proseguir su viaje hasta la China; mas ha-

llaron una insuperable resistencia en el Gobernador portugués de la colonia, y se vieron precisados á regresar á España por la India.

Tambien fué éste el pensamiento de San Francisco Javier en 1552; pero le sucedió con la gran China lo mismo que á Moisés con respecto á la tierra prometida. Vióla con ojos piadosos desde la montaña santa de su celo y de su amor; mas no pudo entrar en ella, pues falleció tristemente por Diciembre de aquel año, á la vista misma del imperio, sin haber podido disipar sus densas nieblas con sus divinos resplandores. Empero cuando existe un pensamiento fijo en una colectividad ó institucion, es porque se presiente el porvenir, y sin darse razon de este fenómeno, se está ya en la posesion de sus secretos.

2. Era, en efecto, por los años de 1556, cuando el P. Fr. Gaspar de la Cruz, religioso Dominico, natural de la ciudad de Evora, é hijo del convento de Aceytuo, en Portugal, consiguió trasladarse de Camboja á la gran China, y salvar con valentía todas las barreras del imperio, penetrando en sus provincias y anunciando la palabra de Dios á aquellos pueblos. Escribió él mismo una Memoria de sus hechos y trabajos, y segun este notable documento, se sabe que predicó en várias partes de la provincia de Kuan-tung. Mas los esfuerzos aislados de una individualidad no podian ser suficientes para fundar y establecer sólidamente una mision apostólica en un país desconocido y apartado, sin lazos de ningun género con el resto de la tierra. Es la razon por que al fin hubo de abandonar aquella empresa, regresando á Portugal, en don-

de falleció postreramente electo Obispo de Malaca.

Posesionado ya el gobierno español de las islas Filipinas, los PP. Agustinos de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesus se propusieron asimismo ensayar una mision en el imperio del Catay, y guiados, finalmente, por este gran pensamiento, entraron en la provincia de Fo-Kien el año de 1575, con cartas del gobernador supremo de estas islas, á las que debieron el ser honrosamente recibidos y tratados. Empero no habiendo podido conseguir el objeto principal de sus deseos, se vieron precisados á volverse á Manila sin demora.

3. Algunos años más tarde aparecen en la barrera del imperio los celosos PP. Jesuitas, que á la sombra de los portugueses de Macao penetraron en Canton el año de 1582, y fundaron allí un pequeño templo. El P. Miguel Rogerio, acompañado del insigne P. Mateo Ricci, procuró ganar la voluntad de algunos magnates del país, ántes de dar principio á su mision, y despues se fué internando en las provincias inmediatas, y extendiendo más el campo de sus conquistas religiosas.

Los misioneros Franciscanos de la Provincia de San Gregorio en estas islas concibieron tambien el pensamiento de llevar su apostolado al imperio de la China, y en 1579 el siervo de Dios Fr. Pedro de Alfaro se trasladó á la ciudad y provincia de Canton, con algunos compañeros de su Órden, para fundar en aquel punto algun establecimiento religioso. Mas nada pudieron recabar de aquel Prefecto imperial en favor de su proyecto y de su empresa religiosa. Al cabo de pocos meses regresaron á Manila, sin poder predicar á

Jesucristo en el imperio, ni áun permanecer por más tiempo en sus dominios. En vano volvieron á su empresa por los años de 1583 y 1585; pues fueron reputados por espías, y arrojados, finalmente, del imperio (1).

Algo se ha dicho de pasada en los libros anteriores respecto á las tentativas y repetidos ensayos que hicieron de tiempo en tiempo los celosos misioneros de esta Provincia de la Órden, fundada, no solamente para propagar la fe de Jesucristo en las islas Filipinas, sí que tambien en otros reinos y en el imperio del Catay. Desde el puerto de Acapulco enviaron sus primeros fundadores, en 1587, tres excelentes religiosos á la ciudad de Macao, con el fin de fundar en este puerto un convento de la Órden, que sirviese de escala á este propósito para los fervorosos misioneros que esta Provincia, ya en su orígen, proyectaba destinar desde Manila al apostolado inmortal del grande imperio. Hase visto tambien con desagrado cómo fueron recibidos por las autoridades portuguesas, que los arrojaron de aquel puerto, y los mandaron á Goa por disposicion de su Virey, que sólo obedecia en esta parte á mezquinas rivalidades nacionales y á miserables recelos mercantiles. Detras de los misioneros siempre veian los fantasmas de las armas castellanas y de los comerciantes españoles.

Poco despues de este tiempo, en 1590, vimos al P. Fr. Juan de Castro, que obedeciendo á una órden

---

(1) Prescindiendo de algunos intervalos, en que pudieron hacer algun ensayo de su celo, sin grandes resultados positivos.

del Papa y del Rey Católico, se trasladó desde Manila á la provincia de Fo-Kien, acompañado del P. fray Miguel de Benavides, para estudiar sobre el terreno las bases de un establecimiento religioso. Mas ántes de pisar la tierra firme los hemos visto tambien presos y reputados por espías, hasta ser arrojados de aquel punto, y conducidos en un buque de mercaderes del imperio á las playas de Manila.

Tambien hemos visto al P. Fr. Luis Gandullo, que en 1595 acompañó á un enviado del gobierno de esta capital á la ciudad de Canton y á la provincia de Fo-Kien, con el designio de preparar el terreno para fundar en el imperio una mision apostólica; tentativa que repitió, sin resultado, en 1604, porque áun no habia llegado la hora señalada en los consejos del Eterno para llevar á la gran China la revelacion del cristianismo.

Hemos seguido, finalmente, al inmortal conquistador de la Formosa en su célebre jornada á la ciudad de Macao por los años de 1612, con otro religioso de la Órden, que á solicitud del Obispo diocesano, don Fr. Juan de la Piedad, llevaban la mision de establecer su apostolado en el imperio. Mas ni el empeño eficaz de este Prelado, ni la virtud de aquellos venerables misioneros pudieron vencer la oposicion que les hicieron las autoridades de Macao, que sólo favorecian las misiones de los ministros portugueses. En vano intentó segunda vez aquel hombre extraordinario penetrar en el Catay por los años de 1618, aprovechando al efecto una mision importante del gobierno de Manila para el Virey de la provincia de Fo-Kien; pues no pudo

conseguir que los miserables portugueses le permitiesen salir de la ciudad de Macao sino para regresar á Filipinas.

4. Posesionados, en fin, los españoles de la isla Formosa, volvieron nuestros religiosos á renovar sus tentativas, tantas veces malogradas, para penetrar en el imperio y establecer allí su campo. Un pensamiento tan constante, una idea tan firme y sostenida no podia ménos de responder á un grande presentimiento acerca del resultado, que sólo se columbraba como una nebulosa en el espacio. En efecto, despues de tantos ensayos infructuosos y de tantas expediciones fracasadas, consiguieron, finalmente, nuestros celosos misioneros penetrar en el imperio en 1631 desde la ciudad ya conocida de Tanchui, revelándose en el caso todas las circunstancias y señales de un hecho providencial. Gobernaba á la sazon las islas Filipinas D. Juan Niño de Tabora, el cual, ganoso en sus planes de tener buena correspondencia con el Virey de la provincia de Fo-Kien, trató de acreditar una embajada cerca de su persona, y remitió para el efecto á D. Juan de Alcarazo, gobernador de la Formosa, una vajilla de plata con los despachos convenientes. Los PP. Fr. Angel Coqui y Fr. Tomas de la Sierra, que se hallaban á la sazon en la ciudad de Tanchui, dispuestos á penetrar en el imperio para anunciar á sus moradores el reino de Jesucristo, recibieron de Alcarazo la elevada comision de aquel mensaje, en nombre y representacion del Gobernador de Filipinas. Entrególes al efecto los despachos y el presente que habia recibido de Manila, y les señaló ademas algunos soldados distinguidos para su

acompañamiento decoroso, con un intérprete, un mulato y siete indios de servicio. Se preparaba en el puerto una vela á todo trapo que iba á salir para las costas de China, y el capitan misterioso de aquel bajel desconocido se ofreció gustosamente á conducir á su bordo á los dos respetables religiosos con algunos compañeros. Admitida aquella oferta sin desconfianza ni recelo, se embarcaron en aquella nave infausta el dia 30 de Diciembre de 1630.

A la fresca brisa de la aurora zarparon de aquellas aguas, y navegaron con felicidad hasta la noche. Entónces el fiel intérprete, que habia creido notar síntomas aterradores de una traicion fementida, hubo de manifestar á los religiosos sus sospechas. En guardia con este aviso hasta las dos de la mañana, se entregaron al sueño finalmente, persuadidos á la postre de que nada se maquinaba contra ellos. Débese advertir de paso que la nave principal iba convoyada por otro buque menor, donde iban embarcados el mulato y los mozos de servicio que formaban igualmente parte de la comitiva, y éstos fueron las primeras víctimas inermes de aquellos bárbaros piratas, que á una señal recibida de la nave principal, los degollaron á su salvo, en medio del sueño mas profundo. A seguida continuaron aquella operacion bárbara é infame con los del buque de alto bordo, y desde luégo asesinaron á dos indios en su lecho, dejando á otros dos muy mal parados. Al ruido infernal de aquel degüello, apareció sobre cubierta el P. Sierra para enterarse por sí mismo de todo lo que ocurria; mas se lanzaron sobre él los asesinos, y le cortaron al vuelo el hilo de su existencia.

En el momento de caer el P. Sierra, apareció entre los piratas el sereno y valiente P. Coqui, y ya se preparaban veinte brazos á descargar sobre su cabeza el homicida instrumento, cuando una fuerza irresistible detuvo en el aire sus puñales, al girar ya levantados sobre su inocente cuello. Sus compañeros, que entre tanto se habian refugiado en la cámara de popa, lo llamaron hácia sí, para que se aprovechase del refugio que la divina Providencia les habia deparado en aquel punto. Los asesinos entónces los atacaron vigorosamente en sú trinchera; mas al ver, mal de su grado, que se defendian con valor, dispuestos á vender á caro precio sus generosas existencias, desistieron de un ataque que podria serles adverso, y recurrieron á otro medio que hubiera podido darles un resultado ménos dudoso y más seguro. Al efecto, cerraron la escotilla con tablones y los clavaron fuertemente para hacerlos perecer de inanicion y de miseria. Así estuvieron encerrados en aquella horrible cárcel, sin luz ni ventilacion de ningun género, todo un dia y una noche, hasta el amanecer del dia siguiente, que era el dia 1.º de Enero de 1631, y para ellos el primero de una segunda existencia. Brillaban ya sobre las olas los primeros rayos de la aurora, cuando fueron asaltados de otro buque de piratas, de los que pudieron desprenderse fácilmente. Mas otra vela poderosa de corsarios vino á arrebatarles en seguida el lauro de la victoria, sobre las mismas aguas del combate. Habiendo capitulado por fin los asesinos con sus poderosos enemigos, los nuestros pedian desde su encierro su libertad á los piratas; pero nada pudieron conseguir. Asesinos y corsarios se compusieron á la postre,

como buenos camaradas, y se repartieron el botin. Fácil negocio hubiera sido para tantos enemigos el quitar la vida entónces á los indefensos prisioneros, si su salvacion en tal extremo no estuviera especialmente á cargo de la divina Providencia.

Y sucedió, con efecto, que resueltos los piratas á sumergir aquella nave, trasbordaron los efectos á su bajel victorioso, y horadaron el casco destrozado de la embarcacion vencida, para sepultarlo con sus víctimas en la profundidad de los abismos. Entónces se manifestó visiblemente la mano del Señor sobre sus siervos, para salvarlos de la muerte, que se preparaba á devorarlos en las entrañas del mar. Y vióse efectivamente que la nave abandonada se llenó de agua al momento hasta la misma cubierta, y continuó, sin embargo, flotando como una boya, hasta que las mismas olas la arrojaron á la playa, donde paró poco despues. Áun allí hubieran perecido sin remedio, si el Señor no les hubiera deparado un escoplo en aquel trance para practicar una abertura en la escotilla, y salir postreramente del encierro en que yacian. Halláronse, desde luégo, en una isla despoblada; y subiendo con trabajo á una empinada cuesta allí cercana, descubrieron desde allí la tierra firme de Fo-Kien y una muchedumbre innumerable de pintorescas poblaciones, tendidas graciosamente á las orillas del mar. Vieron tambien á lo léjos á unos pescadores de la playa, que con sus prestas barquillas salian cantando mar afuera. Sin detenerse un solo instante bajaron de su atalaya, y aproximándose llorosos á la orilla de las aguas, los llamaron por medio del intérprete, manifestándoles al mismo tiempo la triste y

desgraciada situacion en que se hallaban, despues de dos dias y dos noches sin haber comido ni bebido cosa alguna. Los pescadores bondadosos, compadecidos de su suerte, les socorrieron al pronto con un frugal alimento, y les advirtieron luégo el gran peligro que corrian de ser devorados por los tigres que habia en toda aquella isla, si no la abandonaban cuanto ántes. Entónces los nuestros les rogaron que los recibiesen por compasion en sus esquifes y los condujesen á tierra firme de Fo-Kien, supuesto que ya los habian librado de la muerte, repartiendo con ellos su comida con tan buena voluntad. Temerosos, empero, de ser castigados cruelmente por las autoridades del país si conducian á otras playas á aquellos desamparados extranjeros, no se atrevian á admitirlos en sus ligeras barquillas, hasta que, asegurados por el intérprete de que nada tenian que temer si los presentaban al tribunal del primer pueblo que hallasen en la costa, los recibieron, por fin, en sus bateles, y les llevaron con presteza en aquella misma noche á la provincia de Fo-Kien. Desde esta noche memorable, que fué la de la Circuncision del Señor del año 1631, data el principio concreto de la mision dominicana, que ha venido sosteniendo desde entónces esta Provincia apostólica en el imperio de la China. No darémos comienzo, sin embargo, á sus páginas gloriosas, sin rendir un homenaje de gratitud y de respeto á la sentida memoria del celoso y malogrado P. Sierra, que tanto contribuyó á esta última y eficaz resolucion, á la que deben nuestras misiones de China su existencia.

El P. Fr. Tomas Sierra, llamado tambien de la Mag-

dalena, era natural de la isla de Cerdeña, é hijo del convento de la misma. Deseoso de cursar con más comodidad y aprovechamiento la carrera literaria de la Órden, pasó á una casa de estudios de las más florecientes por entónces en el reino de Andalucía, y por los años de 1627 se embarcó para esta Provincia religiosa del *Santísimo Rosario,* con el P. Fr. Diego Aduarte, en su último viaje á Filipinas. Este venerable escritor, como testigo ocular de las virtudes del P. Sierra, hace de él un elogio muy brillante. Amante del silencio y la oracion, cuyo ejercicio nunca omitió por ningun caso ni por ninguna circunstancia de la vida, exhalaba especialmente el perfume de su devocion y de su amor en el oficio divino, que era para él á todas horas la ocupacion más importante de sus dias. Acorazado de una paciencia inalterable, sufrió, sin abrir la boca, todos los dolores y amarguras de su enfermiza existencia, que al fin se alivió en Manila, para que en él se cumpliesen los decretos inmutables de la divina Providencia. Convalecido, en efecto, de sus antiguas dolencias, pasó despues á la Formosa por disposicion de sus prelados, para dedicarse al ministerio de las almas bajo aquel cielo benigno. Empero la perspectiva de la provincia de Fo-Kien, que tenía casi á la vista, y aquel horizonte inmenso y nebuloso que sus ojos descubrian por entre las densas sombras del paganismo y del error, excitaron en su pecho la llama ardiente de su celo por la conversion de la gran China, que deseaba conquistar á todo trance para Jesucristo y para el cielo. Sabedor del pensamiento que acariciaba la Provincia respecto á fundar una mision en el imperio,

hizo entrar al P. Coqui en su designio, encargándose los dos de llevar aquel mensaje del gobierno de Manila al mandarin superior de la provincia de Fo-Kien, y esperando de esta suerte hallar una coyuntura favorable para la realizacion de sus deseos. Mas ya hemos visto anteriormente la desgracia que vino á atajarle en su camino; y si murió para el tiempo sin poder llevar á cabo aquella obra de Dios, que le inspiraba su fe ardiente, no así para la memoria de los justos, que tienen su nombre escrito en el libro eterno de la vida. Pero su nombre ademas debe tambien escribirse con caractéres de oro en la primera página gloriosa de nuestras misiones del Catay.

5. Despues de pagar este tributo de justicia á la inmortalidad de su memoria, volvamos la vista al padre Coqui, á quien hemos dejado abandonado en la provincia de Fo-Kien, destituido enteramente de todo recurso humano, y sin medios ostensibles para hacerse conocer y respetar de las autoridades del país, en su calidad de embajador del gobierno español de Filipinas. Sin dinero y sin despachos que pudieran acreditar su alta mision, y sin fiador ademas que pudiese responder por su persona, no lo desamparó Dios, sin embargo, en situacion tan angustiosa. Habia pasado, en efecto, lo restante de la noche en una choza miserable con sus compañeros de trabajos, y al amanecer del dia siguiente se presentó al mandarin de la aldea más cercana. Esta autoridad local lo recibió bien en un principio; pero al oir la relacion de las tragedias sangrientas y de todas las desgracias sucedidas en aquel viaje azaroso, se propuso utilizarse de su miserable situa-

cion, y sacar partido á todo trance de la necesidad y del apuro en que á la sazon les contemplaba. Formado ya su proyecto, principió por aparentar que no creia aquella ingeniosa fábula, amenazando al mismo tiempo al intérprete para que le dijese la verdad.

Convencido, finalmente, de que los extranjeros desgraciados que tenía en su poder carecian absolutamente del poderoso magnetismo que buscaba, los envió poco despues al mandarin de Fo-ning-cheu con algun socorro para el viaje, y un despacho extendido en toda forma. Este documento, empero, iba acompañado de una carta reservada, concebida en estos términos: «Envio á usted cuatro ladrones que cogí en la playa de este mar.» Este infame documento, tan parecido en su intencion á la carta de Urías, era de sí suficiente para envolver en una nueva serie de desgracias á los afligidos náufragos; mas el gobernador á quien se dirigia, que era un anciano muy prudente y bondadoso, llamó á un japon conocido que residia en la ciudad, y le preguntó si conocia la procedencia de aquellos infortunados navegantes. El mercader japonés que habia visto más de una vez el traje español en otras partes, le contestó sin vacilar que debian ser de Luzon ó de las islas Filipinas. El mandarin, que principiaba á sentir inclinacion y simpatías hácia aquellos infelices, escuchó entónces atento la relacion que le hicieron de las desgracias espantosas que habian experimentado en la corta travesía desde la Formosa hasta Fo-Kien. Enternecido el buen anciano con la narracion patética de aquel sangriento drama, se les mostró muy compasivo, procuró consolarlos en sus penas, y les aseguró postrera-

mente que nada tenian que temer, porque estaba dispuesto á despacharlos desde luégo con buena recomendacion para la capital de la provincia, como era justo y debido á su honradez y sus desgracias. Dispuso, sin embargo, que el juez ordinario del distrito los examinase tambien *pro tribunali*, para cumplir las formalidades de la ley, y entre tanto los asistió cumplidamente en todas sus necesidades, haciéndoles suministrar cuanto pidiesen, y poniendo un criado á su servicio. Terminada la sumaria, los declaró el buen Prefecto completamente inocentes, y los recomendó con eficacia al tribunal superior de aquella localidad, establecido en Fo-Kien, residencia por entónces del gobernador de la provincia. Llegaron á esta ciudad despues de siete jornadas laboriosas, que hicieron á pié y con mucha pena, por caminos escabrosos, que señalaban al viajero sus ensangrentadas plantas.

Presentados al Virey, fueron otra vez examinados acerca del motivo de su viaje, y al oir el gran prefecto la triste relacion de los sucesos que ya quedan referidos, aparentó no dar crédito á su narracion fantástica, y dirigió al intérprete, en són de requerimiento, estas palabras: «Bien sabeis, como práctico que sois en el país, el rigor con que está prohibida á los extranjeros la entrada en el imperio; y si bien es cierto que los embajadores están exentos de la ley, vosotros ni teneis credenciales ni señal alguna de ser lo que asegurais. Los presentes de que hablais, ni los quiero ni los admito; sin embargo, para saber si es verdad lo que decis, se buscarán los asesinos y serán juzgados y casti-

gados como mereciere su delito. Entre tanto iréis á descansar adonde se os destináre.»

No fué, por cierto, muy propicia para nuestros mensajeros desgraciados esta primera audiencia del Virey; pues ni creian cosa fácil encontrar á los piratas, ni poder acreditar de otra manera la calidad de sus personas. Aquel jefe, sin embargo, expidió severas órdenes á los mandarines subalternos, para descubrir á todo trance á los perpetradores de aquel crímen. El santo y fervoroso P. Coqui, miéntras se estaban practicando estas pesquisas, encomendaba sin cesar este negocio al Padre celestial en sus plegarias, y procuraba interesar al cielo en la defensa de su causa, para que abreviase el desenlace de tan complicado drama.

6. Hallábase un dia el P. Coqui departiendo muy tranquilo con sus compañeros de desgracia en la posada que el prefecto les habia señalado en la ciudad, cuando fué llamado al tribunal para que presenciára con asombro una escena sorprendente. Al acercarse á la barra, se encontró de frente á frente con los asesinos y corsarios, que citados préviamente, se hallaban ya ante los jueces con la vajilla de plata, como cuerpo y comprobante del delito. Si aquel encuentro imprevisto llenó de estupefaccion al P. Coqui, que no estaba preparado para aquella sorpresa indescriptible, un rayo que hubiese caido en aquel acto á los piés de los piratas no los hubiera causado el espanto y el terror que la presencia increible del célebre P. Coqui, á quien suponian sumergido en las profundidades de la mar. Su aparicion ante la barra en aquel trance supremo era

para ellos un fantasma, una vision del otro mundo, que venía á requerirles de su crímen ante las potestades de la tierra, para arrastrarlos despues á los abismos del infierno. Ante aquella horrible sombra, que atormentaba su conciencia como la desesperacion angustiosa de los réprobos, no osaron negar su negra infamia, y confesaron de plano todos los horrores de su crímen. El capitan, sin más pruebas, fué condenado á la pena afrentosa del azote, que se llevó á efecto en aquel acto. En Europa y áun en China se castigan tales crímenes con la pena capital; mas como se trataba de extranjeros, que siempre fueron mirados en la China como bárbaros y como gente baladí, de poca estima, creyó el juez que los azotes eran un castigo suficiente en aquel caso. Empero la ejecucion de la sentencia fué tan terrible y tan cruel, que cada golpe del verdugo abria una llaga espantosa sobre las desnudas carnes de aquel desgraciado criminal. El tierno y generoso P. Coqui no pudo ménos de horrorizarse del rigor con que se procedia contra el reo; y movido á compasion de aquel infeliz penado, se arrodilló en presencia del Virey, le pidió el perdon de los culpables, y le suplicó de todas véras que les dispensase del castigo. Admirado el gran prefecto de aquella generosidad, que él no podia comprender ni concordar con la filosofía del paganismo, principió á dudar de aquella historia, apoyándose en las máximas de su célebre Confucio, que justifica la venganza. Llegó, pues, á sospechar alguna trama secreta entre él y los piratas; mas el intérprete, que llegó á penetrar su pensamiento, previno aquella sospecha, y le dirigió la palabra en estos términos: « Es

obligacion, señor, del religioso interceder por estos hombres, aunque le hubiesen asesinado á sus padres, porque su ley le manda que ame á los hombres, aunque sean enemigos.» El Virey quedó edificado de la perfeccion moral de aquella máxima, que todavía ignoraba; y accediendo en parte á sus deseos, condonó al capitan de los corsarios la mitad de la pena á que habia sido condenado. Los treinta azotes, sin embargo, que este desgraciado recibiera fueron equivalentes realmente á la pena capital; pues conducido á la cárcel, murió muy poco despues, de resultas del castigo. Cuando fué sabedor el P. Coqui de su situacion postrera, fué inmediatamente á visitarle, habló con él algunas veces, y con su afable trato y caridad inagotable le ganó la voluntad de tal manera, que le convirtió por fin á la religion de Jesucristo. Al efecto le instruyó en las verdades más precisas de nuestra religion santa, y luégo le administró el santo sacramento del Bautismo, enviando al cielo su alma, adornada con las galas y las blancas vestiduras del Cordero. Tales fueron las primicias de la mision del P. Ángel Coqui en la provincia de Fo-Kien. Castigado de este modo el jefe de los piratas, lo fueron despues sus compañeros con treinta azotes cada uno, y condenados en seguida al servicio de las embarcaciones del Gobierno.

Cualquiera que lea el orígen, la conduccion y el desenlace de tan extraordinario drama, se imaginará estar leyendo alguna fábula ó alguna novela de Cooper, más bien que la relacion de una historia verdadera. El mismo narrador padeceria tambien esta ilusion, si los datos que acreditan todos los detalles del suceso

no fuesen incontestables y de una autenticidad original, superior á toda prueba. Dios sustituye á las veces las maravillas reales á las simplemente imaginarias, cuando es preciso conducir algun suceso á fines extraordinarios, que están decretados de antemano por su alta providencia. Mas áun es preciso seguir por algun tiempo en esta senda misteriosa, por donde Dios ha guiado de la mano á los primeros fundadores de la célebre mision dominicana en el imperio de China.

Declarados ya inocentes el P. embajador y sus desgraciados compañeros, dispuso el Virey que regresasen por fin á la Formosa, á cuyo efecto les facilitó sobre la marcha una embarcacion segura y les devolvió, generoso, la vajilla, pretextando que no podia recibirla en aquel caso, en atencion á no haberse verificado la embajada, por falta de credenciales y despachos.

Cuatro meses estuvo el P. Coqui en la ciudad de Fo-cheu, en cuyo tiempo enfermó dos veces de peligro, á consecuencia de los grandes trabajos que sufriera en aquel viaje sin ventura. Su corazon ademas habia llegado á poseerse de una tristeza profunda, ora por creer que sus deseos y el móvil principal de su jornada iban á frustrarse por desgracia, ora por la soledad que padecia al verse sólo entre gentiles en aquella tierra extraña, cuyo idioma ignoraba en absoluto. Sin embargo de las disposiciones del Virey, tan contrarias á sus miras, no dejaba de probar de mil maneras el modo posible de eludirlas, quedándose ocultamente en el imperio. Ya habia á la sazon en aquella capital un sacerdote portugues, encargado de la administracion de algunos cristianos de Fo-cheu, que hubiera podido ayu-

darle en sus designios; pero como nuestro misionero no ignoraba que los ministros portugueses pretendian el apostolado exclusivo de la China, como habian reivindicado el del Japon, no le pareció prudente el manifestar á este padre su proyecto. Entre tanto contrajo relaciones amistosas con un médico cristiano de Fogan, llamado Lúcas, que se preparaba á regresar á su provincia, y á quien descubrió su pensamiento de quedarse en el país. Arriesgada en extremo era la empresa, dados los antecedentes y las disposiciones terminantes del Virey; mas el cristiano fervoroso se comprometió á llevarla á efecto á todo trance, de acuerdo con algunos compañeros de Fo-gan que proyectaban tambien restituirse á sus hogares, y que deseaban tener un padre misionero en su país, distante muchas leguas de Fo-cheu.

7. Cuando la embarcacion que debia conducir al P. Coqui y compañeros de viaje á la Formosa estaba ya dispuesta y preparada para hacerse á la vela prontamente, fué preciso discurrir la manera de burlar la vigilancia de los mandatarios del Virey que debian acompañarlos desde el puerto de Fo-cheu hasta Nan-tay, en donde estaba fondeado el bajel presto á partir. Lúcas se habia compuesto secretamente con un cristiano japonés, que tambien debia marchar á la Formosa, para que, haciendo el papel del P. Coqui, se embarcase en su lugar: á este fin se vistió el hábito religioso y se puso un pañuelo en la cabeza, dando á entender á los esbirros que estaba muy indispuesto, para que no le molestasen demasiado ni pudiesen descubrir aquel inocente fraude. El Virey, que habia tratado y asistido per-

fectamente al P. misionero y á su pequeña comitiva miéntras estuvieron en Fo-cheu, dispuso tambien, por despedida, que les entregasen algunos comestibles y otras cosas de comodidad y de regalo para el viaje, que recibió el mismo intérprete en nombre del P. Coqui, pretextando que el buen padre no podia salir de su retiro por su indisposicion y sus dolencias. La embarcacion, en fin, se hizo á la vela, y el P. Coqui se quedó oculto en una casa vestido á usanza de la tierra, cuidándolo con el mayor esmero el generoso cristiano que tantos peligros arrostraba por no separarse de su lado, y para poder llevar á la villa de Fo-gan aquel tesoro del cielo. Él mismo se dedicaba con afan á instruirle en el idioma del país, hasta que se trasladaron, finalmente, á la precitada villa, en donde habia á la sazon unos doce cristianos abandonados á sí mismos, sin poder ser visitados del misionero de Fo-cheu, por razon de la distancia. Allí fué recibido como un ángel del Señor por aquella pequeña grey desamparada, y sólo el Gobernador manifestó al principio algun disgusto por su entrada clandestina; pero despues de conocer y de tratar al mensajero de Dios, ya no tuvo inconveniente en que habitase en la villa, y diese principio desde luégo á sus tareas apostólicas.

8. Desde el momento solemne en que estableció su campo, y se fueron agrupando en torno suyo los pabellones de Israel, principió ya para él aquel sistema de vida que respondia perfectamente á su mision elevada, y obedecia al espíritu de su empresa religiosa. Aquellos buenos cristianos deseaban rodearle del esplendor y del prestigio de que suelen revestirse en el

imperio las clases y las personas más distinguidas del país, para hacerle más respetable de este modo en la estimacion de aquellas gentes; mas él, inspirado por otros sentimientos más conformes á las máximas del Evangelio, les decia sencillamente: «Que supuesto habia venido á aquella tierra para predicarles á su Dios crucificado, no le convenia caminar por otra senda que la designada en aquel sagrado código, cuya doctrina les debia enseñar prácticamente.» No rehusaba, sin embargo, acomodarse á las usanzas comunes del país y tratarse con decencia; pues de otra suerte hubiera sido despreciado de cristianos é infieles, y nada hubiera adelantado en su mision religiosa, haciendo vanos alardes de una pobreza repugnante y haraposa en medio de un pueblo tan urbano. La pobreza limpia y pulcra de su modesto vestir; sus maneras, siempre dulces y simpáticas, y esa santidad sublime de su doctrina y de su ejemplo, cautivaron el afecto de los letrados del país, que gustaban de su trato y de su amable compañía. Habia sólo mes y medio que diera principio á su mision, y tenía reengendrados felizmente en Jesucristo á diez infieles de la clase más distinguida de Fo-gan. Presto les imitaron otros muchos, que siempre fueron despues cristianos muy fervorosos y el sosten fundamental de aquella iglesia naciente. Estas notables conversiones, y las muchas almas que iba conquistando á Jesucristo, con particularidad en la hora de la muerte, en la que muchos infieles recibian el Bautismo, animaban el fervor y el celo ardiente de aquel varon apostólico, que iba cimentando en bases sólidas la grande obra de la fe, allí donde poco ántes

se ignoraba casi en absoluto el nombre de Jesucristo.

Entónces se procedió á la ereccion del primer templo de la mision dominicana en la villa de Fo-gan, y extendiéndose con rapidez el reino de Dios por todas partes, determinó el P. Coqui edificar otro al poco tiempo en el pueblo de Tiang-teu, habiendo de atender él solo al culto y servicio de ambos templos. Empero, si bien prosperaba felizmente aquella nueva Sion, que lo miraba como un ángel, como un salvador, como un profeta, no faltaban adversarios que le suscitaba ocultamente el poder de las tinieblas, enemigo de la luz y de la religion que predicaba. No entraba aún, sin embargo, en los designios de Dios el permitir desde luégo fuese perseguida su mision, por no hallarse todavía suficientemente cimentada. Es tradicion recibida en aquella cristiandad que un infiel desvergonzado, que osára insultarle gravemente miéntras estaba predicando en el santuario, fué poco despues despedazado por un tigre en un bosque solitario, y nadie dudó que esta desgracia habia sido en aquel caso, un castigo visible de los cielos, por haber perseguido á su ministro y vilipendiado su doctrina. Este hecho aterrador contribuyó en gran manera á que se fuese consolidando la religion de Jesucristo en aquella parte del imperio.

9. Ya tenemos echados los cimientos de la mision dominicana en la populosa China; mision divina, mision santa, que fuera por tanto tiempo el gran problema que deseaba resolver esta Provincia apostólica. Despues de tantos sacrificios y de expediciones tantas; despues de tantos ensayos, jornadas y tentativas, que esta corporacion, siempre ganosa de nuevas conquistas reli-

giosas, habia hecho á sus expensas para ver realizado el constante pensamiento de sus dias, al fin vió coronados sus deseos, y pudo contemplar postreramente con satisfaccion cumplida el resultado feliz de sus esfuerzos, interviniendo en su ayuda un concurso extraordinario de la divina Providencia, como se desprende fácilmente de las raras y maravillosas circunstancias que mediaron y ocurrieron en esta última jornada decisiva. Tres años estuvo solo el inmortal fundador de aquella iglesia, sin que la escasez de personal y de operarios permitiera á la Provincia enviarle auxiliares y colaboradores fervorosos, que le ayudasen en su empresa y le consolasen tambien en su triste soledad.

Por fin, corrian ya los años de 1633 cuando se trató este negocio con empeño, y el Superior Provincial se determinó á mandar al célebre P. Fr. Juan Bautista de Morales, que era á la sazon ministro de los chinos en Manila, y como tal poseia perfectamente el idioma de Chin-cheu, algo diferente, sin embargo, del que se hablaba comunmente en la provincia de Fo-gan. El prudente Superior se lo habia insinuado várias veces, para ver si se ofrecia espontáneamente á sus deseos; mas, temeroso de errar si se brindaba á marchar á la mision de su propio movimiento, no se atrevia á manifestar al Prelado provincial sus verdaderos deseos. El Superior, que habia llegado á comprender su delicadeza y sus escrúpulos, le interpeló al fin de esta manera: «P. Morales, si la obediencia dispone que vaya vuestra reverencia á la mision de China, ¿qué hará?» No otra cosa contestó, sino: «Lo que mandáre.» «Pues bien, prosiguió el Provincial, yo le mando que se disponga

para ir cuando y como se lo mandáre.» Con esta determinacion mostró el P. Morales en su rostro un gozo y alegría inexplicables, que le hicieron prorumpir en estas frases: «Ahora sí que voy de muy buena voluntad, porque vuestra reverencia me lo manda con la mayor independencia, pues no quisiera me sucediese lo de Camboja.» Á esto le contestó oportunamente el Provincial: «Que en aquella ocasion habia ido él, y que ahora lo enviaba Dios.» Hase visto, con efecto, en su lugar, que en aquella jornada trabajosa no hizo cosa de provecho. Luégo medirémos su gran talla como apóstol de la China y como organizador de la floreciente mision dominicana de Fo-Kien, que hasta nuestros mismos dias se ha mantenido siempre fiel á la religion y á la doctrina que él llegó á aclimatar postreramente en esta parte del imperio.

10. El viaje de este varon extraordinario se arregló por la via de Formosa, en un patache ligero, que debia conducir el situado de Manila á la colonia. Sabedores los PP. Franciscanos de aquella resolucion, asociaron al P. Morales otro misionero de su Órden, deseando aprovechar aquella oportunidad para penetrar en el imperio á la sombra tutelar del P. Coqui, que les franqueaba las puertas del Catay, cerradas hasta el presente á los religiosos españoles por los ministros y autoridades portuguesas. El misionero Franciscano que destinaba al apostolado de la China la religiosa Provincia de San Gregorio Magno de Manila, era el celoso P. Fr. Antonio de Santa María, lector que habia sido de su Órden, religioso de gran mérito y virtud, á quien el P. Morales abrazó amorosamente al embarcarse, á

imitacion oportuna de los antiguos patriarcas, diciéndole con ternura estas palabras: *Stemus simùl, et nullus adversarius prævalebit* (1).

El patache referido que les debia conducir á la Formosa, se hizo á la vela, con efecto, desde el puerto de Cavite, el 3 de Marzo de 1633, habiendo llegado en pocos dias, sin novedad especial, á las costas de la isla, de las que fueron rechazados por dos veces por la violencia del viento: por fin, al amanecer del 2 de Abril anclaban alegremente en las aguas de Tanchuy. Al dia siguiente de su desembarque en aquel puerto, cantaron una solemne misa en accion de gracias á la Santísima Vírgen del Rosario, y despues escribieron al P. Coqui su feliz arribada á la Formosa, manifestándole al propio tiempo su destino, á fin de que les procurase el mejor medio de trasladarse cuanto ántes á Fo-gan. Fácilmente se comprende el extraordinario gozo y alegría que se apoderaria del P. Coqui al recibir tan feliz nueva, y cómo se apresuraria á facilitarles el camino por cuantos medios estuviesen á su alcance, para tenerlos á su lado todo lo ántes posible, despues de una soledad tan larga y tan azarosa. Efectivamente, tan luégo llegó á saber su dichoso advenimiento á la Formosa, les envió sobre la marcha al hijo de más confianza de uno

---

(1) Con este venerable padre abrieron propiamente los PP. Franciscanos de Filipinas sus misiones en China, como lo advierte el P. Huerta en su *Estado geográfico*, etc., de su Provincia, hablando del Ilmo. Sr. D. Fr. Antonio de San Gregorio (pág. 428). Ántes habian estado en Canton desde 1579 hasta 1585. Sus misiones, principiadas por el P. Fr. Antonio de Santa María en 1633, duraron hasta 1813. Así refiere el dicho P. Huerta los principios y el establecimiento de sus misiones en China, de un modo algo distinto, áun en fechas, al con que lo refiere nuestro autor, segun hemos visto más arriba.

de sus fieles catequistas, para acompañarlos en el viaje é instruirlos entre tanto en el idioma y costumbres del país. Poco despues les envió un buque de buenas y seguras condiciones, con algunos cristianos de su iglesia, para conducirlos en definitiva á su destino, cuya embarcacion apareció en el puerto de Tanchuy por el mes de Junio. Su presencia repentina en aquel golfo llenó de admiracion y de agradable sorpresa á los religiosos y cristianos de Tanchuy, al ver la bandera de la Cruz enarbolada en sus mástiles, cosa rara ó nunca vista en naves de aquella procedencia, cuando eran tan pocos los cristianos que habia por aquel tiempo en el imperio de China. Reconocido y registrado el bajel desconocido, se supo la comision que traia del P. Coqui para llevarse á Fo-Kien á los PP. misioneros, que estaban destinados á ejercer su apostolado religioso en las vecinas costas del imperio. El regocijo que causó tan fausta nueva fué general y extraordinario. A los dos dias precisos, que fué el 22 del mes, zarpaban con felicidad de aquellas aguas, dirigiéndose á las costas de Fo-Kien. Mas, sabedores de una escuadra de piratas que estaba situada en una playa en direccion de su rumbo, hubieron de variar su derrotero, y se dirigieron á Fo-cheu, dispuestos á continuar aquel viaje por tierra hasta Fo-gan. El conductor los guió, por el pronto, á una de las posadas de aquella populosísima metrópoli, en donde estuvieron descansando algunos dias, para emprender de nuevo su jornada. El dia 2 de Julio llegaban felizmente á un pueblecito de las inmediaciones de Fo-gan, en donde los aguardaba el P. Angel como enviados de lo alto para su ayuda y su consuelo,

No es fácil describir los sentimientos que hicieron palpitar su corazon al verse en los brazos amorosos de aquellos venerables misioneros, despues de un apartamiento tan prolongado y tan terrible. Luégo que llegaron á Fo-gan, su primer cuidado fué dar gracias al Señor, que se habia dignado reunirlos sin novedad en la mision, y el P. Coqui, inspirado en los sentimientos de su profunda humildad, quiso renovar con los nuevos apóstoles la imponente y misteriosa ceremonia que nuestro divino Redentor enseñó prácticamente á sus discípulos, y nos recomendó á todos, en la noche de la cena. Poseido, con efecto, de un extraordinario movimiento de su ánimo, se postró ante los piés de sus hermanos, se los besó amorosamente y se los regó con lágrimas de gozo, contemplando aquella escena muchedumbre de infieles y cristianos con admiracion y con asombro.

Como sin el idioma del país es inútil la presencia del ministro, los nuevos misioneros se dedicaron con afan al particular dialecto que se hablaba en el distrito, donde principiaban ya á extenderse las hermosas tiendas de Israel; sin descuidar al mismo tiempo el estudio singular de sus costumbres, usos, modales y etiquetas, para acomodarse al trato y urbanidad de aquellas gentes, que son en esta materia sumamente delicadas. Y sin embargo de que hacian lo posible para conformarse en todo con los usos recibidos, todavía padecieron al principio graves desazones y disgustos, por no conocer aún todos los ápices de su ceremonial empalagoso. Habia entre los cristianos algunos letrados, como es visto, que debian presentarse anualmente en la ciudad

de Fo-cheu, para sufrir un exámen segun sus prácticas antiguas. Estos señores Licurgos hubieron de manifestar sencillamente al ministro portugués residente en aquella capital que nuestros religiosos, como nuevos, ignoraban todavía las usanzas de la tierra. Aquel celoso ministro, quizá guiado en este caso por la más sana intencion, les escribió con magisterio: «Que convenia se retirasen por algun tiempo de la villa, aprendiendo en despoblado lo que debian saber para tratar con la urbanidad conveniente á los habitantes del imperio.» Pareció demasiado duro este consejo á nuestros fervorosos misioneros, que veian, por otra parte, en esta oficiosidad harto enojosa el designio de apartarlos de su mision apostólica. Sin hacer por entónces un gran mérito de semejantes advertencias, continuaron en Fo-gan, entregados totalmente á su santo ministerio. Mas luégo tuvieron el disgusto de observar que aquellos mismos cristianos que hasta entónces se les habian mostrado tan afectos, sin reparar tanto en los detalles de prolijas etiquetas, despues se fueron retirando de su trato, anteponiendo la urbanidad y política exterior de su país á la doctrina sacrosanta del Señor, que les era anunciada por sus siervos.

11. Era tambien por entónces, cuando les aconteció un caso desagradable, que pudiera haber sido muy funesto á su elevada mision y su destino. Habian escrito algunas cartas á los superiores de Manila, para darles razon de sus trabajos y del estado de la mision por aquel tiempo. La conduccion de esta correspondencia la confiaron á un cristiano, para que viese el mejor medio de hacerla llegar á Manila sin tropiezo. Hallá-

base en Fo-cheu el buen neófito desempeñando este encargo, cuando contrajo amistad con un cristiano de aquella gran metrópoli, que abusando completamente de su bondad y confianza, le dijo que le entregase las cartas que llevaba de los padres. El conductor, no pudiendo penetrar la perversa intencion de aquel malvado, se las dió sencillamente, y luégo que las tuvo en su poder, le dijo: « Que no se las devolveria miéntras no le entregase cierta suma de dinero, y que si á ello se negaba, haria que fuesen á parar en manos del Virey. » No le fué posible, por desgracia, al pobre y simple conductor el vencer la protervia del avaro, y al fin se vió en la precision de pedirle cierto plazo, para consultar el caso con los PP. misioneros. Sabedor el padre Coqui del suceso, se presentó inmediatamente en la ciudad de Fo-cheu, y sólo aflojando algun dinero, logró recuperar aquellas cartas, sin que llegase el asunto á oidos de la autoridad. No gozó por mucho tiempo aquel malvado de su mala granjería, pues sabida aquella infamia por algunos de sus mismos compañeros, le pidieron parte de su ganancia mal habida; y negándose á compartir con ellos aquel robo, le armaron una querella ante el alcalde ordinario, en cuyo tribunal tuvo que gastar cuanto tenía, y al fin salió castigado con azotes.

12. En esta ocasion tuvo lugar el P. Coqui de observar muy de cerca por sí mismo el disgusto con que los PP. portugueses miraban su entrada en el imperio. Habiendo llegado el venerable misionero todo hambriento y fatigado á la mencionada capital, y á deshora de la noche para buscar hospedaje donde á nadie co-

nocia, envió un recado al misionero que allí habia, suplicándole lo recibiese en su casa por amor de Jesucristo; pues no tenía donde albergarse á aquellas horas. Tuvo, empero, el disgusto de recibir la más triste negativa, reducida á decirle aquel ministro, «que tenía órden de su Superior para no permitir que religioso alguno de otra Órden pernoctase en su Iglesia.» En vista de esta contestacion, se vió precisado á andar por estrechos y oscuros callejones á horas avanzadas de la noche, y todo empapado en agua por una lluvia copiosa, hasta encontrar un meson en aquella inmensa ciudad desconocida. Creemos falta de prudencia en aquel misionero la interpretacion dada en aquellas circunstancias á las órdenes que pudiera tener de su Prelado. De regreso ya en Fo-gan, no pudo ménos de referir el triste caso á sus nuevos compañeros, los cuales tan léjos estuvieron de volver mal por mal al ministro portugués, que de comun acuerdo resolvieron enviarle de regalo una botella de vino de misas, de que sabian estaba escaso aquel pobre misionero. Este obsequio cariñoso y oportuno iba acompañado de una humilde y edificante carta, concebida en estos términos: «Muy reverendo padre nuestro: Los tres religiosos, dos de Santo Domingo y uno de San Francisco, que hemos venido á este reino, deseamos mucho conformarnos con los PP. portugueses, pues há muchos años que están en este reino y tienen mucha experiencia de las cosas; y como somos recien llegados, quisiéramos acertar, y que fuésemos muy conformes en la predicacion del Santo Evangelio, y no hubiera entre los misioneros diferencias, por evitar escándalos, que de lo contrario se

podrian seguir. Y le suplicamos de nuestra parte nos haga V. P. la caridad y merced de escribir al muy reverendo V. P. Provincial del Instituto como somos muy hijos suyos, y que nos eche su santa bendicion, y que por estar S. P. tan léjos no le vamos en persona á besarle sus manos», etc.

Esto no obstante, su respuesta manifestó la poca esperanza que se podia tener de su buena inteligencia con los nuestros. Ante todas cosas les devolvió el vino que le habian regalado, y les contestaba en estos términos: «Padres mios, el vino que me enviaron para misas es muy dulce, y los portugueses no estamos acostumbrados á decir misa con semejante vino. Ningun religioso puede administrar los Santos Sacramentos en China, ni predicar, si no es con licencia y bendicion de N. P. Vicario Provincial, que es el vicario foráneo; y así VV. RR. deben ir á verle y tomar su bendicion y licencia, porque, *qui non intrat per ostium fur est, et latro.* Yo he visto todos los Breves de los sumos Pontífices, y no hay quien de ellos conceda que vayan á predicar, si no es por la via de Portugal. Gregorio XIII fué muy nuestro padre, y favoreció mucho al Instituto, por lo cual nos concedió viniésemos á este reino. Cuando el P. Fr. Ángel estuvo, el otro dia, en esta metrópoli, estuvieron mis cristianos para ir al Virey y pedirle lo echase del reino; pero yo les fuí á la mano para que no lo hiciesen.» (Victorio Ricci, libro I, cap. VIII.) Esta carta revela bien claramente la manera con que el ministro portugués creia deber conducirse con respecto á la mision de nuestros religiosos. Lo más gracioso del caso es que asegure con tanto ma-

gisterio haber visto todos los Breves pontificios, y diga con tanta confianza, bajo la autoridad de su palabra, que ningun rescripto de S. S. conceda la predicacion del Santo Evangelio en China, sino por la via de Portugal; constando precisamente lo contrario.

Hubo un tiempo, con efecto, en que los portugueses consiguieron realmente de la Silla Apostólica los más grandes privilegios en favor de su corona, por haber sido los primeros que descubrieron estas regiones asiáticas, y por haber conducido en sus naves misioneros evangélicos á estos países remotos. Obtuvieron, es verdad, como una gracia privativa, que no pudieran ir misioneros de otras partes á predicar la religion de Jesucristo en los imperios de China y del Japon, sino por la via de Portugal, debiéndose de embarcar precisamente para Goa, y presentarse á los superiores respectivos existentes en aquella colonia portuguesa. Mas estas restricciones y privilegios exclusivos ya estaban derogados por la misma Silla Apostólica, mucho ántes que el misionero de Fo-cheu hubiese entrado en el imperio. Paulo V, por un Breve expedido en 11 de Junio de 1608 (1), revocando aquellas cláusulas, decia expresamente: «Concedemos con autoridad apostólica á todos y á cualesquiera maestros, ministros ó priores generales de las órdenes mendicantes, ó cabezas de las órdenes de cualquier nombre que sean llamados, que ahora ó por tiempo fueren, que cuando la necesidad lo pidiere, puedan libre y lícitamente enviar los supe-

(1) Consta en la ley 32, tít. XIV, lib. 1, Rec. Ind.—Morelli, *Ord.*, 215.

riores de las órdenes que están en aquellas partes, aun-
que sea por otra via que la de Portugal, á cualesquier
religiosos de su Órden, de buena vida y condicion, qu
juzgasen en el Señor ser útiles é idóneos para los so-
bredichos oficios y cargos, á las sobredichas islas de
Japon, y á las otras provincias y regiones próxima
adyacentes y finítimas á ellas», etc.

Apoyados nuestros religiosos y los PP. Francisca-
nos en una concesion tan terminante, está claro que n
tenian necesidad de presentarse al Superior de los pa-
dres portugueses de la provincia de Fo-Kien, ni mé-
nos pedir su vénia y bendicion para predicar el sant
Evangelio á los infieles, siempre necesitados de est
bien; ni áun para administrar los sacramentos á los fie-
les, como queria el P. Benito de Matos, autor de l
sobredicha carta. Pero no podia ser la falta de juris-
diccion en nuestros misioneros la causa de estos dis-
gustos: lo cierto es que continuaron sintiendo los efec-
tos de una rivalidad mal entendida, como consecuen-
cia natural de esa emulacion exagerada y de su preten-
dido exclusivismo. Sin embargo de esta oposicion, aque-
llos varones apostólicos prosiguieron en sus tareas re-
ligiosas, adelantando felizmente aquella obra del Se-
ñor. Dios bendecia sin duda sus trabajos, y hacia fe-
cunda la semilla de su celestial palabra en el corazon
de aquellas gentes. Sólo así puede explicarse cómo al
cabo de poco tiempo ya hubiesen traido dulcemente al
redil de Jesucristo á muchos predestinados, entre los
cuales habia tambien literatos, que componian una parte
muy notable de aquella cristiandad edificante, siempre

dócil y sumisa á las inspiraciones de la gracia. Áun no habian trascurrido muchos meses desde el orígen y fundacion de aquella Iglesia, cuando el mismo mandarin de la villa de Fo-gan ya no se avergonzó de acompañar á uno de sus propios hijos para recibir las aguas saludables del Bautismo. El venerable fundador de esta viña predilecta del Señor estaba hondamente poseido de una alegría inefable, ora por ver con sus ojos los abundantes frutos de aquel campo que él habia regado tantas veces con sudores apostólicos; ora por tener á su lado á los celosos y distinguidos misioneros que le habian llegado de Manila. Mas entónces, cuando ya no era tan necesaria su persona á aquella obra de sus manos, el Señor se dignó llamarlo para sí en lo mejor de su edad y de su vida.

13. Era este celoso misionero de la ciudad de Florencia, é hijo de padres muy honrados, que le dieran, por su dicha, una educacion esmerada y religiosa, cual era realmente necesaria para llenar los altos fines á que la divina Providencia lo tenía predestinado. Dirigido interiormente por el espíritu de Dios, pidió y obtuvo felizmente el hábito de la Órden en el convento de Nuestro P. Santo Domingo de Fesoli, fundado por el beato Juan Dominici, que tuvo la dicha de recibir allí la profesion de San Antonino de Florencia, primer hijo de aquella santa casa, y cuyo nombre adoptára nuestro novicio fervoroso, llamándose Fr. Ángel de San Antonino. Despues de haber cursado filosofía en su convento, consiguió trasladarse á Salamanca para estudiar la facultad de teología en aquel emporio del saber, y se incorporó por fin á la Provincia del *Santísimo Ro-*

sario por los años de 1620 (1), para consagrar el resto precioso de sus dias al apostolado religioso del extremo Oriente. En su viaje á Filipinas, y al poco tiempo de zarpar de las aguas de Acapulco, se apoderó, por desgracia, de los tristes pasajeros un género de enfermedad desconocida, que parecia tener todos los síntomas de una epidemia aterradora. Era tan horrible y pavorosa la situacion física y moral de aquella nave, que los sanos huian de los enfermos, temerosos del contagio, y los abandonaban, espantados de sus convulsiones y agonías. Al contemplar aquellos cuadros desgarradores y aflictivos, el caritativo y generoso P. Coqui pidió con humildad al Superior de su mision que le permitiese asistir á los más necesitados; pues no le cabia en el pecho su corazon, despedazado de dolor á vista de un espectáculo tan desconsolador y tan terrible. Habida la vénia del Prelado, apareció de repente en medio de los miserables atacados, como el ángel de la caridad, llevando el consuelo á todas partes. Su nombre resonaba dulcemente en todos los ángulos del buque todos los labios dolientes se abrian para bendecirle, y todos le proclamaban el padre de los enfermos.

Hondamente penetrado de la grandeza y sublimidad de su destino, se dedicó especialmente á los idiomas tagalo y de Chin-cheu, durante su permanencia en el convento de Manila. Empero, como sus deseos más constantes y la aspiracion más ardiente de su vida

---

(1) Vino con la mision del año 1618, segun la *Nómina;* y éste, en efecto parece ser el año de su llegada á las islas, pues consta que en 1619 estaba en estas islas la mision con que vino.

era llevar el estandarte de la Cruz á las vedadas regiones de la China, los superiores lo mandaron á Formosa para esperar en Tanchuy una ocasion favorable, en que pudiera trasladarse á las playas del imperio. Al fin logró sus deseos, comprometiendo en cierto modo á los mismos cielos en su empresa. Sólo así puede explicarse la serie de maravillas y prodigios que han intervenido en su jornada desde Tanchuy á Fo-Kien. Era tan delicado y bondadoso, que para no dar motivo de disgusto á los PP. portugueses no quiso dar comienzo á sus trabajos en la capital de la provincia de Fo-Kien, sin embargo de ser tan populosa, y poder trabajar en ella holgadamente muchos misioneros apostólicos.

En Fo-gan ya era distinto; pues si bien contaba esta villa á la sazon algunos cristianos, áun no se habia erigido allí ninguna iglesia ni se habia establecido en aquel punto ningun ministro portugués, estando á muchas jornadas de distancia el misionero de Fo-cheu, que no podia extender su ministerio fuera de aquella gran metrópoli. En vista de todo esto, era muy sencillo y natural que lo recibiesen en Fo-gan como á un ángel del Señor, que les era enviado de lo alto para consuelo y alegría de aquella pequeña grey abandonada, y para llevar á aquellas gentes la antorcha y la revelacion del cristianismo. Conocedor ya profundo del dialecto de Chin-cheu, no le fué difícil aprender el que se hablaba en Fo-gan, y de esta suerte se halló al cabo de poco tiempo en estado de poder anunciar en sus montañas el reino de Jesucristo. Las numerosas conversiones con que la gracia de Dios coronaba los esfuerzos

de su fervoroso apostolado eran su dulce consuelo e[?]
su amarga soledad, y sólo suspiraba por tener obrero
á su lado que pudiesen ayudarle en sus trabajos y e[?]
aquella grande obra á que Dios le habia llamado po
tan desusadas vias. El dia 24 de Diciembre de 163
escribia al honorable Provincial una carta dulce y tier
na, en la que despues de referirle sus trabajos y los fe
lices resultados de su celo, concluia entusiasmado e[?]
estos términos: «Obreros, obreros, obreros; que la mié
está en sazon y es mucha.» De otras cartas que escri
bió por aquel tiempo consta que «solemnizó la fiest
de Nuestro Santo Patriarca en aquel año con el bau
tismo de diez personas principales, al que se siguió e
de una familia entera, que se componia de nueve indi
viduos.» Y afirmaba, finalmente, «que aquellos bueno
cristianos oian grande parte de la misa con la cabez
en el suelo, sin atreverse á levantar los ojos, en seña
de reverencia.»

Existe copia de una carta que escribió posterior-
mente al P. Vicario provincial de la Formosa, en l
que le recomendaba en gran manera al portador, y l
decia estas palabras: «Es hijo mio; que yo le bautic
el dia de Santiago, con otros dos hermanos suyos. S
padre es de lo más noble y más bien emparentado d
esta ciudad, grande letrado, que por dias espera le ha-
gan mandarin. Por su respeto todos me le tienen, si
haber quien se me atreva á hacer mal. Unos primo
suyos no me dejan ni de dia ni de noche..... ¡Oh, cóm
siento, añadia, el escándalo que han de recibir del ma
ejemplo de algunos! porque son ellos unos corderillos.
No quisiera que vieran oir misa á esos soldados, por-

que no los vieran estar sobre una rodilla no más, parlando y mirando á unas partes y á otras. Si la oyesen desde el coro ó sacristía, ménos mal.» En otra decia: «Tengo aquí muy buenos cristianos, y algunos de ellos muy celosos de la honra de Dios y de sus leyes. Tengo tambien ya, con el favor de la Vírgen Santísima, extendida la devocion de su Santo Rosario. Todos los dias se reza un tercio de él á coros, y el domingo todo entero, con sus ofrecimientos.» La confianza que este verdadero hijo de Nuestro Santo Patriarca tenía en la Reina del cielo, y su predilecta devocion del Santísimo Rosario, la manifestaba claramente en esta piadosa carta; pues decia más abajo: «Que pensaba fundar diez ó doce iglesias, y dedicarlas despues á Nuestra Señora del Rosario, fundando en todas ellas su santa hermandad ó cofradía, y con la ayuda de buenos letrados, sacar á luz en sus propios caractéres un libro de la devocion y milagros del Santísimo Rosario.»

Pensamiento grande y digno de un hijo tan esclarecido de Domingo, que recordaba sin duda los millares de pecadores y de herejes que el gran patriarca de Guzman habia conquistado á Jesucristo, por medio de esa institucion tan poderosa. Los rasgos más principales, y los caractéres más notables de su vida aparecen de relieve en el bosquejo que hemos dado de las terribles peripecias y situaciones difíciles que se han atravesado en su camino, y que supo arrostrar con valentía para llenar la gran mision que Dios le habia trazado con su mano en su peregrinacion sobre la tierra. La soledad, que habia sido la pena más tormentosa de su corazon y de su alma, no reconocia por causa la ca-

rencia de un consuelo personal, sino el dejar abandonada aquella preciosa viña del Señor, que tan sazonados frutos prometia. Dios, por fin, le concedió el ver á su lado un sucesor, que dotado en cierto modo, como un segundo Eliseo, con el doble espíritu de Elías, pudiese conseguir su grande obra y elevar aquella Iglesia á un estado floreciente. Entónces, satisfecho el Señor de sus trabajos y de su empresa gloriosa, le dió la muerte del justo. Era el dia 18 de Noviembre de 1633 cuando cerraba sus ojos dulcemente en los brazos amorosos del nunca bien celebrado P. Fr. Juan de Morales, despues de haber recibido los Santos Sacramentos con toda la efusion de su alma ardiente. Enamorado de Dios y de sus eternos tabernáculos, soportaba con dificultad la pesadumbre de este cuerpo corruptible, y prefirió marcharse al cielo para vivir con Jesucristo.

CAPÍTULO II.

Costumbres bárbaras é inhumanas que el P. Morales descubre en Fo-Kien. —El P. Fr. Antonio de Santa María es echado de Nan-Kin.— Llega á la mision el P. Diaz con otro P. Franciscano, y luégo se suscita la primera persecucion contra los fieles.—Principio de las famosas controversias de China.—Sacrificios á los progenitores, al ídolo Chinghoang y á Confucio.—Diligencias de nuestros misioneros para exterminar las supersticiones que los primeros cristianos practicaban como lícitas.—Salen dos misioneros con el proceso para la isla Formosa.—El uno de ellos prosigue su viaje hasta Manila, y cae prisionero en poder de los enemigos holandeses. —Tareas apostólicas de nuestros misioneros.—Dos PP. Franciscanos son desterrados de Pe-kin.

14. Muerto el siervo de Dios Fr. Ángel Coqui, quedaba al frente del aprisco de aquella grey religiosa

el P. Fr. Juan Morales, cuyo genio extraordinario concibió el gran pensamiento de ensanchar el horizonte de su divino apostolado, y al efecto dejó por algun tiempo la villa de Fo-gan, y se trasladó al pueblo de Ting-teu, en donde fabricó una iglesia muy hermosa para predicar á aquellas gentes el santo nombre de Dios. La semilla celestial de la palabra evangélica, que caia de sus labios como un rocío del cielo, y que Dios fecundaba felizmente en todos los corazones, produjo en breve ricos frutos en aquella nueva viña del Señor. Los infieles oian con admiracion y con asombro al nuevo profeta de Israel, y la gracia se derramaba dulcemente sobre aquellos sencillos habitantes hasta el punto de convertirse casi todos á la fe. Ting-teu á los pocos años ya no contaba en su seno más que una casa de infieles, y sus cristianos fervorosos eran el modelo más perfecto de aquella naciente cristiandad.

La bárbara costumbre que hasta hoy se practica en el imperio, de que los padres desnaturalizados arrojen á los muladares y á los rios á las hijas que no pueden mantener, era lo que atravesaba el corazon de nuestro compasivo misionero, y ya que no podia recogerlas y criarlas, por carecer de recursos para ello, procuraba á lo ménos su felicidad eterna, administrándoles las aguas saludables del Bautismo. Otra costumbre no ménos bárbara y feroz tuvo ocasion de observar en aquellos pueblos inconscientes de su deformidad abominable: tal era el enterrar en vida á los leprosos, creyendo en su aberracion que era hacerles un favor, y evitarles el tormento de una existencia dolorosa. Sabedor, en efecto, el misionero de que se estaba consumando uno de

estos inhumanos sacrificios en una aldea no lejana, voló en alas de su celo y su caridad ardiente para librar á la víctima de aquella muerte espantable. Mas ya no llegó á tiempo su socorro. El mismo leproso habia ordenado al primero de sus hijos que le abriese la sepultura con sus manos; y arrojándose entónces á la hoya, mandó á su infortunado hijo que echase sobre su cuerpo la tierra amiga de los muertos. El hijo se resistió á aquel atentado de lesa naturaleza, y entónces el mismo leproso se fué cubriendo con la tierra que iba recogiendo con sus manos, hasta que se le extinguieron ya las fuerzas. Finalmente, le acabó de sepultar su propio hijo, creyendo que haria un obsequio en dar la muerte, en tal extremo, al mismo autor de su vida.

Estos hechos horrorosos llenaban de amargura y de dolor el corazon del misionero; y por lo mismo esperaba con afan el deseado momento en que la religion y el Evangelio triunfasen del paganismo y sus abominaciones en aquellos pueblos desgraciados, que por otra parte parecian muy bien dispuestos. Recibia, sin embargo, sus consuelos celestiales en medio de sus penas y aflicciones; pues Dios le deparaba ocasiones muy frecuentes de admirar la inmensidad de sus misericordias, siempre antiguas sobre los predestinados de Israel. Hallábase en cierto tiempo bautizando á unos adultos que habia catequizado felizmente en el inmediato pueblo de Mongan. El huésped de la casa en que vivia era tambien catecúmeno, y como estaba bien impuesto en las verdades y preceptos de la doctrina cristiana, pretendia bautizarse con los demas iniciados: todo estaba preparado para la gran ceremonia. Entónces supo el

misionero que este hombre estaba enemistado desde antiguo con su legítima consorte, hácia la que sentia un ódio profundo é inveterado. Esta circunstancia sensible y dolorosa obligó al P. Morales á excluirle por entónces del número señalado para recibir la gracia en la sagrada fuente de la vida, y encomendando aquel negocio á la piedad y á la misericordia del Señor, le hizo llamar al dia siguiente el contristado catecúmeno, y le dijo muy resuelto que ya estaba determinado á vivir en adelante con su esposa, y á restituirla los derechos de la vida marital. Un cambio tan repentino sólo podia ser efecto de una gracia especialísima, y en tal concepto lo bautizó el mismo dia con los demas catecúmenos, teniendo al fin el consuelo de verle vivir cristianamente con su consorte legítima.

A la muerte de su amado compañero habia quedado este grande hombre abandonado enteramente á la sola fuerza poderosa de su corazon y de su celo; pues el P. Franciscano, deseoso de fundar una mision en otra órbita, en donde pudiesen trabajar los de su Órden con entera independencia de los demas institutos, habíase internado, por Octubre de 1633, hasta la capital de la provincia de Nan-Kin para sentar allí sus tiendas. No debia tardar, sin embargo, mucho tiempo en volver al lado de nuestro ilustre misionero. Al partir de las montañas de Fo-gan, se dirigió á la provincia de Kiang-si, acompañado tan sólo de un cristiano, y salvó la gran distancia que le separaba del P. Manuel Diaz, Vicario provincial de los PP. portugueses, á quien visitó obsequioso como si fuera de su instituto y obediencia. Medió en aquella entrevista la mayor cordia-

lidad; se hablaron con franqueza del proyecto, y áun le pidió el buen misionero Franciscano su consejo acerca del mejor modo con que podria llevarse á ejecucion. Aquel superior aprobó su pensamiento sin hacer reparo alguno, y áun le hizo el favor de asociarle algunos cristianos que lo acompañasen fielmente hasta Nan-Kin, con encargo de buscarle una casa de confianza, en donde pudiera dedicarse al estudio de la lengua sínica. Permaneció en aquella capital algunos meses, consagrado enteramente al idioma del país, que llegó á hablar perfectamente. Platicaba ya de Dios y de su reino, y conversaba alguna vez con los cristianos que iban á visitarle con frecuencia, quienes lo escuchaban con placer; pero sin haber podido ver la cara del sacerdote portugués que administraba en aquel punto, por más que lo habia procurado con empeño. Este raro proceder de aquel ministro daba harto bien á entender que no habia sido de su gusto la prudente conducta religiosa de su digno Superior. No habian trascurrido, en efecto, muchos meses desde su instalacion en aquella capital, cuando llegó á Nan-Kin el Vicario provincial arriba dicho para arreglar el asunto relativo á la mision del religioso Franciscano, que parecia ya terminado en sentido favorable. Con todo, tuvo que salir pronto de Nan-Kin, y volverse á reunir en Fo-gan con nuestro misionero. (Victorio Riccci, lib. I, cap. x.) El P. Bautista de Morales lo recibió amorosamente, y los dos trabajaron de consuno en la obra del Señor (1).

---

(1) Omitimos los detalles de esta salida inesperada, por no distraer la

15. Acercábase á su fin el año de 1634, cuando llegó á la mision el P. Fr. Francisco Diaz, acompañado de otro P. Franciscano llamado Fr. Francisco de la Madre de Dios. Entónces sucedió que el grande abismo se estremeció profundamente, al ver amenazado tan de cerca su antiguo poder y señorío en aquellas regiones tenebrosas, y suscitó grandes borrascas á aquella mision gloriosa. Hasta entónces los cristianos habian cumplido libremente sus deberes religiosos, sin que los infieles se hubiesen implicado para nada en los actos y ceremonias de su culto. Movidos, empero, algunos jóvenes de un celo imprudente é irreflexivo, osaron entrar tumultuariamente en un adoratorio de paganos, y despedazar el ídolo que en él se veneraba desde antiguo. Los padres se preparaban á celebrar en la mision la fiesta del Nacimiento del Señor; y con el fin de solemnizarla con más pompa, habian convocado en Fo-gan á muchos cristianos de los vecinos pueblos de los montes, entre los cuales se contaban diez letrados. Era, en efecto, la víspera de la gran festividad, cuando se presentó de improviso al mandarin (que se hallaba actualmente de visita en casa del misionero) una turba de infieles, llevando consigo la cabeza tronchada de su ídolo. Hincados todos de rodillas en presencia del Prefecto, tomó la palabra el más exaltado y ofendido de aquella amotinada muchedumbre, y se querelló de esta manera: «Que se tolerase en nuestro reino la religion cristiana no fuera insufrible si la in-

---

narracion con episodios históricos que la desviáran demasiado de su principal objeto.

solencia de sus secuaces no pasára de raya. Uno de ellos, que muy bien conozco, ha sido tan atrevido, que en mi propia casa, sin temor alguno de los dioses, cogiendo con sus manos á mi ídolo, le arrancó la cabeza que aquí traigo, blasfemando de él al mismo tiempo, diciendo que no tenía divinidad alguna y que sólo era un poco de vil barro. Si en mí hubiera puesto las manos, se le pudiera tolerar; pero ponerlas en Dios, ¿quién lo podrá sufrir? ¿No es digno, pues, y merecedor de un severísimo castigo, para eterno escarmiento?» Al oir el mandarin esta demanda, procuró sosegar á los quejosos con prudencia, asegurándoles que se les haria en todo la justicia merecida. Luégo que se marcharon los infieles afeó el hecho delante de los padres, y les dijo: «Que no era justo que los cristianos molestasen á los infieles en su culto, supuesto que los dejaban en paz en sus iglesias.» Los misioneros desaprobaron el escándalo, y protestaron al mandarin con toda sinceridad que eran extraños á aquel hecho, lamentándose ellos mismos de semejante proceder. Algunas horas no más habian pasado despues de aquel infausto suceso, cuando la alborotada muchedumbre penetraba tumultuosa en el templo del Señor, y se apoderaba por la fuerza del imprudente cristiano que habia motivado aquel disgusto, para presentarlo al mandarin, que lo condenó á ser azotado, pagar cierta suma de dinero y llevar la *canga* algunos dias.

Bien pudiera haber quedado satisfecha la venganza de aquel pueblo en vista del castigo que sufriera aquel jóven indiscreto; empero como los hijos de la infidelidad y las tinieblas eran movidos y agitados por las po-

testades del infierno, volvieron luégo á la iglesia, y poseidos tristemente por una especie de vértigo, la derribaron al suelo con estruendo; destruyeron el altar, y despedazaron, en su enojo, el ara sagrada de aquel templo. Como su construccion era tan sólo provisional y de madera, volvieron á levantarla al dia siguiente, y áun pudieron celebrarse en su recinto los oficios divinos el dia del Nacimiento del Señor, con gran consuelo y alegría de aquellos cristianos afligidos. Áun fué necesario sujetar á otras contradicciones y otras pruebas la fe de estos israelitas escogidos, y áun permitió el Señor que los hijos de Belial volviesen otra vez á destruirles aquel precioso santuario; mas en esta ocasion experimentaron de un modo manifiesto la venganza de los cielos, que volvian postreramente por la defensa de su causa. Al desplomarse, con efecto, la techumbre de la iglesia, mató á un infiel en el acto, y los demas profanadores quedaron tan mal heridos, que todos murieron tristemente á las pocas horas de haber cometido tan sacrílego atentado. Los PP. misioneros, al ver el furor con que habian penetrado los infieles en la casa del Señor, procuraron ocultarse, y el subprefecto, que habia oido el alboroto, se presentó en la iglesia desde luégo con el fin de contenerlo; mas se vió comprometido en tal extremo, que estuvo muy en peligro de ser asesinado en aquel acto. Entónces el gobernador creyó que se hallaba en el caso de proceder contra los amotinados, y en seguida castigó á los culpables con toda la gravedad que demandaba aquel delito.

Hasta entónces la conducta de este jefe y su proceder externo con los PP. misioneros habia sido impar-

cial y moderado; mas por una inconsecuencia inexplicable, declaró de repente una guerra de muerte y de exterminio á la religion cristiana, y se constituyó en perseguidor de sus ministros. A solicitud de los mismos criminales, que tan hostilmente habian atacado á su teniente, resolvió publicar un decreto prohibitivo de la moral evangélica, que á la letra decia así: «Por cuanto esta villa de Fo-gan nos ha suplicado con instancia que conviene, para la paz y tranquilidad de ella, desterrar algunos extranjeros de Europa, por enseñar una doctrina nueva y muy diversa de la del sabio *Kung-fu-zu* (Confucio), que debemos seguir, y cuyos secuaces alborotan, inquietan y amotinan á esta villa, como lo han demostrado los escándalos pasados; por tanto, con este nuestro edicto ordenamos y mandamos; que los dichos extranjeros salgan desterrados sin demora de todo nuestro distrito de Fo-gan. Mandamos asimismo á todos nuestros súbditos, que nadie de ellos se atreva á seguir la ley y doctrina que predican, sino tan solamente la antigua y legítima del reino, que es la del sabio *Kung-fu-zu*. Mandamos ademas que la iglesia que los referidos extranjeros tienen en el pueblo de Ting-teu se aplique al comun, haciéndose de ella una escuela en donde se enseñe la doctrina de nuestro doctísimo *Kung-fu-zu*, á la cual acudirán todos dos veces cada mes para oirla.»

Con tan extraña y repentina novedad, los PP. misioneros comprendieron claramente que iban á ser desde luégo víctimas de la violencia, de la persecucion y de sus odios. A partir de este principio, recogieron por de pronto los sagrados ornamentos, y se ocultaron en el

bosque de la vecina montaña, para dar lugar á la ira y al enojo inmotivado de los enemigos de Dios y de su nombre. Pasados algunos dias, y suponiendo ya aplacada la tormenta, consideraron que su fuga pudiera redundar en perjuicio de la fe que habian predicado en la montaña, y salieron otra vez á la barrera del estadio religioso. Restituidos á su campo los pabellones de Israel, se presentaron con valor ante aquel mismo prefecto que los habia condenado al ostracismo, y le manifestaron con pecho apostólico la escandalosa injusticia con que se procedia contra ellos, condenándolos en público sin audiencia de su parte. Obstinado, empero, el mandarin en su primera resolucion, se hizo sordo á sus reconvenciones y querellas, dejando en todo su vigor el decreto publicado. Sin embargo, y á pesar de su ratificacion irrevocable, la obra de la religion fué prosperando en aquella cristiandad edificante, sin que los PP. misioneros fuesen ulteriormente molestados por entónces.

16. A fines de este año de 1635, los PP. Fr. Juan Bautista de Morales y Fr. Antonio de Santa María resolvieron elevar una consulta á la silla apostólica, para que decidiese algunos puntos referentes á prácticas religiosas, que en su opinion no eran compatibles con la pureza de la fe. Versaba principalmente esta consulta sobre las ceremonias y los ritos con que los chinos suelen obsequiar á sus antepasados, á un ídolo llamado *Ching-hoang* y á su antiguo filósofo *Kung-fu-zu:* puntos que fueron el orígen de las famosas cuestiones que han trabajado mucho tiempo el celo de varios misioneros eminentes y la vigilancia pastoral de los Pontífices.

Es costumbre general y muy antigua en el imperio honrar á los progenitores y sus restos sepulcrales con ciertos homenajes religiosos, que sólo pueden lícitamente tributarse al verdadero Dios del cielo y á los predestinados de Israel, que la Iglesia reconoce como santos. Para satisfacer á tales prácticas, las familias distinguidas tienen sus grandes panteones, y todos tienen en sus casas unos cuadros con los nombres de sus principales ascendientes, en donde están y residen, segun esta rídicula creencia, las almas de aquellos que veneran. A estos cuadros misteriosos se les ha dado el nombre de *tablillas*. Los PP. y misioneros portugueses, atendida la gran dificultad que observaban en apartar á los cristianos de una observancia tan encarnada en las costumbres del imperio, y que era mirado en el país como el primero y más sagrado de todos los deberes religiosos, lo toleraron sin reparo, procurando interpretar los ritos y ceremonias que practicaban en honor de los difuntos en sentido político y civil tan solamente, y sin tendencia alguna religiosa.

Con tan rara distincion creyeron haber hallado la solucion verdadera de aquel problema religioso, y conciliar en cierto modo todas las dificultades que podia presentar esta cuestion. En tal concepto, procuraban iniciar á los cristianos en la explicacion abstracta de su ingeniosa precision, para dar una direccion conveniente á aquellas prácticas. Mas éstos, sin atender á estas sutilezas metafísicas, que, dada la encarnacion social de esta creencia, podian apénas comprender, rendian su acostumbrado culto á los difuntos como lo hacian los gentiles, que se afianzaban más en su observancia

al verla autorizada en cierto modo por la práctica y conformidad de los cristianos. El P. Fr. Ángel Coqui, como nuevo y tan ocupado en las primeras conversiones, no tuvo tiempo ni ocasion de averiguar las abusiones que los cristianos tenian y conservaban al principio en este punto; mas el P. Morales, que ya estaba en posesion de este secreto, y sabía ya desde Manila las antiguas observancias de la religion y literatura de los chinos, estaba más prevenido en esta parte. El padre Fr. Antonio de Santa María tambien habia averiguado por sí mismo algunos detalles abusivos, y los dos al fin se resolvieron á formar un exámen rigoroso de aquella cuestion teológica, para no proceder ligeramente en asunto de tanta gravedad y trascendencia. Sabía el P. Morales que en cierto dia del año era costumbre celebrar un solemne sacrificio en honor de los difuntos, y debia tener lugar la ceremonia en uno de los panteones de Mo-yang, perteneciente á la familia Mieu. Jamas se le habia presentado ocasion más oportuna para poder formar juicio de aquel acto religioso, y saber de positivo lo que deseaba por sí mismo averiguar. Con este objeto exclusivo, ambos misioneros disfrazados y á favor de las sombras de la noche consiguieron penetrar en el lugar del sacrificio, y se colocaron al umbral del panteon, donde podian observar y discernir perfectamente hasta los últimos detalles de la ceremonia religiosa que se debia celebrar en la alborada.

El panteon estaba trazado y construido á la manera de un claustro; y en sus quicios, que eran de finísima piedra, se leia la siguiente inscripcion: «*Mieu-zhu:* esto es,

panteon de la familia Mieu. El patio del edificio estaba perfectamente enlosado y adornado con alfombras. Al dorso del gran testero habia una sala espaciosa, algo más elevada que el pavimento interior del panteon, donde se veian las *tablillas* de las almas, con varios retratos y figuras de los sujetos más insignes de aquella ilustre familia. En el centro de la sala habia seis mesas, bien provistas de várias clases de manjares y de frutas exquisitas, con flores y con pebetes, y braserillos con perfumes. Encima de las alfombras habia esparcidos con profusion muchos papeles dorados, que los chinos, extraviados en sus creencias religiosas, consideran ser moneda sepulcral, que aprovecha á las almas de los muertos por quienes se ofrece y sacrifica. A un lado del panteon ardian antorchas de pino para alumbrar la ceremonia, en tanto que se veian en el claustro dos largas filas de letrados vestidos de ceremonia, cuyo centro ocupaba un licenciado respetable, que en un traje singular hacia de sacerdote en aquel acto religioso. A este raro gerofanta daban el nombre de *Chu-zi;* esto es, el señor que sacrifica, á quien servian en la ceremonia dos licenciados notables, que hacian el oficio de ministros, y que por sus funciones peculiares se denominaban *Fu-zi.* Detras de todos venía el *Li-ceng*, ó maestro de ceremonias. A la voz de este funcionario religioso todos los asistentes se arrodillaban en tierra, inclinando profundamente la cabeza: luégo, al decir «levantaos», lo hacian con tanta compostura y gravedad como pudieran hacerlo los cenobitas más rígidos. Esta ceremonia fué repetida por tres veces. Acto contínuo, y obedeciendo á una órden del *Li-ceng*, los *Fu-zi* en-

tregaron al *Chu-zi* una cabeza de cabra para que la ofreciese en sacrificio: siguieron despues las libaciones, y trajeron al sacerdote una gran taza de vino, que elevó de pronto en alto y despues se la bebió inmediatamente. En seguida practicaron otras ceremonias religiosas que sería largo referir; y finalmente, vueltos los celebrantes hácia el pueblo, dijo el primer ministro en voz sonora: «Todos los que habeis asistido á este sacrificio, sabed como cosa cierta y tened la firme confianza que por haber honrado á vuestros progenitores difuntos alcanzaréis de ellos hacienda, honores, larga vida, hijos y otros bienes temporales.» Al terminar estas palabras, quemaron el papel dorado en sufragio de los difuntos, y se dió la funcion por terminada.

Al salir del panteon los asistentes descubrieron á los PP. misioneros que los habian estado observando durante la ceremonia del fúnebre sacrificio, y como entre los celebrantes habia tambien algunos cristianos que ántes habian afirmado y sostenido que ellos honraban á sus progenitores con culto político y civil tan solamente, quedaron en extremo avergonzados á vista de los ministros del Señor. Lo que más sorprendió á los PP. misioneros fué, que hasta los que habian hecho los oficios de *Chu-zi* y de *Li-ceng* eran del número de éstos, los cuales, sin embargo, respetaron aquella solicitud y vigilancia de los PP. misioneros y los convidaron á comer. Empero, disgustados de aquel hecho los celosos ministros del Señor, desdeñaron el convite, y áun les dijeron con franqueza que si no se enmendaban para siempre de aquellas supersticiosas observancias, no volverian á tratarles como á los demas cristianos.

Las prácticas idolátricas que se dirigian á Ching-hoang y á Confucio eran áun, si se quiere, más escandalosas y abusivas, si bien no eran permitidas á toda clase de personas. Ching-hoang es un ídolo á quien los chinos veneran como el ángel tutelar de sus villas y ciudades, y en todas ellas tiene templos erigidos en su honor. Los gobernadores están obligados á presentarse ante el ídolo y adorarle en sus altares, ántes de tomar posesion de su destino, y despues dos veces cada mes. Allí se postran hasta el suelo, inclinando una y muchas veces la cabeza en señal de adoracion: ofrecen á Ching-hoang carne y vino, candelas, flores y perfumes, y lo invocan en seguida con una oracion bien formulada, suplicándole «que les ayude y les dé acierto en el gobierno de su cargo; que asimismo dé aguas á la tierra y un buen tiempo, y que castigue por fin los pecados ocultos que los súbditos malvados cometiesen.» Compelidos los gobernadores cristianos á practicar todas estas ceremonias so pena de perder su alto destino, se habian formado la conciencia de colocar de antemano una cruz al lado del altar, ó en las flores que tenian en las manos, y que dirigiendo á ella mentalmente todas sus adoraciones y observancias, no serian estos actos idolátricos, siquiera los practicasen en presencia del pueblo infiel y pagano, que creia las dirigian á Ching-hoang, objeto principal de aquellos cultos.

Tampoco podian excusarse del reato de idolatría, en opinion de nuestros misioneros, los que honraban á Confucio segun la ley general y las costumbres del Catay. Mas este culto es peculiar de los letrados que

aprenden y profesan su doctrina, tenida como canónica en todas las regiones del imperio. Sus templos y sus altares suelen ser los más suntuosos y más bien aderezados, y deben ofrecerle adoraciones ántes de tomar sus grados. Allí dirigen, en efecto, sacrificios y oblaciones abundantes, dando gracias al gran sabio, como si fuera para ellos el oráculo de Délfos, por haber ilustrado de lo alto su tenebrosa inteligencia. Lo mismo hacen tambien los estudiantes que aspiran á los grados académicos, estando bien persuadidos que tiene aquel sabio gran privanza y valimiento con el supremo Rey del cielo, á cuya diestra lo suponen sentado los más crédulos, sin embargo de que la secta literaria es atea y materialista por principios. Los cristianos que se veian precisados á tributar honores á Confucio, ora por razon de su preeminencia y jerarquía literaria, ora por tener que acompañar en estas ceremonias á los letrados gentiles, creyeron hallar una solucion para transigir con su conciencia, dirigiendo sus adoraciones mentalmente á una cruz que ponian ocultamente entre las flores del banquete, y pretendiendo dar á estos actos religiosos un carácter político y urbano. Tal era la doctrina que seguian los cristianos de Fo-gan, practicada y trasmitida por los primeros neófitos que halló en aquella montaña el insigne P. Coqui. Lo mismo hacian á la letra los cristianos de Fo-cheu, justificándose todos con decir que los PP. portugueses les habian permitido aquellas ceremonias religiosas, paliadas con la sombra de la cruz, y bautizadas con el nombre de culto *mero profano y político*.

17. Luégo que nuestros misioneros estuvieron bien

impuestos de estas observancias idolátricas, y persuadidos de que el permitir á los cristianos estas supersticiones era lo mismo que aprobarlas, se decidieron á predicar expresamente contra ellas, y á desengañar á los cristianos en público y en privado, diciéndoles sin ambajes que no les era lícito en conciencia tributar aquellos honores religiosos á sus progenitores, ni á Ching-hoang, ni al gran Confucio, siquiera las dirigiesen mentalmente á la cruz que tenian en las manos, ó colocada ocultamente en el altar. Los nuevos cristianos escucharon con más docilidad esta doctrina; pero los antiguos la resistieron tenazmente, contestando que era nueva para ellos, y que los antiguos misioneros les habian permitido aquellas prácticas. Algunos catecúmenos débiles y de dudosa vocacion, retrocedian al saber que los PP. misioneros prohibian á los cristianos aquellas ceremonias abusivas, pareciéndoles demasiado dura su doctrina por ser tan opuesta á sus errores y á sus antiguas creencias. Empero, los que habian recibido de lo alto una verdadera vocacion al cristianismo respondieron con fidelidad al llamamiento, despreciando las razones y los respetos temporales que pudieran aconsejar aquellas supersticiosas observancias, tan arraigadas, de otra parte, en las costumbres del imperio.

Los que, prescindiendo del fallo definitivo de la Silla Apostólica que recayó postreramente sobre esta cuestion ruidosa, pretendieron defender á los PP. portugueses en esta gran controversia contra la opinion y la doctrina de los religiosos Dominicos, han callado en sus escritos consciente, ó inconscientemente, muchas circunstancias importantes, que debian de haber teni-

do muy presentes. Ántes de que los PP. Fr. Juan Bautista de Morales y Fr. Antonio de Santa María (que fueron los primeros impugnadores de aquellas prácticas gentílicas, como repugnantes á la pureza de la fe) se hubiesen declarado abiertamente contra semejantes abusiones, practicaron exquisitas diligencias para conocer la naturaleza y el carácter de aquellos actos religiosos, con el fin de no errar en la cuestion. Se les alcanzaba demasiado el grande escollo en que podian tropezar hasta los que, con la más sana intencion y celo santo, predicaban á las gentes el reino de Dios y su justicia. Obedeciendo al deseo de proceder en este punto con la prudencia y el acierto necesarios, quisieron tener una conferencia sábia con el mismo Superior de los misioneros portugueses en la capital de la provincia, donde se presentaron finalmente, despues de un viaje penoso de más de cuarenta leguas. Toda molestia y sacrificio era ligero para ellos, si podia conducir para resolver sus dudas, y marchar de acuerdo en todo con aquellos PP. misioneros en la santa predicacion del Evangelio. No hay duda para nosotros que se procedia por ambas partes con la más sana intencion; pero se vió con dolor que el resultado no correspondió por fin á sus deseos; pues los misioneros de Fo-gan sostenian el dictámen de que la religion de Jesucristo rechazaba enteramente aquellos actos gentílicos, y que debia predicarse á las naciones en toda su pureza primitiva. No pudiendo, en conciencia, transigir con ninguna otra doctrina, tuvieron el sentimiento de regresar á su mision sin haberse podido convenir con aquel Superior tan ilustrado en los puntos más esenciales so-

bre que versaba la consulta. No ignoraban nuestros celosos misioneros que de sus principios doctrinales se podian seguir persecuciones y destierros, y quizá tambien la ruina de toda su cristiandad; mas ellos anteponian la pureza de la fe á toda otra razon, y creyeron que todo era preferible á falsear el espíritu de la religion cristiana, y adulterar el objeto divino de sus cultos con paganas observancias, sin separarse jamas de la conducta de San Pablo con los antiguos atenienses y de la de los Santos Padres con los cultistas paganos, como malamente ha dicho el abate Rorbrecher.

Dada esta diversidad de pareceres, creyeron los padres Dominicos que sólo la Silla Apostólica podria terminar de un modo definitivo aquella controversia religiosa, y acordaron abrir para el efecto un proceso judicial, que por su forma jurídica mereciera ser tomado en consideracion por el supremo juez de la doctrina, sin callar á este propósito las circunstancias más concretas y los detalles más precisos que pudieran ilustrar aquellos puntos en cuanto habian llegado á su noticia, y todo corroborado con las deposiciones terminantes y juradas de los más ilustrados y fidedignos cristianos de aquella mision gloriosa. La gravedad de la materia era tal en su concepto, que de cuatro misioneros que llegaron á reunirse por entónces en las montañas de Fo-gan, se determinaron á mandar á dos de ellos á la capital del mundo con las diligencias practicadas, y salieron al efecto con direccion á la Formosa los PP. Fr. Antonio de Santa María y Fr. Francisco Diaz. Su objeto era por el pronto el trasladarse á Manila en la primera ocasion, y despues marchar á Roma

en demanda del importante cometido que habian recibido en la mision, si los prelados superiores de las órdenes hermanas lo estimaban oportuno. Mas, durante su permanencia en la Formosa, y despues de meditar el asunto los Superiores respectivos de las dos órdenes religiosas, dispusieron que los dos gestores mencionados se trasladasen á Manila por dos vias diferentes, embarcándose de pronto solamente el P. Fr. Antonio de Santa María, y quedándose en la isla el padre Diaz, para seguirle despues en otro buque.

Al salir de la Formosa la nave desventurada, fué sorprendida desde luégo por un furioso huracan, en el que perdió las velas, los mástiles y el timon; y despues de mecerse quince dias al arbitrio de las olas, fué arrojada á las playas de Tayquan, en donde los holandeses tenian una fortaleza y mandaban como señores de la isla. Como enemigos mortales del catolicismo y de la España apresaron desde luégo á aquel sacerdote del Señor, y lo mandaron á Batavia con la tripulacion y pasajeros de aquel bajel desgraciado. Preciso es, sin embargo, confesar, á fuer de narradores imparciales, que en esta colonia los trataron con bastante humanidad y tolerancia, hasta el punto de poder ejercer su ministerio el P. Santa María, que procuraba con dulzura la conversion de los herejes, y animaba á los católicos á que perseverasen en la fe. Compadecidos al fin los mismos holandeses de este santo y virtuoso misionero le dieron la libertad que deseaba, y le permitieron á la postre que continuase su interrumpido viaje hasta Manila, adonde llegó sin novedad con los papeles y documentos importantes de que era portador, y

que entregó á los Provinciales de las precitadas órdenes. Con motivo de estas vicisitudes, entorpecimientos y desgracias, que no se podian evitar ni prever, la Silla Apostólica no pudo ver en mucho tiempo la consulta de nuestros celosos misioneros, hasta que al fin se presentó en Roma el mismo P. Fr. Juan Bautista de Morales, conducido por la mano de la divina Providencia, despues de muchas peripecias y situaciones extrañas que vamos ahora á referir.

18. Luégo que hubo salido de Formosa el P. Santa María, con las diligencias referentes á los ritos conocidos, los PP. misioneros de la isla juzgaron innecesario el viaje del P. Diaz; pues suponiendo que aquél habia llegado sin tropiezo á la capital de Filipinas, y habiendo en cuenta de otra parte la falta que este venerable podria hacer en la mision, dispusieron su regreso á las montañas de Fo-gan, en union con otros compañeros que llegaron entre tanto de Manila. Eran estos buenos religiosos los PP. Fr. Juan García y Fr. Pedro Chaves de la Órden, con tres PP. Franciscanos destinados, como aquéllos, á las misiones de China. Embarcados, en efecto, todos estos misioneros á principios de Setiembre de 1637 con rumbo á las costas de Fo-Kien, apénas habian zarpado de las aguas de Tanchuy, cuando descubrieron á lo léjos un bajel desconocido, que á juzgar por su derrota y por su marcha veloz, pretendia entrar en sus aguas y darles caza á toda vela. Era un buque de piratas, que les iba á los alcances, y avanzaba velozmente sobre ellos. En vano los marineros invocaban desesperados á sus dioses para librarse del peligro. En vano golpeaban su bajel para que

fuese más velero; en vano, al fin, se retorcian, y gritaban, y hacian horribles contorsiones para pedir á sus ídolos la desaparicion de aquel fantasma, que les ganaba las aguas como una vision siniestra: la nave de los corsarios se precipitaba raudamente sobre el mísero *champan*, y se preparaba al abordaje, que ya no era posible conjurar, habida consideracion á su velocidad aterradora.

Mas el espíritu de Dios, que amparaba con sus alas á sus celosos misioneros, les inspiró el pensamiento de aligerar la pesadumbre del bajel arrojando á la mar su grave carga, y esta feliz ocurrencia les salvó, por fortuna, de aquel trance, deslizándose el *champan* con este alivio como una sombra fugaz, que se puso en breve tiempo fuera del alcance del corsario. Con la fuga del peligro, y dando su lona al viento, se desviaron muchas leguas de su rumbo, teniendo que deshacer una gran parte de lo andado para conducir á los PP. misioneros á las playas de Fo-Kien. Esta circunstancia inevitable pareció muy oportuna á los chinos conductores para sacar mejor partido, y les dijeron claramente que ya no podian aportar de ningun modo al verdadero punto convenido. Los padres penetraron desde luégo su intencion, y como no les convenia tampoco disgustarlos, ofrecieron pagarles más de lo pactado: por fin, con buenas palabras, y con la perspectiva del dinero, pudieron recabar de aquella gente que los condujese hasta la playa cercana al pequeño pueblo de Ting-teu, adonde llegaron felizmente el dia 17 de Setiembre. El P. Fr. Juan Bautista de Morales estaba á la sazon en este pueblo, cuya grata circunstancia le proporcionó el

consuelo de abrazar á sus nuevos compañeros, bendiciendo al Señor por tal merced, y adorando agradecido su divina Providencia, que tan solícita y tierna se mostraba con aquella nueva cristiandad.

19. Este varon apostólico, obedeciendo al deseo de extender la religion á otras partes del imperio, resolvió dejar al frente de la mision de Fo-gan á los PP. Dominicos Fr. Francisco Diaz y Fr. Juan García con los religiosos Franciscanos, y él, internándose entónces, con el P. Chavez, en Che-Kiang, entró, por fin, en Zuki-hen. Aquí les dió hospitalidad un literato del pueblo, hombre muy rico y notable, y de mucha autoridad en el país, que habia sido bautizado mucho ántes por los PP. portugueses. Llamábase Ceto este cristiano: recibió con mucha urbanidad y mucho agrado á nuestros santos religiosos; pero sus ideas, extraviadas por una confusa mezcla de religion y paganismo, distaban mucho, por desgracia, de la verdadera fe cristiana y de su nativa puridad. El P. Fr. Juan Morales, al entrar en esta casa, observó que estaban pintados en sus puertas los *Muen-xi*, que, al decir de los gentiles, vienen á ser, en cierto modo, como los dioses tutelares de la casa. A vista de aquellos símbolos y restos del paganismo, interpeló sobre esto el sabio P. Bautista, y Ceto contestó con desenfado: «Maestro, no hagas caso de eso.» Pasó más adelante el misionero, y vió en el patio unos papeles que los bonzos suelen repartir á los gentiles, como vales poderosos de penitencia y de perdon. Tampoco disimuló el P. Bautista esta observancia gentílica, y Ceto le contestó en el mismo tono: «Maestro, eso no vale nada; fácil es quitarlo.» Introdujo de se-

guida á los PP. misioneros en una elegante sala, en donde habia dos mesas cubiertas de manjares, y adornadas con flores y perfumes, en frente del retrato de su difunta mujer, que habia fallecido poco ántes en su gentilidad hereditaria. De allí los acompañó á un cuarto más retirado, y les dijo cariñoso que en él podian descansar. Preguntáronle despues que en dónde podrian celebrar el santo sacrificio de la misa á la mañana siguiente; á lo que les contestó que en otra sala más interior y silenciosa; pero quedaron atónitos cuando vieron en ella muchos ídolos con una cruz colocada allá en el centro, como en fraternal consorcio con aquellos símbolos satánicos. Entónces, encendido en celo santo el P. Bautista de Morales, al ver á este cristiano poderoso ingerto en el paganismo, lo reprendió con energía, y le hizo ver la gran maldad que cometia juntando á Dios con Belial, y consiguió al fin que quitase de su vista aquellos miserables simulacros. Obedeció Ceto á sus palabras, aunque de muy mala voluntad, diciendo «que le obligaba á quitar de allí el entretenimiento de los niños.» Por tan ingenioso modo pretendia paliar su falta de fe cristiana y sus abominaciones idolátricas. Limpia la sala, finalmente, de aquellos figurones detestables, y dejando la cruz sola en el fondo de la estancia, la bendijeron desde luégo aquellos varones santos, y erigieron un altar al verdadero Dios de las naciones, para celebrar al dia siguiente el santo sacrificio de la misa.

No estaban satisfechos ciertamente nuestros celosos misioneros de la conducta cristiana del falso adorador de Jesucristo: esperaban, sin embargo, que áun podrian

reducirlo á la razon, probándole claramente que nadie puede servir á dos señores, segun la enseñanza terminante de la Escritura Sagrada. Doloroso fué su desengaño, pues vieron que el gentilismo y sus vanas observancias tenian más cabida en su mente que la doctrina de la fe; y su orgullo, de otra parte, no le permitia someterse á la instruccion de los ministros, á quienes sólo por urbanidad daba el nombre de maestros. Tres veces cada dia entraba, con toda su familia, en la sala del festin en donde estaba el retrato de su esposa, por cuya alma rezaban el rosario diariamente, con otras oraciones cristianas erradamente aplicadas y malamente comprendidas. Acto seguido, y sin conocer la letra ni los caractéres europeos, abria con respeto un breviario ricamente encuadernado, con otro libro precioso que contenia el oficio parvo de la Vírgen; los ojeaba y contemplaba, y despues los colocaba en su sitio con respeto, creyendo vanamente que todo esto podria favorecer á la difunta. El P. Morales trató de convencerle de la inutilidad de sus oraciones, aplicadas en sufragio de la que habia muerto empedernida en su infidelidad y en sus errores; mas él le contestó con gravedad: «Mucho apocas tú la misericordia de Dios: ¿no pudo haber hecho un acto de contricion ántes de morir, y salvarse? Rezo, pues, para sacarla del purgatorio.— No se trata de medir la omnipotencia de Dios ni su gran misericordia, le dijo el P. Bautista en otros términos; á Dios le basta, en efecto, un solo instante para poder convertir en hijos de Abrahan á las piedras del desierto; pero ese instante no nos consta, y perteneceria en todo caso al fuero interno. Y como la Iglesia no

puede juzgar de lo que pasa en el santuario interior de la conciencia sino por manifestaciones exteriores, hé aquí la razon por que no reputa por salvados á los que no han dado señal alguna de su vocacion al cristianismo, ni puede permitir exteriormente ningun acto religioso que tienda á autorizar esta creencia.» Áun añadió el P. Morales que «los que no han conocido á Dios, ni han recibido el santo sacramento del Bautismo pudiendo de hecho recibirlo, como pudo su mujer siendo él cristiano, y dando lugar al caso su prolongada enfermedad, no dejan señal alguna de salvacion para su alma, ni se les puede considerar *in foro externo* entre los predestinados de Israel.» Nada pudo contestar aquel hijo de Confucio á tan poderoso raciocinio; mas el orgullo nativo y la hinchada soberbia de su alma no le permitian confesar su derrota vergonzosa, ni la inveterada aberracion de sus ideas.

Preciso era ya pensar en el objeto principal de su excursion apostólica, y dar principio á sus tareas en aquel estadio inmenso, donde se hallaban frente á frente la religion y el paganismo. Sabedor Ceto, finalmente, de su levantado pensamiento, les dijo en són imperioso: «Maestros, si quereis predicar la ley de Jesucristo, hacedlo en hora buena; pero guardaos de condenar los sacrificios con que obsequiamos á nuestros antepasados, ni vituperar en manera alguna esta costumbre; porque, de lo contrario, os echaré desde luégo de mi casa.» A una interpelacion tan amistosa se dieron por despedidos de él los sacerdotes del Señor; y compadecidos de aquel hombre, que no tenía más de cristiano que el Bautismo, se marcharon de su pueblo, sacudien-

do, al salir de sus contornos, el polvo de su calzado, segun el consejo celestial del Evangelio. Entónces se dirigieron á la ciudad famosa de Hang-cheu, donde supieron, con sorpresa y con dolor de su alma, que sólo tres dias ántes habian pasado por allí dos religiosos Franciscanos, desterrados de Pe-Kin y conducidos como presos á la ciudad de Macao. Esta triste circunstancia, y la de haber en aquel punto una mision portuguesa, les obligó á regresar, mal de su grado, á su partido de Fo-gan, temerosos de ocasionar algun disgusto, contra su voluntad y sus deseos, á los celosos misioneros que trabajaban con fruto en aquella viña del Señor.

20. Aquellos religiosos Franciscanos eran los padres Fr. Francisco de la Madre de Dios y Fr. Gaspar Alenda, ambos misioneros de gran mérito, que habian osado penetrar en la córte del imperio, contra el prudente parecer del sabio P. Morales, sin poderse prometer ningun resultado favorable, á no obrar Dios algun milagro en favor de su empresa temeraria. Sucedió precisamente lo que les debia suceder, y lo que les tenía pronosticado el gran misionero de Fo-gan. Presos y desterrados del imperio, debieron su libertad al padre Hurtado, que con sus buenos oficios y exquisitas diligencias logró proteger su fuga de la cárcel de Fo-cheu. Su desaparicion, empero, que se tuvo comunmente por favorable á sus designios, fué asaz funesta y aciaga para los misioneros de Fo-gan. Al verse libres, con efecto, de los tribunales del imperio, habíanse refugiado, finalmente, en el pueblo de Ting-teu, en donde residian por entónces los otros misioneros de su Órden-

Buscados á la postre en todas partes por medio de requisitorias y pesquisas, vinieron á caer, por su desgracia, en manos de sus perseguidores, con otro religioso de su Órden, que fué tambien conducido á la capital de la provincia, para ser deportados en su dia á la ciudad de Macao. Durante aquella borrasca que estalló sobre la cuna de aquella mision divina, áun no bien consolidada, nuestros misioneros se ocultaron en la espesura de los montes, donde padecieron mil peligros y privaciones indecibles, sin el consuelo de ver el fin de aquella tormenta.

CAPÍTULO III.

La religion cristiana es perseguida en toda la provincia de Fo-Kien.—Salen nuestros misioneros de sus montes.—Uno de ellos es preso y librado ingeniosamente.—El P. Morales compone un escrito para la instruccion de los cristianos que no podian oir á los PP. misioneros.—Sus tareas apostólicas en compañía del P. Diaz.—Son echados de Che-Kian y restituidos á Fo-Kien.—Son presos, encarcelados, azotados y desterrados á Macao.—Muerte y reseña de la vida del P. Fr. Juan Ormaza de Santo Tomas.—Idem del venerable Fr. Juan de San Dionisio.

21. El huracan pavoroso que reventó con violencia sobre las montañas de Fo-gan, se fué extendiendo despues hasta la capital de la provincia. En la ciudad populosa de Fo-cheu habia publicado el Virey un edicto draconiano contra la religion de Jesucristo, y desde aquel mismo instante la persecucion fué general. Este acontecimiento extraordinario, y el confuso rumor que los infieles hacian cundir por todas partes sobre la rara doctrina de aquellos hombres imbéciles, que no tenian

valor para morir por su Dios, y huian espantados á k montes, para ponerse al abrigo de la persecucion y d la muerte, les obligaron á bajar de los collados som bríos para volver por la honra de la religion y sus mi nistros. Ante todo predicaron contra la iniquidad d aquel edicto, y despues resolvieron presentarse en l misma capital, con el fin de romper los cartelones don de se habia escrito y promulgado. Esta resolucion grand y heroica, efecto de su celo extraordinario, no pud ya producir los efectos deseados, porque al presentar el misionero ya habian quitado el edicto del sitio y lu gar acostumbrado. El P. Morales, sin embargo, trat de vindicar los fueros santos de la religion cristiana e aquel mismo lugar donde habia sido calumniada. A efecto, sacó de su seno un crucifijo, y mostrándolo co severa gravedad á la espantada muchedumbre que contemplaba atónita, les habló de esta manera: «¿H beis visto la imágen de Jesucristo crucificado? Pu éste es el Señor del cielo y tierra, á quien todos hombres deben servir, amar y adorar, y no vitupe su santa ley, como lo ha hecho el Virey con el ed que ha publicado contra ella.» Tomando despue entonacion de los antiguos profetas, anunció todos males con que Dios amenazaba al inconstante pu de Israel, si despreciaba sus leyes, ó se entregaba abominaciones idolátricas de los adoradores de F

Predicó por mucho tiempo sobre su tema forn ble, hasta que la muchedumbre, que le habia escuchando muy atenta, empezó á dividirse en ceres y á manifestar el juicio que cada uno hab mado de su elocuente inspiracion. Unos sosteni

calor que el maestro habia dicho la verdad, y los más aseguraban que habia cometido un desacato contra la persona del Virey, y que el orador cristiano era digno de castigo. Mas el varon apostólico los dejó discutir á su placer, y salió de la ciudad con sus dignos compañeros, predicando de pasada en todas partes la religion de Jesucristo. Cuando quisieron volver á la misma capital, los guardias les prohibieron la entrada en todas las puertas, en virtud de una órden que tenian para impedirla, especialmente á los PP. Julio Aleni, de la mision portuguesa, y Fr. Manuel Diaz, de la Órden regular de San Francisco. En vano les hicieron presente dichos padres que aquella prohibicion no hablaba con ellos en rigor ni en la fuerza de sus términos; los guardias no quisieron conformarse con aquella inteligencia, sin dar cuenta al mandarin de lo ocurrido. Sabedor éste, por fin, de que eran predicadores y ministros de la religion de Jesucristo, mandó que los condujesen á un tribunal superior, en donde fueron absueltos y puestos en completa libertad. Este incidente de la historia acusa á primera vista una especie de temeridad y de imprudencia en aquellos celosos misioneros, al provocar de aquel modo la autoridad constituida. Empero, habiendo en consideracion que se trataba de hacer una profesion extraordinaria de su fe, justificada por la necesidad de disipar la mala idea que los gentiles habian hecho propalar contra la debilidad de sus creencias, desaparece la nota de toda temeridad en este caso, por obedecer al curso de extraordinarias circunstancias.

22. Los otros religiosos de la Órden que ignoraban el resorte pulsado por los infieles, permanecieron ocul-

tos en la mision de Fo-gan. Eran éstos los PP. fray Juan García, residente en la villa de aquel nombre, y Fr. Francisco Diaz, que estaba en el pueblo de Tingteu. El oculto y retirado aposento del primero sólo era comparable á una cárcel rigorosa. Apénas podia moverse. Sólo recibia la luz que podia darle la pequeña claraboya de una teja levantada, y se procuraba la comidá por un estrecho conducto practicado en el suelo de aquel triste calabozo, por donde le servian los manjares con el auxilio de una cuerda. El miedo de los cristianos que lo cuidaban con esmero era tan extraordinario, que no le permitian hacer el más leve movimiento, para evitar todo peligro de ser descubierto y castigado. El pobre é inocente misionero toleró aquellos rigores con la mansedumbre de un cordero, para no perjudicar á los cristianos, que tan entrañable amor le merecian. No era, en verdad, tan estrecha la reclusion del P. Diaz, ni los que la cuidaban dejaban de comunicarle con frecuencia el curso de los sucesos, y lo que pasaba en Fo-gan por este tiempo. Habíase publicado en esta villa otro edicto rigoroso contra los dogmatizadores de dos sectas, que pululaban por entónces, muy perniciosas y funestas para las autoridades del imperio. Los enemigos de la fe, inspirados en el ódio de los PP. misioneros, habian puesto en los carteles, despues de los nombres detestables de aquellas sectas horrorosas, el de nuestra adorable religion, para comprender á sus ministros en las mismas penas y tormentos impuestos á los sectarios del error. Este incidente desgraciado obligó á nuestro misionero á dejar su reclusion, y procurar el remedio de aquella adicion infame

que se habia hecho en el edicto, sin órden ni autorizacion del mandarin. Su querella, sin embargo de ser tan justa y razonable, le valió duras prisiones y castigos afrentosos, que terminaron con la pena de destierro á la ciudad de Macao, adonde no llegó postreramente, por las diligencias exquisitas que practicaron sus hermanos para eludir el ostracismo de tan celoso compañero.

23. Un cristiano muy experto, á quien comunicaron en confianza el secreto pensamiento, se ofreció gustoso á libertar de su destierro á aquel santo religioso, esperando sobornar á los conductores del ministro y conseguir por este medio su libertad deseada. Obedeciendo á esta idea, se les fué á hacer encontradizo en la ciudad de Fo-ching, y les habló con sigilo de su objeto reservado. No era difícil negocio el conquistar aquella gente; pero no sabian cómo salvar las apariencias y la gran responsabilidad de aquel convenio. La habilidad, sin embargo, del libertador cristiano, que ya tenía bien estudiada la leccion y era práctico y muy diestro en esta especie de estrategia, les sacó á todos del apuro. Les dijo que era muy fácil el remedio, quedándose él mismo preso en lugar del misionero. A solucion semejante nada tuvieron que objetar: se aquietaron sus conciencias, y recibieron el dinero prometido. Libre ya el santo misionero, y substituido en su prision por aquel chino cristiano, hubieron de presentarlo al mandarin inmediato, segun el itinerario que tenian trazado hasta Macao. Y sucedió que el prefecto, al enterarse del despacho, empezó á dudar con fundamento de la identidad de la persona y demas cir-

cunstancias de aquel preso. Para aclarar estas dudas, le preguntó si verdaderamente era él mismo el extranjero que debia ser desterrado á la tierra de Macao, segun arrojaban los despachos. El preso respondió, sin alterarse, que era el mismísimo en persona. «Habla, pues, le dijo, en tu propio idioma»; y él, con igual serenidad y desenfado, pronunció algunas palabras en latin, que habia aprendido en la misa y en las ceremonias religiosas. Con esta sola prueba incontestable dióse el mandarin por satisfecho, y no insistió más en el exámen de aquella urdimbre ingeniosa. Mas cuando llegaron á Hing-hoa, de donde era natural el buen cristiano, le pareció razonable el cambiar completamente los papeles y las decoraciones de la escena, autorizando su propia persona para desenredarse de la trama, y evitar aquel destierro voluntario, que se habia propuesto eludir por otro medio. Presentándose, en efecto, al mandarin de aquella villa, se querelló de su atropello, y dijo que se le vejaba injustamente desterrándolo como extranjero del país, siendo así que él era natural de aquella villa, como lo podrian atestiguar sus conocidos y parientes. No le fué difícil al cristiano el salir garbosamente de las pruebas. El prefecto suspicaz áun abrigaba alguna duda, y empezó á practicar algunas diligencias para averiguar desde su orígen lo que se habia hecho y decretado en la villa, de Fo-gan; mas quiso Dios y su fortuna que fuese relevado á la sazon, y el sucesor, harto prudente, no quiso meterse en las honduras de semejante laberinto, para no complicar más tan embrollada madeja. Le pareció más obvio y más sencillo dar por bastantes y legítimas las pruebas

alegadas en el foro, y poner en libertad á tan diestro enredador, capaz de trastornar otras cabezas más bien organizadas que la suya.

24. Despues de los sucesos de Fo-cheu, habíase restituido á las montañas de Fo-gan el sabio P. Bautista con su compañero el P. Chaves. Empero, considerando el gran peligro que corrian sus neófitos de abandonar la religion de Jesucristo si, continuando la persecucion por mucho tiempo, llegasen á faltar los misioneros, compuso en caractéres sínicos un tratado interesante, en que daba una explicacion fundamental de las verdades principales de nuestra religion santa, con los deberes comunes del cristiano. Con este precioso libro se llenaba en cierto modo la laguna que dejaba en la mision la falta de operarios evangélicos, y los cristianos se podian imponer perfectamente, con su sólida lectura, en la doctrina de la fe, como lo hacian los hijos de la primitiva Iglesia con los santos evangelios y las epístolas canónicas que les enviaban los apóstoles, cuando no podian personalmente predicarles, ni hacerles oir de viva voz la palabra del Señor.

25. Cansado ya el P. Diaz de su larga y rigorosa reclusion, y deseando extender el reino de Dios á otras provincias, donde la religion de Jesucristo áun no era perseguida por entónces, logró persuadir al fin al padre Morales, su Vicario, que dejando el distrito de Fogan para más prósperos dias, se internasen por el pronto en otras vastas regiones del imperio, donde podrian evangelizar con mejor éxito. Este hombre extraordinario, conocedor profundo del país y de sus condiciones especiales, no era de este modo de pensar. Cono-

cia demasiado, y por su propia experiencia, el mucho trabajo y poco fruto que podia prometerse de estas vagas excursiones. Accediendo, sin embargo, á los deseos del fervoroso P. Diaz, adoptó por fin su pensamiento. Vestidos de traje chino, y perfectamente disfrazados, salieron de Ting-teu, acompañados de dos fieles servidores, y se dirigieron desde luégo á la provincia de Che-Kiang, que confina por aquella parte con la tierra de Fo-Kien. Pasaron rápidamente por Hang-cheu, entraron en la villa de Su-cheu, y despues se trasladaron á Chan-jo, en donde empezaron á anunciar á los gentiles el reino de Jesucristo. Era el dia de San Bartolomé, y numerosas muchedumbres se agrupaban en derredor de los venerables misioneros, á recoger de sus labios la palabra del Señor. A la conclusion de aquel discurso, que duró más de una hora, se les acercaron tres letrados, que sostenian con teson no ser diferente su doctrina de la de Confucio, su maestro, y que no tenian necesidad, en tal concepto, de esforzarse en presentarla como nueva. Los celosos misioneros entraron en discusion con los Licurgos; les probaron la necesidad de una doctrina revelada y exenta de todo error, y les demostraron de una manera victoriosa la insuficiencia de la filosofía de Confucio para levantar al hombre al nivel de su destino, que sólo ha sabido comprender y realizar la religion de Jesucristo. Extendiéronse tambien á refutar varios errores doctrinales de Confucio y la esterilidad de sus máximas didácticas, para hacer mejor al hombre y reformarlo interiormente; y conociendo los letrados que no podian medir su inteligencia con la sabiduría celestial de aquellos dos

campeones de la cruz, se retiraron confusos del estadio y abandonaron el campo de la ciencia á los paladines del santuario.

Despues les hablaron otros dos de la misma jerarquía literaria, diciéndoles con placer: que ellos tambien eran cristianos y que tenian una iglesia, donde habia unos trescientos individuos de la religion católica. Concluyeron, finalmente, por invitarles á pasar á su pequeño santuario, donde serian bien recibidos y tratados por aquella grey de Jesucristo. Nuestros venerables misioneros rehusaban aceptar su invitacion por no disgustar de ningun modo al sacerdote portugues que residia en la ciudad de Nang-Kin. Mas tales fueron las instancias y los ruegos de aquellos buenos cristianos, que al fin se vieron precisados á seguirles y quedarse por algunos dias en su casa, hasta que les llegase el beneplácito de su propio misionero, á quien inmediatamente dieron cuenta. Procuraban, entre tanto, nuestros santos religiosos predicar y confesar á estos cristianos, que no habian visto en su iglesia ningun sacerdote hacia cuatro años, ni tenian más instruccion de la religion de Jesucristo, que la que habian adquirido ántes de recibir sobre su frente las aguas saludables del Bautismo. No les duró por mucho tiempo este consuelo; pues al cabo de unos dias recibieron la respuesta del misionero de Nang-Kin, que les negaba su permiso para ejercer allí su ministerio, con harto dolor y sentimiento de aquellos cristianos, desamparados y afligidos, que deseaban vivamente la salud eterna de sus almas.

26. Obligados á abandonar aquella grey, se trasladaron á la ciudad de Hang-cheu, hospedándose en la

casa de un cristiano muy piadoso, que les ofreció gustoso su morada. Residian en Hang-cheu varios negros escapados de Macao, cristianos por el Bautismo, que, sin embargo de la poca y débil religion que conservaban, se presentaron humildes á los PP. misioneros para purificarse de sus culpas en el tribunal sagrado de la penitencia y del perdon. Esta circunstancia singular, que no pudo ocultarse á la mirada de los enemigos de la fe, excitó su atencion y desconfianza de una manera tan extraña, que los acusaron al Prefecto, quien dispuso incontinenti que los prendiesen y llevasen á la barra judicial, para proceder, en todo caso, á lo que hubiese lugar. El cristiano que los habia hospedado en sus hogares, temeroso de que le sucediese algun trabajo por aquella buena obra, les rogó que se fuesen á otra parte sin demora, para evitar mayores males. Nuestros santos misioneros hubieron de recogerse por el pronto en una antigua pagoda, donde pasaron la noche en la mayor tristeza y desconsuelo. Por la mañana comparecieron allí cuatro alguaciles con un mandamiento de prision; mas una leve suma de dinero que les dió secretamente uno de los servidores, que acompañaba á los padres, los obligó á alejarse de aquel sitio, diciendo que se habian escapado por la noche los ilustres misioneros. Entónces practicaron diligencias para hallar en aquel puerto una embarcacion segura que los condujese á otra provincia.

Preparábanse á partir postreramente, cuando llegaron de refresco otros ministros de justicia con un nuevo mandamiento de rigorosa prision. El celoso P. Diaz, cansado y enfermo á consecuencia de tantas contradic-

ciones y trabajos, se quedó fatigado en una casa, miéntras que el P. Morales era conducido como un reo ante el teniente gobernador de la ciudad. Al saber el subprefecto que los venerables presos eran predicadores afamados de la religion de Jesucristo, no quiso proceder por sí mismo contra ellos, y dispuso que fuesen conducidos al mandarin superior de aquel distrito. Entre tanto hubo por cárcel y prision, el sabio P. Morales, un templo de Ching-hoan, adonde fué conducido asimismo el P. Diaz, á solicitud de su Vicario, para tener el consuelo de pasar la noche juntos y templar sus amarguras con su mutua compañía. A los primeros albores de la mañana siguiente invadieron el templo innumerables muchedumbres, ávidas de ver y de escuchar á los heraldos de Israel. El P. Bautista de Morales les predicaba ante los ídolos la falsedad de sus dioses, y les anunciaba la existencia de un solo Dios verdadero, hacedor de los cielos y la tierra y de todas las cosas visibles é invisibles. Entónces apareció entre la muchedumbre el subprefecto, que los condujo respetuoso al gobernador de la ciudad. Era aquél muy afecto á la religion de Jesucristo, por haber leido algunos libros que hablaban bien de su doctrina; en tal concepto se constituyó espontáneamente protector y defensor de los PP. misioneros, mas sin poder recabar del mandarin superior que les permitiese establecerse en su distrito. A los dos dias precisos de estos acontecimientos recibian los ministros de justicia una órden terminante para conducir y acompañar á los varones de Dios hasta la provincia de Fo-Kien. Esta larga y penosa expedicion probó á nuestros misioneros las

grandes dificultades que doquier se presentaban para predicar públicamente la religion de Jesucristo en el imperio de la China, y lo poco que podian esperar de los PP. portugueses para poder evangelizar aquellas provincias dilatadas, que se manifestaban más dispuestas á recibir la semilla de su palabra divina, y en donde todos cabian holgadamente.

27. Luégo que nuestros misioneros se vieron en la provincia de Fo-Kien se dirigieron de nuevo á las montañas de Fo-gan, ignorando todavía los últimos acontecimientos y el estado postrimero de las cosas. Procuraron, sin embargo, entrar de noche en la villa, por lo que pudiera suceder. Con este fin caminaron todo un dia sin descanso, y pasaron la noche recostados entre los ataudes de unos muertos que debian ser enterrados á la mañana siguiente. Empero, ántes de llegar al fin de su jornada, fueron asaltados en un bosque por una horrorosa tempestad, présaga de los trabajos que habian de sufrir postreramente en su peregrinacion. Los relámpagos siniestros, el estallar del ronco trueno y el bramar de la tormenta, que azotaba en són fatídico las empinadas copas de los árboles; la lluvia, en fin, y los torrentes, que parecian desprenderse de las cataratas de los cielos, les obligaron á refugiarse bajo el árbol tutelar de una choza solitaria, en donde fueron descubiertos por los enemigos de la fe, que dieron parte desde luégo al mandarin de aquel distrito. Y sucedió, por desdicha, que á la noche del dia siguiente, cuando los fatigados misioneros esperaban hallar algun descanso, despues de tan penoso itinerario, se vieron asaltados de repente por una turba de gentiles, que, con palos y

linternas los fueron á prender con algazara, por confesores de la fe y de la Religion de Jesucristo. Los misioneros, entre tanto, adorando en el fondo de su alma los juicios inescrutables del Altísimo, le cantaron el *Te Deum*, en hacimiento de gracias por haberles concedido padecer algun trabajo por la gloria de su nombre. Conducidos como reos ante el mandarin supremo de aquella localidad, fueron acusados en la barra de varios crímenes supuestos. El inicuo magistrado los tuvo desde luégo por convictos sin dar audiencia á sus descargos. Terminada la sumaria, los despachó con ella al mandarin de Fo-ning-cheu, bajo la responsabilidad y la custodia de algunos ministros de justicia. Llegaron á esta ciudad en la vigilia matinal de la Asuncion, y en aquella misma tarde fueron presentados ante el juez para dar razon y cuenta de su causa criminal. Como al llegar á su presencia no se pusieron de rodillas en señal de acatamiento, el primer requerimiento que les hizo fué porque le habian denegado la cortesía de costumbre en el país, y enseguida, sin esperar contestacion, les hizo dar razon de la doctrina que habian enseñado en el imperio. El sabio P. Morales, respondiendo por entrambos, contestó al primer extremo «que los cristianos sólo hacian esta cortesía al Señor del cielo y tierra»; y para satisfacer al otro punto le hizo una breve relacion de los misterios de la fe y de la moral divina de nuestra religion santa; terminando su discurso con aquel mandamiento soberano de nuestro divino Redentor: «Predicad el Evangelio á toda criatura: el que creyere se salvará, y el que no, se condenará.» Al oir el juez estas palabras, juzgó que envolvia su

inteligencia alguna amenaza ó desacato á su persona, y les impuso, furioso, la pena de treinta azotes.

La sentencia de azotes, dice un texto, se suele ejecutar en China sin proferir el juez una palabra; «encima de la mesa tiene unas cañitas de un palmo, metidas en un tubo, en cada una de las cuales está marcado el número de cinco; tira las cañitas segun el número de golpes con que quiere castigar al reo, y los verdugos, ordenados en dos filas, con sus formidables pencas en las manos, las cogen, se enteran de su número, y en seguida ejecutan la sentencia.» En esta ocasion solemne arrojó el juez á la barra seis de las cañitas explicadas para cada uno de los venerables misioneros, y acto seguido se hizo señal á los verdugos para que procediesen á azotarlos, puestos de cara en el suelo y desnudas al efecto sus espaldas. Con cada azote les abrian una llaga dolorosa, de donde saltaba la sangre á borbotones, sin prorumpir los venerables en la más mínima queja, ni abrir la boca para nada más que para alabar á Dios en los tormentos que sufrian en silencio por su amor. Luégo fueron conducidos á la cárcel, en donde hallaron por cama el duro suelo.

Tres dias estuvieron los venerables confesores de la fe en este horrible calabozo, de donde salieron á la postre para ser conducidos al tribunal superior. Iban los dos amarrados con una misma cadena, y preguntados por el juez acerca de su pais y de su nombre, y cuál habia sido su ocupacion principal desde su entrada en el imperio, á todo contestaron sencillamente la verdad. Quizá confiaron demasiado en aquel inicuo tribunal, pues de su contestacion pudo colegir el juez que el fer-

voroso P. Diaz ya habia sido desterrado anteriormente á la ciudad de Macao. Interpelado sobre esto, y requerido de las causas por que no habia cumplido su condena, contestó aquel venerable que por falta de recursos y por cumplir con el precepto del Señor, que manda anunciar el Evangelio á todas las gentes de la tierra. Al oir el juez pagano tan hermosa confesion, los hubo á entrambos por convictos, relevando á los misioneros de otras pruebas. Sin más requerimientos ni preguntas, los condenó á veinte azotes cada uno, cuyos golpes recayendo sobre sus llagas recientes, no curadas todavía, los dejaron sin aliento y casi á punto de espirar. No satisfecho el tirano con esta cruel ejecucion, mandó que les pusiesen en sus cuellos una canga abrumadora con la siguiente inscripcion : «Por predicadores de la falsa secta de Dios están condenados á esta pena por un mes.» Al bajar del tribunal el venerable P. Diaz, debilitado por los golpes y por la sangre derramada, cayó, rodando en la escalera bajo la grave pesadumbre de la canga, dándole todos por muerto en aquel trance desgraciado. Mas Dios animó á su siervo y dióle fuerzas aún para levantarse y caminar hasta el lugar destinado á su prision.

28. Era tal la situacion de nuestros venerables misioneros, y tan lastimoso el estado de sus cuerpos, que no podian cumplir toda la condena sin morir en la demanda. El mismo juez de la causa, su aborrecedor inexorable, se compadeció de ellos finalmente, y dispuso que los aliviasen de la canga para que pudiesen curarse de las llagas ellos mismos, y restablecerse algo más pronto de sus quebrantadas fuerzas. Así estuvieron

padeciendo diez y seis dias completos, y entónces fueron conducidos otra vez con una cadena al cuello á la presencia del juez, quien ordenó desde luégo su entrega judicial y caucionada al mandarin de Fogan, que habia incoado la sumaria, para que éste los enviase al gran prefecto de la provincia de Fo-Kien. Entónces tuvieron oportunidad de ver á los otros misioneros sus hermanos, con los cuales acordaron que sólo se quedasen dos de ellos en Fo-gan (que fueron los PP. fray Juan García, religioso de la Órden, y Fr. Francisco de Escalona, Franciscano), debiendo trasladarse los restantes á la mision de la Formosa hasta que se apaciguase la tormenta que se habia suscitado contra ellos en aquella parte del imperio. Los dos venerables presos fueron conducidos á Fo-cheu, donde el Virey de la provincia confirmó la sentencia de destierro que los otros mandarines habian pronunciado contra ellos, y en su virtud fueron llevados por tierra á la ciudad de Macao, que era el punto designado á su ostracismo desde el principio de la causa. En tan penoso itinerario emplearon el largo tiempo de dos meses, sufriendo con una resignacion á toda prueba las incomodidades de aquel viaje y los malos tratamientos de sus desapiadados conductores, que creian hacer un obsequio razonable á las divinidades imperiales, atormentando de mil modos á los ministros del Señor. En Macao fueron honrosamente recibidos y tratados en el convento de la Órden, y no tuvieron oportunidad de trasladarse á Manila hasta despues de dos años. El P. Fr. Juan Bautista aprovechó este paréntesis de su vida agitada y laboriosa para conferenciar profundamente con los pa-

dres portugueses sobre los ritos de la China, que era la cuestion más importante para el porvenir de las misiones en aquel imperio populoso.

Entre tanto Dios habia resuelto en sus consejos volver por la justicia de su causa, y tomaba á su cargo la venganza de aquellos jueces inicuos, que habian condenado á sus ministros á tantos padecimientos. El de Fogan murió envenenado por los suyos, y el de Foningcheu fué depuesto de su mando é inhabilitado *in perpetuum* para ejercer el oficio de juez en el Catay. Empero, temeroso todavía de otras penas con que el Emperador habria de castigar postreramente todas sus iniquidades, se suicidó el impío en un acceso horroroso de desesperacion y de coraje. El desastroso fin de estos malvados, que tanto habian perseguido á la religion cristiana, dió mucho que pensar á los infieles acerca de su divinidad y su doctrina.

29. Por aquella misma época tuvo lugar en Manila el triste fallecimiento del anciano y venerable P. Fr. Juan Ormaza de Santo Tomas, uno de los primeros fundadores de esta provincia apostólica. Durante su larga vida la habia visto desenvolverse y prosperar de un modo tan prodigioso, que bien podia decir, con el Santo Simeon del Evangelio: «Ya, Señor, puedes dejar á tu siervo descansar en paz, porque mis ojos han visto la salud de muchos pueblos.» La dicha y la posesion consolidada de las islas Filipinas; un gran número de mártires, que dieran dias de gloria al instituto y á la Iglesia, y tantos establecimientos religiosos como viera surgir en todas partes del seno de las tinieblas, bajo el poderoso aliento de tantos varones apostólicos, no po-

dia ménos de inspirarle un sentimiento profundo de satisfaccion y de alegría, que era la mejor corona de su venerable ancianidad. Este insigne misionero era natural de Medina del Campo y descendiente de la antigua nobleza de Castilla. Habia, pues, recibido en tal concepto una educacion notable y esmerada. La fama, entónces europea, de la universidad de Salamanca lo llevó naturalmente á sus cátedras brillantes para terminar en ellas su carrera literaria. Habiendo, empero, contraido relaciones amistosas con los religiosos de la Órden, cuyo convento de San Estéban frecuentaba con placer, les suplicó lo admitiesen en su glorioso instituto, que al fin abrazó, por dicha suya, en el convento de San Pablo de Valladolid, en donde consumó su sacrificio, profesando en su dia solemnemente.

Su virtud y sus talentos le merecieron en la Órden una cátedra de filosofía, que desempeñó brillantemente en el convento de las Dueñas, y despues en el de nuestro P. Santo Domingo de Segovia. Tratábase por entónces de una nueva fundacion en la provincia de Navarra, y como hombre superior, fué designado desde luégo, por disposicion de los Prelados y la conciencia de todos, para dirigir con su prudencia y con su ejemplo aquella casa de observancia. Fué por entónces tambien cuando compuso la preciosa y laboriosa tabla de las obras del venerable P. Fr. Luis de Granada, cuyo trabajo fué tan acepto al mismo autor de dichas obras, que se lo agradeció sobremanera, y le regaló muchas reliquias en prueba de su cariño. Ocupado sin cesar en tan importantes cargos, oyó la voz del P. Fr. Juan Crisóstomo, que llamaba religiosos de la Órden para

fundar una Provincia religiosa en las regiones más remotas del Oriente, destinada á predicar el reino de Dios á los infieles, y se sintió inspirado desde luégo, con otros siete compañeros de su mismo convento de San Pablo, para inscribirse en la primera mision que se preparaba á partir para estas islas.

A los dos meses precisos de haber llegado á Manila fué destinado á la provincia de Bataan como Vicario y superior de los otros misioneros. Era su celo tan ardiente, y se dedicaba con tanto afan á la conversion de aquellas gentes, que en breve se operó en aquellos pueblos primitivos la trasformacion más radical y más completa. Allí perseveró con indecibles trabajos y fatigas hasta el año de 1600, en que fué elegido Provincial, á pesar de la poca salud que disfrutaba. Entónces ocurrieron dos circunstancias muy notables, que hicieron ostensible de algun modo la intervencion de una Providencia singular en su eleccion, segun hemos consignado en el capítulo IX del primer libro de esta *Historia*.

Gobernó, en efecto, la Provincia con el mayor acierto y sabiduría, como era de suponer y de esperar, y fué suya la gloria de mandar á los primeros religiosos de la Órden que predicaron la fe de Jesucristo en las islas del Japon. Tambien compartió con ellos el honor de sus conquistas religiosas; participó de sus trabajos, asistió, finalmente, á sus combates, y rigió como Vicario los destinos de aquella mision gloriosa hasta que la Provincia lo llamó á Manila nuevamente, por ser aquí más necesaria su persona. Ni su edad tan avanzada, ni sus crónicos achaques, ni los méritos extraordinarios

de su vida le dispensaron jamas del ministerio apostólico, que lo habia conducido á Filipinas; pues al cabo de sus dias áun volvió al partido de Bataan, y estableció otra vez sus tiendas entre sus amados hijos, como los antiguos patriarcas de Israel. Allí permaneció siempre en la brecha, cual centinela avanzado de su iglesia, hasta que su ancianidad y su vida trabajada le anunciaron de antemano el próximo fin de su existencia. Entónces se retiró al convento de Manila para dedicarse exclusivamente á la contemplacion sublime de María, despues de haberse ejercitado por tan dilatado tiempo en los trabajos de Marta. Oraba á Dios en secreto y se extasiaba su mente en las verdades eternas por espacio de dos horas cada dia. Habia hecho en cierto modo su morada de la capilla de la Vírgen, y cuando ya por su vejez carecia de la vista, se hacia leer libros devotos para confortar su espíritu, fatigado y oprimido por una existencia harto gravosa. En estos ejercicios empleó el último tercio de su vida. Aquel anciano de dias habia visto pasar por delante de sus ojos todos los acontecimientos que dejamos consignados en los primeros libros de esta *Historia*, y al contemplar allá en su mente el panorama fugaz de las personas y los tiempos, se remontaba su espíritu á los collados eternos, donde impera la verdad y la dicha inmutable de los justos. Rayaba ya el venerable en los noventa años de edad cuando llegó al fin de su carrera, y hasta su postrer aliento conservó la austeridad que siempre le habia distinguido especialmente, mortificando sus miembros y su cuerpo, ya caduco, hasta en el mismo lecho de la muerte. Su agonía fué suave y tierna, exhalándose su alma entre

suspiros de amor. Así voló al cielo aquel espíritu que tanto habia influido y trabajado en la prolongada constitucion de esta Provincia, para ser, cerca de Dios, el ángel tutelar de sus hermanos. Dormia dulcemente en el Señor el 7 de Setiembre de 1638.

La muerte de este venerable fué muy sentida y llorada por toda la Corporacion, que lo consideraba, en cierto modo, como un segundo patriarca. Su cuerpo mereció ser venerado de los fieles, que le besaban como á un santo, y se repartieron sus vestidos como reliquias preciosas. Fué tan extraordinaria é irresistible la devocion popular á su cadáver, que le cortaron un dedo de la mano, de cuya herida manó sangre, diez y siete horas despues de estar depositado ya en el féretro. Se celebraron sus honras con la mayor solemnidad, á las que asistieron ambos cleros y las personas más notables y más caracterizadas de Manila. Dijo la oracion fúnebre el P. Fr. Domingo Gonzalez, Comisario á la sazon del Santo Oficio, y entre las grandes cosas que elogió en este varon glorioso, fué el no haber perdido la inocencia bautismal, de cuya gracia especialísima daba testimonio el orador, como quien conocia interiormente á aquel hombre extraordinario. La fama de sus virtudes y de sus hechos eminentes llegó hasta la misma Roma, y los padres del Capítulo general celebrado en la capital del mundo el año de 1644, hicieron honorífica mencion de este venerable religioso en la parte necrológica de sus actas memorables. El Capítulo provincial celebrado al año de su muerte en el convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila, hacia consignar tambien en sus actas originales el panegírico siguiente :

«En el convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila falleció el P. Fr. Juan de Santo Tomas, uno de los primeros y principales fundadores de esta provincia, y su cuarto Provincial, que fué el primer Superior nombrado entre los primeros héroes destinados para predicar el Evangelio á los indios. Fué varon mansísimo, así como tambien exacto celador de la observancia regular en sí y en los demas. Colocado en las manos de Dios, y regido por la obediencia desde la puericia hasta la senectud, se ejercitó gustoso en los empleos propios de hombres valerosos, y no obstante, llegó hasta los noventa años, á pesar de su salud tan quebrantada. Por esto, siendo ya muy anciano y estando tan achacoso, despues de haber terminado el cuatrienio provincial en el arduo desempeño de tan elevado cargo, no rehusó pasar á las islas del Japon, tierra fria y destemplada, en donde fué Superior algunos años de los religiosos de la Órden, ocupados santamente en la predicacion del Evangelio. No se le advirtió jamas pecado de palabra ni de obra, y dado como ejemplar de los demas, como Tobías, le faltó, por fin la vista, y hasta por algun tiempo el oido; y no obstante, siempre humilde y devoto, daba gracias al Señor por tantos favores recibidos. Su virtud resplandeció de tal manera, que mereció le llamasen, comunmente, *el santo viejo*, y como tal abrazó con devocion y alegría la muerte que siempre tenía á la vista.»

30. Un dia ántes de la muerte de este venerable religioso, habia fallecido tambien otro anciano respetable, llamado Fr. Juan de San Dionisio, lego de grandes servicios y de toda santidad. Era natural de Agui-

lar, é hijo del convento de Escala-Celi, uno de los principales monumentos religiosos de la gran ciudad de Córdoba. Su particular destino era recoger limosnas para la famosa cofradía de nuestro B. Álvaro, cuya comision desempeñó á satisfaccion de los Prelados, por el dilatado tiempo de veinte años. Era tan devoto y observante de la disciplina regular, que no se celebraba en aquella capital jubileo ni funcion alguna religiosa á que él no asistiese fervoroso, siendo siempre el primero y más constante en el cumplimiento de sus deberes religiosos. Habíale Dios infundido un gran corazon y un grande espíritu, y deseando cooperar por su parte á las empresas de esta provincia apostólica, consiguió pasar á Filipinas el año de 1590. Se hizo, empero, sentir la falta de su actividad y su persona en el Convento, de tal suerte, que reclamado por el Prior de Escala-Celi al Procurador general de la Provincia, fué devuelto y restituido á aquella casa, habida consideracion á las razones poderosas que alegaba aquel Prelado. El humilde religioso se conformó por entónces con la disposicion de la obediencia; empero su corazon no se apartó de esta Provincia. Por eso fué, que pasando poco despues por su convento un Arzobispo de la Órden, que iba á la isla Española, le acompañó gustoso á su destino, con la esperanza de poder aprovechar alguna coyuntura favorable para volverse á Filipinas, como lo consiguió postreramente, agregándose á una mision que hizo escala en esta isla, con destino á la Provincia del *Santísimo Rosario.*

El primer cargo que tuvo en Santo Domingo de Manila fué el de portero del convento, y despues el

de enfermero en el hospital de San Gabriel, en dond descubrió el buen religioso los quilates más subidos d su caridad heroica, asistiendo y consolando á los enfer mos con toda la dulzura y amabilidad de su carácte y con aquella paciencia inagotable que atesoraba s alma para todos los trabajos y tribulaciones de la vid Cuando ya se le agotaron las fuerzas naturales, bajo l grave pesadumbre de sus años, y no pudo desempeña este servicio, se retiró al convento de Manila, con fin de dedicarse exclusivamente al negocio important de su alma, y conocer los caminos de la eternidad del sepulcro. El coro, la oracion, la disciplina y el dó precioso de las lágrimas eran su pan cuotidiano, s alimento espiritual de cada dia. A pesar de su debili dad y de sus años, levantábase á las dos de la mañan para adorar á Dios en el santuario; allí oraba mental mente por espacio de una hora; azotaba sin piedad s cuerpo, encorvado y tembloroso, y permanecia en oracion hasta los primeros rayos de la aurora, que l sacaban de sus éxtasis, para anunciarle la hora del san to sacrificio de la Misa. Asistia de rodillas á los tre mendos misterios del altar, y despues se retiraba á s mansion solitaria, para continuar allí los gemidos in enarrables de su corazon y de su alma. Así llegó, fina mente, aquel varon de deseos casi á los noventa añ de su edad, y despues de recibir los últimos sacramen tos á los primeros síntomas mortales que le anuncia ban la hora de su próxima partida, pasó, en efecto, mejor vida, lleno de dias y de méritos. Por eso la con gregacion celebrada el año de 1639 hubo de tribut á su memoria un recuerdo muy honroso.

Apénas se pueden comprender en nuestro siglo estos casos de longevidad tan extraordinaria en hombres valetudinarios, y enfermizos desde su mejor edad, y consumidos, ademas, por las maceraciones y penitencias de su vida cenobítica.

CAPÍTULO IV.

Se sublevan los mandayas.—Piérdense dos galeones en la costa de Cagayan.—El P. Collado es llamado á España y muere en Cabicungan.—Segundo levantamiento de los chinos de Manila.—Destruccion del Parian.—El P. García sale gravemente enfermo de la mision para curarse en la Formosa.—Vuelve restablecido á la mision con el P. Chaves.—Por una mala inteligencia sale éste del imperio, y cae prisionero en el viaje, en manos de los holandeses.—Raras conversiones que obra Dios por el ministerio del P. García.—Llega otra vez á la mision el P. Diaz, acompañado del P. Capillas.—Muerte y reseña de la vida del venerable P. Fr. Baltasar Fort.—Noticias que los padres de Pangasinan dan de sus virtudes.—Colegio de San Juan de Letran.

31. Todavía estaba muy viva la memoria de la muerte de los últimos religiosos venerables que habia perdido la Provincia, cuando se supo en Manila la nueva sublevacion de los mandayas en las montañas nebulosas de la provincia de Cagayan. Áun no avezados estos bárbaros á llevar con sumision el suave yugo de un gobierno paternal, no podian sufrir de ningun modo las restricciones sociales de su libertad salvaje. Menester es, sin embargo, confesar que esta vez precedieron imprudencias por parte del alcalde mayor de la provincia, que pudieron provocar la irritabilidad de aquella raza, tan propensa todavía á su montaraz independencia. Don Márcos de Zapata, gobernador y jefe

de aquellos pueblos, no habia comprendido aún el genio y las costumbres indomables de aquellas tribus incultas, y creyó que podia gobernar aquellas gentes como se gobierna y se maneja un país civilizado. No quiso tener en cuenta las condiciones sociales de aquella raza feroz, ni transigir de ningun modo con la rudeza inherente á todo pueblo en la infancia de sus dias. Para tales situaciones los mandayas de los montes no tenian más que una sola solucion: remontarse á sus collados y perderse en la espesura de sus bosques.

Segun las instrucciones que tenía del gobierno de Manila, habia colocado dicho jefe una estacion militar en medio de aquellos pueblos, con el fin de contenerlos y de refrenar sus iras. En tal concepto, dispuso que las provisiones y bastimentos necesarios para el sostenimiento de la guarnicion en aquel punto corriesen por cuenta suya; lo que dió por resultado un gran descontento en el país, como era de prever. La mina reventó postreramente, con motivo de haber impuesto el comandante de la fuerza un castigo harto afrentoso á la mujer de un mandaya principal, que, irritado hasta el extremo con esta arbitrariedad, tuvo una conferencia con los suyos, y supo exaltarlos de tal modo, que el dia 6 de Marzo de 1639 sorprendieron la garita de avanzada, matando, sobre la marcha, al centinela y á cuantos les opusieron resistencia. De allí pasaron al fuerte, en donde ya tenian sus espías, que les franquearon la entrada en las altas horas de la noche, á favor de cuyas sombras pudieron asesinar impunemente á veinte soldados indefensos, que dormian tranquilamente, y que fueron á despertar á la otra vida. Sólo pudieron

evadirse de la muerte cinco hombres, que, al fin, vinieron tambien á ser víctimas sangrientas de su ferocidad y su barbarie. Consumado el primer crímen, penetraron, igualmente á mano armada, en la casa conventual, en donde sólo mataron á un chino que se habia bautizado, felizmente, en aquel dia. Respetaron la persona del venerable misionero, y áun le declararon su tristeza por haberse visto precisados á hacer armas en pro de su nativa y salvaje independencia. A seguida de estas protestas respetuosas, lo condujeron mansamente á una barquilla, con los ornamentos, las imágenes y los vasos sagrados de su iglesia. Puesto ya en lugar seguro, y cuando lo vieron libre de peligros, se despidieron tristemente de aquel padre cariñoso y se retiraron de nuevo á sus montañas, de donde habian bajado tantas veces por la fuerza poderosa de la religion y sus ministros. Este suceso tan infausto y lamentable arruinó para siempre aquella mision infortunada, que tan grandes sacrificios y repetidos esfuerzos habia costado á la corporacion desde su orígen.

32. Por aquella misma fecha aparecieron en las costas de aquella provincia, dos galeones, procedentes de Acapulco, con el real situado de estas islas, cuya halagüeña noticia, trasmitida inmediatamente á la capital de Filipinas, produjo grata impresion en los habitantes de Manila, que no tenian otro recurso en aquel tiempo que los caudales periódicos recibidos aquí de Nueva España. El mismo dia 7 de Agosto, en que llegaba á esta capital tan feliz nueva, naufragaban las dos naves en las playas tormentosas de aquel mar aterrador, bajo las alas batientes de una horrorosa tem-

pestad. Pudo, no obstante, salvarse el dinero del erario, y áun parte del comercio de Manila, que tambien confiaba sus caudales á aquellos bienhadados galeones. Salváronse tambien de este naufragio los despachos oficiales y la correspondencia del Gobierno; mas se perdió una gran parte de la gente, todo el resto de la carga y la plata sin registro, que solia ser de gran cuantía. Este acontecimiento desgraciado produjo un trastorno general en los valores, y ocasionó grandes perjuicios al comercio exterior de Filipinas. Ya en el primer año del gobierno ruidoso de Corcuera habia faltado el galeon y los caudales de Acapulco, debido á la circunstancia de estar, por entónces, atestados de géneros de China los almacenes de aquel puerto, y ser imposible, en tal concepto, toda gestion mercantil por aquel tiempo. Al año siguiente se despachaba un galeon para aquel puerto con efectos de China y del Japon; mas el rigor excesivo del visitador de aduanas, que vigilaba celoso en aquel punto las ricas importaciones del Oriente, oponia grandes obstáculos al comercio de Manila, y comprometia altamente los intereses de estas islas. Esperábanse con ánsia en este tiempo las dos naves venturosas que habian de reparar estos quebrantos, cuando la triste nueva del naufragio vino á desvanecer las ilusiones de muchas familias desgraciadas. Se creia, generalmente, que esta serie de reveses era un castigo palpable con que la Justicia divina vindicaba los excesos de Corcuera y sus grandes desafueros contra el Metropolitano de Manila y las sagradas inmunidades de la Iglesia.

33. La Provincia del *Santísimo Rosario*, hecha excepcion del sentimiento que le cupo en la desgracia

comun, que á todos debia afectar naturalmente, tuvo la satisfaccion de recibir con los despachos de la córte una cédula real, por la que se reprobaba la conducta del gobernador Corcuera en órden al auxilio que habia prestado al P. Collado en estas islas para fundar la congregacion llamada de San Pablo, de que ya se ha hecho mencion en el capítulo VIII y libro III de esta obra. Se mandaba, ademas, «que las cosas se repusiesen en su estado primitivo; que se recogiesen todos los Breves que tuviese este padre, no pasados por el Consejo de las Indias, y que fuese enviado á España en la primera ocasion.» Aunque la famosa congregacion habia sido ya disuelta ántes de recibir la real cédula, y las casas de que se habia apoderado con el auxilio de la fuerza habíanse tambien restituido á la Provincia, sin embargo, como se habia suplicado en toda forma de las letras del Reverendísimo, el P. Collado estaba á la sazon en Cagayan aguardando el resultado de la súplica interpuesta. Al saber, empero, las disposiciones soberanas que contenia la real cédula, perdió ya las esperanzas que todavía alimentaba, y la Provincia se afianzó más en sus derechos. Con el fin de obedecer al mandamiento real fué necesario llamarlo entónces á Manila; mas en el viaje terminó la carrera de sus dias, víctima gloriosa de su celo y de su caridad inagotable. Y fué así efectivamente, que, habiendo naufragado en Cabicungan, murió ahogado, confesando á los que le pedian la absolucion, cuando pudiera fácilmente haber salvado la vida si se hubiese apoderado de alguna tabla ó de algun bote, como los demas compañeros de naufragio.

El P. Fr. Diego Collado era un hombre superior sin duda alguna, una verdadera eminencia religiosa por su ciencia, por su virtud y por su celo. La fogosidad, empero, de su genio natural, y la energía extraordinaria con que pretendia llevar á cabo sus empresas, malograron, á la postre, sus grandes prendas personales. Mas, á traves de los disgustos que, con la mejor intencion, ocasionó á la Provincia, como es visto, todavía puede gloriarse esta corporacion de haber tenido en este hombre un apóstol de las gentes, que deseaba extender el reino de Jesucristo hasta las extremidades de la tierra. Hase dicho en su lugar el gran papel que desempeñára este varon de dolores en las misiones del Japon, y el gran genio diplomático que descubriera en las córtes de Madrid y de Roma en otro tiempo, como gestor de aquella iglesia, hondamente perturbada, y como representante verdadero de sus intereses religiosos.

34. Acercábase á su término el año de 1639, cuando tuvo lugar en los suburbios de Manila un acontecimiento desastroso, más trascendental aún que todos los anteriores. Tal fué la nueva sublevacion de los sangleyes, que fomentaban la agricultura, daban impulso á la industria y concurrian al desarrollo de todos los intereses del país. Tuvo su orígen primitivo en el pueblo en Calamba, y por no haber tomado á tiempo las medidas oportunas, fué adquiriendo proporciones tan terribles, que no era dable extinguir aquel incendio sin acabar completamente con aquellos desgraciados. Habia, efectivamente, en aquel pueblo muchos de estos extranjeros ocupados en la labranza de sus tierras, que

por disgustos y querellas, cuyo motivo se ignora, se sublevaron en masa contra la primera autoridad de la provincia. Trató el jefe superior de refrenarlos con las armas; mas pereció, por desgracia, en la demanda, con la poca gente que tenía. Orgullosos con el éxito de esta primera tentativa, y temerosos del castigo si no aseguraban un triunfo más general y decisivo, hicieron entrar en sus proyectos á todos los chinos del Parian y Santa Cruz.

El dia 20 de Diciembre la insurreccion ya era general en los suburbios, y los sublevados se creian ya bastante fuertes para hacer frente á las tropas que formaban la guarnicion de aquesta plaza. Quince dias de escaramuzas entre veinte y cinco mil sangleyes y la poca fuerza armada de que podia disponer entónces el Gobierno, sólo dieron por resultado el incendio del pueblo de Binondo por parte de los sublevados, en donde tambien mataron á algunos individuos indefensos. Nuestros buenos religiosos se mantuvieron firmes en sus puestos, con evidente peligro de la vida. Hiciéronse fuertes en la iglesia y en la casa parroquial, y aunque várias veces intentaron los rebeldes desalojarlos de sus trincheras formidables, no pudieron conseguirlo, rechazados siempre con gran pérdida, y obligados á desistir, finalmente, de sus inútiles esfuerzos. Dueños los amotinados de todos los demas puntos en las afueras de Manila, estuvieron robando y matando algunos dias á los indefensos indios, sin osar dar el asalto, que se sabía proyectaban contra esta capital. Vista aquella indecision por el gobernador Corcuera, despachó algunas compañías contra ellos, las que los obligaron á re-

plegarse hácia los montes de Mariquina y San Mateo, esperando hallar algun refugio en sus fragosidades y espesuras. Mas una columna de mil hombres, compuesta de cuatrocientos españoles y seiscientos indios, fué bastante á dispersarlos, y hasta aniquilarlos finalmente. El plan de ataque adoptado en esta ocasion por nuestras tropas fué el mismo que produjo tan felices resultados en 1605. La columna marchaba siempre lentamente, persiguiendo al enemigo sin perderlo de vista un solo instante, y sin darle tregua ni descanso en la jornada. Los sangleyes contaban todavía más de veinte mil hombres en sus filas; pero como no tenian otras armas que lanzas, chuzos y cuchillos clavados en la extremidad de largas hastas, no osaban esperar, en su derrota, las balas silbadoras de los nuestros. Si alguna vez intentaban atacarlos, lo hacian formando una grande media luna en ademan de encerrarlos; mas luégo que veian rota la línea con las descargas nutridas de nuestra mosquetería, volvian las espaldas de repente, como una manada de carneros. Podia decirse de esta gente lo que un capitan de Alejandro Magno aseguraba de cierta nacion del mundo, diciendo: «que era indecente pelear con ella, porque ni siquiera huir sabía.» El mayor daño solian siempre recibirlo á las horas de comer; pues atacados de improviso por la tropa, morian muchos de ellos por no abandonar el rancho.

Su primera estacion, al alejarse de Manila, habia sido nuestro convento de San Juan del Monte, donde habian pensado atrincherarse, y cuyo asilo desampararon, finalmente, despues de haberlo arrasado y reducido á cenizas. De allí pasaron al pueblo de Antipolo,

donde se parapetaron con cercas débiles de piedra, que abandonaron en seguida, á los primeros ataques de la columna española que iba en su persecucion. Su lenta y desastrosa retirada duró hasta fines de Febrero de 1640, en cuyo tiempo estaban ya tan reducidos, que apénas contaban en sus filas siete mil hombres de armas, los que fueron indultados. Sin embargo de este indulto, concedido á los rebeldes en nombre de S. M. Católica y sin restriccion alguna, el gobernador Corcuera castigó despues, á sangre fria, con pena capital á los cabezas principales del motin, que todavía subsistian, y cuya irritacion costó la vida á un religioso de la Órden que administraba en el Parian, juzgando el agresor, erradamente, que aquel excelente religioso habia intervenido de algun modo en aquella capitulacion tan desgraciada.

35. El dia 1.º de Marzo quedó definitivamente terminada esta guerra sin concierto. En un arrebato de indignacion habíase cometido la imprudencia de incendiar el Parian de los sangleyes, so pretexto de impedirles la retirada en todo caso; diligencia, por otra parte, innecesaria, estando aquel departamento bajo el tiro del cañon. Este alarde de venganza hizo realmente más perjuicio á los españoles que á los chinos, pues destruyó los edificios y las ricas mercancías, cuyos grandes capitales eran casi todos europeos, siendo no más los sangleyes que unos simples personeros encargados de vender al pormenor. A la Provincia del *Santísimo Rosario* cupo tal vez la peor parte en esta comun desgracia; pues ademas de haber perdido en la demanda un excelente religioso, se le quemó la iglesia y el conven-

to del Parian, cuyas bellas construcciones tanto le habia costado levantar y sostener á sus expensas. Manila pudo ver entónces con horror las aguas del rio Pásig corrompidas y profundamente inficionadas con los muchos cadáveres que arrastraba su corriente; pues los chinos, en su desesperacion y en su demencia, ó se ahorcaban, de los árboles ó se precipitaban en el rio, muriendo la mayor parte de esta muerte desastrosa. Los siete mil sangleyes que escasamente se salvaron de su completo exterminio, volvieron á sus oficios y á sus artes industriales, pero siempre despreciados por los indios del país, los cuales manifestaron esta vez, como otras muchas, que jamas consentirán en ser dominados por los chinos.

36. En tanto que los sangleyes se manifestaban tan ingratos al Gobierno de Manila, levantando pendones contra él y proclamando su independencia en tierra extraña, el mandarin y los chinos infieles de Fo-gan perseguian sin tregua y sin piedad á los inofensivos misioneros, que sólo dicha y felicidad les procuraban. Desterrados los PP. Fr. Juan Bautista de Morales y Fr. Francisco Diaz, y creyendo aquel perseguidor que ya no quedaban otros misioneros que pudiesen conservar en el imperio la religion de Jesucristo, mandó derribar hasta el cimiento la hermosa iglesia de la villa, y se declaró enemigo del nombre cristiano en su distrito. Entónces fué sorprendido el P. Escalona en su morada por los esbirros del Prefecto, y desterrado finalmente del imperio. Quedaba, pues, solo en la mision el P. Fr. Juan García, que no tardó en sucumbir á los trabajos y miserias de un tan penoso ministerio.

Miraba el tierno pastor con el mayor sentimiento á sus ovejas cruelmente perseguidas, siendo tal el furor y la rabia y el despecho del mísero magistrado, que hasta los infieles mismos, afectos de cualquier modo á los cristianos perseguidos, eran castigados sin piedad con la pena de la canga. Nuestro bondadoso misionero era el que más sentia en su corazon los padecimientos y amarguras de su pequeña Sion, sin abandonarla jamas en su desgracia, y animándola á sufrir por amor de Jesucristo con su palabra y con su ejemplo. Ejercia su apostolado por la noche, y vivia constantemente en el puesto del honor, siempre dispuesto á perecer sobre la brecha ántes que desamparar sus posiciones. Su contínuo movimiento, y sus dias azarosos sin tranquilidad y sin descanso, acabaron por destruir completamente su salud y comprometer su vida de una manera alarmante. Padecia agudísimos dolores de espaldas y de costado; le palpitaba con violencia el corazon; le llegó á faltar la vista, y sentia, por fin, en los oidos, un zumbido discordante, que asemejaba en cierto modo el canto de las cigarras. Era tal su postracion, que él mismo se persuadió del próximo fin de su existencia. Penetrado de esta idea, y deseoso de morir con los santos sacramentos, hizo un esfuerzo supremo para trasladarse á la Formosa. Por más que procuró realizar su pensamiento, con el mayor sigilo que era dable, no pudo ocultarse á los cristianos su partida dolorosa, y agolpáronse en tropel en derredor de su cama, suplicándole llorosos que no los desamparase, y humedeciendo con sus lágrimas aquel lecho de amargura. Mas él procuró consolarlos en su cuita, asegurándoles que marchaba á

la Formosa tan sólo por su salud, y que si Dios era servido concederle este favor, no tardaria en regresar á su seno cariñoso, acompañado quizá de otros excelentes misioneros. Al fin les dió con dolor su penosa despedida, dejándolos por entónces en el más amargo desconsuelo, y con pocas esperanzas de ver cumplidas sus promesas. Conducido, pues, en una silla cerrada hasta la embarcacion que le esperaba, hizo el viaje más feliz, llegando en tres dias á la Formosa. Aquí fué recibido amorosamente por el P. Fr. Juan de los Ángeles, su íntimo amigo y compañero en sus trabajos apostólicos, que lo cuidó esmeradamente, como era de suponer y de esperar. Cuatro meses acabados estuvo el enfermo en rigorosa curacion; y convaleciendo, al fin, de tan peligrosa enfermedad, se halló otra vez en estado de poder regresar á su mision, como lo verificó, en compañía del P. Cháves, que un año ántes se habia visto precisado á trasladarse á la Formosa, á causa de la persecucion que habia estallado contra los misioneros de Fo-gan. Era á principios de Marzo de 1641, cuando llegaron á Ting-teu con toda felicidad, conducidos como en triunfo por los antiguos cristianos que los habian ido á buscar á la Formosa.

37. La presencia del P. Cháves en las montañas de Fo-gan, aunque no podia ser en aquel tiempo de grande utilidad para los fieles del partido, por no poseer aún muy bien el idioma del país, lo era, sin embargo, y de una manera muy notable, para el P. Fr. Juan García, que necesitaba de un compañero como él, profundamente ilustrado para consultar sus dudas, y trabajar sin tropiezo en el ministerio de las almas. Mas

Dios habia decretado, allá en el cielo, que no sería durable este consuelo, preparando al curso de los acontecimientos un desenlace inesperado y muy distinto. Hé aquí el verdadero estado de las cosas, y la solucion definitiva de aquellas especiales circunstancias.

Cuando el P. Cháves salió esta vez de la Formosa para los montes de Fo-gan, habíase celebrado en Santo Domingo de Manila el Capítulo provincial acostumbrado, y apareció en sus actas el venerable religioso como Vicario y Superior de los demas misioneros que trabajaban en la isla; ignorándose aún en Filipinas su regreso al continente del imperio. Sabedor el padre Cháves de este nombramiento inesperado, se hizo un deber de conciencia el trasladarse otra vez á la Formosa por obediencia y cumplimiento á esta disposicion capitular. Habiéndose despedido con dolor de su triste compañero, emprendió su infausto viaje á la Formosa. Tres veces comenzó la travesía que la separa del imperio, y tres veces lo arrojaron las tormentas sobre las costas de Fo-Kien. Al hacer el ensayo postrimero para vencer aquel paso, vino á caer, por su desgracia, en poder de los holandeses de Tayquan que lo hicieron prisionero.

38. Volvia, pues, la soledad á ejercer su pesadumbre sobre el misionero de Fo-gan, que trabajaba, sin embargo, con ardor infatigable en la viña del Señor, y Dios bendecia las tareas de su glorioso apostolado con frutos extraordinarios y grandes manifestaciones de su gracia. Hallábase por entónces en Fo-cheu un cristiano de Fo-gan, que enfermó allí de gravedad, y como no habia á la sazon ningun padre misionero en la me-

trópoli, hizo llegar una súplica al ministro de Fo-gan para que fuese á administrarle los últimos sacramentos. Dios solo conoce los caminos de su alta Providencia y las vias secretas de su gracia. Volaba el P. García en alas de su corazon y de su celo para socorrer al buen cristiano en aquel trance postrero; mas encontró ya al doliente fuera de todo peligro y no fueron ya necesarios, por entónces, los últimos auxilios espirituales. Otro, empero, necesitaba de su ayuda, y Dios no falta jamas á sus predestinados y escogidos. Era éste un mandarin, que sabedor de su llegada, y obedeciendo á una voz desconocida que le hablaba interiormente, tuvo la amabilidad de convidarle á comer sin darse cuenta á sí mismo del motivo que le inspiraba esta fineza. Al recibir en su casa al venerable misionero, su corazon palpitó de una manera inusitada, y despues de las primeras ceremonias que son de estilo en el país, giró la conversacion naturalmente sobre su penoso ministerio, elevándose por grados al exámen comparativo de las sectas, y fijándose, por último, en las pruebas y motivos de credibilidad incontestable que sólo reune en su favor la religion verdadera. El mandarin honorable seguia con toda lucidez de raciocinio al ilustrado religioso en el exámen profundo de estas pruebas, y al concluir el misionero su discurso, ya se sentia él cristiano en su conciencia. Y sucedió, con efecto, que desde tan fausto dia se consagró aquel magnate al estudio y verdadera instruccion del catecismo, recibiendo al poco tiempo el Bautismo regenerador de toda carne.

A su ejemplo, lo recibieron bien pronto cinco nie-

tos, con toda su familia que era inmensa. La mayor dificultad que tuvo que vencer el misionero para convertir á aquel anciano en un nuevo patriarca de Israel, fué la detestacion que le exigió de todo culto pagano á las cenizas y á las almas de sus progenitores y ascendientes; pues, como debia su dignidad y su alta jerarquía á los hechos memorables de muchos antepasados, creia faltar á las leyes de la gratitud y del deber si les negaba en absoluto lo que el santo misionero no podia en conciencia permitirle. Empero, cuando Dios obra no hace las cosas á medias; le mudó, pues, repentinamente el corazon, mediante las oraciones de su siervo, á quien entregó desde luégo el mandarin las tablillas malhadadas para que hiciese de ellas lo que bien le pareciese.

39. En tanto que este venerable religioso se ocupaba en arrancar la cizaña del paganismo y del error, que amenazaba sofocar la buena semilla desprendida de los cielos sobre aquella tierra inculta; miéntras este grande obrero del gran Padre de familias obraba aquellas conversiones en la ciudad de Fo-cheu, tuvo la satisfaccion de saber que habian llegado á la Formosa dos misioneros de la Órden con destino á la mision de su distrito. Eran éstos los PP. Fr. Francisco Diaz, que habia sido ya desterrado del imperio y volvia en señal de enmienda á su fervoroso apostolado, y Fr. Francisco de Capillas, que despues fué degollado por defender y predicar la religion de Jesucristo. Sabedor el padre García de aquel dichoso advenimiento, desde luégo practicó las más exquisitas diligencias para que fuesen conducidos con toda seguridad á la mision, y al

efecto les envió algunos cristianos con un bajel procedente de Fo-cheu. No se habian apartado muchas millas de la costa, cuando divisaron una vela sospechosa á sotavento. Era, en efecto, un malhadado junco de piratas, que al columbrar en lontananza aquella presa inofensiva, se lanzó rápidamente sobre ella como un milano de los mares. Era inútil para el caso toda defensa y toda fuga. El buque de los corsarios desplegó todas sus velas y se precipitó sobre el bajel de los cristianos con la rapidez del pensamiento. Dada la señal del abordaje, se apoderaron, sin dificultad ni resistencia, de aquella indefensa embarcacion, y se la llevaron á remolque como un trofeo naval. Sabida, por fin, esta desgracia, envió el P. García otro despacho á los misioneros de la Formosa, que hizo su viaje esta vez con toda felicidad, y condujo sin tropiezo á los varones de Dios, que llegaron á Fo-gan por Abril de 1642. Con este nuevo socorro, el celoso pastor de la montaña se vió ya más prevenido para libertar del lobo á sus ovejas, y el aprisco quedó más resguardado.

A la benéfica sombra de la paz la religion de Jesucristo se fué consolidando cada dia, y viéronse venir de todas partes y por todos los caminos nuevos hijos de Israel. Así se fué extendiendo en el imperio el reino de Dios y su Evangelio al traves de las tormentas que suscitáran contra él las potestades del infierno, y que hubieran acabado para siempre con todos los adoradores de la cruz, si no los hubiera protegido de una manera ostensible la omnipotente mano del Señor. Dios habia suscitado, con efecto, entre los mismos infieles un poderoso mandarin, á quien habia infundido de lo

alto un espíritu generoso, y del que se consiguió un edicto favorable á la religion cristiana, tan perseguida, hasta entónces, por los míseros secuaces del fanatismo pagano. Publicado este decreto en la villa de Fo-gan y pueblos circunvecinos, produjo inmediatamente los efectos deseados. Por tan superior manera la divina Providencia hacia servir á los fines levantados de su religion y de su fe á los adoradores de Belial. Entónces fué cuando erigieron nuestros celosos misioneros cuatro iglesias; dos en la villa de Fo-gan, una en Mogang y otra en Ting-teu. Allí se enseñaba á conocer y adorar en espíritu y en verdad al Dios de todas las cosas, y soberano Hacedor de todas ellas, en medio de tantos pueblos sumergidos todavía en las tinieblas del error. Esta plácida bonanza duró hasta la entrada de los tártaros, y entre tanto los neófitos se consolidaron en la fe y verdadera piedad, observando con fidelidad toda la ley y los profetas, en frase de un libro santo. Dijérase, con efecto, que habian vuelto á aparecer sobre la tierra el fervor edificante de los primeros cristianos y las virtudes heroicas de los primeros siglos de la Iglesia.

40. Cuando la mision de Fo-gan iba ensanchando sus bases, como aquellos grandes monumentos que han de resistir á las borrascas y á las revoluciones de los siglos, fallecia en esta capital un venerable religioso que habia sido por mucho tiempo la columna más firme é incontrastable de nuestra Corporacion. Era el P. Fray Baltasar Fort, sexto Superior de la Provincia, fundador y Rector del colegio de Santo Tomas, Prior repetidas veces de Santo Domingo de Manila, Vicario

provincial por mucho tiempo, y Presidente, por último, del hospital de San Gabriel, adonde se retiró postreramente en su última vejez. Era natural de la Mota, en el reino de Valencia: habia terminado su carrera literaria en la universidad de Salamanca; y cuando se abria ante sus ojos el gran libro de la vida; cuando el mundo le brindaba con todas sus ilusiones, y la sociedad le prometia el porvenir más brillante, se consagró para siempre al Dios de los tabernáculos, y tomó el hábito de la Órden en el convento de San Estéban de aquella antigua capital. Allí estudió profundamente la sagrada facultad bajo los auspicios inmortales del célebre maestro Fr. Domingo Bañez, oráculo celestial de aquellos tiempos, y uno de los varones más insignes que con su sabiduría han honrado á la Órden y á su patria. Destinado al poco tiempo al convento de Predicadores de Valencia, y electo posteriormente Prior de la casa conventual que tenía entónces la Órden en la ciudad de Tortosa, fué nombrado, finalmente, maestro de novicios en el convento de Predicadores de la ciudad de Zaragoza, desempeñando estos cargos con la sabiduría y prudencia que presidian siempre á sus consejos. Obedeciendo despues á otra vocacion más elevada, se trasladó á la Provincia del *Santísimo Rosario*, por los años del Señor, de 1602. Contaba ya entónces el grande hombre cuarenta años de edad, y destinado desde luégo al ministerio de Pangasinan y sus misiones, ejerció allí su apostolado por espacio de cinco años. Oráculo universal de aquella grey, allí hubiera terminado muy gustoso la carrera de sus dias, si el bien de la Corporacion no le llamára á Manila para

confiarle otros destinos. Nombrado al pronto Prior de Santo Domingo, fué despues elegido Provincial, cuyas altas prelacías ejerciera con admirable discrecion, cautivando con su amor y con su dulce prudencia el corazon de Dios y de los hombres.

Terminó su Prelacía Provincial con sentimiento de los suyos, á quienes habia sabido gobernar con tanto amor. Al cabo ya de sus años, y cuando parecia llegado el tiempo de abandonar el campo del trabajo á otros más fuertes para descansar de sus fatigas, áun aceptó en su vejez el destino peligroso de Vicario provincial de las misiones del Japon, y se trasladó al efecto á la ciudad de Nangasaqui, en donde rigió por mucho tiempo los destinos de aquella iglesia perseguida. Desterrado ya, despues de aquel imperio desgraciado, regresó á Manila en aquel tiempo en que la Provincia se ocupaba en consolidar la grande obra del colegio que acababa de fundar en esta capital, con el título glorioso de Santo Tomas de Aquino. ¡Hermosa coincidencia! El anciano venerable que acababa de llegar de sus misiones, y que habia sido uno de los fundadores principales de este establecimiento literario, tuvo la satisfaccion de presidir la solemne apertura de sus cátedras y de sus estudios académicos, que se celebró á los pocos dias de su bienhadado advenimiento.

Retirado despues al hospital de San Gabriel en calidad de Presidente, coronó allí con sus obras la reina de las virtudes, haciéndose todo caridad para los pobres dolientes. Faltóle, por fin, la vista en sus dias postrimeros, y léjos de sentir su privacion, rendia gracias incesantes al Dador de todo bien, porque lo llamaba

de esta suerte á la interior contemplacion de sus bondades, encerrando su alma toda en la soledad del pensamiento. Conociendo, por fin, que se acercaba el término feliz de su carrera, se hizo conducir por sus hermanos á la enfermería del convento, para tener el gusto de morir en esta casa matriz de la Provincia, entre sus queridos hijos, á quienes amaba como padre. Era el dia de San Lúcas de 1640, cuando se sintió atacado de unos dolores violentos que le anunciaban desde luégo el aproximado fin de su existencia. En el exceso terrible del dolor se postró el fervoroso anciano á los piés de un Crucifijo; le ofreció aquellas angustias en memoria de las que habia sufrido aquel divino Señor en el huerto de Getsemaní, y por fin, le hizo tambien el sacrificio de su vida, recordando sin cesar el sacrificio del Calvario. A la una de la tarde se le exacerbaron los dolores; hizo fervorosos actos de amor y de contricion, arrodillado ante su Dios, y luégo suplicó le administrasen los últimos auxilios espirituales, recostándose entre tanto en una silla. En esta misma postura, y sin variar su semblante, entregó, poco despues, su hermosa alma al Criador. Conservaba, áun despues de muerto, su rostro tan agradable, que los religiosos, al mirarle, no podian persuadirse hubiese espirado todavía. Mas convencidos á la postre de que su muerte era una triste verdad, lloraron todos la pérdida de un padre tan amoroso, que habia sido una de las columnas más robustas de la observacion regular, y habia sostenido con firmeza, por tan dilatado tiempo, el edificio grandioso de esta Provincia de la Órden.

41. El P. Comisario del Santo Oficio, Fr. Francis-

co de Paula, que tenía á su cargo el reunir todos los antecedentes y noticias que habian de servir despues á la historia general de la Provincia, se dirigió á los Padres de Pangasinan, que lo habian tratado más de cerca, y les suplicó le dijesen por escrito lo que habian observado relativamente á sus virtudes y á la austeridad extraordinaria de su vida. En vista de todo esto, los seis padres más antiguos de aquella mision Dominicana le enviaron esta sencilla relacion, redactada, en nombre de todos, por el P. Fr. Melchor Pavía: «Fué, dicen, el P. Fr. Baltasar Fort querido de Dios y de los hombres; religioso en quien jamas se notó falta de consideracion: muy observante ademas, pues áun siendo de setenta años guardaba el rigor del coro y de los ayunos como si fuera aún mozo, y siempre siendo regla de los demas religiosos. Jamas comió carne, sino con grande enfermedad, que las de ménos porte se las pasaba á solas. Era pobrísimo; jamas tuvo más de una manta y una almohada; rigoroso consigo, cuanto manso y agradable con sus prójimos, y muy devoto y piadoso á mayor abundamiento. Todos los dias rezaba el rosario entero de Nuestra Señora, y era aficionadísimo á esta santa devocion. El oficio de Nuestra Señora lo rezaba tambien todos los dias, áun cuando no era obligatorio. Inviolablemente observaba lo tocante al coro, en particular las dos horas de oracion, y siempre de rodillas, áun cuando estaba tan cargado de años y de enfermedades; y no contentándose con esto, añadia otras oraciones y ejercicios. Todos los dias visitaba cinco altares, y esto se vió más á lo último, que estando tan impedido de su vista, áun andaba con alguna dificul-

tad. Todas las tardes, á hora señalada, se iba al coro, donde muy despacio hacia esta diligencia. Así se disponia, y casi todos los dias se confesaba con suma humildad y recibia el Señor, edificando á todos con la devocion con que recibia á su Majestad.» Otros hechos y particularidades muy notables trae el P. Paula de este venerable, en su largo manuscrito, que prueban bien claramente cuan justo y merecido era el elogio que hiciera de sus virtudes el Capítulo general celebrado en Roma el año de 1644, como tambien el homenaje que tributó á su gloriosa memoria la Asamblea capitular que celebró esta Provincia por los años de 1641.

42. Era tambien por aquel tiempo (en 1640), cuando recibió la Corporacion bajo su cargo el colegio de San Juan de Letran, fundado unos años ántes por el noble y virtuoso Juan Jerónimo Guerrero, con destino á la enseñanza y conveniente educacion de los niños españoles que se halláran, por desgracia, en la orfandad y en la indigencia. Este honrado español, compadecido del estado miserable de aquellas criaturas, que por falta de educacion y de recursos para vivir con decencia se corrompian profundamente desde sus primeros años, empezó á recogerlos en su casa, en donde los mantenia con limosnas que recibia de los fieles; les inspiraba al mismo tiempo el santo temor de Dios, y les enseñaba la doctrina y los deberes del cristiano. En 1623 obtuvo una Real cédula en la que S. M. aprobaba desde luégo tan piadosa institucion; la recibia, ademas, bajo su amparo, y recomendaba, finalmente, á su Gobernador de Filipinas que ayudase al fundador con ar-

bitrios que crease para llevar adelante aquella empresa. Otra disposicion soberana de igual género se remitió en 1635 al gobernador Corcuera, en cuya virtud cedió este Gobernador en beneficio del colegio, y en nombre de S. M., veinte fábricas de vino de arroz, que funcionaban por cuenta del Gobierno. Al ver, empero, Corcuera las pocas utilidades de este arbitrio, y que por él se encarecia en Manila aquel indispensable cereal, lo suprimió por completo, y en substitucion de sus productos concedió á la obra de Guerrero la encomienda de Bagnotan, que solia producir trescientos pesos anuales; concesion que se dignó aprobar S. M., confirmando la merced en un principio por tiempo limitado, hasta que al fin por Real cédula de 8 de Febrero de 1743 otorgó la gracia para siempre.

Florecia por entónces Fr. Diego de Santa María, religioso lego de la Órden y portero del convento de Santo Domingo, que procuraba secundar con los recursos de su caridad ardiente aquella piadosa fundacion, amenazada de muerte en su mismo nacimiento. Este venerable religioso veia debilitarse cada dia institucion tan benéfica, y se dedicaba con afan á proporcionar todos los medios de educacion y subsistencia á los niños miserables desamparados de sus padres. Con el permiso competente del Prelado superior recogia generoso á estos infelices huérfanos en una sala contigua á la misma portería, los alimentaba con limosnas que le suministraban al efecto, los instruia sobre todo en la doctrina cristiana, y les enseñaba á leer y escribir correctamente. Cuando estaban ya más adelantados los enviaba, finalmente, al colegio de Santo Tomas, para seguir en

sus cátedras una carrera literaria. Llamó á esta fundacion «Colegio de los niños huérfanos de San Pedro y San Pablo.»

Entre tanto iba entrando en la vejez el Sr. Guerrero, y comprendió que sus años no le permitian ya proseguir como hasta entónces el cuidado de su obra. Ésta, ademas y por desgracia, habia decaido de tal suerte, que ya no conservaba más que el nombre de colegio; pues los niños se marchaban á su antojo, sin poderlos sujetar el buen anciano. Quedábanle sólo tres, quizá porque no tenian otro lugar donde albergarse. Como este buen español era amigo particular de nuestro lego, le suplicó vivamente que, supuesto se ocupaba tambien de la enseñanza y de la educacion primera de los huérfanos, se hiciese cargo de los suyos, y percibiese, al efecto, los productos de la encomienda de Bagnotan, que S. M. le habia concedido. El P. Fr. Sebastian de Oquendo, Prior que era del convento, con quien el hermano Fr. Diego consultó el asunto de Guerrero, no tuvo dificultad en acceder á los deseos de entrambos por lo que se referia á la admision de los huérfanos, sin pararse en la encomienda, que era, ciertamente, por entónces un subsidio muy precario. El Gobernador, por otra parte, convencido á su vez de la imposibilidad en que se hallaba el fundador del colegio para atender á la educacion y á la enseñanza de los niños, ofició á la Provincia, rogándole que se encargase para siempre de aquel establecimiento, con los cortos rendimientos de la pequeña encomienda. Desde entónces, el asunto, que no habia salido todavía de la esfera particular y reservada, se elevó al terreno oficial para

su aprobacion definitiva, y para que tuviese toda la fuerza y el valor de un compromiso legalmente contraido. Guerrero abdicó desde luégo sus derechos de patrono y fundador del instituto, con la Real encomienda, en manos de la Provincia del *Santísimo Rosario;* ésta aceptó, por su parte, todos los derechos y deberes de fundacion tan piadosa, y el Arzobispo de Manila autorizó y sancionó todo lo hecho. Asegurada de este modo institucion tan hermosa, el piadoso Guerrero se inspiró en el pensamiento de consagrarse á meditar los años eternos en su mente, y al efecto suplicó á nuestro Prelado el hábito de lego en nuestra Órden, que se le otorgó postreramente, habida consideracion á su virtud y al afecto que siempre habia profesado á la Corporacion y á la Provincia.

Tenian lugar estos hechos por los años de 1640, y desde entónces el colegio de Letran fué progresando de una manera sorprendente. El hermano Fr. Diego procuraba allegar recursos de todo género para el sostenimiento de los huérfanos, apelando para esto á la caridad del público, y merced á las limosnas que fué recogiendo en todas partes, se fueron aumentando de tal modo los alumnos, que ya no cabian al fin del año en la portería del convento, ni en el contiguo salon que se habia destinado al mismo efecto.

43. La muchedumbre de jóvenes que contaba ya el colegio en 1641, y la gran perturbacion que con su ruido ocasionaban á los religiosos del convento, bajo cuyas celdas habitaban, obligaron por fin á la Provincia á comprar por su cuenta una casa inmediata y muy capaz, que convirtieron en colegio, con su oratorio

correspondiente y demas departamentos necesarios. Fué tan extraordinaria la energía con que se emprendieron estas obras, que durante el mismo año ya se pudieron trasladar los estudiantes á su nuevo establecimiento. Entónces se hizo preciso dar á su hábito escolar una forma distintiva que se reducia á un manto azul, beca encarnada y mangas negras, que despues fué declarado como hábito eclesiástico por el Arzobispo de Manila. Desde aquella misma fecha se dieron estatutos á la casa, los que redactó el expresado P. Fr. Sebastian de Oquendo, y confirmó el Capítulo Provincial celebrado en 1652.

Ántes de aceptar la Corporacion este colegio como casa de la Órden, elevó una consulta sobre esto al Maestro general, que lo era á la sazon el reverendísimo P. Fr. Tomas Turco. No se hizo esperar su aprobacion, y el dia 29 de Mayo de 1644 firmaba ya una patente en toda forma, por la cual erigia este establecimiento en Colegio de la Provincia y de la Órden, con todas las gracias y privilegios de que gozan estas casas segun las leyes generales de la misma. Recibidas estas letras, hizo constar en sus actas el Capítulo Provincial de 1652 la aceptacion de este colegio en los términos siguientes: «Aceptamos el seminario de los apóstoles San Pedro y San Pablo, erigido nuevamente para la educacion de los niños huérfanos, y confirmado en el año de 1644 por el reverendísimo padre, Maestro general, Fr. Tomas Turco.» Las actas capitulares del mismo comicio religioso designan como primer Presidente del susodicho seminario al P. Fr. Jerónimo de Zamora, asociado en aquella casa del hermano Fr. Diego de Santa María.

El primer edificio que habia comprado la Provincia para este objeto fué de poca duracion; pues los temblores de tierra que se sintieron en Manila el año de 1645 lo arruinaron por completo, y fué menester abandonarlo. Entónces se levantó otra casa, tambien muy espaciosa, afuera de la ciudad, en el sitio en donde estaba el Parian de los sangleyes. Allí permanecieron los colegiales hasta el año de 1668, en que fueron otra vez trasladados intramuros de Manila; pues ni aquella localidad era favorable á la salud, por ser muy húmeda, ni la vecindad de los infieles podia en ninguna manera edificar á los jóvenes, ni la distancia del colegio de Santo Tomas, adonde iban á estudiar los más adelantados, era ciertamente acomodada al fin del establecimiento. Compráronse entónces unas casas, sitas al Este de la ciudad, al lado del rio Pasig, y contiguas al convento, de las que se formó el actual colegio, cuya construccion irregular indica bien claramente que no se hizo de una planta. Conservó esta casa por el pronto el nombre de «Seminario de los niños huérfanos de San Pedro y San Pablo», hasta que el Capítulo Provincial de 1706 lo denominó en sus actas «Colegio de San Juan de Letran», por haberse hecho quizá más general este título nativo, que parecia responder mejor á la fundacion del hermano Fr. Juan Jerónimo Guerrero.

44. Aunque este establecimiento se fundó principalmente para la clase de huérfanos españoles, fué preciso transigir, andando el tiempo, con las exigencias del país, y se fueron recibiendo indios y mestizos de Sangley, pagando un corto pupilaje, que ha debido variar

segun los tiempos. Los padres de familia bien acomodados, que desean, por lo general, dar á sus hijos una educacion conveniente á su clase y jerarquía, prefieren comunmente colocarlos en este instituto religioso-literario, á tener que mantenerlos en casas particulares, en donde, con la soltura y libertad de jóvenes aturdidos, sin freno ni sujecion de ningun género, se corromperian fácilmente, como suele sucederles, por desgracia, á los que viven de pupilos intra y extramuros de Manila.

UNDÉCIMO PERÍODO.

COMPRENDE DESDE LA PÉRDIDA DE LA FORMOSA HASTA LA ERECCION DEL COLEGIO DE SANTO TOMAS EN UNIVERSIDAD, POR LOS AÑOS DE 1645.

CAPÍTULO V.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Francisco de Paula en 1641.—Tratan los holandeses de tomar la fortaleza de Formosa y son rechazados.—Lo intentan por segunda vez, logran sus deseos, y los españoles, con nuestros religiosos, son conducidos prisioneros á Batavia.—Consiguen éstos la libertad de todos, y el P. Ángeles los conduce, como jefe, á Macasar.—Muerte de algunos religiosos virtuosos, y llega una mision.—Estado floreciente de la Provincia, en este tiempo, en lo tocante á la observancia regular.—Rigorosa residencia de Corcuera.—Muerte y reseña de la vida del P. Fr. Francisco Herrera.—Catalina San-so, prodigio de la gracia en la mision de China.—Llega á Manila, ya difunto, el Ilmo. Sr. D. Fernando Montero, obispo de la Nueva Segovia y electo arzobispo de Manila.—Terremotos de 1645, llamados de San Andres.

45. Concluida la fundacion y la apertura del Colegio de Letran, tuvo lugar el Capítulo de 1641, en el que fué nombrado Provincial, por mayoría de sufragios, el muy reverendo P. Fr. Francisco de Paula, Vicario

que era entónces de Manila, y catedrático de teología en el colegio de Santo Tomas. Era natural de Segovia, é hijo del convento de San Estéban de Salamanca, donde se habia incorporado á esta Provincia por los años del Señor de 1618.

Atravesaba entónces la Corporacion una crísis dolorosa, por la escasez de operarios que experimentaban sus misiones, y las bajas numerosas que habia sufrido el personal, sin poder llenar estos vacíos, que se dejaban sentir en todas partes. La última mision que habia recibido la Provincia era la de los *barbones*, destinada á formar la congregacion denominada de San Pablo; y si bien era ésta bastante numerosa, varios individuos de su seno habian regresado á la Península, al contemplar el éxito desgraciado que habia tenido su proyecto. En vista de todo esto, el nuevo Prelado Provincial ordenó se celebrase un novenario solemne á nuestro padre Santo Domingo en Soriano, esperando, de este modo, que con su poderosa intercesion se conseguiria del cielo el socorro deseado. Tambien pasó una circular á las provincias, encargando á los religiosos de la Órden, ocupados en los ministerios de los indios, que procurasen dirigir oraciones fervorosas al Señor con el fin de obtener aquella gracia. Entre tanto, se preparaban otros acontecimientos desgraciados, que hubieran debido preverse, y que se hubiesen podido conjurar muy fácilmente.

46. La dominacion española en la Formosa estaba efectivamente en gran peligro, y las misiones que nuestros religiosos habian fundado en dicha isla con tantos sacrificios y trabajos, hasta regarlas con su san-

gre, iban á sufrir la misma suerte que el pabellon castellano, plantado en aquellas playas por el inmortal Prelado que ya se conoce en esta historia. La fortaleza de Santiago en la ciudad de Tanchuy, que era el único baluarte guardador de nuestros fueros en aquella colonia desgraciada, debia sucumbir tarde ó temprano á las fuerzas holandesas, que ya entónces se sentian bastante poderosas y soberbias para disputarnos el dominio de estos mares. El gobernador Corcuera, que miraba con harta indiferencia aquella hermosa conquista, desconoció su importancia como punto avanzado y estratégico para refrenar las agresiones holandesas, y empeñado en hacer nuevas conquistas, que no podia conservar, la tenía completamente abandonada. Una mala compañía de inválidos y bisoños era la única fuerza destinada á defender aquella isla contra un enemigo victorioso, que, engreido con los triunfos conseguidos sobre las posesiones portuguesas, creia, con algun motivo, que todo debia ceder á su paso triunfal por estas aguas. Principiaron, en efecto, las hostilidades tan temidas por el año de 1641; si bien no pudieron apoderarse por entónces de la plaza y fortaleza de Tanchuy, casi milagrosamente rechazados por su débil guarnicion. Los holandeses se retiraron confusos esta vez á reponerse de sus pérdidas en la isla de Tayquan. No perdieron, empero, todo el fruto de su desgraciada expedicion, pues reconocieron y estudiaron el terreno; probaron el alcance de las fuerzas españolas, y calcularon, por fin, la resistencia que podian ofrecerles, áun haciendo milagros de valor, para dar sobre seguro su golpe definitivo. No se ocultaban sus planes al comandan-

te del castillo ni á nuestros buenos religiosos, que mezclaban sus consejos con los de los defensores de la causa de la religion y de la patria. Comprendieron todos fácilmente la necesidad urgente de rehacer la guarnicion, y de pedir nuevas fuerzas al Gobierno de Manila.

Con este noble mensaje salió por fin de la Formosa, rodeado de mil peligros, el P. Fr. Juan de los Ángeles, Vicario y Superior de los PP. Dominicos que tenian á su cargo la administracion espiritual de aquella isla. El ilustre representante de aquella colonia desdichada desempeñó, por su parte, tan elevada comision con todo el interes y la eficacia que le inspiraba el amor y el patriotismo de su causa. Dió cuenta al Gobernador de los últimos combates; expuso sentidamente la triste y precaria situacion de la colonia, y manifestó, como era cierto, que estaba altamente comprometido el honor del pabellon español en la Formosa, si no se procuraba cuanto ántes reforzar su guarnicion. Su demanda fué escuchada por el pronto con cierta apariencia de interes; pero no tuvo el despacho que la importancia del negocio reclamaba. La conservacion de la Formosa no interesaba á Corcuera ni á sus particulares consejeros; mas, al fin, era preciso salvar las apariencias de algun modo, para no cargar, en todo caso, con la responsabilidad escandalosa de lo que no podia ménos de suceder en tal extremo. Despachó, efectivamente, al mensajero, con un débil socorro, en un mal buque, que sin condicion alguna de seguridad y buen estado, vino á naufragar miseramente en el Norte de Luzon, á los primeros impulsos de un ligero

temporal. Pudo salvarse, no obstante, la gente y el avío de la nave, y el P. Ángeles se pudo proporcionar otro bajel más seguro, que los condujo felizmente á la Formosa, con el pequeño socorro de Manila; consistia este refuerzo en algunas provisiones de boca y guerra, ocho soldados españoles y la tripulacion bisoña é inerme, que sólo podia servir de estorbo en todo caso. Fué recibido, sin embargo, con mucha satisfaccion por aquellos pocos defensores de la honra castellana.

47. Acercábase entre tanto el momento fatal de su desgracia. Era el dia 3 de Agosto de 1642, y diez y ocho meses despues de la primera tentativa, cuando apareció en las aguas de Tanchuy un patache de guerra holandes, que se incorporó, por fin, á una escuadra de la misma procedencia, que vino á situarse en frente del castillo diez y seis dias despues. Componíase esta armada de cuatro grandes fragatas, un champan grande, un pailebot, ocho falúas y otros varios buques de trasporte. La victoria del enemigo no podia ser dudosa, habida consideracion á los medios de ataque y de defensa de que podian disponer las fuerzas beligerantes. Y sin embargo, el castillo se preparaba á oponer una resistencia vigorosa, y á vender caro su triunfo al enemigo. Se trabajó sin treguas noche y dia en reforzar las trincheras y levantar parapetos; mas la impericia militar del comandante que gobernaba aquella fuerza no supo evitar el desembarque de las tropas enemigas, á cuya arriesgada operacion sólo habia destinado doce soldados españoles, ocho indios de Luzon y cuarenta flecheros de la isla. Tan insignificante y débil fuerza no podia resistir á un enemigo poderoso, que presen-

taba cien hombres contra uno, y se vió arrollada en breve tiempo por las armas holandesas.

Dueño ya el enemigo del terreno que habia ganado sin gran pérdida en los primeros combates, se apoderaron despues sin la menor dificultad de los desamparados arrabales de Tanchuy, donde levantaron sus trincheras para batir á su salvo la fortaleza principal de aquella plaza. La guarnicion española hacia prodigios de valor para defender la ciudadela de fuerzas tan numerosas; mas la poca gente que contaba no era suficiente, á la verdad, para poner en juego todos los medios de resistencia y de poder que áun tenian los españoles, ni para manejar la buena artillería que coronaba los baluartes del castillo. Entre tanto el enemigo consiguió ganar una colina que dominaba el castillo, y situadas allí sus baterías, causaba horrendos estragos en la casi indefensa ciudadela, que al fin se vió precisada á una dolorosa rendicion, despues de seis dias horrorosos de un combate sangriento y obstinado. El dia de San Bartolomé Apóstol tomaron posesion los holandeses del castillo; perdonaron la vida á los rendidos y se apoderaron de cuanto habia en la ciudadela, sin más derecho para ello que la razon de las armas. Cuarenta piezas de gruesa artillería cayeron en sus manos, mucha pólvora y municiones, y toda clase de pertrechos militares; veinte y cinco mil duros del erario, y muchos efectos mercantiles de propiedad particular, que podrian avalorarse en muy cerca de un millon. Esta fué la primera victoria escandalosa que pudieron conseguir los holandeses de las armas españolas en la grande Oceanía, por incuria y abandono de un Goberna-

dor infausto; victoria mil veces malhadada, que los enorgulleciera hasta el extremo de creerse bastante poderosos para disputarnos finalmente la posesion envidiada de las islas Filipinas.

La Provincia del *Santísimo Rosario* fué la que sintió más hondamente este suceso lamentable; pues ademas del desamparo de sus amadas ovejas, perdió várias iglesias y conventos, con sus preciosas imágenes y sagrados ornamentos; las provisiones destinadas á los misioneros de Fo-gan, tres sacerdotes y dos legos, que fueron enviados prisioneros á Jacatra (hoy Nueva Batavia), y las esperanzas, finalmente, de ver en el seno de la religion y de la Iglesia á todos los habitantes de la isla, cuya conversion al cristianismo estaba ya bastante adelantada. Por eso fué realmente que muchos de aquellos cristianos, áun bajo la dominacion de los herejes, y más despues, de los chinos que militaban bajo las banderas del Kue-sing, conservaron largo tiempo la religion de Jesucristo, que nuestros celosos misioneros les habian dejado impresa con caractéres indelebles en el fondo de su corazon y de sus almas. En confirmacion de esto asegura el P. Fr. Victorio Ricci en otros términos, «que habiendo pasado por esta isla en dos ocasiones, despues de veinte años de haber sido arrojados de ella los españoles, observó que muchos naturales del país perseveraban en la fe, y que áun procuraban propagarla entre los suyos; que bautizó y confesó á un gran número de ellos, y que deseaban de todas véras tener algunos padres misioneros para que les instruyesen y les administrasen los santos sacramentos; que evitaban igualmente las observancias gentílicas que

las blasfemias heréticas, y que Dios habia castigado en cierto caso, de un modo asombroso, la impiedad escandalosa de un hereje que quiso profanar en una iglesia la imágen siempre adorable de nuestro divino Redentor.» Segun el tenor de este relato, aquel impío sayon habia derribado un crucifijo y lo estaba mutilando con escarnio; pero despues de haberle cortado los brazos y las piernas con satánico placer, se apoderó de él un frenesí tan rabioso y espantable, que lo hizo prorumpir en desaforados gritos, y al fin, en medio de horribles gestos y visajes, murió miserablemente, sin haberse podido mover del mismo sitio. Este horroroso suceso llenó de espanto á los herejes, y afirmó más en la fe á los isleños cristianos.

Dueños ya los holandeses de aquella isla española, celebraron, por espacio de ocho dias, el triunfo señalado de sus armas, llevándose prisioneros á todos los religiosos y soldados españoles al castillo de Tayquan. Desde allí los trasladaron á la capital de Java, asociado ya con ellos el celoso P. Cháves, que desde el año anterior habian conservado prisionero en su poder. No fueron tan mal recibidos y tratados en la colonia neerlandesa como fuera de temer. El Gobernador de Java era hombre muy generoso y dispensó toda suerte de consideraciones y respetos á los prisioneros españoles, consiguiendo nuestros religiosos la más completa libertad para ejercer su apostolado, no sólo entre los católicos, sí que tambien entre los infieles y sectarios de aquellas posesiones extranjeras. Se allanaron, finalmente, todas las dificultades que naturalmente debian ofrecerse para restituirse todos á Manila, sin canjeo ni res-

cate, ni compensacion de ningun género, merced á la influencia y gran prestigio que supieron conquistarse nuestros excelentes misioneros entre los mismos enemigos de la religion católica. Sólo se quedó entre los holandeses el Gobernador de la Formosa, porque temia los resultados de la rigorosa residencia que se le hubiera tomado en Manila por la pérdida de aquella isla, y muy particularmente de la fortaleza de Tanchuy; sin embargo de que su responsabilidad estaba salva en la conciencia de todos, y el más hábil capitan hubiera sucumbido sin remedio con la pequeña y miserable guarnicion de aquella plaza. Habia hecho demasiado; y la responsabilidad, en todo caso, era preciso buscarla más arriba. Murió en aquella colonia un religioso lego de la Órden, llamado Fr. Pedro Ruiz, que recibió de los nuestros los honores sepulcrales segun el rito de la Iglesia.

48. La desercion del Gobernador de la Formosa produjo una perturbacion en los soldados españoles. Destituidos de un jefe superior que los rigiese, y sin poderse convenir en nombrar otro, estaban casi resueltos á abandonar aquel viaje; pero nuestros religiosos, á quienes debian su libertad, y cuya voz todavía respetaban, les ganaron otra vez la voluntad y les hicieron avenirse á un partido razonable, que sólo aceptaron á condicion de que el P. Fr. Juan de los Ángeles tomase el cargo de jefe que por aclamacion le confiaron. Al mando y bajo la direccion de dicho padre, se trasladaron desde luégo á Macasar, en donde les pasaba su racion á buena cuenta el Soberano de la isla, hasta que llegó un ayudante de Manila con órden de pagar

todos los gastos erogados, y conducirlos por fin á la capital de Filipinas, adonde llegaron sanos y salvos el dia 29 de Junio de 1643. De esta suerte la Provincia del *Santísimo Rosario* se consoló de algun modo de aquella inmensa desgracia, al recibir en su seno á cuatro excelentes religiosos que ya tenía por perdidos.

49. Habíase celebrado poco ántes la Asamblea bienal, con el profundo sentimiento que se deja comprender, por la irreparable pérdida de la mision de la Formosa, y por la escasez de personal, que se dejaba sentir cada vez más en la Provincia. En sus actas sólo se halla de notable la memoria de algunos religiosos, que habian fallecido últimamente en opinion de santidad. Entre ellos se distinguian con más particularidad los PP. Fr. Jerónimo de Belen, portugues é hijo del convento de nuestro P. Santo Domingo de Méjico, y Fr. Manuel del Barrio (1), procedente del convento de los PP. Dominicos de Segovia. Pocas palabras componian su panegírico en las actas del comicio á que nos venimos refiriendo; pero tan significativas y elocuentes, que podrian ponerse en su sepulcro como un sublime epitafio. Del primero dicen que «fué muy fervoroso y devoto, celoso de la religion y sediento de la salud eterna de las almas»; y del segundo, que «fué observantísimo del silencio, muy devoto, mortificado, obediente y dotado de todas las virtudes.»

Mas se acercaba la hora en que Dios iba á escuchar los contínuos y fervientes votos que le dirigia sin cesar

(1) En los manuscritos antiguos se encuentra muy vário este apellido; ya se encuentra Berrio, ya Berriz, ya, finalmente, Barrio.

esta Provincia, para que llamára de lo alto con voz fuerte á numerosos operarios, que viniesen á trabajar en esta heredad casi desierta. Sin embargo, y á pesar de las guerras desastrosas que trabajaban entónces el corazon de la patria, Felipe IV no perdia jamas de vista estas posesiones españolas, que miraba y miró siempre como la herencia más preciosa de su católico abuelo. Obedeciendo el Monarca á tan bellos sentimientos, promovió sobremanera el aumento y fervor de las misiones destinadas á Ultramar, y fué entónces cuando llegaron á estas islas catorce (1) religiosos de la Órden, que desembarcaron en Manila el 21 de Julio del año 1643. Todos eran muy probados y escogidos, y dotados de gran celo por la gloria de Dios y de su nombre. De esta mision precisamente era el ilustre P. Fray Juan Lopez, que despues honró las sillas pontificales de Cebú y de Manila, con mucha gloria de la Órden y utilidad de la Iglesia.

50. Reconstituida, en cierto modo, la Provincia con esta nueva mision y los cuatro religiosos procedentes de la extinguida mision de la Formosa, se reanimó extraordinariamente el espíritu religioso de nuestra Corporacion, y la observancia regular llegó á elevarse, por entónces, á su más alto grado de esplendor. El honorable Prelado giraba poco despues su visita Provincial, y queriendo dejar á la posteridad un monumento que comprobase para siempre esta verdad, hubo de consignar en sus preciosos manuscritos un importante documento, que á la letra dice así: «Con sumo gozo y

(1) La *Nómina* pone los nombres de diez y seis.

alegría espiritual diré, en breve lo mucho que he experimentado de la observancia de la Provincia. He hallado, por la misericordia del Señor, no cenizas muertas de aquellos primeros ministros, sino vivas llamas de su espíritu y religion; la misma observancia que á los principios, pues cincuenta y dos años de vida tan rigorosa y observante, como há que se vive en esta santa Provincia, áun no han podido introducir la menor relajacion. Los ministros son muy pocos, y tan pocos, que, á no se alentar tanto, fuera forzoso dejar algunos ministerios. Mas á ley de gente honrada, celosa de la gloria de Dios y de su religion, trabajan incansablemente, sin faltar al coro ni al ayuno de la disciplina regular. He visto gran pobreza en las camas y en las celdas, mucha riqueza de virtud, y que todos se ejercitan en actos heroicos..... Con esto mi tibieza y flojedad no se atrevió jamas á gozar de dispensacion alguna; que viendo á los ministros tan observantes imitadores de sus antepasados, ¿cómo pudiera dejar yo, Prelado, aunque me muriera, de acudir como los demas Provinciales á todo; al coro, maitines, prima, etc.? Áun en dias de camino me hacia un deber de asistir al refectorio y colacion, siempre haciendo la hebdómada cuando tocaba á mi coro, porque á todos los hallé solos y cansados, pero alegres y con ánimo de llevar la carga con el mismo teson hasta morir.» Esta breve relacion descubre perfectamente cuál era el fervor de la Provincia y el estado lisonjero de su espíritu religioso, en aquella edad de oro, que tanto enaltece su memoria. Entónces presenciaron estas islas, con asombro, una grande expiacion.

51. Corrian los años del Señor de 1644, cuando principió la famosa residencia que se tomó, postreramente, á D. Sebastian Hurtado de Corcuera. Sus escandalosos atentados, y los abusos funestos de su autoridad en estas islas, no podian ménos de llegar, tarde ó temprano, al conocimiento del Monarca, que, á pesar de las victorias conseguidas en Mindanao y en Joló, con que habia procurado deslumbrarlo, se vió en la necesidad de relevarle de su cargo, y de ordenar se le formase la más rigorosa residencia de sus actos. Desde luégo empezaron á llover requerimientos y quejas de todas partes contra el que se consideraba invulnerable, y apareció tan horrible la responsabilidad que resultaba contra su infausto gobierno, que el sucesor procedió legalmente á encarcelarle en la fuerza de Santiago, donde estuvo incomunicado por el dilatado tiempo de cinco años. En tan triste situacion, y al ver el mal estado de su causa, apeló al Real Consejo de las Indias, el cual, á pesar de sus servicios y demas causas que alegaba en su favor, confirmó en todas sus partes la sentencia del juez de residencia, y al fin hubo de ser conducido á la Península bajo partida de registro y llevando la nave por prision.

El desgraciado Corcuera hubiera sido un excelente gobernador con mejores consejeros y bajo otras condiciones diferentes. La fogosidad, empero, de su genio dominante por un lado, y por otro las circunstancias especiales en que él mismo se habia colocado, y á las que obedecia en todo su sistema de gobierno, malograron, por desgracia, las dotes inapreciables de que se hallaba adornado aquel hombre extraordinario. El pa-

dre Murillo, en el capítulo XVII, libro II de su *Historia*, nos legó un completo panegírico de su gobierno memorable, en estos términos: «Fué, dice, uno de los más insignes gobernadores que han tenido las Indias. Celoso de la gloria de Dios, amante de su Rey y de la patria, mantuvo la tierra en justicia, dió buen ejemplo en la república, adelantó la cristiandad de las islas, ayudó á los misioneros del Japon, acreditó nuestras armas en toda el Asia, yendo en persona á las conquistas, y entre otras prendas, no le faltó la que es tan estimable en Indias, de atender á la conservacion y aumento de la Real Hacienda; pues desempeñó la caja Real de más de medio millon.»

No es fácil conciliar el gran modelo que se nos pinta en estas frases con los hechos que dejamos consignados en el discurso de esta *Historia*, y otros muchos que hemos omitido con estudio, por no hacer áun más odiosa su memoria á los ojos de la posteridad y de los siglos. Prescindiendo de los agravios y justísimas querellas, que, salvo un solo instituto, hubieron de producir en el juicio de residencia las otras corporaciones regulares y todas las demas clases de esta sociedad atribulada, la Provincia del *Santísimo Rosario* tenía muy especialmente motivos de querellarse en este caso. Ella habia visto sus casas entregadas, por el derecho de la fuerza, al P. Diego Collado; habia llorado y lloraba todavía el desamparo fatal de la Formosa, y la destruccion de aquella iglesia, que le habia abierto las puertas del imperio de la China; habia presenciado el acto gubernativo de poner fuego á un bajel que la Corporacion habia mandado construir á sus expensas para en-

viar algunos misioneros al Japon; ella habia asistido, en fin, con lágrimas en los ojos al incendio del Parian, para contemplar las ruinas de su iglesia y su convento, que tantos sacrificios le costáran, y que sin utilidad alguna, sólo por obedecer á un sentimiento de venganza, habian sido entregados á las llamas por una órden imperiosa del airado General. Y á pesar de tantos agravios y perjuicios como habia recibido la Corporacion de su Gobierno, todavía existe en nuestro archivo de Manila un documento importante, que prueba la conducta generosa de la Provincia en aquel caso. El dia 11 de Setiembre de aquel año habia convocado el Provincial á los Padres de Consejo, y les habia propuesto si convendria pedir contra Corcuera, por los agravios que habian recibido de su autoridad mal inspirada; la resolucion fué negativa, añadiendo que se perdonase todo lo que envolvia idea de agravio: que nadie se querellase en esta parte al juez de aquella estrepitosa residencia, y se procediese en lo demas con el mayor desinteres.

La desgracia, sin embargo, parece que enseñó á este infeliz Gobernador el camino de la conformidad y penitencia. Si hemos de dar crédito al P. Murillo, ya citado, que así lo dice en otras frases, conoció por experiencia la inconstancia de las grandezas humanas, y entrando en sí mismo, se puso en las manos de Dios, dedicándose á los ejercicios más devotos. En su prision, dice que tenía muchas horas de oracion mental, y empleaba una gran parte del tiempo en la lectura de libros espirituales; que mortificaba sus carnes con abstinencias, cilicios y disciplinas; que ayunaba á pan y

agua todos los viérnes y vigilias de la Vírgen, y que mantenia á un ciego, á quien servia con sus propias manos la comida.

52. El sucesor de Corcuera, D. Diego Fajardo y Chacon, habia tomado posesion de su gobierno el dia 10 de Agosto de este año, y en el mismo dia precisamente celebraba la Provincia del *Santísimo Rosario* los sentidos funerales de uno de sus ilustres hijos, el P. Fr. Francisco Herrera, varon á todas luces eminente y probado en toda virtud y santidad. Era natural de una aldea próxima á la Peña de Francia é hijo del convento de San Gines de Talavera. Hecha ya su profesion y consumado el sacrificio, fué destinado por los superiores al colegio de San Gregorio de Valladolid, para hacer su carrera y sus estudios en sus célebres escuelas. Su virtud y sus talentos le hacian entrever en lontananza un porvenir lleno de gloria. Sin alucinarse, empero, por tan brillante perspectiva, oyó una voz interior, que le llamaba al apostolado de las gentes, y se trasladó, por fin, á la Provincia del *Santísimo Rosario* en el año de 1602 de nuestra era cristiana. Se dedicó desde un principio al estudio de la lengua de los chinos, y despues aprendió tambien la de tagalos. Así pudo servir sucesivamente los ministerios de Bataan y de Binondo, y más tarde el del Parian, de cuya casa fué primer Vicario y fundador. Su consumada prudencia, el profundo conocimiento de los hombres, y las dotes de gobierno, que poseia en alto grado, lo mantuvieron casi siempre al frente de los destinos más elevados é importantes, contra su voluntad y á pesar suyo. Así se le vió desempeñar sucesivamente los altos

cargos de Prior del convento de Manila, Rector del colegio de Santo Tomas, Vicario Provincial y general, Presidente del hospital de San Gabriel, Prior Provincial y Comisario del Santo Oficio.

En su vida privada y religiosa fué siempre muy ejemplar, respirándose á su lado una atmósfera particular de santidad, que venía á formar como una aureola y un pequeño cielo en torno suyo. Era manso y apacible, llano, piadoso y compasivo de las miserias ajenas, y celoso como un santo por la gloria de Dios y de su templo. Colocado como verdadera antorcha en el candelero de la Órden para iluminar á sus hermanos, era siempre el primero en la asistencia á la observancia regular, y se hallaba á todas horas en el puesto del honor, para guardar los umbrales de la religion y del santuario, como el ángel que defiende las puertas del paraíso. Elevado al alto cargo de la prelacía provincial, se creyó áun más obligado al rigor de la observancia para darse en espectáculo á todos sus religiosos, predicando con su ejemplo lo que todos debian saber y practicar. La caridad que ardia en su pecho se derramaba exteriormente sobre todos los hombres desgraciados que demandaban un consuelo, y era el bálsamo del cielo, que tenía siempre preparado para todos los que sufren en este valle de lágrimas. Si la caridad alguna vez hubiese de tomar la forma humana, ningun tipo más hermoso pudiera elegir sobre la tierra para simbolizar sus atributos y dar colorido á su belleza. Suya fué la gloria de mandar los primeros misioneros á la provincia de Fo-Kien; por él fueron enviados los varones inmortales que enarbolaron al principio el estandarte

de la cruz sobre las montañas de Fo-gan, y colocaron allí por vez primera los pabellones de Israel. Habíase propuesto el venerable imitar á Jesucristo en su pobreza, y hacia gala de llevar un hábito remendado y unos zapatos muy viejos, sin que fuese ménos pobre en los demas pormenores de su vida religiosa. Agravada, en fin, su alma por la pesadumbre de la carne corruptible, conoció que ya era tiempo de pasar á mejor vida, y vió acercarse la muerte en el mismo hospital de San Gabriel, donde, segun el P. Fr. Baltasar de Santa Cruz (2.ª part., cap. XVII), «recibió los santos sacramentos con profunda devocion, y murió con la fama de santidad que habia gozado ya en vida.» Mas, segun las actas del Capítulo provincial de 1645, que elogian altamente su memoria, debió morir realmente este venerable religioso en el convento de Santo Domingo de Manila.

El texto de las actas dice así: «En la provincia de Manila y convento de nuestro P. Santo Domingo murió el muy reverendo P. Fr. Francisco Herrera, Provincial en otro tiempo, y que desempeñó cerca de cuarenta años el oficio de Comisario del Santo Oficio, con suma alabanza y aprobacion de todos, y mereció desde su juventud hasta el extremo de su vida el nombre de santo. Fué siempre celador de nuestra religion y de la conversion de los indios, maestro de la pobreza y de la devocion, y supo dominar de tal manera sus pasiones, que nunca se le vió airado, sin perder jamas la modestia religiosa, por más ocasiones que le diesen. Por esto, en sus honras, todos, tanto religiosos como seglares, le mostraron su afecto y dieron con su devocion testimonio de su santidad.»

53. Por este tiempo tambien florecia en la mision de China una verdadera taumaturga, llamada Catalina San-so, prodigio de la gracia, y una de aquellas almas elevadas que Dios suele suscitar de tiempo en tiempo para realizar ciertos arcanos de su admirable Providencia. Era esta mujer extraordinaria de baja condicion social, y se habia casado, por fin, con un pagano del pequeño pueblo de Ting-teu. Á los tres años incompletos de haber recibido el santo sacramento del Bautismo, habia hecho ya tales progresos en la perfeccion cristiana, que el Señor se dignaba recrearla con visiones, éxtasis y arrobamientos. Los mismos venerables religiosos que dirigian su conciencia admiraban altamente estos extraordinarios favores de la gracia, y áun temian realmente alguna ilusion ó engaño en aquellos arrebatos de su alma, enamorada de Dios. En sus éxtasis profundos quedaba yerta é inmóvil, como una estatua de marmol, y á la voz del misionero volvia inmediatamente á la vida exterior y á los sentidos, aunque estuviese á la sazon en otro aposento separado. Entónces le comunicaba el espíritu del Señor una admirable inteligencia para penetrar en los secretos de las cosas celestiales, y unas vivísimas ánsias de revelar á los demas tan grandes cosas.

La fama de su santidad y de su nombre voló, rauda como el viento, por todos aquellos pueblos, y su voz tierna é inspirada era con docilidad obedecida en todas partes. Era tal el prestigio y el poder de su mágica palabra, que el P. García, movido á impulsos de un celo quizá no bien premeditado, creyó poder confiarla una mision espiritual, que, segun las leyes generales de la

divina Providencia, no ha sido otorgada á la mujer sobre la tierra. Tal era, por ejemplo, la conversion del pueblo de Moy-ang, por medio de la predicacion arrebatada y elocuente de aquella especie de sibila. Se hace preciso advertir que los habitantes de Moy-ang habian recibido casi todos el santo sacramento del Bautismo, mas habian apostatado muchos en la anterior persecucion; y para reducirlos otra vez al redil de Jesucristo era ciertamente necesario un esfuerzo supremo de la gracia. No aprobamos el pensamiento fervoroso de aquel santo misionero; mas su intencion era buena, y laudable el fin que le guiaba en su proyecto. El resultado, por el pronto, fué cual podia desearse; pues con la predicacion de Catalina se levantaban los caidos, un gran número de gentiles se convirtieron á la fe, y las mujeres cristianas volvieron á ejercitarse en su piedad y en sus actos religiosos.

Los cristianos de Fo-gan quisieron tambien aprovecharse de los beneficios que Dios se dignaba otorgar á su Iglesia mediante el ministerio extraordinario de la prodigiosa Catalina, y en tal concepto suplicaron al padre misionero que la rogase en su nombre se fuese á establecer por algun tiempo en sus montañas. Al fin consiguieron sus deseos, y Catalina ejerció tambien su ministerio en aquella villa populosa, con el mismo éxito asombroso que en el pueblo de Moy-ang. Fué tan elocuente y eficaz la palabra del Señor, que caia de sus labios sobre aquellos corazones, que arrancó sentidas lágrimas á su numeroso auditorio, y en sólo quince dias de mision convirtió á penitencia aquellas gentes, trasformándolos á todos en fervorosos cristianos. Al

cabo de esta jornada regresó Catalina al primer pueblo, en donde prosiguió dispensando la palabra de salud y vida eterna á las excitadas muchedumbres, hasta que los padres misioneros, temiendo alguna caida ó algun exceso en su nerviosa exaltacion, la mandaron que se retirase á la soledad de su conciencia y cesase de predicar públicamente. No rehusó Catalina someterse al mandamiento del Vicario y Superior de la mision, que lo era el P. Morales; privada, empero, desde entónces de las grandes impresiones que le proporcionaba en todas partes su misma popularidad y su prestigio, su corazon desmayó en los caminos de Dios, sin este estímulo. Desde entónces, en efecto, empezó á entibiarse en la oracion y demas ejercicios espirituales, y se apagó, al parecer, sobre su frente la estrella de su destino, eclipsándose en sus ojos la llama celestial de su mirada. En aquel estado lastimoso le sorprendió, finalmente, su última enfermedad, en 1650. Mas cualquiera que sea el juicio que pudiéramos formar de la postrera etapa de su vida, es lo verdadero y cierto que, arrepentida y llorosa, hizo una confesion general con el sabio misionero P. Bautista de Morales, y purgó su tibieza con las lágrimas, que admiraron en extremo á su profundo director, convencido y satisfecho, finalmente, de la salvacion eterna de su alma.

54. Entre tanto Manila contemplaba estremecida la actitud amenazadora y horrorífica con que D. Diego Fajardo inauguraba su gobierno, procediendo á encarcelar toda clase de personas y llenando de terror hasta á los mismos inocentes. Venegas, que era el mal genio que le inspiraba sin cesar, llenó las cárceles pú-

blicas de supuestos criminales, y el espíritu de los habitantes de Manila se llegó á exacerbar profundamente con tan violento proceder. En medio de los disgustos y de la general excitacion que producia en los ánimos el curso y el estado de las cosas, llegaron á Manila los despachos de Nueva España y de Madrid, que habian traido los galeones *Rosario* y *Encarnacion*, fondeados en Lampon, adonde habian arribado el mes de Julio de 1645. Esta noticia fué recibida por todos los habitantes de esta afligida capital con tanta más satisfaccion, cuanto mayor era la necesidad que todos sentian entónces de la persona respetable que iba á ocupar tan dignamente la silla metropolitana de estas islas. Tal era el Ilmo. Sr. D. Fernando Montero de Espinosa, obispo consagrado para la Nueva Segovia, y electo poco despues arzobispo de Manila. Habíase determinado el Ilmo. Montero á desembarcar en la contracosta, para continuar su viaje por tierra hasta esta capital.

Entre tanto la ciudad se disponia para hacerle el recibimiento más brillante. El caudaloso rio Pasig vióse cubierto de repente de veleras navecillas bellamente empavesadas, y la visualidad deslumbradora de los pintados gallardetes, las flámulas y banderas, y las coloradas flores que adornaban á placer las numerosas barquillas, semejaban un pensil flotante sobre las aguas. Una diputacion municipal habíase adelantado préviamente hasta el pueblo pintoresco que lleva el nombre del rio, para tributarle allí los primeros homenajes de esta ansiosa vecindad. Mas el dia 2 de Agosto, que era el que señalaba la opinion á su llegada triunfal, vieron entrar en el rio un bajel fúnebre, todo cubierto de luto

y de símbolos de muerte, que helaron el corazon de los espectadores afligidos. Conducia el cadáver del Prelado que Manila estaba preparada á recibir con tales demostraciones de alegría. Mas al hallarse de frente con aquel triste espectáculo, su gozo se cambió en llanto, y su ovacion extraordinaria en una pompa funeral, que acompañó silenciosa aquellos restos venerandos hasta depositarlos solemnemente en el sepulcro. El cansancio y las fatigas de aquel desastroso viaje le habian hecho enfermar de gravedad, y habia muerto, finalmente, en el pueblo de Pila, situado á poca distancia de la laguna de Bay.

Áun no se habia repuesto Manila del sentimiento y del dolor que le causó esta desgracia, cuya noticia funesta tan sólo llegó á saber al ver entrar por sus puertas aquella procesion fúnebre, cuando sobrevino un terremoto tan violento, que parecia arrancar de sus cimientos á esta ciudad desventurada. Pocos momentos bastaron para convertir en ruinas sus opulentos edificios. Serian las ocho de la noche del dia 30 de Noviembre del mismo año (1645), cuando empezaron á sentirse los efectos de aquel terrible fenómeno. El mar estaba en plena calma, el cielo sereno y despejado, y nadie llegó á traslucir señal alguna de aquel horroroso cataclismo. Mas de repente se sintieron truenos sordos y espantables en las entrañas de la tierra; salian de todas partes muchos globos luminosos, que, despues de discurrir vagamente por el aire, caian deshechos en agua, sin obedecer á leyes fijas; se alborotó la bahía y bramó la mar de enojo, como en deshecha tormenta; salieron de madre los torrentes, y se desbordaron reso-

nantes sobre los campos amenos; coincidian estos fenómenos con profundos sacudimientos de la tierra, que llegaron á convertir postreramente á esta ciudad populosa en un monton de escombros y de ruinas.

Al desplomarse con estruendo los altos y soberbios edificios de que Manila abundaba á la sazon, parecia haber llegado ya la hora del juicio terrible y postrimero, y que la tierra sufria las convulsiones de la muerte. La inmensa nube de polvo que se levantó por todas partes cubrió con un crespon negro la luz brillante de los astros. Los vientos traian sobre sus alas voces y ruidos fatídicos; de todos lados salian gritos, llantos y lamentos, cuyos ecos doloridos traspasaban las entrañas ménos accesibles al dolor. Seiscientas víctimas quedaron sepultadas de repente bajo sus propios hogares, é incontables los heridos, que en gran parte fallecieron, haciendo del todo inútiles los esfuerzos de la ciencia. Los religiosos salieron acto contínuo por la ciudad arruinada para prestar los últimos auxilios á los pobres moribundos. Nunca se habian visto en esta capital más penitentes ni confesiones más sinceras. La antigua iglesia catedral se desplomó hasta los cimientos, y sólo quedó en pié la capilla mayor y alguna pared ruinosa. Su alta y esbelta torre, y la de nuestra iglesia, que eran las más hermosas y elevadas de Manila, vinieron á tierra á un mismo tiempo. Despues de esta noche aciaga se sucedieron los temblores por el largo espacio de sesenta dias sucesivos, si bien con menor violencia, hecha excepcion del dia quinto, que acabó de arruinar los pocos edificios que habian podido resistir á los primeros sacudimientos de la tierra. Nuestro hermoso

templo de Santo Domingo, que era de elegante arquitectura, con su bóveda de piedra, quedó reducido á escombros, salvándose solamente la capilla mayor, con el crucero. El convento quedó en un estado inhabitable, y nuestros religiosos fijaron sus pobres tiendas en un recinto interior, que se llamaba *huerta* impropiamente.

Los habitantes de Manila, horrorizados de ver que no cesaban los temblores, llegaron á persuadirse que esta capital, al fin, quedaria reducida á ser un lago, como las ciudades pecadoras de Pentápolis, y para salvar su existencia se alojaron en las casas de los indios, alquilando sus chozas de madera, caña y nipa, en la ancha periferia de los populosos arrabales. Era de ver, ciertamente, á los más delicados españoles, á quienes parecian pequeños poco ántes sus anchurosos salones, habitar en las miserables viviendas del indígena, inciertos aún de su destino y de la suerte final de los suburbios. Nadie ha podido calcular hasta el presente las pérdidas materiales que causaron aquellos terremotos espantosos. La Manila de estos dias, la humilde y pobre Manila que nosotros conocemos, en nada absolutamente se parece á la Manila de aquel tiempo. Era entónces la ciudad más famosa de todo el extremo Oriente; era, digámoslo así, la sultana y la reina de estos mares. Las naciones que la cercan rendian tributo á sus puertos, le conducian sus ricas producciones, y movidas de la fama de su comercio y de sus naves, venian á buscar tambien en sus mercados los tesoros de la América. Era, en fin, una semblanza de aquella opulenta Tiro, cuyos habitantes hacian gala de sus pa-

lacios soberbios, que la merecieron en la historia el título conocido de la *hermosa perla del Oriente.*

Mas todo desaparece ante la faz de los siglos: adelanta el tiempo un solo paso, y todo cambia de aspecto sobre la superficie de la tierra. Tiro acabó en muchos siglos; Manila acabó en un solo dia. Empero los siglos y los dias son iguales enfrente á la eternidad; la diferencia temporal que los distingue nada pesa en la balanza de Dios, y todo nos prueba en este mundo la fugacidad de su existencia. No incumbe ahora al narrador el investigar las várias causas que han determinado, por fin, la decadencia visible que ha sufrido con el tiempo el comercio y la riqueza de Manila; tampoco el disertar sobre los medios que podrian fomentar el desarrollo de sus intereses materiales. Rica es Manila, á la verdad, en porvenir y en esperanzas; puede oscurecer aún el antiguo esplendor de su riqueza. Plegue á Dios que se comprenda alguna vez el verdadero secreto económico, político y religioso que encierra la felicidad de este país, y la amorosa lazada que debe unir su corazon con el de la madre patria!

Por más que los terremotos sean un fenómeno natural, que obedece á las leyes físicas, eso no impide que pueda y deba considerarse como un medio del cual Dios se vale muchas veces para hacer sentir al mundo los efectos de su indignacion, pues que nada es más sencillo y filosófico á la vez que el que el Autor de la naturaleza y de sus leyes se valga, cuando le aplace, de esos mismos efectos naturales para hacer expiar al hombre sus maldades. Esta misma ley preside á las epidemias, á las hambres y otras muchas calamidades de la tierra,

que reconociendo tambien por causas determinantes é inmediatas leyes necesarias y constantes, que no pueden ménos de producir tales fenómenos, siempre han sido consideradas, sin embargo, áun por los mismos paganos, como expiaciones de los pueblos, que Dios prepara desde léjos en el gran elaboratorio de la materia y de sus leyes, para visitar con brazo fuerte á los prevaricadores de Israel. Así tambien lo comprendieron los habitantes de Manila en aquellos dias tristes de tribulacion y de amargura; pues los que no se habian confesado tal vez en muchos años, se presentaban compungidos y llorosos á los piés del sacerdote para limpiar sus conciencias por medio de confesiones generales, y los que habian descuidado hasta aquel tiempo los deberes morales del hombre y del cristiano, frecuentaban ahora, fervorosos, los santos sacramentos de la penitencia y comunion. Todos miraban como un deber el asistir constantemente á las rogativas públicas que se hacian en todas partes, con el fin de aplacar el justo enojo y la indignacion suprema del Altísimo. Restituciones numerosas, añejas reparaciones de agravios y de calumnias, apartamientos cuotidianos de concubinarios públicos, olvidos y reconciliaciones de enemistades profundas; todo, en fin, cambió de aspecto moralmente en esta desgraciada capital, que, si era comparable poco ántes á Tiro la pecadora, despues semejó más bien á la penitente Nínive. Segun una tradicion firme y constante, entónces se vió llorar y sudar copiosamente una imágen de San Francisco de Asis, que ahora se venera en la iglesia de Manila. ¡Pobre y miserable humanidad, que necesita alguna vez estos azotes del cielo

para hacerla expiar sus grandes crímenes y para arrancar de su seno las raíces profundas de sus vicios!

CAPÍTULO VI.

Tratados de paz entre el gobierno de Manila y el sultan de Mindanao.—Los holandeses pretenden arrojar á los españoles de Joló.—Tratados de paz entre el gobierno de Manila y el sultan de esta isla.—Los holandeses intentan apoderarse de las islas con una escuadra poderosa en 1646.—Son batidos por la intercesion de Nuestra Señora del Rosario en Playa-Honda.—Son batidos otra vez entre Marinduque y Banton.—Lo son tambien por tercera y cuarta vez cerca de Mindoro.—Vuelven nuestros galeones victoriosos á Manila.—Entran últimamente en batalla otros buques de la escuadra enemiga, y tambien son vencidos por los nuestros.—Son declaradas milagrosas las cinco victorias ganadas por nuestros galeones, por el cabildo de Manila, y alcanzadas por la Vírgen mediante la devocion de su Rosario.—Vuelven los holandeses sobre las islas al año siguiente de 1647.—Intentan apoderarse de Cavite, y son rechazados.—Asesinan en Abucay á más de cuatrocientos indios indefensos y rendidos.—Hacen otra expedicion al mismo pueblo, y son batidos.—Abandona la escuadra enemiga la empresa, muerto su general, y se lleva á Batavia á dos de nuestros religiosos, hechos prisioneros en Abucay.—Dos religiosos de la Provincia son calumniados y vindicados.

55. Aun amenazaba á esta capital otro azote formidable, cuyo golpe se temia por momentos, si Dios no mudaba el curso y la lógica natural de los sucesos. Tal era un conflicto á muerte, una guerra á sangre y fuego con los tiranos del mar, que así podian llamarse entónces los corsarios holandeses en las regiones extremas del Oriente. Envalentonados, con efecto, por los triunfos conseguidos en Malaca y la Formosa, era lógico pensar que procurarian extender la esfera de sus depredaciones, y áun clavar sus estandartes victoriosos sobre los muros de Manila. Privada ya, por una parte, del resguardo natural de la Formosa, que, bien fortificada

y bien servida, era un poderoso antemural contra las armas holandesas; debilitada ademas por las inmensas desgracias que fueron consecuencia necesaria de los grandes terremotos que áun la tenian en ruinas, presentábase la coyuntura más propicia al usurpador de otras colonias para apoderarse á su capricho de esta inerme capital. Mas la penitencia pública, el cambio radical de las costumbres, y las plegarias ardientes que subian de todas partes al trono de Dios en las alturas, aplacaron finalmente la cólera de los cielos y libraron á estas islas de la esclavitud y de la muerte. No adelantemos, empero, la narracion de los sucesos; y ántes de entrar en la historia de las hazañas inmortales que las armas españolas llevaron á cabo felizmente en las aguas de Luzon contra los piratas holandeses, harémos una reseña de nuestras empresas militares sobre Joló y Mindanao, y de los sucesos que precedieron á la guerra y vencimiento de las escuadras holandesas.

Al recibir Fajardo el nombramiento de gobernador de Filipinas, habia recibido al mismo tiempo instrucciones reservadas para detener al holandes en su marcha triunfal por estos mares, lo que hubiera conseguido fácilmente si los portugueses no se hubieran empeñado en sostener su independencia contra sus propios intereses. Las primeras diligencias se encaminaron á restablecer la paz con los sultanes destronados de Mindanao y de Joló, cuyos presidios absorbian, con poca utilidad, una gran parte de la tropa que faltaba para defender la capital, en el caso muy probable de presentarse el enemigo. Moncay, Carralat, Manaquio y Bongio, y otros Datos de las precitadas islas, subyugados poco

ántes por las huestes vencedoras de Corcuera, sólo aguardaban una coyuntura favorable para levantar pendones contra sus conquistadores, y recobrar su independencia con el auxilio poderoso de las armas holandesas. Para evitar á todo trance esta liga peligrosa, dió el Gobernador sus instrucciones á D. Francisco Atienza de Ibañez, comandante general de todas las fuerzas que operaban en el Sur de las Visayas, para que procurase gestionar un honroso tratado de amistad con el sultan de Mindanao, Cachil Corralat.

Este soberano semibárbaro, aunque desposeido por Corcuera de una gran parte de sus dominios, áun no se tenía por vencido. Era valiente y sagaz; conservaba aún muchos aliados; hacia la guerra en su propio país y sabía sacar partido de las menores ventajas para ponerse al abrigo de las armas españolas. Era, sin embargo, hombre de levantado corazon y de nobles sentimientos, y respetaba en gran manera al ilustrado jesuita, el P. Alejandro Lopez, de quien se valiera Atienza para entablar con él desde un principio sus gestiones diplomáticas. Entre tanto, habia organizado este bizarro militar grandes fuerzas y elementos, que tenian siempre en jaque á los rebeldes; lo que no podia ocultarse á Corralat, que conocia demasiado el alcance y el valor de las huestes castellanas. Preparado Atienza de este modo para toda contingencia, envió en su nombre al P. Lopez, para que gestionase con el régulo una amigable transaccion. El mensaje, por el pronto, y como era de esperar, produjo un completo resultado; pues Corralat, que no ignoraba los grandes aprestos militares que se hacian en Zamboanga, ora por conveniencia

ó por temor, accedió gustoso á las bases de la paz que le propuso el P. Lopez. Es cierto que se le reconocia por sultan de Mindanao; pero tambien se le hizo ceder en favor de la corona de Castilla el derecho soberano sobre la tierra de la isla, desde Zamboanga hasta Sibuguey por una parte, y por la de Caraga hasta el rio de Tho en la ensenada Tagalooc. Podian ademas los padres misioneros, en virtud de este tratado, edificar iglesia en su misma córte, obligándose las partes contratantes á una alianza defensiva contra cualesquiera enemigos que intentasen hostigarlos, en comun ó separadamente, en cualquier tiempo. Este convenio se canjeó y autorizó con la mayor solemnidad en la misma capital de Corralat, el dia 24 de Junio de 1645.

Quizá no hubiera conseguido el P. Lopez tan fácilmente su propósito, si el sultan de Mindanao hubiera sabido entónces lo que pasaba en Joló. Salicala, hijo del soberano desposeido de esta isla, hombre astuto y arriesgado, y dispuesto á jugar el todo por el todo en esta causa, habíase declarado abiertamente contra sus dominadores; y como los joloanos habian sido sometidos por la superioridad, tan solamente, de las armas españolas, su atrevido pensamiento de reconquistar á todo trance los dominios de su padre los llenó de entusiasmo y de valor. No ignoraba el sagaz príncipe la rivalidad que existia entre los holandeses y españoles, y comprendió fácilmente que una alianza ofensiva y defensiva con aquéllos podria proporcionarles desde luégo ventajas extraordinarias contra éstos. Con tan alzado designio, se presentó Salicala en la capital de las posesiones holandesas; manifestó al Gobernador su pensamiento, y

para decidirlo en su favor, le entregó sobre la marcha un magnífico presente de perlas y ámbar finísimo, producciones las más ricas y preciosas de la isla de Joló. La gestion intencionada del atrevido Salicala no podia ser más conforme á los deseos de aquellos enemigos de la España, y fué acogida, por tanto, con la mejor voluntad.

Celebrada la alianza de ambas partes á usanza de aquellos tiempos, armaron incontinenti dos bajeles de alto bordo, y se presentaron de repente en las aguas de Joló para batir las escasas fuerzas españolas que guarnecian su presidio. Ignoraban sin duda que su jefe era el valiente vizcaíno D. Estéban Ugalde de Orellano, á quien no arredraban los peligros ni la superioridad extraordinaria de las fuerzas enemigas. Era por el mes de Junio del año 1645 cuando las fuerzas aliadas hicieron el desembarque en las playas de Joló sin la menor oposicion, y requirieron desde luégo al jefe de aquel presidio que dentro de cuatro horas se rindiese á discrecion, representándole á la vez el inminente peligro que corria en caso contrario; pues no era dable eludir la terrible disyuntiva de sucumbir al poder de los aliados, ó de ser despedazado con los suyos por los naturales del país, si trataba de fugarse por cualquier punto de la isla.

56. Los joloanos habian tomado una actitud entusiasta por el sultan destronado y por la independencia de la isla. Salicala, por su parte, tenía várias emboscadas en las salidas del presidio, y las vecinas costas estaban cubiertas de innumerables embarcaciones enemigas, que ceñian todas sus aguas, para impedir todo so-

corro que Atienza pudiera enviarle. Los holandeses, por fin, decididos á batirlo, habian levantado ya en la playa un baluarte pavoroso, coronado de gruesa artillería; todo amenazaba, pues, el exterminio completo de las fuerzas españolas, que sitiadas á la vez por mar y tierra, debian mirar como imposible su salvacion y su defensa. El castillo, sin embargo, do tremolaba orgulloso el pabellon español coronaba una eminencia naturalmente estratégica, y dominaba por completo las posiciones enemigas. Estaba ademas provisto abundantemente de pertrechos militares, y guarnecia sus muros una artillería formidable. Valor no podia faltar donde habia pechos cristianos y corazones españoles. Dadas estas circunstancias, la contestacion de Ugalde al enemigo fué la que debia esperarse de tan bizarro caudillo. Dióle las gracias, ante todo, por sus prudentes consejos y por su buena voluntad. Respecto á los demas puntos del mensaje, le contestó, muy tranquilo, que se dejase de requerimientos y amenazas, que sólo se hacen á los niños; y que, en fin, el resultado lo decidiria desde luégo la suerte de los combates y la razon poderosa de las armas. Los holandeses, que estaban acostumbrados á apoderarse de los baluartes y presidios portugueses sin tantas formalidades diplomáticas, no esperaban ciertamente una contestacion tan arrogante.

Irritado el enemigo con aquella braveza castellana, asestó sus cañones espantables contra los muros del presidio y rompió el fuego con furor. Tres dias llovieron sin cesar proyectiles encendidos sobre aquella fortaleza inexpugnable; tres dias rivalizó el valor de la Malesia y de la Holanda, haciendo esfuerzos supremos para hu-

millar en Joló la soberbia de Castilla, y tres dias se vieron vergonzosamente rechazados, confundidos, derrotados. La fortaleza española asemejaba exactamente un volcan en erupcion, que vomitando con su lava torrentes de fuego en derredor, derrama por todas partes la destruccion y el exterminio. Al ver los joloanos desvanecidas ya las ilusiones y las gratas esperanzas que les hicieran concebir los holandeses, principiaron á desconfiar del valor de sus aliados, y se fueron agrupando en remolinos al rededor de su baluarte para pedir explicaciones. Temeroso el holandes de que tal vez acabasen por apoderarse de su fuerte y de sus pertrechos militares, desartillaron inmediatamente sus calladas baterías, y reembarcaron sus cañones, diciendo con mucha formalidad á sus aliados: «Que siendo el jefe del presidio su pariente, no querian derramar su sangre.....» Ocurrencia singular, que sólo tendria su gracia en boca de un *mozo cruo*, y que hizo sonreir de lástima á los mismos joloanos. Añadieron sus aliados, para no exasperar más su irritacion, que para el año siguiente volverian con otras fuerzas y sería segura la victoria. Entre tanto, llegaba á la misma isla el capitan Duran de Monforte con un socorro respetable; mas ya no halló enemigos que vencer, y sólo vió algunas embarcaciones de Salicala, quien para cohonestar el atentado y ponerse á cubierto en todo caso de las iras españolas, hizo responsables á los Datos de su propia alevosía, declinando sobre ellos toda la responsabilidad de sus traiciones.

57. Habiendo llegado á Manila la noticia de aquella alianza holandesa con los sultanes vencidos, el Gobernador formó un consejo y le propuso la conveniencia

de celebrar un tratado con el sultan de Joló, y retirar desde luégo la guarnicion de aquella isla, cuya conservacion pudiera ser peligrosa en aquellas circunstantancias. Todos los vocales se adhirieron á su prudente parecer; mas era preciso al propio tiempo salvar de todas maneras el honor del pabellon, interesado en sostener á todo trance lo que tanta sangre habia costado, y se habia al fin conseguido con prez y gloria de la patria. Para esto era indispensable que el tratado fuese ventajoso á la bandera española, á efecto de que no apareciese jamas, ni mucho ménos se creyese, que se retiraban nuestras tropas por no poder mantenerse sobre la arena de sus triunfos. Adoptada finalmente esta resolucion sábia, se mandaron instrucciones oportunas al comandante de Zamboanga, y se le indicaba tambien, por incidencia, que se podria confiar aquel mensaje al P. Lopez, que habia dado buenas pruebas de habilidad diplomática en el tratado anterior, que se habia celebrado por él mismo con el sultan de Mindanao.

Cuando Atienza recibió los despachos oficiales de Manila, cruzaba á la sazon aquellos mares una escuadra numerosa, poniendo en espanto y en terror á las islas de Pintados. Era la armada formidable del poderoso Salicala. Esta circunstancia malhadada, y la alianza que habia éste celebrado con los enemigos holandeses, alejaban la esperanza de poder entrar con él en conferencias pacíficas. Sin embargo, el P. Lopez creyó que su autoridad no era absolutamente necesaria para llevar á efecto los deseos del Gobierno, y que se podia entender directamente con el sultan desposeido (Raja Bongso), que se habia refugiado en Tavitavi. Escribió-

le, pues, en tal concepto algunas cartas amistosas, en las que le avisaba cautamente del inmediato peligro que corria su persona, si no se apresuraba á dar en toda forma una satisfaccion á la bandera del Gobierno español, por haber conducido á los holandeses de Jacatra contra la guarnicion del presidio de Joló, faltando á la fe jurada al pabellon castellano. Por último, le ofrecia hábilmente que si se determinaba á seguir en un todo sus consejos, él arreglaria el negocio de un modo satisfactorio, quedando á cubierto y salvo el honor de entrambas partes. Al mismo tiempo escribió sobre el objeto al sultan de Mindanao, interesándole vivamente en el asunto, y probándole á la vez, con sutiles raciocinios, que á nadie importaba tanto como al mismo un tratado de amistad con el sultan de Joló. Estuvo tan diplomático, tan feliz y tan astuto el P. Lopez en estos preliminares reservados, que en su vista el sultan de Mindanao mandó instrucciones secretas al príncipe de Joló para que en todo se atuviese á lo que el padre Lopez propusiera. Luégo envió á éste una embajada brillante por medio de su sobrino, Cachil Batiocan, y de Orancaya Datan, su almirante, para empeñarlo en que fuese un fiel y amigable mediador en el tratado de paz que deseaba se celebrase desde luégo entre aquel sultan y el gobierno de Manila, y lo acompañase al mismo tiempo en sus gestiones, con el fin de que fuese más respetada su persona. Llegaron á Zamboanga en pocos dias las embarcaciones de la embajada, y fueron acto seguido á situarse enfrente de la casa de los PP. Jesuitas, donde hicieron la correspondiente salva al P. Lopez, y poco despues bajaban los encargados

del mensaje á felicitarle en nombre del sultan que los enviaba.

Al ver los buenos auspicios con que principiaba este negocio, ya no dudó el P. Lopez del brillante resultado que habia de tener su comision. Inspirado felizmente de esta idea, partió del presidio de Zamboanga con la embajada de Corralat para gestionar aquel mensaje con el rajá Rutria Bongio. Enterado ya este régulo de los despachos de aquél, ora por respeto antiguo á su mayor autoridad, ora tal vez por temor á las armas españolas, se avino á todo fácilmente y puso todo el negocio en manos del P. Lopez. Este sabio y entendido Jesuita extendió seguidamente las bases fundamentales del convenio, y se las presentó al régulo para que entónces mismo las firmase, como lo hizo, con efecto, sin la menor repugnancia. Los puntos más culminantes de este célebre tratado eran, en extracto, los que siguen: «Que por su muerte habia de sucederle en el gobierno de Joló su hijo legítimo Bactial, quedando bajo la proteccion del Gobierno español; que sus dominios debian extenderse desde Tavitavi hasta Tuptup, Bagahac y Joló; que darian anualmente tres *juangas*, de á ocho brazas, llenas de arroz, al presidio de Zamboanga por los gastos de la guerra; que serian de la jurisdiccion y dominio de S. M. Católica las islas de Tapul, Balanguisan, Siasi y Pangutaran, cediendo el de Joló la accion que pudiese tener sobre ellas; que se destruirian los tres fuertes que el Gobierno español tenía en esta isla, con el fin de quitar los motivos de desconfianza que pudieran inspirar á los naturales de la misma; que los dos gobiernos se auxiliarian mutua-

mente en las guerras que tuviesen, y que los PP. de la Compañía de Jesus pudiesen ir á predicar la religion de Jesucristo, cuando bien les pareciese, á los vasallos del Sultan.»

Extendido en debida forma este convenio, y traducido en los idiomas arábigo y español, se autorizó, finalmente, el dia 14 de Abril de 1646, y en seguida fueron derribados los tres fuertes de Joló, y se retiró la guarnicion española al presidio de Zamboanga. Este famoso concierto fué considerado como un triunfo en aquellas circunstancias, porque las islas Filipinas estaban amenazadas por un enemigo poderoso, que habia jurado arrebatarlas á la corona de Castilla, y por este feliz golpe de política se colocaba en estado de poder reconcentrar todas sus fuerzas para conjurar mejor aquel peligro.

57. Los holandeses cumplieron, con efecto, la palabra que habian dado al príncipe de Joló en el año precedente. Habian organizado en Jacatra una armada poderosa, compuesta de quince buques de gran bordo, á cuya escuadra formidable no pudiera resistir la misma capital de Filipinas, desprovista, como estaba á la sazon, de toda fuerza marítima. Dividida la escuadra en dos fracciones, se presentaron siete naves en las aguas de Joló, no ya para libertar á sus aliados del yugo español, como decian, sino para atraerlos con seguridad á su partido, hacerlos entrar como auxiliares en sus planes de conquista, y arrebatar á la España todas sus posesiones oceánicas. Tuvieron, empero, el gran disgusto de saber que sólo unos dias ántes se habia concluido felizmente el tratado susodicho. Llenos entón-

ces de despecho al ver frustrados sus designios, se dirigieron á Zamboanga para hostilizar sus playas, ya que otra cosa no podian, por estar aquel presidio perfectamente defendido.

58. Otras cinco naves de la escuadra, que el enemigo habia adelantado en descubierta á las playas de Luzon, habian perdido un combate en las costas de Zambales. El almirante holandes se habia propuesto bloquear toda la isla, cubrir las avenidas de sus puertos, y apresar todas las naves que conducian de China los efectos de comercio destinados á la carga de los antiguos galeones de Acapulco. Como señores del mar que presumian de llamarse, estaban muy léjos de pensar que osáran los españoles atacarlos y ofenderlos. Y era, en efecto, una verdad que el estado de la marina real era entónces deplorable en estas islas. Sólo habia en Cavite por entónces algunas malas galeras y dos galeones carcomidos (La Encarnacion y Rosario), que habian podido llegar á duras penas de Acapulco, incapaces de hacer frente á un solo buque enemigo. Avisado Fajardo del peligro, convocó á los jefes y autoridades de Manila, les manifestó la perplejidad en que se hallaba, y el gran conflicto que pesaba sobre todos en tan premiosas circunstancias. Mas como hombre de fe y de gran sentido religioso, no podia persuadirse que la divina Providencia hubiese decretado abandonar estos pueblos á la dominacion bárbara é impía de aquellos vándalos del mar. Obedeciendo, con efecto, á tan levantado pensamiento, dijo, ó debió decir, de esta manera:

«Señores: el brazo terrible del Altísimo áun está le-

vantado y extendido sobre la ciudad famosa de Legaspi, que hoy sólo presenta á nuestra vista el espectáculo triste de sus ruinas. Grandes calamidades han venido pesando sobre su frente: guerras, naufragios, terremotos; todo género, por fin, de tribulaciones y amarguras. Empero la ira de Dios áun pesa sobre nosotros; su mano fuerte y vengadora todavía está gravada sobre un pueblo que parecia destinado á mejor suerte. Nuestros pecados sin duda lo merecieron así. Sabemos todos, señores, que desde la pérdida fatal de la Formosa, de aquel baluarte avanzado de estas islas, ésos, que fueron un dia no más que unos miserables pescadores de la baja Alemania, inquietos y bulliciosos como el mar que se estrella resonante en sus costas adheridas, sin más derecho de gentes que la fortuna de sus armas, y sin más timbres ni blasones que sus redes, coronadas de mapas y astrolabios, han venido extendiendo el radio inmenso de sus depredaciones y saqueos; y hoy es el dia en que, orgullosos con el inmenso señorío de las colonias portuguesas, pretenden tambien arrebatar este diamante á la corona de España. Débiles son los recursos con que podemos contar para salvar esta joya de los reyes de Castilla, pocos son nuestros soldados, débil es nuestra marina; mas si tenemos fe en la Providencia; si no debemos creer que Dios entregue, en su ira, este pueblo, que le adora, á los que se burlan insolentes de sus altares y sus templos; si, en fin, nuestras oraciones pueden algo con la Vírgan del Rosario, antigua Reina y Señora de estas islas, creo que no debemos contentarnos con la simple defensiva; que debemos salir al encuentro al enemigo con los débiles re-

cursos que tenemos disponibles, y dejar á Dios el éxito de nuestra naval jornada.»

Llamas de fuego arrojaban los ojos fosforescentes de los caudillos españoles al terminar Fajardo su discurso; y obedeciendo todos de repente á un movimiento instintivo, súbito, maquinal, arrebatado, se levantan á la vez, como impulsados de un resorte, llevan la mano inconsciente á la empuñadura de su espada, y juran estar dispuestos á marchar contra el enemigo para vencer ó morir en la demanda. Unánimes, en efecto, todos los vocales del Consejo con los sentimientos religiosos y la resolucion atrevida de Fajardo, se aprestaron desde luégo los miserables bajeles que formaban nuestra escuadra, se montaron veinte piezas de grueso calibre en cada uno de los dos viejos galeones de Acapulco, se les proveyó de municiones y demas pertrechos necesarios, y se les dotó para la guerra con trescientos soldados escogidos, única fuerza disponible que habia á la sazon en esta plaza. El mando militar de aquella gente se dió al valiente D. Lorenzo Ugalde de Orellana, el cargo de almirante á D. Sebastian de Lopez, y el de sargento mayor á D. Agustin de Zepeda. Fueron destinados, ademas, otros oficiales subalternos, no ménos bizarros y valientes que sus jefes inmortales. Antes de partir al mar, pidieron por capellanes de su reducida escuadra á cuatro religiosos de la Órden, y el Gobernador se dirigió al honorable Superior de la Provincia, manifestando sus deseos, á los que accedió gustoso nuestro dignísimo Prelado, designando al efecto á los PP. Fr. Plácido de Angulo, Fr. Pedro de Mesa, Fr. Juan de Cuencas y Fr. Raimundo del Va-

lle. Estos VV. religiosos, como verdaderos hijos de nuestro santo Patriarca, se pusieron desde luégo bajo el manto tutelar de la Reina de los cielos, esperando con la mayor seguridad el triunfo de nuestras armas, mediante la devocion del *Santísimo Rosario*, que por acuerdo comun de los religiosos y los jefes, se rezó en ambos bajeles diariamente, desde el momento que partieron del vecino puerto de Cavite.

Amaneció en estos mares el dia 15 de Marzo de 1646, dia en que se avistaron á lo léjos los bajeles enemigos á la altura de Zambales. Las fuerzas beligerantes que iban á medir sus armas eran inmensamente desiguales, y el arrojo temerario de los buques españoles, más bien que un valor heroico, hubiera afectado realmente un acto de desesperacion y de locura, si no hubieran contado préviamente con los auxilios del cielo. Por eso al columbrar las altas velas del poderoso corsario, se postraron los españoles ante un cuadro de la Vírgen, y le rezaron con fervor el santísimo Rosario. Concluida su oracion, ya no contaron las naves ni los cañones enemigos; fueron tomando posiciones con los dos averiados galeones y se dió la señal de la batalla. Un remolino de fuego envolvió desde un principio á las dos escuadras combatientes, y nadie tuvo conciencia de los estragos recibidos ó causados hasta las siete de la noche, en que cesó de repente el fuego del enemigo. Los españoles creyeron que se aplazaba la continuacion de aquella lid para la luz del dia siguiente, y no insistieron en la lucha. Entre tanto vieron con satisfaccion y con asombro que ni en las personas ni en las naves habian recibido daño alguno, y todos es-

peraban con ardor que el sol apresurase su carrera para iluminar sus triunfos y guiarlos con su luz á la victoria. Mas, ¿cuál sería la sorpresa de los valientes españoles cuando, al irradiar el sol siguiente el horizonte de las aguas, se hallaron sin enemigos que batir, y solos completamente sobre un mar ensangrentado, cubierto por todas partes de mil destrozos navales? Entónces se comprendió la derrota del corsario, que habia huido aquella noche á faroles apagados, para ir á ocultar su confusion y su vergüenza en el puerto de Jacatra. Terminada, pues, tan felizmente aquella jornada prodigiosa, y libres ya aquellas costas de tan formidables enemigos, dirigieron sus proas victoriosas hácia el estrecho de San Bernardino, segun las instrucciones que tenian del Gobierno, para proteger, en todo caso, y acompañar en convoy hasta Manila otro galeon que se esperaba, procedente de Acapulco.

59. Los siete buques holandeses que habian hecho escala en Joló, segun dejamos referido, retardaron su jornada al punto principal de su derrota por una especial providencia del Señor, que dispone y prepara, desde léjos, todos los acontecimientos, segun los altos designios preconcebidos en su mente. Aquellos bajeles del corsario habian llegado á Joló, como se ha dicho, hácia mediados de Abril, y en vez de marchar sobre las costas de Luzon, para incorporarse con los otros, segun su plan de campaña, se detuvieron hasta Julio en el canal del presidio de Zamboanga, esperando, inútilmente, los pataches españoles que debian regresar de las Molucas. Empero, zarpando al fin de aquellos mares, dirigieron su derrota al estrecho de San Bernardi-

no para apresar la rica nave que los nuestros aguardaban. Al ver los españoles tantos buques y tantas velas enemigas, de los cuales no tenian la menor noticia todavía, se alarmaron por el pronto, y pareciéndoles una temeridad casi punible hacerles frente con los dos cascos miserables de que podian disponer, se refugiaron al puerto de Ticao, colocándose al amparo de la divina Providencia. Los enemigos insolentes los provocaban al combate, pero sin atreverse á penetrar en la periferia de sus aguas, hasta que, por fin, tomaron la derrota de Manila, persuadidos como estaban de que la plaza á la sazon estaria sin defensa, y que podrian apoderarse de ella fácilmente. Para conseguir mejor este propósito, pensaron incorporarse con los demas buques de la escuadra, cuyo destino ignoraban, y á los que suponian merodeando en las costas occidentales de Luzon. Mas penetrando los españoles su intencion, y persuadidos en realidad del grave riesgo que corria esta capital, dejaron el puerto de Ticao, y siguieron la derrota de las naves enemigas, confiados altamente en la proteccion del cielo, y poniendo su pabellon bajo la égida de la Vírgen del Rosario, que tan propicia y amorosa se les habia manifestado en su jornada.

Avanzaban las velas enemigas en derrota á la bahía de Manila, creyendo allá en su soberbia que dejaban acobardados á los nuestros en el puerto de Ticao, cuando hé aquí que el dia 29 de Julio, á la altura de Marinduque y de sus aguas, los avistan por la proa, como una aparicion siniestra de los mares. Por el pronto se creyeron víctimas de alguna fascinacion maravillosa, tan comunes y frecuentes en imaginaciones ale-

manas. Se resistian á creer en la evidencia, y jamas habian soñado tanta temeridad y tanto arrojo en corazones humanos. Sin poder darse razon de aquella audacia, áun no podian persuadirse que dos caducos galeones, que ellos llamaban *gallinas* por desprecio, osasen medir sus fuerzas con siete grandes fragatas coronadas de cañones de un calibre formidable. El corsario descreido discurria tan solamente segun los cálculos humanos, y no veia, en su orgullo y en su falta de creencias, la égida celestial que cubria invisiblemente á las naves castellanas. Fingieron creer que era una broma de los bravos españoles, y trataron de seguirlos el humor, adornando sus fragatas de banderolas, flámulas y gallardetes, haciendo resonar alegremente el clarin de los combates, como para celebrar anticipadamente su victoria.

Tomadas ya posiciones entre Bauton y Marinduque, nuestros fervorosos capellanes procuraron inflamar en los soldados el sentimiento religioso, invocando sobre ellos la proteccion de la Santísima Vírgen, y haciéndoles rezar devotamente su santísimo Rosario. Como el combate naval que iban á empeñar en breve habia de ser el más terrible, y tal vez el postrero de sus dias, todos se confesaron y comulgaron ántes de entrar en la batalla, celebrándose al efecto el santo sacrificio de la misa en honor de su patrona la Vírgen del Santísimo Rosario, para más interesarla en su favor. Despues dirigieron los religiosos su palabra á los bizarros combatientes, y poniendo ante sus ojos los intereses sagrados de la religion y de la patria, que el cielo confiaba á su valor, arrancaron de sus pechos rugidos de furor contra

el impío. Durante el sacrificio de la misa el General prometió, en nombre de todos, á la Vírgen del Rosario que si salian victoriosos de la lid, irian despues en procesion á pié descalzo á visitar su antigua imágen, que se venera en el santuario de Santo Domingo de Manila, y le celebrarian en su capilla una gran solemnidad. Se dió conocimiento de este voto al jefe de la otra nave, para que lo comunicase tambien á sus soldados, y se quedaron todos altamente sorprendidos al saber que el Almirante habia hecho el mismo voto, con todas las circunstancias y detalles, ántes de tener noticia alguna del que habia hecho el General. Esta coincidencia extraordinaria fortaleció la esperanza en el corazon de todos, y nadie dudaba ya de que la divina Providencia se declaraba en su favor.

60. Todo aquel dia, sin embargo, se estuvieron observando las escuadras, sin disparar un cañonazo, á lo que pudo contribuir, segun las crónicas, la falta de virazon, que no les permitió afrontarse lo bastante para dar principio á la batalla. Áun dudaban los corsarios de las verdaderas intenciones del General español; mas, al ver, ya entrada la noche y á la luz plateada de la luna, que se ponian en movimiento nuestros destartalados galeones en ademan de presentarles el combate, mudos de asombro primero, y despues arrebatados de furor, descargan sus andanadas contra enemigo tan débil, creyendo echar á pique las dos naves españolas á los primeros disparos de sus baterías formidables. Nuestro General habia ordenado que nadie rompiese el fuego hasta una señal preconvenida. Recibieron, en efecto, la primera descarga del corsario sin disparar un solo

tiro, y marchando siempre al enemigo hasta situarse en sus flancos, para no desperdiciar un solo grano de su pólvora, en expresion de Orellana; pues se necesitaba aprovechar las escasas municiones que áun quedaban de los pasados combates. Cuando se hubieron situado á su placer, se da la señal de «fuego», y como si brotáran repentinamente del fondo de las aguas dos volcanes pavorosos, esparcieron en su torno la muerte, la destruccion y el exterminio. Fueron tan certeras sus descargas, que las siete fragatas holandesas se vieron arrolladas y vencidas á los primeros disparos, teniendo que retirarse por el pronto para reparar sus averías. Avergonzados, empero, de su derrota escandalosa por aquellas dos *gallinas*, volvieron á la carga al poco tiempo, y se prolongó el combate hasta los primeros rayos de la aurora, que obligaron al corsario á declararse vencido, escapando á toda vela de aquellas sangrientas aguas, para que el sol no revelase sus estragos á las vencedoras naves castellanas. Así terminó aquella jornada, vergonzosa por demas para la escuadra holandesa, y eternamente memorable en los fastos filipinos. Y para que el fin correspondiese de algun modo á los principios, viendo un piloto portugues de nuestras naves que huian á todo trapo los orgullosos holandeses, subió al castillo de popa, y les dirigió en voz alta la interpelacion siguiente: *¿Naon tocais frautiñas? Tocay, tocay frautiñas, meus hermanos.*

Si aquella raza descreida no se hubiese empeñado tenazmente en cerrar sus ojos á la luz, hubiera debido comprender que su derrota no tenía explicacion posible en los cálculos del hombre. Hubiera debido cono-

cer que aquellas victorias sucesivas de un enemigo tan débil revelaban claramente la intervencion de un poder superior enteramente á los esfuerzos humanos, y que era inútil luchar contra los altos decretos de la divina Providencia. Mas nada de esto comprendieron ó quisieron comprender los holandeses. Áun volvieron á la carga despues de reponerse en algun tanto de sus estragos horribles. No podian soportar de ningun modo la confusion y la vergüenza de verse vencidos tantas veces por nuestra mísera escuadra. Empero esta nueva jornada sólo sirvió para aumentar más la deshonra de sus armas impotentes. «Despues de algunas horas de un fuego vigoroso (dice un texto), los enemigos echaron á nuestros galeones un patache de fuego que conducia un marinero, pero con un solo cañonazo que acertadamente le tiraron se vino á fondo, y cogieron á este infeliz navegante medio abrasado por las llamas, que áun vivió el tiempo necesario para declarar que el enemigo tenía otro buque de fuego prevenido. Con este aviso saludable estuvieron los españoles á la mira, y al verlo venir en el tercer combate, lo echaron á pique con igual facilidad que al primero.»

Grandes y horrorosos fueron los estragos que sufriera el enemigo en estas luchas navales; empero, como tenian elementos para reparar sus averías, y sus medios materiales eran, sin comparacion, muy superiores á los nuestros, quisieron probar fortuna una vez más, presentándoles aún otro combate algunos dias despues (el 31) cerca de la isla de Mindoro. Este combate sangriento no fué de larga duracion; cuatro ó seis horas bastaron á las naves españolas para derrotar áun

por esta vez á los tenaces corsarios, que viéndose ya sin municiones, destrozados sus bajeles, y fuera ya de combate la mayor parte de su gente, huyeron, por fin, de nuestra escuadra vencedora, y regresaron á Jacatra cubiertos de confusion y de ignominia. Así fué humillada para siempre la soberbia de los señores del mar, que convencidos á la postre de su imbecilidad y su impotencia para luchar contra el cielo, que protegia visiblemente nuestra escuadra, no osaron ya por entónces disputarnos esta posesion hermosa de los dominios españoles.

La historia no nos dice el fin que tuvieron los destrozados bajeles del corsario que no fueran sumergidos en el combate naval. Sólo se sabe que tuvieron que *ceñir* algunas de las fragatas, la capitana especialmente, que se abrian por todas partes, y se duda con razon que pudieran llegar á su puerto de Batavia, habida consideracion al mal estado en que quedaron. Entre tanto nuestros victoriosos galeones regresaron triunfantes á Cavite, donde ignoraban aún el resultado de aquella jornada peligrosa, y estaban con sobresalto, por haber estado oyendo tres dias consecutivos las nutridas descargas del cañon, que llegaban sin cesar con sus ecos pavorosos sobre las alas mensajeras de los vientos. Déjase fácilmente comprender el entusiasmo, la ovacion, el apoteosis con que fueran recibidos los salvadores del país, los paladines gloriosos de la honra castellana, los caballeros, en fin, de la Vírgen del Rosario.

61. Mas los honores del triunfo no pudieron hacerles olvidar que sus victorias se debian principalmente á la proteccion del cielo, y al amparo tutelar de su di-

vina Patrona. Por eso fué que los héroes se apresuraron á cumplir los votos sagrados que habian hecho á la celestial Señora, viniendo en peregrinacion á rendirla este homenaje en su célebre santuario de Santo Domingo de Manila. Satisfecho desde luégo este deber religioso, fué preciso carenar nuestros bajeles, para lanzarlos de nuevo al azar de los combates. Habia salido por entónces del puerto de Cavite el galeon de San Diego, que hacia en aquella estacion la carrera de Acapulco. Mas á la altura de Mindoro vióse atacado de repente por tres fragatas de guerra, que eran una fraccion errante de la escuadra del corsario, cuyo desgraciado fin áun ignoraba. El galeon se defendió valientemente con su poca artillería, batiéndose en retirada hasta ganar otra vez el mismo puerto de Cavite. Luégo que llegó á Manila la noticia del suceso, dispuso el Gobernador que sin pérdida de tiempo se volviesen á montar los famosos galeones, llamados comunmente del *Milagro*, y sin embargo de que áun no se habia terminado su carena, salieron inmediatamente para despejar el paso, que tenía interceptado el enemigo. En esta ocasion fué nombrado general D. Agustin Cepeda, á quien ordenó aquel jefe «que se rezase en ambos galeones todos los dias el Rosario», haciendo la misma prevencion á los capitanes de las cuatro compañías, que luégo despachó por separado en algunos bergantines, con una galera de refuerzo. Dispuso asimismo el General «que se renovase el voto que ántes habian hecho á Nuestra Señora del Rosario, asegurando que él sería el primero en cumplirlo.»

Zarparon, en efecto, los milagrosos galeones del ve-

cino puerto de Cavite, en demanda y requerimiento de las naves enemigas, que descubrieron, por fin, en la punta de Santiago, que se 'avanza sobre el mar en la costa de Batangas. Estas naves holandesas eran mucho más poderosas y más fuertes que los cascos españoles. La capitana tan sólo montaba cuarenta piezas de gruesa artillería, y las otras sobre veinte del mismo alcance y calibre, sin los guarda-timon y piezas de alcázar. Se hallaban, ademas, vírgenes de toda lucha naval, y por consiguiente en buen estado. Entusiasmados, sin embargo, los valientes castellanos con las victorias pasadas, y confiados en el poderoso patrocinio de la Vírgen del Rosario, acometieron por el flanco al orgulloso corsario, y se trabó desde luégo el más sangriento combate entre las pequeñas islas de Luban y de la Ambil. Diez horas duró la tempestad, que con sus alas de fuego giró como un torbellino sobre las escuadras combatientes. Si dos nubes empujadas por contrarios vientos vienen á estrellarse en el espacio, y retumba el firmamento al estruendo fragoroso de sus rayos, y se cruzan por los aires surcos de fuego siniestro, y serpean las centellas que reducen á cenizas el añoso tronco de los Alpes, áun no podriamos formar una idea aproximada de aquel horrible espectáculo que presenciáran las aguas. Envueltos, confundidos, estrechados nave á nave, brazo á brazo, cuerpo á cuerpo, sólo respiraban fuego y sangre, y su aliento eran las llamas. Los ayes del moribundo, las oraciones del cristiano y las blasfemias del impío se confundian sin cesar con el silbido de las balas, el crujir de las cureñas y el hórrido tronar de los cañones. Por fin, callaron de pronto las ba-

terías enemigas, y sólo se oyeron los disparos de las naves españolas. Una vez más habian triunfado de los orgullosos holandeses; una vez más habian abatido sus pendones con fuerzas tan desiguales, y otra vez huyeron, como solian, de nuestra escuadra invencible á favor del humo y de la oscuridad, que apénas permitia distinguir al enemigo en el calor de la pelea.

Señores ya de la mar los bravos defensores de estas islas, se determinaron á esperar algunos dias sobre el teatro de su gloria, para ver si el enemigo volvia otra vez á la carga, despues de reparar los graves daños y destrozos navales de su escuadra. Cansados ya de aguardarlo inútilmente, se aproximaron á la bahía de Manila, á principios de Octubre, y estando algunas millas sotaventados del Corregidor, vieron ya sobre sus aguas á las tres naves enemigas, que de improviso les presentaron el combate. Nuestra nave capitana, sin poder zafar el casco del cable con que estaba asegurada, por lo brusco y repentino del ataque, sostuvo sola el combate por espacio de cuatro horas, sin haberla podido socorrer la almiranta, que habian arrastrado las corrientes á muchas millas de distancia. Mas no fué necesario tampoco su concurso para vencer al enemigo, que no pudiendo resistir con tres fragatas las horrorosas andanadas de nuestro viejo galeon, esclavo y sujeto como estaba al corvo diente de su áncora, huyó, como siempre, derrotado, abandonando en su fuga una falúa de guerra con toda su dotacion de gente y armas, que perecieron sin remedio al fuego de nuestra nave. Al alejarse el enemigo, nuestra capitana levó anclas y trató de dar caza á los corsarios; mas éstos se hallaron ya á mu-

cha distancia, y en su fuga vergonzosa no pararon hasta Java, adonde fueron á sepultar para siempre su vergüenza.

62. Tal es la reseña, á grandes rasgos, de las célebres victorias que las armas españolas, visiblemente amparadas por la Vírgen del Rosario, consiguieron del poder y de la soberbia de la Holanda en estos mares, por los años del Señor de 1646. No era justo, ciertamente, que una merced tan sigular, un prodigio tan continuado é indeficiente con que la Reina del cielo, habia protegido de un modo tan manifiesto nuestra escuadra contra fuerzas infinitamente superiores en número y recursos militares, quedase sepultada para siempre en la region del olvido. Así, pues, y con el fin de que no se llegase á dudar en tiempo alguno de la realidad de este prodigio, el Procurador general de la Provincia se presentó en nombre de la Corporacion y en toda forma ante el cabildo eclesiástico del Arzobispado (*sede vacante*), pidiendo se procediese por los términos que prescribe el derecho á incoar un juicio competente para calificar las cinco victorias referidas, y decidir, finalmente, si podian reputarse milagrosas. Vista y admitida la demanda, se tomaron declaraciones á quince testigos de los más calificados, que habian presenciado los combates, como fueron el General, el Almirante, los sargentos mayores y los capitanes de la armada. En estas declaraciones judiciales constan muchas circunstancias y detalles, que sensibilizan claramente la proteccion especial que la Vírgen del Rosario dispensó amorosamente á nuestra pequeña escuadra en los diferentes lances y sucesivos combates de esta guerra. Los

galeones eran viejos y podridos, como lo aseguró, entre otros testigos de excepcion, el general D. Sebastian Lopez. El trasunto de su deposicion original es como sigue: «Un dia ántes de salir la primera vez los galeones del puerto, al callar ó abocar la artillería en la almiranta, que iba á su cargo, vió que con el peso se sumia la tablazon de la cubierta por estar podrido, é hizo poner unas tablas nuevas sobre las podridas, como aforro, lo cual no fué suficiente aderezo respecto del que habia menester, porque las latas estaban despedidas dos dedos de los costados, de lo mucho que dicho galeon habia trabajado en el viaje de Castilla; y así, por esta y otras causas, segun estaban maltratados y podridos los galeones, tiene por cierto, y lo han tenido todos los de dicha armada, ser evidente milagro de la Vírgen el que hubiese podido aguantar.»

Muchos de los testigos afirmaron que todos ó casi todos los disparos se hacian en nombre de la Vírgen; y por último, todos uniformemente atestiguaron que en las cinco victorias alcanzadas contra las escuadras holandesas no murieron en ambas naves más que catorce ó quince hombres, habiendo los enemigos disparado de cinco á seis mil balas de cañon, con otros muchos proyectiles de menor calibre. En vista de estas y otras muchas circunstancias extraordinarias, que aparecen comprobadas por tan respetables testimonios, y ratificados los testigos en sus declaraciones respectivas, recayó en juicio contradictorio el auto definitivo que se sigue:

«Nos, el venerable Dean y Cabildo, Gobernador eclesiástico en sede vacante de esta santa Iglesia metro-

politana de Manila é islas Filipinas: habiendo visto las informaciones y demas autos fechos á peticion é instancia de la sagrada religion de Predicadores, en órden á que se declare haber sido milagrosas, y conseguídose por intercesion de Nuestra Señora del Rosario las cinco victorias que el año pasado de cuarenta y seis tuvieron del enemigo holandes las armas católicas, con los galeones Nuestra Señora de la Encarnacion, y Nuestra Señora del Rosario; así en Bolinao, contra cuatro naos; como, y mucho más en la isla de Marinduque, contra otras siete diferentes naos de dicho enemigo, y tambien sobre la isla de Mariveles contra otras tres diferentes, tambien de dicho enemigo, y asimismo oidos los votos y pareceres de los reverendos padres, que, en conformidad de lo dispuesto por el santo Concilio de Trento, se nombraron y señalaron para que sobre este caso diesen su parecer: decimos, que debemos declarar y declaramos que las dichas cinco victorias expresadas en los autos, que con dichos dos galeones consiguieron del enemigo holandés las armas católicas, fueron y se deben tener por milagrosas, y haberlas concedido la majestad soberana de Dios por medio é intercesion de la Vírgen Santísima, nuestra Señora, y la devocion de su Santo Rosario. En cuya conformidad, dimos licencia para que por milagrosas se celebren, prediquen y festejen, y se impriman entre los demas milagros obrados por Nuestra Señora del Rosario, para mayor devocion de los fieles con la Vírgen Santísima Nuestra Señora y su Santo Rosario. Dada en Manila, en nueve dias del mes de Abril de mil seiscientos cincuenta y dos años.— Siguen las firmas.—Ante mí Andres de Escoto, secre-

tario.» (Fr. B. de Santa Cruz, lib. I, tom. II, segunda parte, cap. XXIV.)

Aquel voto primitivo que hicieran nuestros guerreros á la Vírgen del Rosario, y ratificó el Gobernador en la segunda jornada, se ha venido cumpliendo religiosamente desde entónces por el Excmo. Ayuntamiento, que asiste en cuerpo y costea la fiesta aniversaria, que nuestros religiosos solemnizan en el último dia del célebre novenario, conocido vulgarmente en estas islas por *la Naval* de Manila. El argumento del sermon en dicho dia es la remembranza y descripcion de las victorias conseguidas en aquella época, por la intercesion de la Vírgen del Rosario, contra las armas holandesas, como quiera que se deban á estos triunfos la dicha, la libertad y el proverbial catolicismo de estas islas.

63. Los holandeses quedaron vencidos y humillados en los mares de Luzon en 1646. Mas áun proyectaban volver por el honor de sus armas, y no habian renunciado todavía á la esperanza de agregar una colonia más á sus conquistas oceánicas. Era tal la ceguedad y obstinacion de aquellos aventureros navegantes, y estaba tan persuadido el general de su armada de que en esta ocasion habia de llevar á cabo la conquista de estas islas, que ántes de partir su escuadra de Batavia aseguró con juramento á su gobierno que clavaria su estandarte sobre los muros de Manila, ó moriria en la demanda. Tuvo lugar esta jornada hácia mediados del año 1647. Componíase esta vez su fuerza expedicionaria de ocho navíos de guerra con cinco pataches de refuerzo, provista ademas en abundancia de toda clase

de víveres y municiones. El 9 de Julio aparecieron en la bahía de Manila los trece buques del corsario, sorprendiendo su presencia aterradora al Gobernador desprevenido, que se habia dormido incauto sobre los propios laureles. Asaz confiado realmente en las pasadas victorias, descuidó completamente toda precaucion necesaria para la defensa de esta plaza, contra cualquiera contingencia por parte de un enemigo que soñaba todavía en la posibilidad de esta conquista. Sólo estaba disponible por entónces el galeon San Diego, surto en el puerto de Cavite, que no podia lanzarse á los azares de un combate contra una escuadra tan temible, sin tentar visiblemente á todo el poder del cielo.

64. En vista de un peligro tan inminente é indeclinable, se procuraron reforzar del mejor modo posible las plazas de Manila y de Cavite. A este puerto se mandaron dos compañías solamente, que con el auxilio del galeon de San Diego, y las trincheras y baluartes de la plaza, fueron suficientes por sí solas para impedir un desembarque. Toda la escuadra enemiga, á excepcion de dos navíos, que se quedaron de reserva en el centro de la bahía, dió principio el bombardeo, ciñendo la poblacion estrechamente, sin reparar que se acercaba más de lo que podia convenirle en aquel caso. Bien pronto les avisó de su imprudencia el cañon temeroso de la plaza, y hubieron de retirarse con el pretexto plausible de hacer una excursion por la bahía para meditar mejor su plan de ataque. Al dia siguiente volvieron sobre sus pasos, y fondearon desde luégo en la punta de Sangley. Despues de practicar aquella noche un reconocimiento por la costa, se aproximaron de

nuevo el dia 12 para dar principio al bombardeo con mejores condiciones de buen éxito. Mucho daño recibieron, en efecto, los edificios de Cavite y de San Roque bajo la lluvia de fuego que vomitaban sin cesar los cañones enemigos; empero la plaza, protegida por el galeon San Diego, rechazó vigorosamente aquel ataque. Colocada esta nave poderosa entre la escuadra holandesa y la parte de la poblacion más amagada, semejaba un castillo avanzado sobre el fondo de las aguas, que con sus flotantes baterías mantenia á raya los fuegos y las acometidas del corsario. A este baluarte pavoroso debió, sin duda, Cavite su salvacion en este dia; pues fué como una barrera formidable, que no permitia avanzar un paso al enemigo. Recibió doscientas balas en su casco poderoso, y la nave capitana del corsario más de ciento y veinte proyectiles de un calibre formidable. Algunos la atravesaron por babor de una á otra banda, y á no haber sido socorrida por los otros navíos de la escuadra, que protegieron, por fin, su retirada, se hubiera ido á pique sin remedio. El combate se prolongó hasta cerrada la noche; nuestras baterías de mar y tierra hicieron mil y ochocientos disparos, y unos tres mil los enemigos. Tampoco lograron esta vez apoderarse de la plaza, como habian jurado en su impiedad; y al ver su escuadra en mal estado, esperaron las sombras de la noche para retirarse en silencio á Mariveles, con el fin de reparar sus averías en aquel pequeño puerto. Allí estuvieron algun tiempo descansando de aquel infausto combate; y no atreviéndose á repetir la tentativa, emprendieron una pequeña expedicion á nuestro partido de Bataan, para proporcio-

narse algunos víveres y hostilizar aquellos pueblos.

65. Abucay era á la sazon el pueblo más importante y principal de aquel distrito, y en él cometieron los corsarios inauditas crueldades, cebando su venganza y su despecho en las inermes muchedumbres, que vieron doquiera ensangrentados sus indefensos hogares. Ocupaba por entónces los dos pueblos de Abucay y de Samal D. Diego Antonio de Cabrera, alcalde mayor de la Pampanga, con seiscientos indios bien armados, que teniendo al frente un buen caudillo, era suficiente fuerza para defender todos los pueblos del partido del vandalismo holandes. Empero, ni aquel jefe era militar de profesion, ni tenía las dotes para mandar y dirigir aquella fuerza del modo más conveniente á la defensa de los pueblos que estaban amenazados y más expuestos á las depredaciones y violencias del corsario. Acudió, es verdad, con gran presteza, á los puntos más hostilizados por los vándalos del mar; mas su falta de pericia en el arte de la guerra proporcionó al enemigo la oportunidad de un desembarque, que debiera haberse evitado á todo trance. Y áun despues de esta torpeza, en vez de impedir que se internase (lo que hubiera podido fácilmente conseguir, por estar aquella tierra cortada por esteros en todas direcciones), encerró toda su gente en la iglesia y convento parroquial, como una manada de carneros destinados á la muerte. La tropa protestó contra esta determinacion; mas tuvo que obedecer á su pesar, por no faltar á la subordinacion y disciplina.

El pueblo inerme é indefenso huyó á los montes inmediatos, que sólo distan media legua, y quedó la tro-

pa aislada en aquellos edificios con el alcalde y dos religiosos de la Órden, que rehusaron huir á la montaña con sus ovejas fugitivas, con el fin de poder asistir á los heridos en el próximo combate. El enemigo se internó en la poblacion en pequeñas embarcaciones de los mismos naturales, que por su poco calado podian subir fácilmente por el rio, y así llegaron á colocar sus baterías en frente de la iglesia y del convento. Su primer requerimiento fué intimar la rendicion á los reclusos; mas el alcalde no se dió por entendido. Entónces hicieron conducir desde sus naves algunas piezas de á cuatro, con las cuales empezaron á batir aquellos edificios, cuyos muros eran harto débiles para resistir por mucho tiempo al cañon de los piratas. Fácilmente se comprende que no era posible defenderse en aquel encierro infausto, y la tropa deseaba probar una salida á todo trance para batirse á campo raso; mas el infortunado alcalde se opuso al empeño valeroso de su encarcelada hueste é hizo señal de rendicion al enemigo. Entónces pretendia aquel jefe aturdido y pusilánime dar á esta bochornosa rendicion el carácter de una capitulacion honrosa, revistiéndola de condiciones que los holandeses despreciaron, contestándole arrogantes que ya no era tiempo de imponer sino de recibir sus condiciones. No le quedaba, pues, otro arbitrio en aquel caso que rendirse á discrecion.

Desarmados los pampangos que componian aquella fuerza, subió el corsario con cien hombres á la casa conventual, y respetando tan sólo al alcalde y religiosos, que ignoraban su suerte y su destino, hizo arremolinar aquellos infelices en un rincon del edificio, y dió

órden á los suyos de hacer fuego sobre ellos, quitando así la vida inhumanamente á mas de cuatrocientos inocentes, que por obedecer á un jefe inepto le dieron aquel triunfo vergonzoso y fueron víctimas sangrientas de aquel acto de barbarie. Sólo pudieron salvarse algunos pocos, que tuvieron valor para arrojarse por las ventanas del convento. Concluida la matanza, el enemigo se llevó en calidad de prisioneros al alcalde y religiosos, que habian presenciado horrorizados aquella infausta hecatombe. En seguida saquearon la casa parroquial y la iglesia juntamente; profanaron las imágenes sagradas, y despues de reducir á cenizas aquel desgraciado pueblo, celebraron por tres dias aquella horrible victoria. No fué tan afortunado el enemigo en el pueblo de Samal; pues los bizarros pampangos que lo guarnecian felizmente á las órdenes de un jefe mas experto, supieron impedir su desembarque y hacerlos retroceder á sus navíos.

Sabedor el Gobierno de Manila de los sucesos horrorosos acaecidos en Abucay, nuestro honorable Provincial envió sin pérdida de tiempo á un religioso de la Órden á aquel partido para consolar á los infelices habitantes de aquel pueblo, reducidos á llorar su mendicidad y su indigencia sentados sobre las cenizas de sus hogares paternos. Aun permanecian hacinados los cadáveres corruptos en donde habian sido asesinados tan vilmente, y para evitar una infeccion peligrosa, que pudiera producir algun contagio, fué necesario quemarlos ante el vestíbulo sagrado de aquel templo, donde fueron honradas sus cenizas con el duelo general de la provincia, pues rara era la familia que no con-

tára entre los muertos algun indivìduo de su seno.

Desde su estacion de Mariveles hacia el enemigo frecuentes excursiones en lo interior de la bahía, apresando las embarcaciones grandes y pequeñas que cruzaban estas aguas, sin que el Gobierno de Manila pudiera impedir estos actos de piratería y brigandaje, por carecer de marina y de navíos de guerra disponibles. Se procuró, sin embargo, un buen socorro á la provincia de Bataan, para evitar el peligro de que los pueblos del partido, intimidados acaso con los sucesos de Abucay, diesen por fin acogida al enemigo, y lográra de este modo hacerse fuerte en algun punto, y establecer una base de operaciones estratégicas para sus planes ulteriores de conquista. Esta vez se confió el mando y la direccion de aquella fuerza expedicionaria á un jefe militar acreditado, capaz de probar al enemigo que no es lo mismo batirse con hombres extraños á las artes de la guerra, que con caudillos expertos y avezados al fragor de los combates.

Era este bizarro jefe el valiente capitan D. Juan de Cháves, que al frente de una buena compañía y algunos pampangos valerosos, que se agregaron á sus filas, se presentó en la provincia y se posesionó sobre la marcha de los puntos principales, para tener siempre en jaque al enemigo y contener sus excursiones vandálicas. No tardaron los holandeses en volver á aquel partido para hacerse provisiones, como tenian de costumbre; empero, sabedor el comandante de la fuerza que se habia situado en Samal de que los bandidos holandeses habian penetrado nuevamente en el pueblo de Abucay, por estar desguarnecido, para robar los des-

perdicios de la primera campaña, se propuso sorprenderlos en sus depredaciones y saqueos, y hacerles pagar el merecido de sus horrendas infamias. Al efecto, dividió su tropa en tres columnas: una se adelantó por la parte de los montes, al mando del capitan D. Francisco Gomez de Palillo, con órden de caer sobre el campamento enemigo; la segunda, capitaneada por el ayudante D. Francisco Palmares, debia marchar por la playa para operar en combinacion con la primera, y Cháves debia salir con la tercera por la calzada y avanzar directamente sobre el centro de las fuerzas enemigas.

Formado su plan de ataque, se pusieron en movimiento las columnas en la manera convenida, y cayeron á un tiempo sobre el grueso de las fuerzas enemigas, que sorprendidas y atajadas por todas las avenidas, perecieron en gran parte á la accion irresistible de las armas españolas. Los que pudieron huir del hierro exterminador que les perseguia por todas partes, se arrojaron á la mar, y fueron muy pocos, finalmente, los que pudieron ganar sus embarcaciones malhadadas, para llevar la noticia de su terrible desgracia al general orgulloso de la escuadra.

En vista de este suceso, que desbarató completamente los ambiciosos planes de conquista que acariciaban aún los piratas de la Holanda, envió el corsario un mensaje al Gobierno de Manila, proponiendo á Fajardo el rescate del alcalde y religiosos de la Órden, que su tropa habia hecho prisioneros en Abucay. Empero este Gobierno contestó que debia restituirlos sin rescate, por haberles apresado en mala guerra, contra

el derecho de gentes. La Corporacion sintió profundamente esta negativa del Gobierno, que abandonaba á tres hijos de la patria al furor y á la violencia de un enemigo despechado, y practicó las más vivas diligencias para salvar á sus dos súbditos; mas no llegaron á tiempo sus gestiones, pues los holandeses, irritados, se los llevaron á Batavia en calidad de prisioneros de guerra, en donde sufrieron tantas privaciones y trabajos, que al fin los condujeron al sepulcro al regresar á Manila de su penoso cautiverio.

Al ver el general de la escuadra neerlandesa el éxito desgraciado de su jornada postrimera, hubiera deseado tener una ocasion de poder retirarse con honor del empeño temerario que habia imprudentemente contraido ante el pabellon orgulloso de su patria; empero, ligado fatalmente con el juramento impío de no regresar á Java sin tremolar ántes sus pendones sobre los muros de Manila, permanecia estacionado en Mariveles, en donde se apoderó por fin una epidemia aterradora de la armada del corsario, siendo víctima siniestra del horroroso contagio el mismo general de los piratas.

Así terminaron los conatos de conquista que por tanto tiempo acariciaron los bandidos de la mar sobre las islas Filipinas. Es demasiado visible la mano de la Providencia en estos hechos, sin que le sea preciso al narrador el demostrarlo con espléndidos discursos. Sabedor el Monarca de Castilla de esta especie de epopeya milagrosa, premió generosamente á los grandes capitanes que se habian distinguido en esta guerra. Don Lorenzo Ugalde fué nombrado castellano perpétuo de la fuerza de Santiago, y se le dió la mejor encomienda

que vacaba á la sazon en el país; el sargento mayor, D. Agustin de Zepeda, fué tambien condecorado con el honroso baston de maestre de campo y otra encomienda muy notable, y el capitan D. Juan Enriquez fué nombrado, finalmente, general, recibiendo los demas sus mercedes respectivas en proporcion á sus méritos y á sus antecedentes personales. El almirante don Sebastian Lopez habia ya fallecido por entónces, y es de creer que allá en el cielo se le tendria preparado su apotéosis, como paladin glorioso de la religion y de la patria.

66. Tambien era natural en aquel caso que S. M. C. no echára en olvido los servicios que habia prestado la Provincia del *Santísimo Rosario* en las anteriores luchas contra el poder de la Holanda; pues nadie ignoraba que sus hijos habian sido el alma y el pensamiento de las jornadas gloriosas que se lleváran á cabo en 1646. Es verdad que no convenia á su carácter el uso del arcabuz y del cañon; pero infundieron valor á los demas con sus exhortaciones elocuentes, que excitaban en su pecho el sentimiento religioso, resorte desconocido de los pueblos que han perdido para siempre su religion y sus creencias. Como quiera que esto sea, y á pesar de esta verdad, que la historia se ha encargado de trasmitirnos con los siglos, nuestro honorable Provincial recibió una real órden, en la que S. M. hacia graves cargos á la Corporacion de su alto cargo por los desgraciados sucesos de Bataan, y muy particularmente por las bárbaras matanzas de Abucay; «porque, decia la real órden, en la ocasion que peleaban los indios sin haber recibido daño ninguno del enemigo, ni

faltarles municiones, los dos religiosos que habia en el convento, en lugar de animar á los indios, hacian instancias para que hicieran buena guerra al enemigo»; es decir, para que se dejasen asesinar del enemigo.

Era preciso declinar la responsabilidad de los sucesos que habian tenido lugar en aquel pueblo por la torpeza de un jefe extraño á la carrera de las armas, y nada pareció más expedito que calumniar á los dos religiosos residentes á la sazon en dicho punto, atribuyéndoles la causa de la matanza, que ellos hubieran evitado ciertamente, si hubiera escuchado sus consejos el malhadado caudillo que mandaba aquella fuerza. Empero, como quiera fuese tan notoria en Filipinas la falsedad de este cargo y de los demas que contenia la mencionada real órden, era fácil negocio el desvanecerlos por completo y volver por el honor de los religiosos susodichos. La primera diligencia que el Prelado superior de la Provincia practicó para el efecto, fué tener una entrevista con Fajardo, que era el que tan siniestramente habia informado al Real Consejo de Indias sobre este particular. Le mostró la copia de un documento que el mismo Gobernador habia remitido á la córte con su firma, y le dijo con levantado corazon y con franqueza que apénas era creible que un hombre de sus circunstancias osase poner su firma á una calumnia tan notoria, desmentida por los hechos y por la conciencia pública.

No pudo negar Fajardo haber sido el autor de dicha carta; mas satisfizo diciendo que habia sido mal informado; que despues habia escrito á S. M. en sentido muy contrario, y que habia estado muy pesaroso de

haber procedido tan ligeramente en el asunto. No quedó completamente satisfecho el Prelado provincial con estas explicaciones, porque ni le constaban por escrito, ni con ellas se lograba el objeto deseado. Era preciso que constase la calumnia al supremo tribunal con pruebas legales y jurídicas, para restituir á la inocencia sus derechos inviolables. Con este fin, se presentó á la Real Audiencia de Manila, y le pidió se sirviese nombrar un delegado, que abriese en debida forma un proceso judicial sobre la verdad de aquellos hechos. Quince españoles de categoría é integridad fueron examinados al efecto, y todos ellos declararon en favor de la Provincia y de los dos religiosos mencionados. La séptima pregunta, que envolvia el cargo principal de aquel proceso, estaba concebida en estos términos: «¿Si sabian que fué siniestra relacion la que se hizo á S. M. diciendo que los indios pampangos que murieron en el asalto que el holandes dió sobre Bataan en el año de 1647, fué por culpa de los religiosos de dicha Órden?» A excepcion de uno tan sólo, que dijo no saber nada de lo contenido en la pregunta, todos los demas afirmaron que los religiosos no habian tenido parte alguna en la desgracia referida, y sí únicamente el alcalde, que prohibió hacer más resistencia, y mandó que los indios se entregasen desde luégo al enemigo. Basta copiar literalmente la declaracion del penúltimo testigo, que viene á ser el resúmen de todas las demas. «A la séptima pregunta, dijo: que sabe ser siniestra y falsa relacion, y con ánimo dañado, la que se hizo á S. M. contra dichos pampangos, que murieron en el pueblo de Abucay, en el asalto que el holan-

des dió sobre dicho pueblo el año de 1647; y porque lo sabe este testigo, por ser público y notorio que lo fué en esta ciudad y sus contornos, que la causa de la gente que murió en dicho pueblo no fueron los dos religiosos de la Órden de Predicadores que asistian en dicho pueblo de Abucay, sino el alcalde mayor, que á la sazon era Diego Antonio de Cabrera, el cual fué la causa de la muerte», etc. Así fueron vindicados los fueros de la justicia, y confundida la calumnia, que debiera encontrar siempre un tribunal inexorable, donde viniera á estrellarse esa arma de la maldad, traidora en todos los tiempos á la virtud y á la inocencia.

67. Eran todavía muy recientes los sucesos de Bataan cuando la Provincia perdió á su honorable Prelado, el P. Fr. Domingo Gonzalez, varon eminente por su ciencia y por la alta reputacion de sus virtudes. Era natural de la real villa de Madrid, é hijo de padres humildes, que, á fuer de buenos cristianos, le facilitaron una educacion esmerada y religiosa, á la que debió la investidura del hábito de la Órden en nuestro antiguo convento de Guadalajara. De allí pasó á continuar sus estudios en el colegio de San Gregorio de Valladolid, en donde se distinguió por sus talentos sobre los más aventajados condiscípulos. Por fin, se incorporó á la Provincia del *Santísimo Rosario* por los años de 1620. La profunda humildad, que enalteció su grande y virtuosa alma, le inclinaba á ocultar con cierto estudio la profunda sabiduría que atesoraba su espíritu, pero no de tal manera, que pudiese tener por mucho tiempo encerrada aquella luz bajo el celemin oscuro de su modestia encantadora. Obligado á sostener unas conclu-

siones públicas bajo la presidencia del ilustre D. fray Pedro de Agarto, primer obispo de Zebú, siendo á la sazon Gobernador del Arzobispado de Manila, puso de patente, á pesar suyo, todos los tesoros de su ciencia. Luégo fué nombrado profesor de teología moral, cuya cátedra desempeñó brillantemente algunos años, con honor de la Provincia y de su corporacion, á la que proporcionó dias de gloria. Al andar de su existencia y de sus dias, fué destinado á Cagayan, en donde, con el auxilio del Señor, redujo á muchos gentiles al redil de Jesucristo.

Desde el principio de su apostolado adoptó como sistema el dar una instruccion más vasta á los cristianos principales de los pueblos, y despues les confiaba la mision de catequistas, que le ayudaban á llevar el peso del ministerio en todo lo concerniente al catecumenado religioso. Antes de administrar el santo sacramento del Bautismo á los adultos se ponia de rodillas en la presencia del Señor, y le pedia con ánsia que se dignase ilustrar á los que iban á entrar en su reino, para que no volviesen á separarse de su gracia. Despues de pelear por mucho tiempo las batallas del Señor en las montañas de aquel país nebuloso, fué llamado á Manila por la Órden, para desempeñar sucesivamente los altos cargos de Maestro de novicios, Catedrático de Teología, Regente de Estudios, Prelado provincial y Comisario del Santo Oficio en estas islas. Los gobernadores de Manila, los arzobispos y los prelados de las demas corporaciones religiosas le solian consultar los casos graves que se les ofrecian, y todos respetaban en gran manera su dictámen, que servia de norma á sus con-

ciencias en las vacilaciones y problemas nebulosos de la duda.

Su celo por la salvacion de toda carne fué siempre grande y fervoroso, poniendo en juego á este propósito cuantos medios y resortes estuviesen al alcance de su caridad ardiente. Con este fin visitó, siendo Prelado, todos los pueblos que administraba la Corporacion por aquel tiempo, inclusos los de la Formosa y de Batanes, y áun quiso pasar á China con el mismo pensamiento, lo que no pudo al fin verificarse por graves causas que sobrevinieron á su gran resolucion. Era guardador amante de la observancia regular y de la pobreza religiosa; por manera que estando en su mano el disponer de los bienes y riquezas de muchos amigos potentados, que le franqueaban sus tesoros, era siempre el más necesitado en su persona. Terminó la primera parte de la crónica, ó sea de la historia de la Provincia, principiada por Aduarte, y perseveró inflexible en los caminos de Dios hasta los setenta y tres años de edad, en que pasó á vivir con Jesucristo en las moradas eternas de su reino. Moria el 5 de Noviembre de 1647.

En las actas del comicio provincial que se celebró el año siguiente se lee de este venerable una memoria muy honrosa, que á la letra, dice así: «En la provincia de Manila y convento de N. P. Santo Domingo murió el V. y M. R. P. Fr. Domingo Gonzalez, de setenta y más años de edad, meritísimo Prelado de toda la Provincia, el cual abrazó alegre la muerte de los justos, llorándola, con razon, todos nosotros. Siendo antiguo Comisario del Santo Oficio, pasó de este siglo á mejor vida con opinion de santidad; varon verdade-

ramente grande y digno de toda alabanza. Fué de un pecho y espíritu apostólico, muy amante de las misiones, padre de los pobres, su amparo y su alivio en todo tiempo; sapientísimo en todas las ciencias, de una humildad rara, contínuo en la oracion, y en fin, varon perfecto y consumado en todas las virtudes, cuyas sienes (como piadosamente creemos) están adornadas con muchas coronas en el cielo.»

CAPÍTULO VII.

Eleccion de Provincial en la persona del P. Fr. Clemente Gan en 1648.— Declaracion interesante sobre la clausura de las casas.—Llega el P. Morales con una mision de treinta religiosos.—Se da razon de su viaje desde Macao hasta Malaca.—Toma de esta capital por los holandeses, y continuacion de su viaje hasta Roma.—Tiene una audiencia con la S. de Urbano VIII.—Aclara los diez y siete puntos que le presentó ya censurados.—Se va á la córte de Madrid.—Reune la mision y envia á Roma al P. Ricci para la terminacion de sus negocios.—Consigue éste el decreto de la Silla Apostólica sobre los ritos y la bula de la Universidad.—Prosigue su viaje hasta Méjico, y desde Acapulco hasta Lampon, en donde se libra, con la mision, de un gravísimo peligro.—Se publica la bula de la Universidad, y se entabla una competencia con el colegio de San José.— Este la pierde en Manila y la gana en Madrid.

68. Muerto el Prelado venerable de quien hase hecho mencion, procedia convocar el Comicio provincial, segun previene la ley, y el dia 2 de Mayo de 1648 era elegido en su lugar el P. Fr. Cárlos Clemente Gan, que ya habia gobernado anteriormente la Provincia con celo y sabiduría segun el espíritu de los santos. Ágil y robusto como un jóven, á pesar de sus setenta y siete años de edad, tuvo todos los sufragios por respeto y deferencia al sabio consejo del Prelado ya di-

funto, que les recomendó sinceramente este encargo postrimero. Tanta era la veneracion que profesaban á aquel varon de deseos, que áun se inspiraban en sus máximas mucho despues de su muerte.

69. En las actas de este Capítulo provincial leemos por la primera vez una declaracion interesante, relativa á la clausura de las casas religiosas afectas á la Provincia, que se ha venido observando escrupulosamente hasta nosotros. Hé aquí su contenido: *Declaramus, clausuram regularem, quæ ad religionis observantiam murus est, et antemurale, etiam debere observari in doctrinis nostris tam in domibus, à quibus vicarii nominantur, quàm in illis domibus, quas vocant* visitas: *et ut hoc inviolabiliter observetur, sublata deinceps omni dubitatione, quæ circa hoc potest suboriri, noverint universi fratres nostri contrafacientes, incursuros se in pœnas, et censuras à Sede Apostolica inflictas adversùs frangentes præfatam regularem clausuram: ac deindè id ipsum, in virtute Spiritûs Sancti, et sanctæ obedientiæ, et sub pœna excommunicationis majoris latæ sententiæ ipso facto incurrenda, præcipimus observandum omnibus, et singulis nostris, fratribus provinciæ Sanctissimi Rosarii Philippinarum; ut nemo eorum aliquo quæsito colore, atque prætextu à tali transgressionis gravamine se sentiat solutum, et exemptum. Quem casum in foro interiori reservamus R. admodum P. Priori Provinciali, et ejus vicariis nationum, et habentibus omnimodam potestatem à novis modò communicatam.*

Algunos años despues el Rmo. Marinis dió á la disposicion de este Capítulo toda la robustez que necesitaba, para que áun en los tiempos venideros fuese

inviolablemente observada. En conformidad de esto, con fecha 13 de Ágosto de 1668 dirigió á la Provincia sus letras generalicias, concebidas en los términos siguientes: «Deseando que en tiempos venideros se observe en la misma perfeccion que ha tenido y tiene esa nuestra santa Provincia de Filipinas, por la presente y autoridad de mi oficio, y la apostólica que tengo para declarar las dudas que pueden ocurrir *ad serenitatem conscientiarum subditorum*, declaro que en todas las casas de esa nuestra Provincia, ora estén en ciudades de españoles, ora de indios, ó sean colegiales, conventuales, ó curatos, vicarías, visitas, doctrinas, ó nombradas de otra manera, están comprendidas y las comprenden las leyes de la clausura, en manera que ésta se debe igualmente observar en todas sin distincion, bajo la misma censura y penas contenidas en las disposiciones apostólicas y nuestras sagradas leyes. Y mando á todos nuestros inferiores, prelados y súbditos, presentes y futuros, huéspedes y conventuales, en virtud del Espíritu Santo, de santa obediencia, bajo precepto formal, pena de excomuion mayor, *latæ sententiæ* y privacion de voz activa y pasiva *per sexennium ipso facto incurrenda*, que *verbo vel scripto, directe per se, vel per alios*, no vayan ni pretendan ir contra esta declaracion, sino que en todo y por todo se conformen con ella. *In nomine Patris*, etc. Y para que conste mandamos al padre Provincial ó Presidente de dicha Provincia que haga notorias nuestras letras patentes, etc.

Posteriormente el Rmo. Briz, por sus letras de 12 de Julio de 1828, redujo esta ley de la clausura regular á los términos del derecho comun, y áun habia diri-

gido poco ántes (esto es, el 22 de Abril del mismo año) otras letras potestativas de su oficio al Superior de la Provincia, en las cuales le decia en otros términos: «Que en su virtud, él y sus sucesores tenian la competente facultad para establecer en esta parte lo que juzgasen ser más conveniente delante de Dios para la tranquilidad de las conciencias de los súbditos, teniendo, empero, siempre muy presente el bien de la Provincia, el buen nombre y la fama adquirida con motivo de esta observancia, y lo que podria suceder si absolutamente se abriese la puerta á lo contrario. Así, pues, añadia, por lo que toca á nuestra parte, suspendemos las censuras y áun el precepto. V. P., sin embargo, con los definidores del Capítulo, determinarán lo que estimaren más oportuno, y lo insertarán en sus Actas para que lo sepa el Maestro de la Órden.» En virtud de lo determinado en estas letras, en el Capítulo provincial de 1833 (*admonit*, VIII) se determinó lo conveniente con relacion á la clausura, y en todos los Capítulos provinciales se renueva el mandamiento de la observancia de esta ley de la clausura, sin censura ni privaciones penales, que no son ni se estiman necesarias para garantir su cumplimiento.

70. A los dos meses cumplidos de haberse terminado las sesiones de este Comicio provincial, llegó á Manila el P. Fr. Juan Bautista de Morales con una mision de treinta religiosos de la Órden, ocho años despues de haber salido de esta capital para la córte de Roma, con el fin de proponer á la resolucion de la Silla Apostólica las famosas cuestiones de los ritos, que no habia podido terminar ni resolver en el imperio de la China,

por estar en completo desacuerdo con los PP. portugueses, segun queda referido en su lugar. Como nuestros religiosos y los PP. Franciscanos que trabajaban en la provincia de Fo-Kien practicaron sin resultado las más exquisitas diligencias para venir á un acuerdo sobre estos problemas religiosos, y desconfiando el padre Morales de poder llegar á un avenimiento con los PP. de Macao en este punto, regresó, por fin, con sentimiento á Filipinas, en donde supo que aquellos padres habian enviado ya á Roma al P. Álvaro Semedo, con el fin de procurar una decision favorable á su dictámen sobre aquella ruidosa controversia.

Esta noticia determinó á los PP. Dominicos de Manila y á los de N. P. San Francisco á enviar tambien procuradores por su parte á la capital del mundo, y desde luégo nombraron para el efecto al mismo padre Fr. Juan Bautista de Morales en representacion de nuestra Órden, y al P. Fr. Antonio de Santa María por la Órden Franciscana, que, como testigos presenciales que habian sido de las observancias religiosas, que eran el objeto del debate, podian ilustrar la cuestion de viva voz y llevar á su estudio los detalles y pormenores más precisos, para dar una idea exacta de la naturaleza y del carácter de aquellos célebres ritos. Para abreviar las distancias, se resolvieron á hacer el viaje por la India, y al efecto se embarcaron ambos procuradores para el puerto de Macao el dia de la Ascension del Señor de 1640. Aquí permanecieron cinco meses, esperando proporcion de algun bajel que siguiese su derrota para continuar su viaje. Entre tanto llegó á China el rumor siniestro de que los holandeses habian puesto última-

mente un rigoroso bloqueo á la ciudad de Malaca, por donde habian de pasar á todo trance para continuar su marcha. Tan malhadada noticia desanimó en gran manera al religioso Franciscano, hasta hacerle desistir de aquel viaje peligroso. Más osado y tenaz en su demanda el inmortal Dominico, que todo lo esperaba finalmente de la divina Providencia, se resolvió á embarcarse en una de las dos naves de socorro que enviaron los portugueses para ofrecer algun auxilio á aquella plaza sitiada.

71. El P. Morales nos dejó una relacion circunstanciada de su viaje desde la colonia de Macao hasta la ciudad de Roma, que todavía se conserva manuscrita en el archivo de nuestro convento de Manila, y de ella constan los grandes trabajos y peligros que arrostró varonilmente por la gloria del Señor en aquella larga peregrinacion llena de peripecias y accidentes, más propios, al parecer, de algun héroe de novela que de un personaje histórico.

Luégo que se hicieron á la vela con rumbo á las playas de Malaca, se vieron envueltos tristemente por una horrorosa tempestad, que arrojó al menor de los bajeles á las costas de Macasar. El mayor, que conducia á nuestro valiente misionero, pudo sostener el huracan, y prosiguió despues sin novedad especial hasta el estrecho de Sincapore, en donde al anochecer avistaron una vela, que pareció sospechosa á la nave portuguesa. Era, en efecto, un bajel de procedencia malaya, hostil á los portugueses y aliado temeroso de la Holanda. Tomaron posicion sobre la marcha ambos bajeles y se presentaron al combate. Breve fué, pero feroz,

la resistencia del malayo, que al fin, rendido y abordado por la nave portuguesa, pudo informar del estado en que se hallaba el sitio y la plaza de Malaca, y de la ninguna esperanza que quedaba á sus infelices habitantes de poder salvarse en tal extremo. La plaza estaba sitiada por mar y tierra á un mismo tiempo. Veinte y dos embarcaciones holandesas y treinta buques malayos batian sus muros sin descanso hacia más de cuatro meses, y los sitiados se hallaban en los últimos apuros, sin que fuese posible socorrerlos contra sus formidables sitiadores.

Esta relacion infausta alarmó sobremanera á los tristes portugueses; mas como ya se acercaban al teatro de tan terrible desgracia, prosiguieron adelante, y el capitan lusitano pudo introducir su nave en un rio que pasaba á muy poca distancia de aquel puerto, á pesar de los buques holandeses, que prevenidos ya de su llegada habian tratado de impedirle aquella entrada, y áun de apresarle si era dable. Arrojados, empero, mar afuera por encontradas corrientes, no pudieron impedir que la nave portuguesa penetrase á media noche en la barra deseada. Distaban ya solamente media legua de la plaza, cuando varó el buque de repente, por no haber querido el piloto seguir el rumbo sospechoso que le trazaba un malayo, práctico en aquellas aguas; indignado el capitan de aquel siniestro, que parecia intencionado, hizo cortar inmediatamente la cabeza al que juzgaba traidor á su bandera.

Falto de consejo en tal conflicto el capitan portugues, adoptó las medidas que el P. Morales le propuso, y que los hubieran salvado á no dudarlo, si se hu-

bieran llevado á efecto con toda la prontitud que reclamaban tan premiosas circunstancias. Ante todas cosas hizo que se embarcase el cargamento; que se recogiese la correspondencia, se trasbordase lo mejor y más preciso al buque apresado á los malayos, y el mismo misionero se dirigió con él á la ciudad, para procurar siquiera que se salvase la gente y el resto posible de la carga. Áun se proyectaban las sombras de la noche al rededor de los muros de Malaca, cuando el P. Bautista de Morales se anunciaba al Gobernador de aquella plaza, y le daba noticia de la nave que venía en su socorro, como tambien del siniestro ocurrido á poca distancia de aquel puerto. Urgia salvar toda la gente y el cargamento de aquel buque, pues en el caso contrario, todo estaba en gran peligro de caer en las manos holandesas. Empero la turbacion y la sorpresa se apoderaron de tal modo de aquel jefe, que en sus vacilaciones y recelos dejó pasar el mejor tiempo de la noche sin tomar ninguna resolucion definitiva hasta despues de haber amanecido, que era el mayor peligro. Mas la gente que mandó para el efecto regresó luégo á la ciudad sin haber salvado cosa alguna, temerosos de caer en manos del enemigo. Cansado ya de esperar el capitan de la nave portuguesa, y viendo que nadie aparecia de los suyos para ayudarle á salvar la gente y el cargamento del averiado bajel, se preparaba á hacerlo por sí solo hasta donde fuese dable, cuando fueron sorprendidos por las huestes holandesas, que les hicieron prisioneros en el acto.

Entónces y desde entónces se estrechó más el asedio, hasta que al fin, el dia 13 de Enero de 1641 es-

calaron las murallas con ochocientos soldados y se apoderaron de la plaza, que entregaron á saco desde luégo, despues de cinco meses de un sitio rigoroso y formidable. Los enemigos profanaron como impíos todos los objetos del santuario; aras, imágenes, símbolos, cuanto constituye exteriormente la hermosa fisonomía de la religion católica, todo fué objeto de escarnio, de abominacion y de impiedad. La cátedra del Evangelio, erigida y consagrada por San Francisco Javier, fué convertida desde luégo en cátedra del error, donde se insultaba á todas horas á la Iglesia de los santos. Tal fué el desgraciado fin de aquella ciudad famosa, que fuera por mucho tiempo el centro del catolicismo en el Oriente, de donde salian con frecuencia numerosos misioneros para extender los dominios del reino de Jesucristo por todas las regiones oceánicas.

Asegurados ya los holandeses de la plaza, fueron enviados en breve sus antiguos habitantes á las diferentes partes de la India portuguesa. El P. Morales fué tambien considerado como portugues por los vencedores en Malaca, y como tal, deportado fuera de la inmensa zona que ya ocupaban, entónces, las colonias holandesas en los mares del Oriente. Despues de muchas privaciones y trabajos, despues de muchas etapas y estaciones en diferentes puntos importantes de las posesiones portuguesas, llegó postrimeramente á la metrópoli de Goa, donde el Virey le detuvo, sin permitirle continuar su viaje á Roma, y sin dar razon satisfactoria de su arbitrario proceder. Pudo, por fin, evadirse ocultamente y embarcarse para la Persia, en cuya travesía

padeció trabajos inenarrables, hasta que llegó á Comoron hácia últimos de Marzo de 1645. De aquí, pasando por el Congo, situado cerca del golfo, se trasladó á Besora en un buque portugues. Despues de algunos dias de descanso subió por el famoso rio Tígris en una pequeña embarcacion; pasó por cerca de las ruinas de la antigua Babilonia, y llegaron por el mismo rio hasta la famosa Nínive, donde meditó profundamente sobre el contraste sublime que presentaba la grandeza de los antiguos imperios y ciudades populosas del Oriente, y las cenizas que hoy recuerdan la fugacidad de su existencia. Luégo atravesó los arenales ardientes del desierto, con una pequeña caravana que se dirigia á la ciudad turca de Alepo, en donde los guardas de la aduana lo registraron con un rigor tan extremado, que lo dejaron desnudo enteramente. El casto misionero no pudo ménos de quejarse de un hecho tan indecente y vergonzoso; pero le respondieron con descaro «que no hacian más que usar de su derecho.»

En tan larga y penosa peregrinacion no llevaba más que los papeles y la ropa de su cuerpo; viajaba completamente por cuenta de la Providencia, que jamas llegó á faltarle en los últimos apuros. Exigíanle, con efecto, cincuenta pesos de derechos para poder salir de dicho puerto; y aunque extraño y desconocido en aquella ciudad turca, no faltó quien le facilitase la expresada cantidad, en calidad de reintegro. Libre ya de toda traba, pasó despues á Alejandría, y haciendo escala en varios puertos del Egipto y de la Grecia, llegó, por fin, á Venecia, cuyo Senado le pagó generosamente todas las deudas contraidas en su viaje, y le suminis-

tró, ademas, algunas sumas para los gastos precisos que pudiera necesitar ulteriormente.

Al verse ya sano y salvo bajo el hermoso cielo de la Italia, fué en peregrinacion á la ciudad de Bolonia, para visitar el sepulcro de nuestro Santo Patriarca, y despues quiso dejar el tributo de sus lágrimas en la santa casa de Loreto, para satisfacer su devocion, inspirado tiernamente en aquellos monumentos religiosos.

Á últimos de Febrero de 1643 vióse llegar, finalmente, á la capital del mundo á un pobre misionero Dominico, que desde los últimos confines de la tierra iba á oir la voz de Pedro, y á someter graves cuestiones de carácter religioso á su fallo irrevocable. Ántes de apersonarse el humilde hombre al soberano Pontífice, creyó conveniente visitar al cardenal Francisco Berberino, sobrino de la santidad de Urbano VIII, que regía á la sazon los destinos de la Iglesia, y le expuso brevemente el objeto de su viaje, y la gravedad de las cuestiones que trataba de proponer al juicio y decision de la Silla Apostólica. Su eminencia lo trató con toda la delicadeza y atencion que era de esperar de su urbanidad aristocrática, y áun le prometió acompañarle á la presencia del Pontífice, á fin de que pudiese informarle de palabra y con toda exactitud acerca del gran problema religioso cuya solucion se deseaba. Ántes de hablar con S. S. se vió tambien con monseñor Francisco Ingoli, secretario de la sagrada Congregacion de Propaganda fide, con quien tuvo una larga conferencia, y en ella el gusto de saber que ya estaba enterado el Santo Padre de aquella famosa controversia, por una relacion circunstanciada que le habia presentado un

P. Agustino; añadiendo, finalmente, que, vistos y examinados por S. S. los puntos principales en cuestion, habia pronunciado sobre ellos su reprobacion en estos términos: «Estas proposiciones, que en China defienden los P.P. portugueses, de ninguna manera ni bajo de pretexto alguno se pueden seguir, practicar ni enseñar.» Este fallo general constaba ya registrado en su lugar correspondiente.

72. A los seis dias precisos de su permanencia en Roma, fué introducido por el eminentísino Berberino á la audiencia del Pontífice, que le interrogó inmediatamente acerca de su demanda y del motivo concreto de su viaje. El P. Morales contestó reverente en estos términos: «Vengo, beatísimo Padre, del gran imperio de la China, en donde he sido misionero mucho tiempo, y me ha obligado á emprender tan larga peregrinacion la necesidad de someter á vuestra Beatitud la resolucion de algunos puntos, sobre los que se enuncian proposiciones que parecen mal sonantes.» Al oir S. S. estas últimas palabras, se incorporó sobre su silla, y dando una palmada sobre ella, dijo con voz majestuosa: «Sí, mal sonantes; herejías, herejías; al tribunal correspondiente.» En vista del juicio que S. S. tenía ya formado préviamente sobre aquella famosa controversia, y de que su sabio dictámen habia triunfado ya en Roma de sus antiguos adversarios áun ántes que gestionase ni expusiese sus razones en apoyo de su opinion y de su juicio, suplicó á S. S. que lo despachase, á ser posible, á la mayor brevedad. De seguida le entregó en su propia mano los papeles y documentos que acreditaban su mision; recibió de S. S. la bendicion apostólica,

y permaneció algun tiempo en Roma, hasta que dejó la causa en vias de decidirse.

73. La sagrada Congregacion de la Inquisicion universal, recibidos los puntos de consulta, nombró á los siete calificadores más notables para entender en este asunto, entre los cuales se contaban cuatro Prelados regulares, el Comisario general, y el cardenal Geneti en calidad de presidente. Todos ellos se informaron privadamente del proceso; estudiaron profundamente la materia; hiciéronse cargo de las razones, fundamentos, dificultades y objeciones que de una y otra parte se ofrecian, y trataron el asunto con toda la circunspeccion que pedia la gravedad de la materia, en las frecuentes sesiones que tuvieron al efecto. Duraron éstas hasta Mayo de 1644, y los diez y siete puntos que se habian sometido á su dictámen fueron todos censurados de conformidad con la opinion de nuestros religiosos misioneros y de la de los PP. Franciscanos, que abundaban completamente en sus ideas. Entónces el P. Morales, dando ya por terminado aquel negocio, asistió como definidor por la Provincia del *Santísimo Rosario* al Capítulo general del reverendísimo Rodulfo, de quien obtuvo la merced de poder asociarse y reunir cuarenta misioneros fervorosos, para regresar con ellos á las islas Filipinas. Esta comision tan importante al interes de las misiones y del bien general de la Provincia, y la circunstancia de estar tan adelantado el asunto ruidoso de los ritos, le movieron á dejar la capital del cristianismo, por no creer ya necesaria su presencia en la ciudad pontifical. Esperaba, á no dudar, que le remitirian muy pronto el decreto decisivo sobre la cuestion pen-

diente á la córte de Madrid, adonde se trasladó para gestionar activamente la pronta organizacion de aquella falange numerosa de operarios, de que tanto necesitaba la Provincia para ponerse á la altura de su mision y sus destinos.

En tanto que trabajaba incansable en tan importante asunto, tuvo el profundo sentimiento de saber, que habia fallecido Urbano VIII sin haber firmado aún el decreto definitivo sobre la cuestion religiosa de la China. Este suceso inesperado lo llenó de afliccion y de amargura; pues en su alta prevision comprendia demasiado lo que realmente sucedió, y era, que se dejaria olvidado aquel asunto si no se daban poderes á un procurador activo para que agitase su gestion con todo el interes que demandaba su carácter religioso. Oportuna hubiera sido por entónces su presencia en la ciudad pontificia; mas no le fué posible trasladarse nuevamente á ella, por estar consagrado enteramente á la eleccion conveniente de operarios, que habian de inscribirse en el registro de la gran mision que iba formando. Mas, afortunadamente, habíase ya asociado á su mision, en su viaje por la Italia, un religioso de la Órden, muy experto, conocido con el nombre del padre Victorio Ricci, que despues trabajó con mucho celo en las misiones de China, y á quien creyó poder confiarle su propia representacion cerca de la Santa Sede, toda vez que Roma, ya instruida, no tenía necesidad de más informes. En vista de todo esto, el padre Fr. Mateo de la Villa, Procurador general de la Provincia en ambas córtes, le confirió los poderes necesarios para activar aquella causa en nombre de la corpo-

racion que lo enviaba, y le autorizó tambien á impetrar de la Silla Apostólica el título de universidad pontificia para el colegio de Santo Tomas, en la ciudad de Manila, á cuyo fin le entregó dos pliegos muy importantes del rey D. Felipe IV, uno dirigido á Su Santidad y el otro á su embajador cerca de la Santa Sede.

74. Salió, pues, el P. Ricci de Madrid instruido y penetrado de su elevada mision, y despues de un viaje desastroso, lleno de peripecias y desgracias, llegó finalmente á Roma, en donde la santidad de Inocencio X ocupaba ya la silla de San Pedro. Exhibidos sus poderes, y deseando el nuevo Pontífice satisfacer á su demanda, nombró para el mismo efecto una junta especial de cardenales, que viesen y examinasen lo que se habia tratado anteriormente sobre los puntos que el P. Morales habia sometido al juicio y resolucion de la Silla Apostólica en vida de su antecesor; y si debia otorgarse al colegio de Santo Tomas, en la capital de Filipinas, el título y honores de Universidad pontificia, que solicitaba la Provincia del *Santísimo Rosario*, por la gestion autorizada de su Procurador en ambas córtes. El mismo Sumo Pontífice se dignó asistir personalmente á las sesiones habidas para el efecto, y con respecto al asunto de los ritos se estuvo á lo acordado anteriormente en tiempo de Urbano VIII, publicándose por fin el decreto decisivo de 12 de Setiembre de 1645, y mandando, bajo pena de excomunion mayor *latæ sententiæ*, reservada á la Silla Apostólica, que se observase fielmente lo resuelto y acordado en tiempo de su Predecesor. Este decreto pontificio se notificó á los generales de las órdenes de Santo Domingo, San Francisco

y San Ignacio, y quedó finalmente dirimida aquella gran contienda religiosa por medio de una sentencia irreformable. Poco despues de este triunfo de la verdad, obtuvo tambien el P. Ricci la Bula de ereccion del colegio susodicho en Universidad pontificia, al tenor de las gestiones y deseos de la Provincia. Orillados ya tan felizmente los importantes negocios que le habian sido encomendados, se restituyó de nuevo á la córte de Madrid para incorporarse á la mision que ya habia salido para Méjico, en donde la alcanzó al año siguiente, inundándola de gozo y alegría, ora por su incorporacion inesperada, ora por los despachos y decretos que tan felizmente habia obtenido y gestionado.

75. Aquella célebre mision hubo de permanecer, á pesar suyo, en Nueva España hasta el año 1648, por falta de oportunidad para embarcarse en Acapulco; pues la guerra con los holandeses, que no era ignorada en Méjico, impedia la salida del situado y de nuestros galeones, que tanto deseaban apresar los enemigos. Al fin debia salir un patache para las islas Filipinas, y en él tomaron pasaje los treinta misioneros de la Órden, con la incertidumbre y el temor de hallar ya á los holandeses dueños absolutos de Manila. Afortunadamente para ellos, Dios habia separado de su rumbo á aquellos bandidos del mar, que deseosos de resarcirse á todo trance de las pérdidas y gastos de su malhadada guerra, andaban pirateando en estas aguas. Dios habia dirigido su derrota al pequeño puerto de Lambon, en donde, sabedor el capitan del patache del riesgo que corria su bajel en la corta travesía que debia hacer has-

ta Manila, desembarcó la gente y el situado, para continuar por tierra aquella última etapa de su viaje. El enemigo, en efecto, no estaba muy léjos de Lampon, y si Dios no lo hubiese deslumbrado para salvar de sus garras al bienhadado bajel, hubieran podido apoderarse del patache ántes de llegar al puerto. Al desaparecer la niebla, fué luégo descubierto y atacado por las naves holandesas; mas ya estaban los pasajeros en la playa, y el situado y cargamento fuera de todo peligro. El capitan del patache, que no tenía ni gente ni medios para defender su bajel en aquel trance, tomó la precaucion de ganar la tierra con su lancha, reduciendo á cenizas aquel buque, para que no se utilizára el enemigo de su casco. Al saber el desenlace de esta nueva situacion; y como se habian salvado felizmente todos los pasajeros y el situado que se esperaba con ánsia en esta afligida capital, todos sus habitantes se preparaban para recibir en triunfo al capitan del patache, cuando al entrar en Manila fué reducido á prision por órden del Gobernador supremo de estas islas, que consideró la quema del buque bajo de otro aspecto muy distinto. Encerrado con el mayor rigor en la fuerza de Santiago, se le formó causa criminal por un juez en comision, que lo sentenció á pena capital, con escándalo y horror del público de Manila. La causa se elevó en definitiva á la real Audiencia, cuyo tribunal, sin embargo de tener por justa la sentencia pronunciada contra aquel hombre inocente, por estimar aquel hecho depresivo de la honra nacional, al fin lo absolvió de aquel reato, oyendo la voz sentida y la conciencia del público, que se quejaba de ver holladas las leyes de la

gratitud y del deber por una razon de estado mal entendida y no suficientemente comprobada. De esta manera logró aquel honrado español su merecida libertad, y despues de haber desempeñado laudablemente algunos cargos, áun mereció ser nombrado castellano de Cavite.

76. Al poco tiempo de llegar nuestra mision á Manila, la Provincia publicó las Bulas y mercedes recibidas de la Silla Apostólica, y las celebró, como era justo, con demostraciones extraordinarias de satisfaccion y de alegría (1). Entónces tuvo el disgusto de verse en la

---

(1) Los documentos relativos á la ereccion de esta Universidad son los siguientes: «Muy Santo Padre: Al Conde de Ciruela, mi embajador en esa córte, escribo que en mi nombre suplique á vuestra Santidad conceda Bula para que un colegio de la Órden de Predicadores de la ciudad de Manila, de las islas Filipinas, en mis Indias occidentales, sea Universidad con las calidades y perpetuidad que las demas que esta Órden tiene en Ávila y Pamplona, en estos mis reinos, y como las de Lima y Méjico, respecto de haber tres mil leguas de distancia de las demas Universidades más cercanas, que son las dichas de Lima y Méjico. Suplico á vuestra Santidad le oiga y dé entero crédito á lo que acerca de esto dijere y propusiere de mi parte, mandándole despachar con toda brevedad y entero cumplimiento; que en ello recibiré singular gracia de vuestra Santidad, cuya muy santa persona Nuestro Señor guarde y sus dias acreciente, al bueno y próspero regimiento de su Universal Iglesia. De Madrid, 20 de Diciembre de 1644.—De vuestra Santidad humilde y devoto hijo, *Don Felipe*, por la gracia de Dios rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las Dos Sicilias, de Jerusalen, de Portugal, de Navarra, de Granada, de las Indias, etc., etc., que sus muy santos piés y manos besa.—El Rey.—Juan Bautista Saens Navarrete.»

A esta instancia del rey Felipe IV, expidió su Santidad la Bula apostólica que sigue:

«Innocentius Papa decimus. Ad futuram rei memoriam. In supereminenti »Apostolicæ Sedis specula, meritis licèt imparibus, disponente Domino, cons»tituti, et intra mentis nostræ arcana revolventes, quantùm ex litterarum »studiis catholica fides augeatur, divini Numinis cultus protendatur, veritas »agnoscatur, ac justitia colatur, ad ea, propter quæ litterarum studia hujus»modi ubilibet excitentur, etiam humiles personæ eis incumbere desideran»tes, id efficere possint, libenter intendimus, et in eis nostræ sollicitudinis »partes propensius impartimur, prout pia Christi fidelium, præsertim Regali »dignitate fulgentium, vota exposcunt, Nosque locorum qualitate pensata, in

precision de sostener una desagradable competencia que se suscitó entre los colegios de Santo Tomas y San José. Parecia natural que con la nueva ereccion de Universidad de todas las islas Filipinas, dejáran de conferirse grados académicos en dicho establecimiento, que sólo tenía el

---

» Domino conspicimus salubriter expediri. Cum itaque, sicut nomine charissimi in Christo filii nostri Philippi, Hispaniarum Regis Catholici, nobis nuper expositum fuit, in civitate Manilana in Insulis Philippinis Indiarum occidentalium, unum sub denominatione Sancti Thomæ collegium Ordinis Fratrum Sancti Dominici existat, in quo triginta alumni sæculares educantur, et Grammatica, Rhetorica, Logica, Philosophia, ac Theologia scholastica, et Moralis docentur, seu leguntur magna cum incolarum illarum partium utilitate; civitas verò Manilana plùs quàm tribus leucarum millibus à vicinioribus studiorum generalium universitatibus; nempe, Limana, et Mexicana, distet, et propterea idem Philippus Rex in collegio præfato Academiam per Nos erigi et institui summopere desideret, Nobis idcirco ejusdem Philippi Regis nomine humiliter supplicatum fuit, quatenus incolarum civitatis prædictæ, commodis, et in bonis litteris institutioni consulendo, in dicta civitate, ac ædibus collegii prædicti Academiam in qua religiosi dicti Ordinis, Grammaticam, Rethoricam, Logicam, Philosophiam, ac Theologiam scholasticam, et Moralem publicè profiterentur, ac juvenes quoscumque docerent, Apostolica auctoritate erigere, et instituere, aliàsque in præmissis opportune providere de benignitate Apostolica dignaremur. Nos igitur piis ejusdem Philippi Regis votis hujusmodi favorabiliter annuere volentes, hujusmodi supplicationibus inclinati, de nonnullorum dilectorum filiorum nostrorum Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinalium, ac Romanæ Curiæ Prælatorum desuper à Nobis deputatorum consilio, in prædicta civitate Manilana in ædibus dicti collegii ubi nunc scholæ sunt, seu forsan in ampliori forma construentur, Academiam, in qua religiosi dicti Ordinis Grammaticam, Rethoricam, Logicam, Philosophiam ac Theologiam scholasticam, et Moralem publicè profiteantur, ac juvenes quoscumque doceant, duraturam dumtaxat donec, et quousque, aliqua publica studii generalis universitas in dicta civitate Manilana, seu illius Provincia, Apostolica auctoritate erecta fuerit, eadem auctoritate tenore præsentium, sine tamen cujuscumque præjudicio, erigimus, et instituimus; ipsamque Academiam sic erectam et institutam, curæ, regimini, et administrationi dicti Ordinis, et illius Magistri Generalis pro tempore existentis, seu ab eo deputandi, qui totius Academiæ Rector existat, prædicta auctoritate etiam perpetuo supponimus, et submittimus, ac eidem Academiæ, illiusque Rectori, Magistris, Scholasticis, aliisque prædictis, universis, et singulis, ut omnibus, et quibuscumque privilegiis, indultis, libertatibus, inmmunitatibus, exemptionibus, favoribus, gratiis, prærogativis, honoribus, et præeminentiis hujusmodi Academiis, illarumque pro tempore existentibus Rectoribus, Magistris, Lectoribus, Doctoribus, Præ-

carácter de un seminario de fundacion particular, y ni siquiera tenía la Real aprobacion.

Publicada la bula de la Universidad, los padres de San José pretendian aún conferir grados académicos, en virtud de facultades que decian tener para el efecto;

» ceptoribus, Scholasticis, Procuratoribus, Bidellis, Nuntiis, Officialibus, Ministris, et aliis personis in genere, vel in specie quomodolibet concessis, non solum ad eorum instar, sed pariformiter, et æque principaliter, in omnibus et per omnia, uti, potiri, et gaudere: et insuper Rectori ejusdem Academiæ, et collegii pro tempore existenti, ut donec hujusmodi Academia, ut præmittitur, duraverit, illos, quos in ipsa Academia sic erecta per debitum tempus studuisse, ac scientia, et moribus idoneos esse repererit, in prædictis facultatibus, quæ in dicto collegio, ut præfertur, docentur, seu leguntur, ad Bacalaureatûs etiam formati, Licentiaturæ Laureæ ac Doctoratûs, necnon Magisterii gradus, servata in omnibus, et per omnia forma decretorum Viennensis, et Tridentini Conciliorum, quibus in aliquo derogare non intendimus, et alias laudabiles aliarum Academiarum consuetudines promovere, et ipsorum graduum insignia eis exhibere, utque ad dictos gradus sic per illum promoti, postea publicè, privatimque etiam in omnibus aliis Academiis, et Universitatibus studiorum generalium facultates prædictas interpretari, et alios docere, de iis disputare, gradui, seu gradibus hujusmodi convenientes actus exercere, necnon omnibus aliis privilegiis, favoribus, gratiis, prærogativis, et indultis, quibus alii in prædictis, seu aliis Academiis, Universitatibus, et alibi, juxta illarum constitutiones, et mores, ad gradus prædictos promoti de jure, vel consuetudine utuntur, potiuntur, et gaudent, ac uti potiri, et gaudere poterunt in futurum in omnibus, et per omnia, perinde ac si gradus in Academiis, seu Universitatibus hujusmodi, juxta illarum mores, et consuetudines rite suscepissent, uti, potiri, et gaudere, necnon pro tempore existenti dicti Ordinis Magistro Generali, ut per se, vel dictorum collegii, et sic erectæ Academiæ Rectorem, aut alium, vel alíos pro salubri, et felici dictæ Academiæ directione, ac Rectoris, Magistrorum, Procuratorum, Bidellorum, Nuntiorum, et aliorum Ministrorum, et Officialum muneribus, et functionibus, modoque, et forma docendi, et aliàs sua officia exercendi, et scholasticorum manutentione, quæcumque statuta, et ordinationes, licita tamen, et honesta, ac Sacris Canonibus, et concilii Tridentini decretis, et constitutionibus Apostolicis non contraria, edere, et promulgari, eaque pro temporum, rerum, et personarum qualitate mutare, corrigere, et reformare, seu illa cassare, et abrogare, ac alia de novo edere, et super illorum observatione pœnas ejus arbitrio imponere, dictæque Academiæ Doctores, Magistros, Lectores, Scholasticos, Procuratores, Bidellos, aliosque Ministros, et Officiales eligere, et amovere, seu electiones factas confirmare, liberè et licitè valeant auctoritate, et tenore prædictis concedimus, et indulgemus. » Præsentes vero nostras litteras validas, firmas, et efficaces fore, et esse, suosque

empero la Universidad se opuso á su pretension, elevando un recurso á la Real Audiencia de estas islas, que dió traslado á la parte para los efectos consiguientes. Ésta sólo contestó con una copia de otras copias de tradicionales privilegios, que no pudiendo hacer

---

» plenarios, et integros effectus sortiri, et obtinere, sicque, et non aliter per » quoscumque Judices ordinarios, et delegatos, etiam causarum Palatii Apos» tolici Auditores, ac Sanctæ Romanæ Ecclesiæ Cardinales judicari, et deffi» niri debere, ac irritum, et inane, si secus super his à quoquam quavis auc» toritate, scienter, vel ignoranter contigerit attentari, decernimus, non obs» tantibus constitutionibus, et ordinationibus Apostolicis, et quatenus opus » sit dicti Ordinis, etiam juramento, confirmatione Apostolica, vel alia quavis » firmitate roboratis, statutis, et consuetudinibus, cæterisque contrariis quibus» cumque. Datum Romæ apud Sanctam Mariam Majorem sub Annulo Pisca» toris, die vigesima Novembris, millesimo sexcentesimo quadragesimo quin» to, Pontificatûs nostri anno secundo.—*Marcus Aurelius Maraldus.*»

«Este breve, dice el P. Baltasar de Santa Cruz, se presentó en el Real Consejo de las Indias, y los señores de él, habiéndolo visto, mandaron dar testimonio de su presentacion en 28 de Julio de 1646 años, de que da fe en 31 del dicho mes Diego Lopez de Letona y Mendoza, oficial mayor de los papeles de gracia, gobierno y guerra de la Secretaría del Real Consejo de las Indias de la parte de la Nueva España, y de ser así oficial mayor de dicho Real Consejo, y debérsele dar crédito, testificanlo los escribanos reales Diego Carreño Aldrete y Antonio Gomez, el mismo dia 31 de Julio del dicho año. Asimismo se presentó el dicho breve, y el testimonio de su presentacion en el Real Consejo de las Indias, ante los Señores de la Real Audiencia de esta ciudad de Manila, que visto, acordaron que usase del dicho breve la parte de la Universidad de Santo Tomas, y así lo proveyeron por auto del dia 8 de Julio de 1648 años, de que da testimonio el mismo dia el capitan Diego Nuñez Crespo, escribano de cámara de la dicha Real Audiencia de Manila. Item, se presentó el dicho breve ante los señores Dean y Cabildo de esta Santa Iglesia Metropolitana de Manila, con las dichas presentaciones del Consejo Real y Audiencia, y los dichos Señores lo dieron por presentado, dando licencia para que use de él el colegio de Santo Tomas y su Rector que es, ó por tiempo fuere, en aquella forma y manera que en la dicha Bula se contiene, de que da fe el secretario del cabildo, Fernando de Carvajal, el mismo dia que se proveyó el dicho auto, que fué en 14 de Julio de 1648. Instituida, pues, y erigida esta Universidad con tan grandes honras, pontificia y régia, su Rector y Cancelario primero, que era el P. Fr. Martin Real de la Cruz, con la apostólica autoridad que tenía, hizo los necesarios estatutos, siguiendo en todos el estilo y práctica de la Real Universidad de Méjico (de quien desde sus principios se ha preciado de ser muy hija, y en quién ha hallado los honrosos oficios de generosa madre, con comercio de cartas y

prueba, fueron contestados por la Universidad, y en su vista hubo de fallar el tribunal contra las pretensiones no justificadas del colegio de San José. Y en efecto, aunque los documentos alegados por los padres del dicho establecimiento hubieran tenido la autenticidad

---

favores que le ha hecho), y así los dejó ordenados el dicho Padre Rector en 28 de Agosto de 1648 años, que se observan inviolablemente, siendo de la dicha su Real y siempre noble madre, que los determinó por el estilo y forma de la celebérrima de Salamanca.»

«El año de 1651 escribió esta Universidad y su Rector á la dicha Universidad de Méjico, dándole cuenta de su ereccion, y de cómo en ella misma habia nacido su obligacion del atento respeto de hija á aquella Real Universidad, pues el Rey, nuestro señor, se la habia dado por madre y por maestra, y que así se le rendia y ofrecia, y en esta parte concluyó su carta con toda ponderacion y afecto aquel año de 53. Aquella nobilísima y siempre célebre Universidad le escribió á esta nuestra la carta siguiente, que formó en claustro pleno: «Muy ilustres señores: Esta Real Universidad de Méjico se halló muy favorecida con la carta de V. S. del año pasado de 51, haciendo de ella el aprecio y estimacion que es justo y se debe á tan ilustre claustro, y con sumo gusto recibió la prohibicion suya; que si es doctrina del Espíritu Santo, proverb. XVII: *Gloria filiorum patres eorum*, inmediatamente ántes habia dicho: *Corona senum filii filiorum*, con que tendrá á esa Real Universidad por corona y gloria suya, y como tal la venera siempre, y dará á su Majestad (que Dios guarde) las gracias de la merced que por su cédula concede á V. S. de gozar los privilegios que en esta Real se gozan, y lo que fuere necesario de recados y papeles, en órden á esto y á la pretension de V. S., se entregarán al reverendo padre maestro Fr. Francisco de la Trinidad, para que los lleve y presente á su Majestad en su Real Consejo de las Indias, y en todo lo demas que del servicio de V. S. se ofreciere para su mayor lustre y aumento, esta Real Universidad y su claustro pleno con toda prontitud le asistirá. Guarde Dios á V. S. en toda felicidad, etc. Méjico y Febrero 7 de 1653 años.—Maestro Fr. Juan de Ayrolo y Flores, Rector.»—Y luégo firman ocho señores Doctores y Maestros, y por último el Secretario Br. Cristóbal Bernardo de la Plaza.

Los documentos que cita el P. Santa Cruz, incluso el Breve transcrito de Inocencio X, se conservan originales en el archivo del Colegio de Santo Tomas; y de este Breve, como emanado á instancias de Felipe IV, hacen tambien mencion otro Breve de Clemente XII, de 2 de Setiembre de 1734, por el que se extendió aquél á las cátedras de Derecho Canónico y Civil y á las que en adelante se erigieren, y las reales cédulas de 17 de Mayo de 1680, por la que su Majestad tomó debajo de su proteccion la Universidad del Colegio de Santo Tomas, y la de 7 de Marzo de 1785, por la que su Majestad concede al Colegio de Santo Tomas el título de *Real*.

original que les faltaba, todavía no eran admisibles en el sentido en que se invocaban y aducian, ora por haber sido recogidos en virtud de Real cédula, como contrarios á las leyes del patronato de las Indias, ora por disponer que, en todo caso, los grados sólo podian conferirse á los verdaderamente pobres; con la adicion importante de que no se extendia este privilegio á los que carecian de esta circunstancia, á no ser que las Universidades se negasen á conferirles los grados sin razon justificada para ello; debiendo de pagar, áun en este caso, los derechos correspondientes á la Universidad del territorio. Los padres de San José suplicaron, sin embargo, de la sentencia pronunciada por esta Real Audiencia, pidiendo un plazo de cuatro años para presentar en debida forma los privilegios originales que citaban. La súplica fué asimismo desechada por el mismo tribunal, por considerarla improcedente, y en su consecuencia se suspendió el grado que se pretendia conferir.

77. Los padres de San José apelaron de este fallo y llevaron la causa al Supremo Consejo de las Indias, donde, teniendo en cierto modo por suyo todo el campo, y sin adversarios que pudieran impedir el trabajo eficaz de sus gestiones, consiguieron á la postre que se revocase la sentencia pronunciada por la Real Audiendiencia de estas islas. En tal concepto, el colegio de San José, sin ser Universidad de hecho ni de derecho, siguió confiriendo grados á los ricos y á los pobres, contra el tenor de los mismos privilegios que alegaba.

DUODÉCIMO PERÍODO.

COMPRENDE DESDE LA GUERRA Y CONQUISTA DEL CATAY POR LOS TÁRTAROS, HASTA LA PUBLICACION DEL DECRETO DE LA SAGRADA CONGREGACION SOBRE LOS RITOS DE CHINA POR LOS AÑOS DE 1651, Y FIN DEL LIBRO IV.

CAPÍTULO VIII.

Noticias preámbulas á la entrada de los tártaros en China. — El tirano Li-cung-zu se apodera de Pe-kin, y el Emperador se suicida. — Usang-Kuey llama á los tártaros contra el tirano. — Huye éste, y aquéllos proclaman á Jun-chi, hijo de su rey, por emperador de China. — Proclaman los chinos á Hung-Kuang en la ciudad de Nan-Kin, y es entregado por un traidor. — Nombran otro emperador en Che-Kiang; es cercado por los tártaros, y se entrega en sus manos por la salvacion de la ciudad y del ejército leal. — Ventajas de los chinos en Ki-am-si. — Nombran los tártaros tres reyes tributarios, y recuperan lo perdido. — Tiranía de los tártaros. — Tareas apostólicas de los misioneros de la Órden durante la guerra. — Instituyen la tercera Órden en la mision. — Petronila. — Su conversion y su constancia.

78. Miéntras el célebre P. Fr. Juan Bautista de Morales gestionaba sabiamente en la capital del mundo la resolucion definitiva de la gran controversia religiosa que se habia agitado por tanto tiempo en las misiones del Catay, nuestros misioneros de Fo-Kien iban consolidando la religion de Jesucristo en el imperio, y Dios bendecia sus trabajos haciendo fructificar por todas partes la palabra de la fe, que caia de sus labios como un rocío del cielo. Con la paz y la bonanza de que habia gozado aquella Iglesia desde el año 1642 hasta el de 1647, se prometian justamente nuestros celosos misioneros rapidísimos progresos en su glorioso apostolado; mas estaba decretado en los consejos del Altísimo que entónces acaeciese, por desgracia, la

irrupcion espantable de los tártaros, que á manera de un torrente caudaloso se precipitaron con furor sobre el infausto imperio de la China, variando sus antiguas dinastías y cambiando sus instituciones, despues de una guerra desgraciada y para siempre desastrosa.

Antiguas eran, en efecto, las rivalidades y agresiones entre tártaros y chinos, y de sus luchas seculares era una prueba incontestable la gran muralla del imperio que hizo fabricar Zing-ji-hoang doscientos y quince años ántes de la era cristiana, para contener las irrupciones de sus enemigos belicosos. Sin embargo, y á pesar de tan colosal barrera, los chinos llegaron á ser vasallos de aquella nacion audaz por espacio de setenta años, hasta que consiguieron sacudir su yugo dominador, y áun hacerla tributaria bajo las banderas victoriosas del afortunado Hung-su, que del orígen más abyecto se elevó como un gigante sobre todas las eminencias de su tiempo, y llegó á ser el emperador más temido del Oriente. Arrojados del Catay los invasores por los ejércitos aliados, callaron y sufrieron la ignominia del tributo que les impuso el vencedor. Sin embargo, áun abrigaban esperanzas y pensamientos levantados de volver á subyugar á sus señores. Andaba al siglo XXVII por los años de 1616, cuando, al regir los destinos de la China el emperador Van-lie, volvieron á probar fortuna sobre las fronteras del imperio, ensayando nuevamente la posibilidad de una conquista. Tambien fueron por entónces inútiles sus esfuerzos; pues, ya vencedores, ya vencidos, al fin se cansaron de una guerra que les iba debilitando y consumiendo, y cesaron las hostilidades por completo en el año 1627.

Los chinos, sin embargo, comprendieron que sus mortales enemigos no deponian las armas por el amor de la paz, sino á condicion de renovar aquella guerra de exterminio, despues de rehacerse de sus pérdidas y de dar una organizacion más fuerte á sus legiones. Este fundado recelo, que era la eterna pesadilla del imperio, les obligó á mantener en las fronteras un ejército aguerrido y formidable.

Empero, cuando cesaron las hostilidades exteriores, principiaron las luchas intestinas, que dividieron el país en diferentes facciones, y se disputaban el derecho de gobernar las diferentes provincias del imperio con las armas en la mano. Ocho llegaron á ser los jefes que aspiraban á la suprema dignidad de emperadores; mas, desapareciendo de la escena los demas contendientes poderosos, sólo quedaron en el campo Li-cung-zu y Chung-hieng-chung. El primero de estos jefes, que era el más temible y valeroso, consiguió, finalmente, penetrar en la córte del imperio, en donde tenía muchos partidarios, que le franquearon la entrada de aquella inmensa metrópoli, y le dieron un triunfo vergonzoso, hijo de la traicion y de la infamia. Difícil fuera al narrador el hacer una pintura exacta y acabada del horroroso cuadro que ofrecia la ciudad desgraciada de Pe-kin en aquellos momentos decisivos. Confundidos por doquier los amigos y enemigos, los traidores y leales, los forasteros invasores y los verdaderos ciudadanos, nadie sabía de quién fiarse ó precaverse, ni qué partido tomar en tal extremo. Más avanzado Li-cung-zu, en medio de la confusion y del desórden, con un cuerpo respetable de sus tropas más fieles y escogidas

se apoderó casi por sorpresa del palacio imperial, que le franqueó sus puertas, obedeciendo tan sólo al espanto y al terror.

Avisado el Emperador del gran peligro que corria su persona, y cerciorado despues de que la fuga le era ya imposible en aquel trance, escribió una carta con su sangre á Li-cung-zu, acusando á sus magnates de traidores y alevosos, y pidiéndole venganza para aquellos foragidos. En seguida echó mano de su sable y degolló con su mano á una hija que tenía, para que no sirviese de trofeo al usurpador infame, y bajando despues á sus jardines, se ahorcó miserablemente en su desesperacion y cobardía. Tal fué el desastroso fin de aquel emperador infortunado, que enervado torpemente por los placeres y los vicios, no tuvo la energía necesaria para hacer frente á su enemigo, ni para morir con gloria por la defensa de su imperio. El gran Colao, que era considerado en el Catay como la primera autoridad despues del Emperador, imitó el horrible ejemplo del Monarca desgraciado, y lo mismo practicaron la Emperatriz y sus damas, y muchos eunucos de palacio. Triste y funesto espectáculo era ver el soto ameno y aquellos jardines deliciosos, destinados en otro tiempo al recreo y á los placeres de la familia imperial, trasformados ahora de repente en sitios de horror y muerte, de cuyos árboles pendian los cadáveres corruptos de muchas señoras delicadas y de grandes dignatarios, víctimas de la desesperacion y del terror.

Apoderados los tártaros del palacio y de todos los departamentos imperiales, muchos señores de la córte se ahorcaron miserablemente con sus manos, otros se

arrojaban con espanto en las lagunas y los rios, y no pocos se suicidaban con metales y otros cuerpos corrosivos. Desde entónces Li-cung-zu se hizo proclamar señor absoluto del *imperio celeste*, y ordenó que el cadáver del Monarca ya difunto fuese dividido desde luégo en pedazos diminutos, y arrojado á las aves de los cielos y á las bestias de la tierra. Hizo despues degollar muchos mandarines y señores, y entregó al saco la córte, aquella córte populosa y tan profundamente corrompida. Las maldades estupendas que entónces se cometieron por aquella desenfrenada soldadesca horrorizarian á los tigres de la Hircania, y no hay palabras humanas para describir tantos horrores. Bastará decir sencillamente que aquella inmensa Babilonia fué convertida enteramente en un sepulcro. Sólo habian quedado á Zung-ching dos hijos de menor edad, que el tirano mandó degollar incontinenti; mas el uno logró evadirse de sus manos, sin que despues haya podido saberse el verdadero fin de su existencia.

79. Áun le quedaba al usurpador un obstáculo inmenso que vencer para asegurar en su persona el trono y la corona del imperio. Guardaba sus fronteras Usang-Kuey, general valeroso y aguerrido, que mandaba legiones formidables, y miéntras éstas no le reconociesen finalmente por legítimo soberano del imperio, no podia estar seguro ni tranquilo sobre un trono vacilante. El usurpador entónces ideó un medio de atraerse á aquel general temible, valiéndose de un ardid que no le produjo el resultado ni el fin que se proponia. Tenía el tirano en su poder al anciano padre del caudillo, y le ordenó que escribiese una carta á su hijo,

mandándole, como padre, que rindiese obediencia al vencedor con sus legiones aguerridas, ofreciéndole en tal caso grandes mercedes y favores, y previniéndole tambien que, de no reconocer al Emperador glorioso que le ofrecia su amistad, se preparase á morir de una muerte desastrosa. El anciano, en tal extremo, satisfizo á las exigencias del tirano; empero, fuese que el hijo hubiese penetrado los verdaderos deseos de su padre, ó que el padre le hubiese dirigido por una via secreta algun aviso en contrario, es lo cierto que tan léjos estuvo aquel general de complacer al tirano, que se declaró contra él abiertamente, y se aprestó con sus huestes á los hazares de la guerra. Entónces, considerando el estado de sus fuerzas, y la superioridad inmensa de las huestes enemigas, comprendió la necesidad de gestionar alguna alianza poderosa para la próxima campaña. El pensamiento era prudente; mas erró torpemente en la eleccion, asociándose á otro enemigo todavía más temible y peligroso para la suerte del imperio que el tirano Li-cung-zu.

Tal era el soberano de los tártaros *mancheus*, cuyas fronteras vigilaba. No podia presentarse una ocasion más propicia á estos implacables enemigos de la China, para realizar los grandes planes que acariciaban en su mente. Aceptaron, pues, gustosos aquella alianza funesta, que ellos se proponian utilizar en su provecho, y estuvieron tan oficiosos y solícitos, que el mismo dia del mensaje se dispusieron para entrar en el imperio ochenta mil combatientes mandados por su rey Sungte, que no tardaron en incorporarse con las huestes del imprudente Usang-Kuey. Reunidas ambas fuerzas, for-

maron un ejército espantable, que se apellidó libertador, y capaz de hacer frente á las legiones que obedecian al tirano. El rey de los *mancheus*, ántes de marchar sobre Pe-kin, persuadió al general chino que convenia vestir á sus soldados al estilo y usanza de los tártaros, para infundir de esta manera más terror al enemigo y presentarse más unidos en el campo de batalla. Tambien debió comprender aquel caudillo el verdadero designio de esta sagaz estratagema, que era atribuir á los suyos solamente el honor de la victoria, y hacer servir este triunfo á sus fines ulteriores.

Al saber Li-cung-zu la marcha precipitada de los libertadores sobre la capital populosa del imperio, no quiso aguardarlos en la córte, y su primera diligencia fué recoger los inmensos tesoros y riquezas que la dinastía Mig destronada por sus armas, reuniera en el dilatado tiempo que habia ocupado el trono del imperio. Multitud innumerable de camellos y personas conducian el oro y los objetos más preciosos de la China en direccion á la provincia de Jensi, en donde el usurpador esperaba asegurarlos; mas, perseguido de cerca por los ejércitos aliados, fué alcanzado en las riberas del famoso rio Hoang, donde se trabó la batalla más sangrienta que registran los anales del imperio. Vencido al fin Li-cung-zu por aquellas legiones formidables, logró escaparse á duras penas con los restos de su gente fugitiva. Bien pudieran los *mancheus* haberlo perseguido sin descanso hasta aniquilarlo enteramente; mas, dueños ya de los tesoros y satisfechos de su triunfo, se dirigieron á la córte de Pe-kin, en donde fueron recibidos por el pueblo bajo una ovacion inmensa de co-

ronas y laureles, que habian preparado de antemano para sus libertadores.

80. Libre ya el imperio de tiranos, Usang-Kuey trató de despedir á sus aliados y de colocar en el trono del imperio al pariente más cercano de Zung-ching. Guiado sencillamente por tan levantado pensamiento, tuvo una larga conferencia con el jefe de los tártaros, le agradeció los servicios que habia prestado al imperio, le ofreció muchas riquezas y quiso estrechar aquella alianza que habian celebrado anteriormente. Empero, como los tártaros acariciaban otros pensamientos muy distintos, y tenian ya tomadas las medidas para reforzar su grande ejército, le contestó el General dolosamente en estos términos: «No juzgamos, oh valeroso capitan, ser conveniente por ahora nuestra vuelta y dejarte solo en medio de tantos enemigos. Los ladrones sublevados son todavía muchos, y Li-cung-zu tiene de su devocion grandes provincias; es muy rico y valiente, y ha colocado su trono en Si-gan para eternizar en él á su posteridad. Ha temido el nombre tártaro y ha huido; pero cuando sepa su regreso, aumentará su gente, formará un formidable ejército, hará mayores daños al imperio, y á nosotros ya no nos será posible acudir tan pronto como quisiéramos á un mal inevitable. Ya que nos hallamos aquí, conviene que no dejemos las armas de la mano hasta que desaparezcan todos los ladrones y rebeldes. Los premios debidos á nuestras hazañas, los dejamos á tu nobleza y generosidad, sin que dudemos un momento de que á su tiempo sabrás cumplir con tu palabra. En fin, nuestro dictámen es, que tú con tu ejército, reforzado con algu-

nos soldados de los nuestros, vayas á proseguir la guerra contra el tirano Li-cung-zu, y nosotros pacificarémos la provincia de Jang-tung.»

Aun no comprendió Usang-Kuey el verdadero designio que encerraba un razonamiento tan profundamente intencionado, y marchó efectivamente con su ejército en persecucion de Li-cung-zu, segun el plan convenido con su poderoso aliado. Mas pronto fué sabedor de que innumerables tártaros invadian el norte del imperio y marchaban con rapidez sobre Pe-kin. Sólo acabó de convencerse de su engaño cuando supo que los *mancheus*, quitándose finalmente la máscara con que habian encubierto hasta entónces sus proyectos, proclamaron por señor absoluto del imperio celeste á Jung-chi, niño tan sólo de seis años, é hijo del monarca tártaro que habia muerto anteriormente. Sentado el nuevo Emperador sobre su trono, dirigió á los *mancheus* una proclama que ellos mismos le dictaron, animándolos á proseguir con valor la conquista comenzada, y prometiéndoles en recompensa todo favor y toda gracia. A seguida tuvieron la desvergüenza de dirigir un mensaje al incauto general, dándole cuenta de la hazaña ejecutada por ellos en la córte de Pe-kin; hacíanle merced al mismo tiempo del trono de Xen-si, con el sonoro nombramiento de rey pacificador del Occidente, y le designaban para córte la ciudad insignificante apartada de Si-gan, donde acampaban entónces las huestes áun numerosas de Li-cung-zu. Esta horrenda felonía, que el confiado Usang-Kuey jamas habia llegado á sospechar de sus aliados, lo dejó confuso y aturdido, sin poderse resolver á dar á aquéllos una respuesta

terminante. Por una parte se veia de repente levantado á una dignidad que no podia esperar jamas de su legítimo Señor, y por otra comprendia que aceptando aquellos títulos y aquel hecho consumado, hacia traicion á su patria. Tambien se le alcanzaba que el estado de su ejército, muy inferior al de los tártaros, no le permitia oponerse á sus designios, ni declararles la guerra para librar al imperio de aquellos nuevos tiranos. Por fin, la ambicion y cobardía acabaron de decidirle en su gran perplejidad, y reconoció por fin al usurpador afortunado que con tanta habilidad se habia apoderado del imperio. Auxiliado, finalmente, por los conquistadores del Catay, triunfó postrimeramente del áun poderoso Li-cung-zu, y llegó á reinar en su provincia. Cuando los tiranos del imperio tuvieron ya asegurada su conquista, absorbieron por completo las altas prerogativas de aquel miserable soberano, que era obra de sus manos, y le dejaron de monarca el solo nombre.

81. Llegó finalmente á la ciudad de Nan-kin el rumor extraordinario de aquellos acontecimientos, y los magnates proclamaron emperador al miserable Huang-huang, primo de Zung-ching, cuya promocion indigna celebraron entusiastas con públicos regocijos. Al ver el imbécil la anarquía que reinaba entre los suyos, sin valor ni corazon para libertar su patria del yugo ominoso de los tártaros, les dirigió una embajada ofreciéndoles la paz y cediéndoles gustoso la parte septentrional, que ellos ocupaban, del imperio. Los tártaros contestaron al mensaje que nada les concedia que no les perteneciese por derecho de conquista, y que debian imperar en todas las provincias del Catay. A contesta-

cion tan arrogante se cortaron por completo las negociaciones diplomáticas entre los chinos y los tártaros, y de las indisciplinadas muchedumbres de los pueblos se improvisaron ejércitos, que, sin conocer siquiera el manejo de las armas, sólo necesitaban ver léjos los escuadrones y columnas de los tártaros para ponerse á porfía en precipitada fuga.

Sin embargo, esta guerra nacional hubiera sido muy costosa al general extranjero si entre los defensores del imperio no existieran desleales, traidores y fementidos, que vendian á poco precio el trono y los destinos de su patria. Tien mató villanamente al caudillo del nuevo Emperador, y luégo entregó el monarca al enemigo. Esta infame traicion, que aconteció en 1645, desanimó en gran manera á las tropas imperiales, é hizo desvanecer las esperanzas que tenian de conseguir su independencia. Libres ya los enemigos de su competidor desventurado, se desbordaron como un torrente sobre todas las provincias del imperio, inundándolas de sangre y cubriéndolas de ruinas. Asimilándose, empero, al famoso Gengiscan, que pasaba á sangre y fuego á todos los pueblos del Asia que le hacian resistencia, y colmaba de beneficios y favores á los que dejaban paso á sus legiones invencibles, consiguieron de esta suerte que las ciudades más populosas del imperio les franqueáran sus puertas y tesoros, al columbrar desde léjos sus pendones victoriosos.

82. Los grandes mandarines del imperio, que habian logrado evadirse de la política sagaz y del poder de los tártaros, ensayaron todavía un esfuerzo postrimero para mantenerse independientes y emancipar su

nacion de la dominacion tártara. Refugiados en Che-kiang, eligieron allí su emperador de la dinastía Ming, conocido con el nombre de Lo-onang. Éste no fué más afortunado, sin embargo, que su desgraciado antecesor; contentándose con el nombre de rey tan solamente, rehusó el título de emperador, hasta que hubiese reconquistado, por lo ménos, las ciudades de Pekin ó de Nang-kin, como los dos centros más poderosos del imperio. Ilusion y nada más, cuando ni siquiera pudo conservar por largo tiempo el modesto título de rey; pues la ciudad de Hang-cheu, donde tenía su residencia, fué de improviso cercada por los tártaros, que luégo la redujeron al mayor de los extremos. Considerando Lo-onang que ni podria rechazar al enemigo ni librar á la ciudad del asalto irresistible de sus huestes, adoptó una resolucion extraordinaria, que no tiene precedentes en la historia de los pueblos.

Apareció, con efecto, sobre el muro; pidió rendido la palabra al general enemigo, y arrodillado en su presencia, le habló con voz esforzada en estos términos: «Valeroso capitan: si los ruegos de un humilde y desgraciado rey pueden algo en un pecho generoso, me atrevo á pedirte y suplicarte que no descargues tu enojo sobre esta ciudad desventurada, ni hagas probar en sus fieles moradores el temple de tus aceros. Si te miras ofendido, yo sólo soy el autor de esa tu ofensa; descarga en mí todas tus iras y perdona á los vasallos, ya que su rey se entrega como víctima por ellos.» Dicho este breve discurso, salió por sus piés de la ciudad y se entregó espontáneamente en manos del enemigo.

De un Alejandro ó de un César, de un Escipion ó

de un Annìbal podria esperarse én tal caso generosidad é indulgencia; empero de los tártaros feroces, que todo lo sacrificaban á sus particulares intereses, sólo debia aguardar la noble víctima una muerte desastrosa. Dueños, en efecto, aquellos bárbaros del bondadoso Loouang, lo degollaron inmediatamente con lo más florido de sus tropas, hollando con planta impía todo derecho de gentes. Los soldados que pudieron evadirse de sus manos, se ahogaron en las aguas del rio Zientung, que vió obstruido su curso por la multitud de sus cadáveres. Sólo quedaron con vida los vecinos desarmados, de quienes ya no temian los vencedores oposicion ni resistencia. Desde este suceso infausto se detuvieron los tártaros en su carrera triunfal, por no tener apénas fuerzas suficientes para conservar lo conquistado.

Entre tanto las provincias que todavía no estaban subyugadas por las huestes invasoras proclamaron, á su vez, otros dos emperadores, que vinieron á aumentar los infortunios de aquel país sin ventura. El uno, llamado *Lu*, defendia la independencia nacional en la provincia de Che-kiang, y el otro, llamado *Tung*, levantaba sus pendones en Fo-Kien. El primero se apellidó «restaurador del imperio», y el segundo «dragon fuerte»; pero ni éste ni aquél correspondieron con sus hechos á tan formidables títulos; pues el terrible «dragon fuerte» resultó ser harto débil, desapareciendo con su ejército desde el primer encuentro con los tártaros, y el restaurador del grande imperio nada pudo restaurar con el mero sonido de su nombre; pues sin corazon y sin prestigio para acabar tan grande empresa, fué arro-

jado finalmente de Che-quiang, y anduvo fugitivo por los mares, hasta morir casi ignorado en la provincia de Kin-mueu.

83. Favorecidas por el genio de la guerra las legiones de los tártaros, paseaban por todas partes sus pendones victoriosos, y quisieron igualmente sujetar al fulgurante carro de sus triunfos la provincia belicosa de Kuan-si. Empero se encontraron frente á frente con un virey poderoso y un valiente general, ambos cristianos, que supieron defender por mucho tiempo en el campo del honor los derechos y la independencia agonizante de su patria. Presentaron cien batallas á los que se miraban invencibles, los derrotaron doquier en todo encuentro, y áun llegaron á reconquistar várias ciudades de la provincia de Kuang-tung, que los tártaros vencidos se vieron precisados á entregarles. Con la seguridad y la confianza que les iba inspirando su fortuna y la suerte gloriosa de sus armas, proclamaron emperador de la gran China á un nieto de Uvan-lie, que se llamaba Yung-glie. Animados los pueblos al ejemplo de aquellos grandes capitanes, fueron recobrando aliento y levantando sus fuerzas de la postracion en que yacian, hasta arrojar á los tártaros de várias provincias del imperio, y hacer dudoso el problema de su famosa conquista.

Hubiera sido ciertamente una dicha inestimable para este país infortunado, si los sucesos de la guerra hubieran sido favorables á Yung-glie; pues su triunfo hubiera perpetuado en el imperio una dinastía nacional, y la religion de Jesucristo hubiera florecido sin duda en todas partes. Es verdad que Yung-glie no estaba

aún bautizádo; mas era ya muy afecto á la religion de Jesucristo, y la Emperatriz, con el hijo primogénito, que era llamado á sucederles en el trono imperial, eran ya cristianos fervorosos. Mas las nefandas abominaciones del imperio, abandonado por Dios á su réprobo sentido, alejaron del Catay esta ventura.

84. Asustados al pronto los mancheus de los reveses que sufrian, resolvieron el nombrar á tres reyes tributarios, y les dieron desde luégo el señorío absoluto de las provincias de Kuan-tung, Fo-kien y Kiang-si, que eran las más temibles á sus armas. Estos jefes, solidarios en sus intereses y destinos, miraron siempre como própia la conquista del imperio, y batieron con frecuencia las aguerridas legiones de Yung-glie, obligando á replegarse á este Príncipe imperial hácia la provincia de Yun-nan, que se extiende al Occidente de la China. Áun allí lo persiguieron sin descanso, obligándole á presentarles finalmente una batalla decisiva en 1649. Inmensas eran las fuerzas que por una y otra parte se juntaron para resolver el gran problema de aquella conquista infausta, y someter á la razon poderosa de las armas la suerte y los destinos del imperio. Obedecian á Yung-glie doscientos mil combatientes y más de seiscientos elefantes instruidos en las artes y en las evoluciones de la guerra; pero la misma muchedumbre, que poco disciplinada y belicosa embarazábase á sí misma en sus complicados movimientos, fué la causa de su ruina. Tal vez ménos numeroso, pero más valiente y aguerrido, el ejército enemigo puso en derrota y en desórden á las huestes informes del imperio, y sus mismos elefantes, asustados de confusion tan espantable, se

desorientaron por completo en el campo de batalla, é hicieron estragos infinitos en su ejército.

Allí se decidió para siempre, en pocas horas, la suerte y el porvenir del imperio más grande de la tierra, y el desgraciado Yung-glie se vió precisado á expatriarse para salvar los tristes dias de su efímera existencia. Los tártaros, que no consideraban seguras sus conquistas miéntras existiese un solo príncipe de la prosapia imperial, fueron á buscarlo desde luégo en su hospitalario asilo, y lo condujeron otra vez á la provincia de Yun-nan, en donde le inmolaron tristemente á los manes sangrientos de la guerra, haciéndole morir al desgraciado de una muerte ignominiosa. El P. Victorio Ricci, de quien tomamos los detalles de esta rápida reseña, hallábase en las misiones de Fo-Kien cuando llegaba á su fin aquella gran tragedia nacional, y tuvo la desgracia de asistir á las últimas escenas de aquel horrendo espectáculo. Él vió hundirse en el sepulcro la libertad de un grande imperio, que se preciaba de remontar su alta existencia á un orígen fabuloso.

La emperatriz Elena con sus damas, fueron trasladadas á Pe-kin, en donde les señalaron por cárcel una torre que servia de observatorio astronómico, y á nadie era permitido visitarlas. Los religiosos de la Órden que se hallaban en la córte por entónces, tuvieron la satisfaccion de saber que estas señoras se manifestaron dignas de sí mismas y del nombre cristiano que llevaban, interesando en cierto modo á sus mismos enemigos, por la resignacion sublime con que supieron santificar su noble desgracia.

85. Asegurada ya la conquista del imperio por los tártaros, impusieron á su gusto la ley á los vencidos. Introdujeron en la China las costumbres de su raza, y mandaron, bajo pena capital, que todos los varones se rapasen la cabeza á usanza de los mancheus; cuya ley, apoyada por la sangrienta cuchilla de la muerte, se observa infaliblemente, y encierra un pensamiento más profundo de lo que pudiera parecer al primer golpe de vista. Haciendo desaparecer toda diferencia externa entre tártaros y chinos, era ya dar un gran paso para una fusion social entre ambas razas, sin la que no era posible extinguir aquellos odios y rencores seculares que se profesaban mutuamente, y que hubieran podido comprometer á cada paso la seguridad de su conquista. Al borrar de esta manera toda distincion externa entre los vencedores y vencidos, se quitaba de la vista todo recuerdo humillante que pudiera exacerbar el orgullo de los chinos, y dar pábulo contínuo á sus instintos de libertad é independencia.

Áun no se creyó suficiente por el pronto, esta sabia precaucion, y fué preciso guarnecer las poblaciones importantes con tropas de la Tartaria, para sofocar todo conato de insurreccion en el país. Tenian ademas coronadas de castillos, torreones y atalayas todas las riberas de los rios navegables y demas vias generales de comunicacion en las provincias, haciendo imposible de este modo todo movimiento sospechoso en el imperio, que les inspirase en algun caso el más mínimo recelo ó desconfianza. El más ligero y vago síntoma de traicion ó de infidencia era castigado con la muerte, y la culpa de un particular la expiaba una familia entera.

No era rara la extincion de una parentela numerosa, que contaba centenares de personas, por la imprudencia tal vez de un solo individuo de su seno. Sobre estos lagos de sangre descansan los cimientos y el poder de una conquista sin ejemplo en los anales del mundo, que redujo á vasallaje el imperio más antiguo y más populoso de la tierra. Despues de este episodio indeclinable, que era preciso abordar para abrirse paso el narrador á la relacion de los sucesos que pertenecen á esta *Historia*, queda ya nuestro camino desembarazado y expedito para hablar de las misiones de Fo-Kien, donde nuestros religiosos evangelizaban sin descanso, en medio de los combates, arrostrando con valor todos los azares y peligros de la guerra.

86. Hase hablado ya de la bonanza que reinaba en la mision ántes de la conquista del imperio. Entónces los misioneros de la Órden eran solamente tres, y se disputaban á porfía el primer puesto en el peligro, á trueque de extender por todas partes el reino de Jesucristo. La historia de su apostolado nos convence de que no siempre caia en la tierra buena la semilla celestial de su palabra, y sin embargo Dios se dignaba glorificar de tiempo en tiempo el nombre y los trabajos de sus siervos con hechos extraordinarios, que acreditaban altamente la divinidad de su doctrina. Nos dice, en efecto, el P. Ricci, que habia en San-tang por aquel tiempo, una mujer idólatra y posesa, á quien el demonio atormentaba sin cesar en todas partes. Unas veces le ocultaba los muebles y los objetos más precisos al servicio de la casa, otras agitaba con violencia su cuerpo debilitado y retorcia sus miembros con

horrorosas convulsiones, que hacian estremecer de espanto á todos los circunstantes. La madre de esta desgraciada, que tambien era gentil, estaba ya determinada á ofrecer algunos sacrificios al demonio, con el fin de aplacarle en sus rencores y desviar sus enojos de su hija infortunada.

Estaba ya todo dispuesto para aquel sacrificio abominable, cuando apareció un cristiano en los umbrales de su templo y les habló de esta manera: «No hagais tal, ¡oh mujer débil! por tu hija desgraciada. Con esas torpes ofrendas al espíritu del mal irritaréis más aún al verdadero Dios del cielo, que es el que puede libraros de su horrible tiranía. Mi padre espiritual, añadió en breve, con la autoridad que ha recibido de ese gran Dios que os anuncio, arrojará á ese demonio que os atormenta sin cesar, sin que pueda resistirse al imperio de su voz.» Creyó la familia en sus palabras y desistieron de hacer el sacrificio preparado. No habia trascurrido mucho tiempo, cuando se presentó el misionero (era el P. Juan García), acompañado de su guía que le introdujo en la casa de aquella familia infortunada. Á vista del misionero cayó al suelo la posesa, como herida por un rayo, y la creyeron difunta todos los espectadores de la escena. Sin asustarse del caso el celoso misionero, se acercó con paso firme á la supuesta difunta, y se puso á leer en su presencia el Evangelio de San Juan: *In principio erat Verbum*, que le devolvió al instante la libertad y la vida, de que por tan largo tiempo se habia enseñoreado el mal espíritu. Libre ya del demonio y sus tormentos, fué instruida desde luégo por el santo religioso en las verdades de la fe, y

recibió finalmente el santo sacramento del Bautismo. Entónces el demonio, á su pesar, le restituyó todos los objetos que le habia ocultado en otro tiempo, como que ya no ejercia sobre ella su antiguo imperio y señorío. Á consecuencia de un hecho tan prodigioso, toda la familia de la casa se hizo cristiana en pocos dias, imitando aquel ejemplo otras casas principales que hicieron construir á sus expensas un hermosísimo templo al verdadero Dios de las alturas, que se habia revelado á su conciencia por medio de esta maravilla.

87. Una religion divina que, tan bella é ideal se nos ofrece en todas sus manifestaciones, no podia ménos de dar un valor celestial á la pureza y á la castidad inmaculada de sus vírgenes, cuyas pléyades hermosas giran siempre en derredor de su esposo, el Rey del cielo, coronadas de azucenas y de lirios florecientes. Á los ojos de la carne y de los hijos del pecado, juzgárase tal vez como imposible hacer comprender siquiera esta virtud, este aroma, este perfume divino, que se puede considerar en cierto modo como el purísimo aliento de los ángeles, al pueblo más corrompido y más amante de los placeres sensuales; no así á los ojos de Dios, que habla á todas las naciones y á todos los pueblos de la tierra con voces inenarrables, voces que comprenden solamente los predestinados de Israel. Doquiera la religion de Jesucristo ha levantado sus tiendas y ha erigido sus hermosos pabellones al Dios de los tabernáculos, ha impreso en el corazon de los mortales alta estima á esa virtud, hija del cielo, y ha hecho brotar felizmente de la masa corrompida de la carne vírgenes con pensamientos tan puros como las flores, que se

mecen blandamente á las auras matinales. En China, como en todas partes, observóse tambien este fenómeno. Á pesar de los vicios especiales, que gastan completamente los resortes del sentimiento moral en los remotos países del Oriente, viéronse aparecer en el santuario de las familias cristianas esposas castas y puras, y vírgenes pudorosas, que inspiraron desde luégo á nuestros santos religiosos la idea de fundar en las misiones la institucion inmortal de nuestra tercera Órden, para admitir en su seno á las doncellas que se sintiesen llamadas á la consagracion de su pureza sobre las aras divinas de su Esposo celestial.

88. La primera que se resolvió á profesar un estado tan nuevo y extraordinario en la populosa China fué una doncella cristiana, raro prodigio de virtud y de santidad probada, y el ornamento más bello de la mision dominicana en la provincia de Fo-Kien. Llamábase Petronila, y hasta su conversion fué prodigiosa, pues dijérase que Dios la habia escogido para sí como una rosa ó como un lirio entre las espinas del desierto, para manifestar á los gentiles de algun modo el poder extraordinario de su gracia. Era natural de Hia-poey, é hija de padres infieles que la educaron, por tanto, en sus abominaciones idolátricas. Así vivió acariciada en el seno del paganismo y del error hasta la edad de once años. Idólatra hasta el delirio, aborrecia á los fieles con todo su corazon, porque seguian y profesaban una religion extraña, que sólo conocia por las calumnias y blasfemias que contra ella publicaban los gentiles. Esta disposicion de ánimo alejaba en gran manera á la doncella de los caminos de Dios y le ocultaba la

antorcha de la verdad y de la vida. Al fin tuvo precision de acompañar á su madre al pequeño pueblo de Ting-teu, circunstancia providencial y señalada que Dios habia preparado de antemano para revelarse á su razon, y disipar las tinieblas de la infidelidad en que yacia.

Habíanle advertido sus parientes que no se dejase engañar por los cristianos de Ting-teu, y que no les escuchase si le hablaban del verdadero Dios y de su reino. Al oir esto la doncella, dijo en tono desabrido: «¿Yo cristiana? ¿Quién se ha de atrever á persuadirme tal maldad?» Pues bien: la que así se producia contra la religion de Jesucristo, no estaba léjos de amar aquel Dios desconocido, que ella se imaginaba aborrecer. Y sucedió, efectivamente, que al oir hablar por incidencia en dicho pueblo del culto y de la religion de los cristianos, se sintió movida interiormente por un impulso secreto que ella misma calificaba de simple curiosidad.

No habian transcurrido muchos dias, cuando ella misma suplicaba á una persona de confianza que le explicase mejor los fundamentos en que descansaba el nuevo sistema religioso que se iba propagando en el imperio. La amiga de su confianza no tuvo dificultad en complacerla, y se explicó en estos términos: «Sin embargo de que no soy cristiana, he oido muchas cosas de esta religion; prescribe la adoracion de un Sér supremo, Señor del cielo y de la tierra, que, segun sus adoradores aseguran, no tiene principio ni fin, y que ha criado todo lo que vemos y áun las cosas invisibles y espirituales que no vemos. Dicen tambien que pre-

mia á los buenos que siguen su ley, con una eternidad de bienes inapreciables en el cielo, y que castiga á los malos con penas eternas en el infierno.» Al escuchar la doncella tan lacónica y sublime explicacion, se sintió sobresaltada por un súbito movimiento de terror; palideció su semblante, se contrajeron sus músculos y se estremeció todo su cuerpo, temerosa de perder su hermosa alma por el camino execrable de la gentilidad y del error. Este pensamiento pavoroso la atormentaba sin cesar, y aunque procuraba, como niña, divertir en otras cosas su inteligencia infantil, la gracia eficaz y poderosa, que venía obrando en su alma una transformacion tan admirable, no la permitia fijarse en otro objeto.

Al fin se resolvió á consultar el estado de su alma con un pariente muy cercano, que era letrado ademas, y cristiano fervoroso. Le descubrió, efectivamente, todo su corazon y su conciencia, y le suplicó que la instruyese en todas las cosas santas que enseña la religion de Jesucristo. Éste, al oir enternecido aquella súplica de su angelical sobrina, se alegró sobremanera de aquel cambio repentino; dióle gracias al Señor por la merced que le hacia de añadir un ángel más á los adoradores de su reino, y desde luégo satisfizo sus deseos, dándole individual explicacion de los misterios y deberes que contiene nuestra religion inmaculada. Concluyó por asegurarla, finalmente, que no hay Dios, ni salvacion, ni verdadera felicidad para los hombres fuera de esa religion hija del cielo. Quedó aquella tierna jóven profundamente convencida, y se decidió á recibir cuanto más ántes el santo sacramento del Bautismo.

Al separarse de su tio se fué inmediatamente con su madre, y la manifestó lo que sentia de la religion que ántes odiaba, y la resolucion que habia tomado de recibir el bautismo y su iniciacion cristiana en la primera ocasion. La madre, que áun era idólatra, procuró disuadirla de su intento; mas ella, redoblando sus instancias, logró, por fin, convencerla con las mismas razones que su tio habia empleado en su instruccion. Allanada ya la madre á sus deseos, y no queriendo disgustarla en aquel caso, le aseguró desde luégo que ella tambien lo habia pensado y estaba resuelta á bautizarse; pero que lo aplazaba por entónces para otra oportunidad. La niña, empero, razonando con una prudencia y discrecion muy superior á su edad, le contestó en estos términos: «¿Cómo? ¿Hemos de dilatar el vivir bien, y exponer de esta manera la salvacion de las almas? ¿Estamos seguros, por ventura, que hemos de vivir dos horas? En asuntos de tanta importancia no hay razon á poner términos y largas dilaciones.»

Admirada la madre de su hija, y sospechando realmente que algun espíritu superior iluminaba su razon é inteligencia, quiso aún probar su vocacion por medio del espanto y del terror. «¿Sabes, hija, le dijo en són de miedo, qué viene á ser el Bautismo que tú tanto deseas recibir? Pues yo te lo diré en pocas palabras: el padre abre el pecho del que lo recibe, se lo lava con una agua especial, y con ella lo limpia de sus culpas: ¿Podrás tú, siendo tan niña, sufrir esta cruel operacion? Crece ántes con la vida; adquieran robustez estos tus miembros tan tiernos y delicados, y entónces podrás sufrir esos tormentos, y bautizarte si te place.»

La inocente y sencilla criatura creyó las invenciones y cuentos de su madre, y sin embargo de todo, le replicó muy animosa: «Todo este pueblo está lleno de cristianos; los hay de todas edades; todos han recibido el Bautismo; todos han sufrido el tormento de que me hablais, y ninguno se ha muerto. ¿Acaso yo sola soy la que me tengo de morir? En fin, aunque me muriese, mi muerte sería bien empleada, porque moriria por mi Dios, que se dignó morir por mí.» Dijo, y la madre enternecida ya no quiso contrariarla, porque estaba poseida de los mismos sentimientos, al oir de la boca de su hija aquel discurso que solo el mismo Dios podia poner en sus labios infantiles. Desde entónces se preparó la hermosa niña para recibir sobre su frente las aguas saludables de la vida, y se bautizó solemnemente, llamándose Petronila.

No correspondió del todo, sin embargo, esta doncella á los principios extraordinarios de su vida cristiana y á la gracia especialísima de tan generoso llamamiento. Inclinábase algun tanto á los halagos y á las vanidades del gran mundo, y áun solia enseñar tambien á las niñas de su clase aquellos peligrosos pasatiempos que alejan el corazon de los caminos de Dios. Asistia con gusto á las comedias y demas representaciones teatrales, y aunque procuraba no traspasar en todo esto los límites de la conciencia y del deber, era todavía reprensible, en atencion á los favores especiales que habia recibido del Señor. Empero sonó para su alma la hora postrimera de la gracia, y llamada por Dios con voz potente á la soledad del corazon, reflexionó sobre su vida y lloró amargamente sus defectos.

Desde entónces se propuso reparar el tiempo perdido en devaneos y diversiones mundanales, y se resolvió, por fin, á recogerse en el santuario interior de su conciencia, y á vivir bajo la regla de la tercera Órden de nuestro santo Patriarca. Bajo esta fase postrera de su corazon y de su vida, hizo admirables progresos en toda justicia y santidad, y á los diez y ocho años cumplidos consagró para siempre á Jesucristo su pureza virginal. Mas para salir triunfante de los terribles combates que le preparaba el mundo contra sus votos sagrados, armóse de todas armas, y se entregó á la oracion, á la disciplina y al ayuno.

Llegó por fin el momento que tanto era de temer para sus años. Habíanla desposado sus mayores, segun la bárbara costumbre de la China, sin haber contado para nada con su conocimiento y voluntad. El varon era hijo de un cristiano, que entregó anticipadamente el dote en que se habian convenido, segun los usos del país, y sólo faltaba hacerse la entrega personal á domicilio de la inocente Petronila, para completarse de ambas partes el contrato conyugal. Este acto solemne de la vida no se hace, en el imperio, ni delante de testigos, ni en ningun lugar sagrado. El dia precisado por los padres de los futuros consortes, es conducida la esposa á la casa del esposo, adornada con las joyas y vestiduras nupciales, y desde luégo la jóven es considerada y recibida como su propia consorte. Petronila, desposada segun las usanzas del imperio, como queda referido, hubo de pasar por esta prueba asaz terrible y peligrosa; mas salió airosa y triunfante de aquel fatal compromiso, por especial providencia del Señor. Sabe-

dora, con efecto, del contrato esponsalicio, y de la proximidad del casamiento, dijo á su padre y familia con una santa libertad que ella no podia aceptar ni reconocer á otro esposo, en su conciencia, que á Jesucristo su Señor, á quien tenía consagrada su pureza virginal. Cuando el padre del mancebo conoció la repugnancia que mostraba Petronila en tomar aquel estado, y se hubo convencido finalmente por la fuerza superior de las razones con que justificaba su propósito, desistió, como cristiano, de llevar adelante lo pactado, pero reclamó la dote que en su virtud habia entregado al padre de la doncella. Éste, ménos escrupuloso y más amante del interes que de su hija, contestó serenamente: «Que nada le debia, supuesto que por su parte hacia entrega de la hija, y que podia disponer de ella, llevando adelante su contrato.»

Al fin se arregló el negocio de tal suerte, que Petronila quedase en completa libertad de cumplir el voto sagrado que habia hecho, y quedasen á la vez todos los daños reparados. El nuevo convenio de ambas partes, al decir de un texto manuscrito, estaba concebido en estos términos: «El dia designado y convenido debia ser presentada como novia en la casa del esposo, despojarse allí de los vestidos y adornos nupciales, y volverse en seguida á la casa de su padre, obligándose el esposo con juramento de no estorbarle la salida, ni invocar los derechos maritales.»

Petronila por su parte hizo cuanto le habian prevenido; empero cuando trató de retirarse, faltando el novio al pudor y á la santidad del juramento, trató de consumar el matrimonio, contra las condiciones acor-

dadas. Ante todas cosas, se propuso ganar el corazon de la doncella con caricias, despues procedió á las amenazas, y por fin la maltrató de mil maneras, para conseguir por la violencia lo que no pudo lograr por el amor. Pero la doncella, siempre firme en su propósito, se resistió varonilmente á todas sus tentativas, hasta que por fin salió victoriosa de la lucha; pues sucedió, con efecto, que desesperanzado ya el esposo de poder vencer su resistencia, desistió de sus violencias, y permitió, finalmente, que se retirase Petronila á la casa de sus padres. Salió á la postre la jóven de aquella tortura insoportable, y libre ya en su conciencia de todo compromiso marital, dejó un ejemplo de fortaleza y de constancia en la pureza virginal nunca visto en el imperio hasta sus dias.

CAPÍTULO IX.

Persiguen los gentiles con calumnias á la religion y á sus ministros.—El mandarin de Fo-gan favorece á los cristianos.—Un visitador da una sentencia en su favor.—Los infieles, despechados, maltratan á Pedro Chin y destruyen la iglesia.—El Virey trata de castigarlos, y se burlan sus disposiciones.—Muerte y reseña del venerable P. Diaz.—La tropa del Virey destruye á Fo-gan.—Constancia de las mujeres cristianas.—El mandarin tártaro prohibe la religion de Jesucristo.—Las tropas leales cercan á Fogan, y los tártaros prenden al venerable Capillas.—Es examinado y atormentado.—Defiende delante del tirano la santidad y pureza de nuestra santa religion, y es cruelmente azotado.—Frutos de su palabra en la prision.—Es azotado otra vez.—Su martirio.—Reseña de su vida.

89. El poder de las tinieblas, que veia extenderse en el imperio la verdadera luz del mundo, cuya irradiacion divina no habia podia extinguir con las persecuciones y violencias que habia ensayado anteriormente

en los ministros del santuario, hubo de recurrir postreramente á la difamacion y á la calumnia, que es el recurso ordinario del ódio, de la maldad y la venganza. No se avergonzaban, en efecto, los adoradores de Belial en asegurar públicamente, como un hecho indubitable, que los ministros de Jesucristo, como extranjeros poderosos y muy ricos, compraban las voluntades de los chinos para levantarse despues con el imperio, añadiendo á esta impostura otras calumnias groseras.

Hallábase el imperio por entónces en la anarquía más completa, sin que nadie respetase ley alguna, ni obedeciese, por desgracia, á ninguna autoridad constituida. Podia entónces decirse de los chinos lo que tantas veces se repite en el sagrado libro de los *Jueces:* «En aquel tiempo no habia rey en el imperio, y cada uno hacia lo que le parecia.» Los tártaros se ocupaban solamente de llevar á todas partes sus armas conquistadoras, y los antiguos mandarines del Gobierno ya no eran obedecidos ni debidamente respetados. Empero, Dios, que no siempre disimula las maldades de los hombres, y que vela cuidadoso por la santidad de la inocencia, no tardó en descargar el brazo fuerte de su ira sobre los blasfemos y calumniadores de Fo-gan, exterminando con la espada de los tártaros á los cobardes autores de imposturas tan infames.

90. En vista de la animosidad y de la guerra que los infieles de Fo-gan habian declarado nuevamente á nuestros santos misioneros, á favor de la impunidad y de la anarquía que reinaban á la sazon en el imperio, se determinaron por entónces á fijar su residencia en la parte más segura de la misma provincia de Fo-Kien, don-

de gobernaba todavía el emperador Lung-vu, uno de los dos dinastas que habian sido elegidos por los chinos para sostener incólumes los derechos del imperio. Tenía á su lado este Monarca un consejero privado que se llamaba Nereo, de quien esperaban ser protegidos y amparados contra las vejaciones de una plebe sin Dios, sin moralidad y sin vergüenza. Era Nereo cristiano, y enterado por los fieles de lo que pasaba en la villa de Fogan (que áun se mantenia, aunque débilmente, en la obediencia del Gobierno), facilitó al P. Diaz una *chapa*, ó sea un decreto imperial, en el que, despues de sancionarse y aprobarse la religion de Jesucristo, se prohibia rigorosamente que nadie osára vejar ni ofender á sus ministros. Iba dirigido este decreto al mandarin de aquel distrito, con órden de que lo publicase desde luégo con la mayor solemnidad en toda la circunscripcion de su gobierno. Obedecieron al pronto los enemigos de la fe; pero no dejaban de buscar ocasiones oportunas para mortificar á los cristianos, cuya virtuosa conducta era una reprension tácita y elocuente de sus vicios.

Áun no habia trascurrido mucho tiempo desde la promulgacion de este decreto, cuando el mismo Emperador envió á la villa de Fo-gan un visitador de su confianza, revestido con la suprema autoridad, para oir las querellas de ambas partes, y hacer justicia á la inocencia con conocimiento de las causas. Los cristianos del distrito creyeron oportuno presentarle una demanda en toda forma, con el fin de que los oyese en pleno juicio, y se pusiese coto á los desmanes de que venian siendo víctimas por parte de los infieles. Admitida la demanda, el visitador citó ante la barra de la ley á los

principales enemigos de la religion cristiana que más se habian distinguido por sus violencias y atropellos, y les invitó á que alegasen por su parte lo que tuviesen que oponer y que decir contra la religion y sus ministros, ó contra el proceder exterior de los cristianos. Designado, en fin, el dia de esta cita judicial, los infieles no quisieron presentarse por sí mismos, y nombraron al efecto sus procuradores y abogados. El docto y virtuoso Pedro Chin era el que debia defender la causa pública de la religion de Jesucristo, tan vilmente calumniada, y lo hizo con dignidad y una fuerza de razon incontrastable. Demostró hasta la evidencia la santidad de su doctrina; tomó por base los hechos para justificar á los cristianos, y confundió para siempre las groseras imposturas de sus infames enemigos, que sólo se inspiraban en el ódio y en las preocupaciones tenebrosas del fanatismo pagano.

Enterado el visitador de las razones que una y otra parte producian en favor de su derecho, pronunció al fin su sentencia en los términos siguientes: «La ley de Dios es verdadera, buena y santa; pues enseña á los hombres á huir del mal y practicar el bien. Sus predicadores son hombres virtuosos, y están muy léjos de cometer los excesos que les imputan. En su consecuencia impongo silencio á los infieles sus contrarios.»

La causa de la religion habia triunfado en el mismo tribunal de los paganos; mas este triunfo glorioso, léjos de contener á los infieles en sus contínuas vejaciones, exacerbó profundamente su perverso corazon, é inflamó en su pecho airado el fuego de la venganza, al verse vencidos en la lid por aquellos mismos hom-

bres que tan sin razon aborrecian. Parece que las furias infernales se habian apoderado de sus almas, pues sin respeto á la autoridad y á la justicia que los habia condenado, acecharon el momento de asesinar en su casa al que los habia confundido y derrotado con la fuerza poderosa de la razon y del discurso, ante el supremo magistrado del imperio. Avisado el cristiano del peligro se fugó de su morada á las doce de la noche; mas ni áun asi pudo evadirse de sus manos. Asaltado en la calle de improviso por una turba inclemente, fué derribado en el suelo, donde lo dejaron ya por muerto, lleno de contusiones y de heridas, nadando en su propia sangre. Al cabo de muchas horas áun recobró los sentidos, y lo condujeron á su casa sin esperanzas de vivir por mucho tiempo.

91. Áun no quedaron satisfechos los enemigos de la fe con tan horrible atentado; pues se formaron mil grupos y reuniones tumultuarias, y anduvieron gritando por las calles, «que habian sido agraviados por el juez, y que estaba de su parte la razon y la justicia.» Alborotados de esta suerte, asaltaron la vivienda del cristiano Juan Kian-chin, en donde se solian hospedar frecuentemente los venerables misioneros. Despues se dirigieron blasfemando al templo de los cristianos, donde cometieron todo género de profanaciones y de escándalos, destruyendo y violando, en su impiedad, los símbolos venerandos de nuestra religion santa.

El P. Diaz se libró esta noche de la muerte por una especial providencia del Altísimo. Cuando los infieles penetraron en el templo del Señor, hallábase escondido y disfrazado para evitar el primer ímpetu de aque-

llas turbas frenéticas. Al fin, amparado por las sombras y por el mismo desórden de aquella noche funesta, pudo trasladarse por fortuna á la apartada vivienda del insigne Pedro Chin, que se hallaba padeciendo en el lecho del dolor. El espíritu de Dios llevóle sobre sus alas á la presencia del doliente, que recobrando á su vista el uso de la palabra, se confesó para morir con el enviado del Señor. Despues recibió con devocion los demas sacramentos, y al quinto dia espiró, para vivir con Jesucristo en las eternas moradas de su reino. Reconocido su cadáver, se descubrieron en su cuerpo dos heridas profundas y mortales, que daban evidente testimonio de que su muerte dichosa era un martirio verdadero, un sacrificio de la vida en aras de la religion y de la fe. De todas estas circunstancias hizo el P. Diaz una informacion jurídica, de la cual resultaba haber perdido la vida por ódio de los infieles á la religion de Jesucristo, y por haberla defendido con todos sus esfuerzos.

92. Los cristianos de Fo-gan, en vista de semejantes atentados, creyeron que debian presentarse á la autoridad superior de la provincia para pedir satisfaccion de sus agravios; y á pesar de las reflexiones que les hizo el padre misionero del distrito, exhortándolos á la paciencia y conformidad con la voluntad de Dios, elevaron su querella al imperial visitador, que áun estaba desempeñando su elevada comision, y le pidieron justicia contra los autores del motin, con resarcimiento de daños y perjuicios. Este magistrado débil, si bien admitió como procedente la demanda, no tuvo valor bastante para proseguir la causa; pues la plebe tumultuosa

áun se agitaba insolente, y creyó, acaso con razon, que su autoridad suprema no sería respetada en tal extremo. Entre tanto llegó el tiempo de regresar á la córte, y al abandonar la villa y el distrito de Fo-gan, elevó la causa al tribunal superior de la capital de la provincia, cuyos jueces, en su vista, no pudieron ménos de fallar contra aquellos criminales, y enviaron incontinenti una compañía de soldados para reducirlos á prision. Sobornado, finalmente, el capitan de aquella fuerza, regresó á la capital sin haber hecho cosa alguna. Probada judicialmente su maldad, fué castigado ejemplarmente, y el tribunal mandó á otro cabo con la fuerza necesaria, que acabó por cometer la misma traicion infame contra los poderes judiciales. ¡Tanta era la corrupcion y la venalidad de aquellas gentes! De esta manera quedaron los malvados por entónces sin castigo; pues las autoridades chinas de Fo-Kien ya estaban á la sazon amenazadas por los tártaros, que avanzaban rápidamente sobre los pueblos centrales, y en tan gran perturbacion, sus providencias eran burladas con frecuencia por los díscolos, careciendo de fuerza moral y material para hacerse obedecer.

93. El P. Diaz ya no sobrevivió por mucho tiempo á estos escándalos. Sólo contaba por entónces cuarenta años de edad; pero habia trabajado tanto en la mision, perseguido á sol y á sombra por los enemigos de la fe, y habia sufrido tantas penas por amor de Jesucristo, que su salud se habia resentido al fin profundamente, y se aproximó la hora que iba á cortar para siempre el hilo precioso de sus dias.

Era este venerable natural de San Cebrian de Ma-

zote (junto á la ciudad de Toro) é hijo del convento de San Pablo de Valladolid. Hizo los estudios de la Órden en el colegio de Alcalá, y de allí se trasladó á la Provincia del *Santísimo Rosario*, obedeciendo fielmente al espíritu de Dios, que le llamaba sin cesar al apostolado del Oriente. Desembarcaba en estas playas por los años de 1632, y en 1635 aportaba á las costas de Fo-Kien, cuando la mision de China principiaba á dar señales de su débil existencia. Dedicóse con esmero y con mucha inteligencia al estudio complicado de la lengua mandarina, que es la que hablan los letrados y todos los sabios del imperio. Despues estudió con igual éxito la lengua vulgar de Fo-gan y de Ting-teu, y así pudo anunciar á dichos pueblos el nombre santo de Dios y el advenimiento de su reino. Era su celo tan ardiente, y tan eficaz y poderosa su palabra, que predicaba en los campos, en las plazas, en los caminos, en los viajes y hasta en las embarcaciones de los rios. Dícese, en efecto, para gloria de este varon extraordinario, que compartió valeroso los trabajos de sus dignos compañeros en el apostolado y conversion de aquellas gentes; libó la copa del dolor, de la tribulacion y la amargura como verdadero confesor de Jesucristo; fué cruelmente azotado, agobiado bajo el peso abrumador é ignominioso de la canga, y por fin desterrado del imperio como un sér aborrecido por las divinidades del país. Mas el amor que tenía á sus neófitos, y el deseo de ganar á sus mismos enemigos para el cielo, le obligaron á regresar ocultamente á la mision, en donde perseveró evangelizando el reino de Jesucristo hasta el glorioso fin de su carrera.

En la peregrinacion extraordinaria que con sus venerables compañeros emprendió por diferentes provincias del imperio, tuvo frecuentes ocasiones de ejercer aquella caridad y aquel amor que fuera siempre el secreto de su corazon y de su vida, y era ya para su alma como una ley de su existencia. Sabedor, en efecto, de que en Niapoey se habia desarrollado una epidemia horrorosa y fulminante, voló en alas presurosas de su corazon amante á socorrer en su cuita á los míseros dolientes, abandonados en su lecho por sus parientes más cercanos, que huian de su presencia y de su vista con horror. Eran infieles áun, y la caridad de Jesucristo era desconocida en sus hogares. Libre ya la poblacion de aquel contagio, se dirigió á la ciudad de Fo-ning-cheu, donde no hallando albergue ni hospedaje para dar algun descanso á sus miembros fatigados, ni áun para pasar la noche al abrigo de las lluvias y los frios, hubo de refugiarse á un muladar, miéntras su guía cristiano le proporcionaba algun asilo. Empero, cuando se hallaba más atribulado y afligido, cuando se veia más abandonado de los hombres y de toda criatura, halló á Dios en la oracion, que se dignó consolarle y regalarle con los carismas extraordinarios de su amor. Puesto, en efecto, de rodillas en la presencia de Dios, y ofreciendo sus trabajos á Jesus crucificado, experimentó en su alma las delicias inefables de la contemplacion más elevada; y sorprendida su alma con este favor divino, no pudo ménos de exclamar en estos términos: «¡Oh benignísimo Señor, qué fiel sois con vuestros siervos! ¿Quién creyera que se pudiesen hallar en un sucio muladar tantas delicias?» Con esta gracia interior y celestial

confortamiento se sintió más animado para continuar su obra, sin arredrarle los peligros de la persecucion ni de la muerte. En este lugar inmundo le halló, por fin, el criado, despues de practicar las diligencias y la comision que le habia dado; trasladándose los dos á una casa de confianza, donde estuvo en espectante observacion, hasta que se persuadió postreramente de que áun no era ocasion de manifestarse al público, allí donde todavía estaba muy reciente la memoria del destierro á que habia sido condenado.

Debiendo regresar en tal concepto á la villa de Fogan, cayó gravemente enfermo en el pueblo de Tingteu, que estaba entónces á cargo del célebre P. García, quien le asistió como hermano con la mayor solicitud. Merced á la Providencia, que velaba tiernamente sobre sus hermosos dias, áun salió de aquel peligro despues de haber recibido los santos sacramentos. Todavía no bien convalecido de su grave enfermedad, se trasladó al pueblo de Zu-yang, que habia jurado y perjurado el no recibir jamas la ley de Dios ni la religion de Jesucristo. Llevado sobre las alas de su ardiente caridad, voló á desengañar aquellas gentes, persuadido ingenuamente de que sólo podian aborrecer aquella ley evangélica porque la desconocian é ignoraban. Evangelizó, pues, por algun tiempo á los moradores de Za-ysing, que le suscitaron al fin una cuestion sobre los célebres ritos con que se daba culto en el imperio á los manes desgraciados de las generaciones que pasaron. Como aquellas turbas necias no podian sostener de ningun modo con el sabio misionero una discusion científica, recurrieron á la violencia y al atropello para suplir con

la fuerza la falta de raciocinio. Á consecuencia de los golpes que le dieron en el pecho cayó al suelo el venerable, bañado en su propia sangre, que arrojaba por la boca en horrorosa cantidad. No quedó impune aquel crímen en la presencia del Altísimo; pues, si no fué castigado por la justicia de la tierra, Dios se encargó de quebrantar el brazo del agresor, que murió desesperado al poco tiempo, como mueren los precitos, que descienden á la tumba con el sello de la reprobacion sobre su frente.

Enfermo constantemente desde entónces nuestro venerable religioso, comprendió desde luégo que su vida no podia ser ya duradera, y que los golpes recibidos sobre su indefenso pecho debian conducirle en breve á la morada de los muertos. Este último período de su agitada existencia fué tormentoso y terrible, y libó pacientemente la copa de su dolor, dándose á sí mismo en espectáculo de resignacion y de paciencia. Inspirada su alma pura en los altos pensamientos de la eternidad cercana, y lleno su corazon del amor de Jesucristo, cuya gloria deseaba compartir allá en el cielo, como habia compartido sus dolores en la tierra, recibió con vivas ánsias los Santos Sacramentos, y asistido de los PP. Fr. Juan García y Fr. Francisco de Capillas, entregó su alma dulcemente al Criador el dia 4 de Noviembre de 1646.

Es muy notable la memoria que se hizo de este venerable confesor en el comicio provincial que se celebró al año siguiente, y cuyo texto dice así: «En el grande imperio de China falleció el venerable y devoto P. Fr. Francisco Diaz, sacerdote español y padre

antiguo, muy instruido en la lengua, letras y ministerio de su gente, y cuya preciosa muerte fué muy conforme con su vida. Empero, dos años ántes de pasar á vivir con Jesucristo, fué enriquecido en la tierra con todos los carismas de la gracia, y fué elevado en espíritu á las regiones de la luz, donde se le revelaron en gran parte los tesoros de la ciencia y de la sabiduría del Altísimo. Adquirió al mismo tiempo un sentimiento tan profundo de su propia pequeñez, que impelido por la violencia del espíritu de que era llevado, se postró con el rostro en el suelo, y pedia esforzadamente al Señor con lágrimas y grandes clamores que siendo aún tan imperfecto, no lo confundiese con el peso de tantas gracias y favores. Éste, pues, siendo un varon perfectamente apostólico, abrasado por el celo de las almas, admirable por el dón de lágrimas que poseia, insigne en la humildad, preso por el amor de Jesucristo, cuatro veces azotado y dos condenado á destierro, hizo muchas y grandes cosas por la gloria de Dios y de su templo. Acabado, finalmente, con los trabajos y enfermedades postreras de su vida, terminó su feliz carrera, y alegre miró la muerte, que fué realmente la del justo, como lo habia merecido por sus obras.» El venerable P. Fr. Francisco de Capillas, que lo trató interiormente, y que conocia á fondo la santidad de su alma, no dudó afirmar que el P. Diaz habia entrado desde luégo en la posesion eterna de la gloria, sin tener que expiar en la otra vida el reato de las faltas hijas de la condicion humana.

94. Muerto el venerable Diaz, no quiso Dios diferir por mucho tiempo el espantoso castigo que mere-

cian aquellos pueblos por la obstinada persecucion de sus profetas. El mismo dia desgraciado en que se inhumó el cadáver del venerable P. Diaz, fué invadida y saqueada la desventurada villa de Fo-gan por las indisciplinadas huestes del Virey de la provincia, que defendia los derechos del emperador Lung-vu. En tan espantosa cuita, todavía fué una comision con un mandato imperial para recoger contribuciones y allegar otros recursos, que se negó á entregar abiertamente aquella poblacion desesperada, asesinando ferozmente á los representantes del Gobierno. Este escandaloso desacato provocó sobremanera la cólera del Virey, y resolvió vindicar aquel ultraje con la fuerza de las armas. Avanzó efectivamente con su ejército sobre la villa de Fogan, que léjos de reconocerse y de implorar su clemencia por los excesos cometidos, le cerró todas las puertas, y se preparó con tiempo á una tenaz resistencia, desconociendo asimismo su legítima autoridad y señorío.

Compadecido el Virey de la desgraciada suerte que debia sobrevenir á la rebelde Fo-gan si persistia tenaz en su locura, hizo introducir en ella una órden generosa, por medio de una flecha voladora, en que decia á sus habitantes que no era su propósito destruir la villa y sus villanos, como tenian bien merecido, sino tan sólo castigar á los autores de los atentados cometidos. En tal concepto, añadia que le franqueasen la entrada incontinenti, y no le provocasen á tomar una venganza rigorosa. Empero la villa se hizo sorda á sus requerimientos y amenazas, y él se vió en la necesidad de tomarla por asalto y apoderarse de ella á viva fuerza. Como esta empresa militar no pudo llevarse á cabo sin mu-

cha efusion de sangre, las huestes indisciplinadas del Virey, inflamadas de furor, pasaron á cuchillo en breves horas á todos sus moradores, y por último, entregaron á las llamas aquella desgraciada poblacion. Sólo se escapó del fuego un arrabal solitario, donde habitaba la familia más culpable y que más parte habia tenido en los excesos anteriores. Era preciso, no obstante, que tambien les alcanzase su merecida expiacion, y los que habian escapado por entónces del acero y de las llamas no pudieron evadir postreramente el filo sangriento de la espada en un segundo combate, que acabó de extinguir aquellos restos de la antigua poblacion.

95. Durante el primer asalto, las mujeres cristianas y devotas se refugiaron al templo del Señor, para implorar sus auxilios, en aquel dia terrible, contra los abusos y furores de la desenfrenada soldadesca. Empero, Dios, á cuyo amparo se habian acogido temblorosas, dióles fuerzas y valor para resistirse á los conatos de aquellas hordas impuras, cuya cuchilla sangrienta llegó á brillar pavorosa sobre su cuello inocente. No se observó igual constancia en las jóvenes infieles, que destituidas, por desgracia, del temor santo del Señor, se abandonaron fácilmente á sus torpes y desordenados apetitos. Esta sola circunstancia, que tan bien caracteriza la profunda diferencia que ha existido en todo tiempo entre la mujer cristiana y la abyecta mujer del paganismo, bastaria para abrir los ojos de los gentiles de Fogan á la luz de la verdad, si la muchedumbre inmensa de sus maldades inauditas no los hubiera cegado enteramente en los caminos del mal.

Apoderados, por fin, los conquistadores tártaros de la

inmensa provincia de Fo-Kien, por los años del Señor de 1647, los enemigos de la fe volvieron á perseguir á los cristianos en la rebelde villa de Fo-gan, con motivo de haber prohibido el Virey tártaro la secta inmoral de Selin-kiao. Chin-uan-hoey se presentó desde luégo al mandarin, y no dudó asegurarle que la religion de Jesucristo era todavía peor y más perniciosa que la secta prohibida; «porque, añadió, enseña á los hijos á desconocer los mandatos de sus padres, inspira en las mujeres el desprecio hácia sus maridos, y en todos la irreverencia á los difuntos. Sus maestros son unos viles extranjeros, que se arrogan cierta autoridad con su doctrina, muy temibles por cierto en el imperio. Introducen ademas un nuevo culto, nuevas doctrinas y nuevas costumbres. Conviene, pues, que esta religion sea exterminada, como la nociva secta prohibida.» Esta grave acusacion, formulada por un prócer de la villa, y confirmada con testigos pagados para el efecto, decidieron al mandarin tártaro á prohibir igualmente la religion de Jesucristo, ordenando al mismo tiempo que los PP. misioneros fuesen inmediatamente capturados. Un aviso reservado llevó la noticia infausta de este decreto execrable á los ministros de Dios, que se apresuraron á recoger las imágenes sagradas y demas objetos religiosos que podian ser profanados por los incircuncisos de Israel, y se trasladaron disfrazados al pequeño pueblo de Ting-teu. A la mañana siguiente invadió el mandarin con fuerza armada la desierta morada del Señor, y no hallando cebo alguno á su profanacion y á su codicia, asentó sus pabellones sobre las ruinas preciosas de aquel templo.

96. Era tambien por este tiempo cuando los chinos proclamaron, por su emperador á Yung-glie, con cuyo fausto motivo se entusiasmaron los pueblos, y apelando nuevamente á la razon de las armas, pudieron recuperar del yugo tártaro las cuatro plazas más fuertes de la provincia de Fo-Kien. El virey Lien-chung-zao, que habia aumentado su ejército de un modo considerable, se propuso apoderarse de la villa de Fo-gan, para reducirla á la obediencia de su nuevo emperador. Establecido el asedio en toda regla, dos veces avanzó sobre sus muros y pretendió tomarla por asalto, y por dos veces tambien fué vigorosamente rechazado. Durante el segundo asalto, el P. Fr. Francisco de Capillas fué aprisionado por los tártaros, precisado á salir de aquella plaza para administrar los Santos Sacramentos á los fieles que reclamaban sus auxilios en las vecinas aldeas de los valles.

Caminaba el venerable religioso con las precauciones necesarias por una senda excusada que se deslizaba oculta en la maleza de los montes, cuando fué descubierto por los tártaros que andaban merodeando por aquellas cercanías, y conducido despues con un criado á la presencia del caudillo. Interrogado el venerable acerca de los deberes y demas funciones propias de su divina mision, le pidió tambien explicaciones acerca de los ornamentos que llevaba para celebrar el santo sacrificio de la misa. Aprovechando el misionero ocasion tan oportuna, le dió razon de su fe y de la religion que predicaba, y le entregó ademas un catecismo de su celestial doctrina, escrito en caractéres sínicos. Comprendiendo entónces este jefe que no le pertenecia conocer

de aquella causa, y que tampoco habia mérito para retenerlo en su poder cual prisionero de guerra, lo envió al mandarin letrado para que procediese por su parte á lo que hubiese lugar.

Se le interrogó ante todo acerca de su hogar y residencia, y el venerable contestó que no tenía morada fija, pues su ministerio santo le llevaba continuamente á todas partes, y no le permitia establecerse en ningun punto, ni tener mansion permanente en este mundo. Entónces le hizo salir del aposento, y principió su interrogatorio al catequista que servia y acompañaba al misionero. Finalmente, se ciñó á las acusaciones execrables que el pagano Chin-uan-hoey habia fulminado contra ellos, y sin embargo de que el venerable misionero contestó á todos los cargos de la manera más satisfactoria y más cumplida, el preocupado juez lo remitió al mandarin militar con una carta, en que le decia textualmente: «Que el maestro de la religion cristiana que le enviaba era un malhechor, que revolvia los pueblos, propagaba sectas impuras, y que, en su consecuencia, era digno de muerte, cuya pena no podia él ejecutar por no estar autorizado para ello.» Empero aquel jefe, más amante del dinero que de la religion y sus preceptos, no hizo más que registrarle, y en seguida lo devolvió al juez letrado para que terminase por sí mismo aquella causa. Volvieron los interrogatorios y calumnias, y se dió gran importancia á los sagrados ornamentos, asegurando el juez muy seriamente «que aquellas cosas las tenía el misionero para hechizar á los cristianos, y que era un hombre muy malo, reo de enormes delitos.» El resultado de todo fué condenarle

á prision, y conducirle en tal concepto á la cárcel de la villa.

97. Aquí pasó el venerable aquella primera noche, favorecido especialmente por el mismo carcelero que lo respetaba en su desgracia, por su notoria santidad y la inmaculada reputacion de su inocencia. El inicuo mandarin puso un singular empeño en que habia de confesar el misionero las groseras é infames imposturas de que estaban acusados por sus calumniadores execrables, y no pudiendo obtener esta confesion nefanda con el simple procedimiento de los interrogatorios ordinarios, resolvió postreramente recurrir á la bárbara costumbre del tormento, que se usaba tambien en la gran China cuando faltaban las pruebas del delito. Mandado comparecer para el efecto el venerable religioso, le repitieron los cargos tantas veces contestados, y no pudiendo el magistrado adelantar un paso más en las pruebas que buscaba, le dijo finalmente al misionero que «sus engaños y maldades eran muchas, y que debia ser condenado á pena capital por revoltoso, puesto que desde su llegada á la provincia habian acontecido tantas novedades y alborotos.» Iba á satisfacer á dichos cargos el venerable confesor, cuando el tirano, sin oirle, mandó á los ministros que le aplicasen el tormento del te-billo, que era de los más atroces que se usaban en los tribunales del imperio (1). Tendido el venerable boca



(1) Un ... la la ...
que se u...
pulgadas ... los ...

al suelo, le apretaron el instrumento de una manera tan bárbara, que iba á prorumpir en fuertes gritos por la violencia del dolor; mas acordándose entónces de la santidad y la justicia de la causa por la cual debia sufrir valerosamente aquel tormento, imploró inmediatamente los auxilios de la gracia para pelear con pecho fuerte las batallas dolorosas de la Cruz. Y como quiera que ántes habia dicho el venerable que padecer por su Dios era una verdadera dicha para el hombre, le preguntó entónces el tirano si el tormento que sufria era por ventura una delicia, á lo que el doliente misionero contestó: «Que si era verdad que el cuerpo no podia ménos de sentir sus impresiones, el alma estaba alegre y satisfecha, porque imitaba de esta suerte á su divino Redentor.» Toleró el venerable aquel tormento sin exhalar un suspiro, con admiracion de cuantos presenciaron su dolor.

Durante la cruel ejecucion, le volvió á preguntar el magistrado si confesaba aquellos cargos de que habia sido acusado anteriormente, y como sólo pudo conseguir la negativa que tantas veces habia oido repetir al inocente misionero, ordenó nuevamente á sus esbirros que le diesen diez golpes con un mazo sobre el instrumento del suplicio. Mas al ver que el venerable ni se quejaba ni mostraba el más leve sentimiento, ordenó que le apretasen áun más el horroroso aparato del tormento. A todas estas crueldades parecia insensible é inmóvil el venerable confesor, y el magistrado, confundido, apénas podia creer que fuese una realidad lo que veia.

Entónces, á imitacion de los antiguos tiranos, que

atribuian risiblemente á encantamientos la constancia invencible de los mártires, juzgó tambien que el valor incontrastable de nuestro venerable religioso debia ser producido, á no dudar, por algunos hechizos interiores que le suponia en su cuerpo, y así le hizo registrar toda la ropa para descubrir el talisman que sospechaba.

A pesar de que no pudo observar señal alguna del encantador hechizo que se habia imaginado, dirigió su palabra al misionero en estos términos: «Es imposible que no tengas hechizos, ó que no sepas con tus rezos hacer encantamientos, porque, de otra suerte, no tendrias el séquito que tienes, enseñando que las mujeres desprecien á sus maridos, los hijos á los padres, y todos á los difuntos; doctrina abominable y sacrílega. Pero todavía es más abominable lo que haceis, ultrajando á nuestros dioses, rompiéndolos y arrojando sus pedazos á las llamas. ¿Puede, por ventura, ser buena esta doctrina? ¿No ves cuán errado vas? ¿Por qué no sigues la antigua del imperio? Deja, miserable, deja de enseñar semejantes desatinos y sectas tan impías; ablanda tu corazon y sigue nuestras costumbres venerables; ten lástima siquiera de tí mismo, pues que padeces protervo lo que ablandándote podrias evitar. Deja tu ley, tu Dios y las supersticiones y yo tambien dejaré de atormentarte. Y si obedecieres lo que como padre te aconsejo, mas no como juez te mando, serás grande en mi servicio y en el de mi Señor, y correrán á la par mis finezas y tus dichas.»

98. Durante el discurso impío de aquel ministro del infierno, estaba el venerable confesor implorando los auxilios de la gracia para sufrir con valor aquel tor-

mento, y cuando hubo de contestar al juez inicuo levantó sus ojos expresivos al pabellon de los cielos, y sintiéndose inspirado por la palabra de Dios, se expresó fervoroso en estos términos: «Nunca, poderoso juez, enseñó la ley purísima de Dios y Señor del universo caminos falsos y torcidos. Los encantamientos y hechizos no los admite ni tiene necesidad de ellos, siendo su autor todo poderoso, á cuya voluntad suprema nadie puede resistirse. Esto lo procuran los que no tienen autoridad para obrar prodigios, ó el demonio en todo caso; no el verdadero Dios, á quien están sujetos el cielo, la tierra, la naturaleza toda, y hasta los mismos infiernos. Dejó al hombre en mano de su consejo, á fin de que pudiese merecer en sus operaciones, y darle despues piadoso lo que con solas sus fuerzas no puede obtener, cual es la gloria. Á esta dicha aspiramos los cristianos, y por ella le servimos, sin embargo de que tambien sin esta recompensa estamos obligados á lo mismo, porque naturalmente le debemos nuestros obsequios y servicios. Hé aquí lo que de nuestras remotísimas regiones nos ha traido á este imperio, no porque codiciemos las riquezas, pues hemos abandonado ya las nuestras, ni tampoco para gozar de los placeres que nos puede dar el mundo; sólo deseamos enseñar al hombre de todas las razas y de todas las naciones la verdadera religion, porque todos deben respetar y adorar al supremo Hacedor del universo, á quien nosotros respetamos y adoramos. El séquito que dicen tenemos no es por nuestra causa, sino por la de Dios, cuya ley, imponiendo un yugo suavísimo, es tan dulce y amable, tan santa y pura, que atrae con la mayor suavidad los

afectos y los corazones de los hombres. No desprecian las doncellas á los varones cuando consagran su integridad á Dios; mas, por el contrario, despreciarian á Dios si, despues de consagrarle voluntariamente su pureza, faltasen por su desgracia á su virginidad inmaculada. Tampoco aconseja la ley de Dios la desobediencia á los padres; ántes bien manda á los hijos que los honren, obedezcan y asistan. Ni es verdad que esta ley prive á los difuntos del obsequio que les es debido; prohibe, sí, el supersticioso é inútil, al modo que lo usan los gentiles; mas no de la manera que el cristianismo lo prescribe. En cuanto á los ídolos, diré que no puede darse ceguedad mayor que adorar piedras y palos, cuando nadie puede ignorar que hay un solo Dios verdadero, que todo lo rige y gobierna. Engaño es, señor, y digno de ser llorado con lágrimas de sangre, el dejar el hombre al Criador por la criatura, al amo por el criado, á Dios por el diablo. ¿Cómo, pues, podré condescender á lo que me propones? Perderia muy gustoso mil vidas, si mil tuviera, ántes que dejar por un momento á mi Dios, que es mi bien, mi felicidad y mis delicias. En vano trabajas ¡oh juez! en persuadirme una tamaña maldad; pues sé que obrando así, se me podria seguir eterno llanto en las llamas del infierno en compañía de los que así se portan, y no quieren reconocer á Dios por su legítimo Señor.» Impaciente aguardaba el magistrado el suspirado fin de aquel discurso, para soltar la represa de su contenida indignacion. Arrebatado, en efecto, por un acceso de cólera, mandó que arrastrasen por el suelo al venerable confesor, sin quitarle préviamente el horroroso instrumento de sus piés

descoyuntados; luégo le ordenó ponerse en pié, y en seguida de rodillas, á fin de hacerle probar de todos modos el dolor inexplicable de tan terrible tormento, obedeciéndole en todo el venerable confesor de Jesucristo, sin prorrumpir en una queja.

Asistia á aquella escena dolorosa el mandarin militar de aquella plaza, que no ménos admirado y confundido de aquel extraño espectáculo, no sabía darse razon de lo mismo que veia, ni explicarse el secreto del valor que manifestaba en el tormento aquel invencible atleta del Señor. Empero, léjos de inquirir la verdad de aquel misterio, que él no podia comprender, quiso divertir las dudas que asaltaban su conciencia, suplicando al misionero que le diese una lectura del Breviario que tenía en su poder. El oficio de Santa Catalina, vírgen y mártir fué el primero que se ofreció á la vista del misionero, que sintió un consuelo extraordinario y repentino por la oportunidad providencial de tan señalada circunstancia. Despues de leer á los tiranos la vida sobrenatural y sorprendente de aquella Santa gloriosa, hizo un pequeño discurso sobre la santidad inmaculada de una religion tan pura, que es capaz de producir tan sublimes heroínas, dignas de llevar sobre su frente la doble guirnalda hermosa de la virginidad y del martirio. Y concretándose, por fin, á la defensa de su causa, concluyó por decir estas palabras: «que la ley del Señor del cielo que enseñaba, no era vil ni sucia, como sus enemigos blasfemaban; pues reinas y grandes señores la habian abrazado en todos tiempos y en todos los países de la tierra; y que, áun entónces mismo, los letrados más respetables de Fo-gan se honraban

mucho con ella, siendo cualquiera otra una farsa.»

Al oir el magistrado aquella franca manifestacion de la verdad, creyendo que le echaba en cara su infidelidad é idolatría, se enfureció de tal modo contra el valiente misionero, que lo mandó azotar sobre la marcha segun la bárbara costumbre del país. Recibió, pues, incontinenti treinta mortales azotes, que le cubrieron de llagas y le dejaron casi exánime, sin esperanza ninguna de poder sobrevivir á aquel tormento. Desde el tribunal sangriento fué conducido á la cárcel, en donde lo dejaron confundido con los reos condenados por sus crímenes á la pena capital, los cuales, horrorizados al verle en aquel estado tan miserable y lastimoso, se compadecieron de su suerte y procuraron consolarle á su manera. Empero, nuestro venerable misionero, agradeciéndoles cordialmente sus oficios cariñosos, les repitió lo que habia dicho á la faz de los tiranos: «que padecer por la causa de Dios es una dicha para los buenos cristianos.» Y aprovechando esta ocasion para iniciarles en la fe y en la religion de Jesucristo, les manifestó la necesidad imprescindible de abrazarla para alcanzar, allá en el cielo, la felicidad eterna de sus almas. La caridad y la ternura con que á su vez procuraba dulcificar á todas horas los breves dias de existencia que contaban aquellos desgraciados criminales, cautivó las simpatías hasta del mismo carcelero, que distaba mucho de tratarle con el rigor espantoso que se le tenía prevenido.

99. Entre tanto, el venerable misionero habia trasformado aquella cárcel en un verdadero templo de Dios vivo, donde se elevaba noche y dia hasta el trono del Al-

tísimo el perfume celestial de su oracion y de su amor. Desde la montaña santa de su contemplacion y arrobamiento no se desdeñaba descender á la enseñanza de aquellos desgraciados criminales, que reclamaban los consuelos de su amoroso apostolado en la tenebrosa oscuridad de su prision. Allí les evangelizaba á todas horas, abriendo los ojos de su alma á la divina revelacion del cristianismo, y haciendo penetrar en las tinieblas de su razon oscurecida el esplendoroso rayo de la moral evangélica. Aquel varon de dolores, que cubierto de heridas y miseria semejaba al santo Job en la sublimidad de su paciencia y de su resignacion incontrastable, habia establecido su mision en aquel lugar maldito, bautizando por sí mismo á muchos de aquellos foragidos, y preparando á muchos otros para seguir el mismo ejemplo.

En medio de las terribles y dolorosas privaciones que se suelen padecer en aquellos inmundos calabozos, donde los reos son tratados como bestias destinadas á la muerte, el venerable confesor gozaba, no obstante, de una paz y tranquilidad verdaderamente prodigiosas, que nos dan la medida de la gracia con que Dios le confortaba en las situaciones más difíciles, y en aquellas pruebas tormentosas de la vida. Oigámosle hablar á él mismo en una comunicacion que dirigió al superior de la mision: «Si el Señor, decia, quisiese tenerme aquí toda la vida, estaré muy contento, y si quisiere llevarme consigo, lo estaré todavía más: haga de mí lo que quisiere; sólo os pido de corazon que me encomendeis á Dios, para que me dé valor en los tormentos; pues ya que no puedo manifestar su santo nombre

predicando, me contentaré con manifestarlo padeciendo.»

Áun no tenía el venerable Capillas cicatrizadas sus heridas, cuando entró de improviso en la cárcel el mandarin militar, y notando desde luégo que el alcaide no cumplia literalmente las órdenes rigorosas y demas instrucciones detestables que se le habian dado en su principio respecto del varon justo, objeto inocente de sus iras, le reprendió ásperamente, y dirigiendo en seguida la palabra al venerable, le preguntaba de nuevo «si áun tenía por dicha el padecer.—Sí, señor, le contestó; siempre me tendré por muy dichoso en padecer trabajos, cepos y prisiones por amor de mi Dios y Redentor.—Pues, si es así, replicó irónicamente, que sea azotado otra vez, para que de esta suerte pueda llamarse dichoso con razon.» Aprestados los verdugos para repetir áun con más crueldad aquel tormento, desnudaron á su víctima, y descargaron feroces, sobre su llagado cuerpo, los bárbaros instrumentos de aquel suplicio mortal. Y como quiera que tuviese aún abiertas las heridas de los primeros azotes, la carnicería fué tan horrible, que el venerable confesor quedó ya sin movimiento, nadando en su propia sangre, sin dar señales de vida por el largo trascurso de una hora. El odioso mandarin, que tuvo el placer satánico de atormentar al venerable de tan bárbara manera, y mofarse en su impiedad de sus plegarias, expió en muy breves dias todas sus iniquidades. Sitiada, en efecto, aquella plaza por su legítimo virey Lien-chung-zao, fué atravesado el infame por una bala perdida, que dirigió la Providencia á su corazon impío.

Por su muerte era llamado al mando superior de aquella fuerza el capitan más antiguo de los tártaros que componian la division de aquel distrito. En una de las salidas que hicieron sus huestes belicosas al rededor de la montaña, prendieron un soldado distraido del ejército leal, y se valieron tambien de la prueba del tormento para hacerle declarar quiénes eran los autores principales de la reaccion legitimista, que mantenian el espíritu público y el entusiasmo de los pueblos contra las fuerzas invasoras. Nombró, en efecto, entre otros, las personas insignes de Juan Mien, Joaquin Ko y Juan Kiay, cristianos honrados y valientes, que militaban bajo las banderas del Virey, y dispuestos á sacrificarse á todas horas por la independencia de su patria. Bastó esta revelacion para irritar al General contra el venerable misionero, á cuya religion atribuia aquel acendrado patriotismo.

Tomando, pues, la palabra uno de sus capitanes, se explicó de esta manera: «El orígen y la causa ¡oh general! de esta guerra desastrosa son los mismos que ese miserable ha nombrado. Todos ellos son traidores y todos ellos son profesores de la religion cristiana, secta digna de todo aborrecimiento y de olvido sempiterno, por las doctrinas falsas, impías y escandalosas que enseña. Desde que penetró en esta villa han llovido sobre ella un sinnúmero de males, miserias y desdichas. Ya los hijos no respetan á los padres, ni las mujeres á sus maridos, ni se obsequia á los difuntos venerables, y ni siquiera se da culto á los dioses poderosos del imperio. Sólo se presta obediencia á unos viles extranjeros que propagan esa abominable religion; y sepa vuecen-

cia que uno de ellos, cabeza y propagador de esa religion, está hoy dia en la cárcel, el cual, á no dudarlo, confesará lo que le tengo dicho. El antecesor de vuecencia ya lo castigó por esta causa, y todavía procedió con gran misericordia, siendo digno de pena capital.»

100. La ira reconcentrada del tirano no dió lugar al impío á que prosiguiese su discurso, y en un acceso de rabia contra el venerable confesor lo mandó conducir á su presencia. El venerable Capillas rezaba con otros presos el tercer misterio doloroso del Santísimo Rosario, cuando llamaron á la puerta de la sombría prision para intimarle la órden de comparecer ante aquel jefe. Sabedor el misionero de que lo citaba el General á su presencia, desde luégo presintió que iba á morir, y en esta persuasion se despidió de sus compañeros de trabajos, y les dijo tiernamente: «Quedaos en paz, amigos mios, que yo voy ahora á la muerte.» Tambien se despidió del carcelero, á quien dió afectuosas gracias por su mucha compasion y por los buenos oficios que de él habia recibido durante su prision afortunada. Conducido, finalmente, el venerable Capillas á la presencia feroz del airado General, lo mandó arrodillar á usanza tártara, y con una voz aterradora le habló de aquesta manera: «Ya estoy informado de que eres cabeza y caudillo de los rebeldes; eres reo de lesa majestad, y por ello has de morir.» El venerable confesor enmudeció como un cordero al oir esta sentencia; procuró recogerse interiormente para encomendar á Dios su hermosa alma, y ofrecerle el sacrificio de su vida. Al concluir su oracion, brillaba ya sobre su cuello el alfanje del verdugo, que le separó de un solo golpe la

cabeza de los hombros. Esta fué la primer víctima sacrificada por la fe en el populoso imperio de China; y aunque el motivo ostensible que decidió, al parecer, la sentencia del tirano fué la supuesta rebeldía de que le hicieron culpable, no es permitido dudar que el ódio á la religion sugirió á sus acusadores esta postrera calumnia, que motivó, en realidad, su última pena. Tambien en los primeros siglos de la Iglesia eran acusados los cristianos de rebeldes y perturbadores del imperio, porque no doblaban su rodilla á Júpiter capitolino, lo que les merecia frecuentemente la corona del martirio.

101. El venerable P. Fr. Francisco Fernandez de Capillas era natural de Baquerin de Campos, en Castilla la Vieja (provincia de Palencia), é hijo del convento de San Pablo de Valladolid. Nació en 1608, y pasó á Filipinas en 1632, á impulsos de un llamamiento providencial y extraordinario. Siempre fué un tipo perfecto de modestia, humildad y mansedumbre, y un espejo inmaculado de toda justicia y santidad, donde se miraban sus hermanos para su edificacion en todo tiempo. Ántes de ser destinado á las misiones de China, habia desempeñado felizmente el ministerio de las almas, por espacio de diez años, entre las nieblas vagarosas de la provincia de Cagayan y sus montañas. Llamado su corazon por una voz superior, comprendió que la gran China iba á ser postreramente el verdadero teatro de su vida, donde le esperaban las calumnias, los tormentos, las prisiones y la muerte, que son la herencia y la corona de los verdaderos mártires. Hase ya trazado en breves rasgos esta última etapa de su vida. «El dia 15 de Enero de 1648, dice un manuscrito ori-

ginal, sellaba con la sangre de sus venas la fe que habia predicado y maravillosamente propagado con muchas y raras conversiones.» Nuestros misioneros hicieron de su dichosa muerte las informaciones de estilo en tales casos, para proceder en forma á su beatificacion, cuyo proceso se envió á Roma, que lo recibió propiciamente.

Al recibirse en Manila la noticia del martirio de este venerable misionero, se echaron á vuelo las campanas y se cantó solemnemente el *Te-Deum* en la iglesia de la Órden, con anuencia y aprobacion del Ordinario. Asistieron á este acto todas las comunidades religiosas de esta capital (1).

---

(1) Un documento fehaciente nos da los siguientes pormenores respecto á su cuerpo venerando. «Su venerable cuerpo, dice, despues de degollado, estuvo insepulto mucho tiempo. Un cristiano habia procurado enterrarlo por medio de un infiel, pero sus piadosas diligencias se frustraron. Ya estaba abierta una pequeña sepultura en donde puso la cabeza, y cuando iba á enterrar el cuerpo fué descubierto por los tártaros, los cuales arrojaron el cadáver del venerable por la muralla fuera de la villa. Aquí estuvo el largo espacio de dos meses expuesto á las inclemencias del tiempo, y sin embargo no se corrompió sino en la parte del vientre. Por Marzo el virey Lien-chung-zao se apoderó por asalto de la villa, y entónces las primeras diligencias que los cristianos de su servicio practicaron, ignorantes todavía del suceso, fueron averiguar el paradero del venerable misionero; pero tuvieron luégo el desconsuelo de saber que ya no existia, y honraron su memoria con lágrimas amargas. Por la ropa, que todavía se conservaba, fué hallado y conocido, y desenterrada la cabeza, fué con él envuelta en una sábana y honrosamente sepultado. La cabeza fué despues separada y colocada en una hermosa caja, la que el P. Fr. Juan Polanco llevó á su convento de Valladolid, en donde fué honrosamente recibida.»

CAPÍTULO X.

Castiga el virey chino á los enemigos de la fe.—Bibiana convertida.—Su fidelidad y su constancia.—Publica este virey un edicto contra las mujeres cristianas.—Pierde su ejército en Che-kiang.—Se suicida, y Fo-gan es tomada por los tártaros, que pasan á cuchillo á los leales.—Los cristianos, como afectos á la causa de su emperador, son molestados, y padece con ellos el P. García.—Se levanta una iglesia y convento en Ting-teu, y luégo es destruida.—Llegan á la mision tres nuevos misioneros con el P. Morales.—Dan principio á sus tareas apostólicas y son echados de Lo-kia.—Publica el P. Morales el decreto de la sagrada Congregacion y es acatado por el Vicario Provincial de los padres portugueses.—Junta intermedia de 1650.—Muerte y reseña de la vida de los PP. Fr. Martin Real de la Cruz y Fr. Sebastian de Oquendo.

102. Tomada por Lien-chung-zao la villa rebelde de Fo-gan, castigó severamente á la familia de Chin, que se distinguia especialmente por sus odios implacables á la religion de Jesucristo y sus ministros. Traidores todos los hijos de esta familia execrable á la bandera de su patria, se adhirieron al partido de los tártaros, cometiendo contra la familia del Virey mil vejaciones y atropellos, y saqueando impunemente sus ricas posesiones de Fo-gan. En vista de tan infames precedentes, debian temer con razon los criminales que al penetrar victorioso aquel caudillo en la plaza desleal, procuraria vengar terriblemente tan horrorosos ultrajes. Y sucedió, con efecto, que apoderado el Virey de aquella villa, mandó castigar á los traidores segun sus delitos merecian. Pero el blanco principal de sus enojos fué el blasfemo y perverso Chin-van-hoey; éste habia sido el autor de las persecuciones suscitadas contra la religion de Jesucristo, el inventor de las calumnias contra los inocentes misioneros, el que procuró se prohibiese la reli-

gion verdadera como la secta Pelin-kiao, y el acusador, por último, del venerable P. Fr. Francisco Capillas, para que fuese postreramente degollado.

Hasta entónces habia permitido el Señor á este malvado inspirarse en los designios de su corazon perverso, para probar de todos modos la virtud y el heroismo de sus siervos. Llena, empero, la medida de tantas iniquidades, le hizo experimentar, como era justo, los efectos terribles de su ira. Cayó por fin este blasfemo, con su mujer y su hijo, en poder de las tropas del Virey, cuando áun no se habian apoderado de la villa, y conducido inmediatamente á su presencia, fué acusado de traidor y de atrocísimos delitos, cometidos durante el reinado de los tártaros, de quienes era consejero y confidente. El Virey oyó con serenidad y sangre fria las terribles acusaciones que se alzaban como una tempestad de todas partes contra aquel aborto del infierno, y probada la verdad de tantos crímenes, mandó que le diesen por el pronto ochenta azotes de sangre. Luégo le hizo cortar entrambas manos, y despues de haber mandado degollar en su presencia á su mujer y á su hijo, le hizo sufrir igual castigo y lo despachó maldito á los infiernos. Tal fué la suerte que cupo al enemigo más infame que tuvo desde su cuna la mision dominicana de Fo-gan, castigo horroroso y espantable, que llenó de estupor á los gentiles, porque nunca pudieron persuadirse que llegase á tener un fin tan desastroso el que era considerado como un prócer y el primer potentado del distrito.

103. Tomada por fin la villa á sangre y fuego, el Virey se aprovechó de la fortuna de las armas, y en

breve reconquistó muchas ciudades de la provincia de Fo-gan. Su numerosa familia, que durante su desgracia se habia visto precisada á expatriarse, era entónces honrada y bendecida por los pueblos, que volvian á la obediencia de su emperador legítimo. Entre las concubinas del Virey habia una jóven que llegó á adquirir en su destierro una verdadera nocion de Jesucristo, y habia recibido en el Bautismo el dulce nombre de Bibiana. Este nuevo estado de su alma la constituyó en los mayores compromisos, atendida la calidad de su persona y la fortuna del Virey, que le permitia volver á sus antiguos placeres y alegrías. No trascurrieron dos años desde su vocacion al cristianismo, y estaba tan cimentada en la religion y en sus deberes, que se aventajaba á muchas otras que le habian precedido en los caminos de la iniciacion cristiana. La penitencia y la oracion eran los dos lados fuertes de su alma, y habia hecho de estas grandes virtudes un escudo impenetrable para resistir los golpes que ya presentia su corazon, por parte del hombre impío á quien estuviera unida en otro tiempo con vínculos criminales.

Era Bibiana, en efecto, muy querida del Virey, y debia ser por lo mismo el objeto preferente de sus primeras atenciones. Habiendo recuperado la ciudad de Fo-ning-cheu, hizo construir en su recinto alcázares opulentos y magníficos palacios para colocar á su familia con un boato imperial. Entónces hizo llamar á su querida, cuya nueva religion áun ignoraba, y puso en conmocion toda su córte para hacerla un recibimiento extraordinario, como pudiera hacerse en tales casos á una hija de cien reyes. Más de veinte mil infantes y

numerosos escuadrones cubrian toda la carrera desde la entrada de la ciudad hasta el palacio, y los generales del ejército, los próceres del imperio y los altos dignatarios del Estado formaban el cortejo de la dama, que precedida, á pesar suyo, de aquella pompa triunfal, llegó al suntuoso alcázar que le estaba preparado. Empero, la humilde jóven, que ya no era la concubina del gran Virey de Fo-Kien, sino la esposa querida del gran Monarca del cielo, quiso dar una prueba á todo el mundo de la mudanza moral que Dios habia obrado en su persona, despojándose espontáneamente de sus galas y soberbios atavíos, cubriendo su faz hermosa con un velo muy tupido, y vistiéndose sencilla con una ropa ordinaria, que dejó profundamente sorprendidos á todos los concurrentes.

El Virey quiso explicarse á su manera el secreto de esta novedad, y sin mostrar por ella sentimiento, la calificó ostensiblemente de una simpleza mujeril. Se figuraba, sin embargo, que Bibiana seguiria siendo para él lo que habia sido, hasta que tuvo el sentimiento de saber que era cristiana y que su ley le prohibia toda union concubinaria. El amor, el decoro y el respeto con que el Virey la habia tratado siempre la salvaron de toda violencia y atropello al negarse abiertamente á las exigencias del Colao, que disimuló por entónces la repulsa, esperando vencerla finalmente con sus halagos y caricias, que, segun él se prometia en la ceguedad de su pasion, la harian variar de pensamiento. Se pasaron, empero, algunos meses sin que el Virey consiguiese adelantar un solo paso en aquella lid sin tregua, y sin haber recurrido á la violencia y al castigo. La supers-

ticion, en fin, pudo más postreramente que la irritabilidad de su carácter y el impetuoso furor de su pasion.

Acercábase ya el dia en que, segun la costumbre del imperio, debia hacer un solemne sacrificio á sus progenitores, y ordenó para el efecto que toda su familia le acompañase á la hecatombe y asistiese á esta funcion, de toda gala, sin exceptuar á Bibiana y algunas damas cristianas que la asistian en su retrete. Al escuchar la heroína aquella órden imperiosa, contestó varonilmente que siendo este acto idolátrico, no le permitia su religion cooperar á él con su asistencia. Un vértigo de furor se apoderó entónces de aquel hombre, que habia sabido transigir con su pureza cristiana, y la hirió con tal violencia, que la dejó ya por muerta. Ciego ya y arrastrado por la fuerza de su cólera ferviente, penetró en el aposento de su nuera, que tambien era cristiana, y la maltrató horrorosamente. Acto seguido azotó sin piedad á una cristiana que era esclava de la casa, y castigó ebrio de ira, á una hija de la misma. Dijérase, por ventura, que se habian apoderado de su alma todas las furias del infierno. Por fin arrojó de su palacio á Bibiana y á su nuera, que debian ir desterradas á Tingteu; sólo pudieron librarse de aquella inmerecida proscripcion por la poderosa mediacion de la esposa del Virey, que, compadecida de su suerte, las hizo llamar el dia siguiente, é interpuso todo su valimiento con él mismo para restituirlas á su gracia.

104. Si bien es verdad, empero, que el Virey accedió por entónces á los ruegos de su apreciable consorte en favor de Bibiana y de su nuera, no depuso jamas

aquel rencor que concibiera contra la religion de Jesucristo, que habia motivado aquella escena, por la resistencia que inspiraba á sus sacrificios idolátricos. Inspirado en este ódio, y resentido, de otra parte, por los desaires de Bibiana á su desgraciado amor, tomó una determinacion extravagante, que á haberse llevado á efecto á todo trance, lo hubiera puesto en ridículo á la faz burlona y desvergonzada de los pueblos. Los desdenes de Bibiana le inspiraron, en efecto, el risible pensamiento de mandar y disponer por un decreto que todas las mujeres cristianas de Fo-gan fuesen desterradas á Ting-teu, amenazando con pena capital á los maridos que intentasen ocultarlas. Al publicarse en la villa aquel edicto monstruoso, el P. García se apresuró á informar rápidamente del suceso á Joaquin Ko, gran mandarin y privado del Virey, que todavía estaba ignorante de tan escandaloso mandamiento. En calidad de cristiano fervoroso, no dudó interponer su valimiento en favor de la inocencia, procurando eficazmente fuese revocado desde luégo aquel execrable edicto. Con este fin escribió una carta reverente al Virey, concebida en estos términos: «Señor: Yo y los demas cristianos tributamos muchas gracias á Dios por haber dado valor á unas flacas mujeres para sufrir lo que han padecido por su santa ley, lo que nosotros estamos asimismo muy dispuestos á sufrir. Todas las mujeres cristianas, á quienes comprende el edicto, han mostrado notable alegría al saber que V. E. las destierra á Ting-teu, y por consiguiente, no será para ellas una pena esta disposicion, sino una dicha. Debo, sin embargo, hacer presente á V. E. que por esto el pueblo le tendrá por un hombre

inconstante, al ver que ahora persigue una religion que ántes habia favorecido, y cuyos ministros ha protegido y amparado; lo que no deja de ser muy repugnante para quien está condecorado con la dignidad de V. E., cuya importante vida guarde el Señor, como deseo», etc.

La contestacion desagradable del Virey se redujo á decirle en otros términos: «Que él era tambien culpable de los hechos que los gentiles solian echar en cara á los fieles, como delitos que no podian tolerarse en el Catay; tales eran, añadia, el negar á sus progenitores el culto acostumbrado en el imperio, desobedecer los hijos á los padres, y las consortes á sus maridos, y admitir una moral que rechazaba la sociedad constituida del país.» Alababa al mismo tiempo la conducta que observaban los PP. portugueses, de quienes afirmaba «que enseñaban una doctrina sólida y verdadera, porque permitian aquel culto y el concubinato público.» Al leer el alto prócer tan insoportables desatinos, se hizo un deber rigoroso de rectificar tantos absurdos, diciendo al Virey con dignidad «que la ley de Dios era no más que una sola; que todos sus ministros convenian en la misma enseñanza, en cuanto á la sustancia del dogma y de la moral; que los PP. portugueses sólo permitian á los cristianos tributar á sus progenitores un culto público y civil, mas no el religioso y sagrado; y que jamas habia oido que permitiesen el concubinato como lícito, pues le constaba, por el contrario, que por esta sola causa habian negado á varios catecúmenos el santo sacramento del Bautismo. Por último, encarecidamente le rogaba y suplicaba que no quisiese perder,

persiguiendo á los cristianos, lo que habia ganado protegiéndolos.»

105. Algun efecto, sin duda, debió producir en el Virey esta carta apologética, pues no se llevó á efecto aquel edicto, ni mortificó con más exigencias á Bibiana, viéndose precisado al poco tiempo á dejar la provincia de Fo-Kien para batir á los tártaros, que se habian apoderado de Che-Kian. En esta jornada, infausta para la causa imperial, fueron abatidos sus pendones por las huestes victoriosas de los tártaros, y el ejército leal fué completamente derrotado, escapando con vida solamente los que pudieron huir á las fragosidades de los montes ó perderse en la espesura del collado. El Virey, desesperado, pudo refugiarse aún á la plaza de Fo-gan, en donde penetró con diez mil hombres, restos fugitivos y dispersos de aquel poderoso ejército, que segó como una miés la feroz cuchilla de los tártaros. Perdidas ya todas las plazas de la provincia de Fo-Kien, se vió cercado al poco tiempo entre los muros ruinosos de la miserable villa de Fo-gan, tantas veces expugnada por ambas fuerzas combatientes.

Este sitio memorable figurará eternamente en los anales del imperio, como el hecho de armas y de valor más espantable que se registra en la historia de la China durante la guerra desastrosa de los tártaros. Éstos habian concentrado sus ejércitos inmensos sobre aquel último asilo de las tropas imperiales, y al ver cubierta de sus huestes vencedoras la montaña de Fo-gan, era una insigne locura el soñar tan solamente en una séria resistencia. Reforzados, sin embargo, aquellos débiles muros, y dispuestos á morir aquellos últimos defenso-

res del imperio ántes que entregar al enemigo aquel postrimer baluarte de la lealtad y de la patria, resistieron el asalto de los tártaros con el valor de la desesperacion y de la muerte.

En vano estrecha sus haces el bravo conquistador, y ciñe la aislada villa como un círculo de hierro; en vano vuelve al asalto de aquella plaza ruinosa, como las olas rugientes de una mar embravecida; rechazado una y mil veces de aquellos sangrientos muros, vió sucumbir á la vista de aquellos últimos héroes del Catay, la flor de sus batallones y de sus milicias tártaras. Al ver mermar, en efecto, sus ejércitos ante aquel puñado de valientes, pensó con mejor acuerdo el general extranjero en sitiar por la miseria y por el hambre á los que no podia rendir en buena lid con sus legiones invencibles.

Este cambio de sistema en la continuacion de aquel asedio no podia ménos de producir un resultado más seguro, habida consideracion al estado lastimoso de la plaza y á la escasez extraordinaria de sus víveres. Y sucedió, con efecto, que llegaron éstos á faltar enteramente; y resueltos los sitiados á morir á todo trance ántes que rendirse en tal extremo, el Virey, desesperado, ordenó á los capitanes del ejército que le suministrasen un hombre cada dia para el gasto ordinario de su mesa. Indignados los cristianos con tan terrible atentado á la dignidad del hombre y de sus fueros, protestaron altamente contra la bárbara disposicion de su caudillo, y manifestaron con firmeza que estaban dispuestos á morir con las armas en la mano ántes que consentir en aquel crímen de lesa naturaleza. El Virey se

conformó postreramente con la noble y valerosa manifestacion de los cristianos, y se hicieron algunas tentativas para ensayar una fuga, traspasando por sorpresa la barrera formidable del ejército sitiador y de su campo. ¡Vanos é inútiles esfuerzos de una guarnicion escasa, y debilitada, á mayor abundamiento, por el hambre, contra un ejército inmenso que cubria con sus tiendas toda la extension de la montaña!

Entónces el Virey, desesperado, resolvió suicidarse. Inspirado siniestramente en esta idea, llamó cariñosamente á sus caudillos principales, y despidiéndose de todos con ternura, les arengó de esta manera: «Valientes capitanes, fieles vasallos de vuestro emperador y legítimo señor: mucho es lo que os debo por vuestro valor y fidelidad; habeis agotado los recursos de cuanto puede hacer el hombre por la defensa de una causa; conocido es vuestro arrojo; pero ya están perdidas todas nuestras esperanzas, estando sometido el imperio á las fuerzas irresistibles de los tártaros. Ya no podeis incurrir en la nota de desleales si la villa se rinde al enemigo, y en su vista, mañana, si os place, podréis franquearle la entrada; porque tal vez así podréis salvar la vida del ejército y la de los habitantes de la villa, supuesto que ya no nos queda otro remedio. Yo, en lo tocante á mi persona, he tomado mi resolucion, haciendo lo que cumple á mi situacion y á mi deber.»

106. Aquella misma noche se adornó con el soberbio y magnífico uniforme de Colao, dignidad suprema del Estado, de que se hallaba revestido, y escribió un corto billete al general tártaro, concebido en estos términos: «General, yo he peleado por mi natural Señor hasta la

muerte; la ciudad se os entrega; no descargueis la ira sobre las almas que hallaréis en ella. Aquí os ofrezco mi cuerpo para que en él probeis los filos de vuestro acero y sacieis la venganza de vuestra ferocidad.» En seguida tomó una copa de veneno, y murió sentado en el sillon en que escribia. La villa se entregó efectivamente, en la confianza de que serian perdonados aquellos valientes defensores del imperio; empero los vencedores degollaron sin piedad á toda la guarnicion, y sólo perdonaron la vida á los paisanos. Cuando el caudillo extranjero vió el cadáver del Virey, y leyó un papel que dejó escrito encima de su bufete, exclamó con voz enérgica: «¡Valiente general y buen vasallo!» Le hizo en seguida reverencias, segun usanza de los tártaros, y despues ordenó á sus capitanes que fuese enterrado con la pompa correspondiente á su alta dignidad.

Habia muerto entre los leales de la guarnicion, como buen hijo de la patria, Juan Mien, uno de los primeros cristianos de Fo-gan, que habia sido bautizado por los PP. portugueses en Fo-cheu. Este valiente patricio habia acompañado al P. Fr. Angel Coqui á la villa de Fo-gan desde su entrada en el imperio, y habia cooperado eficazmente á preparar el terreno para dar principio y vida á la gloriosa mision dominicana. El amor entrañable de la patria, y el parentesco natural que le ligaba con el Virey de la provincia, le obligó á tomar las armas en defensa del imperio, y no abandonó su empeño hasta la entrega definitiva de Fo-gan. Ni el bullicioso desórden de los campamentos, ni el fragor de los combates, pudieron jamas distraerle de sus deberes de cristiano. Comprendido como bueno en la órden del

degüello general, y no habiendo á la sazon ningun pobre misionero de quien poder recibir los postrimeros auxilios de la religion y de la Iglesia, escribió una relacion de sus pecados y la remitió al P. García; «no porque creyese (dice un testigo original) que con ella habia de recibir la gracia del Santo Sacramento (pues no ignoraba la nulidad de semejante confesion), sino únicamente para mover la misericordia del Señor con la humilde y espontánea confesion de sus pecados.» Murió como mueren los cristianos, con la oracion en el alma y el pensamiento en el cielo, donde le esperaba el galardon de sus virtudes y de los grandes servicios que habia prestado en todo tiempo á la religion y sus ministros.

La memorable Bibiana, que se hallaba por entónces en Fo-cheu, fué destinada á la Tartaria, para sufrir el cautiverio á que estaba condenada la familia del malogrado Lien-chug-zao. El Dios de su corazon y de su amor no la habia abandonado en su desgracia. Sabedor, en efecto, el P. Brancato, misionero de Nan-Kin, de su fidelidad y su desgracia, procuró entre sus cristianos una buena suma de dinero, que pudo proporcionarle su rescate. Agradecida Bibiana á la generosa caridad de aquellos fieles, estableció al fin su residencia en aquella cristiandad, que se miraba siempre en el espejo de sus virtudes heroicas.

107. Apoderados los tártaros de la villa de Fo-gan, todavía se refugiaron á los montes algunos restos fugitivos del ejército imperial, que pudieron escapar á duras penas de su cuchilla sangrienta. La circunstancia de hallarse en aquella dispersion muchos cristianos obli-

gó al P. García á compartir su desgracia, como un pastor amoroso, que no quiere abandonar á sus ovejas cuando al asaltar su redil el lobo hambriento huyen de su furor por todas partes. Sobre un monte cavernoso, distante legua y media de Ting-teu, fabricó el misionero una cabaña para poner al abrigo de la humedad y de las lluvias los sagrados ornamentos y demas objetos religiosos, que llevaba consigo á todas partes, como llevaba Moisés en el desierto el tabernáculo santo, que se alzaba esplendoroso sobre las tiendas de Israel. Mas si al amparo de los riscos y de las cavernas inaccesibles de los montes pudieron librarse del furor y del alfanje sangriento de los tártaros, no por esto evitaron el peligro de caer en manos de unos bandidos, que recorrian aquellos sitios á pretexto de perseguir á los rebeldes. Sorprendidos, con efecto, por aquellas hordas vándalas, los cristianos, aturdidos, no sabian que partido tomar en tal conflicto. Estaban ya consentidos en morir de muerte airada á manos de aquella hueste licenciosa, que penetrando en la cabaña con teas encendidas, hirieron y maltrataron á cuantos hubieron á su alcance. Entre tanto los cristianos habian practicado en la techumbre, á favor de la confusion y del desórden, una brecha de salvacion para escaparse, como lo hicieron en efecto. Dueños ya los foragidos de aquel miserable albergue, hirieron y maltrataron á los que no pudieron escaparse, y robaron cuanto pudo ofrecer algun cebo á su codicia.

Internado el venerable misionero en un espeso matorral, buscaba inútilmente en medio de la oscuridad una salida para alejarse de aquel sitio y buscar otro re-

fugio más seguro. Entónces se acordó del gran peligro en que se hallaba de ser devorado por los tigres, que abundaban, por desgracia, en aquellos sitios solitarios y salvajes. Invitado en su terror por un cristiano á conjurar aquel peligro, subiéndose los dos á la alta y frondosa copa de un árbol de la montaña, allí pasaron la noche tristemente, oyendo de tiempo en tiempo el rugido espantable de la fiera, que resonaba á lo léjos, al trepar alguna roca, ó al deslizarse tal vez por la cañada.

Cuando los primeros rayos de la aurora asomaron por la cumbre de la vecina montaña, abandonaron gustosos aquel lecho flotante y sacudido por los helados vientos del collado, y regresaron con precaucion á su cabaña, donde hallaron á muchos compañeros heridos y maltratados. Enternecido el misionero á vista de aquel cuadro doloroso, se convirtió desde luégo en caritativo médico; curó amorosamente á los heridos, consoló á los desgraciados, y procuró alimentarlos con algunas provisiones, que escaparon á la vista de aquellos terribles bandoleros. Considerando despues que su presencia era reclamada en otra parte, donde era mayor el número de fieles que podian necesitar de sus auxilios, se trasladó ocultamente á un pueblo central de aquel partido para atender más fácilmente á todas partes. Allí ejerció su ministerio á favor de la oscuridad y de las sombras, que envolvieron su existencia por espacio de cuatro meses, hasta que pudo gozar de alguna más libertad, con motivo del indulto general que los tártaros otorgaron á los chinos, una vez asegurada la conquista del imperio.

108. Consolidada la paz, era lógico pensar que los cristianos de Fo-Kien habian de gozar los beneficios que á todos comprendia sin excepcion; pero como los cristianos habian sido muy adictos á su emperador legítimo y fieles constantemente á la bandera de la patria, los tártaros los miraban con alguna prevencion, y no les dispensaron jamas el amparo y proteccion que reclamaban contra las vejaciones y atropellos de una plebe supersticiosa y degradada. En tal concepto se vieron muchos precisados á expatriarse, para salvar su existencia de aquellos hombres sin Dios, sin moralidad y sin vergüenza. Los cristianos de Ting-teu se atrevieron, sin embargo, á construir un pequeño templo, y su morada para el P. misionero, cuya noticia bastó para concitar el ódio y la animadversion de los gentiles, que los acusaron de traidores al Gobernador de aquel distrito. Sin embargo de que el gran magistrado se hizo cargo de la exageracion de aquel libelo, se apoderó de las maderas que habian de servir en breve para la construccion de dichas fábricas, pretextando que las necesitaba por el pronto para las obras indispensables del estado, y que las pagaria escrupulosamente, lo que no cumplió tampoco aquel tirano.

Despues de este despojo escandaloso, dió permiso á los cristianos para que pudiesen proseguir y terminar los edificios comenzados. El año de 1651 se acabó, por fin, y se bendijo aquel precioso templo del Dios vivo, el más hermoso y elegante de cuantos se habian construido hasta entónces en aquella mision célebre; y por lo mismo se celebró esta ceremonia con la mayor pompa y regocijo por parte de los cristianos, que ya empe-

zaban á respirar con alguna más libertad y desahogo, despues de tantas persecuciones, amarguras y trabajos, que venía sufriendo tristemente aquella cristiandad atribulada. Mas áun no habia apurado hasta las últimas heces el cáliz de su dolor. Áun era necesario que asistiese al incendio horroroso de aquel templo, que era la niña de sus ojos, y fué entregado á las llamas por las huestes fugitivas de Yun-glie. La historia no sabe aún el motivo de este impío desacato, cuando aquel Emperador se habia mostrado tan afecto á la religion de Jesucristo.

109. En medio de tantas calamidades y trastornos, el P. García, que se hallaba solo en la mision, no cesaba de suplicar á la Provincia que le enviára algunos operarios para ayudarle á trabajar con celo ardiente en aquella viña predilecta del Señor. Había llegado por entónces á Manila el célebre P. Morales, deseoso, como siempre, de regresar á su iglesia de Fo-gan. Asociados á este apóstol de las gentes los PP. Fr. Manuel Rodriguez, Fr. Francisco Varo y Fr. Timoteo Bullilli, florentino de nacion (que se llamó de San Antonino en la Provincia), no pudieron salir de esta capital á la brevedad que deseaban, y entre tanto se constituyeron los nuevos operarios evangélicos en el hospital de San Gabriel, para aprender prácticamente el idioma de los chinos, que habíase de hablar en la mision. Vencidos ya los obstáculos que se oponian á su marcha, el dia 10 de Junio de 1649 abandonaron estas playas, dirigiendo su derrota á las costas de Fo-Kien. Recibidos con política por el Gobernador de la provincia, consiguieron su permiso para ejercer en su distrito su elevado mi-

misterio. Es menester consignar que, allanado ya por nuestros religiosos el camino de Fo-Kien á los misioneros de Manila, se habian agregado á la jornada del sabio P. Morales tres religiosos Franciscanos, inspirados tambien por el deseo de evangelizar en el imperio.

Las circunstancias políticas y las contínuas revueltas del país no les permitieron trasladarse por el pronto á la mision, y hubieron de permanecer por algun tiempo en el puerto de Am-hay, hasta que se fué despejando el horizonte y se calmó la actitud perturbadora de los pueblos. El primero que afrontó tantos peligros y logró internarse en las montañas fué el P. Fr. Francisco Varo, que halló al P. García muy enfermo, y sin los recursos de la ciencia, que reclamaba su estado verdaderamente peligroso. Mas nada fué ya necesario; la sola presencia de un hermano y de un compañero tan celoso lo reanimó de tal manera, que sin medicamentos ni doctores empezó á mejorar de su dolencia, y luégo se restableció completamente por una especie de prodigio.

Habian trascurido desde entónces algunos meses no más, cuando llegó tambien á la mision el que pudiera decirse su Patriarca, el antiguo organizador de aquella Iglesia, el primitivo pastor de aquella grey, que despues de tantos años de peregrinaciones y fatigas en corroboracion de su doctrina y de la pureza inmaculada propia del culto católico, volvia á ver otra vez á sus ovejas, cargado con los tesoros de su ciencia y de su fe, para reedificar el templo de Dios en la gran China. Era de ver y de admirar á los antiguos cristianos de Fo-gan, que siendo en su mayor parte hijos de la adop-

cion santa, por haberles reengendrado en Jesucristo aquel nuevo patriarca de Israel, venian de todas partes á celebrar su advenimiento, y darle mil testimonios de su gratitud y de su amor. La relacion de sus viajes y de sus grandes peripecias los extasiaba á todas horas, y no podian ménos de alabar á Dios con toda su alma por haberlo salvado, finalmente, de tantos sustos y peligros.

Luégo fueron llegando á las montañas los restantes misioneros de la Órden, y tuvieron el consuelo de reunirse todos cinco para celebrar la fiesta del *Nacimiento del Señor*. Los PP. Franciscanos se quedaron por más tiempo en Am-hay, asistiendo á los cristianos procedentes de Macao, que habitaban en el puerto. Los PP. Fr. Antonio de Santa María y P. Fr. Buenaventura de Ibáñez pasaron algunos meses despues á la provincia de Xan-tung, donde fundaron en su dia una mision apostólica, que llegó á ser muy floreciente. El tercero permaneció en aquel puerto, ejerciendo allí su apostolado por el largo tiempo de siete años, y regresó postreramente á Filipinas, donde murió en opinion de santidad, despues de administrar por algun tiempo en Camarines.

110. Los nuevos misioneros de Fo-gan empezaron á ejercer el ministerio apostólico á principios de 1650, á pesar de las dificultades y contradicciones que se atravesaban á cada paso en su camino por la mala voluntad de los idólatras. Señalada ya la esfera de su ministerio respectivo, fueron destinados tres á la residencia apostólica de Lo-kia, donde libaron bien pronto el cáliz de la amargura. Como quiera que sus obras y los

frutos abundosos de su celo no podian estar ocultos al ojo avizor y suspicaz de los paganos, compusieron un anónimo lleno de abominaciones é imposturas contra nuestra sagrada religion y sus ministros, y fijaron en los lugares más públicos aquel pasquin escandaloso. «Decian, entre otras cosas, que en Lo-kia habia tres ladrones, perros extranjeros, que habian venido á destruir la tierra, y que era indispensable fuesen aprehendidos y severamente castigados.» Sabedor el mandarin de aquel anónimo, trató de prender sobre la marcha á los tres misioneros aludidos, sin oir siquiera sus descargos; empero su teniente, más sensato y con más sabio consejo, le disuadió en esta forma: «Que ya en otro tiempo se habian practicado extraordinarias diligencias para extinguir en el imperio la religion que dichos extranjeros publicaban, y que era precisamente el objeto del anónimo; pero que todo habia sido en vano, por la constancia de éstos, á quienes no intimidaban los tormentos, ni los destierros, ni la muerte; y que no creyese, en fin, que fuesen ladrones los que decia el anónimo estar en Lo-kia; pues la virtud y la vida sobrehumana que observaban, demostraba lo contrario.»

Tan cuerdas observaciones hicieron desistir al mandarin de llevar á efecto la prision de los PP. misioneros, lo que irritó sobremanera á los infames autores del anónimo, que juraron expelerlos del distrito á mano armada. Empero, como quiera que esta resolucion escandalosa pudiera comprometerles altamente con la autoridad de la provincia, los ancianos de la plebe disuadieron á las turbas de tan mala inspiracion, y se ofrecieron á conseguir de los PP. misioneros que se

fuesen ellos mismos de su buena voluntad, sin necesidad de recurrir á la violencia. Despues de estos precedentes, nuestros santos misioneros hubieron de ausentarse por entónces de aquel pueblo revoltoso, que habia de ser con el tiempo el modelo más perfecto de aquella floreciente cristiandad; pero que áun no era llamado al redil de Jesucristo.

111. Entre tanto era preciso publicar y obedecer el decreto de la sagrada Congregacion sobre los ritos, y el P. Morales, investido de la conveniente facultad para su publicacion y obedecimiento en las misiones de China, escribió al P. Manuel Diaz, Vicario provincial de los PP. portugueses, remitiéndole una copia autorizada de los despachos obtenidos, y recibiendo sobre el caso una contestacion sumisa y reverente, que nada dejaba que pedir en la materia. «Recibimos el pliego de la sagrada Congregacion de propaganda fide, le decia, y lo pusimos sobre nuestras cabezas, como hijos obedientes de la Santa Iglesia; y esté V. R. cierto que en todo cuanto pudiéremos, obedecerémos siempre á todo lo que nos mande la Sede Apostólica.» Con esta contestacion acompañaba algunos libros que nuestros misioneros deseaban, manifestándoles en todo el afecto más cordial.

Bajo tan buenos auspicios se habian persuadido nuestros religiosos que iba á consolidarse para siempre la fraternidad y la armonía con aquellos apreciables misioneros, zanjados ya y definidos los puntos más principales de las anteriores controversias; pero el éxito mostró que no todos los ministros de aquel célebre instituto estaban animados de los mismos sentimientos

que su venerable Superior. Pronto se dejó sentir, con efecto, en su mision la oposicion remarcable de algunos más preocupados, que trataron de embrollar la materia de los ritos con nuevas cavilaciones, trabajando siempre la paciencia y el ingenio de los que no pensaban como ellos. Mas no nos anticipemos á los hechos, y volvamos la vista á la Provincia, que iba modificando suavemente su constitucion orgánica, y armonizando su vida con la razon de los tiempos.

112. Habíase celebrado por entónces la Congregacion intercapitular en el convento de N. P. Santo Domingo de Nueva Segovia, bajo la presidencia provincial del P. Fr. Clemente Gan. Aceptáronse con veneracion y acatamiento las actas del Capítulo general celebrado en Valencia el año de 1647, suplicando solamente de la ordenacion que prohibia á los Prelados provinciales el otorgar su permiso á los religiosos de la Órden para poder regresar á sus conventos. Tambien se menciona en las actas de dicha Congregacion una disposicion del Rmo. Marinis, que deroga expresamente lo mandado por el Rmo. Turco, sobre que las vicarías que tengan voto en Capítulo sólo durasen dos años. Esta ley de la Provincia ha sufrido algunas modificaciones, segun las circunstancias de los tiempos. Despues que se suprimieron los comicios ó congregaciones intermedias, dura el oficio de Vicario cuatro años, ó más bien es amovible al arbitrio del Prelado, por haber cesado ya el motivo de su inamovilidad, cual era el voto en Capítulo. Débense exceptuar, empero, de esta modificacion, el Rector del colegio de Santo Tomas y Vicario de Cavite, que todavía gozan de este

beneficio. Se ordenó tambien entónces que los religiosos nombrados para alguna Vicaría de las que tenian anejo dicho voto, gozasen de este privilegio, aunque no tuviesen la edad que señalan las leyes generales de la Órden para tener dicho sufragio en elecciones canónicas, dispensando en esta parte lo prevenido en dichas leyes con autoridad apostólica, y en virtud del privilegio concedido á los Provinciales de Indias por los sumos Pontífices Adriano IV y Leon X, atendiendo á la escasez de religiosos que suele haber en la Provincia.

113. En tanto que la Corporacion se organizaba y amoldaba su existencia á la gran ley de su destino, segun las vicisitudes de los tiempos, la muerte iba trabajando en su seno maternal, y arrebatándole fiera sus esclarecidos hijos. Era, en efecto, por entónces (un año despues de este congreso) cuando pasó tranquilamente á vida mejor y más dichosa el P. Fr. Martin Real de la Cruz. La historia de la Provincia no puede ménos de consagrar un lugar muy distinguido en sus páginas gloriosas á la memoria imperecedera de este varon eminente, cuyo nombre está enlazado con acontecimientos muy notables, que han señalado su paso en esta Corporacion. Recibido nuestro hábito en el convento de Carboneras, y despues colegial muy distinguido de San Pablo de Valladolid, se incorporó á la Provincia por los años de 1628, y fué destinado á Cagayan, en donde trabajó con todo el celo y el ardor infatigable de un apóstol en el santo ministerio de las almas. Empero, si era grande su importancia en aquella mision tan apartada, como oráculo, maestro y di-

rector de sus hermanos, por la sabiduría celestial que atesoraba su alma, la Provincia consideró todavía más necesaria su persona en la ciudad de Manila, y al efecto lo llamó á esta capital para confiarle el distinguido cargo de Rector y Cancelario de la Universidad de Santo Tomas, que acababa de erigirse, segun hemos dicho en su lugar.

En virtud de la facultad que el sumo Pontífice le conferia en la Bula de ereccion, formó los estatutos que en lo sucesivo habian de regir en dicho establecimiento literario. A pesar de la alta estima, de la consideracion y del aprecio que disfrutaba en Manila, su deseo de trabajar en la salvacion de toda carne lo condujo otra vez á Cagayan y á las islas Babuyanes, donde pasó á mejor vida por los años de 1651. Las actas del Capítulo provincial que se celebró al año siguiente hacen de este venerable una memoria gloriosa en estos términos: «En nuestro convento y casa de Santa Ursula de Babuyanes murió el P. Martin Real de la Cruz, sacerdote y P. antiguo, varon muy religioso, temeroso de Dios y apartado de todo mal. Fué tan sediento de la salud de las almas, que por esta causa toleró muchos trabajos, y estando en una ocasion próximo á perder la vida en testimonio de nuestra santa fe, tuvo corazon y valentía para sufrir los tormentos, y áun pudiera decirse en cierto modo que el martirio cedió en realidad á su ánimo; pues hincado de rodillas daba gracias á Dios, bajando ya el inocente cuello al golpe del cuchillo con que era amenazado de los bárbaros gentiles, que al fin no llegaron á descargar su corvo alfanje sobre aquella santa víctima. Mas el Señor no se dig-

nó otorgarle esta gracia; y deseoso él de adquirir aún nuevos merecimientos, despues de haber honrado el oficio de Rector con entereza y piedad, quiso trabajar y morir en paz entre los pequeñuelos que habia reengendrado en Jesucristo» (1).

Habia fallecido tambien en aquel año (1651) el padre Fr. Sebastian de Oquendo, natural de Oviedo é hijo del convento de la Órden en la misma capital. Este hombre extraordinario habíase elevado como un astro de primera magnitud sobre todas las eminencias de su tiempo. Con sus inmensos talentos sabía hermanar las virtudes más sublimes y la humildad profunda de los santos. Amante de la oracion, que era la primera necesidad de su existencia, bebió en las fuentes del cielo la sabiduría de los santos, que le gobernaba siempre en los diferentes cargos que desempeñó brillantemente en esta provincia religiosa. Fué ministro de los chinos en su parroquia del Parian; profesor de filosofía y teología en el colegio de Santo Tomas, y Prior del convento de nuestro P. Santo Domingo de Manila. Al honor del magisterio reunia todas las gracias del saber y la elocuencia, distinguiéndose en la Órden y en la capital de Filipinas, como uno de los primeros oradores de su tiempo. Para legar á la posteridad los tesoros escondidos de su ciencia escribió varios tratados sobre temas diferentes, y áun se conservan hasta hoy sus eruditos

(1) El V. P. Fr. Martin Real de la Cruz es celebrado con especialidad en la *Historia* por la perfeccion con que habia aprendido el idioma de Cagayan. Escribió varios tratados y sermones. Su Catecismo ó *Antorcha de Caminantes*, impreso antiguamente, se volvió á imprimir en Manila.—Colegio de Santo Tomas, en 1868.

y profundos comentarios sobre las constituciones de la Órden y privilegios de que gozan sus prelados, particularmente en Indias, que siempre han sido muy apreciados por su mérito científico y la lucidez de su doctrina. Despues de muchos años de merecimientos y trabajos sufridos por amor de Jesucristo y de las almas en las islas Filipinas, fué destinado al hospicio de San Jacinto de Méjico con el cargo de Vicario de aquel establecimiento. Allí pasó, con efecto, los años postrimeros de su vida, meditando noche y dia en los tabernáculos eternos del Altísimo, adonde suspiraba sin cesar bajo la grave pesadumbre de la carne corruptible. Cuando presintió la hora y el próximo fin de su existencia, el grande hombre suplicó le trasladasen al convento de Santo Domingo de Méjico, para tener el consuelo de morir en medio de sus hermanos y recibir en su seno los últimos sacramentos de la Iglesia y los postreros auxilios de la vida. Exhumado y reconocido su cadáver á los ocho años cumplidos de su muerte, lo hallaron entero é incorrupto, cuya circunstancia singular confirmó la opinion de santidad que habia gozado con razon en esta vida (1).

Un instituto religioso, que en poco más de medio

---

(1) En uno de los ejemplares manuscritos de *Actas* de esta Provincia se halla anotado al márgen en la *Nómina* de los difuntos del capítulo MDCLII: «En la casa de San Jacinto de Méjico murió, el año 1651, el reverendo pa»dre Fr. Sebastian de Oquendo, Vicario de la misma casa; trabajó mucho en »esta Provincia, lleno de celo de la religion, etc.; domador de su propio »cuerpo, habiéndose éste encontrado incorrupto despues de ocho años en el »convento de nuestro P. Santo Domingo de Méjico, aunque sepultado en un »lugar húmedo.» *Ocho* años pone tambien la segunda parte de nuestra *Historia*.

siglo establece sus tiendas apostólicas en la capital de Filipinas y en várias de sus provincias importantes, no sometidas aún por las armas españolas; una Corporacion que apénas nace para este país dichoso, lleva su enseña divina á Bataan, á Pangasinan, á Cagayan, á las Molucas, á Camboja, á todas partes; y no cabiendo en su seno la savia redundante de su vida, se desborda como un mar por todos los confines del Oriente; una Congregacion de sacerdotes, que sobre la aurora feliz de su existencia resplandece ya desde estas playas, como el disco del sol en pleno dia, y se constituye sabiamente, y organiza sobre bases tan profundas su glorioso apostolado en estas islas, y crea establecimientos literarios, y sostiene en toda lid la pureza inmaculada de la religion y de su culto, y lleva, en fin, todos los símbolos de esa religion divina al Japon, á la Formosa, á la gran China, es un fenómeno superior á la razon y á las leyes ordinarias de toda sociedad corporativa. No puede ser todo humano el espíritu que preside á un instituto de esta especie, y es preciso recurrir á la accion providencial que opera constantemente en el seno de la religion y de la Iglesia, para explicar esa vida poderosa, que se desarrolla y crece con tan prodigiosa actividad en el seno de unos hombres casi siempre perseguidos, con frecuencia calumniados, y sin otra ambicion ni otro deseo que llevar á todo el orbe la verdadera luz del mundo, y pasar haciendo bien sobre la tierra. No en vano, seguramente, ha dado Dios á los siglos hombres extraordinarios, que, animados de su espíritu y asistidos constantemente de su gracia, se han asociado en el mundo para labrar la

felicidad de las naciones y elevarlas á la altura de sus destinos inmortales. La historia de estos hombres escogidos de la masa corrompida de la carne, y de esas asociaciones religiosas, que llevan á todas partes el espíritu de Dios que las anima, es la misma en todos tiempos, y se parece á sí misma en todas las regiones de la tierra.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

HISTORIA DE LA PROVINCIA DEL SANTÍSIMO ROSARIO DE FILIPINAS.

LIBRO TERCERO.

SÉPTIMO PERÍODO.—*Comprende la continuacion de los trabajos y de la persecucion siempre creciente del cristianismo en el Japon, hasta la sublevacion de los mandayas, por los años de 1625 exclusive.*

Páginas.

LIBRO CUARTO.

Páginas.

Páginas.

FIN DEL ÍNDICE DEL TOMO SEGUNDO.

